



**Pedro de Mercado**

**Historia de la Provincia del Nuevo Reino y Quito  
de la Compañía de Jesús.  
Tomo I**

Índice

Tomo I

Padre Pedro de Mercado

por el padre Juan Manuel Pacheco, S. J.

Dedicatoria

Primera protesta del autor

Índice de los nombres de los padres y hermanos cuyas vidas  
se escriben en la primera parte de esta historia

Noticia breve proemial de los puestos que contiene la  
provincia del Nuevo Reino y Quito de la Compañía de Jesús

Primera parte

Historial de la provincia del Nuevo Reino de Granada de  
la Compañía de Jesús

Libro primero

Del Colegio de Santa Fe

Capítulo I

Descripción de la ciudad de Santa Fe de Bogotá

## Capítulo II

De la entrada de los de la Compañía en Santa Fe y de la fundación de su colegio

## Capítulo III

Del principio que dieran a las cátedras

## Capítulo IV

Aprenden los padres de la Compañía, la lengua mosca y ponen cátedra de ella

## Capítulo V

Fúndase el Seminario de San Bartolomé

## Capítulo VI

Árboles que ha producido este Seminario

## Capítulo VII

Erigen la cofradía del Niño Jesús para enseñanza de los indios

## Capítulo VIII

De la devoción que se introdujo a la misa, confesión y comunión

## Capítulo IX

De la penitencia de los indios y la de una morena Felipa Guillén

## Capítulo X

Conversión de un indio en día que se repartían santos del mes

## Capítulo XI

Que algunas indias entraban en los conventos de las monjas por amor de la castidad

## Capítulo XII

Cómo algunas guardaban castidad sin estar encerradas con llaves de clausura

## Capítulo XIII

Que los indios hacían unos pueblos levadizos y los Padres de la Compañía iban a doctrinarlos

## Capítulo XIV

Dichosa conversión de una india que por no haber querido curarse supersticiosamente y por la devoción a Nuestra Señora del Rosario

## Capítulo XV

Desgracias que han sucedido a algunos que no han acudido a sus congregaciones

## Capítulo XVI

La Sacristía del Colegio de Santa Fe se hace ilustre con un indiecito mártir por la castidad

## Capítulo XVII

Envía desde Lima a nuestra iglesia de Santa Fe una reliquia insignia el señor don Fernando Arias de Ugarte

## Capítulo XVIII

Trae al templo nuestro del Colegio de Santa Fe muchas reliquias el padre Luis de Santillán

Capítulo XIX

Festejo que se hizo a los santos que eran dueños de las reliquias ya nombradas

Capítulo XX

Procesión que se anduvo con las reliquias de los santos

Capítulo XXI

Represéntase un coloquio de San Victorino mártir; sucede en él un caso milagroso y continúanse las fiestas hasta la Octava

Capítulo XXII

Favorece San Fortunato a una religiosa que lo eligió por su devoto

Capítulo XXIII

Erígese en nuestro colegio una esclavitud del Señor Sacramentado

Capítulo XXIV

Festejan a San Francisco de Borja en su beatificación y elígenlo por patrón contra los temblores de esta tierra

Capítulo XXV

Visita el señor don Fernando Arias su arzobispado llevando consigo un padre de la Compañía

Capítulo XXVI

Prosigue el padre Tolosa la relación de la visita

Capítulo XXVII

Castigo divino en uno de los curas visitados

Capítulo XXVIII

Maravillas de San Ignacio y de San Xavier

Capítulo XXIX

Cómo la Compañía mostró la fecundidad de su espíritu en el pueblo de Caxicá

Capítulo XXX

Los caxicaes fueron los primeros músicos de iglesia que hubo en este Reino

Capítulo XXXI

Efectos de las cruces puestas en Caxicá y del Evangelio recitado sobre las cabezas

Capítulo XXXII

Los padres introducen la fe y expelen la idolatría en el pueblo de Fontibón

Capítulo XXXIII

Cuidan los nuestros del culto del verdadero Dios Sacramentado para quitar el culto de los dioses falsos escondidos

Capítulo XXXIV

Fabrican nueva iglesia los padres y administran en ella cuatro sacramentos

Capítulo XXXV

De las misas, sermones y procesiones de la iglesia

de Fontibón

Capítulo XXXVI

Hácese mención de un indio ejemplar de Fontibón

Capítulo XXXVII

Líbrase un indio de un peligro con la invocación del nombre de Jesús y otro sana milagrosamente con el favor de San Joaquín

Capítulo XXXVIII

Vocación notable y perseverancia maravillosa del hermano Gaspar Navarro

Capítulo XXXIX

Introducen dos misioneros la frecuente comunión en los pueblos de los indios

Capítulo XL

Aprueba un cura la entrada de los padres, otro la reprueba y el demonio contradice la comunión

Capítulo XLI

Fundación del noviciado de Nuestra Señora de Monserrate en el Barrio de las Nieves de Santa Fe

Capítulo XLII

Envía el General de Predicadores una imagen de Santo Domingo a este noviciado de Santa Fe

Capítulo XLIII

El demonio se llevó una cosa que ofrecieron al demonio

Ejemplos que se vieron en algunos sujetos del colegio de Santa Fe

Libro segundo

Del Colegio de Cartagena

Capítulo I

Sucesos en la fundación del Colegio de Cartagena

Capítulo II

Que el padre Alonso de Sandoval fue proto catequista y proto ministro del bautismo de los negros bozales

Capítulo III

Del celo con que andaba el padre Sandoval blanqueando almas de negros

Capítulo IV

Cómo favoreció la Virgen Santísima al padre Sandoval en su ministerio de bautizar

Capítulo V

Trasládase lo que el venerable padre Pedro Claver escribió acerca del ministerio de los negros

Capítulo VI

Baptiza el padre Diego Ramírez Fariñas a un embajador de Arda

Capítulo VII

De otros bautismos que han administrado otros operarios anónimos a negros bozales

Capítulo VIII

Reprende la Virgen Santísima a una negra porque no se  
baptizaba

Capítulo IX

Que los de la Compañía han administrado el Santo Óleo  
a los negros moribundos

Capítulo X

De lo que han obrado los nuestros con los negros que  
se quedan en Cartagena

Capítulo XI

De los ministerios que se ejercitan con los blancos, y  
especialmente con los niños y muchachos

Capítulo XII

Que el Colegio de Cartagena ha sido noviciado de  
insignes hermanos coadjutores

Capítulo XIII

Bautismo de tres turcos. Si vimos en el capítulo  
anterior los sujetos felices que dejando el mundo  
entraron en la religión de la Compañía, ahora veremos  
tres turcos felices que despreciando su falsa secta se  
introdujeron a la religión católica

Capítulo XIV

Catequizados de los nuestros se bautizan algunos moros

Capítulo XV

Conversiones de algunos herejes ingleses

Capítulo XVI

De cristianos que se han enmendado oyendo sermones y  
de un caso milagroso que aconteció en un sermón

Capítulo XVII

De algunas buenas obras que han hecho los vecinos de  
Cartagena por consejo de los nuestros

Capítulo XVIII

Un pobre da limosna al Colegio de Cartagena

Capítulo XIX

Desagravio con que se celebró el Santísimo Sacramento

Capítulo XX

A la invocación del nombre de Jesús huye Satanás

Capítulo XXI

Interceden Nuestra Señora y las once mil Vírgenes por  
una persona devota suya

Capítulo XXII

De la devoción que para con nuestro padre San Ignacio  
concibió la ciudad de Cartagena

Capítulo XXIII

Quítale Dios a una madre el hijo que no quiso dar a  
San Ignacio

Capítulo XXIV

Sana el venerable hermano Alonso Rodríguez al padre  
rector Antonio Agustín

Capítulo XXV

Cómo han acudido los nuestros a los enfermos en varias

pestes  
Capítulo XXVI  
Repara el padre rector del colegio el Hospital de San Lázaro  
Capítulo XXVII  
Apúntase lo que ha sucedido raro en algunas misiones  
Libro tercero  
Del Colegio de Tunda  
Capítulo I  
Disposición que precedió para introducir la forma de Colegio de la Compañía de Jesús en la ciudad de Tunja  
Capítulo II  
Precede a la fundación del colegio la segunda misión en que trabajó el padre Luis de Frías  
Capítulo III  
Tercera misión que precedió a la fundación del Colegio de Tunja  
Capítulo IV  
Introducción a la forma de colegio con un milagroso suceso  
Capítulo V  
Muestra Dios en forma de palomitas blancas los novicios que había de criar la Compañía en Tunja  
Capítulo VI  
Ábrese escuela de gramática en nuestro colegio en día del doctor Angélico Santo Tomás  
Capítulo VII  
Pacifica el padre rector un disturbio nacido de un libelo infamatorio  
Capítulo VIII  
Hace la Compañía una muy solemne fiesta de Carnestolendas con la nueva introducción de santas reliquias  
Capítulo IX  
Institúyese congregación de indios y negros con la advocación del Niño Jesús  
Capítulo X  
Bautismos de algunos indios  
Capítulo XI  
Llevan dos de la Compañía a un enfermo en sus hombros al hospital  
Capítulo XII  
Da Dios la salud a una enferma por medio de las imágenes de santos de la Compañía  
Capítulo XIII  
Festean la beatificación de San Francisco de Borja y lo eligen por patrón contra los temblores  
Capítulo XIV  
Desde el pueblo de Chitagoto se traslada a la ciudad de Tunja una imagen de San Francisco de Borja

#### Capítulo XV

Muéstrase algo del fruto que se ha cogido con los ejercicios espirituales de nuestro padre San Ignacio

#### Capítulo XVI

Sucesos de algunos que dejando el noviciado han salido al siglo

#### Capítulo XVII

Cómo celebran los indios al Niño Jesús y un prodigio que obró la invocación de este dulcísimo nombre

#### Capítulo XVIII

Castigo de uno que zahería la esclavitud del Santísimo Sacramento

#### Capítulo XIX

Cómo manifestó el Señor que no quiere que maltraten a los ministros de su altar

#### Capítulo XX

No le molestó a un confesor la hediondez de una enferma mientras la confesaba

#### Capítulo XXI

Propósito firme de la enmienda de una india penitente

#### Capítulo XXII

Da un buen consejo el ángel custodio a un hombre mal aconsejado del demonio

#### Capítulo XXIII

Socorro ordinario que el Colegio de Tunja da a la cárcel de esta ciudad

#### Capítulo XXIV

Mal estado en que halló la Compañía a Duitama, y cómo la puso en estado

#### Capítulo XXV

Aparece el demonio a algunos indios duitamas en figura de sus antepasados

#### Capítulo XXVI

Favorece el santo patrón del mes a una india en peligro de muerte temporal y la Virgen a un indio en el riesgo de eterna muerte

#### Capítulo XXVII

Permítase la doctrina de Duitama con la de Tópaga y lo que en ella se obró

#### Capítulo XXVIII

Florece en la ciudad de Tunja doña Antonia de Cabañas

#### Capítulo XXIX

De las devociones que tuvo doña Antonia habiendo hecho de su casa monasterio

#### Capítulo XXX

Que doña Antonia se cuajó como flor de frutos de otras virtudes

Padre Pedro de Mercado  
por el padre Juan Manuel Pacheco, S. J.

Es extraño que nuestros críticos literarios ignoren casi completamente al padre Pedro de Mercado, uno de nuestros más fecundos escritores de la segunda mitad del siglo XVII. Aunque nacido en Riobamba (Ecuador) la mayor parte de su vida transcurrió en el Nuevo Reino de Granada. Sólo el erudito historiador Enrique Otero D'Costa le consagró un breve artículo en la Gaceta Municipal de Quito (vol. 19, 1934, páginas 46-48).

Pero si el padre Mercado ha sido ignorado en su patria adoptiva, no es un desconocido para los eruditos europeos. Ya Nicolás Antonio, en el volumen segundo de su *Bibliotheca Hispana Nova* (Madrid 1758), reseña varias de las obras del padre Mercado y traza de él estos breves rasgos biográficos:

«Pedro de Mercado, nacido en Riobamba, población del Nuevo Reino de Granada (+), sacerdote de la Compañía de Jesús» (II, p. 216).

Mucho más completa es la lista de obras del padre Mercado dada por el padre Carlos Sommervogel, S. J. en su monumental *Bibliothèque de la Compagnie de Jésus* (V, 963-967). Precede a la enumeración de las obras una corta noticia biográfica del jesuita riobambeño, en la que no todos los datos son exactos.

Nació el padre Pedro de Mercado, como hemos ya dicho en Riobamba en 1620. Nada sabemos de sus primeros años. El 23 de febrero de 1636 ingresaba en la Compañía de Jesús en Quito. Tuvo por maestro de novicios al padre Gonzalo de Buitrago, cuya biografía escribió en esta Historia. Sus estudios de filosofía y teología los hizo también en el Colegio de Quito, pues como él mismo escribe allí «tuve la dicha de conocer al venerable hermano Hernando de la Cruz, y alcanzarlo vivo más de ocho años». (El Cristiano Virtuoso, p. 29).

En 1655 hallamos ya al padre Mercado en el Nuevo Reino, pues en este año es nombrado párroco del real de minas de Santa Ana (hoy Fallon, Tolima), doctrina entonces a cargo de la Compañía de Jesús (Archivo Nacional, curas y obispos, 8, f. 426). Sospechamos que unos años antes había vivido en el Colegio de Popayán, pues en la historia de este colegio hay varias alusiones de índole personal.

En 1659 se encuentra de rector del Colegio de Honda. Es él sin duda el «padre que era entonces de rector», de que habla en esta Historia, quien reconstruye la vieja iglesia del colegio techándola de nuevo y adornándola con cuadros e imágenes. Es rector y maestro de novicios en Tunja desde 1667 por varios años. De nuevo lo encontramos de rector del Colegio de Honda en 1678. Pasa de allí a Santafé, como superior de la residencia de las Nieves (1684), para ser luego rector del Colegio Máximo y de la Universidad Javeriana en la misma ciudad (1687). En 1689 ejerce el cargo



de Viceprovincial. Después de esta tan larga carrera de gobierno, ya anciano, consagra sus últimos días a la dirección espiritual de los jóvenes jesuitas del Colegio de Santafé. En esta ciudad muere el 11 de julio de 1701. Al registrar su entierro se escribe en el Libro 5.º de la Iglesia y Sacristía del Colegio de la Compañía de Jesús de Santafé: «Fue sujeto de conocida virtud y religión, tan observante de las reglas que no se le notó la menor quiebra en su observancia. Imprimió muchos tratados espirituales para provecho de las almas. Conservó la gracia baptismal. Está enterrado en el presbiterio, en el lado de la epístola, en el sitio donde se pone el subdiácono a cantarla. En su entierro (que hizo el venerable deán y cabildo con asistencia de todas las religiones y nobleza de la ciudad) hicieron todos grandes demostraciones de la estimación que hacían de su virtud, besándole a porfía los pies y las manos, y cortándole los cabellos y vestidos como reliquias de un varón santo».

El docto sacerdote santafereño don Juan Bautista Toro llamaba al padre Mercado el «Oráculo de esta ciudad». No menos estima le profesaban sus superiores religiosos. El padre general Tirso González, alegrándose del fervor religioso que reinaba en el Colegio de Santafé, lo atribuía al ejemplo, entre otros, del padre Mercado. «Al Colegio de Santafé, escribía al padre Altamirano, el buen gobierno del padre Juan Martínez Rubio, y el buen ejemplo del buen padre Hernando Cabero, Pedro Mercado, y otros ejemplares ancianos, le tienen en buena observancia y regularidad».

Numerosas obras de carácter ascético publicó en su vida el padre Mercado. La primera, en orden cronológico, parece ser *Destrucción del ídolo que dirán*, publicada en Madrid en 1655. Tuvo un éxito sorprendente y fue traducida al italiano y al latín. Ese mismo año salió también en Madrid su *Método de obrar con espíritu*, reeditada en 1662. En 1660 aparecen, en la misma ciudad, dedicadas a la marquesa de Montealegre, doña Juana de Borja, sus *Palabras de la Virgen María Nuestra Señora, sacadas del sagrado Evangelio*, y en 1667 su obra *Ocupaciones santas de la cuaresma*. Siendo rector de Tunja redacta *El cristiano virtuoso*, que dedica al licenciado Sebastián Merchán de Velasco y Monsalve, cura de Oicatá, bienhechor de aquel colegio. Se publicó en 1673. Esta es la única obra del padre Mercado que se conserva manuscrita en la Biblioteca Nacional de Bogotá.

En los años siguientes da a la imprenta *Práctica de los ministerios eclesiásticos* (Sevilla, 1676), *Conversación del pecador con Cristo a imitación de algunos pecadores que hablaron con su divina Majestad en esta vida mortal* (Valencia, 1680), *Oficio manual espiritual* (Sevilla, 1680), *Instrucción para hacer con espíritu los oficios corporales de la religión* (Valencia, 1680), dedicada a los religiosos que no son sacerdotes, *Memorial de los siete dolores de María Santísima* (Valencia, 1680) y *Rosal ameno y devoto* (Valencia, 1680). Este último libro, en que explica el modo de rezar el rosario de la Virgen María, fue reimpresso repetidas veces en México.

En 1681 aparecieron en Sevilla sus *Recetas de espíritu para enfermos del cuerpo*. En sus cortos capítulos, titulados *recetas*, exhorta a los enfermos a practicar diversas virtudes, poniéndoles ante los ojos los ejemplos de numerosas personas virtuosas. «Que el enfermo ha de sufrir con fortaleza los remedios rigurosos», «cómo se han de tomar los jarabes y purgas», «que

el que ve al enfermo ha de dar gracias a Dios por estar sano», son algunos de los títulos de sus capítulos. Esta obra está dedicada al padre fray Juan Antonio Cabeza de Vaca, de la orden de los Hospitalarios de San Juan de Dios, comisario general de las Provincias de Tierra Firme y Nuevo Reino de Granada.

En la Biblioteca del Colegio de San Bartolomé (La Merced) se encuentra un raro ejemplar de una de las últimas obras del padre Mercado. Son las Horas Mariales, en que se ponen varios modos con que el cristiano puede recibir por suya a la Virgen María a imitación del evangelista apóstol San Juan. La censura la firmó en 1688 el rector del Colegio de Cádiz, padre Florencio de Medina, pero la obra sólo apareció tres años después, en 1691, en la misma ciudad de Cádiz. En ella habla largamente el padre Mercado de la esclavitud mariana, devoción que había de popularizar años más tarde San Luis María Grignon de Montfort.

En esta misma obra se halla la licencia de don Diego Agustín de Rojas Conte, provisor y vicario general de la diócesis de Cádiz, para imprimir otros ocho tratados del padre Mercado titulados: Cuentas que ha de tener el alma con su Dios, Contratos de Dios con el hombre, Insignias de la Pasión de Cristo, Libro único de algunas excelencias de la Santísima Trinidad, Psalmos del Seráfico doctor San Buenaventura, Trabajos de María Santísima, Calendario para solicitar con los santos buena muerte y Comunicación del alma con su Dios Trino y Uno. Por el padre Sommervogel sabemos que se editaron en Cádiz entre los años de 1688 y 1693.

Finalmente en Amsterdam salió publicada, en 1699, sus Obras espirituales, que contienen los cuatro tratados siguientes: Tratado primero: Numerales meritorios de gracias; Tratado segundo: Metamorfosis provechoso a las almas; Tratado tercero: Galateo espiritual, cortesano a lo virtuoso o vida de Damiana Barrolo; Tratado cuarto: Dechado para mujeres sacado de la historia de Ruth.

No sólo el campo de la ascética fue cultivado por el padre Mercado. Esta Historia de la Provincia del Nuevo Reino y Quito de la Compañía de Jesús revela sus no medianas dotes de historiador.

Los superiores antiguos de la Compañía de Jesús se habían mostrado interesados en la publicación de esta historia. No sólo lo deseaba el padre Diego Francisco Altamirano, visitador de la Provincia a fines del siglo XVII, sino el mismo padre general Tirso González. Pero los originales, llevados a España por el padre Juan de Segovia, se habían extraviado, con disgusto del Padre General. Poco después comunicaba su hallazgo el mismo Padre General, en carta al padre Altamirano: «La historia de la Provincia del padre Pedro Mercado ha aparecido, y se reverá en la Provincia de Toledo». No sabemos por qué no llegó a imprimirse.

Su historia llega hasta el año de 1683, y abarca todo el territorio de la antigua provincia jesuítica del Nuevo Reino y Quito, provincia que sólo vino a dividirse doce años después en 1695.

En su plan se advierte el propuesto, en 1598, por el padre Claudio Aquaviva para las historias de la Compañía de Jesús:

- 1) Fundaciones de los colegios y casas, nombres de los fundadores, progresos y crecimiento de ellas.
- 2) Aprobación y favor de las ciudades y pueblos.

- 3) Bienhechores insignes y favorecedores.
- 4) Sucesos prósperos y adversos de la Compañía.
- 5) Virtudes y hechos de varones ilustres que han muerto en la Compañía.
- 6) Vocaciones ilustres y extraordinarias.
- 7) Mudanzas y conversiones notables logradas con nuestros ministerios.
- 8) Sucesos desastrosos de personas que han salido de la Compañía.

(Cfr. Fray Mateos; S. J., Introducción a la Historia General de la Compañía de Jesús en la Provincia del Perú, I, p. 83).

En tiempo del padre Mercado se distinguían claramente en la Provincia dos regiones: la del Nuevo Reino, que comprendía todos los territorios dependientes de la audiencia de Santafé; y la de Quito, con las regiones sujetas a las audiencias de Quito y Panamá. Esta división la guarda el padre Mercado, al consagrar la primera parte de su historia a los colegios del Nuevo Reino, a saber: los Colegios de Santafé de Bogotá, Cartagena, Tunja, Honda, Pamplona, Mompós y Mérida; y la segunda, a los Colegios de la región de Quito, en lo que se incluían los de Popayán y Pasto y las misiones del Chocó, hoy territorios colombianos. A continuación de la historia de cada colegio reúne una serie de biografías de jesuitas notables fallecidos en esos colegios.

Una de las fuentes principales del padre Mercado, en su Historia; son las Cartas Annuas, cartas que los provinciales escribían periódicamente al Padre General para informarle del estado de la Provincia. Copias de estas cartas de la Provincia del Nuevo Reino se encuentran dispersas en los archivos europeos. El padre Mercado tiene el cuidado de advertir, de vez en cuando, que sus informaciones las debe a las cartas annuas de aquellos años. Aprovecha especialmente la del padre Gabriel de Melgar, escrita en 1652. Pero no parece haber tenido a mano la del padre Sebastián Hazañero, impresa en Zaragoza en 1615; y sólo conoce las de los padres Diego de Torres y Gonzalo de Lyra, referentes a los primeros años de la Provincia, a través de los extractos y resúmenes que de ellas se publicaron en Europa en las *Annuae Litterae Societatis Iesu* (Duaci, 1618), y *Litterae Annuae Societatis Iesu* (Manguntiae, 1618).

Otra de sus más importantes fuentes son las cartas necrológicas que se solían escribir, al morir un jesuita, para dar cuenta a toda la Provincia de los méritos y virtudes de éste. No raras veces cita el padre Mercado al autor de estas cartas. La larga biografía, verbigracia, que trae del padre Diego Solano confiesa que se debe al padre Francisco de Estrada. No es la historia del padre Mercado una historia crítica. Trató es cierto de allegar el mayor número de documentos posibles, y no raras veces se lamenta de no haber hallado más informaciones y de no poder dar el nombre exacto de las personas y de los sitios. Pero está aún lejos de satisfacer todas las exigencias de la moderna historiografía.

Más que el de historia conviene a la obra del padre Mercado el nombre de

crónica. Se esmera en ella por presentar la actividad externa de los jesuitas en Colombia y Ecuador, la fundación de sus colegios, sus misiones y predicaciones, el fruto logrado en sus ministerios, etc., con miras de edificación. Escribe con el criterio de la época, un criterio panegirista, como el que guía a otros cronistas de entonces, al padre Pedro Simón en los capítulos consagrados a los franciscanos en sus Noticias Historiales, y al padre Alonso de Zamora, en su historia de los dominicanos. La historia interna de la Compañía de Jesús está casi del todo preterida. Por el padre Mercado nada hubiéramos sabido de las visitas a la Provincia de los padres Rodrigo de Figueroa y José de Madrid; ni de los ruidosos pleitos de los jesuitas con el arzobispo de Santafé, don Bernardino de Almansa; ni del llamamiento a España del padre Gaspar Cujía, por motivo de los disturbios producidos en Santafé con ocasión de la visita de don Juan Cornejo a la audiencia.

Pero esto no quiere decir que no tenga grandes méritos la obra del padre Mercado. En ella se encuentran preciosas noticias, que en vano se buscarán en otras fuentes. Como contemporáneo de los hechos que narra y compañero de muchos de los biografiados, su autoridad es indiscutible. Esta obra del padre Mercado fue aprovechada ampliamente por los historiadores posteriores. La conoció y utilizó el padre José Rivero en su Historia de las misiones de los Llanos de Casanare y los ríos Orinoco y Meta. Y puede decirse que la mayor parte de la obra del padre José Cassani, Historia de la Compañía de Jesús de la Provincia del Nuevo Reino de Granada no es sino un resumen y arreglo de la obra del padre Mercado. El mismo padre Cassani lo confiesa así, y añade, refiriéndose a esta obra: «Esta historia, ya concluida, se revivió y examinó muy espacio en la Provincia, y sobre el terreno se acrisoló su verdad, y pasó con todas las pruebas que se hicieron exactas de su legitimidad. Por lo que se refiere al interior de la Provincia como de esto era testigo de vista, puso con seguridad la pluma en el papel, como también en las vidas de los varones ilustres, que ingirió, aunque en muchos de estos, por prudentemente, diminuto. No logró tanto acierto en la relación muy sucinta que hizo de las misiones, porque en ella se gobernó por noticias, y el empeño de hablar siempre la verdad y el miedo de no exponerse tal vez a referir lo menos cierto, lo obligó a quedarse muy corto». No se puede hacer mejor elogio de la exactitud histórica del padre Mercado.

La historia de las órdenes religiosas en Colombia es la historia de nuestra cultura. Estas páginas, preciosas por muchos conceptos, serán sin duda objeto de estudio para los amantes de nuestro pasado nacional. El deseo que expresaba Otero D'Costa en su artículo sobre el padre Mercado, se ha cumplido: «Ojalá que alguno de los eruditos hispanos pudiera averiguar la suerte que corrieran (los manuscritos del padre Mercado) y aun rescatar del olvido la obra de este benemérito religioso ecuatoriano que ofrece, sin duda, enorme importancia para la historia tanto del Nuevo Reino de Granada cuanto para la de Quito, en lo referente al siglo XVII». Gracias al doctor Jorge Luis Arango ha sido rescatada esta obra para la cultura de la Patria.

JUAN MANUEL PACHECO, S. J.

### Dedicatoria

Al Príncipe de la milicia del cielo, que tiene a su cuidado la provincia de la Compañía del Nuevo Reino y Quito.

Encargó providente el Rey de entrambos, Orbes (oh Príncipe celestial) toda esta provincia de la Compañía del Nuevo Reino y Quito a la custodia de tu vigilante patrocinio. Aceptaste obediente este angélico cargo y tu deber cuidadoso continuamente la ha favorecido sin descaecer desde su principio hasta el tiempo presente. En las cosas y casos que en estas dos partes de historia escribe mi pluma tiene gran parte tu protección. Los colegios y misiones te son a ti deudores de los sujetos que en estas y en aquellos han florecido con el ejercicio de virtudes y apostólicos ministerios, lo que con vigilancia han enseñado los maestros evangélicos se debe a tus ilustraciones; los bautismos de los infieles a tu celestial rocío las conversiones de pecadores a tu eficaz intercesión; el fervor de los estudios a tus impulsos; el progreso en las virtudes a tu inspiración; el escape de riesgos de condenación a tu cuidado; el que en este libro se asienten castigos ejecutados contra los vicios se debe a tu Providencia, para que los venideros escarmienten en cabeza ajena y también el que se escriban virtudes de varones ilustres para que otros las imiten. En medio de estas y otras semejantes deudas hallo con claridad que de justicia debo pagarte agradecido y por ahora no me hallo con otro caudal si no es con el de este libro en que se manifiestan los mismos débitos brevemente escritos en sus hojas, y por eso (oh Príncipe celestial) te doy reconocido carta de pago con ellas y con esta dedicatoria en nombre de todos los sujetos y de cada uno de ellos de toda esta provincia; lo que en retorno te suplico que hagas vigilante es que en lo futuro la prosperes de suerte que no descaezca en los fervores del aprovechamiento de las almas, sino que hasta que el mundo se acabe vaya creciendo en ardores de espíritu y que en los futuros siglos haya más y más proezas que puedan dar materia copiosa a las plumas y mayor ocupación a las prensas para gloria de nuestro gran Dios que te constituyó Príncipe Protector y custodio vigilantísimo de esta Provincia de la Compañía de Jesús.

Tu indignísimo alumno,  
Pedro de Mercado.

### Primera protesta del autor

Habiendo nuestro Santo Padre Urbano VIII sacado a 15 de marzo de 1625 en la Santa Inquisición General de Roma un decreto, y confirmádole y publicádole a 5 de julio de 1634 en el cual prohíbe que se impriman libros de varones célebres en santidad o -fama de mártires que pasaron de esta vida oía- tengan los tales libros milagros obrados por los tales varones y revelaciones o cualesquiera otros beneficios alcanzados de Dios por intercesión suya sin reconocimiento y aprobación del Ordinario, y las cosas que hasta ahora están impresas de esta calidad sin esa aprobación, quiere y manda que de ninguna manera se tengan por aprobadas. Y habiendo el mismo Sumo Pontífice a cinco de julio de mil seiscientos treinta y uno

declarado que no se admitan elogios de Santo o beatificado absolutamente que caigan sobre la persona permitiendo los que caen sobre las costumbres y opinión con protestación al principio de que los tales elogios no tengan autoridad de la iglesia romana sino la fe que les diese el autor que no pasa de humana, insistiendo en este decreto y su confirmación y declaración con la reverencia y observancia que se le debe. Protesto y declaro que ninguna de las cosas que refiero en este libro quiero entenderla ni que otro alguno la entienda en otro sentido de aquel en que suelen tomarse las cosas que estriban en sola fe humana y autoridad ordinaria, y no de la santa iglesia católica romana o de la Santa Sede Apostólica, exceptuando solamente aquellas que la misma Santa Sede ha puesto en el catálogo de los santos canonizados o beatificados o ha declarado por mártires obedeciendo y conformándome en todo al dicho decreto de Nuestro Muy Santo Padre Urbano VIII. Esta protestación es común entre todos los autores, el catálogo que propongo es especial de este libro.

Índice de los nombres de los padres y hermanos cuyas vidas se escriben en la primera parte de esta historia

En el libro 1.º del Colegio de Santa Fe

Padre Juan Baptista Coluchini.  
Padre Baltasar Mas Burguez.  
Padre Pedro Pinto.  
Padre Francisco Varaiz.  
Padre Joseph Dadei.  
Hermano Rafael Ramírez.  
Hermano Mataís López.  
Padre Jerónimo de Escobar.  
Hermano Joan de Reynoso.  
Padre Pedro Rodríguez Morguarez.  
Hermano Francisco Martín.  
Hermano Juan Núñez de Acuña.

En el libro 2.º del Colegio de Cartagena

Padre Hernando Núñez.  
Don Antonio Agustín.  
Padre Miguel Jerónimo de Tolosa.  
Padre Sebastián de Murillo.  
Padre Damián de Buitrago

El venerable padre Pedro Claver y el hermano Francisco de Bobadilla pertenecen a este segundo libro, pero porque con mucho acierto escribió sus vidas el padre Bartolomé Pérez Alonso de Andrade, omito el escribirlas.

En el libro 3.º del Colegio de Tunja

Padre Joseph de Tobalina.  
Hermano Pedro Pérez.  
Padre Juan Manuel.  
Padre Francisco de Ellauri.  
Hermano Salvador Sánchez.  
Hermano Joan de la Peña.  
Padre Antonio Castan.  
Padre Agustín Rodríguez.  
Padre Francisco de Ubierna.  
Padre Cristóbal Riedel.  
Padre Ignacio Fiol M.  
Padre Gaspar Bech M.  
Padre Ignacio Toebast M.

En el libro 4.º del Colegio de Mérida

Padre Domingo de Molina.  
Hermano Pedro Valdivieso.  
Padre Luis Vergel.  
Padre Diego Solano.

En el libro 5.º del Colegio de Pamplona

Padre Juan Gregorio.  
Padre Pedro de Corcuera.  
Padre Joan de la Peña.

En el libro 6.º del Colegio de Mompos

Hermano Juan Cruzate.

En el libro 7.º del Colegio de Honda

Padre Francisco Felipe Mexía.  
Hermano Pedro Barba.  
Padre Bartolomé Pérez.  
Hermano Luis Méndez.

En el libro 8.º de las misiones de los Llanos

Padre Diego de Acuña.  
Padre Dionisio Mestand.  
Padre Antonio Monteverde.  
Padre Antonio Castan.  
Padre Agustín Rodríguez.  
Padre Francisco de Ubierna.  
Padre Cristóbal Riedel.  
Padre Ignacio Fiol M.  
Padre Gaspar Bech M.  
Padre Ignacio Toebast.

Noticia breve proemial de los puestos que contiene la provincia del Nuevo Reino y Quito de la Compañía de Jesús  
Ya que mi pluma no sabe ni puede volar, es forzoso que la obligue a correr por los puestos que tiene la Compañía de Jesús en la provincia del Nuevo Reino y Quito, porque así me lo manda el superior, que en nombre de Dios me gobierna. Comenzando a obedecer, imito al geógrafo porque así como éste en un corto mapa propone largas instancias a la vista para que en breve espacio de tiempo las registre de una vez, así yo en la cortedad de este papel pongo a los ojos esta dilatadísima provincia para que la vean con brevedad en todos los lugares y puestos que contiene su latitud. Lo primero que encuentran los que surcando los mares vienen a este Nuevo Reino es el puerto y ciudad de Cartagena donde tiene la Compañía un colegio cuyos sujetos tienen dilatada esfera en qué ejercitar los ministerios de su sagrado instituto, ya con los que vienen en las armadas de los españoles, ya con los etíopes que llegan cautivos de Angola y de Guinea, ya con los que de asiento viven en esta ciudad de Cartagena. Desde ésta, navegando en canoas el río arriba de la Magdalena, se llega a la villa de Mompós, la cual sustenta un pequeño colegio y es utilísimo no sólo a los vecinos del mismo pueblo sino también a las estancias y puestos cercanos, porque tienen como en las otras partes sacerdotes que los confiesen, operarios que les prediquen y maestros que les enseñen la doctrina cristiana. Subiendo algunos días de navegación por este río de la



Magdalena, se desembarca en el puerto de Honda y los padres de su colegio incoado tienen bastantemente en qué ocuparse con el curato de españoles, indios y negros que están a su cargo. Desde este puerto de Honda, que es justamente villa, se va caminando y se llega a la ciudad de Santa Fe que es la cabeza de todo el Nuevo Reino de Granada, y en ella tiene la provincia de la Compañía su Colegio Máximo en que lee cátedras de estudios menores y mayores, ocupa púlpitos y coge la mies de otros ministerios. A tres jornadas de Santa Fe se llega al Colegio de Tunja y de allí se pasa al que tiene en una ciudad que a imitación de otra de España se llama Pamplona. Desde ésta caminando doce días por montes sobre ásperos peligrosos se aporta al colegio de otra ciudad que también por imitar a la de España tomó el nombre de Mérida. Estos son los colegios que tocan a la parte de Santa Fe, a quien también le toca la extendida misión de los Llanos.

Noticiado ya el lector de los puestos que tocan a la una parte de esta Provincia; si quiere tener noticia de los de la parte de Quito, sepa que los que de España quieren ir al Perú desembarcan en Puertobelo, y montando a caballo por tierra y agua llegan no a la antigua Panamá (que a esa ya la consumió el fuego: *hic campus vbitroia fuit*) sino a la nueva Panamá donde también ha erigido nuevo Colegio la Compañía como las demás religiones. De Panamá salen los navíos, y navegando a la bolina por el mar del Sur como trescientas leguas, entran por el río de Guayaquil donde se toma puerto para caminar por tierra al Colegio de Quito que es el mayor y el mejor de toda aquella parte de Provincia. Del Colegio de Quito yendo hacia Santa Fe se entra en el de Popayán, que es cabeza de gobernación y tiene un señor obispo con sus prebendados. Del mismo Quito caminando hacia el Perú, a pocas jornadas se encuentra con nuestro noviciado de Latacunga; y pasando adelante muchas leguas de distancia se llega al Colegio de Cuenca la cual ciudad por ventura se intitula con este nombre por haberla fundado alguno o algunos de los conquistadores naturales de la ciudad de Cuenca en España. Este colegio ha sido muchos años como la puerta por donde han pasado los nuestros a las misiones de los mainas que tan celosamente ha cuidado el Colegio de Quito teniendo en ellas misioneros insignes. De las dichas dos partes se compone el todo de la provincia del Nuevo Reino, y de cada parte se pudiera hacer un todo (como lo tienen las otras religiones sagradas) si hubiera bastantes miembros de colegios; pero por no haberlos, no se han compuesto dos distintas provincias. De estas dos partes de provincia unidas haré dos partes de volumen divididas). De cada colegio haré un libro refiriendo en cada uno de sus capítulos lo que hallare que decir, y al fin de cada libro historiaré algunas vidas de varones ilustres pertenecientes a los colegios, de que he de tratar o ya porque murieron en ellos, o ya porque nacieron en las ciudades donde están fundados, o ya por otras razones que verá el que quisiere entretener los ojos en la lección de esta historia. Las cosas y sucesos que en ella escribo los he sacado fielmente (porque procuro ser verídico historiador) de los papeles que tenía guardados el Archivo del Colegio Máximo de Santafé. También se ha valido mi pluma de otras noticias que me han dado personas dignas de crédito y juntamente de algunas cosas que yo he visto. Las veces que no escribo el año de los sucesos ni el nombre de las personas que convenía decir, es porque no las he hallado en los papeles de

que me he valido para la composición de esta historia.

## Primera parte

Historial de la provincia del Nuevo Reino de Granada de la Compañía de Jesús

Libro primero

Del Colegio de Santa Fe

Capítulo I

Descripción de la ciudad de Santa Fe de Bogotá

Así como entre todas las virtudes teologales y morales se lleva la primicia fe, así la ciudad que de ella toma su nombre tiene el primer lugar y es la metrópoli entre todas las ciudades y pueblos que contiene el Nuevo Reino de Granada. Está situada a las raíces de una larga cordillera que corre del Austro al mediodía por dilatados espacios de tierras. Por la parte de enfrente tiene una amenísima llanura de leguas que recrean la vista y alegran el ánimo con su apacible verdor. Como dos leguas cerca de la ciudad pasa un río de aguas muy saludables nombrado Bogotá, de donde toma la ciudad el apellido. De los montes se despeñan por los dos lados de la ciudad dos arroyos o riachuelos y con ser tales dan provisión bastante a la sed de los ciudadanos. El temple, ni por la cercanía de los montes es demasíadamente frío, ni por la poca distancia de la línea es caliente ni hay más mudanza de invierno a verano que llover o no llover. La fábrica de la ciudad es muy extendida, pero con tal proporción se dilata, que la muchedumbre de las calles no confunde a quien las pasea porque están tan derechas y tan bien compartidas con la correspondencia de la una cuadra a la otra que ocasiona gusto el mirarlas. Está en medio de la ciudad una plaza bien extendida por grande, y enfrente de ella la iglesia catedral bien asistida de los señores prebendados. Las dos curias Real y Arzobispal se miran a los dos lados de la plaza y en medio de ella una grande y perenne fuente de agua cristalina que sirve, así para el recreo de la

vista como para el socorro de la sed. No es inferior a la arquitectura de las casas de la ciudad la magnificencia y hermosura de los templos, así de religiosos como de monjas. Están estos compartidos para mayor comodidad de los ciudadanos en varias partes de la ciudad. Al un lado de la iglesia Mayor está el Colegio de la Compañía de Jesús; a tres cuadras y media de la plaza el convento de la Luz de los doctores San Agustín. Al otro lado de la iglesia mayor está la de los religiosos del ilustrísimo patriarca Santo Domingo; a alguna distancia proporcionada, pasando por una puente, se llega a la rica iglesia del apostólicamente pobre San Francisco; más adelante la calle derecha se encuentra en una esquina el noviciado de los hijos del gran padre San Ignacio, y a lo último de la ciudad el convento de la recolección franciscana dedicada a San Diego, que tan santamente supo ser recoleto en su seráfica religión. Las iglesias y conventos de los religiosos son muy suntuosos por la fábrica y muy insignes por el número de los religiosos que habitan en ellos y acuden, no sólo a los coros de alabanzas divinas a sus horas, sino también a las cátedras de las lecturas de artes y teología. En otras cuatro partes de la ciudad se ven cuatro jardines llenos de flores de castidad encerrada en cuatro conventos de monjas, uno de la Purísima Concepción de la Virgen María; de Santa Clara el otro; el tercero de dominicas dedicadas a Santa Inés de Monte Pulsiano, y últimamente el observantísimo de la gran Madre Santa Teresa de Jesús. Cierran la ciudad en tres extremidades proporcionadamente distintas tres parroquias. La primera y la más numerosa y la mejor en el nombre, es la de Nuestra Señora de las Nieves; la segunda la de la fortísima Virgen y mártir Santa Bárbara; la del invicto mártir San Victorino la tercera. En las cimas de dos altísimos montes que en poca distancia se juntan en la misma cordillera (a los pies de los cuales está fundada Santa Fe) se miran dos tan devotas como hermosas iglesias, una enfrente de la otra y entrambas dedicadas a la Virgen Santísima Nuestra Señora, la una con el apellido de Monserrate, la otra con el título de Guadalupe. Entrambas son frecuentemente visitadas de la devoción de los vecinos trepando el uno y otro cerro, unos a pie y a caballo otros. Reside en esta ciudad de Santa Fe como en cabeza de todo el reino el que está en lugar del rey que es un soberano y capitán general y una Real Audiencia con señores ministros que son oidores y juntamente alcaldes de Corte. Reside también en ella su arzobispo con deán y cabildo eclesiástico con bastante número de prebendados y canónigos, entre los cuales hay mucho número de clérigos sacerdotes. Y porque estos no fueran tan lucidos si no fueran doctos ni graduados, hay en esta nobilísima ciudad dos colegios donde estudian desde los primeros rudimentos de la gramática hasta las sagradas sutilezas de la teología. El colegio más antiguo y real es de San Bartolomé, fundado por el señor arzobispo don Bartolomé Lobo Guerrero y está sujeto al gobierno de los padres de la Compañía. El segundo colegio es del Santísimo Rosario y le puso este nombre por ser devotísimo de quien lo fundó y fue el ilustrísimo señor don Fray Cristóbal de Torres, de la sagrada religión de Predicadores, y como tal, predicador de dos reyes. Hay en esta ciudad dos academias en que los que han estudiado en dichos dos colegios se gradúan de doctores y maestros. Comúnmente dicen que a esta ciudad la pueblan dos mil y más casas y ya se ve que en ellas viven de asiento y de paso muchos más millares de

personas. Todas sustentan sus vidas con carne, pan y frutos que produce con abundancia este reino y también gozan del vino, frutas secas y otros géneros que les vienen de España.

## Capítulo II

De la entrada de los de la Compañía en Santa Fe y de la fundación de su colegio

Al sol quiere asemejarse la Compañía de Jesús, pues así como aquel no deja parte de mundo que no alumbre con sus rayos y no fomenta con sus calores, así ésta no quiere omitir lugar del orbe sin ilustrarlo con las luces de la doctrina Evangélica ni sin abrasarlo con los incendios del divino amor. Movidos de este santo fin salieron de España y llegaron a Santa Fe el año de 1590 los apostólicos varones padre Francisco de Vitoria y padre Antonio Linero, a los cuales poco después y con el mismo intento se agregó el padre Antonio Martínez viniendo entonces del Perú. Todos tres diligenciaron cuidadosos la fundación del colegio en esta ciudad juzgando que desde ella podrían como el sol, hacer sus correrías por todos los lugares que componen este Nuevo Reino y sacar a los indios de las tinieblas de la ignorancia ilustrando sus entendimientos con la enseñanza de nuestra santa fe. Sus fervorosas diligencias no tuvieron el efecto de sus deseos y por esta causa el padre Antonio Linero dio la vuelta a España y el otro padre Antonio se volvió al Perú.

Después, viniendo de México a la ciudad de Santa Fe con la dignidad de arzobispo suyo el ilustrísimo señor don Bartolomé Lobo Guerrero trajo en su compañía deseoso del aprovechamiento de sus ovejas al apostólico padre Alonso Medrano, de la Compañía de Jesús; y en buen hora le trajo, pues en este Nuevo Reino de Granada evangelizó la fe católica tan provechosa y milagrosamente como escribe el padre Alonso de Andrade en el quinto tomo de los Varones Ilustres que han resplandecido en la Compañía de Jesús con lo heroico de sus virtudes.

Estando el padre Alonso Medrano gloriosamente ocupado en convertir infieles (de los cuales entonces había mucha abundancia en este Reino) le llamó desde Roma nuestro padre general Claudio Aquaviva para que pasando a Europa diese noticias en España al rey Filipo III y al Sumo Pontífice Clemente VIII en Roma de la copiosa mies que había en este Nuevo Reino. Muy duro se le hizo al celo del padre Alonso Medrano el dejar la presa y soltar la hoz que tenía en las manos, pero la dejó y soltó por la obediencia santa que profesaba. Al partirse el padre, ya que su señoría ilustrísima, porque le estorbaba la obligación de residir en su iglesia, no podía hacerle compañía en el viaje, le acompañó de cartas escritas de su mano para que las pusiese en las del Sumo Pontífice Clemente VIII, en las del rey Filipo III y en las de nuestro padre general Claudio Aquaviva. Pedía en ellas con grande instancia lo que tenía muy impreso en su corazón

y era que se fundase la Compañía de Jesús en Santa Fe, y movíale el celo de la reformación de las costumbres en los cristianos, de la introducción de la fe en los indios gentiles y de la crianza de la juventud en virtud y letras.

Hizo el padre Alfonso Medrano su legacía en el acierto que se esperaba de su cristiana y santa actividad; habló con el Sumo Pontífice, con el rey y con nuestro padre general los cuales informados de lo que habían visto por escrito y de lo que habían oído de palabra de un varón tan santo, concedieron los buenos despachos y las grandes licencias que se pedían para la fundación. Gozose el apostólico ministro del Evangelio determinó dejar la ciudad de Granada donde había nacido y volverse al Nuevo Reino de Granada donde había hecho que tantos renaciesen con las aguas del sagrado bautismo, y no lo admiró porque le había quedado muy sabrosa la mano en tan soberano empleo, cuales de gentiles a ser cristianos. A este fin salió el padre de la corte de Madrid con pretexto de embarcar los misioneros para el Nuevo Reino, y teniendo el rey noticia cierta de que se quería embarcar con ellos le estorbó el viaje ordenando a los superiores que no le dejasen partir a las Indias porque no quería privar a España de un sujeto de tan relevantes talentos, y así lo ejerció con grandísima utilidad de la Andalucía en cuya provincia se quedó.

Envió nuestro padre general Claudio Aquaviva para la nueva fundación por rector al padre Martín de Funes, natural de Valladolid, hombre docto con santidad y santo con doctitud, y por compañeros suyos a los padres Bartolomé de Roxas y Juan Baptista Coluchini y al hermano Diego Sánchez, coadjutor temporal. Apenas tuvo la ciudad de Santa Fe las buenas nuevas de que los padres estaban cerca cuando trató de salirlos a recibir honoríficamente en demostración del gusto que tenía con su venida, pero los padres, teniendo noticia del honroso recibimiento que les prevenían huyeron de él como humildes entrándose en la ciudad cuando menos lo pensaban, dando su modesta humildad traza para coger descuidados a los vecinos, para que se hospedasen los recién venidos, había desembarazado el señor don Luis Henríquez, oidor de esta Real Audiencia, las casas en que vivía mudándose a otras, y no es dudable que habiendo tenido toda la ciudad mucho gusto con la venida de los padres, les harían muchos cortejos de visitas y regalos<sup>1</sup>.

Presentaron la cédula que traían del rey nuestro señor en esta Real Chancillería a los veinte y siete de setiembre de mil seiscientos y cuatro, y decretaron con gustosa concordia que usase la Compañía de la licencia que su majestad le había concedido. Pasáronse de la primera casa de su hospedaje al sitio que hoy tiene la Compañía que es muy a propósito para nuestros ministerios porque está a la esquina de la plaza mayor de la ciudad. Allí dispuso el padre rector Martín de Funes la iglesia de prestado o en ínterin que se hacía otra más grande y capaz para el ejercicio de predicar y confesar; dividió los aposentos para la vivienda de los suyos, compuso las aulas para la lectura, repartió los cuartos para las oficinas de la casa. Esta se hallaba muy pobre a los principios pero sustentáronla con sus limosnas el brazo eclesiástico y el secular abriendo las manos de su liberalidad las dos cabezas de esta República de Santa Fe. El ilustrísimo señor don Bartolomé Lobo Guerrero daba quinientos pesos cada año; el señor presidente don Juan de Borja, obrando amorosamente como

nieto de nuestro padre San Francisco de Borja socorría a los padres cada año con quinientos doblones, y también les dio otra renta de una pensión en una encomienda que llaman de Guatavita. Otras personas piadosas acudían con algunas ayudas de costas; con estos socorros y con las limosnas que en tiempo de las cosechas pedía uno de nuestros hermanos coadjutores se mantenía el nuevo colegio de suerte que no se faltaba a los ministerios espirituales por buscar el sustento corporal.

### Capítulo III

#### Del principio que dieran a las cátedras

Aunque los padres dieron principio a sus ministerios, por lo espiritual que por pertenecer al eterno bien es lo primero y principal; y después secundariamente entablaron lo literario y lo estudioso: escrebiré primero esto porque tiene menos que decir, y después hablaré de lo primero porque tiene más materia que referir y forzosamente ha de ocupar el número mayor de capítulos en aqueste libro.

Es la ignorancia una universidad de tinieblas donde están graduados de necios todos los que no son enseñados y no quieren aprender. A esta perversa universidad se opuso la luz de la sabiduría de los hijos de San Ignacio, los cuales entrando en este Nuevo Reino de Granada y viendo que en él no había más ciencia que el arte de la gramática, de la cual había pocos que supiesen algo, abrió dos escuelas y puso dos maestros que desde sus principios hasta ahora enseñan la lengua latina a la juventud, y ha sido grande el provecho, pues han salido discípulos para ser maestros y ha gozado la ciudad de Santa Fe de su saber oyendo muchas declamaciones latinas, viendo epigramas y otros géneros de poesías que en ocasiones varias de fiestas y también de exequias han sacado a luz, y a los principios fueron más preciosas por nuevas porque antes que enseñara la Compañía no habían oído ni visto cosas de este género.

Lo que más estimó Santa Fe y aplaudió más fue el ver que la Compañía puso cátedras de arte y de teología escolástica y moral. Fue muy solemne y de mucho regocijo el día en que se dio principio a estas lecciones. Un padre de los nuestros oró en latín muy elegante por espacio de media hora diciendo elogios de la sabiduría, lo cual se ha continuado todos los años en el día de San Lucas en que se principian los estudios mayores. A la primera oración, como a cosa muy nueva acudió la Real Audiencia, los prebendados, los religiosos de todas las órdenes, muchos caballeros y plebeyos no pocos. El día siguiente a diferentes horas fueron comenzando los padres lectores con preámbulos de erudición a dictar sus lecciones asistiendo a todas ellas algunos señores de la Audiencia y del tribunal mayor de cuentas y muchísima gente de cuenta, que a todos tiraba la novedad en esta tierra aunque en otras lo habrían visto algunos de los que se hallaren presentes.

Desde aquel tiempo hasta este han defendido cada año conclusiones de artes

y de teología con mucho lucimiento, porque como son muy buenos los ingenios que influye este clima, son muy lúcidos, y tanto, que algunas veces causan admiración así en lo escolástico como en lo positivo. Para que cultivasen estos ingenios y para que sacasen a luz maestros, así de dentro como de fuera de la Compañía, envió nuestro padre general Claudio Aquaviva hombres insignes que regentasen las cátedras, cuales fueron el padre Antonio Agustín, el padre Francisco de Lugo, el padre Lorenzo de Lasarraga.

Porque el premio del honor suele incitar al ánimo más perezoso al trabajo del estudio, alcanzaron los superiores bula de Su Santidad y cédula de su majestad para graduar de maestros y doctores a los que hallándose en la tentativa idóneos mereciesen la honra del grado. Y así comenzó el padre rector del Colegio de Santa Fe que también lo es de la Universidad a graduar a los artistas y teólogos en once de junio de mil seiscientos y veinte y tres y hasta este presente año de 82 se han graduado de doctores ochenta y nueve y de maestros trescientos y veinte y uno. Tiene desde su principio la Academia por patrón a aquel gran maestro graduado en la Universidad de París San Francisco Xavier, a quien cada año en su día se le hace fiesta predicando alternativamente sus alabanzas los de la Compañía; y los graduados subiendo al púlpito con borlas y capirotos, con el cual adorno asisten a la celebridad de vísperas, de misa y de sermón todos los de la Academia.

Ya que he nombrado a los graduados en Santa Fe, no dejaré de nombrar a un estudiante porque pienso que fue a graduarse en el cielo, donde porque se ve todo no hay fe. Fue este el hermano Pelayo de Albistur, de edad de cuarenta y seis años, y en solos cuatro que vivió en la Compañía alcanzó la ciencia de los santos. Al dar del pie al mundo abrió la mano y dio una gruesa limosna al Colegio de Santa Fe, que estaba muy pobre. Fue hombre muy desengañado porque a la luz de la oración divisaba los engaños deste mundo y desta vida. Entregose mucho al ejercicio de la pobreza, obediencia y humildad. Estudiando estaba casos de conciencia cuando le envió Dios la muerte y aceptola con tanto gusto como quien tenía la vida por penitencia y como quien traía tanto cuidado en mortificarse, que el vivir le servía más de martirio que de gusto. Cuando le daban en su enfermedad esperanzas de vida, sentía tristeza, y en tratándole de su muerte tenía mucho consuelo. Al fin se llegó el último día que fue el Martes Santo del año de mil y seiscientos y quince. Hallose en su entierro la Real Audiencia y otro número muy grande de gente porque quiso Dios honrar al que había despreciado las honras. También vinieron las religiones en comunidad agradecidas a las limosnas que manirroto les había dado cuando era secular.

#### Capítulo IV

Aprenden los padres de la Compañía, la lengua mosca y ponen cátedra de ella

Los padres que podían leer teología en cualquiera universidad se aplicaron a estudiar la lengua mosca en Caxicá. Esta es una doctrina que recién venida la Compañía a Santa Fe admitió el padre viceprovincial Diego de Torres, para que fuese seminario donde haciéndose los nuestros discípulos de los indios en su lengua, fuesen sus maestros en la fe.

Teniendo noticia la Real Audiencia de que los de la Compañía con el estudio de catorce meses habían aprendido la difícilísima lengua mosca a tal perfección, que habían traducido en ella con gran propiedad de palabras los misterios de la fe católica, mandaron los señores arzobispo y presidente que los párrocos tuviesen aquella traducción por norma y que por ella instruyesen a sus feligreses. Demás desto la Real Audiencia dio orden de que los de la Compañía tuviesen cátedra de lengua en nuestro colegio, y desde entonces la leen todos los días por las tardes a los hermanos teólogos, y ha habido tiempos en que han acudido a oír las lecciones algunos seculares para poder obtener las doctrinas con la ciencia del idioma de los indios.

De los muchos sujetos de la Compañía, que a gloria de Dios y por la salvación de las almas se han sujetado a aprender esta lengua extraña, pudiera decir mucho que callo; pero no dejaré de referir que dos padres que vinieron al Colegio de Santa Fe el año de mil seiscientos y once, sin embargo, de que actualmente estaban estudiando teología, se entregaron con tal afecto y fervor al estudio de la lengua mosca (cuya lección oían por las tardes) que en solos tres meses de estudio predicaron en este idioma con tal propiedad de frases, con tan buen modo de decir y con tal pronunciación, que se admiró el padre catedrático de la lengua, viendo que en tiempo tan corto hubiesen aprendido con tanta perfección una lengua tan difícil

Es certísimo que los padres con el estudio y cátedra de la lengua índica, se han opuesto al gravísimo perjuicio que se hacía a los indios por no haber personas que supiesen su idioma. ¿Cuántos estaban envueltos en los errores tenebrosos de sus idolatrías, porque no había quien en su propia lengua les diese luz del verdadero Dios? ¿Cuántos ignoraban los misterios de la fe católica? ¿Cuántos no sabían los mandamientos de la divina ley que debían guardar para escaparse del fuego del infierno y para ir a poseer el gozo del cielo? ¿Cuántos no salían de sus pecados mortales, no diciéndolos en la confesión sacramental porque no hallaban confesor que entendiese y supiese lo que decían? Estando muchos indios de algunos pueblos que se habían congregado en una llanura cercana a la ciudad de Santa Fe, los fue a visitar un operario de los nuestros deseoso de hacer algún fruto en sus almas. Preguntoles si se habían confesado en su tierra en el tiempo de cuaresma? Respondieron que solos los ladinos de su pueblo que serían unos veinte o treinta se habían confesado, porque su cura por no entender su lengua les dijo que los indios chontales no se confesaban, sino solamente los que hablaban en castellano. Admiróse el padre de esta respuesta y notando su admiración un indio de otro pueblo de mucho gentío, le dijo: ¿padre de eso os espantáis?, pues eso mismo sucede en los demás pueblos de los indios. Oyendo esto procuró el padre inducir a los indios no confesados para que se confesasen, y ellos mirándose los unos a



los otros, se reían extrañando la novedad de que hubiese quien en su nativa lengua los industriase y los quisiese confesar. Industriados salieron de sus culpas confesándolas al sacerdote que los había inducido a obra tan provechosa para las almas, que haciéndolas vomitar por la boca los malos humores de los pecados las dan la salud y vida espiritual.

## Capítulo V

### Fúndase el Seminario de San Bartolomé

El ilustrísimo pastor del Nuevo Reino de Granada don Bartolomé Lobo Guerrero, celoso del bien de los corderitos que al presente eran de su rebaño y en lo futuro había de ser de sus sucesores, trató de hacer un seminario donde se criasen en virtud y letras; para no les faltase casa o redil en que albergarse, les compró (como quien santamente sabía gastar sus rentas eclesiásticas) unas casas cercanas al Colegio de la Compañía de Jesús, dando por ellas ocho mil y quinientos pesos de trece quilates. Dejándose llevar de la religiosa corriente de la devoción que tenía al apóstol San Bartolomé, le puso al Colegio ese santísimo nombre para que el santo fuese el patrón y abogado de los colegiales y le celebró en sus días con fiesta en su iglesia catedral el tiempo que residió en ella, y por falta suya determinó que se celebrase en la de la Compañía de Jesús o en la capilla de su colegio.

Quiso como tan buen eclesiástico que en primer lugar hubiese seminaristas que con sobrepellices sirviesen en la iglesia a las misas en los días que señaló su prudente devoción. Para distinguir los seminaristas de los convictores ordenó que estos se pusiesen becas coloradas y aquellos los trajesen azules y así se ejecutó; pero andando el tiempo y sucediéndole en el oficio pastoral el ilustrísimo señor don Pedro Ordóñez y Flores, padre muy amante de nuestra sagrada religión, mandó que todas las becas fuesen coloradas. Muchos tiempos las trajeron sin distinción ninguna los que estudiaban la gramática y los que cursaban facultades mayores, pero después pusieron estos en sus becas unas roscas coloradas con que se diferencian de los gramáticos. Pocos años ha que a un lado de las becas añadieron un escudo con las armas del rey con ocasión de haber dado su majestad cuatro becas que se sustenten con su hacienda real atento a que algunos hijos de sus ministros suelen quedar desamparados por muerte de sus padres.

La intención de la voluntad de su señoría ilustrísima en dar el gobierno de su colegio a la Compañía mejor que mis palabras la explicarán las suyas, y por eso las pondré aquí formales sacándolas de la erección del colegio que fue en el año de mil seiscientos y cinco. «Para que esta obra (dice) tenga el efecto que el Santo Concilio Tridentino desea, usando de la facultad que nos da para elegir las personas que lo han de tener a cargo y que sean de toda satisfacción en ejemplo, letras y experiencia,

teniendo atención a lo que los eminentísimos cardenales intérpretes del Santo Concilio de Trento advierten que los tales colegios seminarios se deben encomendar a los padres de la Compañía de Jesús adonde pudieren ser habidos; y que esto mismo han guardado algunos Sumos Pontífices y prelados del Perú, acordamos de imitar estos ejemplos siguiendo en esto el pío afecto que siempre habemos tenido a esta sagrada religión. Y así pedimos y suplicamos al reverendísimo padre general de ella mande a los superiores de esta provincia tomen a cargo obra de tanta gloria y honra de Dios. Que por la presente les damos a los dichos superiores y a los que en su nombre señalaran por rector toda la facultad, potestad y jurisdicción que es necesaria para el buen gobierno del dicho colegio seminario de San Bartolomé por todo el tiempo que el padre general presente, y sus sucesores nos quisieren hacer esta buena obra. Y suplicamos humildemente a Su Santidad se sirva de no consentir se le quite a la Compañía este cuidado y superintendencia mientras ella le quisiere tener, y a nuestros sucesores pedimos y encargamos lo mismo porque así entendemos que conviene al servicio de Nuestro Señor y bien espiritual de este arzobispado». «En el ínterin que el padre general de la dicha Compañía responde a estos nuestros deseos y justa petición, pedimos y encargamos al padre Diego de Torres, viceprovincial de esta viceprovincia de Santa Fe acepte este cuidado y superintendencia poniendo en el dicho seminario y convictorio el superior que le pareciere para que lo tenga a cargo, el cual asimismo lo acepte con las dichas condiciones hasta que el padre general responda y lo apruebe, que es el que tiene facultad para ello y en conformidad de esto señalo por ahora al padre Martín Vásquez por vicerrector del dicho Colegio».

No he podido adquirir noticias de las prendas del nombrado vicerrector, pero es bastantísima calificación de su virtud y letras el haberlo escogido para tal oficio un prelado tan celoso como lo fue el señor don Bartolomé Lobo Guerrero. Ahora diré lo que he sabido de otro padre, que siendo rector de este colegio se fue a gozar de Dios (según entiendo, y espero de la divina bondad) en el año de mil seiscientos y quince. Llamábase este padre rector Pedro Sánchez de Roxas, había nacido en la ciudad de Lima y vivido veinte y cuatro años en la Compañía de Jesús, y sus relevantes talentos de virtud y de letras le habían merecido el grado de profeso de cuarto voto. Como muy fiel operario del Señor se ejercitó en misiones muy trabajosas de españoles y de indios caminando a pie muchas leguas por ásperas montañas y desiertos incultos, sufriendo hambres, tolerando malos temporales de aguaceros y soles de que se le originaron y recrecieron enfermedades que en lo mejor de su edad le abreviaron la vida, siendo dichoso en morir por achaque de buscar la salud y vida de las almas. Tuvo grande conformidad con la voluntad del Señor que lo dispone todo para mayor felicidad de sus escogidos. Y como el padre Pedro Sánchez había celosamente procurado que sus prójimos se aprovechasen de los sacramentos de Cristo en su vida, se valió él de ellos cristiana y religiosamente en su muerte.

## Capítulo VI

### Árboles que ha producido este Seminario

Seminario es propiamente el pedazo de tierra donde se siembran algunas semillas para trasplantarlas a otro lugar, donde creciendo florezcan y fructifiquen. Y la experiencia ha mostrado con el tiempo que el Colegio de San Bartolomé ha sido seminario o almácigo de árboles no solamente vistosos sino muy fecundos. Mientras las tiernas plantas de los colegiales asisten en el almácigo, las cultivan los de la Compañía como cuidadosos hortelanos solicitando que por las mañanas tengan su oración, que estudien fervorosos, que asistan religiosamente al santo sacrificio de la misa, que devotos recen cada día el rosario a la Santísima Virgen porque la leche de su devoción es muy a propósito para criar bien los niños. Que frecuenten los santos sacramentos de la confesión. Que se aparten de la peste de las malas compañías y que se ejerciten en las virtudes. Y cuando declinan en algunos vicios, ya con amor, ya con rigor los procuran apuntalar y enderezar como a tiernos arbolitos. Una de las cosas en que se suelen esmerar más los de la Compañía, que viven entre colegiales, es en procurar que no amancillen con torpeza la virtud angélica de la castidad y suele lográrseles bien este cuidado de que pondré solamente la prueba de dos casos.

El año de once aconteció que una lasciva mujer se atrevió a pretender derribar en el cieno de la torpeza a uno de los colegiales, y para este efecto le hizo mil cariños y halagos, pero él como un armiño en medio de la tentación se determinó primero a morir que ensuciarse; mas como ella porfiase en demanda cogió él unos cordeles que allí halló a ruano, y con ellos hizo huir a la que había armádole lazos para caer. No he sabido el nombre de este casto colegial porque no lo dicen las annuas, pero yo ahora nombraré a otro porque lo conocí.

De la ciudad de Antioquía su patria vino a ser colegial un mancebo llamado Gregorio Rodríguez y estudió tan cuidadoso que hacía raya entre sus condiscípulos, y llegó a graduarse de maestro con ventajas. Sucedió que en un coloquio espiritual que se representó en el colegio le dieron el más principal papel, y lo hizo con tal gracia, que cierta mujer se aficionó de él y una noche le hizo llamar a la portería; salió tras de él un amigo y compañero suyo ocultamente y disimulado y afirmó, que habiendo oído la nociva y torpe voluntad de la tal persona el maestro Gregorio Rodríguez le volvió las espaldas diciendo: ¿para eso me llamaba? señora, tema a Dios. Quiso trasplantarse a la Compañía de Jesús y lo consiguieron con facilidad sus estimables prendas. Siete años vivió en la Compañía, pero con tan poca salud, que después de haber probado varios remedios tomaron los superiores por último el enviarlo a Antioquía con la probabilidad de que los aires patrios le restituirían la salud; pero no le llevó Dios sino para que perdiese la vida y para que antes de morir diese en su casa muy buenos ejemplos de paciencia, de modestia y de amor a su sagrada religión. Murió a veinte de diciembre del año de mil seiscientos y ochenta y uno y revestido de sacerdote lo retrató un pintor por orden de su padre el

capitán Domingo Rodríguez. Alquiláronse muchas hachas y cirios para su entierro, y aunque este se hizo con mucha solemnidad, vigilia y posas, tanto pesó la cera después como antes de encenderse, cosa que el mismo arrendador como constó por un escrito suyo, lo atribuyó a los méritos del padre Gregorio Rodríguez.

Cada una de las cuatro religiones mendicantes que hay en la ciudad de Santa Fe hojeando los libros de los recibos que ha hecho, hallará copioso número de sujetos que del almácigo o seminario de San Bartolomé se ha traspuesto a los claustros de sus casas y en ellas han fructificado, ya como palmas, ya como olivas, ya como otros árboles del paraíso, religioso. Mírense en el archivo eclesiástico los papeles de las provisiones de los curatos y doctrinas de los pueblos de este Nuevo Reino y se hallará raro o ningún cura que no haya sido o colegial de San Bartolomé o por lo menos estudiante seglar que haya tenido su enseñanza siquiera de la gramática en la Compañía de Jesús, y en muchos luce y resplandece el fruto de la crianza que tuvieron así en las letras como en la virtud. De esta sólo pondré un ejemplo, y es el del doctor don Josef Méndez Cabrita, cura y vicario de Maracayo, que estando ausente supo que había entrado una peste en su ciudad, dijo animoso: quiero ir a morir con mis ovejas. Llegó a la ciudad, y ayudando a sus enfermos feligreses se le pegó la peste y entre ellos perdió gananciosamente la vida.

Los que habiéndose criado plantados en el seminario de San Bartolomé han salido prebendados por ser en menor número y los curas y doctrineros los nombraré en este capítulo. El doctor Juan Bernal de Salazar, que habiendo nacido en la ciudad de Santa Fe murió deán de su catedral. El doctor don Pedro de Rojas, natural de la ciudad de Tunja acabó con su vida siendo maestrescuela de Santa Fe. El doctor don Cristóbal de Araque, nacido en Pamplona, jurisdicción del Nuevo Reino, fue provisor y vicario general de este arzobispado y murió canónigo de la catedral de Santa Fe. El doctor don Agustín de Olea honró a su patria, Popayán, con varios oficios eclesiásticos que ejercitó, y habiendo obtenido varias dignidades es al presente deán de Santa Fe y vive hoy en su puesto como los demás que ya nombre. El doctor don Gregorio Xaimés, natural de la villa de San Cristóbal, fue el primer canónigo magistral de Santa Fe y arcediano y examinador sinodal y luego obispo de Santa Marta. El doctor don Cipriano de Salcedo natural de la villa de Mompo donde fue cura y vicario y hoy chantre de Santa Fe. El doctor don Juan Martínez de Oviedo natural de la ciudad de Ibagué, provisor y vicario general de este arzobispado en sede vacante, es maestrescuela y examinador sinodal. El doctor don Carlos de Vemaola, natural de Santa Fe y canónigo en su iglesia. El doctor don Juan de Rojas, natural de Santa Fe y canónigo de su catedral. El doctor don Agustín de Tovar nacido en Santa Fe y al presente canónigo magistral. Don Salvador López Garrido, primer canónigo penitenciario.

De este seminario se han traspuesto y también puesto mitras en las cabezas algunos sujetos. El ilustrísimo señor don Francisco de Borja hijo legítimo del señor presidente del Nuevo Reino don Juan de Borja, es obispo de Tucumán habiendo primero sido tesorero de la iglesia catedral de Santa Fe su patria, y habiendo obtenido otras dignidades en la iglesia de las Charcas. El señor doctor don Luis de Betancur, inquisidor de la ciudad de Lima y natural de la de Tunja fue electo obispo de Popayán, su hermano el

muy reverendo padre fray Andrés de Betancur, del orden seráfico, fue electo obispo de la Concepción de Chile y murió antes de consagrarse. El ilustrísimo señor doctor don Lucas Fernández de Piedrahíta ejerció en Santa Fe su patria el oficio de provisor y vicario general en sede vacante y obtuvo varias dignidades en la catedral; fue obispo de Santa Marta y hoy lo es de Panamá. El ilustrísimo señor doctor don Diego de Baños y Sotomayor, natural de la ciudad de Lima que habiendo sido colegial de San Bartolomé es al presente obispo de Santa Marta.

## Capítulo VII

Erigen la cofradía del Niño Jesús para enseñanza de los indios

Claro está que por el Jesús había de comenzar la Compañía en la enseñanza de la cartilla cristiana en que de tan lejas tierras había venido para instruir a los indios infieles, y así para este efecto comenzaron en el nombre de Jesús sus ministerios erigiendo una cofradía debajo de su patrocinio y alistando en ella a cuantos podían de entrambos sexos, escribiendo sus nombres en su libro con deseos de que estuviesen impresos en el de la vida eterna.

Empezaron a instruirlos todos los domingos del año por las tardes declarándoles lo primero algún punto o puntos de nuestra fe católica en su lengua nativa, y después haciéndoles una plática en que les persuadían alguna virtud o disuadían algún vicio, quedaban algunos dellos tan contentos que no sabían irse de la iglesia y les pesaba de que viniese la noche en que era forzoso el irse a sus casas, y en lugar de irse a ellas, acontecía muchas veces el juntarse muchos indios en casa de algún oficial de la cofradía a recapacitar y repetir lo que habían oído en las pláticas, conque la substancia dellas se les quedaba no sólo en la memoria, sino mucho más en la voluntad y la mostraban haciendo lo que el padre les decía en las pláticas.

Las indias más que los indios mostraban la devoción mayor que tenían al oír la divina palabra que se les platicaba, viniendo muchas a la iglesia de muy lejos, atropellando con su fervor muchas incomodidades que se les ofrecían, o de ocupaciones, o de malos maridos que las castigaban porque no los acompañaban en sus borracheras, o de aguaceros que las empapaban en agua, o de enfermedades que las molestaban; y así sucedía muchas veces que algunas indias estando malas en la cama se levantaban de ella y llegaban medio arrastrando a la iglesia por no privarse del gusto que tenían y del provecho que les hacía el oír la divina palabra. Prueba de estos frutos serán los muchos ejemplos que se verán en aquesta historia.

## Capítulo VIII

### De la devoción que se introdujo a la misa, confesión y comunión

No ha habido materia que el padre operario les haya dictado a los indios desde la silla en las pláticas, y desde el púlpito en los sermones, que no se les haya impreso a muchos en las almas. Árboles silvestres han sido los indios; pero injerta en ellos la fe católica y la palabra evangélica han dado frutos preciosos que con evidencia muestran que no por silvestres dejan de ser capaces de trasplantarse al paraíso del cielo.

Expelida de los corazones de los indios la idolatría se introdujo en ellos la religión de asistir al santo sacrificio de la misa en culto de Dios

Trino y Uno. Muchos de ellos oían cada día una misa y otros no contentos con una asistían a más misas. Preguntó un padre de la Compañía a uno de los cofrades ¿cuántas eran las misas que cada día acostumbraba a oír?

Respondió: Padre, jamás estoy contento si no pasan de seis. Y lo que hay que ponderar en las circunstancias de la persona de este indio, es que era oficial y no por ocuparse en oír las misas dejaba de tener ganancias

bastantes con el trabajo de su oficio. En una ocasión quiso un hombre darle de almorzar a un cofrade, pero él le respondió que no podía almorzar porque no había oído aquel día (y era día de trabajo) sino tres misas, y que su costumbre era no desayunarse hasta haber oído más misas. Aun más se esmeraban en esta devoción muchas indias causando confusión a las españolas que las v(e)ían asistir a muchas más misas que oían en nuestra iglesia. Otras que por estar muy lejos no podían venir a ella acudían a esta religiosa devoción en los templos que estaban más cercanos a sus casas. Cuando por ocupaciones o por otras contingencias no podían oír misa, lo lloraban (como si fuera pecado) en sus confesiones. Tan lejos estaban de pecar dejándola de oír en los días de precepto.

Instruía el padre enseñándoles en algunas pláticas de las que les hacía, el modo con que habían de confesarse y lo aprendían y practicaban muy bien. Apenas acababa de platicar el padre cuando en lugar de darle tiempo para que descansase de aquel trabajo, le metían en otro de estar oyendo hasta las noches las confesiones de las almas que se habían movido a penitencia, con lo que atentamente habían escuchado en la plática. El sacerdote, que el año de mil seiscientos once tenía a su cargo la cofradía del Niño Jesús, afirmó que sólo de la gente más conocida que llamaba por sus nombres y se confesaban con él a menudo, eran al pie de ochocientas personas. Muchas se confesaban generalmente con tanto consuelo suyo, que después iban publicando por la ciudad alabanzas de los confesores de la Compañía, y exhortando a cuantos conocían que probasen a confesarse con ellos y así acudían muchos a la fama y por la misericordia del Señor comenzando a confesarse una vez no acertaban a ir en busca de otros confesores. Tan firmes han sido los propósitos que han hecho en sus confesiones algunos indios que se han conservado años enteros sin cometer una culpa mortal.

Tanta pureza de conciencia llegó a tener uno destes indios, que no había cosa que más temiese que un pecado por ser ofensa de la Divina Majestad.

Tan rendido estaba a la voluntad de Dios y tan deseoso de no salir de su gusto, que todas las veces que le era necesario ocuparse en alguna obra exterior indiferente le pedía primero licencia a Dios para ocuparse en ella; y demás de esto se ocupaba en ejercicios que intrínsecamente eran buenos y espirituales por servir a su Señor y tener contento a su Dios. Las indias que no eran de la cofradía del Niño Jesús, tenían tal concepto de las que estaban matriculadas en ella, que juzgaban que no podían estar entre ellas sin tratar de ser buenas y por el mismo caso que se atrevían a entrar en la iglesia al tiempo de la plática se resolvían también a confesarse y mudar de vida. Una vez, exhortando cierta cofrada a una india que se fuese con ella a la plática, respondió: ¿Cómo puedo yo ir con vosotras a la plática si estoy amancebada? Después con buenas razones ganó para Dios la cofrada del Niño Jesús a la india perdida, hizo que se confesase y que con resolución firme dejase a un mal español que la perseguía; de lo cual él convertido en bueno se edificó; y ella con la mudanza de vida perseverante edificaba a las demás indias de la cofradía.

Viendo los sacerdotes de la Compañía que las almas de los indios se limpiaban con el agua de la contrición y con el sacramento de la penitencia, y conociendo también que sabían distinguir entre pan y pan creyendo fielmente que en la hostia consagrada está Cristo, no en su imagen sino en su misma persona, los introducían a que comulgasen en los días que juzgaban a propósito para hacerles este soberano regalo. Permitió Dios esta buena obra tuviese su contrapeso de persecución causándola personas eclesiásticas que aun desde los púlpitos reprendían el dar la comunión a los indios diciendo que eran incapaces de recibir este soberano Sacramento; pero los de la Compañía con modestia religiosa y con eficaz fuerza de razones volvió por ellos y salió con la victoria, porque los indios bien enseñados se hacen muy capaces de recibir este divino manjar, y es certísimo que algunas almas de estos indios menospreciados y perseguidos son más dignas de comulgar que las de muchos españoles presumidos de nobleza y muy honrados por su hidalguía. Concluyo este capítulo con lo que le sucedió a un padre, y fue que habiendo confesado y catequizado a una india la dijo que al día siguiente comulgase; pero ella lo respondió que con su licencia se prepararía siquiera por espacio de ocho días con ayunos para haber de comer el pan en que estaba un Dios tan bueno.

## Capítulo IX

De la penitencia de los indios y la de una morena Felipa Guillén

En uno o dos domingos del año aconteció platicarles el padre a los cofrades de la penitencia que habían de hacer por sus pecados, y dieron tan buen oído a la plática, que en saliendo de ella hicieron una junta y cada uno dio un tanto de dinero a una persona de cuidado para que lo

tuviese de mandar hacer unas disciplinas y unos cilicios. Los que no tenían dinero pedían estos instrumentos de penitencia al padre, y los dio a más de cincuenta y no dio más porque entonces no tenía más.

Muchos tomaban tres veces disciplina en cada una de las semanas; otros una o dos veces no contentándose con que fuesen secas sino sangrientas, de que dieron testimonio personas que las vieron llenas de sangre. Usaban también del cilicio con tanto rigor, que ni aún para dormir de noche se lo querían quitar; y esto que en los indios fervorosos era muy común, lo probaré en particular con el ejemplo de una india anciana. Estuvo esta caritativamente velando el cuerpo de un difunto y a la media noche no pudiendo ya sufrir la aspereza del cilicio se lo quitó hasta la mañana, y llegada ella, le picó de suerte el escrúpulo que diera mucho por no haber evitado las picaduras del cilicio y se fue a confesar de habérselo quitado como si fuera culpa; y fue necesario desengañarla y declararla que no era pecado.

El año de mil seiscientos once murió un indio mancebo que en lo tierno de sus años se trataba ásperamente con los golpes de la disciplina hasta derramar sangre, y haciendo esto a una hora de la noche, andaba en todas las del día herido con un riguroso cilicio de puntas agudas de hierro. Éste algunas veces se levantaba de su cama a la media noche cuando era más inclemente el frío, y yéndose a la huerta de su casa juntaba muchas ortigas con que hacía un lecho en que a costado pasaba el resto de la noche atormentado. Este fue antes idólatra y con esta penitencia y con mucha virtud que adquirió después de su conversión se desquitó de su infidelidad y se dispuso para el cielo a juicio de los padres que trataron su alma.

Tan fervorosos estaban en ser penitentes, que ellos allá entre sí hicieron una junta y resolvieron irse a ver al padre que cuidaba de ellos y rogarle que les diese licencia para que no sólo en el tiempo devotísimo de Adviento y cuaresma, sino que también en cada una de las semanas del año pudiesen tomar tres disciplinas en su iglesia (que la tienen propia en nuestra casa y la llaman la iglesia chiquita) en las noches que les señalase su prudencia. No se les concedió su demanda y así se fueron a sus casas como salen de ellas los cofrades cuando van a otras partes, es cosa de edificación. Despídense de los otros rogándoles que los encomienden al Niño Jesús y que se acuerden de ellos en sus rosarios y devociones; confiésanse y llevan consigo su disciplina y cilicio por no perder la buena costumbre de la mortificación y le ofrecen al Niño una vela de cera para que les dé buen viaje y los ayude en sus jornadas. No se tenía ni juzgaba por hermano de la cofradía del Niño Jesús el que no tenía las insignias de penitente convertido.

Diéronse también al ayuno (que es penitencia de coge de pies a cabeza) absteniéndose de carne (a que los indios tienen mucha inclinación) no sólo los viernes y sábados sino los miércoles de todo el año en reverencia de la Virgen Santísima. En el tiempo de cuaresma no dejaban día ninguno sin santificarlo con la abstinencia, siendo así que solamente les obliga la iglesia al ayuno en los viernes del tiempo cuadregesimal. Otros había que en algunos días ayunaban a pan y agua.

Por ser Felipa Guillén alistada entre los cofrades del Niño Jesús (aunque no era india sino morena) quiero entreverarla así. Dicen que de su virtud



y vida ejemplar se podía hacer un cumplidísimo tratado. Ojalá lo hubieran hecho para ejemplar de blancos y negros, pero ya que no lo hicieron referiré lo poco que de ella escribió el padre Esteban de Arrotigui. Muchos años había que estaba reducida con veras a un estado de vida perfectísimo entregándose a la oración con Dios y a la penitencia consigo misma. Diole el mal de la peste estando un día velando en ayunas y cargada de cilicios en el convento recoleto de San Diego que hay en esta ciudad de Santa Fe. Al cuarto día de su enfermedad por orden de los médicos y de su confesor, la desnudaron de un saco de cerdas y de hierro con que ásperamente maceraba su cuerpo; pero no pudieron quitarle una argolla bien pesada que tenía puesta en una pierna, porque la había soldado para bajar con su peso a la sepultura. Pidió que la dejaran sola tratar con Nuestro Señor y quiso sin duda que a los golpes de su cuerpo le abriesen las puertas del cielo, pues se levantó de la cama y se golpeó con muchos azotes. Murió con gran paz de su alma diciendo que no estaría en el purgatorio sino sólo dos días. Su cuerpo lo hallaron arado con los azotes y lleno de hoyos de las cadenas exhalando una celestial fragancia al olfato de los presentes. Sepultáronla en la iglesia que tienen los indios en nuestra casa y el entierro se hizo con grande aparato y concurso de gente no pequeño porque era tenida y venerada por grande santa cuando vivía por ser muy bueno el ejemplo que a todos daba. Con ocasión de la enfermedad, muerte y entierro de Felipa, referiré lo que en semejantes casos solían hacer los cofrades. Visitaban al enfermo, llevábanle los regalos que su pobreza pedía; cuidaban más que del cuerpo del alma haciendo que le diesen los Sacramentos; asistían a la cabecera del moribundo para ayudarle con sus oraciones, y en muriendo lo acompañaban el cuerpo con la cera que sacaban de la caja de la cofradía. Hacían una junta en que cada uno daba lo que podía para que se dijese misas por el difunto. Cada año hacían un aniversario con misa cantada y ofrendas, las cuales llevaban después a hacer repartición de ellas entre los pobres del hospital y de la cárcel. Con estos y otros ejercicios se disponían para morir bien como se dispuso un indio de la cofradía a quien asistiendo un padre de los nuestros no lo quería dejar pensando que luego se moriría; pero el enfermo le dijo: váyase a descansar que yo no he de morir ahora sino mañana a las seis. Así se cumplió como lo dijo.

## Capítulo X

Conversión de un indio en día que se repartían santos del mes

La religiosa costumbre que en la Compañía introdujo San Francisco de Borja disponiendo que los santos que caen en cada mes se repartiesen por suertes entre los sujetos, la han introducido los de la Compañía en las congregaciones que toman a su cargo y la entablaron desde sus principios en la cofradía del Niño Jesús, el cual parece que quiso aprobarla y

confirmarla también con el suceso siguiente:

Varias veces el padre que tenía a su cargo esta hermandad o cofradía procuró atraer a ella a un indio principal cabeza de una parcialidad por apartarlo de una mala amistad en que muchos años había estado con público reparo mortalmente entretenido. Convidábale con dulzura a que fuese a oír siquiera en nuestra iglesia una plática que le sería de mucho gusto porque suelen ser muy sabrosas las pláticas de Dios; pero como él tenía estragado el gusto para lo espiritual y estaba saboreado con lo carnal, se resistía al convite del padre. Al cabo de mucho tiempo se entró en nuestra iglesia acompañado de otros indios un domingo por la tarde en que se repartían los santos del mes a los cofrades, y sucedió, que habiendo recibido todos ellos los papelitos en que estaban escritos los nombres de los santos, sobraron algunos y con esta ocasión le dijo cortésmente el padre al indio principal que tomase uno de aquellos papelitos, y porque él no sabía lo que significaban como quien nunca los había visto, le declaró el padre la significación diciéndole que los indios cofrades tomaban cada mes un santo que les fuese patrón, y para este efecto se encomendaban a él cada día rezándole alguna oración y ofreciéndole algunos servicios, y que así le rogaba que a devoción del santo que le había cabido se viniese cada mañana a nuestra iglesia a visitar al Niño Jesús. Cuadrole el consejo y así la mañana siguiente comenzó a ponerlo en ejecución y pagóselo de contado el Niño Dios infundiéndole un vehemente deseo de confesarse. Hizo la diligencia previa del examen de conciencia, púsose después arrodillado a confesar sus culpas, y al tiempo que estaba haciendo su confesión llamaron para un negocio que pedía prisa al confesor y así le dijo que se asentase un rato mientras daba la vuelta. Detúvose el padre mucho más tiempo del que pensaba y volviendo a la iglesia le halló puesto de rodillas como le había dejado con las manos devotamente juntas y con los ojos hechos dulcemente dos fuentes de lágrimas mirando como suspenso y atónito una medalla de estaño del Niño Jesús. Acabó su confesión con gran provecho suyo y con no menor satisfacción del confesor. Después de algún tiempo le hirió una enfermedad mortal; llamó al mismo padre para que le ayudase a bien morir y muriendo dejó prendas de que había alcanzado la eterna salud.

Añado a este capítulo otras conversiones de indios, aunque no con el mismo motivo que el del dichoso indio de quien acabo de hacer mención. Estando una india mal acompañada en la cama con un hombre la despertó este a deshoras de la noche diciéndola que le había dado un accidente que le hacía echar sangre por la boca. Levantose ella presurosa y fue corriendo a traer una vela encendida; volvió presto con ella y halló al hombre en mitad del aposento tendido despidiendo un arroyo de sangre por la boca sin tener lengua para hablar en respuesta de lo que le preguntaban ni para pedir que le llamasen confesor. Así murió derramando su sangre el que no supo aprovecharse de la que Cristo derramó por él. Pero la india quiso aprovecharse de aquella sangre recibiendo su baño en el sacramento de la penitencia: y así se fue por la mañana a confesar muy convertida y fueron tan firmes los propósitos de su conversión, que los cumplió y mudó totalmente la mala vida en buena alistándose en la cofradía del Niño Jesús.

Otra india se convirtió también escarmentando en cabeza ajena, por haber

visto una desgracia que fue pública en la ciudad de Santa Fe. Estaba presente al tiempo en que un indio por orden de su amo traía un frasco de tinta y se lo entregaba a una india con quien estaba mal amistado, pues era su amistad en ofensa de Nuestro Señor. Ella en lugar de colgar el frasco de un clavo como el indio se lo decía quiso probar a lo que sabía el licor que venía dentro de él, pensando que sería vino sabroso. El indio le fue a la mano y a la boca diciéndola que no bebiese porque era tinta que le podía hacer mucho perjuicio a la salud. Ella se rió pensando que la engañaba su galán y empezó a beber de la tinta sin que el mal sabor desengañase al sentido del gusto ni el color al de la vista ni las persuasiones de su mal amigo fuesen bastantes a que no prosiguiese con la bebida. Bebió hasta no poder más y hasta caer en tierra donde vomitando tinta sin pedir confesión ni decir Jesús expiró en manos de aquel indio con quien había vivido mal. Este lastimoso caso se imprimió en el corazón de la india que lo miraba y se le fijó en la memoria de suerte que en espacio de dos meses no pudo divertir la imaginación atenta al suceso ni su pena pudo recibir consuelo aunque lo procuraba con los medios ilícitos de una mala amistad que tenía con un español. Al fin de los dos meses (y había de haber sido al principio) dio en el punto del acierto resolviéndose a hacer con un padre de la Compañía una buena confesión; hízola general de toda su vida y la trocó de suerte que fue después una de las mujeres ejemplares y edificativas de la cofradía.

## Capítulo XI

Que algunas indias entraban en los conventos de las monjas por amor de la castidad

Cuando los religiosos de la Compañía de Jesús entraron en la ciudad de Santa Fe (que como dije fue el año de mil seiscientos y cuatro) no había en ella más religiosas que las de la Purísima Concepción de la Virgen porque no había otro convento de monjas. Bien comenzaron por aquí la clausura religiosa y monástica en Santa Fe, porque la Concepción Purísima es el primer misterio de la Virgen María que en el primer instante de su ser natural estuvo encerrada en las entrañas de Santa Ana su madre con el singularísimo privilegio de ser concebida sin el pecado original. Viendo el celoso padre viceprovincial Diego de Torres, que un solo convento era cosa poca para que muchas mujeres se consagrasen por esposas a Cristo, movió con sus consejos y exhortaciones a que se erigiese otro convento como lo testifican Annuas del año que ya cité: *erectum etiam monialium coenobium Patris Didaci vice provincialis monitis et hortatu*. Este fue el religiosísimo monasterio de Nuestra Señora del Carmen que se fundó el año de mil seiscientos y seis con el nombre ilustre de San José. Estos dos monasterios fueron a los principios de la cofradía los señuelos que atraían a las indias que querían ser aves de castidad, porque oyendo

predicar en su lengua a los padres de la Compañía, cuán abominable era el vicio de la lujuria y cuán agradable a Dios la virtud de la castidad apetecían algunas el entrarse en los conventos de las monjas sujetándose a servir las por servir con mayor pureza a Dios. Muchas en la flor de su juventud que estaban a riesgo de perder su virginidad por el buen parecer de sus rostros, pedían licencia a sus padres para entrarse en los conventos, si no a ser monjas; a ser profesas de castidad, y aunque les proponían que habían de estar emparedadas hasta que las cubriese la tierra de la sepultura, no desistían de su pretensión y se entraban por las puertas de los conventos, unas para servir a toda la comunidad, otras para obedecer a particulares religiosas. Todas tenían entonces por maestra a una religiosa con quien comunicaban las materias de sus espíritus, y ésta a tiempo señalado las juntaba, les leía lección espiritual y las hacía rezar. El año de 1611 vivían en los dos conventos cincuenta indias y hoy en aquellos y en otros dos que se han añadido vive mucho número de ellas procediendo algunas de ellas con mucha virtud. ¿Qué fuera de estas pobres indias si estuvieran fuera? Es cierto que dentro de los conventos se ha logrado en muchas la virtud de suerte que han alcanzado la corona de la gloria.

Contaré un caso que es prueba de lo mucho que Dios aprueba la determinación de guardar en un monasterio la virtud de la honestidad y se supo de boca del venerable padre Francisco de Varaiz. En la ciudad de Santa Fe hubo una india muchacha de buen rostro y de mejor natural, como lo muestra la licencia que pidió a su madre para encerrarse en el convento del Carmen temerosa de que las dádivas no le hiciesen quebrantar en el siglo la pureza de castidad con que la había criado su madre. Ésta no reparó en la soledad en que había de quedar y así no se le ofrecieron las incomodidades para el estorbo, sino las conveniencias para la ejecución. Encerrose la muchacha en el ameno huerto de la religión y estaba en ella plantada como una flor y muy gustosa, cuando la madre disgustada, con su ausencia y sentida de la falta que le hacía su compañía, trató de arrancarla de aquel jardín y llevársela consigo a su casa. Ya tenía en su pensamiento vencidos los inconvenientes que la habían movido al encerramiento de su hija, y juzgaba que acompañando a su madre no se ajaría su pureza virginal. Con estos pensamientos se partió un día al monasterio para sacar afuera a su hija, y en la calle se encontró con un hombre no conocido de ella que le preguntó si se acordaba de una hija suya que siendo muy niña se la habían hurtado. Ella oyendo el nombre de la hija hurtada le respondió con lágrimas en los ojos que sí se acordaba porque el suceso no era para olvidarlo y le preguntó dónde estaba? Él respondió que se la entregaría y de hecho se la entregó de donde se originó que viéndose ya con hija que la podía acompañar y servir, desistió del intento de sacar a la que servía a Dios en el monasterio, y ella prosiguió sirviéndole con la frecuencia de los sacramentos y otras obras de devoción en que hacía que se ejercitase también la hija restituida de milagro al parecer (o por mejor decir) hallada con especial providencia de Dios para que su hermana virtuosamente perseverase en el monasterio.

En todos los cuatro que hay en esta ciudad de Santa Fe han trabajado siempre fervorosamente los de la Compañía, y ya haciendo pláticas a sus comunidades en los advientos y cuaresmas y ya predicándoles en algunas

festividades y ya oyéndolas en sus confesonarios, ya ayudándolas en el último trance de la vida cuando han sido llamados para este ministerio. Con éste y con los demás ya referidos han fructificado mucho los operarios de la Compañía en los monasterios de esta ciudad y de esta materia se pudieran escribir muchos casos y muchas cosas que se han practicado por la sabia dirección y celosa enseñanza de los nuestros. Cierto es que nuestros religiosos y aquellas religiosas han florecido con muchos méritos de gracia. Nuestros religiosos, porque celosamente las enseñaron; y aquellas religiosas, porque studiosamente han practicado lo que les enseñaban.

## Capítulo XII

Cómo algunas guardaban castidad sin estar encerradas con llaves de clausura

Todas no podían entrar en los monasterios porque estos no podían recibir a todas. Muchas mostraban con lágrimas de sus ojos el sentimiento que tenían por no poder conseguir la entrada en los monasterios; pero quedándose afuera a más no poder ha habido muchas que siendo perseguidas por su buen parecer así de españoles como de indios, han querido sufrir muchos malos tratamientos y no han querido admitir sus ofertas ni recibir sus dádivas eligiendo primero el morir de hambre que el tener la comida y el vestido con detrimento de su castidad, y con ofensa de Dios. Muchos ha habido que han combatido fuertemente a algunas indias flacas y ellas se han resistido con fortaleza diciendo que aquel valor adquirirían con los ejemplos y pláticas que les hacían los padres de la Compañía. Esto he referido en común y adelante diré algunos casos en particular.

Un español tuvo por algún tiempo torpe amistad con una india, pero ésta habiéndose confesado con un padre de la Compañía se hizo cofrada del Niño Jesús y se apartó de su mal hombre. Este deseando proseguir en su lujurioso trato, procuró volverla a su antigua amistad; mas ella no quería dar la vuelta porque con sus firmes propósitos estaba tan mudada como constante. Supo el hombre que la india se había ido una mañana a lavar su ropa al río y fue tras ella para ensuciar su alma y la de la pobre mujer. Empezó con ruegos a conquistar su voluntad, pero viendo que ella la mostraba muy adversa, la quiso ganar con la fuerza que suelen tener en gente cobarde las amenazas; mas como éstas no atemorizasen su animoso corazón, pasó a las obras, y cogiéndola entre las manos dio con ella en una peña que estaba dentro del río, y la buena mujer favorecida del divino auxilio imitó al río y a la peña; al río en no volver a lo atrasado; a la peña en estar muy firme en su casto propósito. Quedó tan maltratada y tan herida que estuvo en peligro de morir, pero con grande gozo de ver que padecía por la joya de la castidad. Hizo llamar al padre de la cofradía para confesarse en su peligro mortal y quedó con resolución de perder mil vidas antes que su castidad.

Una india entre otras acabada la plática se llegó a confesar con el que la había hecho, y le declaró que tenía tan rendida la voluntad a la lujuria, que siempre tenía en la memoria a un español con quien de años atrás vivía en torpe comunicación. Díjole el confesor cuanto supo para trocarle la mala inclinación de su voluntad y fue con provecho, porque se levantó de los pies del confesor la india muy compungida y resuelta a llevar adelante el buen propósito con que se iba. Topose con el hombre en el camino y éste le señaló la hora en que había de ir a su casa. Conociendo ella su peligro porque vivía sola y en parte ocasionada, tomó el mejor remedio que hay contra el veneno de la lujuria que es el huir, y así secretamente se salió de su casa y se fue victoriosa (que en esto el que huye es el que vence) a otro pueblo donde se fortaleció más el valor de su espíritu preparándose para una buena confesión general que hizo con el mismo padre, volviendo después de algunos días y prosiguió en los restantes de su vida virtuosa y ejemplarmente.

Saliendo otra india de oír la plática un domingo por la tarde la vio en una calle un español que había mucho tiempo que la solicitaba; llamola deseoso de conseguir su loca pretensión. Ella entonces sintió recios combates del mal espíritu y también tuvo fuertes toques de su ángel de guarda. Aquel le ponía delante su soledad y desamparo por ser soltera y su gran necesidad por estar sumamente pobre y con la carga de hijos a quien sustentar. El ángel bueno le traía la memoria un castigo de un deshonesto que en la plática había oído. Huyó cerrando los oídos al silbo del venenoso dragón; pero de tal suerte que de cuando en cuando volvía los ojos hacia donde él estaba confusa con la encontrada variedad de los dos espíritus contrarios. Al fin prevaleció la inspiración del buen espíritu y se resolvió a no pecar. Pagole Jesús dándole en adelante mucha fortaleza a la que antes era muy flaca, y concediéndole una perseverante continuación en los ejercicios santos de la cofradía.

No todo ha de ser escribir de mujeres honestas, también de hombres castos hay que escribir. A un mancebo estudiante criaba la Compañía en una aula de gramática y en la congregación de la Anunciata que tiene este Colegio de Santa Fe. Enseñábale (como a los otros estudiantes) no sólo letras porque no era gentil, ni sólo virtud, porque no era anacoreta; letras y virtud le enseñaba juntamente. Daba muestras de saber en lo que aprendía y también las dio de que aprovechaba en la virtud como se ve en el caso siguiente. Sacáronle de su casa por engaños otros mancebos estudiantes de vida estragada, y queriendo que entrase con ellos en una casa donde podía correr riesgos su castidad por ser casa no de buena fama, conoció el peligro, detuvo el pie y no quiso meterlo del umbral para dentro y tirando de él los malos amigos para meterlo por fuerza, dio gritos y porque no prosiguiese con ellos le soltaron y él se fue gustoso viéndose libre de la trampa que le habían armado.

A otro congregante le sucedió estar dentro de una casa donde una disoluta mujer le empezó a provocar la lascivia; mas viendo que se iba y la dejaba, le asió de la capa, pero él pareciéndose a Josef, se la dejó en las manos y buscando otra se fue a la congregación porque era domingo en que era forzoso haber plática.

### Capítulo XIII

Que los indios hacían unos pueblos levadizos y los Padres de la Compañía iban a doctrinarlos

Muchísimos eran los indios que había en este Reino y por su gran multitud he oído decir que los españoles les impusieron el nombre de moscas porque hasta ahora los llaman, porque el durar siempre es propiedad o como esencia de un mal nombre que impuso o la viveza de ingenio o la mala querencia de alguno. Para servirse los españoles de Santa Fe de los pueblos comarcanos distantes de esta ciudad dos y tres días de camino, los emplazaban y señalaban tiempo, de suerte que venían pueblos enteros, y alquilados servían por espacio de un mes, y antes que acabasen con sus tareas los del un pueblo entraban los del otro. Como venían de asiento por el uno o dos meses de su alquiler con sus hijos y mujeres y les faltaban albergues donde pudiesen acogerse de día y dormir de noche, les enseñó la necesidad una industria, y fue escoger cerca de la ciudad un buen puesto donde formaban pueblo con tal facilidad que acontecía hallar con su llegada el campo raso como hoy, y al otro día por la mañana tener el pueblo fundado; mas que maravilla si las casas no eran de fundamento sino unas chozuelas levadizas cubiertas con paja. En ellas vivían con poca o ninguna luz de las cosas del cielo, y consiguientemente sin aprecio de la salvación de sus almas. Algunos en lugar de sus propias mujeres traían a las ajenas o a las que por solteras no tenían dueño. Los domingos no cumplían con el precepto de asistir al santo sacrificio de la misa, y en vez de ir a las iglesias a hacer oración se partían a los montes a coger leña para hacer fuego con que iban haciendo méritos para arder en el del infierno. Si enfermaban, no había quién los visitase ni cuidando de sus almas los confesase; y solía acontecer (¡oh qué lástima!) que solían morir como unas bestias sin recibir el Viático para el cielo ni la Extremaunción para fortalecerse en aquel lance tremendo de morir. Y si esta desdicha tenían sus almas, también tenían fracasos sus cuerpos, porque habiendo iglesias cercanas acontecía enterrarlos en los campos, porque como ellos eran, lo uno bárbaros, lo otro chontales y de suyo encogidos, no se atrevían en tierra extraña a buscar los remedios ni para sus almas ni para sus cuerpos.

Compadecido el Colegio de la Compañía de Jesús de las miserias dichas de estos pueblos de prestado, les enviaba, aun en la mayor penuria de sujetos que padecía a los principios algún padre operario que los mirase como a hijos y los encaminase a que fuesen herederos del Eterno Padre sacándolos de la esclavitud del demonio. Iba el padre a visitarlos todas las veces que podía, llevábales alguna limosna de mantenimiento corporal para ganarles las voluntades para lo espiritual. Enseñábales en su lengua los

misterios de la fe católica procurando que los entendiese bien su rudeza. Llevábalos en procesión a la iglesia más cercana de sus casas para que los domingos cumpliesen con el precepto de oír misa y a veces los traía por la tarde a nuestra iglesia para catequizarlos con más espacio. Informábase con buena traza de los que no vivían bien y procuraba reducirlos a bien vivir apartándolos con buen modo de la compañía ilícita que tenían. Cuidaba de noticiarse de los que se habían confesado en sus propios pueblos al tiempo de la cuaresma y los confesaba oyéndoles las culpas que decían en su lengua materna, que para ese efecto la había aprendido el operario de Jesús. Si había enfermos, les llevaba algún regalo, solicitábales los medicamentos administrábales el sacramento de la penitencia, y si eran necesarios los otros procuraba que se los administrasen. Si algunos morían ejercitaba la misericordia enterrando los muertos.

Años ha que estos pueblos levadizos que ordinariamente constaban de doscientos y trescientos indios, no se forman ni se ven, porque estos miserables no se han multiplicado; antes bien se han minorado y consumido con los trabajos de las minas, con las mortandades de pestes y con otras calamidades; y esto ha sido con tal extremo, que muchos de los pueblos que antiguamente estaban en pie están destruidos y apenas hay el día de hoy algún pueblo en este Reino que no esté compuesto de indios que antiguamente eran de tres y cuatro pueblos distintos.

#### Capítulo XIV

Dichosa conversión de una india que por no haber querido curarse supersticiosamente y por la devoción a Nuestra Señora del Rosario

Una india anciana despegó un día al padre que cuidaba de la congregación de los indios, rogándole que la confesase de espacio porque deseaba declararle las culpas de toda su vida. No fue necesario mucho ruego porque eso deseaba el ansioso celo del operario de la viña del Señor que gustosamente se ocupaba en arrancar las malas yerbas de pecados que brotan en las almas. Haciendo su confesión de espacio le dio licencia para que públicamente pudiese referir lo que sigue: Nací (dijo) y crieme en un pueblo de indios bárbaros y yo también era bárbara y de tan perversa inclinación que no me aficionaba a cosa buena. Hacíame azotar y trasquilar mi cura porque ni aun en las pascuas acudía a la misa, y si alguna vez iba, procuraba luego dormirme o salirme de la iglesia. Era yo muy viciosa y andaba perdida con muchos indios del lugar y muy metida en borracheras. No creía yo en Dios de veras como deben los cristianos, pero sin embargo tenía alguna devoción con Nuestra Señora del Rosario. Enviome su Hijo, como mi Dios y Señor una gravísima enfermedad que me duró cuatro meses y juzgando cierta mujer que me visitaba y asistía que ya yo me iba muriendo, envió a llamar a un Xequé (así se nombra el que es sacerdote de ídolos) y



le dio cuenta de mi mal y le pidió que me curase. Entonces el Xequé que había consultado a los demonios, dijo que yo tendría fácil remedio y estaría al punto sana y en adelante sería muy rica y no menos venturosa si ponía en ejecución la receta siguiente porque era del ídolo a quien había consultado. La receta fue, que yo comprase un papagayo y un mico y que los criase por espacio de dos años y que al cabo de ellos llevara esa ofrenda a sacrificarla por manos del Xequé. Oyendo esta superstición respondí alumbrada de Dios y favorecida de su piedad que no quería alcanzar la salud temporal con ese remedio, que por ser pecado me quitaría la eterna salud.

Habiendo oído este mi dicho el Xequé se fue muy descontento y yo empeoré en tanto grado, que vieron en mí (según dijeron) todas las señas de difunta, y así pareciéndoles que lo estaba me amortajaron y dieron orden de que me enterrasen. Entretanto que hacían estas cosas los vivos me sucedió a mí que estaba como difunta lo que diré ahora. Pareciome que estaba en mi cama con mucha quietud y sosiego aunque estaba enferma y alegróseme el corazón porque vi entrar por la puerta de mi choza a la Serenísimá Madre de Dios, Reina de los Ángeles, Señora del Rosario. Venía asentada en una silla de oro teniendo al Niño Jesús en sus brazos hermosísimo por extremo, y aunque no abría los labios para hablarme, me estaba mirando con ojos muy alegres y con un semblante muy risueño. De la cabeza y cabellos de la Virgen salían unos rayos de resplandor semejantes a los del sol cuando raya por la mañana en el Oriente, sus vestidos tenían el lustre del oro más fino. Llegose la Virgen a mí y tocome afablemente la cabeza diciéndome que presto estaría sana. Dicho esto se me desapareció la Virgen y luego vi venir dos niños hijos míos que habían muerto con el agua del santo bautismo ricamente vestidos de tela de oro y cuatro ángeles muchos más hermosos que mis hijos, y los vi con unas cruces de oro en sus frentes; tras de los ángeles llegaron dos religiosos de Santo Domingo y poniendo sus manos sobre mi cabeza hicieron oración por mí y luego salieron de mi choza en procesión con el mismo orden con que entraron. Después de esto desperté como de un dulce sueño y viéndome amortajada comencé a rebullirme y a llamar con más que mediana voz a los de la casa. Acudieron muy espantados del suceso pareciéndoles milagroso, quitáronme la mortaja, preguntáronme muchas cosas pero no quise descubrir nada ni lo he descubierto hasta ahora. Esto dijo la buena india a su confesor y todo su dicho los verificó la mudanza de vida tan agradable a los ojos de Dios que hizo por más de veinte años cuidando de perficionarse en la virtud, y por referir algo en particular escribo que dicen de ella que lloraba amargamente su vida pasada y que se entregó mucho al rigor de las penitencias corporales. Confesábase muy a menudo; gastaba muchos ratos de oración en los templos. Quedole cordialísimo amor a Nuestra Señora del Rosario en cuya presencia andaba ordinariamente diciéndole mil ternuras sin poderse olvidar de la beldad y hermosura de la Virgen que se le representó para la felicidad de su conversión.

## Capítulo XV

Desgracias que han sucedido a algunos que no han acudido a sus

congregaciones

Desde los principios de la fundación del Colegio de Santa Fe fundaron los padres cinco congregaciones. La primera de Nuestra Señora de Loreto en la cual se alistó el señor presidente don Juan de Borja, los oidores, otros caballeros y también otra gente española que no era de tanta calidad. La segunda de nuestros estudiantes. La tercera de los oficiales mecánicos de la República. Las otras dos de morenos y de indios. Los padres que las han tenido a su cargo y los que las tienen ahora les hacen pláticas los domingos por la tarde, y con este medio se han evitado muchas maldades que en esos días como en días más desocupados se solían cometer. No pocas veces se ha experimentado que algunos que antes de ser congregantes corrían como caballos desbocados tras los vicios; después de ser congregantes han corrido fervorosamente tras las virtudes a que los padres los exhortaban en las pláticas. Muchos se han visto que temblaban de dar un paso contra la ley de Dios. Muchos se ve que comulgan cada mes, y otros cada quince días y otros cada ocho y aun más a menudo. Muchos se han visto de los congregantes que han acudido a las cárceles y al hospital para el socorro de los presos y alivio de los enfermos. Estos y otros frutos espirituales se han cogido por la sementera que han hecho los operarios de Jesús en todas las congregaciones que celosamente en servicio suyo y bien de las almas han formado.

También han tenido su cosecha de desgracias los que no han querido coger el buen fruto ni acudir a las congregaciones donde se siembra el grano escogido de la divina palabra. En esta materia referiré algunos fracasos que sucedieron en esta ciudad de Santa Fe. Hubo un indio que a persuasión del padre de los congregados acudía algunas veces a nuestra iglesia para tener en los oídos una señal de predestinación cual es oír la divina palabra; pero cansándose presto dio de mano a los buenos ejercicios que había comenzado y dio en otro mal ejercicio trabando amistad con una india. Cayó enfermo del cuerpo el que ya había caído en la muerte del alma. Súpolo el padre, partiose a visitarle y exhortole a que se dejase llevar a una parte donde se cuidaría de la salud de su cuerpo y del bien de su alma. La razón por que le hizo este exhorto fue porque donde estaba enfermo no tenía otra enfermera si no la que le quitaba la salud del alma yendo desde su casa a la del doliente. Este respondió al padre que iría adonde le mandaba y su obediencia fue hacerse llevar a la casa de su amiga, y en entrando en ella fue empeorando por momentos su mal. Fue allá el padre para reducirlo al bien, pero no quiso admitirlo ni responder palabra buena. Solamente le decía a su india: tú tienes la culpa de que yo esté así. Con esta penitencia murió en manos de la india y a ella le sirvió de escarmiento y lo mostró confesándose en nuestra iglesia y procediendo con edificación en la cofradía del Niño Jesús. Faltaba un mozo platero algunos domingos a la congregación y reparándole el padre le riñó porque faltaba diciéndole que se enmendase en adelante. Prometió la enmienda y cumpliola tan fiel, que el domingo siguiente a la hora de la plática le dijo a un hijo suyo que previniese un caballo, y

habiéndole prevenido se subió en él y echó al hijo a las ancas diciéndole: vamos por arena de forjar que esto nos importa más que ir a la congregación. Llegaron a una barranca que hacía una quebrada muy profunda. Al tiempo que sacaban el arena vio que se abría la barranca y que se venía abajo sobre ellos. Dio entonces el padre un grito a su hijo para que se escapase, pero fue tan presto el derrumbarse, que los cogió a ambos la tierra y los sepultó en la quebrada, mas no del todo, pues les dejó descubierta las cabezas; daban voces pidiendo socorro pero como la parte era profunda y descaminado el lugar no había quien los oyese ni quien los sacase de aquella profundidad. Cuatro días habían pasado en esta sepultura fatigados del tormento de la tierra que tenían encima, perdida la voz de gritar, congojados de que llegaba la noche y no les venía remedio. Al fin quiso Dios que lo tuviesen y así dispuso que un congregante que hacía viaje perdiese el camino y se encontrase con el caballo que se había desmandado por aquellos campos. Reconoció que era de su amigo la bestia y como la vio con freno y silla, concibió que habría sucedido algún desastrado suceso y con este pensamiento fue caminando hacia la quebrada, oyó unas voces lastimosas y siguiéndolas llegó adonde estaban los medio enterrados, y viendo que él no podía sacarlos sin algún instrumento de barras o palas, dio vuelta a la ciudad, buscó los instrumentos y con ellos desenterró a aquellos dos vivos que quedaron tan atormentados que en breve tiempo fueron muertos, y con tal socorro de la divina piedad que recibieron los Santos Sacramentos de la iglesia y en su sagrado fueron la segunda vez sepultados.

No fue tan dichoso otro vecino de Santa Fe casado y congregante; pero mal congregante y mal casado. Mal congregante porque no quería acudir a las pláticas ni ocuparse en los ejercicios que hacían los buenos congregantes. Mal casado, porque había más de once años que dejando su propia mujer estaba en mal estado con otra que tenía dueño por ser casada, y todo esto era con escándalo de la ciudad. Tenía un amigo de tan buen vivir como él; almorzaron un día y salieron a pasear y aconteció que en la calle se cayó de repente el congregante mal casado sin dar muestras de dolor de contrición y dejando sospechas de que su alma se había ido a padecer los dolores del infierno. Sobresaltado con este suceso el compañero se resolvió con eficacia a mudar de vida. Empezó por la confesión dolorosa de sus pecados y vivió loablemente.

A otro hombre le exhortaron mucho a que se alistase y pusiese en el número de los congregantes y necesitaba bien de eso para mudar de vida y entrar en el catálogo de los que vivían bien debajo del piadoso manto y amparo misericordioso de la Virgen Santísima; pero él como necio se resistía haciendo donaire y burla de la congregación pero no le faltó el castigo, pues jugando un día con dos amigas suyas perdió su alma quedando su cuerpo muerto entre las manos de las dos.

Uno de los congregantes se resfrió en la devoción que antes solía tener con la Madre de Dios; ya no acudía a los ejercicios santos de la congregación y reparándolo un hermano suyo hizo oficio de buen hermano rogándole un día que fuese a oír la plática de la congregación; pero al ruego le respondió despechado diciendo que no quería ir ni había de poner los pies en la Compañía. Así lo cumplió no yendo aquella tarde, pero aquella misma noche saliéndose a pasear sin saber quién ni cómo ni

por qué se sintió de repente herir con una espada en la tetilla y la herida fue tal, que viéndola un cirujano a quien llamaron le desahució de la vida. Cayó entonces el herido en la cuenta y atribuyó su desgracia a castigo de Dios por el resfrío que había tenido en la devoción con su Madre y por las desmesuradas palabras con que había respondido al buen consejo de su hermano. Pidió que le llamasen al padre que cuidaba de los congregantes y confesose con él arrepintiéndose de sus culpas y llorándolas como quien estaba para morir y dar cuenta de ellas al Supremo Juez. Rogole a la Virgen que como piadosísima le perdonase la inconstancia en el servirla y la tibieza en agradarla. Fue cosa de maravilla que a la mañana viniendo segunda vez a curarle el cirujano le halló casi bueno de la herida con admiración de los que le habían visto la noche antecedente casi muerto; pero conservole Dios la vida para que la emplease en servicio de su Madre y así lo hizo renovando su devoción y afervorizando su tibieza y perseverando en santos ejercicios como escarmentado de la herida mortal y como agradecido al favor de la salud y de la vida.

Vivía en Santa Fe un mancebo y vivía tan mal, que no contento con ser malo disgustaba de que los de su casa fuesen buenos. Cuatro años había dejado pasar sin confesarse; los ayunos de obligación y las misas de precepto parece que no hablaban con él pues ni oía misa ni ayunaba; había arrojado el rosario y no rezaba ni una Avemaría y estorbaba a su mujer y a sus hijos que le rezasen porque era en su casa como el perro del hortelano. Estando durmiendo una noche soñó que le llevaban arrebatado los espíritus infernales y con el susto de verse llevado de tan mala canalla y a tan mala parte despertó dando voces y luego determinó ir a hablar bajo y en secreto con el padre de la congregación confesándole todos sus pecados, porque absuelto de ellos no lo llevarían los demonios y no saldría verdadero lo que había soñado. Con este intento se fue a nuestra iglesia, pero le sacaron de ella como por violencia y se le quitó la voluntad de confesarse; pero como Dios la tenía de que se salvase, le movió a que se fuese a oír una plática que se hacía a los congregantes de la Virgen la cual con su intercesión dio tal eficacia a las palabras de su predicador que el mancebo se convirtió y de hecho se confesó.

## Capítulo XVI

La Sacristía del Colegio de Santa Fe se hace ilustre con un indiecito mártir por la castidad

Ángeles llaman a los niños y quiso Dios que un niño de hasta once años que servía en el Colegio de Santa Fe de compañero de sacristán mostrase ser un ángel y mártir también, pues murió por la castidad. El caso fue que un indio salvaje (y lo que peor es) nefando se había venido a Santa Fe huyendo de otra tierra por haber cometido el delito que no es para dicho. Queriendo cometer otro de la misma especie llamó al inocente muchacho, llevole fuera de la ciudad, y estando a la orilla de un río le declaró su

nefando intento, pero el niño se resistió como criado y alimentado con la buena leche de la Compañía, y le afeó como pudo y supo la culpa diciéndole que no cometiese tal torpeza porque sería gran pecado y empezó a hacerle plegarias para que le dejase ir, y a dar gritos para que le soltase. Entonces colérico el indio viendo que de grado no le permitía cometer la culpa contra el sexto mandamiento de la Ley de Dios, cometió el pecado con fuerza contra el quinto matando al inocente angelito, bañándole no en su sangre sino en las aguas del río en que le ahogó. Después de cometido el cruel homicidio se volvió a Santa Fe con tanta paz como si fuera nada la maldad que había obrado y como algunos de nuestra casa le viesan venir solo, habiéndole visto ir acompañado del muchacho, le preguntaron por él. No permitió Dios que por excusarse de su pecado dijese alguna mentira; dijo la verdad confesando todo lo que había pasado. Enviaron por el niño al río y hallaron a la orilla difunto el cuerpecito que había sido compañero del alma que había tomado puerto en el cielo. Trajéronle y metieronle debajo de tierra en nuestra iglesia. Oh insigne iglesia del Colegio de la Compañía de Santa Fe que entre otros cuerpos de santos tienes el de este niño que resucitará glorioso y por ventura con la aureola de mártir en el día del juicio. Oh ilustre sacristía que mereciste tener en tu servicio un sacristán, que si no murió por la confesión de la fe murió por no quebrantar un mandamiento de la divina ley. Pena he tenido de que el Anua de mil y seiscientos y once que escribió este caso no expresase el nombre propio de este niño; pero tengo gozo con entender que está escrito en el cielo<sup>2</sup>.

## Capítulo XVII

Envía desde Lima a nuestra iglesia de Santa Fe una reliquia insignia el señor don Fernando Arias de Ugarte

Habiendo Dios decretado que la sacristía del Colegio de Santa Fe fuese ilustremente honrada con el indiecito sacristán que en ella servía, quiso que no fuese menos sino más ilustre y más honoríficamente insigne nuestra iglesia con la posesión de la cabeza de una de sus once mil Vírgenes. Si el imperio en la iglesia triunfante nobilísimamente se ilustra con las almas de los bienaventurados, cierto es que los templos en la iglesia militante riquísimamente se honran con las reliquias de los cuerpos de aquellas almas bienaventuradas; y así no ha querido Dios que le falte a nuestro templo del Colegio de Santa Fe este lustre, esta riqueza, este honor.

Siendo oidor de Lima (donde después fue constituido arzobispo) el señor don Fernando Arias de Ugarte quiso ilustrar a la ciudad de Santa Fe, patria suya, dándole una santa cabeza de una de las once mil Vírgenes, y pudiendo hacer elección de la iglesia catedral para que en ella se conservase y reverenciase reliquia digna de tanto aprecio; hizo elección

de la iglesia de la Compañía y se la envió para que la colocase en su templo, y porque el don fuese precioso no sólo por santo y celestial sino también por su adorno, envió una custodia de plata dorada artificiosamente fabricada que se apreció en más de ochocientos pesos y servía de reclinatorio a la cabeza celestial de la santa Virgen y mártir. De esta preciosísima dádiva hago agradecida mención porque es muy justo que aun después de muerto el señor don Fernando Arias, viva la memoria del beneficio recibido en todos los sujetos de la Compañía que en los futuros siglos vieren y veneraren esta santa reliquia.

Luego que ella llegó se colocó en un altar con grande adorno en la iglesia mayor de esta ciudad de Santa Fe donde estuvo de hospedaje, y como de prestado por poco tiempo, y después de él se llevó a su propia casa (que era el templo de la Compañía) con una solemne procesión que se formó de los personajes del cabildo eclesiástico, de los oidores de la Audiencia Real, de todas las religiones y de todo lo granado de este Nuevo Reino de Granada. Recibióse en nuestro templo la cabeza con el aparato que se le pudo dar en la tierra. Las paredes estuvieron ricamente adornadas de Boceles y en ellos prendidas elegantes poesías al intento. No faltaron sonoras músicas en el coro. Los altares se aliñearon con curiosidad, y en ella sobrepujaba a todos aquel en que se colocó la calavera del alma de la santa Virgen. Cantose en reverencia suya una misa bien solemne y predicose un sermón bien discurrido al intento.

### Capítulo XVIII

Trae al templo nuestro del Colegio de Santa Fe muchas reliquias el padre Luis de Santillán

Después de haberse enriquecido la iglesia de nuestro colegio con la reliquia ya dicha, que era solamente una, quiso Dios que dejase de ser una y fuese la primera, pues tuvo muchos números de reliquias después de sí. No contaba siete años desde su fundación del Colegio de Santa Fe, cuando fue a Europa y volvió de ella el padre Luis de Santillán, siendo procurador de esta provincia. Adquirió en Roma y en otras ciudades los tesoros de algunas reliquias para enriquecer en lo espiritual a estas Indias que tanto han enriquecido a España en lo temporal. Llegó con su riqueza a Santa Fe, y para que se viese que no era riqueza falsa mostró a la sede vacante y cabildo metropolitano los testimonios auténticos que trajo de las reliquias. Cuales hayan sido estas se verá en la repartición que de ellas se hizo en veinte andas para una procesión de que después trataré; pero ahora haré la nómina de las andas y de los santos.

### Primeras andas

En las primeras andas se colocó un relicario de ébano de gran tamaño que incluía en sí dos canillas de las once mil Vírgenes y en medio de ellas una quijada de San Plácido.

### Segundas andas

En estas se puso un medio cuerpo dorado que mostraba en el pecho una reliquia de Santa Marina Virgen y mártir. Sobrepúsose con hermosura un relicario de nogal con Agnus Dei muy grande en medio, que por los lados producía varios ramos y en ellos muchas reliquias.

### Terceras andas

Las terceras andas fueron todas de canillas, pues en un relicario de ébano con pie y guarnición de bronce iban tres canillas, la primera de San Fidel mártir, la segunda de una de las once mil Vírgenes y la otra del mártir San Félix.

### Cuartas andas

Estas por ser las cuartas tenían un hermoso cuadrángulo de varias reliquias entre las cuales campeaban especialmente una canilla de San Largo y una quijada de San Ciriano mártir.

### Quintas andas

Un medio cuerpo se labró de madera que bien adornado representaba la persona de Santa Fabia virgen y mártir, llevando en el pecho un gran pedazo de casco de esta santa, a cuyos lados se pusieron en dos piezas doradas las canillas de San Antolín y de San Secundino porque entrambos fueron mártires dichosos de Jesucristo.

#### Sextas andas

En estas se colocaron dos relicarios, dorado el uno y plateado el otro. En el dorado descansaban las reliquias de San Ignacio Obispo y de Santa Cecilia Virgen. En el plateado estaban dos costillas de San Constancio mártir.

#### Séptimas andas

Aquí se colocó un relicario de plata de tres cuartas de alto con dos canillas de los santos Tebeos a quienes iban honrando dos Sumos Pontífices con sus reliquias engastadas en dos cuerpos dorados que representaban su dignidad Pontífica. El del un lado era San Alexandro, el del otro San Eleuterio.

#### Octavas andas

Un castillo estaba en estas andas plantado; en él se veía una reliquia del vestido de Ignacio que se mostró valeroso en el castillo de Pamplona. Las piezas de batir contra el demonio que había en este castillo, eran algunos cabellos de Santa María Magdalena, que recibió a Jesús en su castillo y también los cabellos y hueso de Santa Juliana mártir; un retazo del cilicio de San Carlos Borromeo, una costilla de San Ponciano, casco de San Crescencio mártir, costilla de San Guillermo mártir, mano de San Valentín mártir, dedo de San Marcial mártir; juntamente con reliquias de San Benito Abad y de los Santos mártires Donato, Justo, Sereno, Faustino, Aniceto y Filiberto.

#### Nonas andas

En la parte superior de unas gradas pusieron una imagen de San Calixto Sumo Pontífice, con una grande reliquia suya en el pecho, y en la grada inferior dos imágenes de los obispos, Eluardo y Porciano con sus reliquias también a los pechos como mostrando que es acción muy religiosa el traer a los pechos las reliquias de los cuerpos santos.



#### Décimas andas

Un torreón de bronce de excelente hechura y de maravilloso artificio del cual pendía todo género de armas contra el infierno, pues estaban en él las reliquias de los Santos Mártires Lorenzo, español insigne, Claro, Celestino, Basilio, Donato, Timoteo y Marcelino. Aquí lucía el casco de un Santo Niño Inocente, y la cabeza de San Joan Papa y mártir; dos canillas, la una de Sereno, la otra de San Fianosimo mártires; empeine de Santa Margarita Virgen y mártir. Y para honrarlo todo con las insignias sacerdotales se puso en esta torre un retazo de la casulla del Eminentísimo y Santísimo Cardenal Carlos Borromeo.

#### Undécimas andas

Incluían éstas un hermoso relicario con una redomilla de sangre de San Fulgencio mártir. Dos pedazos de cascos, el uno de San Lucio, el otro de San Ciriano mártires. Ambos encajes de los dos oídos de San Severiano mártir, dedo de San Antonio mártir, dos canillas, una de San Gaudioso y otra de San Vital mártires.

#### Duodécimas andas

Teníanse aquí en pie tres cálices; en el uno estaba la canilla de San Victorino mártir que es patrón de una de las parroquias de la ciudad de Santa Fe. El segundo cáliz sustentaba un dedo de San Nicolás Obispo. En el tercero estaba un cingulo de San Carlos Borromeo.

#### Décimas tercias andas

Aquí se miraban muela, diente y dedo de San Venancio en un relicario. Una redoma de sangre de San Sabino mártir. Un dedo de San Justo mártir. Las canillas de estos Santos Mártires, Macario, León, Aniceto, Fortunato, Sempronio y Julio. Una chocoziela de San Bonifacio el de Aglaes.

#### Décimas cuartas andas

Un cofre de terciopelo carmesí que encerraba varias reliquias y encima de sí mostraba en un relicario de plata una canilla de las once mil Vírgenes y dos canillas de los santos Tebeos.

#### Décimas quintas andas

Aquí levantaba su cabeza uno de los soldados de San Mauricio y le acompañaban dos canillas; el dueño de la una era San Fulgencio mártir y el de la otra Santa Crispina que tuvo juntas las aureolas de la virginidad y del martirio.

#### Décimas sextas andas

Colocose en éstas la cabeza de San Fortunato que por ser el patrón del Colegio de Santa Fe es su cabeza, como a tal le invoca muchas veces y como de tal ha recibido favores en necesidades urgentes. Acompañaban a esta cabeza la nuca de Santiago mártir y la espada de San Claro confesor.

#### Décimas séptimas andas

En estas andas estaba un pedazo del casco de nuestro santo padre Ignacio, y no estaba sin gloria accidental, pues tenía a sus lados reliquias de dos hijos de su espíritu, el beato y bienaventurado Luis Gonzaga y el bienaventurado San Stanislao.

#### Décimas octavas andas

El cuerpo de San Dionisio mártir en un cofre de terciopelo carmesí con su santa cabeza encima.

Décimas nonas andas

En un cofre de terciopelo verde bordado estaba el cuerpo de San Mauro mártir, y porque los ojos mirasen lo más principal pusieron su cabeza encima del cofre.

Vigésimas andas

Aquí por último campeaba un buen pedazo de Lignum Crucis en una hermosa cruz de ébano con cristales y con guarniciones doradas y con las reliquias de los santos siguientes: San Pedro y San Bartolomé apóstoles; Santa Ana Madre de la Virgen; Santa María Magdalena; San Joan Crisóstomo; San Gregorio Papa; San Hilario Obispo; San Benito; los santos abades Benito, Policarpo, Plácido, Antonio; los mártires San Esteban, San Sebastián, San Eusebio, San Lorenzo, San Bonifacio, San Vicente, San Januario, San Valerio, los santos obispos y mártires, San Calixto; San Aniceto, San Dionisio Areopagita, San Victorino; las Santas mártires y juntamente vírgenes Catarina, Lucía, Inés, Águeda, Cristina; nuestros padres San Ignacio y San Xavier y también los dos hermanos Cosme y Damián, en cuyo día se confirmó nuestra sagrada religión con autoridad de la cabeza de la Iglesia.

Capítulo XIX

Festejo que se hizo a los santos que eran dueños de las reliquias ya nombradas

Como era acto de la virtud de la religión el dar la bienvenida a los santos cuyas eran las reliquias que habían llegado a Santa Fe, trataron los religiosísimos padres provincial y rector hacerles un solemne recibimiento, y como pobres de solemnidad dieron sus trazas valiéndose de las personas que pudieron y saliéronles muy bien sus trazas como se verá en la siguiente relación.

En la víspera del día aplazado para la celebridad se publicó por las calles un certamen poético en que se provocaba a los ingenios a que hiciesen un piadoso desafío, procurando los unos vencer a los otros, tirando con los cañones de las plumas al blanco de los elogios de las reliquias de los santos. Para la publicación de este desafío santo salieron de nuestro Colegio Seminario en mulas compuestas con sus gualdrapas los colegiales todos a quienes acompañaban los otros estudiantes de nuestras escuelas, yendo en caballos bien enjaezados. El que llevaba el cartel del desafío iba armado dando a entender que salía al certamen o a la pelea que se pretendía que hubiese entre los entendimientos, procurando cada uno alcanzar la victoria en los elogios de las reliquias de los cuerpos que fueron como arcas en que estuvieron encerradas las almas que están agora gozando de gloria en la Patria Celestial. Y porque este desafío era de gusto, se significaba con la música de clarines y chirimías que delante de estos estudiantes de a caballo iban tocando unos músicos muy diestros.

Llegó la noche y después de haberle hecho la salva a la Emperatriz de los Cielos con el toque de las campanas y con la oración que la saludó el Ángel San Gabriel, comenzaron todas las iglesias de la ciudad a regocijarla con sonoros repiques, y para que estos fuesen más armoniosos se pusieron tres juegos de chirimías, unas veces se alternaban entre sí mismas y otras veces con las campanas. Con esto entraba el regocijo por los oídos y porque no estuviesen tristes los ojos con las tinieblas de la noche, se encendieron luminarias en los balcones de las calles por donde el día siguiente había de andar la procesión. Media hora después de anochecido entraron cien indios de Fontibón a dar gusto en las calles de Santa Fe. Iban a caballo con disfraces de leones, tigres y de otras fieras que si suelen causar temor en sus propias especies causaron mucho gusto en las apariencias. Cada uno de los indios llevaba un lucido farol en las manos con que se miraba bien y daba gusto la representación del animal bruto que con su máscara representaba. Acompañaba a estos disfrazados un sonoro estruendo de tambores y clarines. Delante de ellos iba una multitud de matachines que a trechos de las calles danzaban diestramente al compás de músicos instrumentos. Aumentaron el festejo de esta noche los estudiantes de las escuelas de la Compañía que salieron a pasear concertadamente por las calles llevando invenciones ingeniosas de entretenimiento con que dieron muy buena noche a los vecinos de la ciudad. Si esta noche fue buena no fue menos bueno el día siguiente porque los festejos de la noche fueron indiferentes y los del día fueron espirituales, si bien los de la noche de indiferentes se hicieron espirituales por haberse enderezado al fin religioso del culto debido a los santos que eran los dueños de las preciosas reliquias.

## Capítulo XX

Procesión que se anduvo con las reliquias de los santos

Era el templo de los frailes menores del seráfico padre no en menor ni en menos adornado que había en la ciudad de Santa Fe, porque en todas partes como tan religiosos se esmeraban en el culto divino y los fieles les dan limosnas para su aseo. Por esta causa la prudencia del padre rector Francisco de Victoria eligió este templo para que de él saliese la solemne procesión; pidiolo con agrado a los religiosos y estos se lo concedieron con liberalidad.

En este sagrado templo se pusieron en secreto y a tiempo las veinte andas de las reliquias de que hice mención en el capítulo XVIII. Estas estaban ricamente aderezadas por varias personas devotas con gran número de joyas, y aunque hubo personas que les fuesen a la mano por el riesgo que había de que se perdiesen algunas, quisieron más exponerlas a la pérdida que faltar al culto.

A la hora competente se formó la procesión con este orden: en primer lugar iba la cruz como patíbulo en que había muerto el Rey de los Mártires, cuyas reliquias se habían de seguir después en la procesión. A un lado de la cruz llevaban un cáliz y en él un clavo tocado al original con que nuestro Redentor fue enclavado en la cruz. Al otro lado hacía correspondencia otro cáliz en que iba el hierro de la lanza con que le hirieron el costado después de muerto; si bien no era el original sino otro semejante tocado al mismo original.

Siguieron a la cruz, clavo y lanza, muchos pendones que las cofradías de esta ciudad de Santa Fe y de sus contornos con sus caciques que son las cabezas y señores de los indios, los cuales llevaban muchas hachas encendidas en las manos y caminaban devotamente en compañía del Niño Jesús por ser de su cofradía, la cual estaba fundada en nuestro Colegio y en esta ocasión cuidaba celosamente de ella el venerable padre Francisco Varaiz que los procuraba encender en fuego de devoción. Llevaban ocho indios en sus hombros (que menos no podían) en unas andas hermosísimas al Niño Jesús que iba adornado con un vestido de terciopelo azul con flores de oro, y como si no tuviera el vestido estas flores lo cuajaron de perlas y joyas tantas que llegaron a tener el valor de cinco mil pesos.

Tras el Niño caminaban consecutivas las andas de las reliquias con el orden que las mencioné en el capítulo XVIII. Sustentábanlas en sus hombros sacerdotes, así clérigos como religiosos de todas las órdenes que hay en esta ciudad. A cada una de las andas iban asistiendo por los dos lados y por delante unos niños vestidos ricamente como ángeles con alas en los hombros, con ramos en las manos y con guirnaldas en las cabezas.

Anduvo la procesión por sola una calle que aquí llaman Real y nunca mejor que entonces le compitió el epíteto de Real; lo primero porque estaba con grande majestad de doseles, cuadros y otros adornos; lo segundo porque iba por la calle gran multitud de sacerdotes, así de los vecinos de esta ciudad como de los doctrineros de los pueblos, y a los de este estado sacerdotal les da título de cosa real la autoridad del Príncipe de la Iglesia de San Pedro: regale sacerdotium. Lo tercero, porque iba marchando un real de soldados que a la sazón se habían alistado para el presidio de Carare y acompañaron la procesión haciendo salvas con los tiros de sus arcabuces. Lo último, porque se vio andar aquí religiosamente la Audiencia

Real con su presidente que lo era el señor don Joan de Borja, caballero del orden de Santiago en el hábito y religioso de la Compañía en el amor. Dieciséis eran las tropas de indios que discurrían por la calle danzando en la procesión, y aunque eran para alegrar el corazón sus danzas, mas era para mover los corazones a alabanzas de Dios el ver sus mudanzas espirituales, pues los que antes en su gentilidad adoraban ídolos, ya en su cristianismo festejaban imágenes y reliquias de santos.

A la mitad poco más o menos de la Calle Real está el religiosísimo convento de aquel gran patriarca de sangre real Santo Domingo. Allí sus religiosos hijos tenían prevenido un altar aliñado a las mil maravillas en el cual se pusieron las andas donde iba el santo Lignum Crucis y se cantó una oración, y después de ella prosiguió la procesión yendo delante de las últimas andas el diácono con la Sábana Santa puesta en una asta a modo de pendón de modo que de todos fuese vista y venerada. No entró esta procesión en la Compañía porque entonces su iglesia era la mínima de todas las de la ciudad de Santa Fe y no podía caber en ella tanta multitud de andas con tan innumerable gentío como acudía a la fiesta que se celebraba en honor de las reliquias de los santos. La causa porque entonces era la mínima iglesia fue porque el Colegio estaba muy a los principios de su fundación y no podía haberla fabricado grande. La iglesia donde entró la procesión para que se hiciese la fiesta, fue la iglesia mayor de la ciudad con beneplácito de los señores prebendados que quisieron hacer ese servicio a los santos y esa merced a los de la Compañía.

Puestas ya todas las veinte andas en los lugares que les tenía prevenidos la Catedral, y quieta ya toda la gente de la procesión salieron a un tablado bien dispuesto ocho indiecitos de Fontibón, a quienes el padre Josef Dadei no sólo había enseñado la doctrina cristiana sino que también había solicitado que para el culto divino supiesen bien el arte de la música. Estos niños vestidos de hermosas libreas danzaron haciendo un armonioso sarao, y tal que causaba admiración. No contentos con mover a excelente compás los pies, movían también los labios cantando como unos ángeles a los tiempos que les tenían señalados.

Acabado el sarao, se dio principio a la misa mayor con muy buena música en el coro. Para asistir al Evangelio que cantaba el diácono, salieron ocho niños españoles con hachas encendidas en las manos, y acabado el sagrado canto comenzó el diestro baile de los niños al son de cítara y vihuela meneando muy a tiempo las hachas y no con poco arte, a que añadieron la recitación de algunas poesías de arte mayor. Habiendo dádose a esta función su fin dio principio a su sermón el padre provincial Gonzalo de Lira, y lo predicó con la eminencia que solía porque fue un hombre a quien concedió el Señor un gran talento de púlpito.

## Capítulo XXI

Representase un coloquio de San Victorino mártir; sucede en él un caso milagroso y continúanse las fiestas hasta la Octava

El tablado que en la iglesia mayor sirvió por la mañana para el sarao, sirvió a la tarde para el coloquio. El coloquio fue una representación de la vida y muerte de San Victorino obispo y mártir, y no dejó de ser muy al propósito; lo uno porque entre las otras reliquias celebradas se había llevado en la procesión la canilla de este ínclito mártir. Lo otro, porque a San Victorino le tuvo esta ciudad de Santa Fe tanto afecto desde los principios de su fundación, que le dedicó una iglesia de las parroquias que tiene.

Representose el coloquio muy a gusto de todos, y aumentóseles admirablemente el gusto a todos con un milagroso suceso. Fabricábanse en aquel tiempo en la iglesia mayor unas capillas para su adorno, y en ellas habían levantado unos muy altos andamios necesarios para la fábrica, y pareciéndoles a muchos que este lugar sería acomodado para ver los representantes y oír sus palabras, se encaramaron sobre las tablas. Estándose representando el coloquio dieron a entender los andamios que no podían sufrir sobre sí tan grande peso. Quebráronse las cuerdas con que estaban atados los palos, y las tablas con que forzosamente tablas y palos y más de cien hombres que estaban sobre ellos cayeron sobre gran número de gente que estaba debajo de ellos, y cuando se pensaba que unos estarían heridos y otros casi para morir y aun algunos de ellos muertos, se halló que todos los caídos se levantaron sin lesión alguna y todo paró en festiva risa y en mayor devoción a los santos dueños de las reliquias a cuyas intercesiones con razón se atribuyó lo milagroso de este suceso.

Gastada casi toda la tarde con el coloquio se llevaron cerca de la noche con grande acompañamiento de gente las andas de las reliquias, y porque no ocupasen mucho lugar en el corto espacio de iglesia tan pequeña, se colocaron con destreza en el altar mayor donde entonces no había retablo sino sólo un sagrario y dos imágenes de bulto a los lados. Las reliquias estuvieron patentes a los ojos por espacio de ocho días, y en ellos iban a verlas y visitarlas muchas personas de dentro y fuera de la ciudad ofreciendo velas de cera para que religiosamente resplandeciesen en su culto y veneración. El día de la Octava ordenó la piadosa devoción del padre provincial Gonzalo de Lira que a los santos se les hiciese fiesta con la solemnidad mayor que fuese posible. Cantó la misa el mismo padre provincial y predicó era ella el padre rector Francisco de Victoria. A la tarde, para dar buen remate a la celebridad predicó un excelente sermón el padre procurador Luis de Santillán, que como fue cuidadoso en traer las reliquias, anduvo curioso en discurrir sus utilidades. Después del sermón no le faltaron las suyas a los que emplearon sus ingenios en las poesías que se pedían en el certamen, pues se ejercitó la justicia distributiva repartiendo los premios según el mérito de cada uno de los poetas.

## Capítulo XXII

Favorece San Fortunato a una religiosa que lo eligió por su devoto

Entre las otras monjas del religiosísimo convento de la Purísima Concepción de la Madre de Jesús que emplearon su devota curiosidad en el aliño de las andas, le cupo a Mencía del Espíritu Santo la dichosa suerte de adornar aquellas en que se llevaba la cabeza de San Fortunato mártir, y con esta ocasión le cobró un grande afecto y para mostrárselo le ofreció rezar sin falta cada día una oración en obsequio suyo. Sucedió que habiendo estado embarazada con muchas ocupaciones un día se halló muy cansada a la noche, y siendo así que el cansancio y la necesidad del sueño la obligaron a que dejase de rezar otras devociones, no quiso dejar la que había ofrecido a San Fortunato. Vencida del sueño se acostó en su cama dejando muy cerca de ella la vela encendida y esta emprendió su fuego en la frazada, y estando ésta ardiendo ante las llamas, sintió que la mecían el cuerpo para despertarla y oyó que la decían: «levántate Mencía para no quemarte». Abriendo despavorida los ojos vio las llamas y el humo que casi la ahogaba. Atribuyó la voz saludable que la libró de la muerte a San Fortunato, cuya oración no había dejado aquella noche cuando de cansada se rindió al sueño. Con esta advertencia invocó de nuevo el patrocinio del santo y comenzó a procurar extinguir el fuego con las manos, y aunque estas le quedaron algo quemadas consiguió la victoria de las llamas que apagadas no pasaron adelante quemando la ropa y la celda en que vivía. Con este suceso se avivó más el fuego de la devoción de Mencía, y se emprendió en los corazones de las demás religiosas de suerte que determinaron hacer cada año fiesta solemne de San Fortunato y por tener en su convento alguna prenda suya delante de la cual se cantase la misa, le pidieron al padre provincial un diente del santo mártir, y no pudiendo su piedad negarse a su petición, se la otorgó su caritativa liberalidad.

### Capítulo XXIII

Erígese en nuestro colegio una esclavitud del Señor Sacramentado

Cuando en el presente siglo se numeraba el año de seiscientos y quince se erigió en nuestra casa una congregación de esclavos de Nuestro Señor Sacramentado y se alistaron en ella personas de conocida calidad, de oficios honrosos en la República y de hábitos de las órdenes militares. Traían por insignia de su dichosa esclavitud una medalla del Santísimo Sacramento con signo y clavo. Los corteses términos de salutación cuando se encontraban era decir: alabado sea el Santísimo Sacramento. Cuando a este Señor lo sacaban del sagrario para darlo por Viático a los enfermos, era su oficio el irlo acompañando como criados y esclavos suyos. Tenían como por regla el gastar cada día media hora de la tarde en oración



mental. Para que la tuviesen los instruía un padre de los nuestros y les daba puntos de meditación tres veces cada semana. Tanto se movió con esto una persona de rico caudal, que hizo propósito de poner renta bastante para el sustento del padre que se ocupase en dar a los esclavos los puntos de la meditación.

De esta oración mental tenida en reverencia del Santísimo y en presencia suya se siguió gran provecho y se reconoció en mucha reformatión de costumbres, tanto que la ciudad de Santa Fe parecía otra ciudad porque con singular estudio se habían consagrado muchos a ser esclavos de este misterio de fe. De este provecho dio verdadero testimonio un dichoso cautivo de este Soberano Señor diciendo de sí mismo que en más de cuarenta años que cada día rezaba vocalmente por espacio de dos horas le parecía no haber sacado tanto fruto, fervor y desengaño como en tres días de oración mental que había tenido delante del Santísimo Sacramento.

Una tarde fue a nuestra iglesia uno de los señores de la Real Audiencia a oír el punto que para meditar se daba a los esclavos. Tomolo en la memoria y fue con los demás a meditarlo con su entendimiento y comunicole Nuestro Señor en la oración tan gustoso y devoto sentimiento sobre un verso que se dio de David para la meditación, que por muchos días lo anduvo repitiendo y afirmaba que en toda su vida no había tenido mejor rato que aquel que había gastado en la oración mental con los esclavos del Señor. Uno de estos convidó a otro amigo suyo a que se fuese con él a oír el punto. Oyolo y meditolo con tanto gusto y provecho suyo, que agradecido le dijo a su amigo que jamás había recibido mayor beneficio que el que le había hecho en llevarlo a oír el punto. Dio verdaderamente en el punto porque se mudó en adelante en la condición y costumbres, de suerte que los de su casa estaban admirados experimentando la mudanza de su vida.

Los jueves de cada semana se les hacía plática en nuestra iglesia y en ella descubierto Nuestro Señor Sacramentado, ardiendo en presencia de mucho número de luces, se le cantaba con muy buena música la Letanía de sus elogios atendiendo a ellos y pidiendo misericordia los que se preciaban de ser sus esclavos.

Un domingo de cada mes tenían por estatuto el comulgar juntos a una misa que se les decía antes de la mayor. Todo ese día tenían descubierto al Santísimo Sacramento con mucho aparato de luces, con adorno de ricas colgaduras y devotos cuadros, con olores de cazoletas, pebetes y flores.

En este día asistían de seis en seis repartidos, los esclavos por sus horas en oración delante del Señor. Cantábasele una solemne misa con los músicos de la iglesia mayor y de Fontibón, y no contentos con eso hacían que de cuando en cuando se cantasen motetes y villancicos a Cristo Sacramentado. Y para que este culto no descaeciese en lo porvenir, se señalaban cada mes dos diputados que cuidasen del culto del mes siguiente. Al tiempo que los ciudadanos estaban en estos fervores aconteció que vino de fuera a esta ciudad un religioso recoleto gran predicador, y subiendo con buena ocasión al púlpito dijo que no era esta la ciudad de Santa Fe que pocos años antes había conocido, y añadió que no se espantaba porque los maestros que tenían de espíritu en la Compañía de Jesús estaba claro que habían de hacer esta reformatión de costumbres; y por último exhortó a sus oyentes a la perseverancia en acudir a la doctrina de los padres de la Compañía.

## Capítulo XXIV

Festejan a San Francisco de Borja en su beatificación y elígenlo por patrón contra los temblores de esta tierra

Acerca de las fiestas con que la ciudad de Santa Fe celebró la beatificación de nuestro padre San Francisco de Borja en el año de seiscientos y veinte y cinco, no me han dado las Annuas más que unas noticias en común diciendo que se hicieron unas reales y suntuosas fiestas. Y para entender en particular cuán suntuosas y reales fueron, no es necesario más que saber que las hizo el señor don Joan de Borja nieto del Santo Padre y presidente de todo este Nuevo Reino de Granada. Quién puede dudar que tiraría la barra hasta donde llegaba su poder, y que en los festejos le ayudaría todo el Reino que le amaba como a padre por haberlo gobernado a fuer de tal por tiempo de más de veinte años. Creció este festejo con la ocasión del Sínodo provincial que este año de veinte y cinco celebró el señor arzobispo don Fernando Arias de Ugarte con asistencia del señor don Leonel de Cervantes, obispo de Santa Marta, y de otros prelados que tuvieron poderes de la sede vacante de Cartagena y del señor don fray Ambrosio Vallejo, obispo de Popayán, que por enfermo se excusó de la asistencia al concilio provincial. En este con un acuerdo y con afectuosa devoción se eligió a San Francisco de Borja por patrón y abogado contra los temblores que hacían estremecer esta tierra y la ponían en peligro de asolar las casas y matar a sus moradores. Tomó este santo grande a su cargo el patrocinio como lo ha experimentado esta ciudad de Santa Fe en la cesación de sus terremotos.

Con voto públicamente solemne se obligaron a guardar el día de su fiesta y a celebrarla todos los años y fueron cumpliendo con su obligación yendo el cabildo eclesiástico y secular en procesión a nuestra iglesia, cantándole en ella la misa unos de los señores prebendados y predicando los elogios del Santo Padre unos de los hijos de la Compañía. En el año de seiscientos y sesenta y seis hubo alguna falta de fidelidad en este voto, porque aunque lo cumplieron el señor arzobispo don fray Juan de Arguinao y sus prebendados, yendo en procesión desde la catedral y asistiendo a la fiesta faltaron a ella los regidores y todos los señores de la Real Audiencia. Viendo esto uno de la Compañía hizo reparo en el defecto del cumplimiento del voto; pero como bien intencionado lo echó a la mejor parte (que así lo saben hacer los que tienen buen espíritu) diciendo que se les habría olvidado, y añadió: «Guárdense del santo no dé algún vuelco a la tierra que les despierte su olvido»; y en verdad que no habló al aire porque sobrevino un gran temblor de tierra que dejó a todos temblando con el temor y miedo.

Al punto comenzó el clamoroso estruendo (aunque devoto) de las campanas tocando a plegarias y rogativas en todas partes; abriéronse las puertas de

las iglesias de las sagradas religiones y en ellas se descubrió el Santísimo Sacramento con número de luces y otras imágenes de Cristo Nuestro Bien y de su Santísima Madre para consuelo de los fieles que todos clamaban a Dios misericordia cantando letanías y haciendo muchas otras demostraciones de devoción y compunción y decían todos a voces que aquel era castigo de no haberse hecho la fiesta de San Francisco de Borja, y muchos acudieron a nuestra iglesia trayendo algunas velas para que se encendiesen al santo. La demostración mejor y más substancial fue la que se hizo de casi infinito número de confesiones porque aquella tarde y noche fue continuo el ejercicio de oírlos los religiosos de todas las religiones, que todos con extraordinario espíritu y fervor concurrieron a hacer la causa de Dios. En nuestra iglesia parecían los concursos de confesiones y comuniones como si fuera el jubileo del Año Santo que así sabe Dios trabucar los corazones en honra suya y mucha gloria de los santos como lo fue esta de San Francisco de Borja.

No fueron los de menos sustos los señores de la Real Audiencia y los capitulares del cabildo secular cayeron en la cuenta unos y otros de su falta, y a aquella hora juntó en el real acuerdo a los señores oidores el señor presidente de la Audiencia que entonces era el señor don Diego del Corro Carrascal, clérigo presbítero, inquisidor más antiguo del Santo Tribunal de Cartagena. Hicieron su acuerdo y se vio haber sido hecho con acuerdo divino; salió decretado que el domingo siguiente hiciese fiesta en nuestra iglesia el cabildo y regimiento a San Francisco de Borja y que se renovase el voto de hacerla solemne cada año.

Los regidores también hicieron su cabildo y señalaron dos diputados para que agenciasen la fiesta. Así lo hicieron dando, cuenta al padre rector de lo que se había decretado, así en el real acuerdo como en su cabildo pidiéndole cortésmente licencia y predicador, a que correspondió con estimación del decreto, concediendo lo que se le pedía.

Compúsose con grande aliño y aderezose con mucho aseo, nuestro altar mayor; prevínose buen aparato de música con que se cantó la misa con gran solemnidad, y con tan gran concurso del pueblo que no cabía la muchedumbre de gente en nuestra iglesia con ser bien grande; y desde las seis de la mañana hasta casi el mediodía hubo innumerables confesiones y comuniones. Predicó el venerable padre Bartolomé Pérez (que acababa entonces de ser viceprovincial de esta provincia) y el sermón fue digno, de aquella fiesta y de su grande espíritu y ardiente celo con mucho consuelo de todos.

Después de la misa mayor comulgaron los señores presidente y oidores de dos en dos en forma de Audiencia, y del mismo modo en forma de cabildo los regidores y capitulares edificando así a todo el pueblo que se admiró viendo tan desusada acción.

## Capítulo XXV

Visita el señor don Fernando Arias su arzobispado llevando consigo un padre de la Compañía

No por tercera persona sino por la suya propia (que era la primera) trató el ilustrísimo señor don Fernando Arias de visitar su arzobispado no acobardando a su celo la noticia que tenía de lo trabajoso de los caminos, lo peligroso de los ríos y despeñaderos ni la sobra de incomodidades y falta de las cosas necesarias que en este viaje se habían de ofrecer. Por no ir a la visita sólo determinó ir bien acompañado, y para conseguirlo pidió al padre rector del Colegio de Santa Fe que le diese alguno de sus súbditos por compañero. Dioselo muy a propósito señalando al padre Miguel Jerónimo de Tolosa para que acompañase a su señoría porque juzgó sin engañarse que esta sería una misión de mucho agrado de Dios. Los sucesos que acontecieron en esta visita (que duró más de un año) no los podré yo referir más bien de lo que los dirán algunos capítulos de cartas que el padre Miguel Jerónimo de Tolosa ha tiempos enviaba a su superior y por esta causa los trasladaré aquí.

Llegamos (escribe en una) al primer pueblo de indios del distrito de Mérida en el cual hallamos más de trescientos indios tan bozales, que no sabían hablar ni entender la lengua española y mucho más bozales en el conocimiento de los misterios de nuestra santa fe, y el demonio tenía cerradas las puertas por las cuales les había de entrar este conocimiento, haciendo creer a los curas que era imposible declararles a los indios en su lengua los artículos de la fe católica. Con esta persuasión en espacio de sesenta años que ha que entraron en esta tierra españoles, sólo algunos muchachos y algunos indios mozos saben rezar el credo en español mal rezado y nada entendido. Esta falta de enseñanza que se halló en este primer pueblo se encuentra en todos los demás. Cuando llegué a este pueblo supe que la lengua de los indios del distrito de Mérida era general por lo cual deseando hacer algún servicio a Nuestro Señor me puse de propósito a aprenderla y hacer mis cartapacios de ella con intento de tener alguna noticia para que ayudándome que alguna persona pudiese traducir en la lengua de los indios los misterios de nuestra santa fe. Traduje por entonces algunos, y juntando a los indios por las tardes les iba repetidamente leyendo y enseñando los misterios que en mi papel tenía traducidos. Eso hice a los principios que después con el estudio me habilité a poder enseñarlos sin leer. Oían los indios con mucha atención y gusto lo que les enseñaba en su lengua y voy trabajando en ella porque aunque en saliendo del distrito de Mérida no me ha de aprovechar, juzgo será del divino servicio que entiendan los de esta tierra que los misterios de la fe se pueden explicar en la lengua de los indios.

De este pueblo (prosigue el padre) pasamos la tierra dentro hacia los llanos en busca del pueblo de Aricagua, caminando tres jornadas por despoblado y por sierras altísimas atravesando dos páramos frigidísimos, y el uno de ellos lo pasamos con muy grande aguacero que duró casi toda la noche en el puesto donde nos rancheamos que fue el campo. En la una de las tres jornadas pasamos un muy buen río cuarenta y cuatro veces; y habiendo pasado otras incomodidades llegamos al pueblo en que hallamos setenta personas cristianas en el nombre, pero no en la enseñanza, porque de las cosas de la cristiandad no sabían palabra. Tres años habían pasado sin haber entrado cura a doctrinarlos porque a causa de estar cercanos a indios de guerra infieles no se atreven los sacerdotes a vivir entre

ellos. En este pueblo bautizó el señor arzobispo diez y seis niños; para dar a los adultos noticia de las cosas divinas trabajé haciendo catecismo en su lengua, que era diferente de la pasada, y en ella los catequicé oyendo ellos con mucho gusto.

Llegamos a un pueblo llamado Gibraltar donde se trabajó mucho de día y de noche con españoles, indios y negros porque era de tiempo de cuaresma y no había cura, y el señor arzobispo hizo oficio de tal confesando a mucha de la gente. Pasamos a otros lugares de indios adonde el señor arzobispo confirmaba a los que sabían rezar el credo, y yo antecedentemente para que recibiesen la gracia del sacramento de la confirmación, les dictaba el acto de contrición en su idioma. En ella les explicaba los artículos de la fe porque ya tenía yo más expedición en hablar su lenguaje. El catecismo que hice mandó su señoría a los curas que lo trasladasen y lo enseñasen a sus feligreses.

Dimos la vuelta hacia la sierra y subiendo por ella llegamos a unos pueblos donde fue Nuestro Señor servido que hubiésemos a las manos cantidad de ídolos, que algunos de ellos miserables adoraban y les echamos en una grande hoguera en medio de la plaza delante de todos haciéndoles una plática contra la idolatría. A toda esta función asistió su señoría con gran gusto y consuelo de su alma. Llegamos también a dos doctrinas de negros donde revalidé no pocos bautismos. Acudí también a algunas confesiones de españoles y en especial de uno que había treinta años que no se confesaba.

## Capítulo XXVI

Prosigue el padre Tolosa la relación de la visita

Es cosa tan ordinaria (escribe el padre en tercera carta) trastornar cerros, pasar por pantanos, por lodos y desbarrancaderos que ya no me causa novedad. Habiendo vadeado en ida y vuelta un río caudaloso ochenta veces, llegamos a un pueblo de indios en el cual habría sesenta personas tan poco doctrinadas, que causaba lástima. A ninguna de ellas administró su señoría el sacramento de la confirmación porque no sabían el credo, cuya ignorancia afligía mucho a su católico corazón. Atravesamos una muy alta sierra lloviéndonos a subida y bajada, cayéndose las cargas y las personas, y para evitar las caídas y el riesgo de despeñarlos caminamos el señor arzobispo y yo con mucho lodo y a pie más de media legua.

Prosiguiendo nuestro viaje llegamos a un paso que nos detuvo casi todo el día y vi una cosa de espanto y experimenté la particular providencia de Nuestro Señor. Los años pasados un temblor terrible arrancó de cuajo un cerro muy grande y lo llevó volando por el aire muy grande trecho; y en el lugar donde el cerro estaba quedó una concavidad que no se le halla suelo y se llena de las aguas y lodos que caen de los cerros circunvecinos y a tiempos revienta con grande fuerza y espantoso ruido un río de lodo

envueltas en él piedras grandísimas que aporreándose unas con otras van haciendo un ruido formidable. El día que llegamos a este puesto había llovido mucho, de lo cual resultó reventar el volcán (que así llaman la concavidad que dejó el cerro). Y corrió un caudaloso río de lodo y piedras. A su ribera nos detuvimos gran parte del día mojándonos con el agua que llovía y aguardando que menguara la del río para poder pasar. La Providencia del Señor dispuso que las avenidas del barro trajesen dos grandes peñascos que se quedaron enfrente de nosotros y nos sirvieron de puente por donde pasamos a la otra parte todos dando gracias a Dios por la puente que nos había dado. Este día nos desayunamos (como otras veces) su señoría y yo a las siete de la noche. Tan achacoso llegó a estar en el día siguiente el señor arzobispo, que no pudo decir misa, y lo sintió muchísimo porque no le había acontecido dejarla día ninguno de decir desde que se ordenó de sacerdote.

Luego después de esto nos vimos en un aprieto grande, y fue que la cantidad de barro y piedras represó un río que habíamos de pasar y soltando la represa por la mañana nos dejó aislados sin poder salir a una parte ni a otra; pero entonces dispuso la Divina Providencia que llegase gente por la una parte del río que cortando un árbol muy grande y muy fuerte que estaba a la orilla lo derribaron de raíz a la ribera donde estábamos que sirvió de puente por donde pasamos, porque con estar el río bien ancho fue el árbol tan largo que alcanzó a entrambas riberas.

Para llegar a la doctrina del río del Oro caminamos once leguas de despoblado y por cuevas asperísimas, derrumbaderos grandes, por una montaña llena de pantanos, por laderas tan peligrosas que en discrepando los pies las mulas habían de caer y parar en una profundidad horrorosa. En un repecho de una subida muy agria, fue necesario descargar las bestias y subir los hombres con las cargas en los hombros. El señor arzobispo no quiso encargar el oficio de arriero a otro, y llevó su petaca a cuevas.

Duró este ejercicio tres horas y lo hizo más trabajoso lo ardiente del sol que nos hacía sudar mucho; y en acabando de subir la cuesta nos salió a recibir en lo alto un aire frigidísimo que era muy a propósito para causar un pasmo mortal, mas no quiso Dios que nos dañase.

## Capítulo XXVII

### Castigo divino en uno de los curas visitados

Entrando el señor don Fernando Arias y en su compañía el padre Miguel Jerónimo a la visita de un pueblo de indios, halló con poca pesquisa, que el pastor de aquellas ovejas estaba herido con la roña de la lascivia, y en vez de curar la que unía en sus feligreses, pegaba públicamente la suya a una indiezuela teniéndola en su casa para tener más a mano la ejecución de sus torpezas. El señor don Fernando ejerció su amor paternal avisándole de su delito con suavidad para que lo enmendase, y también se valió de su señorío mandándole que echase de su casa la indiezuela para

dar a sus ovejas el buen ejemplo que debía darles; pero él se excusaba diciendo que la tenía para cosas lícitas de su servicio y jurando y perjurando afirmaba que eran mentiras, las que de su persona y proceder se habían vendido por verdades. Asimesmo el padre Miguel Jerónimo le habló amigablemente, rogándole muchas veces que obedeciese a su prelado enmendando su culpa que estaba muy manifiesta, y echando a la ocasión de ella fuera de su casa. Nada de esto bastó para que lo ejecutase y por eso su señoría le hizo quitar con fuerza la india y mandó que la llevaran a la casa de su encomendero. Con esto salió fuera de sí el clérigo, y saliendo también de su casa se fue a la ciudad que estaba tres jornadas distantes de su pueblo, y llegando en busca de la india escaló una noche la casa donde estaba, y sacándola por encima de las paredes se volvió con ella a su pueblo y reincidió en vivir escandalosamente como de antes. El encomendero de la india la hizo secretamente sacar de la casa del cura y la hizo esconder en otro pueblo para que no la pudiese hallar. Anduvo como un loco buscándola en muchas partes, y como eran tantas las diligencias que hacía, supo donde estaba: que las cosas que no conviene saber no falta un demonio que las diga. Caminando iba con toda priesa al pueblo para sacarla y traerla consigo cuando Dios le atajó sus malos pasos para que no los diese en adelante con su mal ejemplo. Revolviose el tiempo en que iba, amenazaron tempestad los cielos, rompiose una nube y de ella cayó un rayo que convirtió en ceniza su cuerpo. Causó grima el caso y ocasionó lástimas en los corazones de los que le conocieron y supieron los malos pasos en que le cogió la muerte. Luego que la supo el señor don Fernando sustituyó en aquella doctrina a los padres de la Compañía entretanto que señalaba cura propietario. Después de haber concluido muy a gloria de Dios con la visita de su arzobispado, volvió con felicidad a la ciudad de Santa Fe y yo me vuelvo a ella para proseguir la relación de las cosas que tocan a su colegio.

## Capítulo XXVIII

### Maravillas de San Ignacio y de San Xavier

El epíteto de Botica Celestial se le puede dar con verdad al colegio de Santa Fe porque tiene la posesión de una milagrosa medicina. Ésta es una carta toda de la mano y pluma de nuestro padre San Ignacio escrita a San Francisco de Borja. Omito el contar las maravillas que ha hecho con mujeres que han estado para parir y con sus criaturas que han estado para nacer, porque esto es muy ordinario, y para esto piden con frecuencia esta carta y la llevan en una vidriera curiosamente acomodada. Referiré sólo dos casos de salud que dio San Ignacio con su carta.

Cayó en esta ciudad enfermo un niño de teta hijo de un señor oidor de Real Audiencia, el mal creció de manera que ya trataban de su entierro porque afirmó el médico que le quedaban pocas horas de vida; pero en muy buena

hora repararon que podría importar a su vida el aplicarle la carta milagrosa de nuestro santo padre; llevola uno de sus hijos, aplicósela al niño y luego al punto se alentó tomando la leche del pecho que antes no arrostraba y quedó totalmente bueno. Con esto se manifestó que la carta de San Ignacio es carta de salud. Una señora principal de esta misma ciudad que estaba totalmente desahuciada de la vida de suerte que una noche juzgaron que cuando más duraría hasta el amanecer; pero desvaneciose este juicio con un remedio que le aplicaron, y fue decirle uno de los nuestros un Santo Evangelio sobre la cabeza y ponerle la carta santa sobre el pecho, lo cual le aprovechó tanto que le hizo dar arcadas con un copioso vómito y quedó buena y sana del mal que la había puesto en estado de morir.

Es mucha la devoción que Santa Fe tiene al apóstol de la India San Francisco Xavier; con más viveza se ha seguido en nuestro colegio de Santa Fe con ocasión de haberse colocado en una de las capillas de nuestra iglesia, fuera del hermosísimo bulto suyo que está en el retablo del altar mayor un gran cuadro de pincel. Es la figura la de la milagrosa imagen de Potamo, tiene pintadas muchas ciudades y lugares de la Italia en especial del Reino de Nápoles y ducado de Calabria, y muchos enfermos de todo género de enfermedades que a los pies del santo aguardan el movimiento de las aguas de su caridad en la piscina de su poderosa virtud. Esta representación tiene muy movidos los ánimos de los fieles y el santo se va apoderando de los corazones con sus maravillas. Dos señoras de esta ciudad muy estimadoras de la Compañía y que perpetuamente le sirven en lo que se ofrece y pueden, tenían un negrillo esclavo desahuciado de tabardillo. Hallábanse bien afligidas porque además de haber criado al negro les había de hacer gran falta por ser el único mueble de su estancia y hacienda. Aunque hicieron cuanto alcanzaron con su extremada caridad de remedios humanos ningunos bastaron. Acudieron a los divinos, por medio de San Francisco Xavier prometiéndole mandar decir algunas misas como lo hicieron con efecto y le encendieron unas velas delante su sagrada imagen en nuestra iglesia, y luego fue cobrando el negro mejoría en lo más riguroso del peligro y quedó sano.

## Capítulo XXIX

Cómo la Compañía mostró la fecundidad de su espíritu en el pueblo de Caxicá

En este Nuevo Reino de Granada fue Caxicá el primer pueblo de indios donde la Compañía mostró la fecundidad de su espíritu engendrando hijos (como San Pablo) por medio del Evangelio. Al mismo tiempo en que los padres iban en este pueblo saliendo de la ignorancia de la lengua mosca con su estudio, iban sacando a los indios de las ignorancias de la fe católica con su celo. Por las mañanas enseñaban la doctrina cristiana en su lengua



a las niñas y después por la tarde a los niños. Unos días tenían señalados para doctrinar a los viejos y otros a las viejas en que ponían su mayor cuidado por ser más difícil que aprendan habiendo llegado a la vejez. Túvose por traza muy útil y lo fue el disponer que cada día acudiese a nuestra iglesia una capitania o barrio del pueblo y a cada uno le iban preguntando lo que sabía y luego le daban nueva lección para que la trajese sabida el día siguiente.

Para quitarles la adoración y culto que tan de atrás habían dado a los ídolos, tomaron por medio ponerles a la vista y colocarles en la iglesia la hostia consagrada donde Cristo verdadero Dios y verdadero hombre asiste sacramentado. Instituyeron una congregación de este Soberano Señor y debajo de su amparo fueron alistando gente, y para moverlos a que se alistasen con la vista de ojos les hizo un hermano de nuestra Compañía una buena custodia y viril de plata. Procuraban los padres alimentar a los indios como a hijos de su espíritu con el manjar celestial de la Eucaristía, y muchos de ellos se preparaban con oraciones, disciplinas y ayunos para comerla y se experimentó en la mudanza de sus costumbres que les hacía muy buen provecho la comida. Indio hubo que muriendo de treinta y cinco años lo llevaron virgen a la sepultura, y no hay que admirarlo, porque el vino de la sangre de Cristo sabe en todas partes engendrar vírgenes y engendró a este indio virgen en Caxicá.

Entre las hijas espirituales de los dos padres doctrineros fue la mayor (por ser la más espiritual) una india que no contenta solamente con ser buena procurase que lo fuesen los otros, y así acudía a dar cuenta a los padres de cualquier cosa mala que de otros llegaba a su noticia, y estoy con un celo santo y con un perfecto deseo de que se remediasen pecados que estorbasen ofensas de Dios. Y en esto era tan perfecta la buena india, que aun de cosas menudas que entre indios carecen de notable deformidad, daba celosa los avisos. Lloraba con amargura el haberse embriagado en los primeros años de su juventud, y cuando vía beber inmoderadamente a otros se afligía tanto, que no podía reprimir las lágrimas considerando las ofensas de Dios que se podían seguir de la demasiada bebida. Éstas las suelen reservar los indios para los domingos y días de fiestas por las tardes, y así arbitraron los padres hacer entonces procesiones, y fue tan bueno el arbitrio que con él evitaron y estorbaron muchos pecados de embriaguez.

Con las pláticas y sermones que los indios oían acerca del sacramento de la penitencia cobraron tal afecto a la confesión sacramental que la tomaban por remedio de cualquiera aflicción que tenían. En hallándose con alguna pena se iban a poner a las plantas del padre para coger el fruto de su consuelo. Si les daba algún pequeño achaque corporal procuraban confesándose luego sanar en lo espiritual. Los que ordinariamente padecían todos los días algún mal no querían que se les pasase semana ninguna sin confesarse y también tenían por costumbre el oír todos los días misa. Habiendo un indio capitán caído en una enfermedad, juzgaron los otros por leve su mal; pero él sin embargo se confesó muchas veces disponiéndose para morir y pidió que le diesen el Santísimo Sacramento con grande instancia, pero con una frase y modo de decir tan extravagante, que el padre no la entendía en el sentido que el enfermo la pronunciaba. Decía el enfermo que quería ver a Dios y el padre le respondía que muriendo

arrepentido y confesado lo veía en el cielo. No se atrevía a darle el Santísimo Sacramento por Viático, así por entender que aún no lo pedía la enfermedad como porque el enfermo había sido acusado de xequé o sacerdote de ídolos. Agravósele el achaque al doliente y dando en aborrecer todo manjar corporal dio en decir repetidas veces que en esta vida no quería más que ver a Dios. La repetición de este dicho le dio en qué pensar y en qué entender al padre, y entendió que el manjar que apetecía el enfermo era el Viático Soberano. Dispúsole para que lo recibiese y en habiéndoselo dado sin imaginar que moriría tan presto el enfermo, sucedió que en recibiendo al Señor dio muestras de que quería dar su alma al mismo Señor con señales de muerte y así le trujeron luego la Extremaunción, y en acabando de darle la última de las Unciones expiró.

### Capítulo XXX

Los caxicaes fueron los primeros músicos de iglesia que hubo en este Reino

No se había visto indio ninguno en este Reino que supiese qué cosa era solfa, no se había oído a ninguno que cantase en iglesia cuando los padres de la Compañía entrando en Caxicá emprendieron que sus indiecitos fuesen los primeros cantores del Reino para officiar las misas y cantar los divinos officios. Pusieron escuela de leer y escrebir, y atrayendo a los muchachos les fueron mostrando las letras para que las conociesen por sus nombres, y luego las fuesen formando con la pluma por sus figuras. Después de conseguido esto les fueron enseñando el canto llano y el de órgano, los fueron industriando en la música de flautas, chirimías, violones y otros instrumentos de armonía sonora.

Cuando los muchachos tuvieron alguna destreza en el canto trataron los padres de hacer una fiesta a la Concepción Purísima de la Virgen María que era la titular de la iglesia del pueblo. Convidaron para que cantase aquel día la misa a un religioso que era cura de un pueblo de indios que está cercano a este de Caxicá. Admitió el convite, y oyendo officiar la misa a los muchachos se asombró de admirado y su admiración le obligó a que varias veces le dijese al diácono, aun cuando estaba en el altar, que nunca entendiera ni creyera jamás que los indios supieran cantar ni officiar una misa si no lo hubiera visto y oído. Acabada la fiesta no pudo contenerse el religioso, y dándole el parabién al padre que era superior de los dos compañeros que consigo tenía en la doctrina, le dijo estas palabras formales: «Padre mío, yo voy muy consolado y he dado mil gracias a Nuestro Señor habiendo oído a estos niños porque tengo por cosa de milagro el haber salido con esta empresa de que sepan los indios cantar». Los vecinos españoles también hacían admiraciones porque a los indios los juzgaban por inhábiles, no sólo para la música sino para otras cosas de menor arte; pero la experiencia ha enseñado que son para mucho más de lo que erradamente pensaban de ellos. Fue indecible lo que se

aparroquió y multiplicó de gente la iglesia de Caxicá en los domingos y días festivos con lo sonoro de la música con que se oficiaban las misas cantadas. Parecía que las voces llamaban a los españoles que tenían sus haciendas en puestos circunvecinos, y así dejando otros pueblos que tenían más cercanos se iban a oír la misa cantada al pueblo de Caxicá. Y lo que es más, algunos indios de otros pueblos los dejaban en los días de precepto de oír misa y acudían a oírla con los de Caxicá.

Muy célebre fue la primera Nochebuena que se vio en ese pueblo, que la hizo muy célebre la novedad nunca oída y nunca hasta entonces vista, y fue oír cantar maitines con mucha variedad de instrumentos. Convocaron a todos para esta noche en el día del domingo antecedente y parece que nadie se excusó con decir que era incómoda la hora de la media noche; todos, todos acudieron a escuchar los maitines con devoción y a oír las chanzonetas con alegría; y lo que causó gran edificación fue que no contentos con haber oído la misa primera que se cantó después de los maitines, acudieron después a oír las otras dos misas que se dijeron a diferentes horas del día del nacimiento del Niño Dios.

### Capítulo XXXI

Efectos de las cruces puestas en Caxicá y del Evangelio recitado sobre las cabezas

Supieron los padres que entre las casas del pueblo estaban en pie algunos árboles junto a unos montecillos donde los indios antes que fuesen cristianos solían tener sus ídolos y ofrecerles sacrificios. Vínoles a los padres la noticia de esto porque inquirieron la causa del temor que tenían de sembrar en aquellos lugares y del miedo que mostraban en cortar algunos palos de aquellos árboles. Luego que supieron esta antigualla perniciosa la destruyeron, lo uno exorcizando aquellos lugares con los santos exorcismos de la iglesia católica. Lo otro haciendo derribar aquellos árboles y levantando en su lugar los de las Cruces Santas que representaban al árbol en que Cristo murió crucificado. Con este hecho ahuyentaron a los demonios y animaron a los indios a que sin temor rompiesen aquellos pedazos de tierra y en ellos hiciesen labranzas de maíz, que es el trigo de que se sustentan. Así lo hicieron en adelante sin recibir el daño que antes habían temido, y experimentado en algunos males que el demonio solía hacerles.

Un día se fue un indio a acusar al demonio (así lo deben hacer todos los tentados) en presencia de su párroco diciéndole que unas veces se le aparecía en figura de hombre y otras en forma de mujer, y que siempre le procuraba persuadir que cometiese algún pecado. Ya estando en la cama le incitaba a que cometiese alguna culpa de torpeza; ya le inducía a que se levantase para ir a beber de gula y embriagarse, ya le aconsejaba que cuando fuese a confesarse callase los pecados graves y le dictaba algunas

culpas leves que podía manifestar al confesor. Oyendo estas cosas el buen cura de su alma le mandó que pusiese muchas cruces en su casa, y que bien prevenido hiciese una general confesión de toda su vida. Así lo ejecutó obediente el indio y después vivió totalmente libre de la familiaridad y apariciones con que el demonio le había tratado.

Como los de la Compañía eran los padres espirituales que engendraban estos hijos por medio del Evangelio, quiso Dios que fuesen también los médicos que maravillosamente los curasen con el Evangelio. Esto se verá en los dos casos siguientes: Viendo uno de los nuestros a un indio mozo muy acosado de un continuo dolor de estómago que le había puesto flaco el cuerpo y descolorido el rostro, y le obligaba siempre que estuviese sobre el fogón o al sol porque era tan grande el frío que le helaba, que no podía entrar en calor en todo el día, le dio por eficaz remedio que devotamente asistiese a un novenario de misas y le prometió que después de ellas diría sobre su cabeza el Evangelio de San Marcos con que se le quitaría el mal del estómago. El mozo asistió a las misas, el padre le dijo los Evangelios y éstos tuvieron eficacia medicina, pues luego el enfermo comenzó sin otro medicamento a sentirse mejor de su achaque y quedó del todo sano de su mal.

Habiendo de entrar la fe por el oído se halló en el de un muchacho indiezuelo el impedimento de la sordera con tal extremo que no oía palabra ninguna de las que le decían. Viendo esto su padre natural determinó enviarlo a pastorear las ovejas y que en su lugar acudiese a la doctrina otro hermanillo suyo que hacía el oficio de pastor. El que lo era de su alma, por ser su cura, lastimándose de que aquel muchacho se fuese al campo a vivir entre las ovejas como un bruto sin conocimiento de los misterios de la fe, le dijo a su padre que antes de enviarlo lo trajese a la iglesia para que por espacio de nueve días estuviese presente a su misa. Acabada ésta recitaba el sacerdote el Evangelio sobre el sordo, y aconteció que acabándosele de recitar al nono día le preguntó cómo se llamaba a que prestamente respondió diciendo su nombre. Hízole otras preguntas y a todas ellas satisfizo como quien ya tenía buen oído.

Admiráronse los presentes que le habían conocido sordo siempre y dieron gracias a Nuestro Señor que por medio de su Evangelio dio oídos a este sordo; de donde se originó que oyese y creyese los misterios de la fe.

Diez años cultivaron los obreros de la Compañía esta viña de Caxicá con tanto fruto, que a juicio de varones de ciencia y conciencia estaba bastantemente desarraigada su antigua idolatría y promulgado suficientemente el Santo Evangelio en todos los naturales de esta tierra.

Al cabo de estos diez años hizo grandes instancias a la Compañía el señor presidente de este Nuevo Reino para que se encargase de la cultura del pueblo de Duitama; pero viendo los superiores que por falta de operarios no podía acudir juntamente a los dos pueblos, se determinaron a que se dejase el de Caxicá por estar bien enseñado y pasase a Duitama que necesitaba más de enseñanza. Llegose el día de la partida y parece que se partían tiernamente los corazones de puro sentimiento, así de los hijos espirituales que quedaban, como de los padres que se iban. Al despedirse repartieron los nuestros a la gente muchas limosnas de maíz y otros mantenimientos. En lugar de los de la Compañía quedó por párroco un clérigo con particulares instrucciones para conservar lo que los nuestros

habían trabajado en los indios. Lo que obraron con los de Duitama escribo en el libro 2.º del colegio de Tunja por haber estado subordinados a su rector los operarios de Duitama, y ahora por proceder con el acierto de un buen orden, trataré de la doctrina de Fontibón que está sujeta al colegio de Santa Fe.

## Capítulo XXXII

Los padres introducen la fe y expelen la idolatría en el pueblo de Fontibón

La gente de Fontibón era tan extremadamente gentil, que en grado superlativo era nada a la idolatría, y para que se expeliese ésta y se introdujese la fe, escogió el señor presidente don Joan de Borja a los padres de la Compañía. Entraron en Fontibón el padre Juan Baptista Coluchini y el padre Josef Dadei, y lo primero que hicieron fue enseñar la doctrina cristiana a los indios grandes y pequeños en su lengua materna dándoles a entender los artículos de la fe y predicándoles contra la idolatría. De aquí se siguió que en los que de veras eran cristianos hubo gran reformation, y en los que eran sólo en el nombre se vio una total transmutación.

Muchos de los indios empezaron a proceder cuidadosísimamente en la materia de adorar a un solo Dios verdadero y de no dar culto a mentidos dioses con resoluciones firmes de no usar de las supersticiones que antes acostumbraban. No contentos con tener en sí mismos esta cristiandad andaban como perros de rastro buscando a quién cazar en las idolatrías y supersticiones para que las remediase su celoso cura que lo era el padre Josef Dadei, el cual solía hacer delante y a oídos de ellos cristianísimas invectivas contra los idólatras y supersticiosos.

No dejaré de poner aquí en particular el fruto que sacó de ellas una india anciana. Estando ésta con una enfermedad que al parecer le quería quitar la vida, recibió el Soberano Viático para partir a la otra, y estando en este extremo entró a visitarla un viejo forastero y la ofreció beber supersticiosamente el tabaco para consultar al demonio y saber lo cierto de si se había de morir o no. La buena india le desechó de sí azorada y enviando a llamar a uno de los padres que la habían doctrinado pensando, como mujer de buena conciencia, haber culpa donde no la había; contó muy compungida el caso y con lágrimas en los ojos dijo: «¿Qué te parece, padre, de tal atrevimiento? ¿Que habiendo yo comulgado y entregado mi alma a mi Señor Jesucristo viniese el demonio a quererme engañar por medio de aquel viejo?» Preguntóle el padre si había dado algún crédito a esa superstición y entonces ella con señas y con palabras respondió que no, y después como buena cristiana acabó su vida con señales de que iba a gozar de la eterna.

Tan lejos estaban los muchachos de seguir las idolatrías de sus

antepasados, como se manifiesta en el caso siguiente. Halláronse una vez en el campo juntos más de cien indiezuelos, y topando acaso un idolillo de los que habían adorado los gentiles antiguos de aquel pueblo, les cercaron alrededor y le fueron pisando dando de coces y escupiendo, y no contentos con esto le daban gritos burlándose del demonio que había pretendido y alcanzado adoraciones de sus padres y abuelos. Aquí a estos muchachos se les puede decir lo contrario del común proverbio: Bien haya quien a los suyos no se parece; y es cierto que alcanzaron el bien por no parecerse a los suyos en este gentílico mal.

Siendo superior de esta provincia de Fontibón el padre Pedro Navarro, le aconteció, que estando disponiendo a los indios con sus exhortaciones y avisos para que comulgasen en el día de la Asunción de Nuestra Señora del año de seiscientos y quince, le llevaron algunos ídolos para que los despedazasen juzgando, y bien, que el dejar la idolatría era excelente disposición para recibir en sus pechos al Dios verdadero. También en el mismo año y al mismo padre le sucedió descubrir un ídolo de madera del tamaño de un niño como de doce años, a cuyos pies halló algunas ofrendas de cobre y esmeraldas que le habían hecho los idólatras. Púsose el padre Navarro a la hora acostumbrada a enseñar la doctrina cristiana a los niños y niñas del pueblo; y mostrándoles el ídolo les preguntó si aquél era su Dios. Respondieron todos a una voz diciéndole: ese es el diablo; nuestro Dios está en la iglesia en el altar mayor. Oyendo gozoso estas palabras el padre arrojó el ídolo en tierra, y luego los muchachos se pusieron a burlar del que había pretendido adoraciones y conseguido respetos. De tal suerte le pisaron la cara que quedó desfigurado sin narices ni boca. El día siguiente llevó el padre al ídolo al lugar donde estaban congregados para oír la plática los cofrades del Santísimo Sacramento y allí ellos santamente renovaron las afrentas y oprobios que los niños le habían hecho el día antecedente. Después de esto, lo puso el padre en un rincón de su aposento y hacía que cuantos indios entraban y salían de él le escupiesen y pisasen.

### Capítulo XXXIII

Cuidan los nuestros del culto del verdadero Dios Sacramentado para quitar el culto de los dioses falsos escondidos

La contraposición del Santísimo Sacramento en el altar se juzgó aprovecharía para desterrar los ídolos de sus escondrijos, y así los padres doctrineros trataron de contraponer el Señor a los ídolos colocándolo en la iglesia de Fontibón donde nunca había estado colocado en Custodia y Sagrario. Tal cual era la iglesia en aquellos principios la mejoraron con el adorno de doseles y cuadros entretejiéndolos con labores de varias ramas de árboles y de diversos frutos.

El día de la gloriosa Virgen y Mártir Santa Lucía se escogió para la

colocación, y en la víspera de su día se cantaron unas vísperas tan solemnes con la música que duraron más de tres horas. Acudieron a ellas no sólo los caciques y los demás indios de los pueblos circunvecinos; sino también el señor presidente y oidores que dejando a la ciudad de Santa Fe se fueron a Fontibón acompañados de muchos religiosos y caballeros. De la catedral vino el señor arcediano con mucho acompañamiento de la clerecía; de las doctrinas cercanas los curas seculares y párrocos regulares; de nuestro colegio de Santa Fe acudieron veinte sujetos.

Siguiose el regocijo de la noche con que se celebró este misterio de fe certísimo a la verdad, pero oscuro a la cortedad de nuestro entendimiento. Pusieron muchas luminarias en la iglesia, hubo muchos tiros de fuego con que se hacía la salva a nuestro Salvador que se había de colocar sacramentado en el sagrario. En un castillo que hermosamente se formó en medio de la plaza se subieron tres ternos de chirimías que a oídos de todos tocaban dulcemente en honor de la Santísima Trinidad. Por las cuatro partes de la plaza fueron entrando a caballo cien indios con varias invenciones y disfraces de máscara con que fueron haciendo sus paseos con faroles encendidos en las manos, a que se juntaban las muchas candeladas que se pusieron en varias partes con que la noche casi, casi, pareció día.

Amaneció el de la esclarecida Virgen Santa Lucía y alrededor de la plaza se vieron muchas columnas adornadas con variedad de ramas y flores que hacían calles para que pasase por ellas el Rey del Cielo en procesión majestuosa. En tres esquinas se formaron tres altares adornados a lo grandioso y a lo rico, y cerca de ellos tres tablados para unas representaciones de que diré después. A las nueve de la mañana llegó al pueblo de Fontibón la Real Audiencia y gran número de gente de la ciudad de Santa Fe y se comenzó la misa solemne con armonía de música deleitosa; predicó uno de los nuestros muy al intento de la fiesta. Ite Missa est, obedecieron todos saliendo la procesión; precedió la señal de la Santa Cruz con ciriales a los lados; fuéronse siguiendo muchos estandartes de los pueblos circunvecinos; llevaron en andas muchas imágenes de santos; regocijaron la vista muchas danzas de indios; alegraban el oído los sonidos de las chirimías y a los ojos y oídos causaban gusto los tiros fogosos de pólvora. Al fin de todos llevaban sacerdotes revestidos con ornamentos ricos debajo de palio al Sumo Sacerdote escondido en accidentes [de] pan. En llegando al primero de los altares que estaba en la plaza, salió al tablado un niño en figura de un ángel hermoso que tenía preso el vicio de la embriaguez con algunos de los instrumentos que para ella sirven. Allí se representó, que ya en adelante no debía haber embriaguez en este pueblo, por estar avecindado en el Cristo Sacramentado que aborrece las embriagueces. Después se cantó una chanzoneta, luego los versículos y la oración del Santísimo. Pasó la procesión al segundo altar, y saliendo otro ángel al tablado derribó al vicio de la lujuria y se representó que no la había de haber teniendo por morador del pueblo al Dios de la castidad. Continuaron la procesión hasta el tercer altar y salió al tablado cercano el último ángel triunfando de la idolatría y se representó que sólo a este Señor se debe adorar, abominando de otras adoraciones. El remate de oro que tuvo esta sagrada función fue volver a la iglesia con el Señor y meterlo en un sagrario dorado, que para este

efecto se había prevenido.

Al medio día hubo también fiesta corporal, pues se puso la mesa para los señores de la Real Audiencia y para otros personajes, y está claro que comiendo estos no faltó boda para los pobres porque a estos siempre les han acudido misericordiosamente con el sustento corporal los padres doctrineros. En la mesa no sólo tuvieron los convidados manjar para el gusto, sino también un raro sainete para el oído, y fue que se subió en un púlpito un indiecito de diez años vestido con sotana y manteo y bonete y predicó en lengua latina, castellana, griega, italiana, mosca, peruana, valenciana y portuguesa, con pronunciación tan propia, que parecía tener don de lenguas. Al concluir con cada una de ellas cantaba algún motete o chanzoneta. A este niño indiezuelo de tan rara habilidad le llamaban el Apostólico, porque enseñaba y catequizaba a otros y también regía un coro llevando con tanta destreza el compás, que parecía cosa monstruosa en tan tierna edad.

Entre otros frutos que se cogieron de esta colocación, uno fue que los párrocos de otros pueblos fueron previniendo lo necesario para tener decentemente al Señor Sacramentado en sus iglesias, y para esto les fueron dando la licencia que antes no se le había concedido por no tener el aliño necesariamente conveniente para la colocación del Señor en los pueblos de los indios.

#### Capítulo XXXIV

Fabrican nueva iglesia los padres y administran en ella cuatro sacramentos

No se dieron por contentos los padres con la iglesia que hallaron en Fontibón, y por ejercitar la virtud de la religión que mira al culto de Dios, fueron fabricando una nueva iglesia que se acabó el año de treinta y dos (1632). Tiene aquella capilla mayor costosamente labrada con artesones dorados cuya artificiosa disposición causa hermosura. Tiene el altar mayor un retablo hecho en ascua de oro, y en sus nichos imágenes bien acabadas. De más de este altar hay otros cuatro con imágenes de excelente primor. A un lado de la puerta de la iglesia está en pie una torre ochavada que sustenta cuatro campanas que sirven todos los días para llamar a las misas, para convocar a las doctrinas y para los repiques de las fiestas. Tiene un coro bien artificioado y en él un órgano sonoro y también tiene quien sepa tocar este instrumento como otros muchos de chirimías, bajones, cornetas, arpas y cítaras que sirven para el culto divino.

Aquí han tenido su pila baptismal donde baptizando a los niños los han entrado por las puertas a la iglesia católica, y a muchos de ellos les han abierto las puertas del cielo porque consiguieron la dicha de morir con la gracia baptismal. Otros niños no tuvieron esta dicha porque acontecía en este pueblo que algunas indias a las veces de un solo parto sacaban dos hijos a luz, y al uno le escondían entre las tinieblas y lo dejaban



perecer sin bautismo porque el demonio les puso en la cabeza que era cosa afrentosa que se supiese que de un vientre habían nacido dos hijos juntos. Supo este engaño al cabo de algún tiempo el padre Josef Dadei, y predicando un fervoroso sermón desengañó a las indias declarándoles que el parir dos de un vientre no era afrenta sino fecundidad de la naturaleza, y que sucedía muchas veces en mujeres españolas muy honradas. Con este sermón se remedió este mal bautizándose en adelante todos los niños mellizos. No sólo se han bautizado los niños, también los padres han bautizado a algunos adultos porque examinando sus bautismos hallaron a la luz de las preguntas que habían sido inválidos. Persona hubo que, o por descuido o por malicia de sus padres no había sido bañada con las aguas saludables del bautismo, y aunque tenía noticia de la falta de este sagrado baño, le sobraba el empacho para manifestarla a su párroco. Casose esta persona y todos los años se llegaba a los Sacramentos de la confesión y comunión como si hubiera entrado a la iglesia por la puerta del sacramento del bautismo. Remordiole la conciencia de suerte que le obligó a romper con la vergüenza nociva y descubrirse a uno de los nuestros que la bautizó e hizo revalidar el matrimonio. El bautismo hizo tal efecto en su alma que desde entonces en adelante no se manchó con pecado mortal. Como ni los indios ni las indias viven en estado de celibato han procurado los padres que cuando llegan a la pubertad se pongan en el estado del matrimonio para evitar las culpas a que suele incitar la carne, que es enemiga del alma. Tiempos ha habido en que no se ha sabido que haya en todo el pueblo amancebado ninguno, y aun se notaban las caídas que acaso sucedían. Muy grande ha sido el cuidado que han puesto los de la Compañía en que no viva el vicio de la lujuria en su pueblo, y ha sucedido que viendo algunos incorregibles la vigilancia y solicitud con que los padres han procurado quitar este vicio, se han desterrado a sí mismos de este pueblo y se han ido a otros donde no hay quien les estorbe su perversa inclinación.

El Sacramento de la penitencia se ha administrado frecuentemente en esta iglesia a los indios en su lengua natural. Todos los indios se confesaban por lo menos una vez cada año para cumplir con el precepto eclesiástico, en lo cual han tenido gran cuenta y gran celo sus curas eclesiásticos. Más de la mitad de los indios se solían confesar seis y ocho veces al año y un buen número de ellos cada mes y algunos más devotos cada ocho días. Muchos han sido los indios que escudriñando sus conciencias desde la niñez han hecho confesiones generales con verdadero dolor y sentimiento de sus culpas. Indios ha habido tan escrupulosos, que causaban admiración, y entre ellos uno que en ocho días se confesó doce veces por purificar más y más su alma.

No sólo han ocupado los nuestros el confesonario frecuentemente en la iglesia, sino que también han salido fuera las veces que han sido necesarias a todas las horas de los días y de las noches sin excusarse jamás por ningún pretexto. Llamaron en una ocasión un padre para que fuese a confesar a una india moribunda. Partió puntual pero cuando llegó, la halló sin habla y sintiolo mucho porque las hablillas que de ella corrían no eran de buena fama y temiendo no se le condenase aquella alma, muriéndosele sin confesión, comenzó a llorar de pura lástima. Viendo que para el remedio no había más medio que el de la oración, puso las rodillas

en tierra, levantó al cielo los ojos y derramando por ellos muchas lágrimas le pidió a Dios fervorosamente le diese la habla a la india. Los indios que estaban presentes hacían admiraciones de ver llorar al padre; pero admiráronse más cuando la misericordia del Señor se inclinó a conceder lo que con lágrimas y suspiros le pedía su siervo que era que se le restituyese a la india la habla la cual le duró todo el tiempo que fue menester para la confesión, y en absolviéndola, volvió luego a perderla y de allí a poco la vida temporal.

El Santísimo Sacramento se ha administrado a todo el pueblo tres veces cada año en días señalados; y era para alabar a Dios el saber las disposiciones con que los indios se prevenían para recibirlo. A este fin oían algunas misas, rezaban algunos rosarios, tomaban algunas disciplinas, ayunaban algunos días. En todo el tiempo en que se estaban previniendo para la comunión no iban a las juntas donde suele haber peligro de embriaguez, y algunos que se vían inclinados a ella, huían de la ocasión yéndose a estar de rodillas delante del Santísimo Sacramento, y otros se ponían a rezar el rosario a la Virgen para que dispusiese sus pechos en orden a recibir en ellos a su Hijo Sacramentado.

Para afervorizar más las comuniones establecieron los párrocos de la Compañía la cofradía del Santísimo Sacramento en la cual recibían a los que se portaban con más virtud, y para ver si la tenían, hacían exámenes y pruebas, y como a la verdad eran virtuosos, se experimentaba que eran como la levadura, que sazónaba la masa de todo el pueblo y lo obligaban con su ejemplo a que fuesen tratando de vivir bien para que mereciesen ser recibidos en la cofradía del Santísimo.

Una india del pueblo de Engativá (que está una legua distante de Fontibón) habiendo visto el buen ejemplo que le habían dado los cofrades del Señor, se determinó imitarlos, y para este efecto se resolvió alejar su pueblo, su casa y parientes y venirse a vivir en Fontibón diciendo que quería ser del número de gente tan dichosa que trataba de comulgar a menudo, de oír misa cada día y rezar el rosario. Pidió que la recibiesen en la cofradía. Entraron los hermanos en cabildo para tratar de su recibo y parecioles a todos que no se recibiese, y la razón que dieron fue que aquella era una mujer forastera y que no sabían si tenía buen modo de vivir con que pudiese merecer el ser admitida, y añadieron que si la alistaban en el número de los cofrades se podía temer que se fuese a su pueblo, y viviendo en él a sus anchuras los afrentase a todos y que no habría quien cuidase de ella para avisar al padre que la corrigiese. Por esta razón fue repelida, y con la repulsa quedó tan triste que de noche y de día lloraba amargamente su desgracia; pero para salir de ella compró en Fontibón un solar, hizo en él su chocita, rezó muchos rosarios, hizo decir misas, echó rogadores y sus ojos eran los más eficaces porque cada día la vían llorar a las puertas de la iglesia en demanda de su pretensión, y así fue recibida en la cofradía de común consentimiento y vivió muy a lo cristiano y muy a lo cofrade sin volver más a su pueblo aun cuando había fiestas y regocijos que la llamaban allá.

A los indios les daban los padres licencia para comulgar con mayor o menor frecuencia según sus capacidades y virtudes. Unos comulgaban cada mes, otros cada quince días y algunos más devotos cada semana. A esta frecuencia de comuniones se ha atribuido la transmutación de este pueblo

en otro diferentísimo del que antes era.

### Capítulo XXXV

De las misas, sermones y procesiones de la iglesia de Fontibón

Todas las semanas establecieron los padres curas que se cantasen tres misas, y para que no faltasen músicos que las oficiasen, han conservado siempre una escuela de indiecitos a quienes enseñan en nuestra misma casa a leer, escribir, cantar y tocar varios géneros de instrumentos músicos. Todos los domingos se canta solemnemente la misa mayor y se pone mucho cuidado en que ninguno deje de cumplir con el precepto eclesiástico de oír misa. Los lunes se ofrece a Dios Trino y Uno la misa cantada por las ánimas del purgatorio, y para librarlas de penas se hace una procesión por cementerio rogando con piadosas voces por ellas. Los sábados no faltan las misas cantadas en reverencia de la que es madre adoptiva de los pobres indios despreciados del mundo. Para estas misas guarda la sacristía muy buenos frontales y casullas de telas excelentes. Todos los meses se descubre el Santísimo Sacramento mientras se canta la misa mayor, y después de ella se lleva en procesión el cuerpo de Cristo por todo el cuerpo de la iglesia. Mucho ha edificado y causado no poca devoción ver el singular afecto con que los indios acuden a esta y otras semejantes funciones. Cada año solemnizan algunos santos con misa y sermón. Todos los domingos se les predica a los indios en su lengua al tiempo de la misa mayor, habiendo precedido el rezar las oraciones y enseñar el catecismo a todos los viejos y a los niños. A la tarde se hace una plática a los de la cofradía del Santísimo Sacramento, y después estos juntamente con los niños de la doctrina rezan a coros el rosario de la Santísima Virgen, luego le cantan la Salve con una música sonora. Las cuaresmas han sido muy devotas en aqueste pueblo. En todo este tiempo por ser consagrado a la penitencia y ayuno han acostumbrado (desde los principios en que los tomaron a su cargo los padres de la Compañía) no hacer juntas ni otros regocijos con que en otros tiempos del año se suelen entretener. El entretenimiento ha sido juntarse a campana tañida en la iglesia a tratar del bien de sus almas con su párroco, el cual suele también inquirir si hay algunos pecados que remediar. En este tiempo también han tenido una santa costumbre de oír misa los miércoles, viernes, y sábados, siendo tanto el número de gente que acudía que no parecían días de trabajo sino días muy de fiesta. Los viernes de la cuaresma hacían unas estaciones devotísimas en la iglesia y en cuatro ermitas, y acabadas les contaba un padre algún provechoso ejemplo, y acabado éste y apagadas las luces se entonaba a canto de órgano el Salmo de Miserere en que castigaban sus cuerpos con la disciplina, no sólo los fontibones sino también los indios de otros pueblos que venían atraídos del buen ejemplo. En la Semana Santa se hacían

tres procesiones de sangre muy copiosa, así por la que derramaban como por el número de gente que concurría. Las noches de tinieblas se cantaban los maitines a canto de órgano. En el Jueves Santo hacían un monumento muy lucido y en él se predicaba el sermón del mandato y también había su lavatorio. Del primero que se ejerció en Fontibón se escribe en las Annuas del año de mil seiscientos y once y se dice que el padre Josef Dadei salió revestido conforme a las ceremonias del misal y lavó los pies a doce pobres y luego les dio vestidos con que cubriesen sus cuerpos. Como éste fue espectáculo muy nuevo en este pueblo le causó mucha admiración y mucho consuelo. Desde entonces comenzaron también a colocar a Cristo Señor Nuestro difunto en su sepulcro, encendiendo delante de Él muchas velas y teniendo en su presencia largo tiempo de oración los indios en compañía del padre Josef Dadei su ejemplar párroco.

### Capítulo XXXVI

Hácese mención de un indio ejemplar de Fontibón

Entre muchos buenos indios de la cofradía del Santísimo, sobresalió uno mostrando en sus acciones ser muy buen esclavo suyo como lo antes lo había sido del demonio. Cuando los padres de la Compañía entraron a doctrinar estos indios, hallaron que éste era tan perverso, que en maldades se aventajaba a otros. Era tan dado a la embriaguez, que él mismo hablando de sí solía decir que su vientre era su Dios. Era tan supersticioso que hacía sus consultas con el demonio usando diabólicamente del tabaco y del hayo; pero después que oyó las enseñanzas y doctrinas de los nuestros se trocó en otro hombre de suerte que en cristiandad no había quien le hiciese ventaja y él la hacía a todos. Cada día oía atento la misa, rezaba devoto el rosario, tomaba penitente sus disciplinas, parecía un religioso en lo modesto y era un buen cristiano en la observancia de los mandamientos, así divinos como eclesiásticos. Cuando había alguna de las juntas que suelen hacer los indios en los pueblos se iba a ella y con afectuoso celo del honor de Dios los exhortaba que no le ofendiesen con algún desmán en aquella junta. Cuando llegaba a su noticia que algunos consortes en el matrimonio se habían desunido con algún enojo, los procuraba unir y concordar entre sí con buenas razones. Al contrario, cuando algunos estaban con algún amancebamiento unidos, solicitaba apartarlos. Íbase de noche a sus casas y cogiéndolos en el delito, les predicaba diciéndoles razones para que desañudasen el lazo pecaminoso, y si su exhortación no hacía fruto, los llevaba al padre cura para que los castigase. Así se hacía santamente coadjutor de los nuestros en la salvación de sus coterráneos. Tenía tan feliz memoria, que solía repetir los sermones y las pláticas que oía, y cuando era necesario para el bien de algunos, les refería los ejemplos que había oído contar y les traía a la memoria lo que habían predicado los padres en el púlpito. Al fin era muy amigo de la

salud espiritual de su pueblo y de que todas las cosas fuesen muy conformes a la ley santa de Dios. Habiendo sido éste su proceder hasta la muerte, qué podemos esperar de la Divina Misericordia sino que le perdonó los pecados que cometió antes de convertirse y que le está premiando ahora en el cielo las buenas obras en que se ocupó después de convertido.

### Capítulo XXXVII

Líbrase un indio de un peligro con la invocación del nombre de Jesús y otro sana milagrosamente con el favor de San Joaquín

Muchos indios de este pueblo preguntándoles en la confesión si habían cometido algunos géneros de pecados que solían ser ordinarios entre ellos, respondían comúnmente que sí los habían cometido antes que tuviesen por curas a los padres santos, pero que después que ellos los doctrinaban, no habían cometido tales pecados. La excepción de estos buenos indios fue otro malo, el cual sin embargo de haber oído lo que su párroco reprendía las supersticiones, se determinó a de usar de una para invocar y consultar al demonio, y apenas había dado principio a la superstición, cuando sintió que le apretaron la garganta de suerte que se ahogaba, y con el tormento vía que se le acercaba el fin de la vida. En este conflicto se le vino a la memoria que había oído predicar, que en el trance de la muerte era muy útil la invocación del Santísimo nombre de Jesús. Invocó como pudo y al punto que el demonio lo oyó se fue huyendo y el indio supersticioso quedó salvo del peligro de ahogarse y tan escarmentado, que no reiteró más en la culpa de la superstición.

El abuelo santísimo de Jesús hizo un tan patente como público milagro en este pueblo con un buen indio. Llamábase Joaquín y hábale cabido este santo de su nombre en la repartición que solían hacer de los santos por patrón de todo el año, en cuyos días se había encomendado muy de veras a su tutela y patrocinio. Llegose la noche de la Natividad de Jesús y en ella se confesó el indio con intención de recibirle sacramentado; pero antes de llegarse a la mesa de comer se puso a oír una plática que hacía a los indios un predicador de los nuestros, y vio que por detrás de las espaldas de la silla salía un grandísimo resplandor, atrájole los ojos y llevole la curiosidad a mirar de quién nacía aquel bello resplandor. Vio un varón venerable que le dijo: ¿conócesme? Repondió el indio: no te conozco Señor. Entonces le dijo el Santo Varón: Yo soy Joaquín a quien te has encomendado todo este año y en premio de tus oraciones quiero sanarte ese ojo derecho que lo tienes turbio y ese pie que tienes cojo y lleno de llagas. Con ese ojo verás de aquí adelante bien, y con ese pie andarás derecho, arroja de la mano el bordón que traes en ella que ya no necesitarás de él. Dicho esto desapareció el santo y el buen Joaquín pareció sano repentinamente delante de cuatro padres de la Compañía y de innumerables indios que estaban oyendo la plática. En los

tiempos antecedentes un rato antes le habían visto andar de puntillas por el suelo con los dedos del pie llagados con un bordón en la mano, y luego le vieron arrojar el bordón en la tierra, asentar de llano el pie en el suelo y mirar las cosas sin impedimento ninguno en los ojos. Todos quedaron admirados del repentino suceso y Joaquín declaró a su padre espiritual por dónde le había venido el milagro.

### Capítulo XXXVIII

Vocación notable y perseverancia maravillosa del hermano Gaspar Navarro

De Zamora su patria vino a las Indias Gaspar Navarro con deseos de adquirir riquezas; adquirió alguna cantidad de oro en Antioquía, y para aumentarlo vino a hacer empleo a la ciudad de Santa Fe. Fuese al colegio de San Bartolomé a visitar dos colegiales de Antioquía, y sabiendo de ellos que pretendían entrarse en la Compañía, procuró disuadirles la entrada porque tenía tanto desafecto a nuestra religión que no quería ni aun pasar por la calle de nuestra vivienda, y si alguna vez le era forzoso el pasaje, iba cerrados los ojos y muy de prisa. Preguntoles el motivo que tenían para dar de mano a la hacienda que habían de heredar de sus padres y encerrarse en religión en lo florido de sus años. Respondieron que los ejercicios que habían tenido por espacio de ocho días según la enseñanza de San Ignacio los habían movido a despreciarlo todo. Burlose Gaspar de la respuesta y les dijo que esos eran embustes de los teatinos para engañar a los muchachos y meterlos en su religión. Ellos le respondieron que los ejercicios eran verdades manifiestas y le aconsejaron que pidiese a los padres que se los diesen y que vería cuán bien le iba en ellos. Hizo donaire del consejo diciendo que a él no le cogerían los teatinos; pero de ahí a algunos días viendo el buen ejemplo que le daban algunos colegiales entrando a tener los ejercicios los pidió y se los concedieron.

Hospedáronle en una celda en que estaba una imagen de pincel de nuestro padre, San Ignacio, y apenas la vio cuando se alteró sobremanera y se salió apresurado del aposento diciendo que le sacasen de allí aquel teatino, y aunque le procuraron quietas diciéndole que era San Ignacio no se sosegaba diciendo que se lo quitasen de allí porque si no se volvería a su casa. Oyendo esto uno de la Compañía ejercitó la virtud de la discreción sacando de allí la imagen y esperando por ventura que el caso tendría otro mejor fin. Con esto volvió a entrar Gaspar Navarro en el aposento donde caritativamente un hermano estudiante le sirvió la cena y le aderezó la cama. Apenas se había acostado en ella y apagado la luz cuando claramente vio entrar por el aposento una tropa de demonios con gran ruido y alboroto, pero él sin alborotarse se sentó con valor en la cama pensando que sería algún sueño; mas reconociendo que verdaderamente eran demonios comenzó a temblar y a dar voces pidiendo con instancias que le volviesen al aposento el cuadro de San Ignacio. Acudieron a las voces

del vecino; halláronle desfigurado y lleno del sudor que le había ocasionado el miedo el cual se le quitó al punto que le trajeron la imagen de San Ignacio porque apenas la vieron los demonios cuando huyeron más que de paso. Viendo esto Gaspar se hincó de rodillas delante de la imagen de su favorecedor y le ofreció con religioso voto su entrada en la Compañía. Empezó a hacer los santos ejercicios y sin embargo de que los demonios le daban baterías con tentaciones para que los dejase, perseveró constante y fue cobrando grandes desengaños de lo que es lo temporal y de lo que es lo eterno, y así dando de mano al empleo que ya tenía hecho con el dinero que había adquirido, pidió con grandes instancias que le diesen una pobre sotana de hermano coadjutor de la Compañía porque quería servir a Dios en ella todo lo restante de su vida. Así lo comenzó a hacer preciándose mucho del estado de hermano coadjutor y esmerándose en hacer con pronta obediencia cuantos oficios le mandaban los superiores. Sentía mucho esto el demonio y así le combatía con recias tentaciones para que dejase la religión y se volviese al siglo; pero nuestro hermano Gaspar como valeroso soldado (aunque bisoño) de la Compañía de Jesús se defendía dando puntual cuenta de todo a su padre espiritual y tomando las armas que éste le daba para defenderse y ofender al demonio.

En el día del serafín Francisco habiendo devotamente comulgado le acometió el demonio más fuertemente que otras veces con la ordinaria tentación de que dejase su religioso puesto como mal soldado; pero entonces dándole valor el Pan de los fuertes que había recibido en su pecho, triunfó de él con más fervoroso brío. Rompió una vena de su cuerpo y con la sangre que salió de ella escribió que con voto se obligaba a perseverar en la Compañía hasta la muerte, y que en caso que fuese despedido de ella hacía voto de pedir ser recibido por donado y que cuando aun esta dicha no alcanzase hacía voto de suplicar que le dejasen servir en ella como mozo y criado secular en la cocina hasta morir. Todo esto lo firmó de su nombre y lo escribió con su sangre.

Cuando se llegó el tiempo de atarse a la religión con los tres votos, no dándose el demonio por vencido le acometió con gran fortaleza; pero vencióla el buen novicio fijándose más en la religión con los votos y dándole el Víctor a Jesús su capitán. Mas como aun después de estas victorias no se cesase el enemigo con sus baterías, se fue el hermano Gaspar a pedir socorro un día al Santísimo Sacramento, y con fervorosas ansias le rogó que si no había de perseverar en su vocación viviendo, le quitase la vida. Concedióselo el Señor, pues se levantó de su presencia con un furioso tabardillo que al seteno día le quitó la vida que solamente fue de veinte y seis años y los concluyó en el del cincuenta y nueve a los veinte y tres de octubre.

### Capítulo XXXIX

Introducen dos misioneros la frecuente comunión en los pueblos de los indios

La divisa con que pintan a nuestra fe católica es un cáliz con una hostia que significa a Cristo Sacramentado. Pero a los pueblos del distrito de Santa Fe les faltaba esta divisa porque aunque veneraban la hostia consagrada tenían los curas una opinión práctica de que a los indios no se les había de dar la sagrada comunión, y así practicaban el negársela aun en el artículo de la muerte. Esta negación sintieron mucho los de la Compañía desde que entraron en este Nuevo Reino y fueron introduciendo la opinión contraria tratándola especulativamente en doctos escritos y enseñándola de palabra en cátedras y en púlpitos, y también practicándola en los colegios en que vivían y en los pueblos de indios que doctrinaban enseñando a los indios y haciéndolos capaces de la sagrada comunión y de hecho se la administraban experimentando grande provecho en sus almas. Sin embargo de la contradicción que hacía la Compañía, andaba muy válida la contraria opinión y no se les administraba la comunión a los indios, y era una negación de tan maligna naturaleza, que los destruía en lo espiritual. Por esto en una octava de Corpus en que todos los días se predicaba del Santísimo Sacramento, se valió del día que le cupo un gran predicador de la Compañía enderezando la proa de su sermón a la comunión que se debía dar a los indios; y habiéndolo probado con espíritu, y doctitud, se volvió con un apóstrofe al ilustrísimo señor arzobispo don fray Cristóbal de Torres, y haciéndole sabidor de que las ovejuelas pequeñas de los indios de su rebaño no comían el Pan sagrado, le rogó que como pastor espiritual los regalase cada año con el manjar de la Pascua Florida y le pidió que usando de la etimología de su nombre Cristóbal, que quiere decir Christífero, llevase el Viático a los indios y moribundos; y que para esto no era necesario que fuese en persona su señoría ilustrísima sino que lo mandase a los curas y doctrineros. La resulta de este sermón fue resolverse el señor arzobispo a que los padres Juan Baptista Coluchini y Josef Dadei fuesen misioneros por todos los pueblos de su arzobispado, y en ellos con su santo celo entablasen el uso frecuente de la sagrada comunión oponiéndose al abuso de no comulgar. Para esto sacó un auto lleno de doctitud y celo que despachó a todos los curas y doctrineros para que recibiesen en sus pueblos a los dichos padres, y a estos les dio una patente muy honorífica; y para que fuese igualmente provechosa les concedió todas sus veces para cuanto se ofreciese de dispensaciones y también les dio facultad para culminar censuras contra los que pusiesen estorbo al ejercicio de su misión. Salieron estos dos padres del colegio de Santa Fe y por espacio de algunos años andando por todos los pueblos de su comarca fueron los Christíferos que introdujeron la comunión del Cuerpo de Cristo para las medras espirituales de los pobres indios. No es pequeña gloria de estos dos jesuitas el haber principiado y el haber concluido felizmente esta gloriosísima empresa. En cada uno de los pueblos se detenían todo el tiempo que era necesario para la utilidad de sus vecinos. Hacían que se congregasen cada día en un puesto, enseñábanles la doctrina cristiana en su lengua, instruíanlos en el modo con que se habían de confesar y comulgar, y experimentábase que los indios poniéndose algún trabajo en su cultura eran capaces de recibir la Eucaristía. Los días que se detenían



los dos padres en cada pueblo parecían días de Semana Santa por la multitud que había de confesiones y comuniones. Curas hubo no pocos que a tiempo que daban la comunión a sus feligreses tenían los ojos hechos dos fuentes de lágrimas viendo que al presente practicaban lo que antes no habían hecho. En todos los lugares iban obrando apostólicamente ya bautizaban sub conditione cuando era necesaria, ya apartaban a los que estaban torpemente unidos con amistad pecaminosa, ya unían a otros con el santo matrimonio asistiéndoles como párrocos porque tenían esa facultad, ya dando dispensaciones en la petición del débito y en otras cosas.

## Capítulo XL

Aprueba un cura la entrada de los padres, otro la reprobación y el demonio contradice la comunión

Muy bien pareció a los hombres de buen juicio y mucho agradó a las personas de buena voluntad la misión que hacían el padre Juan Baptista Coluchini y el padre Josef Dadei. Aunque pudiera hacer la prueba de esto con algunos escritos, solamente haré mención de un papel que les escribió desde su doctrina de Cáqueza un venerable religioso del orden del glorioso padre San Agustín que se llamaba fray Gaspar de Párraga, y dice así: «Reverendos padres de mi alma: Gozosísimo estoy de que vuestras paternidades se ocupen en una cosa tan esencial y de tanta gloria del común Señor y de tanto útil y consuelo de las almas. El que yo tengo en la mía no lo sé explicar con palabras ningunas; solamente les ofrezco mi casa y mi voluntad en retorno de tan noble ocupación reconociendo la merced que me hacen en llegar a mi pueblo donde todos esperan su santa y loable doctrina. El Señor acompañe a vuestras paternidades y los traiga con bien. De Cáqueza. Fray Gaspar de Párraga». Muy agradecidos los dos padres de la Compañía a los santos renglones de este religiosísimo padre de San Agustín, llegaron a su pueblo donde los recibió y trató su amoroso corazón con muchas demostraciones de ardiente caridad. Allí confesaron a setecientos feligreses suyos y dieron la comunión a quinientos. Esto causó a su cura gran regocijo y creció éste viendo que los indios que en otras partes no habían comulgado se venían deslizando de los montes como venados a beber las aguas de doctrina tan saludable.

No todo había de ser aprobación; también en los dos misioneros como en tan grandes siervos de Dios había de haber su prueba y su mortificación como la hubo en un billete que escribió un clérigo doctrinero del pueblo de Une, diciendo que aquél no era tiempo oportuno para que los padres entrasen en el pueblo porque los indios estaban ocupados en llevar a la ciudad de Santa Fe dos mil caballos de leña. Que los padres no eran necesarios para que los indios cumplieren con el precepto de comulgar porque él sabía la lengua y sabía ayudarles, y que si los padres iban a espaciarse y regalarse, los recibiría como discípulo suyo. ¡Oh qué

agradecido varón! No contento con estas palabras escritas se partió a Santa Fe a hablar con el señor arzobispo y negociar que no entrasen en su pueblo; pero no salió con la suya porque no se le otorgó la petición. Entraron los padres y en los días que allí trabajaron reconoció el doctrinero que había sido engaño del demonio el no haberlos querido admitir, pues no habiendo visto antes más que tres o cuatro indios que comulgaban, vio después que comulgaron todos los indios y las indias todas de su pueblo.

Porque este Divino Pan es de los ángeles predestinados y no es prescitos, no gustaron de él los demonios ni les supieron bien las comuniones en el paladar de los indios y por eso movieron las lenguas de algunos de un pueblo llamado Usme para que diesen matraca y vaya a los que comulgaban llamándolos santones y santonas, haciendo burla y escarnio de ellos. Llegó esto a noticia del apostólico padre Josef Dadei, el cura predicó con tanto espíritu contra los mofadores de los que comulgaban, que se mudaron del todo y trataron de tomar su buen ejemplo y se previnieron para la comunión no sólo con la confesión sacramental sino también con el ayuno del día antecedente y protestaron que en adelante habían de frecuentar la sagrada comunión. Voló la fama de este ejemplo por las chozas circunvecinas, y saliendo de sus casas y de sus camas más de cincuenta enfermos se fueron a confesar y a comulgar a la iglesia.

## Capítulo XLI

Fundación del noviciado de Nuestra Señora de Monserrate en el Barrio de las Nieves de Santa Fe

Desde que la Compañía asentó el pie de su habitación en la nobilísima ciudad de Tunja (como lo veremos en su lugar) tuvo en ella esta provincia su casa de probación y su colegio de noviciado, pero a muchos cuerdos les parecía que era mejor que lo hiciesen en Santa Fe como en la ciudad más principal del Reino, siguiendo el ejemplar de las demás provincias de la Compañía que tienen sus noviciados en las más principales ciudades. Para este efecto movió la primera causa el corazón del bachiller Bernardino de Rojas, clérigo presbítero, natural de esta misma ciudad, a que con su hacienda fundase el noviciado. Por lo secular dio gustoso su despacho el señor don Dionisio Pérez Manrique; Marqués de Santiago, caballero del orden del mismo Santo y presidente deste Nuevo Reino de Granada. Por lo eclesiástico dio no menos gustoso su despacho el doctor don Lucas Fernández de Piedrahíta, chantre entonces de la iglesia, catedral de Santa Fe y Provisor general de todo el arzobispado en sede vacante y ahora meritísimo obispo de Panamá.

Para la fundación deste noviciado ofreció liberal su propia casa (justo es agradecerlos lo publiquemos) el dicho ilustrísimo señor don Lucas Fernández de Piedrahíta; la misma liberalidad para el mismo efecto

ejercitó dando su casa el doctor don Antonio de Verganzo y Gamboa, que después murió religioso de la Compañía; pero como ésta deseaba estar muy a la puerta y muy a la mano para acudir a los ministerios de los prójimos, estimó sus ofertas pero no admitió las unas ni las otras casas por no estar en sitios tan al propósito para acudir a sus apostólicos ministerios. Tomose la posesión del sitio en la calle principal del Barrio de las Nieves que es mayor que muchas ciudades de este Reino. El día fue muy devoto, pues fue sábado en que se contaban veinte y seis de mayo de mil y seiscientos y cincuenta y siete. En la posesión que tomó la Compañía se vieron poseídos del gozo todos los vecinos de la parroquia de las Nieves y lo mostraban encendiendo luminarias en la noche y quemando ruedas de pólvora por las calles. Iban desalados a dar las gracias y los parabienes al primer señalado rector del noviciado que fue el padre Josef de Urbina, varón muy religioso en la vida y muy docto en las cátedras de artes y teología, que leyó en la Academia de esta ciudad de Santa Fe. Entre estas funciones sobresalió don Jacinto Solanilla, cura muy ejemplar de la parroquia de las Nieves, saliendo de su iglesia con todos los estandartes de sus cofradías a dar la bienvenida, el parabién y las gracias a los de la Compañía que estaban en el nuevo noviciado. Derribando algunas paredes que en lo interior de la casa dividían algunos cuartos y piezas que confinaban con la calle, se formó de prestado una pequeña iglesia. En ella se colocó con la mayor brevedad que se pudo el Santísimo Sacramento con la solemnidad de misa cantada y de músicos instrumentos. Empezose desde entonces y se ha continuado hasta ahora la frecuencia de los sacramentos de la confesión y comunión. No es de callar lo que entonces edificó mucho, y fue que saliendo de su palacio el señor Marqués de Santiago se vino a la nueva iglesia y queriendo comulgar (que lo solía hacer con frecuencia) no se puso en el lugar de presidente sino que comulgó entremetiéndose entre los otros del pueblo que comulgaban. Colocose también en esta iglesia una muy grande y bella imagen de escultura de Nuestra Señora de Monserrate que a su costa mandó hacer la devoción del fundador del noviciado el bachiller Bernardino de Rojas. A su devoto afecto se le debe el nombre de Nuestra Señora de Monserrate que se impuso a esta casa de probación, y a mi ver no fue acaso ni sin misterio porque como el templo de Nuestra Señora de Monserrate fue como el noviciado de nuestro padre San Ignacio, quiso Dios que los que habían de entrar aquí para hijos suyos tuviesen su noviciado en casa, que tuviese el nombre esclarecido de Nuestra Señora de Monserrate. Después de algún tiempo en la esquina de la calle principal donde estaba fundado el noviciado se abrieron cimientos para la nueva iglesia que había de conservarse en los siglos futuros. El padre provincial Gaspar de Cugía bendijo con las ceremonias eclesiásticas el sitio y puso la primera piedra del edificio a vista y concurso de todo lo noble y plebeyo de la ciudad que a ejemplo suyo echaron piedras y tierra en los cimientos, y hubo también algunos que en ellos arrojaron devotamente algunos dineros de todas monedas. Poco a poco, porque no se podía mucho a mucho se fue fabricando el edificio de la iglesia. Para convocar a ella la gente se fundió una campana de once arrobas y media de metal, y para que fuese más estimable se puso en él la imagen de Nuestra Señora de Monserrate y la consagró con eclesiásticas ceremonias el ilustrísimo señor don fray Juan

de Arguinao, arzobispo de este Nuevo Reino de Granada, religioso de Santo Domingo y padre muy amante de la Compañía de Jesús. Estando ya acabada la iglesia se celebró su dedicación en veinte y tres de agosto de mil seiscientos y setenta y uno. La celebridad fue grandiosa porque dijo la misa de pontifical el ilustrísimo señor don Juan de Arguinao. Asistió a ella el ilustrísimo señor don Melchor de Liñán y Cisneros, entonces presidente desta Real Audiencia de Santa Fe. Asistió también todo lo eclesiástico del clero y religiones y todo lo secular de alcaldes, regidores y la de más nobleza de Santa Fe.

Corriendo velozmente algunos años consiguió la Compañía en este Monserrate lo que no alcanzó San Pedro en el Monte Tabor. Hizo tres tabernáculos; en el mayor además de haber colocado la misma persona de Jesús Sacramentado: tibi vnum, puso la bellísima imagen de Nuestra Señora de Monserrate y también la efigie de nuestro padre San Ignacio, de bulto y de más a más cuatro lienzos de casos que le sucedieron en Monserrate y en Manresa. En el tabernáculo colateral de la mano derecha puso a un nuevo Moisés, caudillo y general de la Compañía de Jesús, cual fue San Francisco de Borja. Su tan devoto como penitente retrato de escultura tiene en una mano la calavera de la emperatriz; en la otra mano tiene un libro en señal de que fue de los escritores de nuestra sagrada religión. Al pie se lo pudo poner el globo de la tierra en demostración de que la pisó y despreció por Jesús, pero púsosele sobre el libro en la mano con esta inscripción: terra tremuit et quievit, porque es patrón contra los temblores que en esta tierra suelen estremecer los corazones, y a los temblores los reprime con la mano que tiene con el Rey del cielo como tan privado suyo. En el tabernáculo colateral de la mano izquierda se coloca un nuevo Elías celador de la salvación, no sólo de uno, sino de muchos mundos cual fue San Francisco Javier, apóstol del Oriente. Está en su trono vestido de peregrino y a la verdad es peregrina la belleza de su imagen y muy ordinaria la devoción que causa en los que la miran. Tiene también esta iglesia de Monserrate en uno de los altares colaterales un pesebre que con puertas de hermosa escultura está cerrado todo el año, y en llegándose en tiempo, regocijado de la Navidad, se abren y se celebra el nacimiento, del Niño Jesús por toda la octava para que favorezca y ampare a los que por nuevos en la religión de su Compañía son niños en la virtud.

Esta casa de noviciado ha sido de utilidad no sólo a los novicios y a los padres de tercera probación cuando los ha tenido, sino que también ha sido de provecho siempre a los que en este barrio de las Nieves nacen, a los que en él viven y a los que enferman y mueren. A los que nacen, porque tiene una carta toda la letra de nuestro padre San Ignacio escrita a San Francisco de Borja y acudiendo con ella las mujeres que están de parto, obra nuestro Santo padre las maravillas que suele. A los que viven, porque los operarios miran por su bien ya predicándoles la palabra divina, ya administrándoles los sacramentos de la confesión y comunión; a los que enferman y mueren, porque a todas las horas del día y de la noche en llamándolos acuden fervorosos y puntuales a confesarlos y a ayudarles a bien morir.

## Capítulo XLII

Envía el General de Predicadores una imagen de Santo Domingo a este noviciado de Santa Fe

No permite olvidos nuestro agradecimiento y por eso pretende y para perpetua memoria se stampa en este libro un beneficio que hizo a este noviciado el reverendísimo padre general de predicadores fray Juan Baptista de Marín. El caso fue que estando en Roma el padre Alonso Pantoja ejerciendo el oficio de procurador general desta provincia del Nuevo Reino de Granada le hizo su paternidad reverendísima un inestimable envío con una carta que se guarda original como cosa preciosa en este noviciado, la cual fielmente trasladada es del tenor siguiente:

Muy reverendo padre nuestro: Con ésta remito a vuestra paternidad muy reverenda dos retratos de la santa imagen de nuestro padre Santo Domingo en Soriano, el uno de cuerpo entero y de medio cuerpo el otro, ambos tocados a su original y hechos en el mismo Soriano. Con esto lleva vuestra paternidad muy reverenda la joya de mi mayor estimación y la haré muy grande de que la ponga en la iglesia del noviciado de Santa Fe de la Compañía de Jesús, o en otro cualquiera de los colegios suyos, porque en ninguna parte podrá tener más veneración por la que yo tengo de su santo instituto. Guarde Nuestro Señor a vuestra paternidad muy reverenda y le dé tan próspero viaje como yo deseo. De este convento de la Minerva hoy 5 de septiembre de 1661. Muy reverendo padre nuestro. Beso la mano de vuestra paternidad muy reverenda su muy devoto y obligado siervo. Fray Juan Baptista de Marín, Maestro General de la Orden de Predicadores.

Tuvo acierto no pequeño este gran prelado en juzgar que la imagen del ilustrísimo patriarca Santo Domingo tendría la debida veneración en iglesia de la Compañía de Jesús, porque si los santos de la Compañía que hay bienaventurados en el cielo, se van (como lo vio en revelación la viuda virgen doña Marina de Escobar) tras el glorioso patriarca Santo Domingo, claro está que los de la Compañía que viven militando en la tierra se habrían de ir con devoto afecto tras el retrato de la imagen que del cielo bajó a Soriano. Así fue que los de la Compañía que vivían en el noviciado recibieron con estima y veneración el retrato de cuerpo entero. Y si el reverendísimo padre general lo envió como joya preciosa, ellos como a tal joya le engastaron en un altar particular de la iglesia y después de algún tiempo le hicieron tabernáculo en cuyos nichos no hay más que imágenes de santas vírgenes con que todo el retablo huele a azucenas de virginidad; si bien a los dos lados de Santo Domingo purísimo virgen hay dos rosas, la una de Lima y de Viterbo la otra.

## Capítulo XLIII

### El demonio se llevó una cosa que ofrecieron al demonio

Atrevido el demonio se entró en el cuerpo de una mujer de Santa Fe para disformarlo con sus malos tratamientos. De ellos avisaron a un sacerdote de nuestra Compañía, el cual compadecido fue a expelerlo. Antes que el padre llegase a la casa empezó a vocear el demonio diciendo: «Ya sé que viene el padre nuestro nombrándolo por su nombre propio antes que llegase a la casa sin que persona ninguna pudiese saber ni haber dicho quién iba». Llegó el padre, y como soldado de Jesús comenzó a dar batería con los exorcismos a aquel espíritu maligno de la infernal escuadra, el cual se hizo fuerte y no salía. Sucedióle lo mismo al segundo día; pero al tercero día se dio por vencido y prometió que saldría en el día siguiente. Condescendió el exorcista y yendo al día siguiente le mandó que cumpliera su palabra saliendo de aquel cuerpo y que le diese señal de haber salido. Respondió el demonio que para buscarla le diese tiempo. Luego se quedó la mujer como amortecida por espacio de un credo, y volviendo en sí sacó del seno un pañuelo de lienzo delgado de la China que nunca allí se había visto y este lo dio por señal. Apremióle el padre al demonio para que dijese de dónde lo había traído. Respondió que había ido a Quito (que dista doscientas leguas de Santa Fe según dicen algunos) y que allí había escondido aquel pañuelo que era de un escribiente de un oficio de un escribano que nombró por su propio nombre. Añadió que el escribiente anduvo buscando su pañuelo y como no lo hallaba dijo impaciente: el diablo te lleve, y que entonces lo tomó por suyo y lo trajo a Santa Fe. Dicho esto se fue el demonio y quedó libre la mujer. El sobredicho pañuelo lo llevó un padre muy grave de los nuestros a la ciudad de Quito, y en ella preguntando por las personas que el demonio había nombrado, averiguó el caso y halló que el padre de la mentira había dicho la pura verdad.

Conclusión de este libro primero y exordio a las vidas de algunos sujetos insignes que florecieron en el Colegio de Santa Fe

Comentando nuestro insigne Cornelio a Lápide el capítulo cuarenta y cuatro del Eclesiástico Jesús Sirac, que comienza: «Laudemus viros gloriosos, et parentes nostros in generatione sua», dice que esta es la conclusión del libro: «est conclusio libri». Y yo le replico así: ¿Conclusión del libro no es cuando se pone punto en el último período del capítulo postrero del libro que se escribe? Sí. Luego si el Eclesiástico no acaba su libro en el capítulo cuarenta y cuatro, sino que prosigue a otros muchos capítulos, conclúyese con claridad que su capítulo cuarenta y cuatro no es la conclusión del libro. A esta objeción responde implícita y doctamente el eruditísimo padre Cornelio, diciendo: «Est conclusio libri qua a laude

operum Dei transit ad laudem heroum Dei: quia hi inter opera eius iminent et excellunt». Es conclusión del libro y no es conclusión. Es conclusión porque allí acaba de alabar las obras de Dios. No es conclusión del libro el capítulo cuarenta y cuatro porque desde él comienza a ser panegirista de los varones insignes y héroes ilustres de Dios. Esto mismo digo yo de este primer libro: Est conclusio libri. Es el fin del libro y no es el fin del libro. Es el fin del libro, porque en el capítulo antecedente se acabó la historia del Colegio de Santa Fe. No es el fin del libro porque éste va prosiguiendo con las vidas de algunos varones ilustres dignos de muchos elogios que han florecido en el Colegio de Santa Fe. Escribo gustoso sus vidas porque si un hombre insigne de un linaje basta para ennoblecerlo y engrandecerlo, está claro que muchos hombres insignes que ha tenido el Colegio de Santa Fe lo ilustran y lo ennoblecen, no sólo suficiente sino superabundantemente. Esta conclusión y este exordio no solamente es a propósito para este libro del Colegio de Santa Fe, sino también para los libros de los otros colegios de esta provincia, porque en cada uno habiendo rematado con el último capítulo de la historia, prosigo el libro con algunas vidas de religiosos señalados en virtud y se quedan muchos en blanco por haber faltado escritores de sus vidas heroicas. Con las que escribo en esta historia pretendo que cada uno de los religiosos de la Compañía hermanos míos y tan amados como hermanos míos, se resuelva a tener la determinación que tuvo el Santo Job. ¿Cuál fue su determinación? Ya la explico en el capítulo veinte y nueve: In nidulo meo moriar, et sicut palma multiplicabo dies. Todos son propósitos que hace para lo futuro: moriar multiplicabo. Acerca de estos propósitos pregunto lo primero. ¿Morir dentro del nido o morir fuera del nido no es todo morir? Sí. Pues ¿por qué hace propósitos de perseverar hasta morir dentro del nido? Dicebamque in nidulo meo moriar. Porque ese nido es símbolo de la religión (dice San Bernardo) y en la religión muere uno con más probabilidad de salvarse. Confirmo esto con otra pregunta y otra respuesta. ¿No había de morir Job en su casa? Sí. Pues ¿por qué la llama nido y no casa? Porque el nido es propria habitación de aves y así proponer que morirá como ave en su nido, es decir, que desde su nido volará como ave ligera al cielo: de celta ad coelum, según dice más melífluo que nunca San Bernardo. Los demás animales con su peso natural se van hacia lo bajo, pero las aves con sus alas vuelan a lo alto; así los religiosos de la Compañía, si mueren como brutos fuera del nido, se van con el peso de sus pecados al infierno; pero si mueren perseverantes como aves en el nido de su religión, vuelan al cielo. Y así es bien hacer propósitos firmísimos de morir en el nido de la religión de la Compañía: in nidulo meo moriar.

También cada uno de nosotros ha de tener propósitos de vivir en la Compañía como unos santos imitando a los varones ilustres de ella; diga cada uno con Job: in nidulo meo moriar et sicut palma multiplicabo dies. Moriré en mi nido y multiplicaré mis días. ¿Morir no es acabar los días de la vida? Sí. Luego lo que habría de decir era: moriré y acabaranse mis días. Luego no había de decir, moriré y multiplicaré mis días. Ea, que muy bien dice Job porque vivió tan justo que dejó vida y muy buena aun para después de su muerte, y así después que murió se escribió su vida con letras sagradas. Esto es lo que hicieron los varones santos. Veamos esta

historia de esta provincia y leeremos muchas vidas de padres y hermanos. ¿Qué es aquesto, no murieron ya todos ellos? Sí. Pues ¿cómo después de sus muertes tienen vidas? Es el caso que vivieron tan justamente que multiplicaron sus días aun para después de muertos, y así dejaron vidas para después de sus muertes mereciendo que se escribiesen. Imitémosles cuidadosos los que vivimos en la Compañía y mereceremos que después de muertos se escriban nuestras vidas, y como lo merezcamos más que nunca se escriban como les ha sucedido a muchos de la Compañía; pero no por eso han dejado de multiplicar los días de vida, pues eternamente vivirán en el cielo.

En este libro tratando de escribir las vidas de algunos sujetos del Colegio de Santa Fe, me ha cabido la dicha de imitar a San Lucas, porque este Evangelista sagrado comienza el primer capítulo de su historia evangélica con el nacimiento del Precursor de Cristo San Juan Baptista, hombre santísimo que fue enviado de Dios al mundo para que diese testimonio de la divina luz; y yo empiezo a escribir algunas vidas comenzando por la del padre Juan Baptista Coluchini, que fue uno de los varones que por medio del general de la Compañía de Jesús envió Dios a este nuevo mundo para que alumbrase su luz en las tinieblas de la gentilidad que entonces había en muchos indios en todo este Nuevo Reino de Granada.

#### Vida del padre Juan Baptista Coluchini

El padre Juan Baptista Coluchini no sólo fue arquitecto que fabricó nuestra iglesia de Santa Fe en el Nuevo Reino de Granada, sino también fue una de las piedras fundamentales del edificio espiritual de su Colegio, como se verá en esta relación de su vida, si bien no será muy dilatada, así porque calló mucho su humildad como porque han fallecido los más que fueron testigos de sus virtuosas acciones.

Fue el padre Juan Baptista Coluchini de nación italiano, nacido en la ciudad de Luca y acabados loablemente sus estudios y ordenado de sacerdote a fuerza de desengaños dejó la licencia secular y entró en la Compañía. Nada podemos decir de sus fervores de novicio porque lo ignoramos todo; pero bien zanjó los cimientos quien tan gloriosamente acabó el edificio. No le permitió su fervoroso espíritu el permanecer en su patria, antes, quien siendo ya hombre renunció el mundo a pocos años de religioso, por perder aun las memorias de los suyos pasó el año de 1603 a Indias, enviado de nuestro padre general Claudio Aquaviva como sujeto a propósito para la fundación del Colegio de Santa Fe; que los principios de cualquiera casa quieren fervores primitivos, y para la aceptación de los pueblos son necesarios sujetos de aprobada virtud. Como primitivo padre vivió siempre en 38 años de Indias sin que jamás ni se entibiasen sus fervores ni los años le hiciesen descaecer de sus juveniles trabajos. Fueron notables las ansias con que aprendió la lengua de los indios de este Reino por aprovechar sus almas, ministerio a que decía haber venido de Europa, y así puso más cuidado en la lengua chibcha (que así se llama la universal de este reino) que la castellana, apreciando más el bien de



las almas de los indios, que la comunicación política con los españoles. Logrósele también este trabajo que entre muchos que la aprendieron juntos, fue el padre Juan Baptista el primero que la predicó y confesó en ella, siendo verdad que parecía imposible que juntamente pudiese acudir a cosas tan diferentes como eran la fábrica de la casa, púlpito y confesonario; pero un fervoroso operario en nada se embaraza y para todo halla tiempo. El celo de las almas que se conoció en el padre movió a los superiores a ponerlo en la doctrina de Caxicá que fue la primera que tuvieron los de la Compañía en este Reino. Allí como superior que fue de ocho de los nuestros (que asistían como en seminario de la lengua índica) sin tener quien le fuese a la mano en su fervor dio aún más indicios de su espíritu. Afervorizaba a los padres el gozo con que trabajaba en utilidad de los naturales; facilitábales el aprender la lengua diciendo que él la había conseguido siendo más insuficiente que todos. Acudía a los padres que tenía por súbditos con tanto cuidado, que muchas veces y aun de ordinario pudiendo llamar indios que asistiesen en la cocina, lo excusaba y se iba a hacer oficio de cocinero; y en muchas ocasiones personalmente amasaba el pan para sus compañeros con tan caritativa humildad, que ponía escuelas a su fervor. ¿Y quién no lo tendría a vista del ejemplo de un tan caritativo, tan humilde y tan fervoroso superior? A los indios les procuraba ganar la voluntad para que se confesasen y oyesen la divina palabra llevándoles a sus casas algunos regalos, y así en muchos consiguió el fruto espiritual que deseaba, y en todos por su medio alcanzó la Compañía el nombre de religión apostólica. Dejada esta doctrina de Caxicá tuvo la Compañía la de Fontibón donde asimismo fue el padre Juan Baptista el primero superior, y con la mano de serlo siendo la habitación muy desacomodada, les dio a sus compañeros lo mejor escogiendo lo peor para sí. Aquí fue el primero por quien aquellos indios (que antes que entrase la Compañía a su cultura eran tenidos por los peores deste Reino) parece conocieron a Dios y se sujetaron a su santa ley, porque el padre los enderezó al divino servicio, ya con halagos, ya con rigores paternales según le dictaba la prudencia. En una ocasión le sucedió el exponerse a un motín universal por atender a la honra de Dios y al provecho de los indios. Había un cacique a quien por natural y antiguo señor obedecían los otros y aun imitaban sus costumbres que eran muy contrarias a la religión cristiana. Encerroló en su aposento donde hablándole como padre le afeó sus acciones, le reprendió sus malos ejemplos, de suerte que siendo un cacique soberbio le movió a penitencia y se humilló a llevar por mano ajena una rigurosa disciplina.

Con la buena aceptación que los nuestros ganaron a sus principios en la ciudad de Santa Fe (de que tuvo gran parte el padre Juan Baptista Coluchini) se juzgó que ya se podía tratar de fábrica de iglesia más capaz para nuestros ministerios. Trajéronle de la doctrina al Colegio para que diese su traza. Diola haciendo en dibujo la planta de la iglesia, y viéndola con atención hubo contrarios pareceres porque algunos juzgaron que siendo tan grande la pobreza del Colegio era imposible fabricar iglesia tan grande, pero nuestro buen arquitecto persistió en su traza fiada en la liberalidad de Dios, y a la verdad acertó, pues al cabo de muchos años le puso la última mano al cuerpo de la iglesia que es absolutamente el mejor que hay en este Reino. Aquí quién dudará que el

padre Juan Baptista está recibiendo en el cielo el premio del culto que se da a Dios en este templo. De las confesiones que en él se oyen, de las comuniones que se frecuentan y de los sermones que se predicán en él porque a todo esto miraba su religiosa arquitectura.

Después de algunos años que asistió a la fábrica, le ocuparon los superiores en la doctrina de Duitama y después en el oficio de procurador en el Colegio de Santa Fe. A la doctrina sirvió con el celo que a las dos primeras. En el oficio de procurador dio a conocer su virtuoso talento, pues ni las ocupaciones exteriores ni las atenciones al dinero y haciendas le divirtieron ni le desahogaron el alma que a no estar tan asida de Dios, fácilmente se distrajera. Para sus hermanos buscaba las comodidades, pero para sí siempre lo peor, así en casa como en los caminos y estancias. Ni esta ocupación le resfrió para que no atendiese al provecho de las almas. Cuando venía del campo, su descanso era el confesonario; cuando iba al campo habiendo tratado con los mayordomos de lo temporal y con los indios, luego trataba del bien de sus almas, exhortándolos al único negocio de su salvación y atrayéndolos a la confesión sacramental.

Conocidos más sus aciertos en lo que emprendía, le pusieron los superiores por superior en Honda con atención a las doctrinas de Santa Ana y Purnio, donde en su tiempo se vieron tantos aumentos que la residencia de Honda, se hizo Colegio y el padre Juan Baptista su primero rector, y sus súbditos se hallaban muy obligados a obedecerle y a no excusarse a ninguna observancia, así por el buen modo con que les mandaba, como por lo bien que en lo temporal les acudía. El Colegio de Santa Fe experimentó la piedad del padre, pues sin hacer falta a su casa ni a los pobres de aquel puerto, le hizo muchas limosnas y no por eso blasonó jamás de bienhechor, porque siempre fue muy humilde.

El año de 27 se partió al Colegio de Santa Fe llamado del padre provincial Luis de Santillán y por su orden prosiguió la fábrica de la iglesia que años antes se había comenzado. Tomó el padre a su cargo siendo ya casi de sesenta años, con tanto brío como si no los tuviera. Él cuidaba de las herramientas de la obra, él las recogía, él guardaba las mantas de los indios, él les daba personalmente de almorzar y de comer, y sin reparos de su autoridad y canas llevaba como humilde a haldadas el pan de los obreros y no pocas veces las mantas de los indios. Así edificaba a los que le miraban y también edificaba con sus propias manos poniéndolas unas veces en la obra de las paredes y otras veces dirigiendo y enseñando lo que habían de hacer.

No faltaba por esta ocupación del confesonario ni de los otros ministerios porque para ellos tenía situados los días de fiesta que eran los de su asueto. Con este proceder edificativo y celoso del bien de las almas, llegó a ganar de modo los ánimos de los vecinos, que muchos de ellos continuaron el dar por largos tiempos limosnas para la obra con que el colegio excusó grande gasto y consiguió el gozar la hermosa y capaz iglesia que en aquel Colegio tenemos.

Aun en esta vida quiso Nuestro Señor remunerar en alguna manera la humildad del padre Juan Baptista, pues cuando más fuera esta de su pensamiento, el ofrecérsele que merecía tener alguna dignidad en la Compañía, le levantó a la de rector del Colegio de Santa Fe; pero este

oficio no le inmutó cosa alguna; quedose como el que era de antes acudiendo a la obra con el mismo estilo de guardar las herramientas, cargar el pan por sí mismo para los obreros y llevar las mantas de los indios. Tenían los súbditos en él un padre amoroso que jamás los desvió de sí por más ahogado que se hallase con otras ocupaciones, juzgando por su principal ocupación el acudir al consuelo de sus religiosos. Estaba persuadido como tan espiritual y discreto que el ser Superior no es principalmente juez y procurador de temporalidades, sino que principalmente debía ser pastor de sus almas encaminándolas a Dios. A los que le comunicaban sus penas los aliviaba, procurábales las comodidades que sufre el estado religioso, cuidaba de que no se cometiesen faltas, y si acaso se cometía alguna la procuraba remediar con amorosa y paternal corrección.

Al mismo tiempo en que fue rector de Santa Fe la acometió una furiosa peste y en las miserias de ella se experimentó grandemente la misericordia del padre Juan Baptista. Acudía a las cárceles y hospital llevando lo que podía a los enfermos. Repartió por los barrios de la ciudad algunos padres para que fuesen a confesar los enfermos, y les daba alguna cosa de regalo para que la repartiesen entre los pobres que morían de hambre. Hizo diligencias para que la necesidad de los pobres se remediase. Eran entonces las demandas que ocurrían a la portería más frecuentes que nunca, y ordenó que ninguna persona se volviese sin socorro, diciéndoles a los porteros que no negasen cosa ninguna a Dios (que así llamaba a los pobres) conque su Majestad remunerando su misericordia abasteció a nuestro Colegio en tiempo de tanta necesidad y de tantos enfermos, no sólo con lo necesario sino aun con el regalo que en las casas más ricas no se conseguía.

Es constante fama que un solo padre Juan Baptista en el tiempo de la peste trabajaba por tres sujetos porque uno pedía las ocupaciones del gobierno, otro la atención a la fábrica que ni aun en tan calamitoso tiempo quiso que cesase -por ordenarse al culto divino. Otro pedía los ministerios frecuentes y a todo acudía el padre como si no fuera uno sino tres y muchos más. A las confesiones acudía con más presteza que el más mozo y más ferviente operario. Apartó a muchos del mal estado en que vivían. Llevole Dios a enfermos que luego al punto que los acababa de confesar perdían el juicio. No contenta su caridad con ayudar a las almas socorría también a los cuerpos, y al salir de casa se cargaba a sí mismo y a su compañero de pan, azúcar y otras cosas para repartir a los necesitados. Quiso Nuestro Señor en este tiempo probar su tolerancia y paciencia haciendo que dos arcos que tenía acabados y una torre sobre ellos se viniesen al suelo. ¡Cosa notable! Que en este fracaso ni aun en el rostro manifestó algún desconsuelo, lo cual fue manifiesto indicio de la unión que tenía con Dios. Y también se vio la paz que tenía con los hombres, pues sabiendo que algunos atribuían a desacierto suyo en la arquitectura la ruina de los arcos y le culpaban por ella, no les mostró nunca mal rostro porque tenía buen corazón. Volvió constante a edificar la ruina, previniendo el inconveniente de donde provino el primer daño, sin que este fuese causa para que desistiese de lo comenzado. En fin, el padre Juan Baptista fue hombre a quien no le alborotaron las pesadumbres ni perturbaron los sucesos contrarios ni las fortunas diversas le mudaron.

Acabado el oficio de su rectorado y puesto en el de súbdito, se conservó en la misma humildad que siempre había profesado. Jamás se le oyó alegar trabajos por méritos ni canas para excepciones ni autoridad para librarse de las más abatidas ocupaciones, ni años, ni canas, ni cansancio para jubilarse de las cosas más trabajosas. ¡Oh! Con qué afecto acudía a cualquiera parte que le llamasen, así para dar su parecer en la arquitectura como para el consuelo del más pobre. ¡Oh! Con qué constancia asistía a las confesiones, siendo siempre el primero que salía a confesar y el último que se desviaba del confesonario. ¡Oh! ¡Con qué deseo de aliviar a otros como si él no fuera el más necesitado de alivio! ¡Solía decir la última misa y se la señalaba a sí mismo!

Siendo de casi setenta años emprendió una misión a los pueblos de los indios deste reino. Emprendiela llevado de su espíritu que el estar en casa (aunque siempre bien atareado tenía por ocio). Satisfechos los superiores de su santo celo le dieron patente para la misión, y demás desta le dio otra el ilustrísimo señor don fray Cristóbal de Torres, arzobispo de Santa Fe, cometiéndole la misma autoridad para todos los casos ocurrentes; sucedieronle en estas misiones cosas prodigiosas y dignas de admiración, especialmente raras conversiones de malas vidas en buenas. Hiciéronse por su mano y persuasión muchos casamientos de personas que vivían en mal estado y moralmente se continuaran en él si Dios no les hubiera enviado a sus remotas tierras un tan celoso misionero. Iba de unos pueblos a otros llevando siempre a mano muchos panes y cuartillos (menor moneda deste Reino) que repartía piadoso entre los indios por ganarles la voluntad para Dios y darles a entender que discurría por sus pueblos, no para pedirles (como nuestros contrarios calumnian) sino para darles el pasto de cuerpo y alma. Llegaba la voz de sus obras de unos a otros pueblos y unos le esperaban en ellos y otros anticipándose a buscarle le salían a los caminos.

Milagro parece que por medio del padre Juan Baptista en estas misiones se confesaron generalmente más de catorce mil personas: pero más milagroso es que no habiendo el padre estudiado más que una lengua de los indios, confesase a los que hablaban diferentes lenguas. Admiraron mucho algunos que saben el lenguaje de los indios, cómo podía el padre confesar en tan distantes partes y tan diversos pueblos donde por atender el más general idioma a solas ocho o nueve leguas, no saben los unos hablar en la lengua de los otros. Llegó a tanto la admiración de algunos que pasando a escrúpulo furioso le preguntaron al padre cómo podía confesar en lengua no común y entender a tan distantes bárbaros. A que con llaneza y simplicidad respondió que los entendía claramente porque le parecía que le hablaban en la lengua toscana, que era la suya natural. Ni era maravilla que Dios diese algún atributo gracioso de apóstol al que en las misiones procuró imitarlos. Dispuso con su enseñanza, industria y celo que los indios comulgasen, oponiéndose al abuso que algunos habían introducido de que los indios no eran capaces de comulgar. No contento con solicitar en esta materia el parecer de hombres doctos, trabajó acertadamente el caso con muchas razones que convenciesen a los curas que era no lícito sino obligatorio el comulgar los indios capaces, no sólo para cumplir el precepto divino en el artículo de la muerte, sino también el eclesiástico de comulgar cada año.

Después de haber trabajado en sus misiones como un apóstol, volvió al Colegio de Santa Fe; y aunque los trabajos de otros tiempos parece que no hacían mella en el padre, se vio que le hicieron impresión los de las misiones porque volvió marchito, descolorido y flaco, de suerte que conocieron lo mucho que había trabajado y padecido por el bien de las almas. Ni por recién venido, ni por cansado, ni por anciano se eximió de los ministerios, antes bien parecía haberse reforzado en la ausencia según atendía a las confesiones. No satisfecho con las asistencias ordinarias en la iglesia, afervorizó todos los conventos de monjas haciéndoles pláticas y confesándolas de que sacaron muy grande fruto. Fue también en este mismo tiempo padre espiritual como lo había sido en otras ocasiones de todo el Colegio con tanta aceptación, que era el consuelo de todos, librando de escrúpulos no sólo a los hermanos sino también a padres doctos. Tomaba cuenta de conciencia con tal suavidad, que ninguno pudiese excusarse de declararle su alma. Dábales cada semana tres veces los puntos que en la oración habían de meditar. Hacía plática a los hermanos cada ocho días. Cada semana como prefecto de la sacristía escribía la tabla de las misas y demás desto hacía tablas diarias del oficio divino para la comunidad, noviciado, estancias y doctrinas. Él mismo hacía ramilletes de su mano para la celebridad de las fiestas.

Un año entero estuvo sufriendo cuatro achaques graves (como él mismo declaró a su confesor) con tal disimulo que no se supieron, porque trabajaba como si estuviera sano; ni dejó de levantarse por las mañanas ni quiso particularidad por enfermo, y en todo siguió la comunidad como el más fervoroso. Llegó el día de Santa María Magdalena (a cuya fiesta este y otros años había atendido, no sólo con el aliño de su capilla, sino también, con procurar semejantes conversiones a la suya) y ya no pudieron sus esforzados bríos pasar adelante, y así se fue a la cama como herido o con un ramo de cólica o con dolor de hígado con que se le cerraron todas las vías, y a instancias suyas y a temor de los nuestros se le dio el Santísimo Sacramento por Viático. Sentía grandemente que la fuerza del dolor le privase de las atenciones de Dios, y por esto su Divina Piedad dispuso que las medicinas le aliviasen, y agradeciendo el alivio, se entregó a la oración, y juzgando que tenía suficiente mejoría se levantó de la cama y la primera visita fue a Nuestro Señor en la iglesia. Trocósele el primer achaque en grande amargura de boca y en mal de orina tan riguroso que a ningún remedio quiso rendirse. Enviáronlo a tierra caliente donde se juzgó que sanaría, pero el fervoroso padre le pidió a Dios que con cuchillo de palo (como dicen) le quitase la vida y se lo concedió dándole ciento y tres días de enfermedad sin faltarle un instante la amargura de la boca que fue la que más sintió, aseverando varias veces que hieles o acíbares derramados en la lengua no le amargaran tanto. Las cosas dulces no le daban sabor y las desabridas le aumentaban la amargura. Raro caso que a quien tan buena lengua tuvo y a quien también habló de todos (siendo como estribillo suyo, todo es bueno, todo es bueno) diese Nuestro Señor tan singular purgatorio. Así lo conoció el mismo padre que con llaneza y firme confianza le dijo al padre Baltasar Mas que no había de pasar por el purgatorio, y se puede piadosamente presumir, conocida su inocente vida, en que ninguno le vio quebrantar regla alguna sino ser una regla viva de religiosos, un ejemplar de modestia, un dechado de pobreza y

una estampa de castidad y una prudencia tan acertada, que los más provinciales desta provincia (cuando no venía señalado de Roma) le eligieron por consultor della.

Cosa es admirable que estando enfermo de muerte en la cama no desistía de mortificar su cuerpo tomando disciplinas y poniéndose cilicios. Con esta disposición recibió muchas veces a Cristo Sacramentado en la cama, ya que no podía recibirle en el altar ni visitarle en la iglesia. Avergonzábale su humildad viendo que le visitaban las personas más principales de la república, que lo hacían por el amor entrañable que merecía la caridad paternal con que miraba por el bien de todos. La enfermedad dio lugar a que le pasasen a otro aposento, y no pudiendo ir por su pie le llevaron cargado y entonces se celebró muerto y tuvo razón, porque siempre lo estuvo al mundo y a sus cosas. El modo de celebrarse como difunto fue decir sobre sí el responso entero que se suele decir por los difuntos. Acercándose ya el tiempo de morir pidió el mismo padre que le diesen los Sacramentos que recibió con extraordinaria devoción suya y le reconvinó a Dios diciéndole con grande confianza: «*Fei Domine quod in siti fac tu quod promisisti*». Perdió después destas palabras la habla en el día de todos los Santos, y juzgando que se acercaba su muerte se juntó varias veces con mucha ternura la comunidad a recomendarle a Dios su alma que para desasirse del cuerpo esperó a la conjunción, y al mismo tiempo en que el padre como insigne astrólogo, la había señalado en su repertorio expiró con suma serenidad en demostración de la seguridad que llevaba para dar cuenta al Supremo Juez de su vida, que fue de setenta y dos años, los cuarenta y dos de religión y veinte y siete de profeso de cuatro votos, tiempo en que ejerció la mansedumbre y humildad en sumo grado a juicio de muchos, la tolerancia y las demás virtudes que quedan referidas, callándose muchos actos que se ignoran.

Todos dieron en las lágrimas muchos testigos de su dolo. Los de la Compañía por haber perdido un padre en quien tenían librado su consuelo y en quien tan seguro estaba el crédito y buen nombre de la religión. Los de fuera por haberles faltado el mérito de sus almas y el limosnero de sus necesidades. Fue su muerte a los tres de noviembre del año de 1611 y sirvióle para su entierro la misma iglesia que había fabricado para el culto Divino. Acudieron al funeral todas las religiones sin haber convidado a ninguna, y como el padre había dado a todos tan buenos ejemplos en su vida, le daban unos el epíteto de Ángel, otros el nombre de Santo.

#### Vida del padre Baltasar Mas Burgués

La patria del padre Baltasar Mas fue la villa de Alcira del Reino de Valencia. Sus padres fueron honrados y principales. Su nacimiento en el año de 1578. Su crianza fue entre documento de virtudes y letras. La Virgen Madre de Jesús fue la que le trajo a su Compañía, como se supo del mismo padre en los últimos términos de su vida, porque estando entre los

gozos que ya le intimaban la esperanza de su salvación, decía que la Virgen que le trajo a la religión le llevaría al puerto deseado de la eterna salud. Ignoramos el modo de su vocación, pero lo que sabemos es que al tiempo de recibirle reparó el padre provincial de Aragón que el pretendiente era niño de natural delicado y de complexión muy flaca expuesta al parecer a muchas enfermedades entre los rigores del estado religioso. Esto ocasionó que se retardase su recibo, y aun casi que se cerrase la puerta a su entrada; pero como la Madre de Dios fue la que le llamó, venció la dificultad y le concedieron la entrada a nuestro noviciado a los quince años de su edad, recebiéndole en el Colegio de San Pablo de Valencia.

Fue el padre Baltasar Mas un sujeto a quien hicieron de marca mayor sus grandes prendas, y así apenas se ordenó de sacerdote cuando en Aragón le encomendaron los superiores algunos negocios graves para que fuese a concluirlos a la Corte de Madrid. Pasó después a estas Indias y en ellas lo fue todo, pues fue varias veces rector, procurador a Roma y a Madrid, provincial del Nuevo Reino; y lo que es más una idea de perfección y un ejemplar de santidad. Todo esto se irá viendo en lo que resta por escribir.

Desde los principios de su niñez comenzó a ejercitar las virtudes que fueron creciendo a grandes y llevaron a ser heroicas. Grande fue y singular la observancia de las reglas de nuestra sagrada religión. No es pequeña maravilla que en tantos años de vida en la dependencia de tan graves negocios, viajes y sucesos no hubiese persona que le viese quebrantar la más mínima regla. No admitió alguna dispensación en el rigor y austeridad de su tratamiento. No bebió en su vida sin licencia ni comió jamás fuera de los tiempos determinados. No se le oyó queja de los defectos de la mesa ni del vestido ni supo qué cosa era regalo en su aposento, y darle alguna cosa particular era ofender su indispensable rigor y afecto al séquito constante de la comunidad que conservó inviolablemente hasta morir. En los caminos varios, jornadas y navegaciones en que peregrinó tanto, no usaba jamás tomar un desayuno a la mañana sino que en medio de los fríos del invierno y los calores ardientes del verano cuando pasaba por Andalucía, por Sevilla, de Madrid a Barcelona y Valencia los términos de la Italia y de la Francia solía decir misa después de la mitad del día habiendo hecho jornadas y caminado toda la mañana, y esto aun cuando se hallaba ya cansado y anciano.

Fue exactísimo en la guarda del silencio. Nadie le oyó hablar alguna vez fuera de tiempo ni contar algún chiste ni decir alguna palabra ociosa, desentonada o iracunda o menos que religiosa y seria; y pues el acierto y peso en el hablar indica la rectitud y equidad del alma, aquí sólo nos pudiera decir su silencio el tesoro de virtudes que encerraba su alto corazón, pero sabemos poco de lo que por él internamente pasaba por haberlo callado su humildad; sólo podemos rastrear que tan gran silencio en vida tan inculpable ocultaba gran suma de sólidas virtudes.

No le hizo Dios fecundo ni copioso en el decir, porque su decir fue hacer y sus palabras obras; pero con todo esto no le faltaron las circunstancias que se desean y son necesarias para la negociación prudente y eficaz, pues casi no emprendió negocio conque no saliese ni habló a persona de quien no alcanzase lo que deseaba. Su decir era llano, sin artificios ni segundas

intenciones que no tuvieron jamás dos rostros sus palabras; sabíase que su sí era sí y su no era no; y podía pasar por juramento lo simple de su verdad. Tanto la amó, que hubo personas que afirmaron que en su vida no había mentido. De aquí nacía en los súbditos la satisfacción, en los seglares el crédito porque si prometía satisfacer alguna cosa había de trabucarse primero el mundo que faltase a la puntualidad de su palabra. En las consultas preguntado de su parecer, no se acobardaba en decirlo aunque fuese contra el dictamen de otros; que no es vicio el sentir en cosas opinables diferente que lo demás; pero fuera vicio el simular o fingir, entonces lo que juzgaba por conveniente en su corazón. Díjole uno en cierta ocasión que mirase parecía afecto de apasionado el oponerse a lo que los otros sentían. Respondió que jamás miraba otro norte en su decir y obrar sino la mayor gloria de Dios; ni tenía otras intenciones colaterales, y así el no decir por respetos humanos lo que sentía lisa y sinceramente fuera violar la virtud y falsear la imagen de tan acertado concepto.

Con esta veracidad acompañaba las buenas cortesías y urbanidad que en nada regateaba lo que nada cuesta. Levantábase para hablar a cualquiera de la silla, y aunque fuese el más mínimo le hablaba con notable estima y veneración, y parece se esmeraba más en esto cuando con afectos de agradecido significaba con palabras amigables lo que estimaba los empleos de cada uno. Para con los seglares fue fidelísimo y puntual correspondiente, procurando con cartas reconocidas y afectuosas recompensar en algo las buenas amistades y beneficios que hacían a la Compañía. Tres días antes que muriese dictó una carta para un benefactor nuestro, en que le agradecía sumamente el amor y buenas obras hechas a nuestra religión, a que prometía corresponder con eternas súplicas ante el Dios de los Santos.

¿Pues qué diremos del padre Baltasar si llegamos a la paz, sosiego y mansedumbre de sus palabras? El campo de esta virtud es suspenderse y refrenarse en las acciones de cólera, venganzas, iras y disgustos; y en esto parecía una roca inmóvil que se burla del olaje y espumas del mar. Algunas veces padeció notables desaires; no pocas veces se le atrevieron con palabras injuriosas, muchas con ofensiones y desprecios en cartas que le escribieron. Nada desto inmutaba la paz y sosiego de su manso corazón. Siendo provincial le dijo una persona que decía más verdad su zapato que no él. La respuesta fue callar; que ya en aquella ocasión hablar menos templado fuera encender más el fuego y dar motivo a mayores atrevimientos. No le turbaban esta paz y tranquilidad de su alma las nuevas de las desgracias y averías, que en las cosas de su cargo sucedían. En el viaje que hizo a Roma, como procurador desta provincia esperaba en Cádiz que llegasen de Barcelona cosas grandes y preciosas que había de traer, y le vino nueva de que se quemaron en cierta refriega con el turco, y lo que hizo fue alabar a Dios y proseguir en lo que estaba haciendo. En Cádiz, en Sevilla, en el puerto de Cartagena, en el río grande de la Magdalena padeció otras averías en lo que traía para esta provincia; y en Río Seco, el año de 1631, nadaron los cajones de la ropa y de los libros en una desacostumbrada avenida que inundando los campos sobrevino a la media noche. En todos estos sucesos tan infelices se halló superior a las mudanzas de la fortuna pareciendo hombre que vivía sobre las nubes y sobre



la esfera de los mortales. De aquí era que no desmayaba en los negocios ni le acobardaban las dificultades, sino que con un ánimo intrépido y eficaz acometía cosas grandes sujeto siempre a la voluntad de Dios en el fin y paradero de ellas preparando tranquilamente su corazón a conformarse con su agrado sin querer en el morir ni en el vivir otra cosa que cumplir el orden del beneplácito divino como se vio y experimentó hasta en los últimos días de su vida en que estuvo sosegado, alegre, quieto y apacible esperando el fin de su jornada.

Toda esta paz nacía de una candidísima e inculpable vida de un trato familiarísimo con Dios y de la gran piedad y devoción a los Santos. Dejó lo que toca al oficio divino que rezaba siempre a sus horas en su aposento con sosiego y devoción por más ocupaciones y negocios que se atravesasen. En Cartagena y en Panamá; en medio de los calores ardientes de aquellas tierras, rezaba siempre el divino oficio de rodillas y no se acordaba en todo el tiempo de su sacerdocio haberlo dejado por ningún suceso ni enfermedad, hasta que al morir le mandaron que no rezase. Dejó otras particulares devociones que no se sabe cuáles fuesen, pero sábense que eran muchas y que consumía en ellas mucho tiempo de la mañana y de la noche. Mezclaba siempre las oraciones jaculatorias, con los negocios y traía continua presencia del Señor. Cosa grande es la que voy a decir que casi en sesenta años de religión no dejó jamás los ejercicios espirituales de la Compañía. Era el primero que se levantaba a orar y el último que se acostaba después de haber tenido oración. En los caminos no dejaba estas santas ocupaciones. Al principio de las jornadas, después de haber dicho el itinerario y las letanías de Nuestra Señora y otras oraciones particulares a los Santos devotos suyos y encomendado el viaje a las almas benditas del purgatorio, hacía luego que los seglares fuesen delante y ponía un reloj de arena para que se tuviese enteramente la hora de oración. Lo mismo hacía en los exámenes de conciencia al mediodía y a la noche sin que caminos ni viajes ni navegaciones ni negocio alguno pudiese alguna vez recabar dispensación en esto. Lo restante del camino gastaba en oración. Cuando rancheaba en las playas, cuando daba fin a su jornada en los tambos y ventas, luego se retiraba del bullicio de los demás a encomendarse a Dios.

Para celebrar el sacrificio santo de la misa se preparaba con notable cuidado y devoción. Esta divina ofrenda era el regalo de su alma, la luz de su corazón, el aliento de sus empresas; alivio de sus trabajos, acierto en sus negocios, consejo en sus dudas y consumidor único de todos sus intentos y negociaciones. Celebraba con quietud y ternura notable y daba las gracias con devota asistencia, y era tanto el afecto, a recibir a este Soberano Señor, que ni aun en los caminos se podía pasar sin el sabroso alimento deste manjar divino. Tenía santificados todos los parajes desta provincia por donde andaba; las playas del río de la Magdalena, los valles de Neiva, Ibagué y entrambos a dos mares disponiendo las cosas de manera que siempre hubiese de celebrar en tierra y en mar aunque amenazasen grandes temporales o se disgustasen los pilotos. En el espacio de su enfermedad, cuando apenas se podía tener en pie, se levantaba arrastrando por no dejar de decir la misa, y cuando ya no pudo más recibía casi todos los días hasta morir el Divino Sacramento del Altar.

La devoción que tenía con los Santos fue admirable. Tuvo gran recurso al ángel santo de su guarda. Fue muy devoto del venerable hermano Alonso Rodríguez y de nuestro santo padre Ignacio, que era la guía y gobernalle de sus negocios y el ejemplar que dirigía sus acciones. Para con las ánimas del purgatorio tuvo devoto y compasivo corazón. Amó tierna y entrañablemente a la gran Señora y Reina de los cielos la Santísima Virgen María, a quien enviaba de día y de noche suspiros tiernos, a quien acudía en sus dudas, con quien consultaba sus dificultades, compañera individual de sus caminos, bajel de sus navegaciones, seguro y única esperanza suya en la vida y en la muerte. ¿Quién podrá decir lo que pasaba por su corazón en sus festividades y en particular cuando los fieles festejaban su santo nombre? ¿Quién significará los favores que recibía en sus sagrados templos? Grandes fueron los que esta Señora le hizo en su santa casa de Loreto donde deshecho en un mar de lágrimas y de gozos no sabía desasirse de tan venerable santuario. En Roma todo era visitar los magníficos templos de la Madre de Dios. En Madrid cuando más lleno de negocios, cuando cansado y molido, cuando mal despachado, cuando con el lodo hasta la cinta pedía de ordinario al compañero que atravesasen grande espacio para llegar a visitar a Nuestra Señora de Atocha, donde desplegaba las telas de su devoción y alcanzaba los felices despachos de sus negocios que con este amparo de la Soberana Virgen y con paciencia y devoción solía decir se vencen las dificultades, se allanan los montes y se halla salida a negocios desesperados. Esta gran Señora sin duda como Madre del candor y pureza de la vida le infundió tan casto proceder desde sus tiernos años, que se cree se conservó siempre virgen y sin mancilla y aún se presume que murió en la gracia que recibió en el bautismo.

Fue extraordinario el recato, compostura, gravedad y modestia del padre Baltasar Mas. Nadie le vio desnudar, ninguno le miró vestir; aun cuando por su enfermedad no se podía mover no permitía que el enfermero le quitase las medias. Si estando en la cama había de sacar sólo el brazo para comer, lo vestía con la manga de la sotana. En Madrid le quisieron lavar los pies como a huésped que llegaba de las Indias, conforme a la costumbre loable de la hospitalidad no rehusada santamente de tantos, no consintió en ello sino que él a solas se los hubo de lavar. En su última enfermedad, si era necesario darle alguna untura en el estómago para fortalecer su flaqueza, no consentía que otro llegase sino que él había de unguirse con su propia mano. Fue cosa al parecer de risa lo que le pasó con el médico, pero grande argumento de su mucha honestidad. Faltábale ya el color en las plantas de los pies, ya se helaba, ya no podía dormir.

Quiso el médico que se le ocurriese con un perrillo a las plantas para que las abrigase con el fomento de su calor. Al oír lo del perrillo se azoró y demudó, y aun se encandeció de tal suerte como si fuese alguna sombra que obscureciese lo más lustroso de su limpieza, atropellando con el medicamento y con la salud por no tocar a un perrillo con los pies. Hombre celestial, hijo de Ignacio, hermano de Xavier, ángel en las palabras y en las obras, después de muerto repararon algunas personas así de casa como de otras religiones que tenía las manos más tratables y flexibles que aun cuando estaba vivo.

Resguardaba su honestidad con rígida aspereza. Podemos llamarle el riguroso consigo, el austero, el enemigo de sí propio, el templado, el

sobrio, el abstigente, el que se sacrificaba. Tres o cuatro disciplinas se hallaron todas gastadas y bañadas todas con la sangre de sus venas que así se conserva esta flor de las virtudes entre las espinas de la mortificación y el cercado de la austeridad. Y porque el común enemigo no se le entrase por las puertas de la ociosidad, las cercaba con una continua tarea de ocupaciones. No se sabe que le hallasen alguna vez ocioso porque nunca malbarató un instante de tiempo, ya atendiendo a las haciendas, ya leyendo y escribiendo, ya orando; ya haciendo despachos, ya con otras inteligencias y providencias de ello. Si los días fuesen años no le permitieran un rato de descanso. Quejas hubo de que nunca le hallaban con tiempo para tratar con él; y uno o más sentido o muy ganoso de negociar con él le dio la queja, a que respondió que si le buscaban ocioso podían entender que nunca le habían de hallar desocupado. De aquí se podrá colegir cuánto vivió este venerable padre en una vida tan dilatada, pues las noches le eran días y los días le eran doblados porque no se mensuran los días de la vida por los días sino por las obras en que se emplean los días; y quien tan abundante y cumplido fue, en los empleos de sus días, en cada día duplicó y aún multiplicó los días.

Todos estos sus empleos, todos sus cuidados, todos sus caminos y sus agencias todas eran en orden al bien, honor y aumentos de su querida madre la Compañía de Jesús, porque por su comodidad propia jamás dio un solo paso ni quiso como verdadero pobre de espíritu poner su cuidado en cosa alguna de adorno para su aposento siéndole tan fácil como a procurador que anduvo tantas tierras y se halló en tantas ocasiones; lo mismo observaba en el vestuario de su persona. En su aposento no tenía más que una imagen de Cristo, con quien se acompañaba una carta de nuestro padre San Ignacio y unas reliquias que solía traer envueltas en un tafetancillo en el jubón. El sombrero que se ponía está descolorido de usado, los calzones llenos de remiendos, las medias maltratadas; unos zapatos tenía que le duraban desde la salida de Quito hasta la vuelta al Reino, habiendo caminado tres años en los términos de Europa. Díjole en una ocasión el señor presidente deste Nuevo Reino que viese lo que se le ofrecía o si había menester alguna cosa. Respondióle con agradecimiento que para sí ninguna; que lo que le suplicaba era que amparase a la Compañía que era el bien único de su amor y el norte adonde se enderezaban las ansias de sus solicitudes y acrecentamientos. ¡Oh!, quién pudiera decir aquí lo que trabajó por la Compañía, lo que la amó, lo que la deseó aumentar para que los nuestros con libertad y observancia pudiesen acudir al tenor de su reputación y al útil de sus ministerios que celosa ejercita con los prójimos. En orden a esto, ¿qué trazas no pensó?, ¿qué cosas no intentó?, ¿qué medios no puso?, ¿qué tierras no anduvo?, ¿qué mares no surcó?, ¿qué fríos, qué calores, qué peligros, qué tormentas no padeció? Los viajes que hizo son testigos verdaderos de lo que por la Compañía trabajó. Dos veces corrió la provincia de Aragón como compañero que fue de provincial. Vino la primera vez a las Indias; volvió dos veces a las Españas, una por procurador a Roma; otra por procurador a Madrid electo por todas las religiones sobre negocios graves y de mucha importancia que tocaban a la inmunidad y privilegios de todas.

En estos viajes a cada paso hay un encuentro, a cada viaje mil peligros en los cuales mostraba Dios a lo descubierto la Providencia que tenía del

padre. Milagrosa fue la que tuvo Dios de él y de los suyos el año de 1631, cuando habiendo navegado felizmente en el piélago del océano, a vista ya de Cartagena la víspera de la entrada en la noche se levantó un recio viento que azorando el mar se llevó los corredores de la Almirante de un golpe, y bregando el bajel en que venía el padre toda la noche con el timón, siendo ya al amanecer vino una grande ola por la proa, y metiendo el bauprés la cabeza, salió destrozado nadando bauprés y covadera por el mar, taló luego del trinquete, y cayendo de lo alto siete marinos a las olas los demás temerosos pedían confesión. Ya cada cual buscaba una tabla en qué salvarse, ya las velas andaban nadando y las antenas rotas y las jarcias desbaratadas. Cimbrando luego el árbol mayor sobre la popa con un estallido grande se vino abajo y dio aquella gran máquina sobre el cabrestante y le abrió por medio. Todos se tuvieron por perdidos y llenaron de voces el aire pidiendo misericordia a los cielos. Sólo el padre Baltasar Mas no se turbó sino que celoso del bien de tantas almas se ocupó en confesar a la gente; y sumergido en la Providencia paternal de Dios esperó el feliz suceso de su viaje. No le salió vana la esperanza, pues habiéndose abierto el navío con el golpe del árbol, el mismo golpe que le abrió desquició un fardo de su lugar y le clavó tan ajustadamente en la rotura, que no dio lugar ni dejó resquicio por donde entrase el agua, calafeteando la Divina Providencia el vaso para que llegase a salvamento el padre.

Otro suceso casi semejante sobrevino al entrar el padre en La Habana, y fue que sacudiéndose el navío en una peña desarbolándose se hizo pedazos que no parece sino que dos peligros andaban buscando al padre Baltasar Mas para acabarle, y Dios usaba de los peligros para mostrar la voluntad que tenía de defenderle y conservarle.

Mayor fue el riesgo después de desembotados encruceciéndose las olas de tal suerte que no se puede con palabras algunas declarar la tormenta. Aquí es donde los vientos andaban encontrados trayendo en remolinas al bajel. Unas veces lo subían por esos cielos y otras parece que lo sepultaban en los abismos. Aquí la noche tempestuosa, las tinieblas palpables, los truenos, rayos y relámpagos continuos sin consejo ya los marineros, los pilotos ya desalentados, roto el pinzote del timón. Aquí es donde sucedió aquella maravilla que viniendo un golpe de mar se llevó los corredores de popa y entró por ella con tan grande inundación que rompió tres atajadizos de tablas y sacó de allá adentro la ola a un señor inquisidor y le llevó a alta mar, y la misma ola que le llevó esa le volvió a embozar y poner en salvamento en el navío. Todo el tiempo que duró lo terrible de la tempestad, que fueron veintiocho horas, estuvo el padre Baltasar de rodillas sin moverse, sin hablar, sin comer bocado suplicando a Dios instantemente que amainase su enojo hasta que sus oraciones y súplicas serenaron los cielos, se segaron las olas, amansaron el mar convirtiendo en bonanza la tormenta y en suma tranquilidad el manifiesto peligro.

No fue menor el que le aconteció en Cartagena en el último viaje de España, cuando levantándose otra tormenta de las más terribles que las memorias de los más ancianos se acuerdan haber sucedido, andaban las olas tan inquietas que parecía que el mar se levantaba a las estrellas y luego se descolgaba de las nubes. Ya todos se daban por perdidos porque lo menos

fue llegar desarbolados. Aquí fue donde con la mucha mar que entraba se extinguió la candela del fogón y se apagó la luz de la bitácora dando al traste con el último consuelo, y cuando todos desesperados de remedio se vieron expuestos al vaivén último de la vida por faltar la luz para regir el timón, vieron repentinamente sin diligencia de alguno que se encendió de nuevo la luz de la bitácora atribuyendo todos a las santas oraciones del padre la consecución de tan grande misericordia.

En medio del golfo de tantas navegaciones, de tantos cuidados y tantos trabajos y de negocios tantos, no perdía de vista como verdadero jesuita el bien y aprovechamiento de las almas de sus prójimos, y así no se le ofrecía ocasión que no lograra. En la navegación que hizo el año de 1631 pasó de su nave a la Capitana y publicó el día de San Felipe y Santiago el jubileo de la misión. Allí confesó en las noches y en los días aquella grande escuadra de señores capitanes y soldados, mandando el señor general que a ninguno se le diese ración hasta llevar cédula de que había confesado. Publicó también otro jubileo en la nave donde vino la última vez haciendo celebrar la fiesta del Santísimo Sacramento, donde a lo solemne del día se empavesó la nave, se tendieron al viento las banderas flámulas y gallardetes se disparó la artillería y salió el Señor bajo de palio, haciéndose la procesión por el combés del navío con particular consuelo de los navegantes.

Ya dije arriba la tela de peligrosos sucesos con que iban vestidos los caminos del padre Baltasar por el mar; toquemos ahora algo de los muchos trabajos que padeció en los viajes que hizo por la tierra; toleró grandes fríos, rigurosos hielos, caminaba a veces con la nieve sobre los hombros; abrasábanle ardientes soles; sufría las aflicciones de ordinarios desavíos. Encontrábase a cada paso con formidables peligros, y el alivio que topaba muchas veces a su cansancio eran las incomodidades de malas y desproveídas posadas. Todos estos trabajos le parecían flores por el amor que tenía a su sagrada y querida religión; pero no faltemos a aquella infatigable eficacia con que trataba los negocios que eran a su cuidado. Llamábanle en Sevilla el hombre de acero; en Madrid le decían que era de hierro y de bronce, porque no es posible declarar el esfuerzo y exacción con que solicitaba las cosas que traía entre manos; hablaba al escribano, al amigo, al agente, al procurador, al letrado, al consejero, al presidente un día y otro día y todos los días la tarde, la mañana, sin sestear ni descansar informando a unos, suplicando a otros sin desmayar en las dificultades ni acobardarse con dilaciones. Desenterraba cédulas y papeles y ofrecía pruebas extraordinarias moviendo con increíble energía y perseverancia hasta las piedras. Aquí venció aquel famoso pleito tan reñido contra el auto de la Real Audiencia de Quito en disfavor de las religiones, sobre la adquisición de bienes raíces en que por ser la materia gravísima y de tanto perjuicio recusó a cinco oidores del Real Consejo de Indias y trajo otro de varios consejos para la asistencia de él. Salió finalmente con triunfo, con aplauso y con el vencimiento deseado. Con esta misma solicitud y cuidado acudía a cualquiera encomienda fuese grande o pequeña.

Fue grande el amor con que abrazaba toda la provincia, y a cada colegio en particular, porque su caridad era de la especie de los rayos del sol que a todos alumbran igualmente, y así procuraba los aumentos de cada

uno de los colegios con solícito cuidado. El sitio de las carnicerías en Cartagena lo alcanzó a puros ruegos y súplicas que hizo a los señores del Cabildo, y mientras tenía un brazo en Cartagena tenía otro en la Corte para conseguirlo, de tal manera que el mismo día que en Cartagena le concedieron el sitio, ese mismo día llegó cédula de Su Majestad para que lo diesen si no se lo habían dado y que le confirmaba si se lo hubiesen concedido.

Estimáronle mucho los que fueron sus súbditos en los colegios donde fue rector, que lo fue varias veces en Quito, Santa Fe, Cartagena y Panamá. La razón de ser estimado era porque en su gobierno tenía por norte la prudencia y por blanco la mayor gloria de Dios y no cumplieran con menos que con amor y estimación porque era para con ellos caritativo, singular con ninguno, cortés con todos, apasionado con nadie. Hacía la debida confianza de los súbditos, amábalos como a hijos y venerábalos como a unos ángeles. Fue su secreto inviolable, templado en el decir, comedido en el mandar y en el honor de sus súbditos recatadísimo. En el celo de la observancia era viva su eficacia e indecible su fortaleza, y todo el padre era una estampa de veneración y santidad.

También hicieron mucha estimación del padre Baltasar Mas los de fuera de casa en todas las partes deste Nuevo Reino y en las de Europa; en su provincia de Aragón, en Cádiz, en Sevilla, en Madrid, en Barcelona, en Castilla; los hombres más grandes y prudentes, los señores y prelados, los capitanes y generales de las Floras. Los oidores de los consejos de las Españas le veneraban y hacían mucha estima de su persona; y uno de los oidores con ser recusado en el pleito de las Indias, se venía a confesar con él y tratar los negocios de su alma. El Santo Tribunal de la Inquisición de Cartagena estimó sobremanera su persona y le encomendó negocios de importancia. Los señores inquisidores de la Suprema le hicieron su calificador, y para la comunicación de negocios muy graves se valían de sus letras y prudencia.

Nuestro Padre General hizo siempre grande aprecio del padre y de su equidad y talento. En un pleito muy intrincado que había entre los provinciales de Andalucía y Toledo sobre unas legítimas donde cada cual alegaba su justicia con gran copia de razones y de leyes, fue cometida su sentencia al padre Baltasar por nuestro Padre General. Era el negocio arduo y enmarañado y que había muchos años que iba y volvía de Roma sin hallarse salida a semejante laberinto hasta que el padre la halló arbitrando en su definición, fiándose ambas provincias y poniendo en sus manos la judicatura de semejante causa, pasando todos puntualmente por su parecer y juicio. Este mismo concepto tuvo el señor presidente del Nuevo Reino, que dijo no haber topado hombre de más sublime y sólida perfección, encomendole al morir a sus hijos, a su alma, a su casa y familia y mucho más que rogase a Dios por las causas de la monarquía española.

Ya que he de concluir la relación desta admirable vida dando noticia de la enfermedad última y dichosa muerte del padre Baltasar Mas, es para advertir que el reparo que tuvieron en su recibo y entrada en la Compañía fue juzgar que era sujeto endeble y expuesto a enfermedades, pero como la Madre de Dios le escogió para la religión de su amado Hijo Jesús, le dio siempre muy entera salud y fue de tal manera que parece cosa de maravilla. Porque en una vida tan dilatada, llena de empleos, de cuidados, cercada de

ocupaciones, oprimida en la noche y en el día de graves negocios, hecha una yunque de las fatigas, del cansancio, de las inclemencias y rigores del tiempo; en tan seguida carrera de climas contrarios, de caminos y navegaciones tempestuosas nunca perdió la salud ni el brío ni el rigor ni las fuerzas, ni supo de calenturas ni de achaques ni el dolor de cabeza le fatigó ni le afligió el pecho, ni le dieron sangrías ni admitió purgas. Conócese aquí cómo cuando Dios elige aun de lo más flaco y deleznable hace instrumento de la robustez para confundir lo sano y atropellar lo fuerte. Sólo siete meses antes de morir se le descompuso el estómago de tal manera, que no pudo reducirse a su calor nativo. La ocasión fue que retirado de la ciudad de Santa Fe donde estaba, a la doctrina de Fontibón, a tener con todo recogimiento y soledad los ejercicios de nuestro santo padre Ignacio, o ya con la asistencia de la oración, o ya con las penitencias acrecentadas sobre tantos años, o ya con la destemplanza del tiempo que fue rígido, vino a enflaquecerse el calor natural y faltarle las fuerzas todas. No podía el estómago cocer la comida, todos eran vómitos y ansias tanto más congojosas cuanto menos experimentadas. No era razón que en tan trabajada vida suya le faltase esta corona de los achaques, y a nosotros el ejemplar vivo de su paciencia. Curábase con la dieta y acrecentábase el mal; ayudábanle con medicamentos y aumentábase la enfermedad. Volviéronle al Colegio de Santa Fe donde no quería dejar la comunidad, que como en vida fue tan grande amador suyo, se había ya connaturalizado en seguirla de tal manera, que sacarle de ella era como desencasarle del centro. Arrastrando iba los pies por la casa, el color difunto y a cada paso para caerse, y no desistía de su ejemplar y admirable constancia; y siéndole martirio el andar mayor martirio le era el acostarse porque en lo uno se le molestaba el cuerpo y en lo otro se le molestaba el ánimo.

Ni hay que espantarse desto, porque nunca en su vida se quedó a la mañana en la cama ni era posible el recabarle con él sino que era siempre el último que se acostaba y el primero que se levantaba, y se puede decir de él esta tan grande loa, que siguió la comunidad hasta morir. Creció el achaque de tal suerte que se temió no se quedase muerto en los tránsitos, en la silla o en el refectorio; y así le ordenó el Padre Provincial que se acostase; hízolo así y fue para darnos ejemplo de la paz de su corazón, de sus santos y loables ejercicios, de la mansedumbre y apacibilidad de su trato y de otras heroicas virtudes. Obedecía a los enfermeros y médicos en todas sus disposiciones; solamente no podía abrazar el estómago entre día alguna sustancia o regalo alguno con pedirlo precisamente la enfermedad porque toda su vida no comió ni bebió fuera de tiempo, así el hábito y costumbre que tenía en esto tan entrañada, no daba lugar a semejante regalo.

Aquí fue donde dio muestras de su paciencia y sufrimiento. No le oyeron quejarse ni desabrirse, ni desgraciarse. Vivió con agrado y mansedumbre y con mansedumbre y agrado concluyó sus días. Aquí se vio la madurez de su juicio conservado sin descaecer hasta los últimos alientos queriendo Dios no se perdiese en la muerte juicio que tan lindos logros tuvo en la vida. Tan entero le tuvo, que estando ya con los Sacramentos recibidos y bien próximo a la partida deste mundo gastó casi tres días en resolver y declarar papeles, cartas, negocios, dependencias y cuentas con tan grande

inteligencia y luz que parecía la claridad del sol. Aquí corrieron los ríos de la paz que ni a la nueva de la muerte se alteró ni demudó algún tanto como quien ya había visto en navegaciones y caminos tantas veces el semblante a la muerte y prevenídose para ella.

Cada cual de los nuestros encomendaba en sus oraciones, unos tristes por la falta de su persona, otros alegres por el fin de sus trabajos y corona que le esperaba por sus muchos merecimientos, y unos y otros envidiosos, no sé si diga de su dichosa muerte o de su santa y venerable vida.

Finalmente murió a tres de agosto del año de 1642. Asistieron a su entierro el señor presidente y sacerdotes de varias religiones, los ministros de la Santa Inquisición con sus insignias; la Academia en forma de Universidad y otra mucha gente.

### Vida del padre Pedro Pinto

Al padre Pedro Pinto llamó Dios a la Compañía de tierna edad, con tan extraordinarias ansias de huir de los riesgos del siglo y de buscar su salvación, que antes de cumplir los 15 años alcanzó lograr sus deseos en la insigne ciudad de Valladolid donde fue recibido. Parece sintió el demonio, constante enemigo de las almas su entrada y recibo recelando sin duda, lo uno los ricos empleos que de virtudes había de hacer su fervoroso espíritu; y lo otro, que con estos le había de desposeer de muchas almas que había de tener cautivas su tiranía. Temeroso el demonio destes sucesos que recelaba, excitó el principio de su noviciado a los deudos de nuestro Pedro para que por medio de la justicia le sacasen de la casa de Dios y le pusiesen a su libertad en Medina de Rioseco en un hospital de San Juan de Dios donde estuvo casi tres meses depositado. Allí le dieron fuertes asaltos y baterías sus parientes a quienes la sangre parece hizo enemigos sangrientos para que retrocediese de la vocación celestial a que había respondido con dulzura de su corazón. En estas porfiadas luchas se vio lo que vale el pecho traspasado del conocimiento de las joyas preciosas de las virtudes y de las ofertas sólo fantásticas del mundo aun cuando la falta de los años podía ahogar su capacidad para no dar justo aprecio a las cosas. Rebató varonilmente las ofertas que le hacían y con ánimo constante menospreció los halagos y regalos por la estimación que se le había asentado en el alma de los rigores no tan terribles cuanto amables de la disciplina religiosa, teniendo estos rigores por regalos, y aquellos regalos por rigores, a que se añadió un aprecio singular que tenía

de la Compañía de donde se originaba el mostrarse tan constante, que un arcipreste que era juez ejecutor y deudo suyo se vio obligado a volverle a la religión.

Fue creciendo con la edad el fervor de su espíritu tanto; que teniendo por cortos términos los de Europa para ganar almas, quiso emprender las más dilatadas provincias de las Indias y con tan santos designios pasó a estas partes el año de 1618 en compañía del padre Juan Antonio de Santander. Dedicose celoso a ganar para Dios las almas de los indios, y para hacer



esta ganancia con más destreza, estudió la lengua de los moscas, de los duitamas y sogamosos con tan diligente cuidado que las entendió y supo perfectamente y las leyó siendo catedrático de ellas en el Colegio de Santa Fe haciendo papeles muy provechosos en la materia con que se hizo muy perfecto obrero del Evangelio, no satisfaciéndose con ayudar sólo a los españoles, sino con aventajado celo a las almas destes pobres y despreciados indios. No por cuidar tanto de la salvación de otros descuidaba un punto de la suya que no es bien permitir desmedros propios por solicitar medras ajenas. Y así en un libro pequeño que de su mano escribió cuando estuvo en las doctrinas que tuvo la Compañía en esta provincia del Nuevo Reino, dice estas palabras: «Oh buen Dios que me enseñaste que importa muy poco que gane a estos indios si me pierdo». Y en orden a esto tenía apuntados sus propósitos entre los cuales dice: «Tengo de tener oración antes del día, y en amaneciendo rezar las horas, y no tengo de salir de mi celda hasta haber tenido oración, rezado, hecho acto de humildad verdaderos. Esto tengo de cumplir o morir. Luego enseñar a los niños y a los viejos meditando a Cristo. Aquí entre estos indios son mis minas espirituales. Cuando bajo a platicar contemplo a Santiago apóstol y que me arrojan del púlpito y arrastran; y si lo hiciesen contra mi honra, me holgare. Tengo de rezar cada día del glorioso Santo Tomás porque cuidó de los niños, y lo mismo a San Bartolomé, a San Francisco Xavier y a San Francisco de Borja que fue el que envió acá los padres para que estos santos me ayuden». A estas ocupaciones guardó el padre gran tesón en su aprovechamiento espiritual, porque entre otros coloquios a Dios le dice esta firme resolución: «¿Cómo mi Dios te dejaré? Eso no; morir antes que faltar».

Lo mismo observó las veces que por orden de la obediencia hizo misiones. Acabada una, lo dice por escrito al Señor estas palabras: «Mucho os debo Dios mío que me ayudasteis a que cumpliese el propósito que hice al principio cuando fui a la misión, de no faltar a mis ejercicios espirituales, pues en los ocho meses ningún día dejé la oración, ni rosario, ni examen, ni la lición espiritual, ni las otras devociones entre las incomodidades y mucho cansancio. Ahora propongo en casa lo mismo con vuestra divina gracia».

Ya que hemos visto el religioso proceder del padre Pedro Pinto viviendo fuera de casa, bien será que veamos sus procedimientos dentro de casa. No tenía en su aposento más que una estampa de papel para incentivo de su propia devoción. Y preguntándole una persona, que por ¿qué no tenía algún cuadro en la celda? Respondió: «a un religioso una estampa de papel le basta y no ha menester otra cosa». De la cama se solía levantar una hora antes que la campanilla llamase a la comunidad, y a las veces hora y media antes para darse más a la oración cumpliendo el propósito que tenía escrito por estas palabras: el levantar será siempre a las tres y media de la mañana, luego tener oración de la muerte, y luego de la comunidad. Y no dándose por satisfecho con tanto hablar con Dios tenía señalado en todas las semanas un día (como de su asueto espiritual) que era el miércoles, para gustar en él del sabroso manjar de la oración y recrearse más tiempo en la conversación con Dios. La importancia deste asueto o de esta espiritual vacación la había penetrado bien según lo da a entender las palabras que tenía escritas por el tenor siguiente: La tierra no se

contenta ni satisface con el rocío de cada noche; ha menester de cuando en cuando un aguacero; mi alma tierra seca es, y así no basta el rocío de la oración de cada día; ha menester algunas veces alguna lluvia copiosa. Bebiendo pues el padre tan abundantemente de la fuente cristalina de la oración, no es maravilla estuviese su espíritu bañado con el desengaño que muestra en otra parte diciendo las palabras siguientes acerca de los ejercicios que tuvo el año de 39: «Ah Dios mío, qué obligado os estoy, pues me habéis dado a entender la dulzura del retiro de las criaturas y así os doy mi palabra de retirarme de todo y unirme con vos».

En el retiro de su celda a puerta cerrada, según el consejo de Cristo, oraba a Dios Padre rezando de rodillas el oficio divino y tres rosarios todos los días. Destos rezos, ¿quién duda que tendría su retribución? A estas oraciones añadía el castigar en secreto su cuerpo con rigurosas disciplinas que tomaba cada semana. Salía de su aposento cuando le llamaba la voz de la campanilla de la comunidad, y a toda ella dio grandes ejemplos de lo que importa seguir en la exterior la vida común, teniendo en la interior una vida singular. Aun cuando los achaques le molestaban y suficientemente le excusaban de lo común. Una mortificación hacía en lo público por no ser singularidad, y era que casi todos los días ayunaba no tomando a la noche en el refitorio el ante ni el postre cualquiera que fuese, como lo tenía escrito en su libro por firme propósito, y lo vieron cumplido como testigos de vista todos los que se sentaron con él a la mesa, aunque de presente no sabían si había hecho tal propósito, pero después de muerto lo supieron. En lo que fue singular el padre Pedro fue en el estudio del examen particular, pues dice, hablando de él estas palabras: «también os doy muchas gracias porque todo este año he traído el examen particular de este pensamiento de Jesús en todas las ocupaciones, y ya no me olvido en ninguna».

Dentro del templo, que es la casa de Dios Sacramentado donde vive la misma persona de Jesús eran muy para reparadas las acciones del padre Pedro Pinto. Cada día gastaba media hora en ofrecer a la Santísima Trinidad el sacrificio agradable de la misa, y otra media en darle las debidas gracias con tan valiente firmeza, que dice en su libro, morir antes que faltar en esto. Cada día celosamente se ocupaba en poner las almas en gracia de Dios con la absolución sacramental en el confesonario. Cada semana hacía los domingos por las tardes pláticas fervorosas a los congregantes de la Virgen que tenía a su cuidado, yéndolos a prevenir y citar el sábado antecedente para que ninguno faltase a la plática. Cada año celebraba solamente la fiesta de la Asunción a los Cielos de la Reina de los Ángeles María Santísima con tanta piedad, aseo y aparato que todos así de fuera como de casa se maravillaban de ver tan grandes y majestuosas fiestas. En nuestra casa de Santa Fe ejerció (entre otras ocupaciones) el oficio de ministro por tiempo de nueve años, y en él se portó como verdadero hijo de la Compañía. Tuvo grande celo de que se observasen exactamente las reglas, para que su observancia hiciese religiosos a sus súbditos. Sentía vivamente que se faltase en algo del modo de nuestros padres antiguos que con su ejemplo nos dejaron trillado el camino real para caminar por él seguros sin declinar al un lado ni al otro; y si en esto acaso se cometía alguna falta, la remediaba con el modo mejor que podía. Para proceder con mejores aciertos en este oficio de superior tenía

en su libro algunas advertencias muy necesarias ya (dice) con el ejemplo delante de los súbditos. Rehusar todo regalo y comodidad. Ser afable pero no burlón que con eso aman y temen los sujetos al superior. No guardar rencores. Estimar a todos. Hablar bien de todos. Castigar al que lo merece. Atender si se guardan las reglas y órdenes de los provinciales. Cuidar de la provisión necesaria y darles a los sujetos lo que han menester. No admitir el superior que los súbditos le sustenten conversación. Todos estos son dictámenes muy prudentes, religiosos y santos.

Manifiesta fue a todos la devoción sustancial que tuvo con la Santísima Virgen como con madre suya. Con ella de ordinario se regalaba dulcemente su amoroso espíritu. Con ella tenía familiarísimo trato, pero con las mujeres de acá recato mucho. Rara vez visitó a mujer, y esta rara vez era en enfermedad del cuerpo o necesidad del alma para socorrer misericordioso a la una y a la otra. De su castísimo recato quiero mencionar aquí un ejemplo. Yendo por un camino el padre Pedro Pinto con un hermano, y llegando a una choza sin gente cerca de la noche, acertó a llegar a ella una mujer de pocos años sola; entonces el padre que ya estaba tratando de disponer la cama, al punto la cogió y sin reparar en lo áspero del camino y que no había en mucho trecho donde recogerse, siendo ya de noche se puso a caballo sin temor a los malos pasos, lodos y laderas mojadas y volvió atrás a una estancia distante más de una legua, lloviendo antes y después las nubes con grandísimo tesón. ¡Oh, cuánto le estimaría la Purísima Virgen esta acción heroica a su casto devoto!

Por el amor que el padre Pedro Pinto tuvo a esta Señora, cuidó por espacio de 16 años de una congregación dedicada a su gloriosísima Asunción. Y aunque los congregantes de ella son la gente humilde de la República, los llamaba el padre los príncipes, o por no ponerles el nombre con que otros los abaten, o por dar a entender que sirviendo como hijos a tal Reina, eran príncipes en esta vida y llegarían a ser reyes en la otra.

Para que consiguiesen esta corona cuidaba grandemente de sus conciencias haciéndoles que confesasen y comulgasen a menudo. Trataba las paces entre ellos cuando el demonio enemigo sembraba entre ellos semillas de las discordias y enemistades. Aconsejábales y ayudábales a tomar estado en que sirviesen a Nuestro Señor y no tuviesen ocasión ni excusa de vivir en pecado mortal. Tenía trazas para socorrerles en las necesidades de su pobreza. Y siendo el padre de tanto interés para los otros, fue en sí tan desinteresado que jamás admitió de sus congregantes regalo alguno que le ofreciesen; y con tener en su congregación muchos y muy buenos oficiales que le querían como a padre, jamás les pidió hiciesen por él obra alguna ni aún que le dorasen siquiera una medalla para el rosario. Nunca les pidió ni agravó con derramas para las cosas de la congregación y para las que hizo en su lustre y adorno; juntó cantidades considerables por otros caminos valiéndose de otras personas ricas y hacendadas.

Como la santidad no sólo consiste en hacer sino también en padecer, quiso Dios labrar para santo al padre Pedro Pinto dándole graves enfermedades y entre ellas la última fue una relajación de estómago que le duró por espacio de año y diez meses, y con su porfiada y continua evacuación le fue poco a poco consumiendo la vida. Rendido en la cama con los dolores no dejaba de hacer obras heroicas. Viendo que no podía ayunar en la última

cuaresma de su vida por impedirlo su terrible enfermedad, se resolvió a no beber gota de agua en toda ella y cumplió su resolución en medio de la grandísima sed que le causaba la mucha evacuación. Ni aun en la cama fatigado con dolores omitió sus ejercicios espirituales y viendo que ya no podía leer lición espiritual, pidió afectuosamente que cada día se le leyese por espacio de media hora y algunas veces de hora entera un hermano estudiante, a cuyos ecos respondía con oraciones jaculatorias tan encendidas, que quedaba admirado y juntamente edificado el que leía. Tampoco dejó su celo el ministerio de aprovechar a sus congregantes, pues aun en la misma mañana del día en que murió los estuvo confesando hasta que pasando por el tránsito el padre Juan Manuel que entonces era rector, y sabiendo que no se había desayunado el enfermo por no faltar al consuelo de los penitentes, les dijo caritativo: «dejen vuestras mercedes al enfermo que está muy al extremo, y vénganse conmigo que yo los confesaré».

Llegó el día 25 de mayo del año de 1645, en que nuestra madre la iglesia celebró la Ascensión de Nuestro Redentor a los cielos, y en este tan festivo día se desayunó el devoto padre con la sagrada comunión sin saber si era aquel su último día cerca de las seis de la noche reconociendo en sí más que ordinaria flaqueza pidió le ungiesen con el Óleo Santo. Fue a verle el padre rector Juan Manuel, con quien el moribundo tuvo una conversación digna de escribirse aquí. Mostró el deseo que tenía de morir diciendo: «ojalá fuese Dios servido, que en día de su gloriosa Ascensión, cuando colocó en el cielo su santísima Humanidad como prenda de los que han de entrar en la gloria, fuese yo a verle y gozar de la fiesta deste día; pero un pecador como yo, ¿cómo tiene esta confianza? Fío, mi padre rector, de la merced que me ha hecho este Señor, de que haya vivido en su santa compañía y de que muera en ella que le tengo de gozar. Fío que Su Majestad habrá recibido en descuento de mis pecados este año y diez meses de enfermedad». Díjole entonces el padre rector, que era certísima la promesa en que se fundaba su esperanza, pues era la palabra de Dios. Añadió que lo que tocaba al morir en el día presente de la Ascensión, lo dejase en las manos del Señor que podía ser le quisiese dar vida para trabajar con tantos pobres. Aquí es de advertir que reparando el padre rector que en otras ocasiones que el padre Pinto había estado conocidamente en riesgo de morir, había cobrado salud y vida por medio de la Virgen Santísima, y le dijo que hablando con esta Piadosísima Señora le dijese: «In manus tuas Domina commendo spiritum meum». Oyendo el enfermo estas palabras mostró gran ternura y se resignó muchas veces con actos de conformidad con la voluntad de Dios acerca del día y hora de partir desta vida. Preguntóle el padre rector en quién había puesto los ojos para que le sucediese en el cargo de prefecto de la congregación, y con grande humildad le respondió: «¿Padre mío, eso me pregunta vuestra reverencia a mí? Haga la santa obediencia lo que le pareciere». Después de haber dicho el moribundo estas cosas, le dio en la conciencia un remordimiento muy semejante al escrúpulo que tuvo el gloriosísimo patriarca Santo Domingo en la hora dichosa de su muerte. Declaró este santo a sus hijos que moría virgen por la misericordia de Dios, y habiéndolo dicho con muy buena intención le vino escrúpulo de si había tenido alguna vanidad y se reconcilió con el padre prior. Casi lo mismo le sucedió al padre Pedro

Pinto, pues habiendo significado con su palabra el deseo que tenía de morir el día de la Ascensión y la confianza que tenía de salvarse, le dijo al padre rector: absuélvame vuestra reverencia destas cosas que he dicho si acaso se ha mezclado alguna vanidad. Respondiolo el padre rector que no había sido malo sino bueno su intento, y que no tenía por qué escrupulizar en haberle hablado con claridad de lo que sentía en su conciencia. Por último le rogó al padre rector le diese licencia para que lo echasen en el suelo a morir. Respondió el padre rector que hacía bien en querer imitar a Cristo, no sólo en la suma pobreza y desnudez en aquella hora, sino también en la dureza de la cama cual fue la cruz. Que bien sabía que Dios recibía los buenos deseos y premiaría el suyo, y que se contentase con esto. Pero parece que Dios quiso condescender con él, pues muy poco antes que expirase, fue necesario levantarle y ponerle en el suelo y de allí a poco que le volvieron a la cama, expiró a los 26 de mayo del año de 1645, contándosele cincuenta y tres de edad, treinta y siete de compañía y diez y ocho de profesión solemne.

Llegose el tiempo de amortajar al difunto padre que en su vida quiso ser tan pobre como lo es un muerto, y así su ordinaria pretensión con los hermanos roperos, que le diesen vestido tan desechado, que con él le pudiesen enterrar. Al tiempo de desnudar el cuerpo para amortajarlo, hallaron al padre Pinto imitador de San Pedro ad vincula. Y no lo digo sin fundamento, pues tenía ceñida al cuerpo una cadena de hierro pesado y tosca para que los eslabones más cruelmente le martirizasen. Raro penitente, pues no contento con los dolores involuntarios de la enfermedad que le atormentaban, añadió las penalidades voluntarias de los eslabones que le afligían. El padre rector Juan Manuel mostró la cadena a los sujetos de su comunidad religiosa, los cuales grandemente se edificaron sabiendo que el padre Pinto siendo así que tenía tan consumido el cuerpo con mal tan prolijo, tuvo espíritu de mortificación tan fervorosa. El día siguiente se le hizo un solemne entierro y acudieron a él los príncipes de su congregación con lágrimas en los ojos, con sentimiento en el corazón y muchas hachas y cirios en las manos. Hiciéronle un novenario de misas cantadas juntamente con doce rezadas cada día, y al nono le hicieron solemnes honras mostrándose buenos hijos con el padre amoroso de su espíritu, pero mayores honras le haría el Hijo de María Santísima al alma del padre Pedro Pinto en el cielo a que nos da motivo, lo uno el ajustado proceder de su religiosa vida; lo otro la devoción tan ardiente con que cada año celebraba la gloriosísima Asunción de su Madre, y así parece que en retorno le quiso llevar a los cielos en el primer día de la infraoctava de su triunfante Ascensión o subida a la gloria.

En una villa cercana a la insigne ciudad de Valencia, llamada Ontiñente, nació de las entrañas de una madre buena el padre Francisco Varaiz, el cual hizo demostración evidente del concepto que tenía de ella en un papel donde guardaba unos cabellos con un letrado de su mano que decía: «Cabellos de mi buena madre». Estos conservaba el hijo, o por tenerlos como reliquias de la santidad de su madre, o para que les sirviesen de estímulo para vivir bien no degenerando de hijo de madre tan buena. Y es cierto que no degeneró vilmente con algún vicio; antes bien se ilustró santamente con las virtudes, de suerte que los que leyeren las que aquí escribo, pueden echar mil bendiciones (como hizo Marcela con Jesús) a la madre que lo parió y también glorificar como Cristo nos enseña al Padre Eterno que lo crió.

Desde su niñez se entregó devotamente por hijo de la Madre de Dios, y viniéndole al tiempo que estudiaba letras humanas en Valencia una inclinación divina de tomar estado de perfección se valió del patrocinio de esta Señora y la obligó frecuentando los Sacramentos, y ella le favoreció guiándole como estrella resplandeciente al puerto de la Compañía de Jesús para que no se anegase su tierna virtud en las olas del siglo. Beneficio que solía agradecer publicar el padre Francisco varias veces diciendo: «La Reina de los Ángeles mi Madre me trajo a la Compañía de su Hijo».

Luego que entró en el noviciado que le tuvo en la ciudad de Tarragona, aspiró ansioso a la perfección religiosa. Sus comodidades eran las mortificaciones en que se suelen ejercitar los no vicios. Su descanso eran los ejercicios espirituales siendo el primero que acudía a ellos. Cuando tocaban la campanilla a las distribuciones parecía que él era el eco según la puntualidad con que a lo que le llamaban. Su honra tenía puesta en anticiparse a los ejercicios de humildad y en ser el primero en las acciones de abatimiento, de suerte que por este medio de bajar consiguió el fin de subir a mucha perfección, y tanta, que era el ejemplar de sesenta connovicios que le miraban las acciones y tenían bien que imitar en ellas. Otras tenía interiores que no veían, y estas eran una presencia continua de Dios y una comunicación ordinaria con Su Majestad, así en la oración mental como en la vocal, siendo las jaculatorias del hermano Francisco flechas ardientes de un serafín.

Salió del noviciado a los estudios de facultad, y de tal suerte aplicó el entendimiento a las cuestiones, que no permitió que su voluntad tuviese calma en el ejercicio de las virtudes con que llegó a lograr grandemente los dos intentos; el primero de ser perfecto religioso; el segundo de salir buen estudiante, y entrambas cosas evidentemente se manifestaban a los ojos y a los oídos de los que le trataban. A los oídos porque aunque en su ancianidad después de haber dejado tantos años atrás los estudios se le oían razones muy buenas en las materias escolásticas cuando se ofrecían las ocasiones. A los ojos, porque se venían a ellos los ejercicios y actos de las virtudes en que tenía los hábitos muy antiguos como quien los había adquirido desde su niñez y desde su noviciado.

Por estos pasos de la virtud y por este camino de la ciencia de la teología llegó al estado del sacerdocio, y estando en él, trató de sacrificar a Dios las comodidades de su patria y la cercanía de sus

parientes partiéndose tan lejos, como a las Indias, a buscar tesoro de almas para Dios que éste fue siempre su mayor interés. Con este glorioso fin se embarcó y llegó a la provincia del Nuevo Reino y en ella al Colegio de Santa Fe donde no satisfecho con los trabajos de haber estudiado artes y teología, se aplicó al estudio de la lengua de los indios tan dificultosa que muy pocos la saben por más que se den al cuidado de aprenderla; pero el padre Francisco tirado del celo de aprovechar a los indios, la estudió y supo tan perfectamente que pudo ser y de hecho fue maestro de la lengua índica por espacio casi de cuarenta años con gran puntualidad y continuo cuidado teniendo conclusiones y sabatinas de sus rudimentos. Ejemplo que hasta hoy siguen los de la Compañía que fervorosos le han sucedido en la cátedra de lengua.

Lo que ha caído en gracia es que el padre Francisco hacía una santa y donairosa ostentación de su cátedra y magisterio, y a título de él pedía a los superiores que le diesen sus vacaciones. Concedíanselas y el padre fervorosamente las empleaba en ir en algún caballo trotador (que los desta ralea eran más de su gusto, y sería porque le mortificaban más) a los pueblos circunvecinos adonde iba como apostólico misionero confesando y predicando a los indios en su lengua. Éstos eran los asuetos, éstas las recreaciones del padre Francisco; trabajar más con las almas después de haber trabajado todo el año con sus discípulos enseñándoles una dificultosísima lengua para que hubiese muchos apostólicos operarios de indios bárbaros. En estas correrías le sucedieron casos dignos de memoria, y ya que es imposible contarlos todos referiré aquí algunos. Caminaba el siervo de Dios para un pueblo llamado Caxicá llevado de un impulso interior que le movía; llegó al pueblo en ocasión que estaba ya en manos de la muerte y casi en las puertas de su condenación una india de muchos años que en todos ellos no había puesto sus pies en la iglesia ni estaba bautizada. Púsole el varón apostólico la mano en la cabeza y hablándola con paternal ternura la ablandó de suerte su obstinación, que ansiosa le pidió el santo bautismo, y habiéndola recibido precediendo los actos de fe, esperanza y caridad en que el padre la instruyó acabó la vida temporal con esperanza de que consiguió la eterna.

En otra ocasión se fue el padre Francisco a otro pueblo llamado Fontibón, y al mismo tiempo que llegó se encontró con un padre de los nuestros que venía de la casa de una india anciana y extranjera de la cual no había podido sacar siquiera una palabra acerca de su bautismo ni acerca de confesarse. Oyendo esto el siervo de Dios encomendó este negocio a la Virgen Santísima y se fue a la casa de la india, que no habiendo querido manifestarse al otro padre, le dijo con toda claridad cómo estaba bautizada y se confesó y recibió a Cristo Sacramentado y la Extremaunción con satisfacción tanta del operario apostólico, que a repetidas veces mostraba el júbilo de su corazón en los labios diciendo: «Una alma para mi Dios, una alma para mi Dios».

Con el cura de un pueblo de indios empeñó el padre Francisco su palabra dándosela de que iría a predicar en una fiesta que hacían grande. Amaneció el día pactado, y viendo el cura que ya era muy tarde, mandó dar principio a la misa cantada juzgando que el padre Francisco no vendría por no poder pasar un río que a la sazón con las lluvias iba muy crecido. Llegó a las orillas en su caballo el padre, vio que las aguas por muy caudalosas le

estorbaban el paso al pueblo; pero sin embargo se arrojó a ellas por donde jamás se había vadeado el río por profundo. Pasole, llegó al pueblo a tiempo que pudo cumplir con la obligación de predicador evangélico. El cura y los demás del pueblo que le vieron, sabiendo cómo estaba el río cuando al padre le dio paso, y más por la parte por donde se había arrojado, se quedaron admirados de que no se hubiese ahogado y perecido en el agua el que tanto bien les venía a hacer en su tierra.

Caminando en otra ocasión de un pueblo a otro en prosecución del fervoroso ejercicio de misionero, lo que en otros fuera arrojo no lo fue en el padre el arrojarse a las corrientes de un río crecido porque obraba con divino impulso y se manifestó a los ojos de algunos que vieron que habiéndose mojado todo lo superior de la silla por haber corrido por encima de la cabalgadura las aguas, respetaron el cuerpo del padre no mojándolo. Concurrieron el padre Francisco y el cura de un pueblo en un paraje que distaba media legua de la ciudad de Santa Fe, a la cual deseaba pasar el cura. En esta sazón le avisaron que una india de su pueblo (que estaba distante dos leguas del paraje en que los dos estaban) se hallaba con los aprietos de la muerte sin que hubiese quién le pudiese dar el socorro de los Santos Sacramentos. No quiso el siervo de Dios perder aquesta ocasión que el cielo le ponía en las manos, y así abriendo con dulzura sus labios le dijo al cura: «Vaya vuestra merced a Santa Fe que yo iré al consuelo y remedio de la enferma». Partiéronse a un tiempo, el padre para el pueblo y el cura para la ciudad pero no con igual agilidad, pues habiendo caminado en breve el cura la distancia de la media legua halló impensadamente al padre Francisco que le estaba esperando a la entrada de la ciudad habiendo administrado a su enferma los Sacramentos de la iglesia y caminado cuatro leguas y media de ida y vuelta. No admiró que Dios concediese alas de serafín al padre Francisco, pues acudió con amor de serafín al bien espiritual de la enferma. Admirado el cura del dote de agilidad que Dios en esta ocasión le había concedido al padre, derramó devotas lágrimas de ternura y testificó el caso.

La ordinaria habitación del padre Francisco era la casa de Dios (que para tal ángel tal había de ser la casa de habitación), y ésta es un templo que en la ciudad de Santa Fe llaman la iglesia chiquita a distinción de la iglesia grande que tiene nuestro Colegio. Aquí vivió muchos años. Aquí tuvo dos ocupaciones, la una con Dios, con la Virgen y los santos; la otra con sus indios, con sus negros y españoles que le buscaban. Esta casa la adornó su devoción con muchos altares, la enriqueció su solicitud con devotas imágenes, la hermoseó su curiosidad con vistosos adornos, y en su sacristía puso su religiosa diligencia ricos ornamentos, candeleros, vasos de plata y lo demás necesario para el culto divino.

En esta santa casa solía hacer de las noches días gastándolas en oración sin embargo de que las tareas de entre día pedían el descanso de la noche. Allí oraba puesto de rodillas a Dios con mente y labios, los cuales ponía algunas veces en tierra pareciéndose en esto como en otras cosas a su devoto San Francisco de Borja. Allí en distintas ocasiones le obligaba el fervor a prorrumpir (ajeno de que le pudiesen escuchar) en jaculatorias ardientes que pronunciaba en alta voz, siendo las más ordinarias en voz baja y en silencio con especialidad cuando recelaba que alguno le podía oír. Sábese con certidumbre que el cielo no se hacía sordo a sus voces,



pues según depuso un religioso de nuestra Compañía, sucedió varias veces que estando el padre Francisco a deshoras de la noche en oración en su iglesia le correspondían voces del cielo. A todo él obligaba haciendo fiestas por el círculo del año, ya a Cristo, ya a su Madre Santísima, ya a los santos y esto con la mayor solemnidad y aparato que podía de luces, música, y adornos.

En la casa de Dios (donde como ya dije) de ordinario vivía, daba lugar a los muertos sepultando los cuerpos de los pobres indios y haciendo decir misas y ganando indulgencias por sus almas. Voz fue común que las ánimas del purgatorio hablaban con el padre pidiéndole socorros. De aquí debió de nacer la devota hermandad de Nuestra Señora del Socorro que sin su nombre propio hizo imprimir para que las almas fuesen ayudadas con gran número de misas por todo el mundo.

Jamás permitió que en la casa de Dios le faltase su silla, y así se estaba en la del confesonario muy de asiento a todas horas tratando de resucitar a la vida de la gracia a todos los que llegaban muertos con la culpa, y aunque esto lo hacía con todo género de gentes, especialmente con los morenos y desvalidos indios a quienes por serlo más efectivamente se dedicaba su misericordiosa caridad. Varios casos le sucedieron en la silla del confesonario. Uno o dos referiré. Llegose a confesar con el padre una señora que con alguna atención, aunque no maliciosa usaba de algunos afeites. Hablola el padre con apacibilidad (que suele valer mucho para la corrección) y con palabras de santo le dijo: «¿Qué afeites son esos hija?, ¿he estado yo toda la noche llorando por sus afeites y por ella y ahora viene con ellos?» Luego cogió el fruto destas palabras porque la señora movida de ellas comenzó a derramar por sus ojos muchas lágrimas que lavaron el rostro limpiándole la sobrepuesta hermosura, quedando sin ella más hermosa a los ojos de Dios. Dio principio a su confesión y acabada le dijo al padre que no tenía más que confesar. Sí tiene, le respondió el siervo de Dios, acútese de esto y esto, trayéndole a la memoria cosas de que no se acordaba; pero Dios se la comunicó a su siervo para crédito de su virtud y recomendación de su santidad.

Pretendió el demonio sacarle al padre los colores al rostro en venganza de las almas que le quitaba de sus garras por medio del sacramento de la penitencia. Para esto dio en combatir a una persona con una tentación molesta, y fue que le diese al padre de bofetadas. Yéndose a confesar el tentado con él se le hincó el padre de rodillas diciéndole: «aquí me tiene; no deje de darme las bofetadas». Oh humilde Francisco que así dio licencia para su afrenta como otros pudieran solicitar su honra.

Hallábase una señora principal (según ella misma depuso) sin dinero en su casa en ocasión que le instaba un desempeño preciso, y aunque el aprieto discurría varios caminos al desahogo ninguno acabó de elegir su empacho porque su calidad le hacía dificultosa cualquiera diligencia; pero el padre Francisco la redimió de tan molesta congoja. Vino un día a confesarse con el varón de Dios sin haberle dicho su necesidad ni manifestádola a otra persona alguna. Acabada su confesión la dijo: «ya sé hija, que vive desconsolada por falta de dinero; tanto es lo que ha menester; envíe luego por él que esta casa que tanto la debe se los prestará». Admirada quedó la señora viendo que le había conocido el padre lo que tenía tan encerrado en su pecho que aun a los labios no lo

había permitido.

No pudo decir el padre Francisco que no había pan en su casa: «In domo mea non est panis», como dijo otro de quien escribe el profeta Isaías en el capítulo V, pues no contento con comer cada día el Pan Sacramentado en el altar entabló mucha frecuencia de comuniones en sus indios. Procuraba hacerlos capaces deste soberano manjar dándoles a entender la diferencia que hay entre el pan que de ordinario comían y el Pan consagrado que comulgaban. Para este banquete consagraba muchas formas, les señalaba los días y en ellos les daba la comunión. Quiso el Señor premiarle este fervoroso desvelo concediéndole que muchas noches en su iglesia viese una soberana luz con que estaba más clara que en el más resplandeciente día. Esto le hizo declarar Dios al padre sin detrimento ninguno de su profunda humildad.

De casa le sacaba afuera unas veces el celo; otras la misericordia y otras la caridad; que solas las virtudes tenían poder para sacarlo de su retiro. El celo de salvar las almas por medio del sacramento de la confesión le llegaba tan ágil, aun cuando tenía más de setenta años de edad caminando no sólo por las calles sino también por las cuestas arriba y cerros, que fatigaba a los hermanos más robustos que iban por sus compañeros. La misericordia le guiaba a las cárceles y compasivo aliviaba a los presos, no sólo en lo espiritual, sino en lo corporal también. La caridad le obligaba a andar por los arrabales, por los ranchos y rincones en busca de los pobres indios enfermos a quienes llevaba él mismo en el canto de su manteo el pan, la carne y los regalillos que solicitaba su amor para socorro desta gente tan desvalida. Solía hacerlos llevar al hospital ayudando él mismo y poniéndolos tal vez en sus hombros.

Vayan ahora que no vendrán fuera de propósito dos casos que le sucedieron con enfermos. Fue el padre a visitar a un niño enfermo hijo de uno de los caballeros más principales de Santa Fe llamado don Miguel de Loyola, el cual con amor de padre multiplicó diligencias para restituirle la salud, de suerte que juzgó que ya el niño estaba bueno y así se lo dijeron al padre Francisco, a cuyo semblante atendió su compañero y en la mesura del rostro del padre leyó la muerte del enfermo, y fue así que en saliendo de la casa dijo al hermano, bueno me dicen que está, y dicen bien que está bueno para el cielo; y así sucedió, pues muriendo en breve se partió a gozar de Dios. Al contrario pasó con otra muchacha enferma desahuciada de los médicos y llorada ya de sus padres que por instantes aguardaban en la última boqueada su desconsuelo. Dijo sobre su cabeza el padre Francisco un evangelio y luego afirmó con toda seguridad que no moriría, y acreditó Dios la verdad de su siervo librándola de la muerte, y concediéndole la vida.

De las puertas adentro le notaron los de su compañía algunas cosas que no será bien las deje en blanco la pluma. En su aposento tenía un papel fijo en que distribuía varios santos para todas las horas del día y de la noche, y en dando el reloj la hora conversaba con los santos que había señalado su devoción. Lo más de la noche gastaba en oración, y cuando la necesidad del sueño le llevaba a la cama, era a un potro de dar tormento porque jamás se acostó en colchón; vestido se arrojaba sobre la cuja desnuda. En el refitorio se ponía muchas veces a los pies de sus hermanos besándoselos con humildad como quien tenía por honra el estar a los pies

de los otros. Todos los sábados confesaba su culpa publicándose no observador de las reglas. Cuando se ocupaba en los ejercicios de nuestro padre San Ignacio salía en público a decir sus faltas y las castigaba delante de todos con una disciplina que se daba en las espaldas. Por espacio de muchos años ejerció el oficio de padre espiritual y confesor de los sujetos de nuestro Colegio de Santa Fe, y lo hacía con eminencia, ya serenando con paternal amor los ánimas, ya buscándolos en sus aposentos con el consuelo, ya sacando tal vez a los afligidos al campo. Verle solamente la cara alegraba al más congojado. Una palabra suya hablada con llaneza y sinceridad (aunque era muy entendido) solía dar mucho consuelo. Esta era la raíz de donde brotaba el fruto de ser el padre Francisco querido y estimado de todos los que le conocían.

Pocos años antes que acabase con su vida temporal, quiso Dios que experimentase la de ser superior. Bien descuidado estaba y bien olvidado de superioridades cuando le llamó el padre provincial para encargarle el Colegio de Santa Fe. Cogióle la voz en ocasión que llevaba cargada debajo del brazo una ollita para un pobre enfermo. Apenas oyó el nombre de rectorado cuando tuvo su corazón un sentimiento tan extraño que pareció le habían dado sentencia de muerte. Hincóse de rodillas a los pies del Padre Provincial, y llenos sus ojos de lágrimas con la retórica santa de su humildad pretendió persuadir su insuficiencia para el oficio. No soy para eso, Padre Provincial, decía, que hasta ahora por inútil y por inepto me han dejado los superiores sin oficio; porque no tengo talento para gobernar no han puesto en mí los ojos; póngalos vuestra reverencia por la sangre de Cristo en otro: y no en mí que lo erraré todo. Enternecieronse los presentes con este espectáculo tierno de humildad viendo correr las lágrimas por mejillas tan venerables, porque le ponían en lo superior del gobierno. Estas diligencias de humilde fueron nuevos motivos al Padre Provincial para no retroceder de su intento conociendo que el retiro humilde para el mando es grande merecimiento para la superioridad. No admitida la excusa le fue forzoso al padre Francisco admitir el cargo que ejerció por espacio de un trienio con amor paternal y ardiente caridad, pero estaba tan mal hallada su humildad con el gobierno, que deseaba que fuese más ligero el tiempo para verse en el término último del oficio como lo indican las palabras siguientes que varias veces repetía: «Si se pudiera cohechar el tiempo, lo hiciera porque pasase más presto». Y cuando vio que ya se le iba acercando el fin del trienio les decía a algunos de sus súbditos: pídanme albricias que ya voy acabando esta tarea. Esta fenecida salió el padre Francisco como de su purgatorio y se halló (quitados los otros embarazos) solamente con la gloria del trato de sus indios, que el tratar con caballeros, con oidores y príncipes era tormento para su humildad, y deste tormento huía cuanto le era posible. Sólo salía a buscar por arrabales y ranchos a los indios, convidándolos a que acudiesen a las pláticas fervorosas que acostumbraba hacerles todos los domingos por la tarde. Viendo que muchos no acudían al convite, semejantes a aquellos que se excusaron de ir a la grande cena de que hace mención el Evangelio, se entristeció su corazón, y el remedio que tomó para su consuelo fue irse a la capilla de la Virgen y suplicarla que como piedra imán divina atrajese a todos los indios a oír las pláticas. El efecto manifestó que le había otorgado la petición porque el domingo siguiente

acudió en grande número hasta la gente de los arrabales más apartados. Agradecido el padre Francisco a este beneficio se ofreció nuevamente a esta Señora por su esclavo y prosiguió en la costumbre de hacerle cantar la Salve los sábados, con celebrarla en sus fiestas y con las demás devociones con que solía festejarla.

Entre estas delicias vivía gustoso el padre Francisco Varaiz, cuando el señor oidor don Gabriel Álvarez de Velasco, y habiendo de hacer viaje a la ciudad de Tunja quiso llevar a su lado un ángel de guarda visible (que por tal estimaba al padre) y así pidió al superior que se lo diese por compañero. No pudo negárselo y por eso le ordenó al padre que hiciese el viaje. Entonces él obediente puso en ejecución lo que le mandaban, y preguntándole la curiosidad de algunos a dónde iba. Respondió que a morir. Un sacerdote digno de todo crédito que tenía su vivienda en el camino intermedio que hay de Santa Fe a Tunja, testificó que entrándosele a caballo por sus puertas el padre Francisco Varaiz le echó los brazos al cuello y con alegría en el semblante y dulzura en los labios le dijo: «Yo me voy hijo mío a morir a Tunja, y vengo a despedirme; adiós que en el cielo nos veremos». ¡Oh dichoso hombre que tan segura tenía en el término de su jornada la dicha!

Con la fatiga del camino en setenta y siete años de edad le acometió una ardentísima fiebre acompañada de unos cursos malignos. Con este afán entró en nuestro Colegio de Tunja y no siéndole posible estar en pie le acostaron en la cama, donde viéndole padecer uno de los nuestros le dijo: «Junte vuestra reverencia sus dolores con los de Cristo Señor Nuestro en la cruz». Respondió como humilde: «Vengan más penas, pues soy digno de las eternas». Al oír estas palabras notaron su humildad que le obligó a no mirar los méritos que había adquirido, sino a bajar los ojos a los profundos del infierno. Apretábale cruelmente la sed; pero como era tan grande la que tenía de padecer, no pedía el agua para su alivio. Ofrecióle un padre el cordial que por orden del médico se le había preparado y le dijo estaba compuesto de oro, perlas y esmeraldas. Sintiólo su humildad y dio a entender su sentimiento diciendo: ¿Para qué son esas cosas tan costosas ni tan excesivo cuidado con una cosa tan vil y tan pecador como yo? Todos le tenían por santo, pero él en estas y otras ocasiones se tenía por pecador con que mostraba no se conocía a sí mismo por sobrado su proprio conocimiento.

Examinó diligentemente su conciencia para dar cuenta della a un confesor con una confesión general, y el que la oyó depuso no haber perdido la gracia baptismal; y otros afirmaron que no había cometido pecado venial con plena advertencia. La que tuvieron los que le asistían fue que de ordinario estaba mirando hacia lo alto donde estaba el cielo, y que por sus ojos derramaba tiernas lágrimas y cogiéndole las palabras al Apóstol decía que deseaba morir por ver a Cristo, y así recibió con muestras de regocijo las nuevas (si nuevas se pueden llamar las que ya el padre sabía y había dicho a los que le preguntaban dónde iba cuando se partió de Santa Fe) que le dieron de que se moría. Conociendo que le iba faltando la respiración pidió le trajesen a Cristo Sacramentado que es el espíritu de nuestra boca como dice el profeta. Recibióle con tiernas lágrimas que conmovieron a llorar a todos los circunstantes; y uno que no había visto al padre en otra ocasión sino en aquella, se tenía por dichoso de haberle

visto y conocido a la hora del morir. Luego pidió la Extremaunción, y habiéndosela administrado hizo que le diesen la imagen de un Santo Crucifijo, y abrazándose tiernamente con ella le dijo afectuoso: «¿A dónde iré, sino a vos mi buen Jesús? Recibidme por las entrañas de vuestra misericordia, por vuestras lágrimas y sangre». Entre estos y otros afectos expiró a los once de enero de 1658 habiendo adquirido muchos méritos en sesenta y un años de vida religiosa además de los que consiguió en diez y seis que vivió en el siglo, pues desde su niñez, como queda dicho, comenzó a servir a Dios.

A la misma hora en que el padre murió, a una persona de ejemplar virtud le mostró Dios a nuestro padre San Ignacio en un hermoso cerco de luces vestido de sacerdote que con gozo así suyo como de otros cortesanos celestiales, con amoroso afecto de padre abrazaba a uno de la Compañía, y entendió que era el padre Francisco Varaiz; y no era dificultoso de entender, pues tuvo la visión a la misma hora en que el alma del padre salió de su cuerpo.

Luego que en la ciudad se supo su fallecimiento acudieron muchos a ver el cadáver del siervo de Dios, y como de tal solicitaban sus reliquias, unos tiraban de la ropa que le cubría, otros aspiraban a tener siquiera un cabello de su cabeza y todos ansiosos solicitaron tocar sus rosarios al cuerpo, librando su dicha en este piadoso contacto; diligencia a que dieron principio algunos religiosos de otras religiones, que como primeros en la estimación del espíritu quisieron dar al del difunto el primer aprecio. ¿Quién no juzgara en este suceso que Dios quiso premiar con la misma moneda de honra la piedad con que el padre estimó y veneró a la buena madre que lo parió? Él guardó por reliquias los cabellos de su madre por juzgarla santa, y Dios dispuso que solicitasen sus cabellos y otras cosas suyas por reliquias, por tenerlo por santo.

Enterraron honoríficamente en nuestra iglesia de Tunja el venerable cadáver, pero no quiso la ciudad de Santa Fe privarse de tener la dicha de gozar el cuerpo muerto habiendo tenido la ventura de poseerle vivo por espacio de cincuenta años. Apenas se divulgó en la ciudad a voces de los dobles de campanas que el padre Francisco Varaiz había fallecido en Tunja, cuando los señores de la Real Audiencia se juntaron en acuerdo y resolvieron pedir al padre provincial, por vía de ruego y encargo, hiciese traer a Santa Fe el cuerpo del venerable padre. Admitió el padre provincial con el debido agradecimiento tan piadosa demanda, y ofreció que le daría cumplimiento como en efecto se lo dio, y después lo verá el lector.

Las mismas ansias de que se trajese el cuerpo del venerable padre, tuvo el Deán y Cabildo eclesiástico, y uno de los señores prebendados se ofreció a ir con otro compañero suyo hasta la ciudad de Tunja para traerlo, porque juzgaba se debía de justicia a la ciudad de Santa Fe. Pero como era necesario que se pasase algún tiempo para la función de traerlo, lo dilataron mas no el hacerle las honras en nuestra iglesia. Cantó la misa el señor tesorero don Lucas Fernández de Piedrahíta, provisor y vicario general entonces del arzobispado del Nuevo Reino de Granada y ahora obispo de Panamá. Predicó este día las alabanzas del difunto, el señor doctor don Fernando de Castro, canónigo de aquella santa iglesia. Asistió la Real Audiencia y la ciudad con su ilustre cabildo. Todas las religiones le

dijeron misa cantada con su vigilia.

Los indios mostraron con lágrimas en los ojos el amor filial que para con su padre tenían en el corazón; y demás desto hicieron demostración del agradecimiento a los beneficios que habían recibido de su padre, así en lo temporal como en lo espiritual, retornándole unas solemnes honras en su propia iglesia con vigilia y misa cantada que dijo el padre provincial Gaspar de Cugía predicando a ellas el padre Pedro de Salazar los elogios del difunto teniendo por auditorio mucho concurso de nobles y plebeyos porque tan ajustada vida parece que de justicia pedía todos estos aplausos y otros muchos mayores.

Después de muerto ha querido Dios obrar por su siervo algunas maravillas: dejaré algunas por no estar bien averiguadas y sólo referiré dos. Cierta religioso se hallaba combatido de una molesta pasión que le traía en continua guerra el alma, y entre sus fatigas levantó los ojos con el corazón al cielo, y hablando con Dios le dijo: «Señor, si el padre Francisco Varaiz es santo y sus méritos son de vuestro agrado, os suplico por su intercesión me libréis de esta tormenta». Apenas acabó de pronunciar estas palabras, cuando se le acabaron las penas porque se le quitó del todo la tentación.

Hallábase una pobrecita niña muy afligida por habérselo criado en uno de los dos ojos una nube tal, que casi se lo cubría, todo sin que con él pudiese ver aun objetos muy crecidos. Lleváronla los suyos muy lastimados a nuestra casa, y uno de los padres que asistía en ella, movido de compasión le dijo una misa pidiendo al Señor por los méritos del padre Francisco el remedio de aquel mal y dispuso se le aplicase una reliquia suya en la parte lesa, y fue tan eficaz la aplicación que en muy breve tiempo quedó sin rastro de la dolencia y obtuvo tan preciosa joya como lo es la de la vista.

Por satisfacer el padre provincial Gaspar de Cugía al amor y devoción que tenía al padre Francisco Varaiz, y por cumplir la palabra que había empeñado de traer a la ciudad de Santa Fe los venerables huesos, envió por ellos a Tunja y los hizo traer con todo secreto y cautela para evitar con modestia los concursos de gentes que sin duda hubiera grandes en su recibimiento; pues algunos caballeros de los más nobles de Santa Fe habían resuelto y pactado entre sí salir a pie a un pueblo que dista cuatro leguas de Santa Fe a recibir el venerable cadáver cuando viniese a su noticia que lo traían.

Determinó el Padre Provincial el día en que se habían de hacer las exequias que fue el séptimo de diciembre, víspera de la Purísima Concepción de la Virgen; que en tal día se había de honrar al que fue tan singular capellán de esta Señora. Fue el padre rector Joseph de Urbina a dar cuenta desta determinación al señor presidente deste Reino (que de suyo se ofreció a ir al entierro) a la Real Audiencia, a los cabildos eclesiástico y secular. Los señores del eclesiástico (sin que se lo suplicasen) se ofrecieron a ir en forma de cabildo a nuestra casa a officiar la vigilia y misa. Al pueblo se dio noticia con una cédula que se leyó en el sermón del día del apóstol del oriente San Francisco Xavier, para que así fuese honrado otro Francisco imitador suyo.

El jueves seis de diciembre en la noche en nuestra casa empezó el doble al cual hicieron eco la catedral y todos los conventos de religiosos y

religiosas. Los venerables huesos estaban en un baulillo aforrado en tafetán negro doble envueltos en un paño de ruán de cofre. El baulillo se puso el jueves en la noche en el lugar ordinario de los difuntos en nuestra iglesia sobre dos cojines de terciopelo en un bufete grande cubierto con un rico paño negro de seda (habiéndose metido el mismo día dentro del cofrecillo una lámina de bronce en que se esculpió el nombre de quien era aquel tesoro) con seis hachas en sus blandones y doce velas grandes alrededor, sin querer poner más por no exceder de la modestia religiosa; pero algunos caballeros que habían pedido que corriese por cuenta de su gasto el funeral, y habiéndole excusado con agradecimiento y modestia el padre rector, repararon que era muy poca la cera y enviaron por muchas hachas y cirios y los pusieron delante del cofrecillo. Llegado el viernes siete de diciembre de 1663 se abrieron las puertas de nuestra iglesia a que concurrió muchísima gente. Vinieron muchos sacerdotes a decir la misa por el difunto, por la devoción que le tenían, y con ser así que no se había dado parte a ninguna de las religiones, vino la del Glorioso Patriarchia y doctor de la iglesia San Agustín, con el muy reverendo padre provincial fray Luis de Mesa y le cantó su vigilia y misa y se quedó con toda su muy religiosa familia para asistir a la misa en que se había de hacer el entierro, la cual cantó el señor Arcediano con toda solemnidad y acompañamiento de todos los señores prebendados. Siguióse luego el sermón que predicó el padre Bartolomé Pérez, en que dijo algo (que todo no pudo) de las religiosas virtudes del difunto, a cuya relación algunos de los oyentes derramaban tiernas lágrimas. Luego se cantaron los responsos con la misma armonía de música que se cantó lo demás. Después desto acudió el cabildo secular diciendo que le tocaba el llevar el baulillo a la sepultura, y así lo llevaron don Francisco Venegas, alcalde ordinario, don Francisco de Colmenares, alférez real y don Antonio de Vergara, del hábito de Santiago, tesorero de la casa de la moneda, y lo colocaron en una caja nueva que estaba dentro de la sepultura en el presbiterio al lado del Evangelio. Y antes que se cubriese con la tierra se fueron llegando bandadas de gentes de todas calidades y las mayores de la república de Santa Fe, hombres y mujeres, y postrándose de rodillas besaban con lágrimas en los ojos la tapa de la caja en que estaban los venerables huesos, y en ella tocaban a porfía sus rosarios, ya que a pesar suyo no podían tocarlos inmediatamente a los huesos del difunto. Pedían también con muchas instancias alguna cosa del padre para llevársela por reliquia. Daban muchos agradecimientos a los padres provincial y rector por haber traído de Tunja a Santa Fe las reliquias del siervo de Dios aclamándole por santo y afirmando que vivían con esperanzas de que teniendo la ciudad de Santa Fe su cuerpo les había de hacer muchas mercedes y beneficios, que con su intercesión les había de alcanzar el alma que gozaba de Dios en el cielo.

Vida del padre Joseph Dadei

Aunque son cortas las noticias que tengo del padre Joseph Dadei, según el gran concepto que tienen de sus virtudes los que le conocieron, no puedo dejar de hacer mención de su vida por ser uno de los primeros que fundaron el Colegio de la Compañía de Jesús de Santa Fe, y tuvo el gozo de verlo fundado de 1604 hasta el de 60 que murió.

Nació el padre Joseph Dadei en Mondoví, ciudad del Estado de Milán. Sus padres como nobles le criaron como convenía a su calidad dándole en su niñez buenos maestros para que aprovechase no menos en virtud que en letras, y con este intento le enviaron a Turín, cabeza del Estado de Saboya. Allí antes de cumplir los diez y seis años le llamó Nuestro Señor para que fuese soldado de su Compañía y dejase de ser vano seguidor del mundo. Pretendiola, y los superiores hicieron varias pruebas para ver si convenía recibirlo en su misión, y reconociendo que era a propósito por su constancia le recibieron y alistaron en el colegio de Turín.

Luego que puso los pies en el noviciado y lo supieron sus padres y deudos, trató de hacerle guerra la carne y sangre juzgando de que su victoria consistía en sacar a su hijo de la religión. Instaron como poderosos con instancias grandes que lo sacasen del noviciado y lo pusiesen en libertad, porque juzgaban haber sido sólo niñería la que había sido varonil resolución. Lleváronlo a su casa y en ella atestaron contra él toda la artillería de su natural pasión; mas no hicieron mella en el castillo de su constancia, y viendo que no le podían ni con amenazas ni con promesas obligar a retroceder de lo comenzado se dieron por vencidos y lo dejaron libre para que siguiese su vocación.

Volvióse al noviciado tan contento como quien había alcanzado victoria y como quien volvía a coger la presa que le habían querido quitar. Vivió tan gustoso como quien estaba debajo del presidio de Jesús. Después de haberse hecho religioso veterano por medio de los votos le volvieron a tocar a rebato y obligarle a tomar las arreas en su defensa. Fue el caso que el padre Joseph Dadei tenía dos tíos hermanos de sus padres; el uno mayordomo del Sumo Pontífice, deán de Santa María la mayor de Roma; el otro obispo en una de las ciudades del Estado de Milán. Cada uno por su parte solicitaba diligente los aumentos de su sobrino, y para que sin mala conciencia se ejecutasen sus intentos, pretendían alcanzar dispensación del Sumo Pontífice, el uno para ponerle en la dignidad de deán que tenía, y el otro para colocarle en el candelero de su iglesia haciéndole sucesor suyo en el obispado. Mas el verdadero jesuita, como si hubiera hecho el voto de no admitir dignidades, cada vez que sus tíos le proponían sus ascensos y manifestaban las diligencias que hacían, mostraba sus repugnancias y hacía sus resistencias a sus tíos como a enemigos que por tales tenía a los que le querían sacar del presidio de la religión y ponerle en los peligros del mundo donde temía ser vencido de los enemigos del alma.

Trató con eficacia de poner el mar de por medio para huir de los que le combatían en la tierra, juzgando que le era conveniente el dejar su patria, alejarse de sus tíos y ausentarse de toda Italia. Tuvo noticias de que en estas partes de la América había muchos gentiles sujetos a la tiranía del demonio, y quiso salir al campo con Lucifer para quitarle las almas que tenía cautivas en las sombras de la muerte; con este fin pidió a



los superiores y alcanzó pasar a este nuevo y dilatado mundo. Pasó por el mar y por muchas tierras y llegó a esta ciudad de Santa Fe del Nuevo Reino de Granada el año de 1604 en compañía del padre procurador del Perú y primero provincial desta provincia, el padre Diego de Torres Bollo.

Llegado en buen hora a Santa Fe fue uno de los primeros fundadores del Colegio que hoy tiene la Compañía. Fundolo primeramente con el buen proceder de su vida religiosa dando muy buenos ejemplos a los de dentro y a los de fuera de casa. Fundolo dando principio a los estudios de gramática y empezó por una elegante oración latina a que acudió la Real Audiencia, el señor arzobispo, ambos cabildos y un innumerable vulgo atraído de la novedad y del deseo de ver lo que hasta entonces no se había visto ni oído en la ciudad de Santa Fe. Fundolo leyendo juntamente (por ser entonces pocos los sujetos) con la gramática una cátedra de moral, bien necesaria en aquellos primitivos tiempos porque no había quien entonces la leyese y era forzoso dar esta luz para que se desterrasen las confusas tinieblas en que se vivía de ignorancia. No satisfecho con tan trabajosas ocupaciones leía también a muchos que se lo pidieron, los meteoros y esfera del padre Clavio.

No sólo fue fundador haciendo oficio de maestro, también fue uno de los fundadores haciéndose discípulo; aprendió la difícilísima lengua de los indios que llaman mosca, y la supo con gran propiedad, y su diligente estudio compuso en ella varios y muy provechosos papeles. También aprendió y supo otras lenguas de los indios de los llanos. Entre estos lenguajes aprendió el castellano y lo hablaba y pronunciaba con tanta propiedad y buena pronunciación, que parecía haber nacido y criádose en Madrid y no en Mondoví. Por buena cuenta más de cinco fueron los idiomas que supo y por esta ciencia y por su insigne virtud mereció y obtuvo en la Compañía por espacio de 43 años el grado de profeso de tres votos ya que no alcanzó el de cuarto voto por no haber estudiado las facultades mayores, las artes y teología. Con la noticia de los idiomas afiló su lengua como espada para hacer guerra al demonio y quitarle las almas que yacían aherrojadas debajo de su tiránico imperio. En lengua española jugaba la espada de la palabra de Dios, ya en el púlpito predicando con grande espíritu y fervor en orden a que sirviese al Rey del cielo; ya en el confesonario en que era continuo sacando las almas de las prisiones del pecado mortal y dándoles avisos para que no volviesen a dejarse aprisionar. En las lenguas de los indios jugó de la misma manera la espada de la palabra de Dios, así en el púlpito como en el confesonario. Hizo correrías por los llanos por estar poblados de infieles bárbaros, y como quien militaba debajo de la bandera de la Compañía de Jesús fue introduciendo en ellos la fe cristiana a costa suya y padeciendo trabajos exponiéndose a peligros de perder la vida, sufriendo temporales; unas veces de calores, otras de aguaceros, tolerando hambres y necesidades. Fundó muchas doctrinas de indios y en ellas ganó muchas almas de niños que por las aguas del bautismo tomaron puerto en el cielo, y también de adultos que por los Sacramentos que les administró el celoso padre se salvaron. Así militó (como aconseja San Pablo) una buena milicia por tiempo de dilatados años. Muy grande sueldo recibirá en el cielo. Siempre atendió como buen soldado a las órdenes que le daban sus superiores y les obedecía sin repugnancia y con puntualidad. Era vigilante

centinela de su conciencia ejercitándose en el examen general y particular. Velaba en la oración con Dios todo el tiempo que podía. Usaba del común arnés contra su cuerpo, que son disciplinas y cilicios que los demás religiosos acostumbran, y esto hasta la misma vejez; pero no usaba de particularidades, tanto que para que tomase en una ocasión un género de regalo se vio obligado a llevárselo el mismo superior compadecido de su necesidad. Con ser un sujeto que había trabajado, no como uno, sino como muchos, le parecía a su profunda humildad que no era para nada y que la Compañía de Jesús le daba lo que había menester sin merecerlo. Andaba como avergonzado no osando parecer delante de la comunidad arrinconándose y buscando el lugar más ínfimo. En su ancianidad pasaba sus achaques procurando no ser cargoso a ninguno.

Aunque su silencio ocultó muchas cosas suyas, no pudo dejar de manifestarse la devoción especial que tenía con Santa María Magdalena. Hízole en la iglesia de Santa Fe un retablo dorado y en él colocó una imagen muy hermosa de la santa, y a los lados puso dos lienzos de sus dos hermanos Lázaro y Marta, y en la parte superior del altar al Buen Pastor con la oveja perdida en los hombros. Con la Magdalena tenía tiernos coloquios, hacíale fiestas en su propio día y unas veces predicaba sus alabanzas y otras convidaba para esto a otros predicadores y a mucha gente para que oyese los elogios de su santa y le cobrasen devoción y siguiesen con la imitación su ejemplo.

Casi tres años antes de su muerte padeció el achaque de caducar, que suele acometer a algunos en la vejez; pero como el padre Joseph vivió tan santamente desde los principios de su vida, caducó muy a lo santo a los fines de ella. Murió a los treinta de octubre del año de 1660 teniendo ochenta y seis de edad y setenta de religión. Enterrose su cuerpo en nuestra iglesia de Santa Fe, y como fue tan gran perseguidor de los ídolos que en varios pueblos de este Reino los sacaba de debajo de la tierra para que no fuesen venerados de los indios; esperamos que su cuerpo saldrá resucitado de la tierra en el día del juicio para ser colocado juntamente con su alma en el cielo.

Después de escritas estas cosas topé algunos casos del padre Joseph Dadei en un papel fidedigno, y me pareció conveniente añadirlas aquí. Con grandísimo celo enseñaba y disponía a los indios para hacerlos capaces de la sagrada comunión, y para que se animase más y más al trabajo lo llenaba Dios de consuelo y gusto poniéndole a la vista el mucho fruto que cogía con sus trabajos. En una ocasión en que vio comulgar veinte y cinco indios que había catequizado y dispuesto se puso a llorar de pura alegría y consuelo viendo que los que antes supersticiosamente mascaban el hayo, ya devotamente recibían en su boca el Pan celestial. Vez hubo que habiéndose llegado veinte indios a la mesa del altar, quedó el padre tan gustoso, que los convidó a su mesa siendo superior de la doctrina de Fontibón, y siendo así que fuera acto de humildad el sentarse el padre a comer con los indios en la mesa quiso ejercitarse en mayor acto de humildad haciéndose siervo de los indios y llevándoles como tal a la mesa los platos de la comida. A los indios les daba el padre título de hijos suyos y veían todos que iba el título sin la cosa, pues hacía cuanto podía por ellos socorriéndolos en lo temporal con limosnas y mucho más en lo espiritual aplicando todo su paterno celo a procurarles el bien de sus almas. Con intención de ganarlas

para Dios les mostraba mucho amor, los regalaba y hacía cariños de padre. En una ocasión se puso a hacer oficio de barbero afeitando y cortando el cabello a unos indios bárbaros porque supo que ellos gustaban de esos y con el cebo de ese gusto quiso pescarlos como apostólico pescador para hacerlos cristianos.

Predicando un domingo en el pueblo de Usaquén a los indios en su materna lengua enderezó todo su sermón a que dejaran su antigua idolatría, y entre otras cosas les dijo que sus dioses no lo eran, pues se asemejaban a los ratones gustando de habitar en los agujeros de piedras y en las cuevas donde los tenían escondidos. Moviéronse de suerte los indios que hablaron a su encomendero pidiéndole que hablase al padre y le dijese que todos ellos estarían juntos en una casa y que en ella le entregarían sus ídolos. Con esta noticia fue el padre gozoso a la casa y los acarició para que cumplieran su palabra. Así lo hicieron entregándole un ídolo de oro con protesta de que querían ser buenos cristianos, y le pidieron que se fuese con ellos y que le descubrirían tres santuarios que tenían escondidos en el campo. No pudo ir el padre Joseph Dadei por un embarazo que se le ofreció del servicio divino; pero envió al padre Miguel Jerónimo de Tolosa, su compañero, al cual entregaron los indios cuatro ídolos juntamente con algunas piezas de oro y esmeraldas que les habían ofrecido, sacándolo todo de sus cuevas o ratoneras. Ni fue sola esta la presa, pues en este mismo pueblo de Usaquén hizo sacar de la tierra otros quince ídolos con sus ofrendas de oro y esmeraldas.

Del pueblo de Usaquén pasó al de Caxicá donde con el ayuda del padre Sebastián de Murillo, celosísimo ministro de la fe católica, sacó de los santuarios ochenta ídolos de oro finísimo, yendo con los indios a unas y otras partes del campo, y ellos se movían a descubrir su secreto con las palabras eficaces que contra la idolatría les predicaba en su idioma el fervorosísimo padre Joseph Dadei. Después de haber sacado estos y otros ídolos de oro los entregaba a la caja del rey para que sus ministros lo convirtiesen en moneda y él quedaba muy contento y se daba por muy bien pagado con haber adquirido el tesoro del mérito de haber servido al Dios verdadero procurando destruir los dioses falsos.

En una misión en que anduvo con algunos españoles hizo con ellos un entable devotamente religioso, y fue el rezar cada noche las letanías haciendo conmemoración de los santos que habían tomado por patronos de la misión, porque como humilde decía que no quisiera que sus pecados estorbasen la cosecha de los frutos espirituales que esperaba hacer. Pactó con ellos que habían de confesarse cada ocho días y comulgar cada quince, y convinieron gustosos en el pacto. Otras muchas cosas de este religioso padre han quedado sepultadas en el olvido, porque es estilo de Dios querer que en esta vida no quede todo en la memoria y por esta causa ignoramos lo más de lo que los santos obraron hasta que se descubran aun los mismos ápices en la eternidad de la patria celestial.

Vida del hermano Rafael Ramírez

Habiendo el hermano Rafael Ramírez nacido en Pastrana y ocupádose en el oficio de albañil, así en España como en las Indias inspirado de Dios hizo en la ciudad de Santa Fe una confesión general de la cual sacó tan buenos propósitos de la enmienda, que para cumplirlos en el lugar donde mejor se cumplen que es la religión, se resolvió a entrar en la Compañía de Jesús y fue recibido en el Colegio de Santa Fe cuatro años después de su fundación; la primera oración que humilde hizo a Dios en el principio de su noviciado, fue esta: «treinta años ha Señor, he gastado mal empleados en el mundo; suplícoos me deis otros treinta para que haga entera penitencia por mis culpas». Concedióle nuestro Magnificentísimo y Liberalísimo Dios mucho más de lo que le pedía, pues le dio cincuenta y siete años de vida en la religión. Cuán bien los empleó se verá por la distribución siguiente de su tiempo gastado en ocupaciones del divino servicio con tesón y uniformidad.

Todas las mañanas ocupaba una hora en oración y trato con Dios, y después añadía otra hora; y en esto tuvo tal perseverancia que hasta el fin de su vida no faltó a este ejercicio a que era tan dado, que todo el tiempo que le daban lugar las ocupaciones forzosas de obediencia, su recurso ordinario era irse al Santísimo Sacramento y a la capilla interior de nuestra casa donde eran largos los ratos que gastaba con su Señor Dios que para su espíritu era todas las cosas.

Ayudar a las misas era su regalo y entretenimiento dulce todo el tiempo que pudo; y cuando ya en los postreros años no tuvo fuerzas para ayudarlas, era continuo en oírlas. Era tanto el afecto que tenía a este soberano sacrificio, que habiéndole acometido en una ocasión un mal repentino tan grave, que juzgaron se le diesen los Sacramentos de la Eucaristía y Extremaunción por estar en el peligro de muerte, recibió con gran devoción, y cuando todos podían entender que estaba en la cama, le hallaron el día siguiente en la iglesia como a las ocho del día oyendo devoto su misa como si no hubiera tenido achaque alguno.

A todas horas se ocupaba su pronta obediencia en las cosas que le mandaban los superiores. No hubo oficio de los que los hermanos ejercitan que no lo tuviese el hermano Rafael en tanto espacio de tiempo como vivió. En cada uno de los oficios que le encargaban se ejercitaba con puntual exacción. Cuando le ordenaban cosas difíciles por lo trabajoso, y repugnables por lo difícil, su respuesta ordinaria era: «obedezco, obedezco»; y porque no se quedase sólo en palabras pasaba su puntual obediencia con la ejecución a las obras.

A la lición espiritual no le había de faltar su tiempo cotidiano; y aunque no había aprendido en su niñez a leer bien, fue tal la continuación que tuvo en leer libros espirituales que se mejoró en la lectura y con ella mejoró mucho más su espíritu y procuraba aprovechar a los otros, así de dentro como de fuera de casa hablando con ellos de las cosas que había leído. A escribir no quiso aprender por cumplir su regla y porque para reglarse en los ejercicios santos de su vida no necesitaba de escribir, pero sí de leer para imprimir cuidadoso en su alma los documentos que leía impresos en los libros, y para imitar los ejemplos que en las vidas de los santos encontraba.

Por las tardes es loable costumbre de muchos ejercitar la devoción con la

Santísima Virgen rezándole su santísimo rosario, pero el hermano Rafael practicaba afectuoso esta devoción, no sólo por la tarde sino muchas veces al día. Y aun cuando salía de casa no soltaba el rosario de la mano rezando y pasando sus cuentas, y para hacerlo con disimulo llevaba las manos cubiertas con el manteo. Las visitas que hacía a Nuestra Señora de Loreto en nuestra iglesia eran muy frecuentes, y una de las peticiones que más de ordinario le presentaba, era que le alcanzase de su preciosísimo Hijo gracia eficaz para observar el voto de castidad con que se había consagrado a Jesús en la Compañía. Otorgole Nuestra Señora lo que su siervo le pedía (que siendo de castidad la petición, cómo no la había de conceder una Purísima Virgen). Y experimentolo el hermano Rafael andando caminos de estancia en estancia y de pueblo en pueblo tan puro como el ángel de su nombre aunque iba solo y le ofrecía ocasiones el demonio. Tenían los superiores gran satisfacción de su pureza y castidad y por eso en viendo necesidades en nuestra casa no recelaban enviarle sólo a pedir limosna y él la pedía entrando y saliendo en todas partes con un proceder tan casto que por él no perdiese un átomo de su buen crédito su madre la religión. Tal vez estando en el campo se atrevió a batallar con el hermano una mujer de prendas solicitándole con halagos de lujuria, pero el casto siervo de Dios y de la Purísima Virgen rebatió sus tiros, alcanzó victoria y la dijo tales palabras de reprensión que la dejó no menos confusa que avergonzada.

En las estancias en que entraba a pedir las limosnas temporales acostumbraba dar limosnas espirituales para conseguir lo eterno. Enseñábales el catecismo para que supiesen lo que habían de creer para salvarse. Íbales dictando las oraciones para que no ignorasen el arte de pedir a Dios las cosas necesarias para esta vida y la otra. Decíales algunas de las cosas espirituales que había oído o leído en los libros devotos. Desta suerte en estas ocasiones era dos veces coadjutor de los padres de su religión. La una en lo temporal ayudándoles con el sustento de limosnas que pedía. La otra en lo espiritual ayudándoles también a encaminar las almas al cielo con el modo que le permitía su estado y alcanzaba su capacidad.

A las noches cuando era forzoso alumbrarse con luz en su aposento lo hacía con los cabos de velas que como pobre recogía de las celdas de los sujetos de casa sin querer jamás encender para sí las velas enteras. Desde el principio de su noviciado se aficionó mucho a la virtud de la pobreza, porque como entró en la Compañía cuatro años después que se fundó el Colegio de Santa Fe con gran pobreza y necesidades, sabía padecer necesidades y pobreza. Voluntariamente se aplicaba a sí lo peor de la casa en el vestido, comida y las demás cosas. Cuidaba mucho de que no se desperdiciase lo que parecía poco y así recogía los pedacillos de pan y otras menudencias para que todo se gastase en casa y nada se malbaratase. Superiores hubo que repararon que el hermano con este cuidado de recoger las cosas que se suelen desperdiciar en solo un año, había ahorrado a la casa quinientos patacones de gasto.

Tenía mucha caridad con los padres y hermanos; compadecía de sus necesidades y así deseaba y procuraba acomodarlos en cuanto podía. Servíalos como a sus señores tratándolos con gran respeto y reverencia. Al contrario no quería él que le trataran con ella, porque era de verdad

humilde. Sirva de prueba este caso: Aconteció llegar al Colegio de Santa Fe un padre que no conocía al hermano Rafael, y viéndole venerable en las canas y con corona por estar ya calvo lo trató de reverencia, y entonces el hermano Rafael con agradable humildad le respondió: «Jesús, Padre mío, yo soy el cocinero desta casa».

De la humildad que tenía arraigada en su corazón brotaron a lo exterior muchos actos de paciencia en varias ocasiones en que algunas personas lo trataron mal de palabra; pero el humilde y paciente hermano juzgando por ventura que merecía ser maltratado, no sólo de palabra, sino también de obra, enmudecía sin atreverse a responder al tono en que desentonadamente le hablaban. En una ocasión siendo el hermano Rafael cocinero se le cayó de las manos una cosa que pertenecía a un negro esclavo de casa, el cual enfurecido contra el hermano le dijo con mucho atrevimiento palabras muy afrentosas, y cuando de un hombre soberbio (aunque no lo fuera mucho) se pudiera esperar que le correspondiera al moreno, no sólo con malas palabras, sino también con un palo, lo que se vio en el hermano Rafael fue una reportación modesta, un callar humilde sin dar muestra ninguna de indignación.

Cada semana de las de su vida se confesaba dos veces, y era tal la pureza de su alma, que su confesor afirmó que el hermano Rafael le ponía en grande confusión porque al confesor como a humilde le pareció que él era el asco y el hermano Rafael la pureza. A las dos confesiones (que eran humilde preparación) añadía devotas comuniones sacramentales, y después de ellas gastaba mucho espacio dando gracias al Señor que tenía en su pecho por el beneficio tan soberano de habersele entrado en él por la puerta de la boca. Desde que entró en la religión tuvo distribuidos los días que en cada semana había de atarse con los cilicios y castigarse con las disciplinas, con orden y dirección de su padre espiritual para no errar faltándole la regla de la prudencia. Los cilicios eran muy ásperos, y como los oficios en que se ocupaba eran corporales le causaban mucha molestia en cada uno de los movimientos del cuerpo. Las disciplinas eran de unas cadenillas de hierro que con el uso de los golpes repetidos por tan largo tiempo, las hallaron ya gastadas los que curiosamente las vieron.

Cada mes leía o oía leer las reglas, cuya observancia constituye religioso a cada uno de los que las guardan, y como el hermano Rafael deseaba tan de corazón el ser religioso, era muy exacto en ponerlas en ejecución. Su modestia especialmente edificaba a los seglares cuando lo miraban en las calles por donde pasaba; y cuando le veían en la plaza y las tiendas haciendo oficio de comprador religioso para dar la provisión necesaria a sus padres y hermanos. Fue el hermano Rafael un siervo fiel y prudente a quien Dios constituyó sobre su familia (que lo es el Colegio de Santa Fe) para que no como superior, sino como hermano coadjutor la proveyese y alimentase con lo necesario para la vida humana, y él dándose por entendido parece que tenía por blasón y era máxima suya el hacer bien su oficio; y se colige de lo que repetía muchas veces: «Fiel a mi Dios y a mi religión»; y como lo decía lo ejecutaba en todas las cosas en que es necesaria la fidelidad.

Cada año celebraba el día de San Hermenegildo por haber tenido en él la dicha de ser recibido en la Compañía el año de 1608. Salía con disciplina

pública al refectorio la víspera del santo por la noche, mostrando el agradecimiento interior que tenía en su corazón por haberle Dios sacado del mundo y admitído, en la religión. En el mismo día del santo confesaba sus culpas y recibía a Cristo Sacramentado para ofrecerle a Dios agradecido lo que tenía en su pecho, que era no menos que el mismo Cristo. Procuraba y conseguía que en el refectorio se predicasen los elogios de su patrón San Hermenegildo; y para que el olvido no se lo quitase de la memoria, hizo a un pintor que se lo retratase y lo puso en su celda para tenerlo siempre a la vista. Estas eran las demostraciones de agradecido que hacía cada año; pero también hacía otras muy de ordinario cada día diciendo: «Gracias a Dios; gracias a Dios que me trajo a la Compañía».

No tenía el hermano Rafael distribución para el ocio aunque daba al cuerpo el tiempo necesario para el descanso. Siempre estaba útilmente ocupado porque era muy enemigo de la ociosidad; y aun cuando los superiores en los últimos meses de su vida le descargaron de los oficios por estar ya imposibilitado a hacerlos, no se permitía al ocio y se empleaba en oír misas, rezar rosarios y tener oración retirada en la capilla, comulgar a menudo y estar dando gracias a Jesús porque le trajo a su Compañía, pidiéndole perseverancia en ella; y en la última disciplina que públicamente tomó en el refectorio la víspera de San Hermenegildo, pidió a los padres y hermanos que lo encomendasen a Dios para que muriese en la Compañía.

Llegose el día, mes y año en que quiso Dios que el hermano Rafael cesase de las distribuciones del tiempo de su ejemplar vida para premiarle en la eterna los 57 años que le sirvió en la Compañía cumpliendo fielmente los propósitos que había hecho de enmendarse y hacer penitencia, cuando teniendo treinta años de vida en el siglo fue recibido en la religión. El día de su muerte fue lunes en que celebraba la iglesia a San Anacleto, Papa y mártir. El mes fue el de julio; el año el de 1665.

#### Vida del hermano Matías López

El hermano Matías López en su profesión de hermano coadjutor temporal fue un espejo de quien podían retratar mucha perfección los sacerdotes más fervorosos; mucho celo los más ardientes ministros Evangélicos; mucha prudencia los más entendidos, y mucha humildad, caridad y devoción los hermanos coadjutores más fervorosos, pues parece que fue una idea de toda perfección en todos los estados.

Pasó a estas Indias mancebo de veinte años el año de 1612, y como en la navegación y en la ciudad de Cartagena advirtiese bien la modestia y virtud de los padres y hermanos que aquel año trajo de Europa para esta provincia el padre Luis de Santillán y el glorioso fin de su vocación de convertir almas a Dios y conquistar el gentilismo de las Indias (más preciosos que los tesoros terrenos a que vienen sedientos otros) le pareció bien gente que se desprendía de su patria para tan arduas

empresas, y se fue enamorando de religión tan sedienta de almas. Ni le ayudó poco para esto el haberle salteado entonces en Cartagena un riguroso achaque que lo puso en punto de muerte, cuyo efecto fue que hallándose libre de él pidió ser admitido en la Compañía en donde le recibió el venerable padre Gonzalo de Lira, provincial que a la sazón era desta provincia el mismo año de 1612.

Luego subió a este Reino en donde por siete años le ocupó la obediencia en varias ocupaciones domésticas en que se portó con exacción, puntualidad y edificación, y eran sus empeños más declarados en los oficios en que se ejercita más la caridad y humildad; con una y con otra asistía a los enfermos sirviéndoles con extremado amor y puntualidad, consolándolos no menos con sus buenas obras que con sus palabras dulces y amorosas con un trato lleno de apacibilidad que le hizo amable mucho a todo género de gentes.

Procuraba sin faltar al debido cumplimiento de sus oficios ahorrar mucho tiempo, que lo gastaba retirado en largos ratos de oración y contemplación delante del Santísimo Sacramento del Altar, en cuya divina y real presencia (y cuando servía las misas) estaba con tan reverente composición, con tanta modestia, con devoción tan humilde, que movía a ella a los que le veían. En esta fragua de la oración y al calor de ella refinó mucho nuestro hermano los quilates de sus religiosas virtudes teniendo en cada una muy singulares afectos y sintiendo maravillosos efectos de todas. Su paciencia y sufrimiento en ocasiones arduas fue muy conocido. Harta prueba desto es el haber ésta cincuenta años enteros hasta que murió en el valle de Usaquén, convecino a la ciudad de Santa Fe en donde tiene el colegio una hacienda de la Calera, ocupación que por depender su servicio de gente bronca y de poco discurso y respeto como son indios y negros, lo pierden muchas veces a sus amos; vez hubo que uno destes (no siendo al sabor de su paladar lo que había dispuesto el hermano Matías) le dijo palabras muy pesadas y feas y aun dio demostración de poner en él las manos a que estuvo el hermano tan sobre sí y tan asistido de Dios que sólo le respondió: «Hijo, remediarase eso»; esta tolerancia fue la ciencia escondida con que ganó el hermano Matías a esta gente reduciéndolos a amarle con ternura y reverencia extraordinaria, teniéndole juntamente temor y ajustándose a vivir bien y a hacer con puntualidad lo que estaba a cargo de cada uno. Porque aunque por su mano no castigó jamás a alguno, tampoco perdonó castigo que fuese necesario; pero éste lo hacía ejecutar con tal prudencia y con tanta caridad (necesaria mucho una y otra aun para con indios y esclavos) que quedaban bien corregidos y enseñados y con más amor y estimación del hermano. Al calor de la misma oración y trato frecuente con Dios se encendió el celo que tuvo de estorbar pecados entre esta miserable gente, indios y negros que estaban a su cargo, en que velaba como el más cuidadoso Ministro Evangélico; ya enseñándoles los misterios de la fe, ya declarándoles las obligaciones de la ley de Dios y dándoles a conocer los vicios con que se quebranta; declarábales las penas del infierno, los bienes de la gloria, teniendo para esto hora señalada de parte de noche a que acudía toda la ranchería a toque de campana, y fuera desto que hacía él personalmente hecho un continuo y fervoroso misionero, solicitaba con los superiores que le enviasen las pascuas un padre sacerdote para que los



alentase más, los confesase y comulgase, y con tan buenos electos eran muy conocidos los indios del hermano por sus buenas costumbres.

Cuando estos indios que habían gozado su enseñanza iban a Santa Ana y a Las Lajas (Reales de minas de plata en la jurisdicción y territorios de Mariquita) como van por sus turnos los indios deste Reino al beneficio de las minas; eran muy conocidos los indios del hermano Matías en sus buenas conciencias y guarda de la Ley de Dios; y extrañándolo los curas los examinaban en particular en las materias y les preguntaban si habían cometido tales pecados, a que respondían ellos que no les había enseñado aquello el padre Matías sino a apartarse de pecados y ser buenos cristianos; y así se vio siempre en esta hacienda de la Calera que no había indios en mal estado, y para mejor conseguirlo el hermano nunca quiso tenerlos solteros, porque la ocasión de serlo no se la diese a inquietudes con lo cual y con su mucha vigilancia y cuidado vivía bien la gente; ni en sus rancherías se veían borracheras ni bailes descompuestos; cosa bien rara en indios y negros por estar como connaturalizados con estas libertades y embriagueces; y todo lo facilitaba el buen celo de nuestro hermano con discreción, con mansedumbre y caridad, que son los medios más seguros para desterrar culpas y más firmes y durables. Ni se estrechó su celo apostólico sólo a los términos cortos de la hacienda que gobernaba; difundiose vastísimamente por todo el valle de Ubaque (convecino a nuestras caleras). Este valle es dilatado y copioso de gentes por muchos pueblos de indios que le cercan y muchas estancias de españoles que le avocindan; todos participaron mucha enseñanza de su buena doctrina; todos experimentaron muy buenos efectos de su fervoroso celo; a los señores curas de aquellos pueblos les significaba con humildad y apacible sumisión lo que se podría hacer para el fomento espiritual de sus feligreses, para la reverencia y aumento del culto divino, para enamorarlos a la virtud y apartarlos del vicio; y les rogaba con entrañable afecto fomentasen otros empleos para la propagación y buen logro de la cristiandad, predicándolo vivamente con sus ejemplos y obras. Íbase a los pueblos cercanos alternativamente los domingos y días de fiesta; en ellos confesaba y comulgaba a la misa mayor de mediodía con extraordinaria devoción y ternura que causaba no poca emoción a los pueblos en cuya estimación fue aclamado siempre por santo. Era de ver a un pobre hermano humilde y silencioso en grande manera, ser tenido por el oráculo de todos los curas doctrineros de aquel contorno acudiendo a su consejo en sus dudas y estimando su dirección en sus dificultades y cuidados. Amábanle con especial ternura los reverendos padres de la sagrada orden de San Agustín que tienen dos o tres doctrinas en aquel contorno; comunicábanle muy frecuentemente saliendo siempre de su trato muy edificados y nuevamente estimadores de sus virtudes que publicaban repetidas veces, cuando iban a la ciudad de Santa Fe especialmente ponderaban la suma pobreza y vileza con que se trataba en su persona, pues su vestido así interior como externo era muy vil y despreciado, sobre que hablándole una vez uno destes religiosos le respondió el desengañado hermano: «para un muerto basta lo peor de casa». Y cierto que no es encarecimiento el decir que se trataba como difunto, no sólo en lo nada que estimaba las cosas temporales para sí, sino en la abnegación total de sí mismo, muerto al mundo y al amor propio; por no gastar el pobre

sombrero que reservaba para cuando iba a misa, andaba perpetuamente descubierta la cabeza al sol y al aire y a toda inclemencia de tiempo de que vino a torturarse de manera que en el color no se distinguía del natural de los indios. Muerto verdaderamente a toda comodidad propia, y sólo vivo (y mucho) para trabajar y servir a su religión como lo hizo incansablemente por 50 años en esta hacienda de la Calera, como he dicho.

En ella se hubo con tanto desvelo y actividad que era el socorro más continuo del Colegio de Santa Fe con ingresos muy considerables cada semana; y lo que más se debe ponderar, en esta materia era el silencio con que obraba sin estruendo ni ruido ni dar cuidado alguno a los superiores ni procuradores, antes bien para eximirlos del que debieran tener para sustentarlo a él y dar raciones a los negros e indios hacía sus labranzas de maíz y otras cosas necesarias para el sustento de sus sirvientes y concertados, teniendo particular inteligencia para pagarles a estos sus salarios por no ser cargoso a los procuradores y librarlos deste trabajo con gusto y estimación de los superiores que llevaban a bien estas disposiciones del hermano Matías, por las continuas experiencias que tuvieron de su gran verdad y fidelidad y del especialísimo cuidado y entrañas maternas con que deseaba los acrecentamientos de la casa y procuraba ayudarla en cuanto pudiese, y es cierto que a los desvelos y hábiles trabajos del hermano Matías debe mucho aquel Colegio, siendo muy señalado en los buenos deseos y efectos entre muchos y muy loables hermanos coadjutores que ha tenido; y en suma fue tal la vida del hermano Matías, que en 50 años de campo no dio que decir la menor cosa de nota que se pudiese imaginar de su persona; recabarse sí muchas alabanzas su modestia pureza, humildad y pobreza con las demás virtudes de religioso. Con este colmo de virtudes y como ya tan bien sazonado para la gloria le cogió la muerte salteándole un agudo dolor de costado de que le llevaron herido ya al Colegio, diciendo el buen hermano cuando los nuestros le consolaban y alentaban con las esperanzas de que no moriría: «A morir vengo padres míos, y no me pesa de morir ahora; pues ella ha de ser en algún tiempo». Acudiósele con presteza con médicos y medicinas, y con las principales de los Santos Sacramentos que recibió con afecto muy particular; y agravándosele el achaque dio su alma a su Criador con un sosiego y serenidad tan grande como con el que había vivido toda su vida. Fue su muerte sábado a las siete de la noche y diez y seis de noviembre del año de 1669; pagándole Dios con tan buena muerte lo mucho y fidelísimamente que le sirvió en la Compañía cincuenta y siete años, que con los veinte que tenía cuando fue recibido ajustó los setenta y siete de su vida.

Vida del padre Jerónimo de Escobar

Así como la iglesia católica a San Jerónimo lo llama doctor Máximo, así la Academia y Universidad de Santa Fe debe darle al padre Jerónimo de Escobar

título de maestro máximo, porque en cuarenta años que leyó cátedra de teología salieron de su enseñanza muchos doctores y maestros, y así fue el maestro máximo de los doctores deste Reino. Y ya que los venideros no pueden ser discípulos de su teología porque sus papeles no se han dado a la estampa, escribo algunos ejemplos de su vida para que los que quisieren sean discípulos de su espíritu.

El nacimiento del padre Jerónimo de Escobar fue en la villa de Segura, año de 1596, a doce de abril, que fue Viernes Santo en aquel año, disponiendo la Divina Providencia que en el día en que Cristo murió naciera el padre Jerónimo para que con la consideración de los dolores que su Redentor padeció en aquel día, sufriera a su imitación con paciencia los que casi en todos los días de su vida le causaron sus enfermedades. Fueron los padres que le engendraron ilustres ramas de la generosa raíz de los Escobares del Corro. Éstos deseando que su hijo se crease virtuosamente lo entregaron al cuidado y enseñanza de un ejemplar sacerdote, el cual viendo el natural dócil del niño procuró inclinarlo a que fuese religioso de la Compañía de Jesús. Inclínose a esto su buen natural, y para que moviese más velozmente los pies a la entrada en la religión, dispuso el Señor que estándose divirtiendo un día de asueto en las riberas de un río se le entrase una víbora entre el zapato y el pie; pero no permitió que infundiéndole su veneno mortal le quitase la vida. Reconoció el beneficio de haberse escapado de la muerte y agradecido no fue lerdo en acelerar los pasos para entrar en la Compañía y emplear en servicio de Jesús la vida que le había concedido su Providencia.

Diez y siete años aun no cumplidos tenía cuando fue recibido en nuestra sagrada religión. Vistiéronle la sotana parda, que estimó más que las galas ricas del mundo. Enviáronle al noviciado de Montilla donde tuvo por padre de su espíritu al venerable padre Alonso Rodríguez, cuya enseñanza practicó con tal fervor, que llegó a ser el gozo de la corona de su maestro.

Habiendo hecho los votos de la religión quiso lograr los fervores que sacó del noviciado desterrándose de su patria (si bien en este mundo aun la patria es destierro) y viniéndose a las Indias. Llegó al Colegio de Quito y en él estudió las artes y la teología con tanto aprovechamiento que le juzgaron suficiente para maestro, y así le encargaron los superiores que leyese la cátedra de artes. Comenzó a leer, pero los achaques que padecía le estorbaron el proseguir, y por eso le mandaron por parecer de los médicos que se partiese a la ciudad de Panamá donde juzgaron que con la mudanza del temple la tendrían también sus achaques. No se mitigaron estos con la mudanza y el padre los toleraba con paciencia, y no obstante sus males procuraba hacer bienes a los prójimos con los ministerios sacándolos del pecado en el confesonario y exhortándolos a la virtud en el púlpito, siendo en los negocios consejero, en las dudas resolutor, en las enfermedades el consuelo y en las aflicciones el alivio.

Al cabo de algunos tiempos le trajo Dios por medio de la obediencia al Colegio de Santa Fe donde dispuso que el padre Jerónimo tuviese por razón de su nobleza espiritual el padecer y el enseñar. Y porque cotejando en su vida el enseñar con el padecer, fue más el tiempo que padeció que el que enseñó; trataré primero de su padecer y después de su enseñar.

Nació para padecer y así lo muestra el haber nacido en el día de la pasión

de Cristo Nuestro Redentor, y se verifica con haber padecido lo más de su vida hasta su muerte. Siguiendo a Jesús llevaba cada día (por espacio de muchos años) su cruz fabricada como de dos pesados leños. El uno de los dolores exteriores de sus enfermedades, un dolor continuo de cabeza, debilidad de estómago, un caimiento y amargura con vivo dolor del corazón, dolores insufribles de cólica, ardores del hígado, que derramándose por todo el cuerpo le dejaban sin alivio; un hastío a la comida y bebida, que aunque como viador sentía el hambre y la sed, se doblaba el tormento no arrostrando lo mismo que le pudiera servir de alivio. El otro como leño de su cruz (llamémoslo así) era de tribulación interior que por más sensible pedía más alivio y su mortificación se lo negaba, y así le era más pesado y de no menor mérito.

Ya que hemos visto la cruz que llevaba es bien que se vea el espíritu con que la llevaba. Estimaba sus enfermedades por mercedes de Dios, que como Padre amoroso se las enviaba. Decíales: «Señor, más amor, más paciencia y más dolor». Ofrecía toda su voluntad a Dios procurando querer lo que él quería y no querer lo que él no quería, juzgando que la perfección consiste en la unión del alma con Dios por conformidad total de la propia voluntad con la Divina. Deste modo procuraba el padre Jerónimo unirse con Dios, y en cada cosa que se le ofrecía, solía decir: «Fiat Voluntas tua. Non sicut ego volo, sed sicut tua». Quería lo próspero y lo adverso, los dolores, trabajos y enfermedades porque Dios los quería; y en medio de ellos le decía al Señor: «Tua sola voluntas sit mihi solatio». Hablando consigo mismo se exhortaba diciendo: «No haz de rehusar cosa alguna ni pesarte de que suceda, sino querer que sea por el motivo que Dios la quiso. Con esto no te dará nada pena y estarás siempre contento haciendo la voluntad de Dios y queriendo lo que Dios quiera».

Para llevar bien la cruz de sus trabajos y enfermedades tenía escrita de su mano una meditación que trasladaré aquí con sus mismas palabras: El martirio (dice) es una de las más señaladas mercedes que el Señor hace a sus escogidos; pero tiene una cosa que parece que retrae y aparta de él, y es el haberse de hacer con pecado ajeno y ofensa de Dios; pero los trabajos, dolores y enfermedades que Dios nos envía no tienen eso sino son una cruz dada inmediatamente de la mano de Dios, y padecida hasta la muerte por amor de Cristo Señor Nuestro, nos hará en cierto modo mártires. Demás desto el martirio no lo pueden alcanzar todos; pero esta cruz sí, pues no hay quien no la tenga y muchas juntas. Por lo cual así como el martirio lo sufren los mártires con alegría, porque ven que padecen por amor de Cristo y se asemejan a su Majestad puesto en su cruz, así habemos de llevar los trabajos y dolores con alegría por amor del Señor, pues son cruz que nos asemeja a Cristo Señor Nuestro Crucificado. Hasta aquí este gran varón nacido en Viernes Santo para ser crucificado; y no se puede dudar de su espíritu aplicado a todo género de virtud que procuraba hacerse mártir de Cristo con el modo que queda escrito.

En unos apuntamientos que para provecho de su espíritu tenía escritos de su mano y secreto en su poder, hallé las palabras siguientes que será de edificación el ponerlas aquí: No te quejes de los trabajos que padeces para que no disminuyas el mérito con aquel vil consuelo de que otros sepan tus males. Dios lo sabe que los ha de premiar, si los llevas con paciencia y eso te basta. ¿Nadie gusta de oír males ajenos, pues para qué has de

contar los tuyos? Cuando la carne resistiese el padecer o tu propia voluntad repugnare, dile lo que Cristo a San Pedro: «Vade post me Satana, seandalum imihier», porque cualquiera pena y dolor la envía nuestro Padre Dios con amor infinito; y luego será razón aceptarla por su amor.

Viendo los superiores los males que padecía el padre Jerónimo mandaban expresamente al enfermero que le guisase algo de regalo para que pudiese despertar el apetito que tenía postrado con tanto tropel de enfermedades. Agradecíalo el padre, pero teniéndose por indigno del regalo pedía repetidas veces que no se lo diesen porque no quería desedificar a los que vían que no seguía en el comer la comunidad, pero como los superiores no condescendiesen con su petición, se mortificaba lo uno en sufrir el reparo que los otros podían tener; lo otro en comer el manjar que le ponían delante batallando al pasarlo por la garganta tanto como pudieran otros al beber una purga.

Vista ya la primera parte del blasón espiritual del padre Jerónimo, que fue el padecer, resta la segunda que es el enseñar. Cuarenta años ejercitó la obra de misericordia de enseñar a los que no saben, leyendo la teología con primores y realces de catedrático santo. Acudía con grandísima puntualidad al toque de la campanilla que a su hora le llamaba al aula. Era admirable su tesón en dictar las lecciones y cedía un instante del tiempo señalado aunque más instancias le hiciesen, ni por respecto de alguna fiesta de devoción. No perdonaba tiempo ninguno de conferencias por ningún acaso. Para enseñar estudiaba aun en su última vejez como pudiera el discípulo más codicioso de aprender. En bajando de su cátedra se quedaba al poste (que llaman) para responder a las dificultades que sus discípulos le proponían cumpliendo esta distribución con la misma exacción que guardaba en el leer. Al tiempo de pasar los hermanos estudiantes acudía al lugar diputado para este ejercicio y soltaba las dudas que se le ofrecían, no sólo a los teólogos sino también a los filósofos, porque a todos ayudaba y enseñaba su caritativa docilidad.

En las materias que dictaba giró siempre a fundar a los estudiantes en los principios más verdaderos y mejores fundamentos de la teología para que saliesen doctos. No cuidaba tanto de lo que parecía sutileza, cuanto de lo que juzgaba que era la verdad porque deseaba más ser útil que sutil. Leyó unas materias de modo cumplidas, que en ellas ni había (al parecer) que quitar ni que añadir. Como era tan estudioso en las materias teológicas, daba noticia en ellas de lo que había disputable y dejaba todo lo superfluo. A todos sus discípulos procuraba animar al estudio y alentar a la virtud porque deseaba más que fuesen santos que letrados. Para conseguir este fin le señalaron los superiores por confesor perpetuo de los hermanos estudiantes. Tomábales a los tiempos señalados cuenta de conciencia y en ella más parecía maestro de novicios que de teología, y a la verdad era para ellos no sólo doctor de facultad, sino también gran maestro de espíritu.

Bien mereció el padre Jerónimo el renombre de luz del mundo que se da a los doctores; no sólo por lo mucho que sacó a luz su enseñanza graduados con este título, sino también porque fue como un sol en este nuevo orden que a todos alumbraba, y como un oráculo a quien preguntaban todos. Concurriendo de todas partes muchos a preguntarle casos de conciencia, ya por sí mismos, ya por terceras personas, y a todos satisfacía con mucha

doctitud sin permitirle su caridad a que por muchos achaques se excusase de dar con sus resoluciones el consuelo a los que le consultaban. Al fin toda su vida la empleó en la cátedra de la enseñanza, y así quiso Dios que la muerte le sacase desta vida en el día de la cátedra de San Pedro para premiarle con grados de gloria de catedrático y de doctor en la Universidad del Cielo.

Nunca admitió en sí el vicio de la negligencia; siempre se desveló su solicitud en procurar hacerse docto y santo, y así como para ser docto anduvo apuntando los argumentos que le dictaba su entendimiento y las razones, que hallaba en los libros acerca de las materias escolásticas y morales, así también para hacerse santo tuvo cuidado de escribir algunas cosas que pensaba y otras que leía escritas en los libros, de las cuales irá poniendo las cláusulas que he escogido para la narración de sus virtudes, dejándome otras muchas por evitar la prolijidad que comúnmente desagrada a todos.

Todos los días de su vida anduvo como un reloj bien concertado y se ajustaba tanto y con tal tesón a las horas del reloj, que oía que causaba admiración y pasmo el ver que jamás faltaba a las ocupaciones que había determinado hacer en cada hora, y no sólo a lo principal de los ejercicios espirituales, pero ni aun a la menudencia de cortar una pluma y otras cosas semejantes. Fue el espíritu que Dios infundió en su alma tan constante y tan uniforme, que aun en el ladrillo en que comenzó a hincarse de rodillas para hacer oración antes de subir a la cátedra, le notaron sus discípulos que se hincó siempre y nunca lo mudó. Tanta uniformidad y constancia tenía en todas sus cosas que el que le viera cómo gastaba una semana en sus ejercicios corporales y espirituales, podría por ella colegir sin engañarse lo que en las demás semanas de toda su vida había practicado, porque siempre uniforme y constante siempre en lo que una vez comenzó a hacer y así imitó lo que del Verbo Divino había enseñado en la materia de Incarnatione: «Quod semel assumpsit nunquam dimisit». El alivio y aliento que tomaba de unos trabajos y de unas obras, era el dar principios a otros ejercicios y otras obras.

Su primera y principal ocupación de cada día era la oración y trato con Dios, y para no faltar jamás a ésta tenía escritas en su alma y en su librito estas palabras de oro: «Mira que no veniste a la religión a ser letrado sino a salvarte con perfección; y así tu principal cuidado sea la oración; y a esto da el mejor tiempo de suerte que antes falte para el estudio que no para lo principal, porque no te han de preguntar en la hora de la muerte, ¿cuánto supiste? sino ¿cuánto obraste?». Las cosas que le pasaron en la oración están en secreto, pero el fruto que sacaba de ella es público porque todos vían su ajustado modo de proceder, su observancia religiosa, la pureza de su vida, el buen ejemplo de sus costumbres, la humildad de sus acciones, y por decirlo en una palabra, sus obras todas de perfección y santidad.

También se daba a la oración vocal rezando las horas de precepto a sus horas y tiempo que tenía señalados, y fuera de los salmos y oraciones de precepto tenía sus oraciones de supererogación alegándole a Dios títulos para que lo concediese lo que le pedía porque como el padre tenía escrito: Quiere Dios ser rogado, no por escasez sino para que nos hagamos dignos de alcanzar lo que pedimos fundándonos en humildad y reconociendo

que somos miserables y que sin muchas intercesiones y plegarias no merecemos ser oídos. Fundado el padre Jerónimo en este principio hacía muchas oraciones de día y de noche a su Dios. Mucho tiempo trajo examen particular y tuvo especial cuidado de decir a cada hora que daba el reloj aquellas palabras del venerable hermano Alonso Rodríguez, que acostumbraba repetir: «Jesús y María mis dulcísimos amores, padezca yo y muera por vuestro amor y sea yo todo vuestro y nada mío». Cada cuarto de hora levantaba el corazón a Dios Uno y Trino y tres veces le hablaba con esta jaculatoria: «Noveum vesin te et noverim me, ut amem te et contemnam me». Conózcate a ti y aconózcame a mí para que te ame a ti y me desprecie a mí. En esta jaculatoria tan estudiosamente repetida se conoce que este espiritualísimo padre pretendía hacerse docto con las ciencias del conocimiento propio y del de Dios, para ejercitarse en la materia de caridad y la del desprecio propio. En esto imitó el padre Jerónimo a la luz de los dolores [a] San Agustín; porque pueden aprovechar unas ocasiones vocales del padre Jerónimo que fervorosamente usaba las traslado aquí:

Jesús mío, abogado con el Padre, rogad a la Santísima Trinidad me conceda esta virtud. Sacerdote eterno, ofreced todos vuestros méritos, orad por mí y en mí enseñándome a orar para que por vos alcance lo que pido. María Madre de Dios rogad por mí; mirad que vuestro Hijo verdadero Salomón os dice con más liberalidad que el otro a su Madre Bethsabé: «Pete mater neque enim fas est avertam faciem tuam». Aprovechaos Señora, de esta promesa y pedidme esta virtud; suplid con vuestros méritos lo que falta a los míos. Abogada sois con los pecadores y cooperadora con vuestro Hijo de nuestra redención; cumplid con vuestro oficio; cooperad a mi salvación con vuestra poderosa intercesión para que vuestro Hijo tenga un hermano más muy semejante a sí, y vos otro Hijo adoptivo más, que todo cede en mayor gloria suya y vuestra: «Monstra te ese Matrem Maria, esto mihi Maria, Jesu ne avertas faciem Matris tuae pro me supplicantis respice faciem Matris tuae». La gloria de vuestra Madre es también vuestra; y gloria suya es que sea oída; y cuanto yo soy más indigno de ser oído, tanto será mayor su gloria si yo soy oído por su intercesión.

Santos abogados míos y todos los demás que estáis en el cielo, ángeles y almas santas, acordaos del oficio que tenéis de nuestros abogados y cumplid con él abogando por mí. Cuando estabais en este mundo deseabais abogasen por nosotros los santos del cielo; ahora que estáis allá abogad por los que vivimos en el mundo y tenemos los mismos deseos. Cuando estábades acá con necesidad de rogar por vosotros mismos, se extendía vuestra caridad a rogar por otros; ahora que estáis en el cielo sin tal necesidad mejor rogaréis por los que la tenemos. Dados prisa a negociar nuestra bienaventuranza para que la vuestra sea más cumplida.

Padre mío San Ignacio; miradme con ojos de padre y alcanzadme del Señor esta virtud para que yo me parezca a vos como verdadero hijo y ame más vuestra gloria. Si con los extraños sois liberal alcanzándoos de Dios lo que os piden, ¿cómo es posible que no lo seáis con los que somos hijos vuestros y deseamos imitaros?

La acción de su mayor provecho espiritual era ofrecer sacrificio a la Santísima Trinidad como lo hacía todos los días en lo interior con grande espíritu, y en lo exterior con grande exacción en las ceremonias de la

misa en que era muy versado y a quien todos preguntaban sus dudas. Preveníase para llegar con toda pureza confesándose la noche antecedente al sacrificio. Rezaba antes de celebrar nueve Avemarías a la Virgen Madre en reverencia de los nueve meses que trajo al Hijo de Dios en sus entrañas y pedía la disposición que en ellos tuvo para agradecerle, y también le pedía la perseverancia en el estado de gracia. Disponíase con otra preparación que pondré con sus mismas palabras: Cuando vayas a decir misa (escribe en sus apuntamientos) suplícale a la Virgen Santísima Nuestra Señora se digne de presentarte las telas ricas de sus virtudes, siquiera por el tiempo que pasa el Rey su Hijo por tu establo, y pídele que le ofrezca a Jesús todos sus méritos con que se cubra la indecencia de la ruin posada de tu corazón. Después de haber dicho devotamente su misa se asemejaba al doctor angélico Santo Tomás oyendo otra misa en que daba las gracias; las que Dios le hacía sólo él sabe y nosotros las ignoramos porque el padre Jerónimo las ocultó. Sabrémoslas en el día en que todo se descubrirá. Una de las cosas que parece ofrecía el padre Jerónimo a Jesús Sacramentado en retorno de haber sido convidado a su mesa sagrada, era la virtud de la obediencia. Colígelo de sus mismas palabras que son las que se siguen: Ésta (dice hablando de la obediencia) es el plato regalado de Cristo Señor Nuestro, porque él dijo: «Cibus meus est ut faciam voluntatem Patris mei». Y así si quieres ofrecerle a este Señor alguna cosa que le dé gusto, ofrécele la obediencia. Esta comida de hacer la voluntad de Dios obedeciendo, le daba el padre Jerónimo todos los días a Dios. Al primer toque de la campanilla que le llamaba a las liciones al refectorio y a las otras disposiciones regulares dejaba cuanto estaba haciendo, y aun la letra que había comenzado a escribir por acudir a obedecer y darle este manjar de obediencia a Dios. El tener tanta exacción en la lectura de su cátedra de Prima en tantos años, no dispensando un punto en el tiempo que habían de durar las lecciones y conferencias, aun cuando sus achaques le podrán obligar a dejarlas, eran platos de obediencia que le servía y ofrecía a Dios, porque todas estas cosas las hacía por cumplir la Divina Voluntad, y aun muchas veces sucedía porfiar santamente en su obediencia hasta que en la misma cátedra le provenían desmayos que le quitaban las fuerzas para proseguir en la ejecución de su obediencia. Aun en las cosas de supererogación quería dar platos y manjares de obediencia a su Creador como lo muestra un propósito que tenía del tenor siguiente: Cada semana fregarás una vez los platos en la cocina si te lo concedieren. No había cosa ninguna que ordenasen los superiores que no la obedeciese con puntualidad porque juzgaba que con obedecer le hacía a Dios sacrificio de su alma, de su voluntad y juicio; y era este buen retorno de agradecimiento al beneficio que nos hace Cristo en el sacrificio santo de la misa cada día.

Para ser tan grande como fue el padre Jerónimo le valió mucho el ser humilde, porque para engrandecerse no hay medio como anonadarse. Fue en lo interior muy humilde, y para serlo profundaba en su propio conocimiento con la siguiente meditación que tenía escrita de su letra: De tuyo no tienes sino la nada, porque ésa tenías antes que Dios te diera el ser actual. Después de recibido éste, lo que tienes de tuyo es el pecado. De la nada y pecado ¿quién se puede gloriarse? Lo bueno que tienes es recibido de Dios; luego no te has de gloriarse de ello sino reconocer que lo has



recibido de su mano y darle gracias por ello. De lo recibido de otros no nos gloriamos ni desvanecemos, sino decimos: Dios se lo pague a quien me lo dio.

Para humillarse en comparación de sus prójimos dice así: A ninguno te antepongas. Si ves alguno que hace faltas veniales mayores que las tuyas, piensa que quizá tu estás en pecado mortal. Si antepones a uno solo, aunque le veas en pecado no eres humilde y no sabes si él se salvará y tú te condenarás. Mira a los otros según lo que tienen actualmente de Dios, y a ti según lo que tuvieras; si Dios te dejara de su mano sin duda fueras peor que todos, pues eso tengo de mí y así sois de mi cosecha peor que todos son actualmente. Quitá aparte los auxilios eficaces que Dios te ha dado y pon las tentaciones de que te ha librado y verás cómo de hecho fueras peor que todos; porque sin los auxilios eficaces sin duda hubieras caído en todas ellas. Luego el haberse librado de ellas y de todos los pecados en que no has caído, don de Dios es, por el cual le debes dar gracias y no estimarte a ti. Desta suerte se miraba Cristo Señor Nuestro en cuanto hombre según lo que de suyo tenía su naturaleza, y se tenía en poco por el oprobio de los hombres y por lo más objeto de la plebe y por guisa. Así este Maestro de tantos se hizo discípulo de Jesús que dijo: «Aprended de mí que soy humilde de corazón».

En lo exterior ejercitaba algunos actos de humildad con que se abatía. No quería dejarse servir como Señor; antes bien como siervo del Señor y de sus hermanos tenía su día diputado (y nunca faltó a él mientras pudo) para servirles a la mesa y otros para fregarles los platos en la cocina, y en este lugar como en las otras oficinas obedecía a los oficiales porque tenían dislumbres de superiores. Era para admirar ver a un varón tan benemérito y de más a más tan enfermo que no quería consentir que otro le barriese la celda ni le fregase la bacinilla; él mismo en tiempo de fiesta cuando había de dar algún descanso al cuerpo con el sueño llevaba su bacinilla para limpiarla sin faltar jamás en esta distribución como ni en las otras. También permitió la Providencia Divina que le viniesen algunas humillaciones de fuera. Tal vez oyó que decían que era un ignorante por las opiniones que dictaba en el aula y defendía en la cátedra; y aunque esto era tocarle en lo vivo del entendimiento, tenía más viveza en tolerarlo con humildad. Reconocía que algunos lo menospreciaban y pagábales sus desaires a peso de benevolencia y beneficencia sin permitir se le pasase la ocasión de hacerles algún bien. Cuando no seguían sus opiniones ni ejecutaban sus dictámenes daba las gracias a Dios, y el un motivo sería porque era mortificación de su gusto, y el otro motivo porque era humillación de su ingenio. Como el padre Jerónimo procuró ser humilde de corazón, solicitó también el ser pobre de espíritu. Pensaba que cuanto tenía y comía era de limosna y con esa consideración lo recibía y así se contentaba con cualquiera cosa. Holgábase de que sus alhajas y vestidos fuesen de lo más pobre, y lo que es más holgábase de experimentar los efectos de la pobreza que son las necesidades. Por esto rogaba a los superiores que no le diesen por sus achaques cosa particular en la comida, siendo así que le era muy precisa y necesaria. Practicaba lo mismo que tenía propuesto por estas palabras en su librito: Siempre tengo de escoger lo peor y más humilde y pobre en las cosas temporales, porque quien espera riquezas eternas ¿qué mucho que se haga pobre y se prive de

las cosas temporales? Esto he de ejercitar, lo primero por ser semejante a Cristo Señor Nuestro y a su Santísima Madre; lo segundo por darles gusto porque se regocijan de ver un alma semejante a sí. Hasta aquí el venerable padre el cual para no aficionarse a cosas desta vida tenía escrito este desengaño: Ciertamente que sería vergüenza que habiendo dejado todas las cosas del mundo, reparar si el vestido, aposento, comida y las demás cosas no son tan buenas; viniendo a la religión a aficionarse a unos juguetes y a unas honras tan cortas como en ella hay, las cuales si fuera seglar me avergonzara de apetecer.

Como era voluntariamente pobre no se tenía por dueño de cosa ninguna, y así no le daba su licencia, y aun tenía escrito en un papelito que le había dado el superior licencia para dar una manzana o un durazno cuando iba a la huerta con los hermanos estudiantes. Con ser un hombre de tan autorizada gravedad por tratarse como pobre remendaba él mismo sus vestidos sin permitir que otro lo hiciese, y pedía licencia aun para la hebra de hilo con que remendaba y tenía propósito de no pedir otro vestido hasta que no pudiese traerse el que tenía puesto de puro viejo. Por último no quiero dejar de poner un sentimiento de su espíritu acerca de la pobreza. Es nuestra madre (dice) porque así como la madre le quita a su hijo la tierra y carbones que está comiendo, y en su lugar le da alguna cosa buena que coma y le entre en provecho, así la pobreza nos quita las cosas terrenas de nuestro corazón; y como él no puede estar sin amor, en no amando tierra y criaturas he de amar a Dios que es manjar que nos entra en provecho.

Procuró el padre Jerónimo ser un San Jerónimo en la penitencia haciendo todas las que prudentemente le permitían los superiores. Cada semana tomaba tres veces disciplina y otras tantas se ponía cilicio con un tesón indefectible y con una perseverancia constante aunque pudiera dejar la perseverancia y el tesón por la acerbidad de sus continuos achaques. De la misma manera hacía cada semana tres mortificaciones en el refectorio sin que jamás faltase a ella en los días que tenía señalados. En la comida deseaba que le cupiese mala porción y le holgaba que los guisos lo supiesen mal; y sin embargo de que tenía mucho hastío y le sabían muy mal los manjares se hacía fuerza por comer, que no era poca penitencia, porque así como el ayunar es penitencia de sanos, el comer es penitencia de enfermos.

En su último achaque, reparando un discípulo suyo en las desganas que tenía de comer, le procuró animar diciéndole que comiese por el amor de Dios. A esto respondió el padre Jerónimo: «muchos años ha que como por amor de Dios». Tanto tiempo había que se sustentaba con hastío a los manjares.

En lo interior se mortificaba y hacía penitencia más sensible, porque cada día deseaba que le sucediesen cosas contrarias a su gusto; y cuando le sucedían, decía: Gracias os doy mi Dios porque me enviáis esto contra mi gusto para que lo padezca por vuestro amor; amareos más y más por esta merced que me hacéis. A este propósito viene bien lo que tenía escrito contra uno de sus propósitos con las palabras que se siguen: las cosas contrarias las he de abrazar por Dios cuando se ofrecieren o buscarlas cuando no se ofrecieren; y cuando otros gustan de algo lo haré aunque sea contra mi gusto; antes bien por el mismo caso que repugne mi gusto lo he

de hacer y no me he de oponer a hombre ninguno si no es que convenga para gloria de Dios; y así cuando viere a alguno, le he de mirar como a imagen de Dios, como a hijo suyo y procuraré acudir con caridad a su consuelo. Cuando se ofrecieren cosas de mi gusto las dejaré por Dios, pero si no convine dejarlas las tomaré, no porque son de mi gusto sino porque Dios gusta de ellas. Bien se ve la perfección de estos propósitos y no se puede dudar de su fervoroso espíritu sino que los cumplía.

En la afectuosa devoción a la Madre de Dios se parecía el padre Jerónimo al gran doctor de la iglesia San Ambrosio. Con carta de esclavitud escrita de su mano y firmada de su nombre la reconoció por su Señora, haciéndole pura y libre donación de su persona y bienes, dejando a la disposición desta su querida Señora todas sus buenas obras para que las aplicase a quien quisiese. En las acciones que obraba como libre quería que se atribuyesen a María como a causa principal y a él como instrumento. En todas sus tentaciones; enfermedades, peligros, sequedades, alegrías acudía a la Santísima Virgen como un niño a su madre y procedía en esto con acierto porque el mirar a esta Señora como a Madre alienta más nuestro ánimo para llegarnos a ella; y el portarnos como niños pequeños inclina más su piedad para que nos favorezca porque es amiga de pequeñeces de humildad. En lo interior le hacía un servicio muy agradable, y era tener una gran voluntad de estar amando, adorando y alabando a Nuestro Señor como la misma Virgen le ama, adora y alaba en el cielo en el cual le quería dar la misma gloria que la Virgen le da. Este interior afecto, y esta buena voluntad renovaba de cuando en cuando. En lo exterior hacía algunos servicios a su Señora. Cada día rezaba su corona de rodillas; los sábados ejercitaba la virtud de la abstinencia en reverencia suya y practicaba la humildad sirviendo a sus hermanos y consiervos desta Señora en el refectorio, y besándoles los pies. En las vísperas de sus festividades añadía a la ordinaria una hora más de oración.

¿Qué diré de la gran pureza de su conciencia? Dígalo el mismo padre en un apuntamiento suyo por donde se podrá colegir su pureza, porque ejecutaba cuidadoso todo lo que proponía hacer en el divino servicio. Cuando quisieres (dice) hacer algo, mira si es pecado por pequeño que sea, y si lo es, no lo hagas porque el día del juicio te ha de pedir Dios estrecha cuenta de ella y serás infaliblemente condenado a la pena que por ella mereces sin valer allí ruegos ni buenos propósitos y promesas de enmienda. Si a una imagen de Cristo Señor Nuestro no nos atreviéramos a echar un borrón por la cara ni a otra de un santo, cuánto más hemos de huir de pecar aun venialmente porque los pecados son borrones y manchas, y nuestra alma imagen viva de Dios. Esto proponía el venerable padre en orden a apartarse de lo malo; pero en orden a obrar lo bueno, propone lo siguiente: tengo de servir a este Señor, porque Él me crió para eso y para eso me dio todas las criaturas; y en lo que le he de servir es en hacer su santísima voluntad en todas las cosas, porque servir a uno en lo que Él no gusta, no es servirle y así en las cosas que hago tengo de actuar me que las hago por ser voluntad de este Señor. Cumplió bien el padre Jerónimo lo que propuso, pues en todas sus acciones y ministerios miraba a la mayor gloria de Dios y los hacía por su amor. ¿Quién no ve que este gran catedrático se parecía en esto al seráfico doctor San Buenaventura? Veamos ahora su porte de vida en la observancia regular. En el librito de

sus propósitos hallo que dice: «No he de hacer falta ni quebrantar regla advertidamente por cuantas cosas hay». Es cierto que algunos anduvieron observando con especial estudio si se le podía coger en una falta de observancia de reglas, y lo que repararon fue que no quebrantaba la más mínima y que las guardaba, no sólo con entereza sino con perfección. De aquí se colige cuánta era la perfección con que resplandecía este venerable padre, porque conteniendo nuestras reglas tantas y tan esclarecidas virtudes, las ejercitaba todas no quebrantando ninguna regla con advertencia.

Los más años de su vida había pasado enfermo el padre Jerónimo, pero andando en pie hasta que llegamos a los setenta y siete de edad crecieron sus males de manera que le obligaron a hacer cama. En las unturas que recetaban los médicos era tanto su recato, que huía el cuerpo porque no se lo tocasen los enfermeros. Corrió la voz de que el mal era de muerte y antes que le sobreviniese le fue a visitar como tan piadoso príncipe el señor arzobispo de Lima don Melchor de Liñán y Cisneros que en la ocasión era presidente deste Nuevo Reino de Granada. Lo mismo hicieron todos los señores de la Real Audiencia. Pero la visita que más admiración causó y más ternura fue la del ilustrísimo señor arzobispo deste Nuevo Reino don fray Juan de Arguinao, que entrando por el aposento del padre Jerónimo y careándose con él no pudo contener el sentimiento en el corazón sino que lo brotó en lágrimas por los ojos y también por los labios diciéndole estas palabras: «Cur nos Pater deseris aut cur nos desolatos relinquis!» Respondió el moribundo padre Jerónimo, si no con palabras con tiernas lágrimas admirándose los circunstantes y enterneciéndose de ver las lágrimas en las mejillas de dos sujetos tan siervos de Dios y tan respectivos como lo eran el ilustrísimo señor arzobispo y el padre Jerónimo de Escobar.

Al ejemplo de las dos cabezas de la República se conmovió, el numeroso gentío de la ciudad de Santa Fe deseando ver al enfermo, y si se abrieran las puertas a todos, parece que apenas que daba persona en la ciudad que no le viera. Los que tenían la dicha de tener entrada para visitarle se despedían de él, y como si se partiera a la corte celestial con el oficio de procurador de todos le encargaban que solicitase con el Rey del cielo el negocio de la salvación de sus almas. Demás desto se abalanzaban muchos a besarle las manos; pero el humilde padre no se inmutaba con aquellas peticiones ni con estas demostraciones de veneración porque se recogía dentro de sí metiéndose con la consideración en el abismo de su nada. Acercándole por instantes el mal a su buena muerte, le administraron los dos sacramentos del Viático y Extremaunción y los recibió tan en su entero juicio que los recibió respondiendo a todas las cosas que se suelen responder. Después el venerable padre imitando a algunos de los padres antiguos que solían decir a la hora de su muerte alguna cosa de edificación, por despedida dijo cayéndosele las lágrimas de los ojos y haciéndolas derramar a los circunstantes: «Padres y hermanos míos, yo los he querido como a mis hijos (y por mejor decir) como a hijos de Dios». Y volviéndose al padre rector prorrumpió en estas palabras de seráfico amor: «Ámelos vuestra reverencia como a hijos de Dios y trátelos con toda benignidad y caridad». Luego hizo dos peticiones a los presentes. La primera que le perdonasen, la segunda, que le encomendasen a Dios; y luego

añadió otra petición y fue que le ayudasen a hacer actos de contrición, de fe, esperanza y caridad mirándole como a un ignorante.

Habiendo precedido estas cosas, amaneció el día de la cátedra de San Pedro en Roma, y a las cinco de la mañana, hora que todos los días tenía destinada al Santo Apóstol, rogó le llamasen a un padre que le dijese misa, y habiendo devotamente comulgado en ella, estando ocupado en darle gracias al Soberano huésped, y haciendo otros actos de amor divino salió de su cuerpo el alma que Dios había criado para tanta gloria suya, crédito de la Compañía, edificación de la República y enseñanza de la teología. Parece que quiso Dios en el día de la cátedra de San Pedro en Roma jubilar en el cielo a este gran catedrático de Santa Fe, a este máximo maestro deste Reino, a este doctor parecido a los Santos Doctores de la iglesia; a San Agustín en la oración, a Santo Tomás en la devoción a la misa, a San Jerónimo en la penitencia, a San Ambrosio en el afectuoso amor a la Virgen y a San Buenaventura en la caridad seráfica.

Como no se pierde sin dolor lo que con amor se posee, dieron luego todas las iglesias de Santa Fe muestras del dolor que tenían por la muerte del venerable padre Jerónimo con el doble triste de las campanas. Fue innumerable el gentío que se entró por nuestras puertas a la capilla interior donde estaba amortajado el cadáver; besándole los pies tocaban en él sus rosarios, cortábanle los cabellos y la mortaja de las vestiduras sacerdotales hasta llegar a la ropa interior, de suerte que fue necesario vestirle y amortajarle de nuevo; y era cosa que causaba devoción y ternura ver que entraban y salían los niños a tropas clamando: «Ya murió el santo, ya murió el santo». Todas las religiones sagradas con sus comunidades de los gloriosos patriarcas Santo Domingo, San Francisco, San Agustín y San Juan de Dios acudieron a nuestra iglesia y cantaron por el venerable difunto vigilia, misa solemne y responso. Entretanto que se hacía esta función general no faltó quien diese orden de que le retratase un pintor para tener siquiera pintada la imagen del que ya no podían gozar en su original.

Dilatose el entierro para el día siguiente a su muerte, y bien temprano se llenó nuestra iglesia de tanta gente, que ni capillas ni tribunas tenían algún vacío, y aun la calle y los claustros de nuestra casa estaban llenos de gente, estando todos deseosos con impulsos extraordinarios de ver o tocar con reverencia el cadáver del venerable padre. El ilustrísimo y juntamente piadosísimo señor don fray Juan de Arguinao quiso hacer el oficio funeral; vistiose de pontifical, y con todo el cabildo eclesiástico precediendo un gravísimo doble de campanas de la catedral con toda su música se empezó el responso para sacar en procesión funeral el cuerpo difunto. Hubo cristianas pretensiones y piadosas competencias sobre quiénes habían de llevar el féretro. Vencieron por eclesiásticos los señores prebendados y lo llevaron en hombros hasta la primera posa. Luego se fueron siguiendo el cabildo secular y las demás personas graves de las religiones y caballeros de la ciudad. Pidieron instantáneamente aquellos señores que la procesión funeral saliese por la calle para que la mucha gente que en ella había no podía entrar, gozase de la vista del difunto, y así salió la procesión por la portería hasta llegar a la iglesia. Apenas lo vio la muchedumbre de la gente cuando empezaron a llover manos de rosarios, cintas, colonias y pañuelos para que

se tocasen al venerable cuerpo, y esto con tantas lágrimas que se movían a ternura aun los más duros de corazón. Entraron por nuestra iglesia, y como estaba tan llena costaba mucho trabajo el romper por la gente y todos conmovidos de devoción y ternura se empinaban para ver el cadáver; y algunos se encaramaban sobre los bancos y escaños de la iglesia. Púsose el cuerpo en medio del presbiterio sobre una mesa grande que dispuso la piadosa devoción de un caballero vistiéndola decentemente con paños y cojines de seda y rodeándola con cincuenta luces. Mientras se cantó la vigilia y dijo la misa de pontifical el señor arzobispo, asistieron seis sacerdotes para tocar al rostro y manos del difunto innumerables rosarios, cintas y pañuelos.

Acabados los oficios se levantó de su silla el señor arzobispo, don Melchor de Liñán y Cisneros, y con piedad de príncipe católico se llegó al féretro; besó los pies al difunto y quitándose su bonete se lo puso en la cabeza al padre Jerónimo y tomó para sí el que antes tenía el difunto padre. A su ejemplo le fueron besando los pies los señores de la Real Audiencia, los del cabildo y demás caballeros de la ciudad. Y acabada esta función llevaron desde el bufete a la sepultura al cadáver sobre sus hombros el ilustrísimo señor presidente con los señores oidores, y al sacarlo del ataúd para ponerlo en una caja de cedro, que la piedad había prevenido para el efecto, fue tan grande la conmoción de lágrimas y alaridos con que pedían alguna reliquia, que los mismos señores oidores le comenzaron a desnudar, y casi dejaron el venerable cuerpo desnudo y fue menester valerse de toda fuerza para que no llegasen a despedazar el cuerpo y para dar con él en la sepultura. Y lo que antes de entrarlo en ella repararon muchos, fue la admirable flexibilidad de las manos y miembros difuntos, él no despedía mal olor después de tantas horas de muerto y la gravedad del rostro que causaba devoción a los que le miraban. Los días subsecuentes al entierro que fueron nueve, le honraron los señores prebendados diciendo por sus turnos con toda solemnidad misa y responso, costeando el gasto la piedad liberal de tan ilustre cabildo. Fue grande el concurso que hubo en nuestra iglesia el noveno día de las honras, porque acudió a ellas el señor presidente y oidores, todas las religiosas y la clerecía con sobrepellices toda. Dijo la misa el señor deán don Juan Bernal de Salazar y predicó el muy reverendo padre maestro fray Bartolomé de Monasterios, lector de prima de la sagrada orden de San Agustín, ponderando la excelencia de virtudes del venerable difunto con mucha gracia y viveza de pensamientos. Siguióse la academia haciéndole otras honras como a catedrático de la teología y como a prefecto y regente de sus estudios.

Asistieron en forma de claustro todos los doctores y maestros, discípulos suyos con borla y muceta en la forma que en las universidades acostumbran en señal de sentimiento; y era muy debido el tenerlo por haberles faltado la columna que tenía en pie la Universidad con el lustre y resplandor que todos vieron. Dijo la misa el doctor don Agustín de Olea, arcediano de la catedral, a quien cedió el padre rector de nuestro colegio a quien competía el cantarla como a cabeza de la academia, y predicó el doctor don Agustín de Tobar, demostrando el sentimiento de la Universidad juntamente con las virtudes del venerable padre, y se mereció el aplauso de todo el auditorio.

Publican que las reliquias que alcanzaron del padre Jerónimo han sido instrumentos de muchas maravillas porque han recobrado con ellas la salud perdida muchos enfermos, y así las estiman personas de mucho porte, y otras de menos calidad creciendo en todos la devoción del venerable padre. Falleció el año de 1673 siendo de edad de setenta y siete y habiendo vivido los cincuenta y nueve religiosísimamente en la Compañía de Jesús y enseñando como maestro toda la sagrada teología por espacio de cuarenta años sapientísimamente.

#### Vida del hermano Joan de Reinoso, donado de la Compañía de Jesús

No sólo los sacerdotes, no sólo los hermanos coadjutores han honrado con sus virtudes a esta provincia del Nuevo Reino; también han vivido en ella hermanos donados que la han esclarecido con las acciones de sus vidas; y si el descuido no hubiera olvidado sus virtudes, se pudiera con ellas ilustrar esta historia. Ha quedado en común la fama de que dos hermanos indios en el Colegio de Quito llamados Bartolomé y Joseph fueron muy virtuosos. La misma ha corrido de que en el mismo colegio fue muy ejemplar la vida de un donado español llamado Baptista, compañero del venerable padre Onofre Esteban. No es menor la fama y nombre del hermano Joan Pascual, de color pardo, en el Colegio de Mérida; pero de todos estos no se han escrito en particular sus acciones virtuosas. Casi lo mismo ha sucedido con el hermano Joan de Reinoso; pero porque han llegado a mi noticia algunas cosas de edificación de sus procedimientos, que afirman personas muy verídicas, me ha parecido conveniente no omitirlas. En La Palma, que es una de las ciudades de este Nuevo Reino de Granada, nació el hermano Reinoso de padre español y de madre india. Fue recibido para hermano coadjutor en el año de 1617, y estando cumpliendo con grande edificación de todos el tiempo del bienio del noviciado, le remordió el escrúpulo de no haber declarado que era india su madre, y para librarse de su remordimiento consultó a dos hombres doctos; el uno le respondió que no era de importancia el escrúpulo porque no era impedimento dirimente el que le afligía; el otro le dijo que manifestase su congoja al superior. Siguió este segundo parecer de donde se originó que al tiempo de incorporarse en la Compañía con los votos, le dijo el superior que no lo había de incorporar y que por esta causa se podía ir a su patria y a su casa. A la una y a la otra había renunciado de veras por amor de la Compañía de Jesús el novicio fervoroso y así respondió que quería quedarse a servir aunque fuese con la camiseta de un indio. Vista su fervorosa resolución le dejaron en el estado de donado en el cual perseveró por el dilatado espacio de casi cincuenta años. Muchos ha habido que por la estimación que tienen de la Compañía se les ha oído decir, que si los apretasen para salir de ella se quedarían dentro aunque fuese para servirla como donados; pero a todos ellos les ganó la palma (como nacido en ella) el hermano Reinoso, porque a ellos se les oyó ese dicho de voluntad; mas en éste se vio de hecho este heroico acto de la virtud.

Su oración cotidiana fue la perenne fuente de donde manó el ajustado proceder de todos los días de su vida. Antes que tocasen a que se levantase la comunidad les solían hallar teniendo ya su oración. Para emplearse bien en ella leía muy a menudo en un libro de meditaciones y hablaba de ellas en las ocasiones que se le ofrecían, como quien las tenía muy de pensado rumiadas. Por compañera de su oración mental y vocal tenía la mortificación de su cuerpo con disciplinas continuas y cilicios cotidianos. Fue muy silenciario y recogido; mientras los superiores no le ocupaban parecía que el coro de la iglesia era la celda de su habitación, allí se estaba orando delante de Nuestro Señor Sacramentado. No contento con hacer sus días de fiesta recebiéndole en su pecho los domingos le recibía también los jueves por haber sido éste el día de la institución de este supremo sacramento. También comulgaba en otros días de su devoción cuando ocurrían santos de su especial afecto.

Viendo los superiores la ejemplar vida del hermano Reinoso, le ocuparon por espacio de más de cuarenta años en el seminario de San Bartolomé para que los colegiales, que de los maestros aprendían las letras, aprendiesen de sus ejemplos las virtudes. Servíalos el humilde hermano como quien en ellos servía a Dios. Cuidaba mucho de ellos cuando caían enfermos. A los muy niños los regalaba en los días que ayunaban. Convocaba a los pajes de los colegiales y les enseñaba a menudo la doctrina cristiana, temeroso de que por la ignorancia se condenasen. Procedió muy pacífico con todos los colegiales sin que en tantos años como vivió entre ellos tuviese ruido ninguno con hijos de tantas madres. Y esto, no porque no le daban algunas ocasiones de sentimiento, pero el buen hermano las llevaba con religiosa paciencia. Una vez le cerraron con adobes la puerta y ventana por de fuera, de suerte que no pudo salir a la luz ni tenerla en el aposento; pero luego que le abrieron salió con mucha paz sin dar muestra de sentimiento. A esta traza le hicieron otras burlas, pero lo más ordinario le respetaban todos como si fuera sacerdote, porque miraban en su proceder respetos de santo.

Aunque la sotana de la Compañía (como a otros hermanos donados) le daba licencia para que a segunda o tercera mesa comiese en el refitorio, no le permitía su humildad usar de esta licencia y se contentaba con comer a sus horas en la cocina como si fuera uno de los otros criados; cosa que causó mucha edificación a los colegiales que lo vían. En nuestra casa comió algunas veces en nuestro refitorio, y juzgo sería porque se lo mandó alguno de los superiores; y entonces cedía la humildad a la obediencia en la cual fue muy exacto sin haber hecho voto de ella, y por ventura en esta virtud hizo ventaja a muchos que la han ofrecido a Dios con voto.

Era muy amante de la Virgen Santísima, y para avivar las llamas de su amor tenía su imagen en su celda, y como a su querida la comunicaba a menudo. Los colegiales que le habían conocido su devota afición, porque no la podía encubrir, solían a veces pedirle algunas cosas por amor de la Virgen Santísima, y luego él no permitiéndole su amor que las negara se las concedía. Cuando alguno de los colegiales entraba en su aposento y saludaba con alguna oración a la imagen de la Virgen, luego le resaludaba el hermano Joan con alguna cosa de las que tenía en la despensa para socorro de las hambres de los muchachos.



Procuraba tener a lo espiritual buenas pascuas de Navidad. Para este efecto aliñaba su imagen de la Virgen, prevenía las misas de aguinaldo y la iba solemnizando con el mayor aparato que podía; y para que Nuestra Señora tuviese más número de siervos que la festejasen en su sagrado parto, convidaba a los colegiales para que devotamente asistiesen y ofreciesen las misas con seguro de que por aguinaldo recibirían algún favor. No sólo cuidaba de tener y dar a los otros buenas pascuas; también procuraba tener cada año un buen San Joan, y como éste era el santo de su nombre lo celebraba como podía su pobreza en una imagen que tenía su devoción. En reverencia del santo daba según su posibilidad, con licencia de los superiores, alguna cosa de regalo en la comida a los colegiales. Cada año celebraba a la Reina del cielo el hermano Reinoso como muy devoto suyo, haciéndole novenarios en las festividades que tiene señaladas la iglesia católica. Varios eran los fines a que tiraba su devoción en cada uno de los novenarios, y en el de la Asunción gloriosísima de la Madre de Dios a los cielos, especialmente tiraba a alcanzar de su piedad una buena muerte, y parece que se la concedió esta benignísima Señora, pues pagaba del novenario último con que había prevenido el día de la Asunción gloriosísima, alcanzó de su Hijo que bajando el hermano Reinoso el mismo día desde el seminario a nuestra casa para comulgar, le asaltase la última enfermedad, y que dentro de pocos días cumplierse con el tiempo del destierro en este valle de lágrimas y pasase a la patria y reino de Dios donde juzgan que está todos los que conocieron al hermano Reinoso. Su cuerpo difunto se llevó del seminario a nuestra iglesia, con cuya tierra bendita honoríficamente se cubrió.

A este fin dichoso de morir en la Compañía de Jesús llegó el hermano Joan de Reinoso caminando bien por espacio de más de cincuenta años en el estado de donado en que por su mutabilidad pocos han sido constantes. Valiose sin duda para la constancia de un medio que dio a otro. Contome un hermano que hoy vive en este colegio, que en cierta ocasión le preguntó al hermano Reinoso de qué medios se valdría para perseverar en la religión, y que le respondió que para este fin el medio que hallaba era asirse de Dios. Asiose el hermano Reinoso de Dios que como inmutable le participó su inmutabilidad y le concedió la perseverancia. Asiose de Dios con las oraciones que le hacía, con las comuniones en que le recibía, con los otros ejercicios espirituales con que se abrazaba y unía con el mismo Dios. Asiose de Dios, cuidando solícito de evitar pecados que podían apartarle de Dios. Asido de estos modos con Dios perseveró el hermano Reinoso tanto número de años hasta el de su dichosa muerte en el estado humilde de donado de la Compañía de Jesús.

Ejemplos que se vieron en algunos sujetos del colegio de Santa Fe

Padre Pedro Rodríguez Morgáez

El padre Pedro Rodríguez Morgáez tuvo gran celo de la salvación de las almas, y era insigne obrero en las confesiones, trabajando incansablemente y pidiendo o otros padres le echasen mucha gente para confesar. Estando en el campo en llamándole para una confesión, iba luego aunque fuese a pie como lo hizo varias veces por no hacer falta si aguardase cabalgadura. Era humildísimo; tenía gran desprecio de sí mismo, trataba habilitadamente su persona buscando lo peor de casa. Habiendo de ir a componer cierta deuda de más de mil y seiscientos pesos que daba cuidado a este Colegio de Santa Fe como lo hizo con notable atención y prudencia por requerirlo el caso, dejando vencidas dificultades de harto tomo que se ofrecieron. Habiéndole acomodado de una silla mediana para la mula, se la quitó un hermano. El santo padre sin mostrar sentimiento con este desavío sin turbación, antes con mucha serenidad y agrado pidió una enjalma para ir en ella por caminos harto malos como lo hubiera hecho si no se le hubiera acudido a tiempo con una silla, y llevó una manta de lana para que le sirviese de fieltro.

Era más que ordinaria su obediencia, dejaba la letra comenzada cuando le llamaba el sacristán para decir misa o confesar en la iglesia. Oía a los superiores con notable respeto y reverencia y si se ofrecía darle algún aviso callaba con el encogimiento que un novicio ni se excusaba sino cuando el superior quería que diese razón de sí y la daba con mucha humildad.

En la pureza se conservó como lo significó estando cercano a la muerte en su última enfermedad donde se advirtió que aun estando privado de sentido, cuando se llegaban a componerle la ropa de la cama tenía extraño cuidado de no descubrirse asiendo fuertemente las sábanas y obligó a que le dijese descuidase de eso porque le tratarían con toda decencia.

Hizo su confesión general con notables sentimientos como si hubiera sido el mayor pecador del mundo habiendo vivido con tanta pureza que en 46 años que estuvo en la Compañía no pensó ni hizo ni dijo cosa que llegase a pecado grave.

Fue este padre natural de Santa Olalla en la Extremadura y murió en esta ciudad de Santa Fe a 4 de diciembre de 1643.

#### Hermano Francisco Martín

Fue recibido el hermano Francisco Martín en la Compañía el año de 1604, y habiendo vivido 48 años en ella murió a 13 de junio del año de 1652. Lo memorable que de sus virtudes ha llegado a nuestra noticia, es lo que diré.

Provocándolo una mala mujer en ocasión que lo vio solo, él con la severidad y sentimiento que a buen religioso convenía la echó y apartó de sí como si fuera un tizón del infierno; tal era la compañía que Dios y su santo temor le hacía en la soledad en que estaba, pues era en una

estancia. Este temor de Dios y recato con que vivía en el campo mostró en la respuesta que dio a un padre que le preguntó si era escrupuloso diciendo: si yo no fuera escrupuloso ya me hubieran echado de la Compañía según las ocasiones en que me he visto y de que Dios me ha librado; y así dijo un confesor suyo, que fue dotado de gran pureza no hallando en él materias de que absolverle.

Con tener el manejo de las haciendas del campo, se trataba pobrísimamente y con sotana parda, sin reparar en la antigüedad de la religión.

Preguntóle cierta persona si acaso tenía guardada alguna barra de oro después de tantos años como había que asistía en las estancias, él con gracia y donaire le respondió que sí y añadió: aguarde que quiero mostrársela, y sacóle una barra de hierro diciendo: con esta hago los hoyos del corral, ésta es mi barra de oro, ésta mi riqueza y tesoro.

Desde que fue recibido en la religión hasta que el fin de la vida conociendo que Dios lo había llamado para las obras de Marta, poca muestra de la voluntad del superior fue menester para que se ocupase en todos los oficios humildes de la casa, pues todos los abrazaba con ánimo igual y voluntad rendida. Ésta la mostró en que habiendo reconocido que un puesto en que la obediencia le había tenido era muy contrario y dañoso a su vista, mandándole volver a él, y habiéndole propuesto, instó el superior llevado de la necesidad en que fuese. Obedeció ciegamente cuanto al afecto y efecto, pues de aquella resistencia se le siguió la total falta de vista viviendo cuatro años y más ciego hasta que murió. Llevaba este trabajo con tanta paciencia y sosiego, que nunca se le oyó quejar; antes bien en este y los demás trabajos que con la sordera le sobrevinieron y hasta morir toleró; su dicho ordinario era: hágase la voluntad de Dios.

### Hermano Manuel Martín

Nació el hermano Manuel Martín en Villarroza en los Reinos de España de padres honrados y piadosos, y heredoles no menos la sangre que la piedad, la cual fue tanta en nuestro hermano que la mostraba en las obras que caritativo ejercitaba con todos, negros y blancos, sanos y enfermos con tan pocos ascos que con sus mismas manos curaba a los negros esclavos de casa sin que perdiese ocasión alguna de estas, antes bien solícito las buscaba. Cuando algunos necesitaban de su socorro y ayuda, ponía todos los medios posibles para dársela, y ya que su misericordiosa caridad no podía acudir como quisiera al remedio, solía despacharlos consolado con la esperanza de servirles en tiempo más oportuno como lo ejecutaba en ofreciéndose la ocasión.

Fue hombre de gran mansedumbre, jamás guardó sentimientos en su corazón ni aun para representarlos a los que le habían ofendido; antes con estos se esmeraban sus agrados y cariños de tal manera, que algunos para salir con lo que pretendían solían decirse: vamos a enojar al hermano Manuel y darle disgustos, y le sacaremos lo que quisiéremos; porque esa era la venganza

que tomaba su invencible mansedumbre de los que le ofendían. Sólo consigo era estrecho y riguroso. Solían decirle que por qué no se trataba mejor en edad tan crecida, trabajada y enferma con las muchas llagas que padecía; y lo que respondía era: con un tasajo hay harto para tan inútil siervo y que tan poco lo merece.

Habiéndosele llegado el término de su vida, y juntamente el miércoles de la semana en que murió y reparando en la aflicción de nuestros hermanos que le acudían en su achaque, dijo habiéndoles preguntado el día que era, perdonen mis enfados y tengan paciencia hasta el sábado que ese día cesarán mis males y dejaré de darles cuidados. Sin duda que la Santísima Virgen quiso pagarle la cordialísima devoción que siempre la tuvo previniéndole con sus favores y haciéndole sabidor de que en su vida la había de llevar y que tuviese un día de fiesta eterno de tantos trabajos como en este mundo había pasado, pues en llegándose el sábado sucedió como lo dijo: murió dichosamente y fue a recibir el galardón de los dolores intensos que en los últimos términos de su vida pacientísimamente toleró a los diez y seis de julio de 1661.

#### Hermano Juan Núñez de Acuña

El hermano Juan Núñez de Acuña fue bien nacido en la ciudad de Lisboa. Militó siendo sargento en el Brasil, y habiendo llegado a Cartagena de las Indias porque el conde de Castel Mellou, su tío, no le volviese a llevar a Lisboa y le estorbase los designios que tenía de entrar en la Compañía hizo fuga de la ciudad y se escondió en una estancia, y después que el conde se fue en la armada salió de su retiro e hizo instancia con lágrimas por espacio de muchos días para que le asentasen plaza de soldado en la Compañía de Jesús. Consiguiolo entrando en ella por orden del padre provincial Sebastián Hazañero en el día del hermosísimo ejército de las once mil Vírgenes el año de 1642.

Alistado en ella tuvo dos propiedades de buen soldado; la una fue no volver el pie atrás estimando en tanto su vocación que solía decir que aunque se levantase contra todo el mundo había de vivir y morir en la Compañía. La otra fue hacerse guerra a sí mismo, peleando contra su condición colérica; de que juzgó el padre Juan Manuel que en su natural era muy para agradecerle lo mucho que se vencía y que era dócil y corregible.

Habiendo tenido unos ejercicios le dijo a un padre de casa había pedido a Dios morir uno o dos días antes de acabarlos, y que ya que Dios no había querido hacerle esta merced, se la había de hacer de llevarle el día de las once mil Vírgenes a quienes tenía especialísima devoción por haber entrado en la religión en su día sin dejar ninguno en que no se encomendase a ellas y les rezase teniendo gran confianza en su intercesión y patrocinio a la hora de la muerte. A los 13 de octubre, estando en el campo le dio un mal pestilente, y diciéndole que estaba de riesgo se conformó con la voluntad de Dios y le dio gracias por haberle traído a

la Compañía tres años antes. Tuvo un largo coloquio con las once mil Vírgenes, diciéndoles que pues las había escogido por sus esposas, cuando en su día dejó la milicia secular y se alistó en la espiritual de la religión le fuesen intercesoras con Dios para que las fuese a ver en el cielo. Llegado el jueves 19 de octubre por la mañana, recibió el Santísimo Sacramento, queriendo Dios, como en premio de la devoción que había tenido de comulgar los jueves, aunque estuviese en el campo, que en él la continuase hasta morir. A la noche para mejor prepararse para la muerte, se confesó generalmente y recibió el Sacramento de la Extremaunción estando en su entero juicio y luego le perdió con especial la Providencia Divina para que no hubiese cosa que turbase la paz y seguridad de conciencia con que se hallaba dichoso. Llegó el sábado día de las once mil Vírgenes, y en él acompañado de ellas entró su alma (según se puede entender) en la iglesia triunfante de la gloria.

## Libro segundo

### Del Colegio de Cartagena

#### Capítulo I

##### Sucesos en la fundación del Colegio de Cartagena

Es Cartagena puerto y puerta de estas indias Occidentales; puerto, porque en él desembarcan los que vienen de Europa: puerta, porque por aquí entran al Nuevo Reino de Granada y a los Reinos del Perú. Por esto bien claramente se da a entender cuán importante era que la Compañía de Jesús tuviese Colegio en esta ciudad para estarse a pie quedo, aprovechando con el ejercicio de sus ministerios a los que van y vienen por esta puerta y a los que de asiento viven en este puerto. Con esta mira llegaron el año de 1604 a Cartagena algunos religiosos de la Compañía, que salieron de Europa. Luego que aportaron aquí empezó su celo a poner en práctica la fundación del Colegio, y no le fue difícil a la práctica porque había muchos años que la ciudad, deseosa de tener por vecina a la Compañía solicitaba su fundación.

Vivía entonces aquí (no sé si de paso o de asiento) un honrado lusitano que durándole la memoria de que las primeras enseñanzas de su niñez las había tenido en las aulas de la Compañía de la ciudad de Evora, tenía para con nosotros muy amorosa voluntad. Con esta dio a los padres una casa que había alquilado para sí, y ellos con el deseo de tener en Cartagena casa propia la compraron con el favor y socorro de algunas personas que les cobraron amor; mas viendo que para acabar de concluir con la paga de la casa eran menester dos mil ducados, se los pidieron prestados al ilustre lusitano; pero él como queredor de los nuestros y como liberal de su hacienda no los quiso dar prestados sino totalmente dados.

Era entonces obispo de aquesta diócesis el ilustrísimo señor don fray Joan de Labrada, del Orden de Predicadores, que mostrándose en todo padre nos favorecía y amparaba como si fuera padre de la Compañía, y viendo que en la casa comprada nos faltaban las alhajas necesarias, hizo una fineza por nosotros y fue andar por todas las calles de la ciudad de puerta en puerta y de casa en casa pidiendo limosna para que se comprasen las alhajas de casa. La fineza de esta acción se conoce, lo uno en que es menos dar lo que es propio que pedir lo ajeno para darlo; lo otro en que no le excusó de hacer esta piadosa acción su mucha ancianidad ni la autoridad episcopal con que se hallaba.

Teniendo ya los padres casa le dieron su cuarto a Cristo Sacramentado, acomodando en parte de ella como pudieron una iglesia, y cuando abrieron las puertas de ella, antes de entrar, se puso de rodillas una señora muy principal a vista de mucho concurso de gente, y levantando los ojos al cielo dijo en voz alta que movió a devoción los corazones de los circunstantes: ¡Ah! Señor, gracias os doy porque me habéis alargado la vida hasta este tiempo en que veo cumplido el deseo que ha tenido cincuenta años mi corazón, estando ansiosa de ver en esta ciudad la Compañía de Jesús. Gracias inmortales os den todas las criaturas porque trajisteis tan grande y tan singular remedio para nuestras almas. En esta casa, poco después dio un padre principio feliz a los estudios de la lengua latina, y para mayor celebridad de este principio recitó en la cátedra una elegante oración y tuvo por oyentes al señor obispo, al gobernador capitán general de aquella plaza, a todos los eclesiásticos y seculares nobles que ilustraban a Cartagena. No satisfecho el amor ni el celo ni la piedad del ilustrísimo señor don Joan de Ladrada con haber oído la oración del padre maestro, añadió el ir después al aula y exhortó a los discípulos a que aprendiesen cuidadosos y ejercitasen diligentes las lecciones que así en materia de virtud como de letras les había de enseñar.

Para que al dulce vino de estos principios no le faltase la mezcla de la mirra de amarguras, como no le faltó a Jesús, permitió este Señor (no sé cuánto tiempo después) que tres eclesiásticos hiciesen algunas molestias a su Compañía, divulgando contra ella algunas cosas falsas que pudieron causar escándalo en otros que no fueran tan afectos ni tan estimadores de nuestra religión como lo eran los vecinos de Cartagena. Los de nuestra casa no tomaban más defensa que sufrir y callar esperando en Dios, que había de volver por su causa y por su inocencia, y así lo hizo con el desengaño de los que oyeron y con el castigo de los que agraviaron. El primero dentro de dos meses dio tan mala cuenta de su mayordomía en los

géneros de castidad y pobreza religiosa, que después de haber sufrido muchos días de áspera cárcel fue desterrado de la ciudad. El segundo haciéndose apóstata vivió huyendo como un Caín sobre la tierra. El tercero dentro de tres meses fue acusado de un feo delito, y los señores obispo y gobernador pidieron a su prelado que apretase en la mano en castigarlo, protestando que si no lo hacía, ellos mismos usarían de su mano para el castigo.

## Capítulo II

Que el padre Alonso de Sandoval fue proto catequista y proto ministro del bautismo de los negros bozales

Solían entrar cada año en este puerto de Cartagena a millaradas los negros, violentamente traídos de los ríos de Guinea, de Loanda, de Caboverde y de otras partes para venderlos por esclavos; y sucedía que ni venían instruidos en los misterios de la fe ni venían más que bautizados en el nombre, y por eso se contentaban muchos muriendo en su gentilismo con suma infelicidad.

Para reparar este daño con su remedio, destinó Dios desde su eternidad a la religión de la Compañía, y para que su decreta se cumpliese en tiempo conveniente, movió el corazón del padre provincial del Perú para que enviase al padre Alonso de Sandoval al Colegio de Cartagena. Llegó a él en el mes de junio de mil seiscientos y cinco, y fue el primero que comenzó a catequizar y bautizar a los negros bozales, y por eso de justicia se le debe el título de proto catequista y proto ministro del bautismo de los negros bozales que llegaban a este puerto. Bueno será referir aquí el modo con que se ocupaba este mercader de almas en tan ganancioso empleo, gastando en él los tesoros de su sabiduría y el caudal de su salud y fuerzas.

Cuando daban fondo en el puerto los navíos de cargazones (así llaman la cantidad de negros que bastan para armar cumplidamente un navío) los iba a visitar llevándoles un buen socorro de pan, fruta y otros regalos de que solían venir bien necesitados, porque los armadores que los sacaron de sus tierras temiendo no les quiten vengativos las vidas (como muchas veces ha sucedido) los traen aherrojados con cadenas y grillos debajo de cubierta, y por eso muchos suelen llegar enfermos y con grande peligro de morir. Agasajábalos con cristianos cariños, procurando ganarles las voluntades por las bocas, con las comidas que misericordioso les llevaba.

De esta suerte les quitaba los miedos con que solían venir, persuadidos a que los blancos los traen para matarlos y pesarlos hechos cuartos en las carnicerías, como allá en sus tierras se usa.

Informábase de qué naciones eran los negros que venían, porque como son diversas hablan en diferentes idiomas, y según este informe buscaba los intérpretes, y ganándoles las voluntades con buenas palabras y mejores obras los llevaba consigo, y por medio de ellos haciendo preguntas a los

recién venidos los examinaba para saber si estaban bautizados o no. Por sus respuestas hallaba que unos, aunque muy pocos, estaban bien bautizados. Otros hallaba que no entendieron para qué les echaban el agua obre las cabezas y juzgaron que era un lavatorio para que no las tuviesen sucias; otros que no les dijeron ni enseñaron lo que habían de creer ni que con el bautismo habían de profesar nueva ley, ni les pidieron su consentimiento ni ellos tenían intención de hacerse cristianos porque no sabían lo que eran. Los más de los negros respondían que no les habían echado agua en las cabezas; o porque no se hallaron a tiempo que la echaron a los demás, o porque sus amos los tuvieron escondidos por no pagar al cura de aquella tierra cinco reales que pedía por cada uno de los que bautizaba.

Según estas respuestas los dividía en tres clases diferentes, porque necesitaban de enseñanzas distintas. A los que estaban enfermos ponía en la primera clase por el riesgo que tenían de morir y no salvarse; allí empleaba los primeros magisterios de su enseñanza, haciendo todo lo necesario para que del captiverio de esta vida saliesen en gracia. Después de esta diligencia, a los que rectamente habían recibido el sacramento del bautismo los instruía para que pudiesen llegarse al de la penitencia y luego al de la Eucaristía. Catequizaba por medio de los intérpretes a los que nunca habían oído los misterios de nuestra santa fe, y en viendo que ya tenían todos los requisitos necesarios para ser bautizados, les echaba el agua del bautismo con grande regocijo de su alma. Más de dos mil tenía ya bautizados por su misma mano el año de once, y decía celoso que de cada tribu o nación de los negros había de procurar que fuesen dos mil los señalados con el carácter santo del bautismo aludiendo a los doce mil que de cada tribu vio señalados San Joan.

La señal exterior que el padre ponía a los cuellos de los ya bautizados era una medalla de estaño, por la cual se conocía cuáles eran cristianos; para dejar estos y pasar al catequismo y bautismo de los otros que no estaban cristianados. Esta insignia estimaban en mucho los morenos, y si acaso acontecía el perderla alguno de ellos, acudía luego al padre Alonso de Sandoval para que le diese otra, y él se la daba con mucho gusto. Una vez encontró a un moreno a quien doce meses antes había bautizado, y viéndole sin medalla empezó a dudar si era el que había bautizado, y para salir de la duda le preguntó por ella. Entonces demostrando el moreno su alegría en el rostro y en los labios sacó una bolsilla de tafetán donde la tenía guardada con diez cuentas y les servían de rosario, sin haber permitido que éste ni aquélla se le hubiese perdido en varias tierras por donde aquellos doce meses había caminado sirviendo a su amo. El padre provincial Gonzalo de Lira escribiendo a un personaje acerca de estos bautismos le dice estas palabras: «Estando yo en Puertobelo pasaron algunas armazones de negros a Panamá que venían de Cartagena, y todos los negros y negras llevaban la insignia de la medalla ya conocida de los vecinos de Puertobelo, que viendo que todos la llevan entienden ya ser cristianos, y, si alguno no la tiene se sabe que aquel ha de ser catequizado para bautizarse. No era pequeño consuelo nuestro ver el semblante alegre y amoroso con que nos miraban por reconocernos de la Compañía como agradeciendo el bien que de la mano de un padre de los nuestros habían recibido».



El número de estos dichosamente señalados creció tanto que llegó a cincuenta mil, según la cuenta que hizo el padre Alonso de Sandoval en el año de veinte y tres; y esto solamente de los bautizados en el puerto de Cartagena. ¿Cuánto será el número de las otras partes adonde celoso escribió este apostólico padre (no, satisfecho de lo que él hacía en esta ciudad) para que se examinasen los bautismos de los negros bozales que hubiesen aportado de ellas? ¿Cuánto será el número de los que por la enseñanza y dirección del libro que escribió acerca de esta materia se habrá bautizado hasta ahora, así por mano de los de la Compañía que le han sucedido en el ministerio, como por mano de otros que los han imitado? No dudo sino que es una turba tan grande que nadie la puede contar sino sólo Dios.

### Capítulo III

Del celo con que andaba el padre Sandoval blanqueando almas de negros

Las almas feamente denegridas con el horrible tizne de las culpas es cierto que se blanquean con la sangre del Cordero que les aplican sus ministros por medio de los santos sacramentos. Y como Dios había escogido para este ministerio al padre Alonso, le infundió en el pecho una afición grande al ejercicio de andar blanqueando las almas de los negros con la administración de los sacramentos que podían recibir.

Esta afición y este amor al empleo con los morenos le nació del conocimiento que tuvo de la grande estimación y mucho agrado que Dios tiene en que estos pobres sean ayudados en orden a la salvación eterna de sus almas. Unas veces encendía el fuego del celo en su corazón meditando lo que agradaría a Dios Trino y Uno, haciendo este caritativo oficio con gente tan desvalida como lo es la morena. Otras veces pensando lo que estimaría la Virgen Nuestra Señora este servicio hecho en personas sujetas a miserable servicio. Otras considerando que en la conversión de los negros imitaría al apóstol Santo Tomás y a otros varones apostólicos de la Compañía de Jesús.

Encendido en estas y otras consideraciones empleaba tan cuidadoso el tiempo que ni de día quisiera tener reposo ni de noche descanso. A todas horas andaba solicitando el comprar espiritualmente negros para Dios, no queriendo su caritativo corazón que fuesen esclavos del demonio los que habían sido comprados con el tesoro infinito de la sangre de Cristo. Toda su ansia era dar la blancura a los espíritus, y la carta de libertad a las almas de los miserables esclavos. Levantaba a menudo el corazón a Dios considerándole presente, y le pedía luz para alumbrar aquellas almas y su favor y ayuda para moverlas y encaminarlas a su santo servicio. Continuando en los ministerios continuaba los gemidos y frecuentaba los suspiros a Dios, considerando que sin su auxilio no podía hacer cosa que fuese buena y más en una cosa tan sobrenatural como es la

conversión y justificación de las almas. El celoso espíritu del padre Alonso de Sandoval le obligó a hacer un contrato y un concierto en que se mostró bien diferente de los otros tratantes y contratantes que hay en esta ciudad de Cartagena. El concierto y el contrato fue con los médicos y cirujanos ofreciéndoles una misa por cada cinco enfermos desahuciados de que le diesen noticia, porque en teniéndola quería hacer sus diligencias para tener la ganancia inestimable y el logro santo de aquellas almas. Varias cosas le sucedieron en estos lances, y yo referiré aquí algunas. Luego que desembarcó un navío de negros traídos de Caboverde, fue el padre a visitarlos, y hallando a muchos de ellos muy aquejados de viruelas y que al parecer estaban en mayor peligro de morir, dejó de catequizar a estos para otro día y se inclinó con especialidad a catequizar y bautizar a tres de ellos, y cada uno de diferente nación. Dejolos bien bautizados y fuese a nuestro colegio por ser ya de noche. Cuando amaneció el día siguiente fue este médico de las almas a repetir la visita de sus enfermos y halló que los dos recién bautizados habían muerto aquella noche, y el tercero expiró allí aquella mañana en su presencia. Aquí dio gracias a Dios por el beneficio que había concedido a aquellas almas y trató de que con sus cuerpos se ejercitase un acto de misericordia enterrándolos en lugar sagrado.

Muchas veces sucedió que llamaron al padre Alonso de Sandoval para que confesase a negros y negras ladinas que estaban en opinión de cristianas, y a la verdad no lo eran. Poníale Dios en el corazón un deseo de examinar su bautismo y otras veces, aunque no lo tuviese, inspiraba a los mismos enfermos a que pensando que se morían le declarasen cómo no estaban bautizados, lo cual no habían hecho en vida dejándose llevar de la vergüenza que sentían en que los vieses ladinos y oyesen decir que no eran bautizados. Para estos casos llevaba siempre en la faldriquera una poma llena de agua tan artificiosamente cerrada que no se derramaba una gota, y con las que eran necesarias bautizaba con mucho secreto a los que padecieran grande empacho si se hiciera en público.

Es caso donoso por una parte y provechoso por otra el que en una ocasión sucedió, y por eso no quiero dejar de contarlo. Madrugó el padre Sandoval muy de mañana un día, y buscando un intérprete se fue con él para catequizar y bautizar doce negros que restaban de una armazón. Anduvo casi toda la ciudad para hallarlos porque se habían dividido en casas de diferentes amos que los habían comprado. Juntáronse en una casa que estaba muy adornada de cuadros de Santos, a quienes los bozales empezaron a hacer reverencias, y cuando los estaba catequizando el padre le preguntó uno de ellos ¿cómo aquellos hombres y aquellas mujeres no hablaban? Respondioles que aquellas eran las pinturas que representaban los cuerpos de los hombres buenos, que habiendo ya muerto se habían ido sus almas al cielo; y que cuando acá hablábamos con las pinturas de sus cuerpos, nos escuchaban allá sus almas y hacían lo que les pedíamos. Entendiendo eso el negro dijo: pues ya para cuando esté enfermo les pediré que me den salud. De aquí tomó el padre ocasión para declarar cómo Dios era remunerador, y les enseñó los demás misterios de fe; también les enseñó los mandamientos que debían guardar; díjoles lo que era el bautismo; preguntoles si querían bautizarse; movioles a que hiciesen actos de contrición y se lo dictó para que lo hiciesen y luego los bautizó.

No es para callado lo que le sucedió al padre con unos morenos, que estándolos catequizando mostraban grande alegría, y le dijeron que en oírle teníanse gusto como cuando comían, y que aunque bozales no se explicaron mal, pues usaron de la comparación con que el Espíritu Santo declara en el capítulo 15 de los Proverbios la alegría y gusto de la buena conciencia: «Secura mens quasi iuge convivium». Otros en acabando de ser bautizados mostraban en el rostro la alegría grande que les causaba en el alma la gracia del santo bautismo. En una persona que acababa de ser bautizada se notó que se puso tiernamente a llorar, y preguntándole la causa de su llanto, respondió: que lloraba de gozo de verse cristiana, hija adoptiva de Dios y heredera del cielo.

Eran grandes las señales de consuelo y de amor con que estos neófitos se llegaban al padre Alonso de Sandoval cuando le encentraban por las calles; besábanle la mano una y muchas veces, y abriendo los labios le agradecían el bien que habían recibido de ella cuando les echó en sus cabezas el agua del sagrado bautismo. El padre le daba las gracias a Dios por haberle hecho su ministro, y a ellos les hacía compasivo cuanto bien le era posible, y cuando no podía socorrerlos como quisiera, le ofrecía a Dios la compasión y lástima que tenía de ellos.

#### Capítulo IV

Cómo favoreció la Virgen Santísima al padre Sandoval en su ministerio de bautizar

El padre Sandoval fue un Alonso o un Ildefonso en mostrarse capellán de María Santísima, para cuya prueba no traigo la diligencia que puso en que se labrase una capilla a una imagen de Nuestra Señora que llaman del Milagro, ni los largos ratos que tenía de oración en su presencia, ni el mucho amor que la tenía como a Madre; sólo traigo y refiero para prueba de que fue su capellán dos misas que dijo en reverencia de la Madre de Dios, por las cuales se puede colegir que en otras ocasiones diría otras muchas en honor de esta gran Reina, y como por ellas le favorecería en otras necesidades como le favoreció en la de dos bautismos que referiré. Estando un día revestido para salir al altar y ofrecer el sacrificio de la misa a Dios, se le llegó un hombre muy desconsolado diciéndole que en su casa tenían un negro bozal, que había dos días naturales, que habiendo perdido los sentidos se estaba sin beber ni comer y que le rogaba que fuese a bautizarlo. Respondiole el padre que según la noticia que le daba no había más remedio que encomendarlo a Dios, ofreciéndole la misa por la necesidad de aquel pobre, que habiéndola dicho iría a su casa. Ofreciolo el caritativo padre por aquella tan urgente necesidad y pidió al Señor por los méritos de la Madre de Dios y por la intercesión de su padre San Ignacio, que si fuese menester quitase de su propia vida todo lo que fuese necesario para que aquel pobre tuviese tiempo para bautizarse.

Concluyó con la misa (que fue una de las que se dicen de la Virgen) y luego se fue a casa del enfermo, a quien halló muy lastimoso porque tenía las manos en la cabeza, los ojos en blanco y echando materia por la boca. Viendo esto le dijo el padre a su amo: poco le debe su esclavo, pues aguardó a esta hora para llamar a que se le diese el bautismo. Congojose el hombre y tomándole al enfermo el pulso dijo que estaba vivo. Aplicole entonces el padre a la cabeza una reliquia de San Ignacio, dájole sobre ella un Evangelio y luego pasó a bautizar a diez o doce que tenía prevenidos. Hecha esta santa función volvió a la otra de saber en qué había parado su primer enfermo, y entonces se encontró con su amo que le dio la buena nueva de que ya hablaba, oía y veía. Volvió el padre con toda priesa para buscar un intérprete y deparóselo la Virgen tan bueno y tan fiel como la necesidad pedía, y así por su medio dispuso, muy bien al moribundo, y al punto que lo bautizó dio su alma a Dios, que le concedió la gloria por los méritos de la sangre de Jesús, eficazmente aplicada por intercesión de su Madre María y de su siervo San Ignacio.

Habiendo bautizado en una ocasión el padre Alonso a todos los que llegaron en un navío, se quedaron solos dos sin bautismo, porque en más de un mes no se pudo hallar quién les supiese la lengua, y en hablando a los dos bozales no respondían más que bolonco, bolonco, que era decir que eran de aquella casta entres los zapes. Ya querían los dueños de los negros embarcar toda su armazón para Puertobelo, y el padre estaba en un mar de dolor viendo que entre tantos bautizados fuesen solos aquellos dos sin bautismo y con peligro de ahogarse en el mar, como poco antes había sucedido a otros ciento y veinte negros recién bautizados que llevaban al Perú, y a veinte y cinco españoles que iban con ellos en una misma fragata. Para remedio de este peligro no sabía el padre diligencia humana qué hacer, porque ya había hecho cuantas eran factibles; y así se le vino al corazón el hacer una diligencia divina, y fue celebrar una misa en reverencia de la Santísima Virgen para que se sirviese de dar a la mano alguna lengua que fuese intérprete de la que aquellos dos bozales hablaban. Acabada de ofrecer la misa salió fuera con mucha confianza de hallar lo que pretendía, y así fue que en la primer casa en que entró le deparó la Virgen un negro zape que le dijo que su nación estaba dividida en varias lenguas y que la de los boloncos la entendía una morena ladina que estaba en una heredad algo distante de Cartagena. Dio el padre gracias a Dios y a su Madre Santísima por la merced que le había hecho con esta noticia, y llamando a los dos negros se fue con ellos en busca de la negra intérprete, y hallola tan enferma que fue imposible que hiciese el oficio de interpretar; pero María Santísima, que ya había tomado la mano para amparar a estos pobres, les tenía allí aparejado otro negro que había ido a ver a la enferma y sabía muy bien su lengua, y así por su medio con mucha facilidad los catequizó y los hizo cristianos, y luego los llevó a la ciudad y los entregó a su dueño, que ya los aguardaba para que se hiciesen a la vela.

Cuando surgían navíos de negros bozales en el puerto, le sobresaltaba al padre Sandoval un sudor frío en el cuerpo por el sumo trabajo que tenía en el ministerio; pero era tan robusto su espíritu que vencía todas las dificultades que se le ofrecieron en muchos años por hacerle este servicio a Dios.

## Capítulo V

Trasládase lo que el venerable padre Pedro Claver escribió acerca del ministerio de los negros

En este cristianísimo oficio de catequizar y bautizar a los negros bozales fue el venerable padre Pedro Claver tan aventajado discípulo del padre Alonso de Sandoval, que es gran gloria suya el haberlo tenido debajo de su magisterio como cosa de un año, y le aprovechó no poco para los muchos que empleó gloriosamente en este santo ministerio, como se puede ver en su vida eruditamente escrita por el padre Josef Fernández. Todo lo que obró el venerable padre Pedro Claver en bien de los negros pertenece a este libro del Colegio de Cartagena; pero yo remitiendo al lector a que lo lea en el de la vida de este venerable padre, no dejaré de trasladar en honor suyo las formales palabras que escribía al Padre Provincial.

Ayer (dice el venerable padre) treinta de mayo de este año de 1627, día de la Santísima Trinidad, saltó en tierra un grande navío de negros de los Ríos. Fuimos allí cargados con dos espuestas de naranjas, limones, bizcochuelos y otras cosas. Entramos en sus casas, que parecía otra Guinea; fuimos rompiendo por medio de la mucha gente hasta llegar a los enfermos de que había una gran manada echados en el suelo muy húmedo y anegadizo, por lo cual estaba terraplenado de agudos pedazos de tejas y ladrillos, y esta era su cama con estar en carnes sin hilo de ropa. Echamos manteos fuera y fuimos a traer de otra bodega tablas y entablamos aquel lugar y trajimos en brazos los muy enfermos rompiendo por los demás. Juntamos los enfermos en dos ruedas, la una tomó mi compañero con su intérprete, apartados de la otra que yo tomé; entre ellos había dos muriéndose, ya fríos y sin pulso; tomamos una teja de brasas y puesta en medio de la rueda junto a los que estaban muriendo, y sacamos varios olores, de que llevábamos dos bolsas llenas que se gastaron en esta ocasión, y dímosles un sahumerio poniéndose encima de ellos nuestros manteos, que otra cosa ni la tienen encima ni hay que perder tiempo en pedila a sus amos; cobraron calor y nuevos espíritus vitales, el rostro muy alegre, los ojos abiertos y mirándonos.

De esta manera les estuvimos hablando no con lengua sino con manos y obras, que como vienen tan persuadidos de que los traen para comerlos, hablallos de otra manera fuera sin provecho; asentámonos después o arrodillámonos junto a ellos y les lavamos los rostros y vientres con vino, y alegrándonos y acariciando mi compañero a los suyos y yo a los míos les comenzamos a poner delante cuantos motivos naturales hay para alegrar un enfermo. Hecho esto entramos en el catequismo del santo bautismo y sus grandiosos efectos en el cuerpo

y en el alma, y hechos capaces de ellos, y respondiéndonos a las preguntas hechas sobre lo enseñado pasamos al catecismo grande, uno remunerador y castigador, etc. Luego les pedimos afectos de dolor, de aborrecimiento de sus pecados, etc. Estando ya capaces les declaramos los misterios de la Santísima Trinidad, Encarnación y Pasión, y poniéndoles delante una imagen de Cristo Señor Nuestro en la cruz, que se levanta de una pila baptismal y de sus sacratísimas llagas caen en ella arroyos de sangre, les rezamos en su lengua el acto de contrición. Aquí dio Nuestro Señor a los que se estaban muriendo fuerzas y espíritus para abominar sus errores. De muchos que estaban bien dispuestos bapticé tres, y aunque mi compañero hizo instancia que baptizase más, no me pareció convenir sino dilatarlo para después. Con esto acabamos muy gozosos y nos volvimos a casa, pero tan molidos, que no volvimos en nosotros en muchos días, aunque no por eso dejamos de ir mane et respere.

Víspera de Pascua de Espíritu Santo (dice en otra carta) habíamos ido a un navío de negros recién venidos, y entre muchos muy enfermos había uno que al parecer de todos se estaba muriendo, y el amo nos dijo que perdíamos tiempo y fuésemos a gastarlo con otros, porque ya tenía experiencia que darles aquel mal y morir era todo uno. Eran ya más de las once del día y no sabíamos qué hacer, porque habíamos gastado toda la mañana en este enfermo para volverle en sí; pero por la gran misericordia de Dios que le debía de tener predestinado al fin volvió en sí con gran admiración de su amo y de todos los que le vieron, pidió el santo bautismo, el cual no sólo le quitó los pecados del alma sino también la enfermedad del cuerpo. A Dios las gracias. Este suceso me ha enseñado mucho a perseverar en la demanda de estos no bautizados, pues solo uno enfermo que se baptice da más contento que noventa sanos.

La segunda fiesta de esta santísima Pascua junté por la mañana a toda una casta del navío susodicho llamada Erolo, que es una de las once lenguas que un negro llamado Calepino sabe, y fuera de él no la sabe otro en esta tierra, y Dios por su gran misericordia lo ha dado aquí para este santo ministerio. Juntos pues todos metía dos que estaban muy al cabo para que al paso de los sanos fuesen ellos también entendiendo y no se condenasen. Temía mucho la empresa, como me había costado tanto el otro susodicho, puse con toda la mira en solos aquellos dos, y animando mucho a la lengua ofrecí al Espíritu Santo todas las ganancias en trueque de que aquellas dos almas recibiesen el santo bautismo. Después de haber gastado con ellos muchas horas salí a tomar un poco de aire y luego me fueron a llamar, diciendo que uno de los dos enfermos se había muerto; volví, ya le habían sacado al patio; quedé lastimado, dije le metiesen dentro y estúveme con él y quiso el Señor que al cabo de rato volvió en sí, cobrando tanta mejoría que respondía mejor que los sanos; bapticé a los dos solos con grandísimo gusto y agradecimiento a Dios. Y siendo las once del día y habiendo de decir la postrera misa, llevé conmigo gran número de negros.

Otra gran victoria alcanzó del demonio el santo ministerio. Salimos una madrugada, y en la puerta de la casa de los negros nos dijo el cirujano: padres míos, allí está una negra muriéndose; vayan y bapúcenla. Fuimos a ella, tenía los ojos turbados y sin vista y sin sentido, y el demonio muy seguro de la presa. Trabajamos cuatro o cinco horas con regalos y sahumeros, que la calentaron y se renovaron los sentidos traspasados de frío, con lo cual quiso la gracia de nuestro Dios recibiese el santo bapúismo, porque volvió en sí y fue instruida muy a gusto y a provecho.

El siguiente día se remedió un negro gentil a quien había asombrado el demonio que le hacía hablar con lenguaje nunca oído con toncillos como de papagayo. Su amo y los médicos le tenían por mortal; pero nosotros, que echamos de ver eran asombros del demonio para que no se bapúizase, dijimos los Evangelios y el Credo sobre él y quedó maravillosamente quieto, de suerte que le catequicé, bapúicé y quedó bueno.

Hasta aquí la carta del venerable padre Pedro Claver.

## Capítulo VI

Bapúiza el padre Diego Ramírez Fariñas a un embajador de Arda

Asistiendo como predicador del rey Filipo IV en Madrid al padre Diego Ramírez Fariñas le dieron impulsos de dejar la corte y venirse a las Indias. Obediente a los impulsos se dio a la vela, llegó al puerto de Cartagena y no pasó adelante porque allí en el cultivo de los negros halló bastantísima mies su apostólico celo. Allí fue insigne operario todo el tiempo que le duró la vida y también fue rector algún poco de tiempo. En este mar estaba echando las redes del Evangelio para pescar almas para Dios, cuando dieron fondo en el puerto cuatro navíos de negros y entre ellos venía, no como cautivo, sino como embajador un muy principal moreno que enviado del rey de Arda había de dar una embajada de su rey bárbaro a nuestro católico monarca. Fue al navío el padre Diego Ramírez con otro compañero a darle la bienvenida y a visitar a los morenos enfermos. Presentole algunos regalos de frutas y dulces con qué paladear el gusto de aquel gentil para que tuviese voluntad de ser cristiano. El mismo agasajo y los mismos cariños hizo a los otros negros y especialmente a los que venían enfermos. Agradole mucho al noble moreno esta caritativa urbanidad, y así se determinó a desembarcarse en compañía de los nuestros y hospedarse entre ellos no habiendo querido el día antecedente saltar en tierra con el gobernador y con los oficiales reales.

Al punto que puso los pies en la playa el embajador acompañado con los

suyos y con nuestros religiosos se le hizo salva real con toda la artillería, a cuyo estruendo acudió casi toda la ciudad al muelle y formó desde allí un tan numeroso como lucido acompañamiento, llevándole los nuestros en medio y dándole el hospedaje en nuestra casa. Fueron a visitarle cortésmente el gobernador don Pedro Zapata, los oficiales reales y todas las personas más graves de la ciudad. Acabadas estas visitas trató luego el padre rector Diego Ramírez de darle al embajador de Arda la embajada del cielo, diciéndole la necesidad que tenía del bautismo en vida para irse allá a reinar después de muerto, y añadió que para darle el bautismo era necesario darle primero noticias de los misterios de la fe que había de creer. Preguntóle cuándo quería que se las diese, a que respondió dando dilaciones de día en día a su enseñanza y bautismo.

No le contentó al padre rector ni a sus súbditos esta dilación, y así con grande acuerdo determinaron catequizar en su presencia un criado suyo con que de camino quedaría catequizado el amo y por ventura no dilataría de tiempo en tiempo su mayor bien. Así se hizo y se reconoció haber sido del cielo la traza, y lo que últimamente le acabó de mover fue que un día de los del catequismo vio en las manos del criado una imagen de Cristo Señor Nuestro, y no la vio superficialmente, pues se le enterneció el corazón y arrodillado en el suelo con reverencia la besó con ternura diciendo que quería ser hijo de aquel Señor, creer su santa fe y recibir su sagrado bautismo.

Para que se confirmase en esta buena voluntad que había mostrado, le pusieron a los ojos una pintura de una alma condenada, cercada de llamas de fuego y de demonios del infierno, y juntamente se le explicó cómo y por qué castiga la divina justicia con fuego eterno a las almas de los pecadores. Entonces el embajador horrorizado escupió la pintura, afirmando que no quería ir donde aquella miserable alma había ido ni seguir el camino por donde se había precipitado a los caminos eternos.

La última traza que se tomó fue que el padre rector hizo oficio de ministro del primer sacramento de la iglesia, bautizando en presencia del embajador a su criado bastante instruido. Y si en otras ocasiones se ha visto que al ejemplo del rey se componen todos sus vasallos, aquí se vio que al ejemplo del criado se convirtió del todo su señor, pues pidió con instancias que le bautizasen y pidió bien, porque no era justo ni conforme a razón que el siervo fuese mayor que su señor; que el siervo se hubiese hecho por el bautismo hijo adoptivo del rey del cielo y que se quedase el señor con el ser de esclavo del demonio permaneciendo en los errores de su ciega gentilidad.

Diéronle noticia de esta determinación del embajador al señor gobernador don Pedro Zapata, hijo dignísimo de los condes de Barajas, y luego se ofreció a ser su padrino. Señalado el día de esta cristiana función sacaron los nuestros al embajador desde su colegio para la iglesia catedral, donde no cabía la gente de todos estados que había conducido la novedad y el deseo de ver bautizar un embajador, a quien de tan remotas partes había traído Dios para que consiguiese tan saludable dicha. Estaban a las puertas de la iglesia esperando las compañías del presidio en sus hileras armadas y aprestadas todas para hacerle la salva al entrar y salir de la iglesia. Entró en ella nobilísimamente acompañado de su padrino y de



todos los caballeros más ilustres de la ciudad y también de todo lo plebeyo.

Hízole el padre rector las preguntas del catecismo, a las cuales respondió con mucha prontitud. Añadió al explicarle los mandamientos de la ley que en adelante había de observar y a la especificación de algunos dijo que nunca los había quebrantado. Díjole y dictole el acto de contrición que debía ser antes del bautismo. ¿Preguntole si quería ser bautizado?

Respondió tres veces que sí y con eso fue bautizado por mano del padre Ramírez Fariñas en el nombre de las Tres Divinas Personas. Aquí no es para pasado en silencio, que al ungirle el pecho se le halló una imagen de un santo crucifijo que en bulto pequeño llevaba pendiente del cuello y que sujetaba a la ley del verdadero Dios, renunciando todas las sectas falsas de Satanás. Todo esto dio ocasión a los presentes para que con ternura y admiraciones celebrasen la devoción del neófito, el cual, aunque negro, quedó hermoso, y al que le hermoseó con las aguas del bautismo, le quedó la mano muy sabrosa.

Acabado el bautismo fue más que grande el regocijo de todos; el del bautizado viéndose de embajador del rey de la tierra sublimado a ser hijo heredero del Rey del Cielo. El del padre predicador del rey, por haber sido instrumento de aquesta dicha. El del gobernador por haber sido el padrino de tan devoto ahijado. El de todos por haber visto un espectáculo tan nuevo a sus ojos. Aquí fueron de ver los parabienes y abrazos que dieron al recién bautizado, al que lo bautizó y al que lo apadrinó. Todas eran demostraciones de gusto y con ellas restituyó todo el acompañamiento de nobles y plebeyos al embajador al Colegio de la Compañía de Jesús.

La curiosidad de algunos obligó a pedirle cortésmente al embajador, que si era posible, les descubriese el intento de su embajada. A que respondió que había muchos tiempos que en el Reino de Arda morían de poca edad todos los reyes, y que estando su rey con temores de no tener sucesión muriéndose mozo, llegó a su noticia que muchos reyes cristianos morían de anciana edad y que con esta noticia trató de recibir su fe y su ley y se le determinó enviar embajador al rey de España pidiéndole su amistad, y que en señal de ella le enviase sacerdotes que en su reino enseñasen la ley de los cristianos, porque no quería que se guardase otra. Añadió que entre muchos que se habían ofrecido para esta legacía le había caído a él la suerte de ser el escogido para tener la dicha que había recibido de mano de los padres de la Compañía, y que así les rogaba que se fuesen con él para que su rey tuviese juntamente con sus vasallos semejante dicha. Respondieronle que le acompañarían gustosos si a la sazón tuvieran superior que les diese licencia, sin la cual no les era posible el acompañarle. Entonces dijo él que le había de pedir, esta gracia al Rey Nuestro Señor.

Con estos buenos deseos trató de su viaje para La Habana, en donde el gobernador de aquella plaza noticioso de la santa empresa que llevaba le hizo (según se nos escribió) muchos agasajos y favores, pasando de allí a los Reinos de España, en donde no supimos el fin que tuvo su empresa ni el expediente de su embajada. Lo que sabemos es que en este año, que fue el de 1657 en que se bautizó el embajador, se bautizaron también por mano del padre rector y de los otros sus súbditos unos dos mil ciento y diez y

nueve negros que vinieron en los cuatro navíos que dije al principio de este capítulo.

## Capítulo VII

De otros bautismos que han administrado otros operarios anónimos a negros bozales

Aunque este ministerio ha tenido desde sus principios hasta ahora su operario nombrado en Cartagena, lo han ejercitado también los otros padres que han asistido en su colegio, y por eso hallo en las Annuas algunos casos sin el nombre de la persona a quien le sucedieron, y lo mismo pasa aún en los operarios que han tenido este ministerio por oficio propio. Por esto trataré en este capítulo de algunos sucesos que han acontecido a obreros, cuyos nombres no he podido saber, aunque lo he procurado averiguar.

Aunque después del alzamiento de Portugal calmaron las armazones de negros que cada año solían traer los portugueses a Cartagena, no han dejado de venir en esta mercancía tal o cual vez algunos navíos. Poco después de la entrada referida de los de Arda, llegó a este puerto una de mil negros carabalíes, y al punto el padre que tenía a su cuidado este ministerio (imitando a los operarios antecedentes) acudió a visitarlos para reconocer si había algunos enfermos de peligro, porque no se muriesen sin sacramentos; llevoles pan, fruta y agua para ganarles con el regalo las voluntades en orden al bien de sus almas. Trató luego de ganar en esta feria, pero faltóle el principal medio que era un intérprete, que haciendo muchas diligencias no lo hallaba por haber ya treinta años que no aportaban a esta ciudad negros carabalíes; pero al fin le ofreció el cielo una traza que le valió y fue enviar por todas las estancias de la comarca para ver si en alguna se encontraba negro de esta nación. Hallóle, aunque muy viejo, y para que gustoso hiciese el oficio de intérprete, le acarició y regaló liberalmente caritativo, conque consiguió su intento, catequizando y bautizando aquella multitud de carabalíes tan bárbaros y feroces que solían hacer plato de carnes humanas para su mantenimiento.

No sólo miró por sus almas (que es lo principal) sino también por sus cuerpos, solicitándoles la comida para su conservación y el vestido para su desnudez, porque es gente tan desdichada que no traía hilo de ropa sobre sus carnes. Mientras curaban algún enfermo, le ponía debajo del cuerpo (a imitación del padre Pedro Claver) su manteo, sin reparar en el contagio ni en las inmundicias que se le pegaban, tolerando el asco y el fastidio del mal olor que de sí despiden estos miserables negros.

Pocos años después entró otro navío de morenos de Castálida, a los cuales se acudió con mucha presteza por haber entre ellos muchos enfermos y sobra también de buenos intérpretes. Recibieron el santo bautismo con grandes

muestras de fe y devoción, mezclada con tan grande alegría de espíritu, que rebosaba en lo exterior. Cuando los de la Compañía entraban o salían de la casa de su morada, los iban a recibir y acompañar con las zalemas y algazaras que acostumbran hacer en sus tierras en sus mayores festines. De esto se regocijaban los amos, afirmando que en todo el tiempo que los habían poseído no los habían visto tan contentos y regocijados. Y esto sin duda acontecía porque las aguas del santo bautismo no sólo dan gracia a las almas, sino que también las alegran al modo que las aguas materiales suelen recrear y regocijar a las aves. Esto lo confirmaré con un caso singular, que es el siguiente:

De un navío de los que llaman negros de ley, compró un mercader una negra nalú, la cual padecía tan grande melancolía, que tocaba en desesperación. No comía ni bebía ni había remedio de hacerla trabajar ni poner mano en cosa de servicio. Andábase escondiendo y retirándose para satisfacer a solas su tristeza. Una vez la hallaron debajo de una tina al cabo de dos días que gastaron en buscarla, y aunque la regalaron y acariciaron, no fueron medios bastantes para alegrarle el corazón. Otra vez, en tiempo muy lluvioso, se metió en el caño por donde desaguaba el patio de la casa, y se estuvo tres días en él. Rebalsose el agua de las lluvias; y yendo a quitar el impedimento en el caño, reconocieron que era la negra que en él estaba atorada y casi muerta, así de la falta de mantenimiento, como de la sobra de la humedad y frío. Hiciéronla algunos medicamentos con que volvió en sí, y luego su amo se fue desconsolado al Colegio de la Compañía y dio cuenta de lo que pasaba, a que le respondieron que no debería de estar bautizada y que la hiciese traer a la iglesia. Hízolo así, y habiéndola examinado reconocieron que había sido verdadera la persuasión de que no estaba bautizada, y así la instruyeron y cristianaron con el santo bautismo, dándole por nombre el de Teresa. Y fue caso notable que apenas recibió el sagrado baño cuando se le quitaron todas las melancolías y en adelante dio mucho gusto a su amo.

Aún a los hermanos coadjutores, por andar acompañando a los padres operarios en este cristianísimo ministerio de catequizar y bautizar a los negros bozales, se les ha pegado la ciencia de hacer lo que los padres hacían, de lo cual pondré aquí un caso. Llamaron al padre operario de negros para que examinase si uno que habían traído muy enfermo del monte estaba bautizado. En esta ocasión estaba diciendo misa el padre, y porque en la dilación no hubiese peligro de morir el enfermo, le pidió un hermano al superior licencia para ir a examinar al enfermo; mientras el padre decía misa. Dióle el superior la licencia, satisfecho de que ejercitaría bien el ministerio. Entró el hermano en la casa y halló moribundo al enfermo, y preguntándole ¿de qué casta era?, le respondieron que no lo sabían, porque muchos de varias castas le habían hablado y a ninguno daba respuesta. Llegose a él acariciándole y agasajándole cuanto le dictó la caridad. Preguntóle de qué nación era y no le respondió palabra; hablóle como a mudo, por señas, para que le dijese si le habían echado agua de bautismo en la cabeza, y no respondió ni aún por señas; nombrole algunas de las castas que por entonces más de ordinario llegaban a Cartagena, y a esto sí respondía con señas de la cabeza, que no era de aquellas castas. Viendo esto el hermano estaba ya para volverse a casa, pero detúvose porque le inspiró Dios que le contase los dedos de la mano

en lengua arará, y apenas la oyó el enfermo, cuando empezó a sonreírse y alegrarse, y por esta alegría y risa coligió el hermano que era de esta nación; hizo llamar un intérprete y a toda priesa le examinó y supo que no estaba bautizado porque afirmó que antes que con él se tratase de bautismo lo compraron sus amos y lo llevaron a los montes, donde no le habían hablado jamás de esta materia. Entonces el hermano le explicó qué cosa era bautismo y para qué se recibía, y le preguntó si quería ser bautizado, y respondiendo que sí, le instruyó con la priesa que el mal pedía en los misterios necesarios y le hizo hacer actos de fe, esperanza y caridad y contrición. Hecho esto, aunque sabía que podía bautizar en caso de necesidad, no quiso hacerlo porque vivía allí cerca un sacerdote a quien llamó y le pidió que lo bautizase. Así lo hizo y dentro de breve tiempo murió.

### Capítulo VIII

#### Reprende la Virgen Santísima a una negra porque no se bautizaba

Entre tanta multitud de negros bozales suele el demonio hacer que se dejen en blanco algunos para que no se bauticen, y luego los engaña poniéndoles empacho y vergüenza en que descubran su defecto de bautismo, cuando son antiguos en la tierra y algo ladinos y bachilleres en la lengua castellana. De estos había una negra en esta ciudad de Cartagena con gran peligro de no ir a la ciudad de Dios después de muerta, porque frecuentaba las iglesias y los sacramentos sin ser bautizada; y así era tenida no sólo por cristiana, sino por muy buena cristiana. Compadeciose de ella la Madre de Misericordia, y usando de ella se le apareció entre sueños vestida de blanco y su Hijo Jesús, no colocado en sus brazos sino en los de una cruz, en cuya presencia la reprendió ásperamente y la dijo que cómo se atrevía a comer el pan de su amo no teniendo el agua del bautismo. Aprovechole a la morena la reprensión dada entre sueños, pues luego que despertó salió a buscar a un padre de la Compañía, a quien contó lo que le había pasado. Oyéndole el prudente operario, la examinó acerca de su bautismo y halló que el sueño había sido verdadera ilustración de la Virgen y de su Hijo Santísimo que por ella había derramado su sangre y que no quería que se malograra en esta su redemida, y que por eso se le había aparecido clavado en la cruz, y para cooperar a esta piadosísima voluntad la bañó con las aguas que salen de las cinco fuentes de Nuestro Salvador. Con esto quedó la negra muy contenta y el padre muy pagado de la buena obra con que la había beneficiado en orden a su eterno bien. De este caso y de otros que han sucedido semejantes, puede colegir el obrero evangélico que procederá muy acertado si cuando se ofrecen ocasiones de comunicar con los que han venido de Etiopía les habla con afabilidad y destreza acerca del lugar y personas que lo bautizaron, dándoles a entender que tiene curiosidad de saber los caminos por donde les vino esta dicha que los ha

de conducir al cielo. Podrá ser que con esta traza afable le descubran algunos el no estar bautizados, siendo ya ladinos y antiguos en estas tierras. También es muy bueno el entrarles por el agradecimiento que deben tener a Dios por haberlos traído a estas partes donde se bautizan, ponderando que si hubieran quedado en las de su nacimiento no tuvieran remedio sus pecados y se condenarán infaliblemente a las penas eternas del infierno, porque sólo hay cielo para los que son del rebaño de Cristo.

## Capítulo IX

Que los de la Compañía han administrado el Santo Óleo a los negros moribundos

No sólo con el agua del bautismo, también con el Óleo de la Extremaunción han socorrido los de la Compañía a los miserables negros, porque los curas les han concedido grata licencia con agradecimiento de ver que querían descargarles de este trabajo, que lo ha sido grande siempre, pero especialmente en ocasiones de contagios, en las cuales los de la Compañía, como despreciadores de lo temporal, han expuesto a la muerte sus vidas, acudiendo a estos pobres para que no pierdan la eterna por falta de medios espirituales, y por eso los han ungido con la piedad del Samaritano, usando del Santo Óleo todas las veces que han podido y ha sido necesario. Con este medio les han facilitado la tolerancia en enfermedades terribles y confortado sus almas para que triunfen de los demonios, que en la hora del morir más que en otras han solicitado hacerlas sus captivas, llevándoselas consigo al infierno.

Llegó al puerto en una ocasión una armazón grande de negros, y al punto los fue a visitar el padre rector del Colegio de Cartagena. Llevoles dulce y agua para que fuese sabrosa su vista a aquellos pobres afligidos. Luego comenzó a hacer por medio del intérprete el examen de los bautismos de la gente recién venida, y halló que casi todos estaban bien bautizados, pero tan mal dispuestos en la salud, que muchos de ellos estaban moribundos. Ocupose caritativamente celoso en irlos confesando, y porque no se muriesen sin el socorro de la Extremaunción, envió a avisar al cura que trajese el Santo Óleo a la casa, que en ella le estaba aguardando con intérpretes para que les hiciese entender lo que recibían, como al presente lo estaba haciendo con las demás instrucciones necesarias para el terrible trance de la muerte. Con este aviso se fue el cura a la casa acompañado de otro clérigo, y en llegando a la puerta de la sala donde estaban los nuestros con los moribundos, fue tan horrible el hedor que salió a recibirlos, que los obligó a taparse con gran priesa las narices. Llamó el cura desde fuera a los de la Compañía que estaban dentro y les dijo que allí estaba el Santo Óleo y que les rogaba que administrasen este Sacramento, porque él y su compañero tenían tan alterados y revueltos los estómagos, que no les era posible el hacer este

oficio. Tomole para sí el padre rector, venciendo su celo al mal olor y su caridad al fastidio pestilencial. Entretanto que duraron las unciones se estuvo el cura en el corredor de la casa con su compañero, esperando para volverse, a llevar el Santo Óleo, y el tiempo de la espera lo gastaron en hablar con admiraciones de que hubiese hombres que pudiesen tolerar tan pestilencial olor como despedían los enfermos que estaban dentro de aquella sala; y que fuese insufrible, bien lo percibirá el que supiere que había en ella muchos dolientes de apostemas podridas y otros de disentería, que es asquerosísimo mal; y de más a más había tres difuntos lastimosamente tendidos en la sala. De todo esto estaban haciendo admiraciones los dos clérigos; pero no hay que admirar porque cuando el amor de Dios y del prójimo pelean contra las dificultades, las vencen con gran valor, como lo hacían el padre rector y los súbditos que le acompañaban en aquel misericordioso ministerio de confesar y poner el Santo Óleo a aquellos desvalidos y miserables moribundos.

## Capítulo X

De lo que han obrado los nuestros con los negros que se quedan en Cartagena

De los negros que a millaradas innumerables han aportado a esta ciudad, los más se han distribuido vendidos para varias partes y lugares, y en algunos de ellos no han tenido la ventura de proseguir en la enseñanza y cultura a que se dio principio por el celo de los operarios en este puerto. Entre los más bien librados, aunque no hayan quedado libres sino esclavos, se pueden numerar los que se han dejado en esta ciudad porque en ella han hallado en los de la Compañía unos padres de sus vidas y unos padres de sus almas. Padres de sus vidas se han mostrado dándoles a las veces el sustento corporal, el vestido y otras cosas conforme les ha sido posible, y para que las tengan buenas han aconsejado a sus amos en las ocasiones convenientes que no les den mala vida tratándolos mal; y para que no los castiguen en los defectos que suelen cometer, han sido muchas veces sus intercesores y abogados. Padres de sus almas, procurando siempre que tengan felicidad en la otra vida, ya que son infelices en esta. Para que estos carbones de Guinea no vayan a ser ascuas del infierno, lo que primero como cosa más principal han procurado los padres que los engendraron en Cristo, es apartarlos del mal, solicitando que se aparten de los errores y vicios que sacaron de sus tierras, cuales son los hurtos, amancebamientos y otras cosas en que los ven delinquir. Para apartarlos del mal los confiesan y han confesado frecuentemente, no sólo las cuaresmas sino muchas veces entre año, sufriendo por Dios el martirio que causa el confesar negros, así porque atormentan el entendimiento y no saben darse a entender, como porque afligen el olfato con el mal olor que sus cuerpos despiden. Para apartarlos del mal los han juntado en una

congregación de San Salvador, y todos los domingos del año les hacen pláticas según su corta capacidad, procurando darles a entender la fealdad de los pecados; y porque algunos negros suelen las cuaresmas los domingos por la tarde dejar a sus amos en los sermones y perder por las calles ese buen tiempo, lo han logrado siempre recogiendo y llevándolos a oír el sermón a la plaza que llaman de las negras.

También para que estos carbones de Guinea sean brasas encendidas de Dios, han solicitado los padres en segundo lugar inclinarlos al bien. Para este efecto les suelen enseñar el amor que deben tener al Redentor de sus almas y patrón titular de su congregación que es San Salvador, que con este nombre se llama Cristo Señor Nuestro. Con este fin les han instruido en la devoción que han de ejercitar con la Virgen Santísima rezándole su rosario y pidiéndole favor en sus aflicciones. Con este intento les hacen pláticas (como he dicho) todos los domingos y en muchas de ellas los exhortan al ejercicio de muchas virtudes y a la frecuencia de la comunión sacramental que reciben en los días que los padres de la congregación les señalan. Contra estas comuniones de los negros ha habido contradictores y algunos de autoridad, fundando su objeción en el poco entendimiento y corta capacidad de esta gente para entender lo que reciben. Pero háceles dado por parte de los estudiosos operarios de la Compañía una solución evidente por manifiesta y es que en poniendo cuidado en enseñarlos asientan muy bien en ellos la creencia de este misterio de fe y entienden muy bien que en el Pan consagrado reciben la misma persona de Cristo. Y en muchos que le reciben se ha visto el fruto de vida, porque la han tenido muy virtuosa en esta ciudad de Cartagena; y como este Señor Sacramentado engendra vírgenes, se ha sabido de boca de los confesores de los negros que ha habido algunas tan puras como cuando nacieron conservando su entereza virginal; y que para guardarla vivían con mucho recato huyendo de las ocasiones que las podían amancillar, conque esta virtud de angélicos espíritus se ha visto en almas y cuerpos de negras a mayor gloria del que las crió para el cielo.

## Capítulo XI

De los ministerios que se ejercitan con los blancos, y especialmente con los niños y muchachos

Si en todas partes lo blanco luce más a vista de lo negro, aquí en Cartagena parece que lo negro campea más a vista de lo blanco. La razón es porque el fruto que los de la Compañía han cogido de los negros ha sido a millaradas no pocas; pero la cosecha que han hecho en los blancos ha sido más corta en número aunque ha llegado a mucha. Por eso traté primero de los negros y en adelante hablaré de los blancos, y para ir con orden pondré primero los niños y muchachos.

Cosa es muy común en todos los colegios de la Compañía el tener decurias

en que a los niños se les enseñan los misterios de la fe, y por ser muy común quería dejarlo de escribir; pero no lo dejó por hallar una cosa muy particular, y es que a los principios, por ser la tierra muy caliente y fogosa no querían los padres de los niños enviarlos a nuestra casa los domingos en las tardes para que se fuesen criando con la leche de la doctrina cristiana. Pero deseando dársela los padres de la Compañía usaron de las diligencias y de las industrias que le dictó su santo celo, con que vencieron y allanaron las dificultades que se oponían, entablando que los niños viniesen todos los domingos a nuestra casa a aprender los principios de nuestra fe y los mandamientos de nuestra ley. Y para que este ejercicio no descaeciese iba los sábados a las escuelas unas veces el padre rector y otras veces el que tenía a su cargo este ministerio y prevenía a los niños para que ninguno faltase el día siguiente a la doctrina.

Cuando los padres de los niños vían que antes de que se predicasen los sermones que se acostumbraban en las cuatro calles, enseñaban la doctrina cristiana a sus hijos y que les hacían preguntas a que respondían sin turbación y con prontitud, se confundían de ver que habían repugnado el enviarlos a la decuria los domingos y de haber permitido que en ese tiempo se estuviesen jugando y travesando en sus casas y en las calles. Los hombres más principales de la ciudad que con ocasión de oír los sermones se hallaban presentes a la enseñanza de la doctrina cristiana, se alegraban y tenían por favor que sacasen sus hijos a la plaza, y viendo que los premiaban con una estampa o con una medalla, decían que lo estimaban más que si por sus méritos y servicios los premiara el rey poniéndoles un hábito a los pechos.

Eran para oídos los niños de Cartagena porque cantaban de noche las poesías que en la decuria les enseñaban de día. Eran estas unas canciones que deleitan y juntamente aprovechan porque corren en los versos las alabanzas de la Virgen, los motivos para amar la virtud y aborrecer el pecado, teniéndolo por el mayor mal de los males. Con estas músicas de los angelitos se fueron desterrando las canciones de las sirenas que antes se solían oír por las calles de Cartagena, causando escándalo y motivando malos pensamientos en los que oían.

También son para vistos los que pasando de niños llegan a ser mancebos estudiantes, porque causa edificación el verlos ir todos los domingos por las tardes a oír las pláticas que se les hacen en la congregación. Y no mueve a menor devoción el verlos confesar y comulgar todos los meses del año en la clase que hasta ahora les ha servido de capilla, en la cual en los días de comunión se ha cantado misa con diácono y subdiácono para ejercitarlos más al aprecio que deben hacer de estos días por recibir en ellos un don que es prenda, no del tiempo sino de la eternidad. También edifica mucho el ver la solemnidad con que celebran al angélico estudiante San Luis Gonzaga y también a la Madre de la sabiduría eterna en todas sus festividades, comulgando en ellas y haciéndoles devotísimos, novenarios.

## Capítulo XII

Que el Colegio de Cartagena ha sido noviciado de insignes hermanos



coadjutores

No se le niegue una prerrogativa al Colegio de Cartagena, y es que habiéndose fundado en puerto de mar ha servido de puerto seguro de salvación eterna a muchos que se han acogido a él huyendo de las olas peligrosas del mundo. No se le niegue a este colegio que ha sido un insigne seminario de hermanos coadjutores muy buenos para esta provincia del Nuevo Reino de Granada. Confiécese que este colegio ha sido el noviciado donde se han instruido muchos soldados bisoños que han sido en la Compañía de Jesús ilustres varones, y es el caso que viniendo algunos de Europa a las Indias en busca del oro, se han desengañado de que no es oro todo lo que reluce y que es tierra aún el oro que reluce, y así despreciándolo se entraron en nuestra religión, y viendo los superiores de ella que el noviciado de Tunja estaba muy lejos de esta ciudad de Cartagena, determinaron con grande acuerdo, que en ella tuviesen su noviciado los que se recibían para hermanos coadjutores.

A este fin se les ha señalado en las ocasiones en que ha habido novicios un padre que ha hecho con ellos el oficio de maestro, y son varios los que en tan dilatados años se han ocupado en este magisterio importantísimo, así para el bien temporal, como para el espiritual de las religiones. Aquí fueron instruidos en el espíritu propio de la Compañía con las pláticas y conferencias que en ella se usan. Aquí les enseñaron el menosprecio del mundo y mortificación de sus pundonores, haciendo que anduviesen por las calles cargados con lo necesario para la casa y que en cuerpo fuesen a las doctrinas públicas, a los hospitales para servir a los enfermos y a las cárceles para llevar algún socorro a los presos.

De esta escuela de espíritu han salido grandes discípulos de virtud, cuales fueron el hermano Francisco de Bobadilla, el hermano Pedro Barba, hermano Matías López, hermano Domingo de Vasconcelos y otros muchos que dejo sin nombrar; pero no dejaré de hacer mención en este capítulo de dos, aunque sea con mucha brevedad. Sea el primero el hermano Pedro de Solabarrieta, persona de calidad conocida, el cual habiendo venido con el general de la Real Armada empezó a fastidiarse de la vida soldadesca y a prendarse grandemente con el amor de su paisano y padre nuestro San Ignacio, que parece que lo fue atrayendo con frecuencia de confesiones y comuniones para hacerlo hijo suyo en el Colegio de Cartagena, y así a pocos meses de estada en esta ciudad pidió con mucho fervor ser admitido en la religión fundada (como él decía) por el santo de su tierra. Honrole lo más granado y principal de la ciudad, hallándose con edificación de sus almas a su recibo. Quisiéronle inquietar algunos deudos suyos (que estos suelen ser los mayores enemigos del alma) diciéndole que un caballero como él que estaba ilustrado con parientes tan principales no había de deslucirse con el estado de hermano lego. A estas palabras necias tenía, como discreto, orejas sordas por ser este estado más seguro y más fácil para alcanzar el estado de grande en la corte del cielo. Procedió en su noviciado con espíritu muy devoto. A ninguna cosa que le mandaban decía no, por dificultosa que fuese, porque todas se le hacían fáciles a la

prontitud de su voluntad. Teníase por dichoso cuando se ocupaba en los más humildes oficios de la casa de Dios. Al fin de su noviciado le asaltó una modorra cruel, nacida de una grave enfermedad que en el breve espacio de siete días le hizo del todo cerrar los ojos a esta vida, habiendo recibido antes muy despierto y con muy cuerda disposición los Santos Sacramentos, y habiéndose resignado en las manos de Nuestro Señor y tenido gran confianza de salvarse por intercesión de su padre y paisano, y principalmente por el patrocinio de la Virgen María, con la cual tuvo muy especial devoción. Muy semejante al hermano Pedro de Solabarrieta fue en esta buena suerte el hermano Diego Felipe Monsalve, su compañero y connovicio, a quien desde el valle de Soatá, tierra de Pamplona del Nuevo Reino hizo volar hasta esta ciudad la pluma que tenía de buen escribano, para buscar y hallar con ello lo necesario para sustentar la vida. Acudiendo el padre procurador de nuestro colegio al oficio donde se ocupaba en escribir, le cobró afición y le ganó para Dios, aconsejándole que frecuentase la confesión y comunión. Llamole Dios a su Compañía, y no haciéndose del sordo a su voz, habló al superior pidiéndole que lo recibiese en su santa casa. Consiguiolo y entregose tan cuidadoso a las virtudes y tan ferviente a los ejercicios de perfección, que al fin de su primer año de noviciado no dudó el padre rector de sacarlo a la procuraduría para que sirviese a Dios, ayudando en ella a la religión. Hizo este oficio exterior exactamente sin dejar por él sus interiores devociones ni las penitencias exteriores con que maceraba su cuerpo. Por la mucha devoción que tenía al Santísimo Sacramento le recibía en su pecho dos y tres veces cada semana. A la Virgen Santísima tenía especial devoción. Haciendo un viaje por obedecer al superior le saltó una enfermedad grande en el camino y le obligó a volverse a casa, donde se consagró a Nuestro Señor con los votos de la religión, y dos meses después de haberlos ofrecido se fue con Dios a la otra vida para recibir de su mano los premios.

### Capítulo XIII

Bautismo de tres turcos. Si vimos en el capítulo antecedente los sujetos felices que dejando el mundo entraron en la religión de la Compañía, ahora veremos tres turcos felices que despreciando su falsa secta se introdujeron a la religión católica

Vivía en Cartagena un turco de ochenta años, y en ellos estuvo varias veces para morir herido de agudas enfermedades y también de una terrible cornada de un toro. En todas estas ocasiones ningún padre de la Compañía (que todos le hablaban exhortándolo a que se hiciese cristiano) lo pudo alcanzar de su resistencia que era tanta, que estando a la muerte solía afirmar que había de morir en la ley de sus padres. Los de la Compañía como padres mejores, deseaban y pedían instantemente a Dios que lo adoptase por hijo suyo, dándole eficaz auxilio para que recibiese el

sagrado bautismo. Concedióselo su divina piedad por el medio siguiente: Estando el turco una noche durmiendo, se halló a la falda de un alto monte tan agrio, que todo él era una peña, tajada que por ninguna parte mostraba senda para subir a su cumbre. Esto era lo que él deseaba por haberle venido repentinamente este afecto, y con él daba una y otra y muchas vueltas alrededor del monte para ver si hallaba vereda por dónde subir. Estando ya cansado de tanto andar, dijo que había visto venir por un lado del monte una hermosísima señora vestida ricamente de tela blanca, y que llegándosele piadosa dijo: ¿Qué es lo que aquí pretendes? Señora, subir a la cumbre de este monte (respondió) y no hallo camino por dónde subir. Si el camino ignoras (le dijo la Señora) ven conmigo y te lo mostraré. Siguíola, y llevándole por un lado le dijo que levantase los ojos, y poniéndolos en alto vio una senda derecha que iba a dar a la cima del monte, y entonces le dijo: Ves aquí el camino. Recordó con esta visita, y como el sueño era revelación, no necesitó de intérprete que se lo declarase. Él mismo dijo su sueño y su declaración. La cumbre del monte significaba la gloria, y el camino para subir a ella era el sagrado bautismo y la observancia de los preceptos de la divina ley. Fuese a casa del ilustrísimo señor obispo don Joan de Ladrada, contóle lo que le había pasado y le manifestó los íntimos deseos que tenía de ser bautizado, y para que los viese cumplidos, lo remitió su señoría a nuestro colegio, donde bastantemente le catequizaron y luego fue bautizado con regocijada solemnidad.

Al segundo turco no le movió para hacerse cristiano la noticia que tuvo de lo que le había sucedido al primero, ni ablandó su dureza el buen ejemplo que vio en el bautismo de su compañero. Ablandole y movióle Dios con el mal tratamiento que le hizo por medio del demonio, porque hay hombres que no entienden si no es por mal y por el camino del mal suele venirles el bien. Fuese un día al campo y lo fue para él de batalla con el demonio, el cual furiosamente le cogió entre sus manos y dando con él en lo encumbrado de un monte, le dijo que fuese homicida de sí mismo; mas él tenía miedo a la muerte y no quería tomarla por sus manos. Levantolas a Dios juntamente con el corazón y prometióle que si le libraba de aquel peligro se haría cristiano. Entonces el demonio, que es enemigo de los que lo son, le fue dando empellones por aquella montaña abajo y luego lo encerró en un aposento. El mayordomo de aquella hacienda le echó menos en el trabajo y andando en su busca lo halló medio muerto en el aposento. Preguntóle qué tenía, y la respuesta fue contarle lo que había pasado y pedirle el agua santa del sagrado bautismo. Parecióle al mayordomo que era bien llevarlo a quien mejor que él pudiese administrarle este sacramento, y así lo entregó a los padres de nuestro colegio, en el cual, por espacio de tres días (que fueron solos los que de vida le dieron los golpes del demonio) lo catequizaron y le bautizaron, y viendo que se moría le hicieron dar la Extremaunción que recibió con voluntad, y dando muestras de verdadero cristiano, hacía actos de fe y de displicencia dolorosa de no haber servido a Nuestro Señor Jesucristo en su vida pasada; pero con confianza de que le había de perdonar y que le había de ver en el cielo por una eternidad.

Con esta disposición murió, dejando prendas de que no había de ser confundida su esperanza.

Otro turco hubo en esta ciudad que también se convirtió por mal, pero fue con el mal que llaman de San Lázaro con el cual le apretó Dios los cordeles de suerte que confesó en el potro de su dolor que la verdadera fe y la ley santa era la de Cristo y así pidió con muchas veras que le bañasen con el agua del bautismo para sanar en el alma ya que no podía tener salud en el cuerpo. Catequizole muy de espacio uno de la Compañía, y después de estar muy bien dispuesto, le apadrinó un vecino honrado de esta ciudad sacándole de nuestra casa para la iglesia mayor con mucha música y con el acompañamiento lucido de muchos vecinos que aquel día habían acudido a oír la plática que se acostumbra hacer a los congregantes. Bautizose, y después del bautismo le volvieron a nuestra casa con el mismo acompañamiento y regocijo con que le habían llevado. Vivió después como muy buen cristiano, previniéndose cuidadoso para morir bien.

#### Capítulo XIV

Catequizados de los nuestros se bautizan algunos moros

Como entre los turcos y moros hay su distinción, no será desorden dividirlos en capítulos diferentes aunque sea una misma la materia de que se trata. Doy aquí principio con un suceso de la Santísima Virgen, cuyas misericordias mientras hubiere miserias en este mundo, no tendrán fin. Compadeciose esta piadosísima Señora de un moro que en el mar de este puerto de Cartagena vivía condenado a remar perpetuamente en las galeras, y estando él no dormido, sino bien despierto, se le apareció más hermosa que el cielo, rodeada de cortesanos celestiales que la cortejaban como a su Reina. Atónito la miraba el moro cuando de sus virginales labios oyó aquestas palabras: «Si quieres volver a tu antigua libertad, alístate luego en las banderas de mi Hijo». En que quisiese la antigua libertad saliendo del presente captiverio, no se puede dudar porque no hay ninguno que no aborrezca el captiverio y no ame naturalmente la libertad. En lo que se podía dudar era en que quisiese purificar la condición de alistarse en las banderas de su Hijo Jesús; pero esta duda la quitó la Santísima Virgen moviéndole la voluntad con su dicho y con el de otra noble señora de esta ciudad. Iba el moro remero pasando por una calle, y pensando por ventura en la Señora que habían visto sus ojos y en las palabras que habían escuchado sus oídos. Viéndole en esta sazón la noble vecina de esta ciudad, movida de la Reina del cielo, le dijo: «Yo te libertaré y seré tu madrina si sujetándote a las leyes de Cristo recibieres el santo bautismo. Respondió que quería lo uno y aceptaba lo otro, y conocióse que decía la verdad en que luego se fue a la Compañía para que allí le enseñasen las verdades de nuestra fe católica. Allí las aprendió, y dando crédito a ellas se bautizó, teniendo por madrina a la señora ya dicha con que alcanzó dos libertades; la del alma por el tesoro de la sangre de Cristo, y la del cuerpo por el dinero que por él dio aquella noble y

piadosa mujer.

Otro moro hubo en Cartagena que condenado al remo por más de veinte años no quiso convertirse a la fe católica por el amor a la libertad y se convirtió por la fuerza que hizo a su entendimiento la divina palabra celosamente predicada por un padre de aquel colegio. El caso fue que en los años dichos muchas personas aficionándose del buen ingenio y de las buenas prendas naturales de este moro, solicitaron el bien sobrenatural de su alma, diciéndole que se hiciese cristiano, pero él ordinariamente respondía que no porque el que había sido buen moro no podía ser buen cristiano. Entre los otros pretendió también su conversión el señor marqués de Cañete, el cual habiendo acabado de ser virrey del Perú y volviéndose a España le mostró la piedad de su cristiano pecho, diciéndole que abrazase la fe de Cristo y que le daría libertad, a que respondió que aunque era captivo remero quería más ser observante bueno de la ley de Mahoma que violador libre de la religión católica. Así se estaba pertinaz en su perversa secta hasta que un día tuvo la dicha de querer oír un sermón que uno de los nuestros predicaba de la cuenta que hemos de dar de nuestras vidas al Supremo Juez y de la sentencia que ha de dar a cada uno según el proceso de sus obras. Oído el sermón se partió a pedir que le bautizasen, y preguntándole qué le movía a hacer esta petición que tanto había repugnado, respondió que a su entendimiento lo había convencido y a su voluntad la había movido el sermón del último día del juicio que el padre de la Compañía había predicado. Otorgósele la petición por ser tan justa como provechosa, y habiéndole instruido en nuestro colegio por tiempo de veinte días, se solemnizó él de su bautismo con grande alegría y regocijo de todos los que habían deseado su salvación.

Hirieron en un brazo cruelmente a un moro de las galeras antiguas y fue creciendo de suerte el mal, que se le acercaba ya el último término de la vida. Acudieron los nuestros para que la rematase en gracia por medio del santo bautismo, pero él había estado y estaba al presente obstinadamente pertinaz en su secta mahometana; mas sin embargo fue mayor la celosa perseverancia de los de la Compañía persuadiéndole recibiese la fe de Nuestro Señor Jesucristo sin resistir del intento aunque tantas veces lo resistía sin huir de él aunque el pestilente olor de la herida encancerada parece que los despedía. Al fin la porfía santa mató la caza, o por mejor decir le dio la vida, porque convencido con la multitud de razones que le decían y con las instancias con que replicaban a sus respuestas concedió que se bautizaría con tal que el señor gobernador don Pedro Zapata fuese su padrino. Gustosos oyeron los padres esta respuesta, porque hallaban muy fácil en la piedad de este caballero el cumplimiento de la condición que el moro ponía. Fuéronle a dar parte del caso, y al punto se fue al hospital, y hablando con cristiana benignidad al moro, le dijo que gustaba mucho de que quisiese hacerse cristiano y que iba muy contento a ser su padrino. Entonces el moro le suplicó que lo llevase a su casa, a que respondió piadosamente el gobernador diciéndole que como se hiciese cristiano le acomodaría no sólo en su casa sino también en su misma cama, y de hecho lo hizo llevar y lo acomodó en muy buen lecho. Allí le asistieron los de la Compañía y habiéndole instruido suficientemente lo cristianaron, conque quedó por una parte muy gozoso, y por otra muy animado a tolerar con paciencia los dolores del cáncer, que prevaleciendo

le quitaron la vida, y el señor don Pedro Zapata honró a su ahijado en la muerte, haciéndole un muy lucido entierro por haber quedado con esperanzas de que su alma se había partido al cielo.

Estas y otras conversiones se han visto en Cartagena que por ellas se puede tener por dichosa, y los de la Compañía se pueden tener por muy felices, pues sin ir al África a convertir moros, les ha dado la Divina Providencia en estas Indias algunas ocasiones en que los han convertido para que tuviesen estos frutos que ofrecer a Cristo Redentor de todas nuestras almas.

## Capítulo XV Conversiones de algunos herejes ingleses

En algunas ocasiones han apresado los españoles de Cartagena a algunos herejes de Inglaterra, y su prisión temporal les ha alcanzado eterna libertad, pues por medio de los papistas (que así llaman ellos a los de la Compañía) se han reconciliado con la iglesia católica romana, dejándonos esperanzas de que se salvaron, y especialmente los que murieron en un contagio que hubo en Cartagena, como consta de la vida del venerable padre Pedro Claver, y yo (aunque pertenecen a esta historia) los omito por estar ya impresos, pero no dejaré de escribir algo de lo que no se ha dado a la imprenta.

A uno de estos herejes llamó el Santo Tribunal de la Inquisición, y habiendo experimentado los señores inquisidores la gran capacidad y noticia que tenía de todas las materias controversas de las herejías, le mandaron retener seis meses para informarse de varias cosas necesarias para tantos casos como se ofrecen en tan santo, celoso y vigilante Tribunal. Después de estos seis meses se lo entregaron al padre rector de este Colegio de Cartagena como a calificador de esta y de la Suprema Inquisición para que le tuviese recluso otros seis meses. Ejecutolo así el dicho padre rector y en ese tiempo le dio algunos libros de autores de controversias, para que en ellos viese los fundamentos y apoyos de nuestra santa fe y de la doctrina católica. Era hombre de agudo ingenio y así penetró lo sólido de los fundamentos y lo cierto de los apoyos de nuestra católica religión para desengaño de su alma.

Entre otras cosas que discurrió, se puso a cotejar los ministros que elige para administrar los sacramentos la católica iglesia romana con los ministros que se escogen en Inglaterra llenos de ignorancia y de vicios. De este cotejo le nació el dudar si estaría bien bautizado porque dependiendo de la intención del ministro el valor del bautismo, se podía juzgar que sería adulterina la intención de unos ministros herejes que no conocían otra cabeza de la iglesia sino a Ana Bolena o al rey de Inglaterra, ni otra iglesia que una quimérica que los ingleses habían fingido desde Enrique VIII. De este discurso llegó a inferir que su

bautismo había sido nulo o por lo menos muy dudoso, y para hallar su remedio se fue al padre rector y le pidió que lo bautizase porque deseaba asegurar su salvación, saliendo de los engaños en que ciegamente había vivido hasta entonces. Dio el padre rector gracias muchas a Dios por el suceso, y habiéndole oído sus razones y fundamentos para el bautismo, los confirió con algunos padres doctos que tenía en su colegio y se determinó a que se bautizase. Dispúsole con algunas nuevas preguntas a que él doctamente satisfizo, diciendo lo que debía creer y obrar. Fue finalmente bautizado, y en el bautismo se le puso el mismo nombre de Tomás de Londres con que antes lo llamaban; y el día siguiente, que fue el de Jueves Santo le reconcilió con la iglesia católica romana y recibió con grande consuelo de su alma el Santísimo Sacramento. Este caso se divulgó a mayor gloria de Dios en toda la ciudad y toda ella se bañó en un mar de consuelo y alegría.

Del caso dicho sucedido en un hombre tan docto, que tan fundamentalmente tuvo por nulo o por muy dudoso el valor de su bautismo, ha resultado que luego que llegan algunos herejes a este puerto y se trata de que se conviertan, se hace muy estrecha inquisición acerca de sus bautismos, y así los han ido revalidando comúnmente debajo de condición, porque los celosos, hijos de San Ignacio no han querido perdonar a diligencia ni a cosa que pueda conducir a la mayor seguridad de las almas y reducción de los herejes, y quisiera su celo que no hubiera más que un rebaño con un solo Pastor cual es el Vicario de Cristo en la tierra.

En estas costas de Cartagena acometieron los nuestros a una balandra en que navegaban cuatro piratas ingleses; mataron al uno en la refriega, y apresados los tres fueron llevados a la ciudad donde los ocuparon en terraplenar una muralla que está cerca de nuestro colegio. Allí los estudiantes dieron en entretenerse con los ingleses hablándoles en latín, y advirtiéndoles que el uno de ellos les entendía y respondía a las cosas que le decían, dieron de esto noticia a su maestro, el cual lo hizo llamar y le habló varias veces, conque le vino a reducir a nuestra fe católica. Los otros dos ingleses no se quedaron sin remedio, porque hallaron un mulato que habiendo estado prisionero entre ellos algunos años en Jamaica, había aprendido la lengua y así valiéndose de este los nuestros como de intérprete, los metieron en un aposento de nuestra casa y allí los fueron convenciendo de los engaños y errores en que vivían, y dándose ellos por convencidos, se determinaron a reconciliarse con la iglesia católica romana, y porque sus bautismos estaban en duda si eran válidos, vinieron gustosos en ser bautizados condicionalmente. El uno de ellos pasó a España en servicio del señor don Diego de Villalba, presidente que fue de este Nuevo Reino. Otro quedó por marinero del convoy y vive frecuentando los sacramentos de la confesión y comunión con muestras de buen cristiano.

## Capítulo XVI

De cristianos que se han enmendado oyendo sermones y de un caso milagroso que aconteció en un sermón

Si en el cristiano pecho del lector se ha introducido el regocijo de haber leído las reducciones dichas de infieles moros y herejes a la católica fe, también entrará en su corazón el gozo y la alegría viendo la enmienda que ha causado la divina palabra en algunos cristianos que han sido pecadores. Para ese efecto referiré los casos que he hallado de esta materia.

Casi cuarenta años de su vida había desperdiciado un hombre enredándose en vicios y cayendo en pecados. Tuvo la dicha de oír el primer sermón con que estrenaba su talento en Cartagena un padre de nuestra Compañía, y tuvo buen logro su talento porque movió grandemente a este pecador para que tratase de ponerse en pie con la enmienda de sus tropiezos y caídas. Ocho meses enteros siguió al padre no perdiendo sermón ninguno de los que predicaba, pensando que aquel era el predicador por cuyo medio quería salvarle; pero todo este tiempo le hizo tan cruel guerra la vergüenza y el empacho de descubrir sus pecados, que cobardemente se dejaba vencer, pero al fin cobrando alientos con el socorro divino, venció de suerte que arrodillándose a los pies del mismo padre le dijo todas sus culpas derramando gran copia de lágrimas por lo pasado, y teniendo grandes propósitos de la enmienda.

El padre Antonio de Ureña mientras estuvo en el Colegio de Cartagena aguardando pasaje para España trabajó apostólicamente. Predicó un sermón en que con verdad evangélica trató de la brevedad de la vida, y moviose tanto a corregir los desconciertos de la suya, uno de sus oyentes que llegándose al padre le dijo: creo que por mí solo ha traído Dios a vuestra paternidad a esta tierra porque ha treinta años que no me confieso bien. Entonces el padre Antonio, cuyas ansias eran hallar lo perdido, le animó con razones eficaces que tuvieron por fruto una buena confesión que hizo este pecador con grande arrepentimiento y dolor de sus culpas, en las cuales tuvo tanta enmienda, que daba muy buen ejemplo a todos los que le miraban, y en lo interior del cuerpo trajo en adelante un cilicio que no lo apartaba de sus carnes por castigar con él lo que con ellas había ofendido a la Divina Majestad.

Bastan los dos casos referidos en particular para prueba de la enmienda de las vidas de pecadores cristianos por haber oído la divina palabra de boca de los predicadores de la Compañía, y pasemos al caso milagroso que sucedió a uno de ellos. Con tantos testigos cuantos eran los oyentes que fueron en gran número, predicaba un día de cuaresma del año de cuarenta en la plazuela que llaman de la Yerba un padre de los más graves de la provincia que acababa de ser Viceprovincial y Rector, y con celoso espíritu y gran deseo de que se corrigiesen las costumbres indignas de cristianos, comenzó a reprender los vicios en general, y descendiendo después al de la torpeza en particular, se puso a probar la mancha de la infamia que sacan los hijos habidos de actos torpes, por lo cual los priva la iglesia de dignidades eclesiásticas. Probando esta verdad hizo esta pregunta: ¿Podrán hombres que son hijos de tales padres tener dignidad en la iglesia? A esto (¡caso raro!), respondió un niño, que por serlo estaba en los brazos de una negra: No. No. Oyendo esta negativa los circunstantes



quedaron notablemente admirados viendo que la declaraba Dios por los labios de un inocente niño.

## Capítulo XVII

De algunas buenas obras que han hecho los vecinos de Cartagena por consejo de los nuestros

En Cartagena (como en las demás partes) han sido los de la Compañía consejeros del cielo porque han encaminado allá con sus consejos a las almas, ya en las conversaciones particulares de las visitas, ya en las pláticas de las congregaciones, ya en los sermones de los púlpitos. Por eso tocaré en este capítulo algo de lo mucho bueno que han obrado algunos por las exhortaciones y consejos de los operarios de la Compañía.

Muchos han vivido en esta ciudad con el porte que es necesario para ir a vivir en el cielo. Cada ocho días confesaban y comulgaban y a veces más a menudo; cuando acontecía interpolarse en los ocho días algún día festivo o jubileo, oían misa de supererogación en los días de trabajo. Y para tener en sus obras la caridad que es reina de las virtudes, se iban a los hospitales para dar a su costa regaladas comidas a los enfermos; y porque no estuviere sola la caridad, la acompañaban con la humildad quitándose las capas, espadas y sombreros para servirles los platos, aderezarles las camas y limpiarles los vasos inmundos.

Entre estos que se ocupaban en las cosas dichas sobresalía con ventajas un hombre de muchos oficios de república, y por el consiguiente de muchas ocupaciones, y sin embargo de ellas se ocupaba algunos ratos a tratar recogido el más importante negocio de su salvación con Dios Nuestro Señor, el cual extraordinariamente le regalaba y favorecía; y para que los otros fuesen partícipes de lo que él gozaba, quería que hiciesen méritos con obras penales, y para esto repartía cilicios a los congregantes y también muchas disciplinas que él mismo solía hacer con primor a sus solas en algunos ratos que le daban lugar las muchas ocupaciones de sus oficios. En las ocasiones que podían procurar celosos y caritativos los padres que se pusiesen en estado de matrimonio mujeres pobres, y en especial las que por tener hermosura y no tener plata podían tropezar y hacer caer a otros. Para este efecto aconsejaban a los más nobles de la ciudad que juntasen limosna pidiéndola por Dios, y en este piadoso ejercicio encartaron algunas veces al gobernador del puerto y al general de la armada, los cuales daban grande edificación a la República, pidiendo la limosna a los republicanos para una cosa tan santa como es el remedio de pobres mujeres.

Una y muy principal se hallaba con grande aflicción porque había diez y seis años que un caballero le debía la honra y no se la acababa de pagar sin embargo de haberle empeñado su palabra porque en la paga concurrían muchas circunstancias que la dificultaban. Consultaron el caso con un

padre de nuestro colegio, el cual como docto sobre caritativo allanó las dificultades de suerte que dentro de ocho días el caballero dio la mano de esposo a la señora con edificación grande de la ciudad. El hombre adquirió tan gran quietud y paz de su conciencia, que no cabía de gozo y a todos públicamente decía agradecido que le había entrado el bien de su alma por mano de la Compañía, y así también trató de hacer otro bien que fue recoger en su casa a tres pobres que eran hermanas de su mujer. Esta quedó tan agradecida que se reputaba esclava y captiva de los padres de la Compañía porque le habían dado la honra y le habían remediado su pobreza; y ponderaban así ellas como otras personas que a los ocho días después que recogió su marido a las cuatro hermanas en su casa, se vino al suelo la que ellas tenían antes por vivienda donde quizás en la ruina hubieran acabado sus vidas a no haberlas socorrido la Divina Providencia sacándolas a mejor y más segura casa.

Para que den las limosnas da muy buen ejemplo el Colegio de la Compañía a los vecinos de la ciudad haciendo cuantas limosnas puede a los necesitados. Dales en portería de comer al mediodía y a todas horas el agua a cuantos llegan, que es una limosna que en una tierra tan caliente es de más estimación que la comida porque lo caluroso del temple obliga a que se apetezca más el agua, y los pobres que no tienen con qué comprarla la hallan de balde dándosela por amor de Dios en una tinaja con una caldereta que siempre se ha tenido en la portería. Crece nuestra limosna cuando hay flotas porque en esas ocasiones se multiplican los menesterosos, que suelen venir mucho en las armadas y a todos se procura socorrer.

## Capítulo XVIII

### Un pobre da limosna al Colegio de Cartagena

Dignas son de celebrarse con el retorno del agradecimiento todas las personas ricas que desde sus principios han beneficiado con sus dones al Colegio de Cartagena, y cada semana del año los reconocen celebrando por ellos cada sacerdote una misa y rezando cada uno de los hermanos un rosario; pero el ver que nos haya dado limosna un pobre parece que es cosa más digna de celebrarse y de no echarle en olvido, y por eso hago memoria de ella en este lugar.

Hubo en esta ciudad un hombre anciano que por pasar de ochenta los años de su edad no tenía manos para trabajar, y así estaba toda la mañana oyendo las misas que se decían en nuestra iglesia, y en llegándose la hora del mediodía se iba a recibir de limosna su ración a nuestra portería, y en habiendo comido se acogía a su casita donde empleaba devoto lo más del tiempo encomendándose a Dios. Tres años le conocieron los del colegio

ocupado en este ejercicio, y al cabo de ellos se llegó al padre rector significándole que el amor y caridad con que le habían socorrido le habían obligado a acudir por los tres años a nuestra puerta a recibir su limosna, y que en agradecimiento de ella recibiese lo que él le quería dar, que era de unas alhajas que tenía en su poder y en el de otra persona un poco de dinero, que todo vendría a montar mil patacones, y que por remate de las limosnas le pedía la última, que era usar de su misericordia enterrando su cuerpo en nuestra iglesia. Edificado oyó el padre rector todo cuanto el buen viejo le dijo, y con señales de voluntad le ofreció ejecutar cuanto le había pedido. Dentro de muy breves días le acometió un accidente mortal, y luego que el padre rector lo supo lo hizo traer a su casa y cuidó de sus curas y regalo; pero viendo que no tenía remedio le hizo dar los Santos Sacramentos y le ayudó a bien morir. Murió bien, según lo que humanamente se podía entender, y como el padre rector había procurado que con alimentos y medicinas viviese su cuerpo, cuidó de que se enterrase después de muerto por cumplir la palabra que le había dado; y por su alma, además de las misas que dijeron los de casa, como por benefactor, ordenó que dijeren muchas algunos sacerdotes dándoles por ellas la limosna de dinero que en esta tierra se acostumbra. Así paga la Compañía a sus bienhechores, aunque sea corta la cantidad del beneficio.

## Capítulo XIX

### Desagravio con que se celebró el Santísimo Sacramento

Sacó el Santo Tribunal de la Inquisición de Cartagena a penitenciar un judío, y parece que irritados algunos de los de su nación manifestaron su sentimiento rabioso con un desacato que sólo su infernal malicia pudiera haberlo intentado, y fue que una noche embistieron con un rótulo que sobre una puerta de la ciudad estaba escrito en alabanza del Santísimo Sacramento, y asquerosamente le infamaron con inmundicias tan indecentes, que aborrece la pluma el nombrarlas. Llegó el caso a noticias de un hermano de la Compañía, y picado su celo con tal agravio halló traza con qué mover al pueblo al desagravio de Nuestro Señor ofendido. Llegose a un padre de los nuestros y le rogó hiciese unas coplas que devotamente tratasen el caso sucedido. Hízolas muy al intento, y luego convocó a los niños de las escuelas, y habiéndoles contado el suceso les pidió las tomasen de memoria y las cantasen por las calles para desagraviar a la Majestad de nuestro Dios ofendido con tan escandaloso desprecio. Los niños lo tomaron tan a pechos, que antes de salir de allí las supieron casi de memoria y como unos ángeles salieron cantándolas por la ciudad que la conmovieron a devoción. No paró aquí el celo de los nuestros sino que pasando adelante dispusieron que aquella noche en el mismo lugar adonde se había injuriado el rótulo santo amaneciese otro más bien grabado que el antecedente sobre una rica colcha, en la cual pusieron coplas que alababan

con devoción al Santísimo Sacramento y vituperaban con donaire al agresor del desacato, y agradaron de suerte que iban muchos a pedir traslados a la Compañía, y hubo ocasión en que diez estudiantes que las trasladaban no podían satisfacer la sed de tantos como las pedían y las lograban porque entonces no se oían de noche ni de día otras músicas en las casas y calles que alabanzas del Santísimo Sacramento.

Esta armonía llegó a los oídos del señor obispo, el cual sabiendo que en el Colegio de la Compañía trataban de hacer fiesta en desagravio de Cristo nuestro bien Sacramentado, dijo que en ninguna parte se había de hacer primero que en su iglesia catedral, y así empezó con una bien lucida fiesta de muchas luces, con sermón y lo demás que conduce a un aparato solemne dispuesto por el mucho celo y grandeza de su ilustrísima. Pusiéronse muchos versos al intento en las paredes de la iglesia y en las puertas y esquinas de las calles rótulos con variedad de letras de oro y plata y otros colores, que decían: Alabado sea el Santísimo Sacramento del Altar. A imitación de la catedral se siguieron todas las demás sagradas religiones que con no menor celo que aparato celebraron este misterio. Quedose para lo último la Compañía y no fue la mínima en su celebridad porque hizo una de las más solemnes fiestas que Cartagena ha visto. Llenáronse de versos las paredes, ilustráronse con gran número de luces los altares, llevándose la primicia el mayor donde puestos en proporción los bultos de nuestro padre San Ignacio y San Francisco Javier, se formaba del uno al otro santo un arco bien aliñado de pedrería preciosa, donde estaba escrito: Alabado sea el Santísimo Sacramento. Debajo de este rótulo y en medio de los dos santos (como entre los dos serafines) estaba el Santo de los Santos descubierto (aunque sacramentado) en un rico trono y en una custodia curiosamente sembrada de diamantes. A la fama de la fiesta, a las voces de las campanas y a la armonía de las chirimías y clarines concurrió innumerable gente que asistió así a la misa como al sermón que fue excelente. Todos alabaron al Santísimo y a la religión de la Compañía porque con tantos aplausos volvía por el honor de su capitán Jesús.

## Capítulo XX

A la invocación del nombre de Jesús huye Satanás

Cosa es muy sabida por leerse en antiguas historias escrito con verdad que la invocación del dulcísimo nombre de Jesús le amarga tanto al demonio, que lo hace huir; y ha querido Dios que haya sucedido en nuestro tiempo para que de nuevo se escriba en esta historia y cada uno se confirme en la devoción de pronunciar este nombre para que acobardado el demonio huya más que de paso y se vaya al infierno.

Salió un vecino de Cartagena una mañana de su casa muy solo (dije mal) muy acompañado, salió con deseos de acabar de una vez con los trabajos que padecía quitándose la vida, y para ejecutarlo trató de entrarse a lo más

escondido de un monte, y a pocos pasos que dio se le puso a la vista una persona que como nunca la había visto no la conoció. Díjole: Sígueme. Obedeció el desesperado hasta que reparó que lo guiaba por lo más espeso del monte entre espinas que iban despedazándole los vestidos. Llenose entonces de asombro su corazón y rebosando el miedo por la boca dijo: «¡Jesús! ¿adónde me lleva por esta espesura?» A esta voz desapareció la guía y conociendo la mala compañía que había llevado comenzó el corazón a darle golpes en el pecho, y santiguándose muchas veces salió del monte al camino con la priesa que el pavor le ponía. Volvió a la ciudad, y pasando por un convento y por una parroquia no quiso entrar aunque llevaba determinación de retraerse en sagrado hasta que el sobresalto y susto le dejase libre para poder irse sin miedo a su casa. Entró en la de la Compañía donde viéndole el hermano sacristán que se paseaba por mucho tiempo con muestras de grande tristeza en el rostro, se resolvió a preguntarle qué pena tenía en el pecho que tan a la cara le salía. Respondió mentiroso que ni tenía pena ni tristeza ni ocasión para tenerla. Mas el hermano movido de Dios le hizo instancias con amor y agrado para que le descubriese lo que ocultaba su pecho, y aunque pudiera de puro cansado dejar al hombre que siempre negaba la verdad, porfió santamente en sacársela de sus labios que sin duda se los cerraba el demonio para que teniendo oculta su llaga no tuviera medicina su dolencia. Al fin venció el hermano a quien contó todo el caso referido, y que ese era la causa de la pena y tristeza que le había visto en el semblante y conocido en el rostro. Movido con este suceso a compasión el hermano procuró misericordiosamente consolar al triste, y por último le dijo que el remedio único para sanar sería hacer una buena confesión del pecado que le había dicho y de los demás, que se dispusiese para ella y que él le llamaría médico espiritual muy a propósito para la cura de sus llagas, vino el hombre sin dificultad en el buen consejo y quedose aquella noche en un aposento de nuestra casa con licencia del superior y en amaneciendo Dios le puso bien con su Divina Majestad confesándose con mucho dolor y contrición, de que le nació un contento grande y una alegría no pequeña y luego se fue a su casa dando gracias a Dios por haberle dado quien así remediase su enfermedad espiritual en la casa que había elegido por sagrado huyendo del demonio a quien había ahuyentado con la pronunciación (aunque no devota) del dulcísimo nombre de Jesús. Y si de esta suerte pronunciando no lo pudo sufrir el demonio y se vio obligado a huir, bien claramente se manifiesta el efecto que tendrá cuando los cristianos con devoción en cualquiera susto que Satanás ocasionare pronunciaren devotamente el santísimo, suavísimo y dulcísimo nombre de Jesús.

## Capítulo XXI

Interceden Nuestra Señora y las once mil Vírgenes por una persona devota suya

Muchos ejemplos hay impresos en las historias en que con claridad se descubre cuán de molde les ha estado a algunas almas el ser especialmente devotas de la Reina del cielo y de sus damas las once mil Vírgenes; y en esta historia también se manifestará por un caso que sucedió en Cartagena. Entre muchos desórdenes con que cierta persona pasaba, solamente tenía un concierto con que vivía. Era afectuosamente devota de la Santísima Virgen, la cual devoción juntaba la de las once mil Vírgenes, que son Santa Úrsula y sus compañeras. Diole una mortal enfermedad, y entre los terribles accidentes de ella le privó de los sentidos un parasismo, y mientras éste duraba vio con el sentido interior que la llevaban a otra región, y habiendo caminado algún espacio de tiempo por las llanuras de un valle se encontró con una horrible boca de fuego que quería tragarla. Asustada con las llamas de la ardiente boca, abrió la suya pidiéndole favor a la Santísima Virgen, y como su piedad no falta a los que invocan su patrocinio, se le apareció piadosa con un rostro muy hermoso pero muy severo, y señalándole con el dedo aquella boca de infierno, la dijo que aquel era el lugar que tenía merecido, y dicho esto con severidad se le desapareció de los ojos. Quedó la persona sola y grandemente afligida, y en medio de su aflicción y soledad tomó por medio el pedir con más veras el socorro a la Santísima Virgen y a Santa Úrsula y sus compañeras a quienes tenía por costumbre el encomendarse. Entonces se le volvió a mostrar esta Señora como un cielo empírico y venía acompañada de Santa Úrsula y sus compañeras que eran como once mil cielos. Con esta aparición vio abierto el cielo la que antes había estado mirando la boca abierta del infierno. A este punto se le apareció Cristo Redentor nuestro crucificado y le reprendió gravísimamente sus culpas mostrándole la gravedad que tenían alguna o algunas que a ella le parecían muy ligeras, y últimamente le dijo que agradeciese a su Madre y a las santas once mil Vírgenes la salvación de su alma, pues por sus intercesiones y ruegos benignamente le concedía tiempo suficiente para que arrepentida se confesase. Aquí cesó la visión, y volviendo al uso de los sentidos exteriores mandó que le llamasen a un padre de nuestro Colegio de Cartagena con el cual se confesó generalmente, con tanto dolor y sentimiento de sus pecados, y especialmente de aquellos de que fue reprendida, que dio a entender que había sido verdadera la revelación que tuvo en su parasismo. Recibió después el sagrado Viático y la Extremaunción, y en muriendo quedó su confesor con muchas esperanzas de que su alma habiendo pasado por las penas del purgatorio se había de ir a ver a Dios en el cielo.

## Capítulo XXII

De la devoción que para con nuestro padre San Ignacio concibió la ciudad de Cartagena

Desde los principios de la fundación de nuestro colegio concibió Cartagena gran devoción para con el fundador de la universal Compañía, y esta concepción la mostraba en los partos de las obras que hacen en su servicio. En llegándose al año el día de su tránsito (aún antes de estar canonizado) le celebraban con mucha fiesta como si no fuera día de trabajo, y por ser de mucho agrado del santo la solemnizaban muchos con confesiones y comuniones que hacían en nuestra casa. Unos ofrecían votos de cera, a su altar; otros muy de ordinario enviaban cirios que luciesen y velas que ardiesen hasta consumirse delante de su santa imagen. Otros le hacían otros servicios, más que maravilla si milagrosa y maravillosamente le empezaron a experimentar, beneficio desde los principios de la fundación del colegio. De estos beneficios referiré algunos de los que he hallado escritos.

En las Annuas del año de 1605 se escribe que tenía un caballero de esta ciudad a un criado lastimosamente poseído del demonio, pues habiéndosele entrado en el cuerpo le cerró de suerte la boca que en tres días no le permitió hablar una palabra; y habiendo visto el caballero, para dicha de su criado una firma del nombre santo de Ignacio la envió a pedir, y aplicándosela al endemoniado comenzó a invocar el favor de San Ignacio, el cual tuvo su intercesión tan a punto, que alcanzó de Dios que librase al criado del demonio.

Padeciendo una noble mujer la humillación y el dolor de un asqueroso flujo de sangre, tuvo noticias de que otra señora vecina de esta ciudad había padecido el mismo achaque y que había sanado de él milagrosamente por la intercesión de nuestro padre San Ignacio, y así trató de aplicar a su dolencia la misma medicina de la devoción con el santo. Púsose al cuello la firma de su nombre con fe y con segura confianza de que recobraría la salud, y alcanzó tan entera como deseaba. Como a esta ha sanado también a otras personas de esta ciudad de Cartagena de que las Annuas del año de doce hacen mención por mayor diciendo que diez enfermos confesaron haber recibido la salud por méritos de San Ignacio, y que los médicos que atendían a sus curas testificaron que no habían podido conseguir naturalmente la salud, y que la habían alcanzado de milagro. Y añaden que cobraron tanta devoción a un rosario que tenía pendiente de la mano el santo, que ordinariamente lo andaban llevando a los enfermos, en cuyas manos lo ponían para que sanasen con su contacto; y hacía tales maravillas que tal vez hubo persona que no sabiendo hablar de Ignacio por su nombre le llamó el santo de los milagros.

Muchos ha obrado aquí como en todas partes con mujeres que estaban para morir en sus partos. Tres días estuvo en el suyo muy apretada una mujer, y al cabo de ellos le dieron una imagen suya y besándola con reverencia le pidió con ansias su favor, y se lo concedió tan presentáneo, que luego parió dos niñas vivas. Otra mujer a causa de estar pasmada y tener todo el medio lado del cuerpo como muerto, malparió muchas veces arrojando muertas las criaturas, y estando con esta experiencia muy temerosa de que sucedería lo mesmo en un parto en que estuvo padeciendo dolores como un mártir por espacio de dos días que para ella fueron muchos años.

Pusiéronle por último remedio una medalla de nuestro padre San Ignacio al cuello, y luego parió un niño no muerto como las otras veces, sino vivo y

se le conservó la vida hasta que viniendo el cura le bautizó poniéndole el nombre de Ignacio, y muriendo inmediatamente después del bautismo se fue a ver a Dios en compañía de sus santos.

### Capítulo XXIII

Quítale Dios a una madre el hijo que no quiso dar a San Ignacio

Un santo que tan milagrosamente ayuda a las mujeres en sus partos, bien merecido tiene que las madres le ofrecían sus hijos para religiosos si a ellos les sale del corazón el hacerse hijos de Ignacio. No lo hizo así una señora de Cartagena. El caso fue que un mancebo que estudiaba en nuestras aulas pretendía el año de mil seiscientos y cincuenta y siete que el superior le concediese la dicha de recibirlo en la Compañía. No fue tan secreta la pretensión que no llegase a noticias de la madre, y ella procediendo como madrastra trató de estorbarle la virtud de dejar el mundo como si fuera vicio de solicitar algún pecado, y con este intento le quitó del estudio y lo despachó al retiro de una estancia de campo. Entonces Dios quiso quitarle a su pesar el hijo que no le había querido ofrecer de grado en las aras de la religión, y para este efecto lo llenó de postemas asquerosas y lo apretó con calenturas malignas. Ya fue forzoso el volverlo de la estancia a su casa, donde viendo la madre a su hijo tan gravemente enfermo y tan peligrosamente postrado con el mal cayó en la cuenta de lo mal que había hecho en estorbarle los intentos de ser religioso, y arrepentida envió a llamar a los padres de la Compañía a quienes pidió perdón del estorbo que había puesto a su hijo para que entrase en ella, prometiendo que si el Señor le daba vida y salud a su hijo lo ofrecería a nuestro padre San Ignacio para que lo tuviese por suyo. Ella pretendía que su castigo no pasase adelante en el enfermo; pero su achaque no volvió atrás, antes bien fue creciendo y agravándose de suerte que fue necesario darle el Viático y Extremaunción con que se fue a la otra vida, conque la madre quedó sin el hijo que no quiso dar a Dios. Por ventura hubiera vivido más este mancebo si hubiera hecho lo que algunos años antes hizo en esta ciudad otro estudiante compatriota suyo, y fue, que estorbándole sus padres la entrada en la Compañía, y encerrándole el sombrero y la capa para que no pudiese ir a nuestro colegio, procedió con tanto fervor que huyendo de su casa y del mundo se fue por las calles en cuerpo para ser recibido en la religión de la Compañía de Jesús.

### Capítulo XXIV

Sana el venerable hermano Alonso Rodríguez al padre rector Antonio Agustín



Al padre Antonio Agustín (cuya vida escribí después) siendo rector del Colegio de Cartagena le acometió una enfermedad tan gravemente maligna, que a juicio de los médicos era mortal y así lo declararon un día de la Ascensión del Señor, en que saliendo de su celda afirmaron que tenía pocas horas de vida. Salió la noticia del peligro a la ciudad y mostró gran sentimiento porque le tenía mucho amor y no se pierde sin pena lo que se posee con buena voluntad. Como la del padre era de muy siervo de Dios se conformó con el divino querer y disponiéndose con una confesión general, recibió el Viático soberano para partirse a la otra vida cuando Dios quisiese, pero lo que Su Majestad quiso fue que el doliente padre se acordase que de Mallorca le habían enviado unas reliquias del venerable hermano Alonso Rodríguez; mandó que se les trajesen y reverenciándolas con afecto le pidió con indiferencia que le alcanzase de Dios lo que fuese para mayor gloria suya y bien de los prójimos, porque determinadamente ni quería la vida ni deseaba la muerte; pero que si siendo conveniente y necesario le alcanzaba de Dios la salud para los fines dichos de gloria de Dios y bien de los prójimos, celebraría en honor suyo cierta cantidad de misas pidiendo a Nuestro Señor que le pusiese el Sumo Pontífice en el catálogo de los canonizados. Después de esta operación y oferta fue cosa de maravilla que viniéndole inmediatamente a visitar el médico le halló con admirable mejoría, la cual pasó adelante hasta recuperar enteramente la salud. Y esto sin duda fue de mayor gloria de Dios y de más crecido bien de las almas porque en estas dos cosas empleaba siempre el padre Antonio Agustín su vida<sup>3</sup>.

Añado a este caso milagroso el que después aconteció en la misma ciudad a un regidor de ella. Estaba éste muy malo con una ética declarada que le tenía a los umbrales de la muerte, y temiéndola naturalmente pidió por escaparse de ella que le trajesen un retrato que había en nuestra casa del venerable hermano Alonso Rodríguez, y juntamente rogó que le llevasen algunos de sus cabellos y un retacillo de su vestido, que eran las reliquias que tenía el padre Antonio Agustín, y por cuyo medio había cobrado la salud, confiando el regidor que él conseguiría la misma dicha por haber tenido las noticias que le habían dado de sus virtudes y de los milagros que Dios obraba por su medio, así en Mallorca como en otras partes. Reverenció con gran afecto de devoción el retrato del siervo de Dios encomendándose a su piedad para que le sanase; aplicó sus reliquias al pecho y al instante cesó un molesto corrimiento que padecía en él y dentro de poco tiempo se halló tan sano y robusto que se fue a España con negocios de su conveniencia que le llamaban a la corte.

## Capítulo XXV

Cómo han acudido los nuestros a los enfermos en varias pestes

Varias son las pestes que han talado a la ciudad de Cartagena desde que la Compañía de Jesús fundó colegio en ella, y por eso incluiré en este capítulo el modo un informe caritativo con que se han portado en los tiempos de contagios los obreros de Jesús. Así como en esta tierra y en otras semejantes en lo caluroso suelen los criados cuando pica mal el sol, llevarles a sus amos los quitasoles con que andan con más desahogo por las plazas y calles, así el Criador de las almas cuando más ha picado lo ardiente del temor de morir en ocasiones de contagios, les ha llevado a sus operarios los quita-temores para que anden con fervor y aliento ayudando a los apestados. Estos quita-temores han sido varias consideraciones que les ha puesto Dios en las cabezas. Unos meditaban que ejercitando la caridad no se les pegaría el contagio porque los ampararía el Señor con la sombra de sus alas. Otros pensaban que si se les pegaba el contagio por acudir a los enfermos y por esta causa se morían llegaban a conseguir la dicha de cierto género de martirio de caridad. Otros pensaban lo primero y lo segundo, y alentados con estos pensamientos andaban fervorosamente acudiendo en todo lo necesario a los miserables apestados. Lo primero de que estos necesitan para no morir en pecado ni condenarse a eternas penas es el salir de sus mortales culpas por medio de la confesión sacramental. A este ministerio acudían los confesores que había en nuestro colegio a todas horas del día, y como si al día no le bastara su trabajo, en llegando la noche no dudaban de quitarles el sueño preciso y necesario a la naturaleza, juzgando de su caridad que no se excusarían con decir que estaban durmiendo. Pagaban los padres la satisfacción y confianza de los que venían a llamar no dejándolos ir desconsolados, sino yendo con ellos y llevándolos por guías a las casas de los dolientes. Con tal fe y con tan cordial afecto acudían a nuestra portería, que aunque a las veces les respondía el hermano portero que no había padre ninguno en casa porque todos estaban fuera acudiendo a los enfermos más apretados, no les movía esta respuesta a que fuesen a buscar a otros confesores sino que aguardaban a que volviese alguno de la Compañía como si para ellos no hubiera otros sacerdotes en la ciudad.

Muchas veces (y principalmente en el hospital de San Sebastián) estaban tan juntas las camas con la multitud de los enfermos que las ocupaban, que para el secreto de las confesiones era necesario buscar trazas y era muy dificultoso que el más cercano dejase de oír los pecados del que se confesaba. Otras veces era muy forzoso el echarse en el suelo el confesor por estar tendido en él el apestado para haberle de oír más de cerca los pecados con tal secreto que el vecino no los oyese, y así se vía en estas ocasiones que los de la Compañía para resucitar las almas muertas mortalmente con los pecados graves, hacían casi, casi lo que Eliseo para resucitar el cuerpo de la viuda.

Lo segundo de que necesitaban los que contagiados estaban de partida para el otro mundo era del Sagrado Viático, y a petición de los curas hacían los de la Compañía su oficio supliendo su falta y administrando en lugar de ellos la Sagrada Eucaristía a gran número de moribundos. A estos los ungían también con el Óleo Sagrado para que valerosos luchasen con los demonios en el último trance y los ayudaban a luchar con las cosas que les dictaban y con las oraciones que por ellos hacían.

Luego que los enfermos del hospital vían entrar por las salas a los de la Compañía, mostraban con señas los que no podían hablar y con palabras los que las podían pronunciar, el gozo que sentían sus almas en verlos y el desahogo que experimentaban sus corazones en sólo mirarlos. Los que escaparon del contagio, quedando con las memorias de los bienes recibidos, daban agradecimiento a los benefactores de sus almas, disponiendo el Señor que aún en esta vida tuviesen la paga de gratitud los que generosamente la despreciaron por la caridad del prójimo y la sacrificaron por amor de Dios.

Como los más de los apestados eran pobres necesitaban no poco de los socorros temporales, y por eso los hijos del grande Ignacio les llevaban los regalos que podían, dándoles lo que había en nuestra casa y buscando fuera de ella lo que no había, porque era muy justo que ya que padecían los dolores de la enfermedad no se les añadiesen los pesares que causan las necesidades. Si como en las referidas ocupaciones de misericordia y de caridad hubo en cada uno de los padres y de los hermanos el cuidado de acudir a los prójimos, se hubiera tenido diligencia en hacer memorias y notar las cosas más particulares de edificación que entonces se ofrecieron, no dudo que tuviera mucho que escribir, porque todos se ocuparon en obrar, y el tiempo de la peste era a propósito para la caridad fraterna, y no era acomodado, para la pluma curiosa.

## Capítulo XXVI

Repara el padre rector del colegio el Hospital de San Lázaro

Hay en esta ciudad un hospital que llaman de San Lázaro, en que viven muriendo los enfermos que padecen el mal de este santo, que es el mismo que llaman fuego de San Antón. A esta casa de pobres han acudido siempre los operarios de la Compañía con grande edificación de la ciudad y también con el reparo de su edificio. El año de 1643 viendo el padre rector del colegio que a estos miserables se les estaba cayendo la casa sin que hubiese quien se animase a repararla, dándole ánimo la misericordia se determinó a su reparo y luego al punto dio orden para que un hermano de la Compañía se fuese con oficiales y peones a aderezarla gastando en el edificio y reparo todo el tiempo que fuese necesario para que seguramente quedase habitable para los enfermos lazarinos.

Para el socorro de estos pobres se han hecho mendigos nuestros operarios buscándoles limosnas todo el año, y especialmente cuando después de las cuaresmas hacen correrías por todas las estancias de esta comarca, donde después de haber confesado y dispuesto a los estancieros para que cumplan con el precepto de la iglesia, sacan de ellos para los pobres de San Lázaro limosnas de maíz, plátanos, arroz, miel y cantidad de tamarindos que son de mucho provecho para lo fogoso de su mal. También les daban a cada uno su toldillo para que con él cubran sus camas, se libren de los

pasmos, se defiendan de los mosquitos y zancudos y para que con decencia modesta puedan estar escondidos de los ojos de los otros.

Con más diligencia misericordia, como a cosa de más importancia han acudido los nuestros a las miserias de sus almas, limpiando y sanando las llagas de sus conciencias por medio de la confesión y sustentándolas con el Pan consagrado que a muchos da la vida y también en los peligros de la hora de la muerte para que después de enterrados los lleven los ángeles como a Lázaro, no al seno de Abraham, sino al cielo del Padre de las misericordias.

## Capítulo XXVII

Apúntase lo que ha sucedido raro en algunas misiones

El celo de los padres del Colegio de Cartagena no se ha contenido solamente en los límites de esta ciudad, sino que ha salido fuera de sus murallas haciendo muchas misiones en las cuales han sucedido casos uniformes y ordinarios de este ministerio, y porque causa fastidio la repetición de unas mismas cosas, las omitiré de propósito haciendo solamente mención de lo que ha sucedido raro en cada lugar.

Una cuaresma se fue el padre rector que era de este colegio a fructificar en el Guamoco a ruegos de la sede vacante, que cuidó de éste porque pertenecía al obispado aquella tierra. Era ésta tan rica de oro como fragosa inculta y enferma, que quiso la naturaleza esconder y dificultar sus tesoros con las inclemencias de suelo y cielo que las guardan. Los vecinos por la mayor parte divertidos en la saca de los ricos metales andaban olvidados de sus almas, y así llegó muy a tiempo para darles con la predicación los recuerdos necesarios el celoso operario. No hubo quien le recibiese en ninguna de las casas de caña en que vivían como de prestado excusándose en que había mucha falta de mantenimientos. Tuvo el padre este trabajo por prenuncio de una colmada cosecha espiritual y así empezó luego a sembrar la divina palabra, y no se engañó en el prenuncio, pues tuvo un muy fértil agosto y también tuvo luego que comenzó a predicar persona que lo acogió en su casa y lo sustentó en medio de mucha carestía; y sabiendo que era rector de Cartagena le dio una buena limosna para socorro de las necesidades en que se hallaba al presente su colegio.

A las Islas de Cuba y de La Habana se partió un padre para hacer misión, y lo particular que hay que decir de este sujeto es que fue tan fervoroso operario que enfermó de puro trabajo, y, habiendo quedado tullido de suerte que no podía ponerse en pie, no cesó de su ministerio haciéndose llevar en una silla al púlpito y luego al confesonario conque a la medida de su trabajo fue el provecho, y habiéndolo cogido en otros, mostró que él estaba muy aprovechado, pues se supo que una atrevida mujer lo andaba solicitando con el señuelo de la torpeza, y que armado con la gracia del Señor había triunfado de ella, y como las obras mueven más que

las palabras, incitó mucho a la virtud los ánimos de aquellos que tuvieron noticia del caso.

Aunque no es cosa rara sino muy ordinaria el favorecer milagrosamente nuestro padre San Ignacio a las mujeres que están con manifiesto peligro de muerte en partos revesados, fue raro, (porque nunca lo habían visto en el Valle de Upar donde había ido a misión el padre Joan de Cabrera) el favor que hizo a dos mujeres cuyas vidas estaban en grande contingencia de acabarse; pero a consejos del padre invocaron a nuestro padre San Ignacio aplicándoles una imagen que traía por su devoción en su breviario. Como vieron los milagrosos efectos le pidieron que les dejasen algunas imágenes del santo para valerse de su patrocinio en semejantes peligros, y entonces caritativo el padre se privó de su consuelo por darlo a sus prójimos dándoles la imagen que consigo traía.

Entre las cosas del divino servicio que hizo estando en misión en el Río de la Hacha el padre Antonio de Ureña no tiene el ínfimo lugar unas enemistades que deshizo entre un padre y una hija. El gobernador de Santa Marta había tomado la mano para que se diesen las manos de amistad, pero no lo había podido recabar con el padre porque estaba cruelmente terco. Aguardó, a una buena ocasión el padre Antonio y pidióle con humildes y eficaces razones que se amistase con su hija. Respondió que no podía resistir a su eficacia y así el mismo día en casa de la hija afligida que hincándose de rodillas le pidió perdón y él se lo dio, y los brazos con que quedaron en mucha paz y agradecidos así ellos como todos los del pueblo, que deseaban la amistad en una indisoluble paz.

Habiendo fructificado mucho en el Río del Hacha por espacio de diez y ocho días dos padres misioneros, se embarcaron en una canoa para la ciudad de Santa Marta, y al doblar de una punta para entrar en el puerto que se llama la Punta de la Aguja sopló tan recio y tan cruel el viento, que les quebró el trinquete de la canoa, de suerte que él juntamente con la vela se iba a caer sobre los pasajeros con grandísimo riesgo y peligro de todos. Supieron entonces orar como quien estaba en el mar invocando a San Ignacio y San Francisco Xavier, los cuales patrocinaron de suerte que la vela y trinquete se detuvieron sin caer sobre los pasajeros que después no cesaban de dar reconocidos las gracias a Dios y a sus dos intercesores. Estando el padre Antonio de Ureña trabajando apostólicamente en la misión de la ciudad de Santa Marta, le contó un penitente que había muchos años que determinado a no decir verdad en la confesión se daba a todo género de vicios, y que viéndole el padre de la mentira tan suyo, se le solía aparecer diversas veces halagándole unas y espantándole otras. Añadió que cierto día estando recostado en su cama, se le apareció visiblemente en figura de espantosa culebra y que enroscándosele al cuello pretendió ahogarlo para llevar su alma al infierno, apartándola del cuerpo por medio del ahogo. En este trance de tanta aflicción se le apareció una hermosísima matrona, y era la Madre de Dios con quien en algún tiempo había profesado devoción, y llegándose a él le dijo: desventurado, ¿qué fuera de ti si en esta hora no te favoreciera? Ve y confiésate luego. Dichas estas palabras se desenroscó del cuello la infernal serpiente y le dejó libre. Para estarlo del todo obedeció a la voz de su protectora, y haciendo una muy buena confesión general enmendó su vida en tal grado que en adelante procedió como un santo.

## Vida del padre Hernando Núñez, fundador del Colegio de Cartagena

Con sentimiento mío ignoraba yo quienes fuesen los fundadores del Colegio de Cartagena, porque el Anua de su fundación no los nombra; pero después revolviendo papeles me encontré con una carta de edificación, la cual me dio noticia de dos fundadores, que fueron el padre Francisco de Perlín y el padre Hernando Núñez. Nada diré del primero porque como habiendo sido el primer rector de Cartagena por espacio de seis años se fue a Lima y no murió en esta provincia del Nuevo Reino, no he hallado cosa escrita que referir en esta Historia, sólo he sabido lo que escribe el padre Alonso de Sandoval, y es que el padre Perlín fue en nuestra religión perla de sumo valor por sus grandes partes y talentos y mucho más por su conocida santidad y aventajada virtud. Del segundo referiré lo que hallo escrito en una carta que se despachó a los colegios de la provincia dando noticias de su feliz tránsito, y lo que siento es que se escribiese tan poco siendo muchísimo lo que había que escribir de este insigne varón; pero consuélome conque así como por la grandeza de la uña se conoce el tamaño del león, así por lo poco que se dijere de este gran sujeto se rastreará lo excelente y crecido de su perfección.

Nació para gloria de Dios y mucho bien de las almas en Jerez de la Frontera. Diéronle el ser natural padres nobles, y según su calidad honrados, y para perfeccionarlo le dieron estudios en el Colegio de Sevilla donde aprendió la gramática y las artes. Desde el siglo donde anda la sensualidad de pendencia contra la juventud, y la vence innumerables veces, estuvo nuestro Hernando tan del bando de la castidad, que para vencer más valiente a este blando y fuerte vicio, hizo voto de observar la angélica virtud siendo de catorce años por ser esta la edad en que el vicio carnal empieza a hacer guerra a nuestra deleznable naturaleza. Yendo de acá de las Indias a su casa un tío suyo cargado de esclavas, huyó de ellas por no hacerse esclavo de la carne, y en estas y otras ocasiones se puso Dios a su lado, y con su protección le favoreció para que guardase el voto de castidad sin dejarse vencer del vicio contrario.

Para mejor resguardarse de sus asaltos, siendo ya de edad de veinte años, pretendió ser de la Compañía de Jesús y entró en ella muy gustoso ofreciéndose por hijo suyo; y no es esto para extrañar porque la amaba grandemente como a madre, de donde se originó que en todo el tiempo de su vida se regocijaba con las buenas nuevas que le daban de las felicidades que le acontecían, se alborozaba con saber de los varones insignes que en ella florecían en letras y virtud; se gozaba con los dones y mercedes, con que Nuestro Señor la favorecía. Al contrario solía afligirse con los trabajos y persecuciones que contra su querida madre se levantaban, y cuando por estar presentes podía remediarlas aplicaba la mano con todas sus fuerzas al remedio; y cuando por estar ausentes o ser insuperables no podía remediarlos, buscaba con sus oraciones el remedio en Dios.

Acabó su noviciado y estudios en Sevilla, pero no llegó más que al grado de profeso de tres votos solemnes, y en este estado, menos bajo sobrepujó a muchos que tienen grado superior. Para experimentar su talento de

gobierno le dieron el oficio de ministro en la casa profesa de Sevilla, y viendo cuán bien hacía el oficio le conservaron en él muchos años los que entonces fueron prepositos, y no es pequeña loa suya que los fuesen el padre Antonio de Cordeses y el padre Esteban de Ojeda, personas de primera magnitud. En esta casa andaba el padre Hernando a vueltas de su ministerio atendiendo a las virtudes de sus dos prepositos, del padre Francisco Arias y de otros semejantes sujetos, porque como solícita abeja no podía dejar de mirar las flores para labrar su panal. Y así solía saborearse en él contando en Cartagena los ejemplos de perfección que había reparado en ellos.

Ejercitose también en la casa profesa incansablemente en confesar a los pecadores con mucho fruto de sus almas. Íbase a los tiempos convenientes a las cárceles y quitaba las prisiones del espíritu a los que no podía soltar de los grillos y cadenas del cuerpo. El padre Hernando fue el que celoso y diligente estableció en esta casa profesa la congregación ilustre de los sacerdotes en que sin duda adquirió muchos méritos, y para que tuviese el último complemento en ellos, quiso Dios (como veremos después) mortificarlo en el principal ministerio del sacerdocio, que es el decir misa.

En el tiempo que se enfureció una peste en Sevilla contra los moradores y vecinos de ella, cuando a los otros los hace huir el temor, al padre Hernando le dio valor y brío su caridad, y así fortalecido con ella pidió licencia a los superiores para irse a vivir en el hospital de los apestados donde había mucho riesgo de morir. Allí se estuvo muchos meses haciendo y padeciendo lo que Dios sabe. Qué espectáculo sería tan de agrado de su Divina Majestad y de sus ángeles ver a este fervoroso padre ya ocupado en los oficios de sacerdote confesando a los enfermos dándoles el Viático, ungiéndolos con el Santo Óleo y ayudándolos a bien morir. Qué espectáculo sería ver a un sacerdote cuando se desocupaba de estos ministerios espirituales ocupado en actos de humillación barriendo las salas, aderezando las camas, limpiando los vasos inmundos, aseando los platos y sirviendo la comida y bebida a los contagiosos, instándoles amorosamente a que comiesen cuando más desgastados estaban de comer. Sólo una dicha le faltó en estos ministerios, y fue que se le pegase la peste y perdiese por su caridad la vida; pero dicha que se la conservase Dios para otros empleos de su servicio en que acrecentó los méritos su siervo.

También constituyeron los superiores al padre Hernando por rector del Colegio de Cádiz, y lo gobernó con el espíritu y prudencia con que había ejercitado el oficio de ministro en Sevilla. Y en estas y en las otras ocupaciones llegó a la edad de cincuenta años, que parece que pedían el descanso; pero no se permitía a descansos su espíritu fervoroso que siempre fue trabajar y más trabajar por amor de Dios.

En el puerto de Cádiz se embarcó en compañía del padre Diego de Torres y de otros sujetos, y navegando impelido en lo interior con el viento del Espíritu Santo, y en lo exterior con los aires competentes para tomar puerto, llegó felizmente al de Cartagena que era el último término y el paradero a que Dios tenía destinado todo el resto de su vida, que era veinte y un años. El de mil seiscientos y cuatro fue su llegada, y entre otros fue elegido para que se quedase allí por fundador del nuevo colegio.

Fue muy acertada la elección, lo uno porque quien era tan amante de la universal Compañía, era muy a propósito para echar los cimientos y fundar bien un colegio de ella. Lo otro, porque siendo tan necesario el edificar a los prójimos, fue conveniente dejar al que con el ejemplo de sus virtudes sabía excelentemente edificar. Y así lo hizo en lo material de la casa y en lo espiritual del bien de las almas.

El que había sido muy buen rector en el colegio del puerto de Cádiz fue también el segundo rector y muy bueno del colegio del puerto de Cartagena. Gobernolo cuidadoso de la observancia religiosa en sus súbditos y no descuidado en el ejercicio de nuestros ministerios yendo en lo uno y en lo otro con su buen ejemplo delante de sus ovejas a imitación del Buen Pastor. Para apacientarlas pidió como pobre a los principios algunas limosnas y unos piadosamente se las mandaron para cada semana, otros para cada mes, y era tan amoroso el afecto que los limosneros tenían al padre, que aun después de muerto no cesaban de dar limosnas que le habían mandado cuando vivo.

Los oficios de rectorado y superioridad túvolos a los tiempos en que se los mandaron, pero el oficio que tomó para sí por perpetuo fue el de operario, no volviendo jamás atrás en su ejercicio sino llevando adelante con perseverancia sus fervorosos principios, de suerte que en veinte y un años que vivió en esta ciudad primero le faltó la salud y fuerzas corporales que el fervor y ánimo para trabajar. Para este efecto fundó la congregación de los españoles y fructificó tanto en ella, que decían que si en Cartagena había temor de Dios, devoción y frecuencia de sacramentos, eran efectos de los fervorosos trabajos del padre Hernando Núñez. Predicaba unos sermones y hacía unas pláticas con tanto espíritu que encaminaba las almas a la perfección y las llevaba derechas a Dios que las crió. Lo que causaba admiración era que penetraba los corazones de los oyentes, más que con las palabras, con unos ademanes afectuosos del rostro y de las manos que parece había puesto Dios en ellos una admirable eficacia, y así movía más haciendo acciones y callando a ratos que pronunciando palabras.

De esta suerte fue causa de que se convirtiesen muchos corrigiendo los vicios de sus vidas y entregándose al ejercicio de las virtudes; movía a que sirviesen en los hospitales, a que diesen limosna a los necesitados, a que socorriesen a los presos, a que frecuentasen sacramentos, tuviesen oración, hiciesen penitencias y se ejercitasen en otras virtudes. Y aunque esto era muy común en muchos obligó a hacer particular reparo a toda la república al ver a una persona casada, rica y noble que vivía con tanta perfección como si fuera religiosa, teniendo cada día sus horas de oración mental y vocal juntándola con mortificaciones exteriores, y lo que es más, con las interiores de sus pasiones dando muchas limosnas, haciendo oficios humildes y siendo el ejemplo de toda la ciudad, la cual sabía que todo este ejemplar fruto se originaba de los consejos y dirección del padre Hernando Núñez.

Si algunos por encopetados que fuesen faltaban a alguna de las pláticas de la congregación, los reprendía con gran señorío y con una severidad a la verdad admirable (era donde Dios) que no se daban por sentidos de sus reprensiones sino que se compungían, y compungidos se encomendaban, pareciéndoseles que los tenía a todos en su corazón y que las reprensiones



nacían del deseo de salvarlos y así le correspondían con grande respeto y amor y tenían miedo de faltar a las pláticas que solía hacer a los de la congregación.

No se daba por satisfecho con salir afuera a todas las confesiones que le llamaban, sino que también en casa todos los domingos y fiestas en amaneciendo se ponía hasta bien tarde a confesar a cuantos llegaban a sus pies; pero con las mujeres tenía, aún siendo ya de muchos años el mismo recato que había observado cuando mozo porque tenía muy entrañada en su corazón la virtud de los ángeles y procuraba ser más ángel que hombre. En el trato de su propia persona fue muy desapropiado y muy pobre. Nada tenía suyo y cuando le daban algo lo repartía entre los de casa, y cuando lo buscaba era para que no les faltase lo precisamente necesario. Era un pobre voluntario que sabía compadecerse de los necesariamente pobres. Dolíanle mucho sus necesidades, y como aquel que tiene algún dolor busca el remedio y se lo aplica, así el padre Hernando buscaba limosna dándolas a los pobres, ponía remedio al dolor y sentimiento que le causaban sus necesidades. Muchas veces se iba a la portería y en ella daba a los mendigos que acudían limosna de comida para sus cuerpos, y no satisfecho con ésta les hacía otra limosna espiritual enseñándoles cosas pertenecientes a la salvación de sus almas.

Fue un hombre que no podía ver la ociosidad porque en ella no se gana nada. A todas las horas del día estaba ocupado en cosas del servicio de Nuestro Señor. Atendía en primer lugar a las medras de su espíritu y en el lugar segundo a las de sus prójimos. Gastaba mucho tiempo en la oración con Dios y estos gastos le eran de mucho provecho y de tanto que le enriquecían el alma. Unos ratos tomaba para la lición espiritual y otros daba al estudio de casos de conciencia. Y lo bueno es que no siendo como aquellos siervos, que todo el día se estaban en la plaza ociosos, era tan humilde que le parecía nada todo cuanto hacía en servicio de nuestro gran Señor, a que se llegaba un muy bajo concepto que tenía de sí mismo.

A la verdad el hombre era un varón de Dios y no sólo mostraban esto sus obras, sino también sus palabras. De la abundancia de Dios que tenía en el corazón salían sus vocablos a la lengua. Con los de dentro y fuera de casa no sabía conversar sino de cosas de Dios, y como el hablar mal de otros no es cosa de Dios, hablaba bien de todos alabando sus virtudes y de ninguno decía mal, porque aunque hubiese faltas que ocasionaban a decir mal, él excusaba caritativamente a los que caían en ellas.

Por ventura le faltaba algo al padre Hernando para acabar de labrar la corona de méritos que había fabricado con la congregación de sacerdotes que fundó y fomentó en Sevilla, pues le dio Nuestro Señor martilladas al último año de su vida en los mismos ministerios del sacerdocio, las horas canónicas que rezaba con mucho trabajo por tener poca vista hasta que del todo le vino a faltar. Este año se vio obligado a carecer del consuelo de decir misa porque no interviniese (por falta de los ojos) alguna indecencia en decirla, pero desquitábase recibiendo a Cristo Sacramentado cada día. Fuera de la enfermedad de la senectud padeció muchos achaques dando ejemplo de paciencia como los había dado de otras virtudes. Dos meses antes de su muerte le hirió una perlesía tan maligna que le torció la boca y lengua y todo el lado izquierdo se lo dejó como muerto de suerte que no podía menearse de la cama. Diéronle al punto los Santos Sacramentos

que no sólo le fortalecieron el alma sino que también dieron vigor al cuerpo mejorándolo por algunos días, pero no estuvo del todo sin amargos dolores, los cuales el devoto padre endulzaba con los de Cristo Crucificado, cuya imagen tuvo siempre delante de sí y en cuyas manos entregó su espíritu a los diez y seis de enero de 1625. Hicieron mucho sentimiento, y quizás tan grande como el de hijos los vecinos de la ciudad porque le miraban y le respetaban como a padre, a quien comunicaban sus cosas con particular consuelo de sus corazones y aprovechamiento de sus almas, no sólo los plebeyos sino también los gobernadores, inquisidores y prelados. Acudió al entierro de su cuerpo por su propia voluntad, el cabildo eclesiástico, todas las religiones y la gente más granada de la república.

### Vida del padre Antonio Agustín

Mucho debe el Colegio de Cartagena al padre Antonio Agustín, pues lo honró con su nobleza, lo ilustró con su sabiduría, lo edificó con su virtud y es justicia que después de su muerte le haga las honras escribiendo su insigne vida, lo cual me toca a mí por título de santa obediencia que me lo ordena y procuraré desempeñarme según lo que de sus cosas supiere, aunque siempre el efecto quedará inferior al afecto con que obra mi voluntad.

Fue el padre Antonio Agustín natural del Reino de Aragón y nacido en la nobilísima ciudad de Zaragoza, de padres tan calificados y de abuelos tan ilustres que pocas o ningunas familias se aventajaron en calidad a la suya. Su casa ha tenido siempre el lustre de muchos hábitos y títulos y el resplandor de muchos oficios honrosos; y aunque el padre Antonio pudiera aspirar y obtener alguno de ellos, echó por mejor vereda menospreciándolos y eligiendo más el ser despreciado en la Compañía de Jesús que ser sublimado en los tabernáculos del mundo. Entró en el noviciado de diez y nueve años, y con fervoroso estudio labró en sí mismo un religioso muy del estilo de la Compañía, y tan constante en la virtud que en cincuenta y cinco años que vivió en la religión no se diferenciaron los fines de los principios, y sus postreros años fueron de novicio en el fervor y los primeros de muy anciano en la religión. Tenía en su alma tan entrañado el espíritu de la virtud que en él más parecía natural que adquisita.

Pasado el tiempo de noviciado le metieron en la ocupación de estudiante y como la naturaleza le había dotado de grande entendimiento junto con memoria rara y singular, salió eminente discípulo en lo escolástico, y tanto que luego le hizo la Compañía maestro de artes, y sacó discípulos tan insignes que han gobernado muchas provincias y las han ilustrado con sus escritos. No tuvo menor talento para el gobierno que había mostrado para la cátedra, y por eso le sacó de ella nuestro padre general Claudio Aquaviva y le constituyó rector de Tarazona, y lo fuera de las más principales casas de su provincia, pero considerando los superiores que hacía mucha falta a las cátedras de teología le pusieron en ellas y leyó

con admirable satisfacción muchos años valiéndose de su enseñanza muchos y muy eminentes discípulos en la teología iguales a los que había primero sacado de la cátedra de filosofía.

Su ingeniosa capacidad no se embarazaba con una cosa sola; para muchas cosas era y así jugaba de entrambas manos, ya leyendo, ya predicando, ya resolviendo casos de conciencia, haciéndolo todo con notable desembarazo y facilidad. Conociéndole nuestro padre Claudio le llamó a Roma donde le dio el gravísimo oficio de revisor de libros en que fue eminente y tuvo de ellos extraordinaria comprensión; allí puso en orden los tomos del señor don Antonio Agustín, su tío, arzobispo de Tarragona, diolos a la estampa y han sido de admiración y provecho a los que los han leído.

En estas ocupaciones provechosas sobre lucidas gastó buenos años el padre Antonio Agustín sin que le hiciesen descaecer un punto de la entereza y fervor de su espíritu. El que gobernaba su corazón era tan del desengaño, que le metió en pensamientos de pasar a estas Indias, lo uno por evitar sus aplausos y hacerse desconocido; lo otro por ayudar a la salvación de los que en estas partes habitan. Consiguió la ejecución de sus deseos y vino en compañía del padre Luis de Santillán, procurador que fue a Roma por parte de esta provincia. Algún tiempo después de su llegada a Cartagena le detuvieron en aquel colegio y después le ordenaron que pasase al de Santa Fe, así para entablar como para autorizar los estudios. Fue señalado a la cátedra de prima de teología que leyó algunos años dando a este Reino doctores que grandemente lo ilustraron.

Necesitando el Santo Tribunal de la Inquisición que hay en Cartagena de un sujeto tan eminente como lo era el padre Antonio Agustín en la virtud teologal de la fe, en la sabiduría de las cosas que pertenecen a ella y son contra ella lo pidieron a los superiores y estos le ordenaron que dejase el oficio de maestro y hajase a Cartagena a ejercer el de calificador y consultor del Santo Oficio.

Ejercitole por más de veinte años con la mayor asistencia, vigilancia, celo, rectitud y secreto que jamás se ha visto, de donde se originó que decían los señores inquisidores que sin el padre Antonio Agustín estuviera manco el Santo Tribunal, pero no lo estaba porque le servía incansablemente teniéndose por muy pagado de sus trabajos sólo con saber que se exaltaba nuestra santa fe y que se le seguía gloria a Dios, la cual miraba de hito en hito en sus calificaciones, en las consultas de proposiciones y demás que en este oficio se ofrecen.

En medio de tan continuas e inexcusables asistencias al Santo Tribunal, en medio de tantos despachos que hacía como juez ordinario de los más obispados del distrito, y finalmente en medio de tantas ocupaciones que para ellas eran necesarios muchos hombres, nos dio este religiosísimo varón un ejemplo muy digno de imitarse y fue que de tal suerte distribuía el tiempo que las más principales horas las daba a su espíritu y las otras a los otros ejercicios. Jamás le vieron faltar a ejercicio espiritual de la religión ni de examen ni de otro acto de comunidad.

En este tiempo y en el mismo Colegio de Cartagena se le volvió a encargar el oficio de rector en que dio tan buena cuenta como en las demás ocupaciones procediendo en su gobierno tan sin queja, que nadie la pudo formar del padre con razón. Estaba muy actuado en nuestro instituto y en el estilo de la Compañía. De nuestras constituciones y derechos no se

habrá visto hombre que sepa más que el padre Antonio Agustín, con que llegó a tener tanto del espíritu de nuestros primeros padres, que todos los que le vían le juzgaban por uno de ellos.

Rara fue la virtud que en él no se reconociese con extremada perfección, y entre las otras fue muy grande la de su humildad. Vino a buscar en la religión las humillaciones que no hubiera tenido en el siglo. Parece la humildad en los pequeños grande, pero en los grandes, como lo fue el padre Antonio, parecía gigante y así la notaban los que atendían a sus humillaciones. El señor don Joan de Borja, conociendo la calidad del padre y viendo la llaneza y humildad con que se trataba, dijo en una ocasión: «El padre Antonio Agustín no sabe estimar lo que es». Y aquí cualquiera dirá con acierto que el no saber estimar lo que era fue su mejor saber. En el trato interior de casa fue tan sin excepción, que muchos para aprender esta tan amable virtud de la humildad le miraban a la cara y a las acciones y juzgaban que sería mal contada cualquier presunción en otros a la vista de tanta humildad en aqueste gran varón. Nunca reparó en si le daban bueno o mal lugar, esta o aquella ocupación, este o aquel oficio contentándose con ser el ínfimo de todos. Tal vez aconteció que reprendiéndole sin culpa del padre un sujeto que en todo le era inferior, respondió quitándose el bonete no más palabra que esta y esa con mucha paciencia: «Sea en amor de Dios». Jamás se vieron en él humos de presunción ni relámpago de altivez, y al paso que todos veneraban su nobleza y letras se solía humillar y abatir. Muchas veces se sentaba a conversación con los niños y esclavos más bozales y le notaron que tenía particular afición a la gente menos estimada de otros para aprovecharla como lo hacía confesando gran número de negros, de quienes tenía tan individual y exacta cuenta que les sabía los nombres y les reñía cuando no venían a confesarse, que para esto todos hallaban en su celo (con ser hombre tan ocupado), tiempo, lugar y coyuntura.

El que allá fuera en el siglo, siempre se ocupara en mandar como señor, acá en la religión se empleó en obedecer como súbdito y de suerte que para cualquiera ocupación le hallaban fácilmente los superiores. Con ser en todas las materias tan docto, en las de obediencia era muy ciego ejecutando sin disputas ni argumentos lo que los superiores mandaban, juzgándolo todo por justo y santo, dando soluciones a cualquiera objeción con que se pudiera replicar. Nunca excusó el acudir, aún en su mayor edad, ni aún en sus continuos achaques a la voz de la campanilla, ora llamase a oración, ora a exámenes, misa, mesa o letanías, y queriendo muchas veces los superiores jubilarle de estas acciones de comunidad no lo permitió su fervor ni lo consintió su deseo de obedecer. Los que le conocieron afirman que sin encarecimiento ninguno, fue uno de los hombres más regulares que se han visto en la Compañía, de donde se originó que su ejemplo fue estímulo para que ninguno pudiese con razón dejar de seguir la vida común, aun cuando tenía necesidad porque luego le sacaban el ejemplo del padre Antonio Agustín. Y es cierto que cualquiera se podía confundir de poner excusa cuando teniendo tantos y tan legítimos impedimentos nunca se excusaba el padre Antonio Agustín.

Muy rico pudo ser en el mundo, pero dejó las riquezas que tenía y las que en adelante pudo acaudalar, tratando de ser muy pobre en la religión. Si estuviera en el mundo vistiera de gala como podía su calidad, pero acá era

necesario andar con mucha cuenta mirando qué le faltaba del vestido porque él jamás cuidaba de él, ni le supo pedir; sólo pedía licencia para dar las cosas más mínimas porque era tan pobre que de ninguna se juzgaba dueño y todo lo miraba como ajeno. Si estuviera en el mundo tuviera su casa ricamente adornada y poseyera una gran librería, especialmente si hubiera tirado por la iglesia consiguiendo dignidad eclesiástica; pero acá en la religión tenía una celda pobre sin querer adornarla con más alhajas que unas imágenes de papel y una de Cristo Nuestro Señor pintado en una cruz de madera. Tenía tan pocos libros como el que menos los ha menester, y teniendo tanto que estudiar se iba a la librería y trayendo de ella el libro de que necesitaba, visto el punto lo volvía luego. Si estuviera en el mundo tuviera todos los regalos de comidas, pero acá en la religión nunca quiso tenerlos ni supo pedirlos contentándose siempre con los manjares que le daban aunque no armasen tanto a su salud. Esto más particularmente se vio en su última enfermedad que siendo como fue la más grave y más molesta no se oyó pedir ninguna cosa y sólo se vio tomar lo que le daban porque hasta las postreras horas de su vida quiso conservar la pobreza como quien la había voluntariamente abrazado desde el primer día de su vocación.

Fue virgen de setenta y cuatro años; antes de entrar en la Compañía fue virgen de diez y nueve. Después de haber entrado fue virgen de cincuenta y cinco hasta el día de su muerte. Tentaciones de carne le acometieron como a hombre, pero dióle Nuestro Señor una facilidad angélica para vencer este vicio. Para declarar esta facilidad a una persona a quien convino declararla, le dijo cuando se le ofrecía algún pensamiento menos puro con sólo ponerse los anteojos se le quitaba. Y a mi ver quiso decir que para vencer la tentación de torpeza basta abrir los ojos, mirar lo que desagrada a un Dios tan puro su fealdad, ver los tormentos con que el divino juez la castiga. Así lo hacía el padre Antonio Agustín y por eso le hizo Dios este favor de que tuviese el alma tan pura como los anteojos de cristal por donde solía mirar a causa de ser falto de vista. A la virginidad de su alma y cuerpo atribuyeron algunos lo tratable que estuvo el cuerpo y las manos después que murió. El medio de que usó entre otros para conservar la inestimable joya de su castidad fue ser siempre recatadísimo y sobremanera prevenido excusando todos los lances y ocasiones de peligro.

Ayudó a esto la continua mortificación con que maceraba su cuerpo siendo puntualísimo en sus penitencias, y tan constante, que en tantos años y tan prolijos achaques que le afligieron nunca quiso templar las penitencias con que se afligía. Y los tiempos en que Dios lo mortificó cubriéndole el cuerpo con el áspero cilicio de muchos empeines los toleró con una sufridísima paciencia. Las mortificaciones que el padre de ordinario hacía y las que Dios le enviaba tenían su cuerpo apto para que conservase la flor de la virginidad.

Otro medio le aprovechó para este fin y fue la oración mental y vocal. Era hombre que tenía familiarísimo trato con Dios, y en tantos años de religión nunca le faltó este recurso santo a la Divina Majestad cumpliendo con la oración mental aún en los más apretados achaques que la suelen impedir. Presente tenía de continuo a Dios, lo cual engendró en su ánimo la paz y serenidad con que vivía; y es cierto que la mucha regularidad de

sus acciones no se pudo tejer tan entera y excelente sino con las idas y venidas que hacía a Dios. En la oración vocal de las horas canónicas en que se dan alabanzas a Dios procuró ser un ángel y tan atento y observante que pasó a ser escrupuloso repitiendo muchas veces las horas por actuarse a más atención. También le valió para guardar su virginidad, el no dejar de beber cada día el vino consagrado que engendra vírgenes. Rarísima fue la ocasión en que dejó de decir misa y por ninguna la supo apresurar y luego daba cumplidas gracias y largas sin acortarlas jamás por respeto alguno humano porque respetaba más al Dios hombre que tenía en su pecho. El último medio para custodia de la perla preciosa de su virginidad fue no admitir jamás el ocio que es la puerta por donde suele el ladrón (entrar) a robarla. A todas las horas estaba bien ocupado, ya rezando, ya estudiando, ya escribiendo con tanta constancia que aun los más mozos no sólo le admiraban viéndole trabajar tanto en una tierra tan calurosa como la de Cartagena, sino que también le envidiaban y a las veces con respeto le reñían porque tanto tesón en el trabajo no ofendiese a su salud; pero el padre Antonio Agustín siempre ocupado, sin dar un cuarto de hora a la ociosidad y siendo como era hombre tan para todos, jamás se vio tomar para sí tiempo extraordinario de descanso, con sólo el inexcusable y precisamente necesario para conservar la vida se contentaba.

Ni las muchas ocupaciones que le llamaban fuera de casa ni los muchos oficios que tuvo dentro de ella de rector, de confesor, de consultor, de resolutor de casos no le embarazaban el tiempo para el ministerio de confesar a que se entregó con tan celosa aplicación que se llevaba mañanas y tardes enteras en el confesonario. Tal vez le sucedió caminar presuroso algunas leguas de distancia por no hacer falta a sus penitencias. Era diestrísimo en este oficio y por sus canas, gravedad y santidad se confesaba con él lo más granado de Cartagena, pero no por eso se excusaba de acudir a los más pobres, los cuales hallaban en él no sólo el consuelo para sus almas, sino también socorro para sus cuerpos, porque solicitaba por muchos caminos el darles limosnas.

Apacibilísimo fue sobre cuanto se puede decir, y su apacibilidad enamoraba a su trató; chicos y grandes le quisieron bien y él a todos sin excepción de personas. Ocasiones tuvo muchas en que mostró el señorío que tuvo de sus pasiones sujetándolas a la razón y triunfando de ellas con insigne victoria y aun quizás por eso le concedió Dios que no mostrase su furor contra el padre una fiera bestia. El caso fue que yendo el padre Antonio Agustín por una calle se encontró con un ferocísimo toro de quien iba huyendo la gente; pero el padre se halló tan cerca, que casi lo podía tocar con las manos, y con un desdén que le hizo con una de ellas sin mostrar turbación alguna se fue la bestia furiosa sin hacerle mal ninguno. Caso fue este por el cual los que lo vieron le calificaron por santo, y así unos decían que era un santo, otros clamaban que era un alma de Dios. Llegose el tiempo en que por estar el fruto ya maduro y sazonado quiso Dios como dueño cogerlo para sí. Dióle un achaque de relajamiento de estómago con que abrazaba mal la comida, y habiendo mejorado por algunos días, aún mal convalecido de su dolencia pidió licencia al padre rector para irse a una hacienda nuestra que está legua y media, o dos por mar distante de la ciudad a hacer los ejercicios de nuestro padre Ignacio, y túvolos con tan buenos alientos, que escribió al padre rector que no había

perdido punto de su oración ni sus achaques se la habían estorbado. A pocos días después de vuelto a casa revivió la enfermedad, y luchando con ella se tuvo en pie por no hacer falta a sus ocupaciones hasta que pudo más el mal y lo derribó dejándole casi sin sentido, y turbada el habla a medio pronunciar las razones, dijo que tenía un libro prestado del señor obispo y que se lo volviesen y encomendó a otro padre otra diligencia bien menuda. Restituida después por entero el habla dijo que no tenía otra cosa que le diese cuidado. ¡Gran dicha en setenta y cuatro años de vida! Dio excelentes ejemplos de su virtud en la enfermedad. Lastimándole mucho la cama en que estaba no se atrevió a pedir que se la aliñasen o le mudasen otra. No salía punto de lo que le ordenaba el enfermero. Todo su trato era con Nuestro Señor ahorrando de conversaciones aun con sus mayores amigos. La noche que le sacramentaron se llegó cierto padre que le amaba mucho a preguntarle cómo se hallaba y le respondió mostrando compasión de sus hijos espirituales: «padre, ¿qué será de mis penitentes?» Al fin murió lleno de Dios y de merecimientos a los 3 de febrero de 1636 con singular serenidad y quietud de su alma. Apenas supieron su muerte cuando mostraron los de la ciudad mucha pena por ella y hubo muchas personas que pidieron por reliquias algunas cosas suyas, y hubo muchos hombres cuerdos que dijeron que si de algún hombre se podían esperar milagros después de su muerte, era del padre Antonio porque era un santo. Dijeron lo que sentían, pero es cierto que no quiere Dios que todos los que son santos hagan milagros. Hízosele un solemne entierro con mucho acompañamiento, así de los señores inquisidores como de los demás del Santo Tribunal y de la nobleza de la ciudad.

#### Vida del padre Miguel Jerónimo de Tolosa

La ciudad de Barcelona fue la patria del padre Miguel Jerónimo de Tolosa. Sus padres fueron temerosos de Dios, y por eso a su hijo le enseñaron el santo temor de Dios, y para que lo conservase cuidaron mucho de apartarle de malas compañías. Toda la semilla de la paternal doctrina fructificaba porque caía en buena tierra y el niño tenía muy buena inclinación a todo lo que era virtud, y así visitaba iglesias, oía misas y sermones, rezaba el rosario y se encomendaba a los santos. Gustaba de tratar de cosas de Dios con religiosos y de ir a la doctrina que los padres de la Compañía enseñaban en la plaza. Solía ir a visitar los enfermos del hospital, y este con los demás ejercicios ya dichos los empezó a hacer de edad de seis años, y como iba creciendo en edad iba creciendo en virtud y especialmente en el temor de pecar.

Muy a los principios de su edad hizo voto de ser religioso, y para cumplirle a Dios lo que le había prometido, pretendió entrar en la Compañía a lo cual le animó mucho su buena madre echándole su bendición y dándole grata licencia. Tomósele gustoso y entró en la Compañía a los diez y siete años de edad en veinte y ocho del año de mil seiscientos y uno, y en los veinte y cuatro meses de noviciado logró veinte y cuatro agostos en

muchas cosechas espirituales. El padre Gaspar, sobrino provincial que fue de este Nuevo Reino y connovicio suyo, testificó que fue un dechado de perfecto novicio en la devoción, en el silencio, en la mortificación, en una simplicidad de paloma. Entre las otras misericordias que de Dios recibió en el tiempo del noviciado fue una la cordial devoción con la Virgen Santísima y con nuestro padre san Ignacio tan constante así la una como la otra que le duró hasta la muerte.

Salió del noviciado haciendo los votos que constituyen religioso y comenzó a estudiar el curso de artes en Cartagena de Levante. Fue forzoso por los empeños de aquel colegio mudarle al de Valencia que dista cincuenta leguas, las cuales caminó a pie con otros dos condiscípulos pidiendo limosna y alojándose en los hospitales con gran consuelo de su alma por tratarse como pobre. Estudió sus artes y teología ajeno de toda presunción y vanidad observando exactamente las reglas de los estudiantes de la Compañía.

Desde niño le dio Nuestro Señor deseos de pasar a las Indias para emplearse en el ejercicio de los ministerios con indios. Cumplióle Dios los deseos por medio del padre provincial Hernando Ponce de León que le envió a estas Indias y llegó a ellas a los once de abril de mil seiscientos y nueve y vivió y trabajó en ellas treinta y un años, seis meses y ocho días con universal aprobación de su gran virtud y religión. Habiéndole levantado Dios a la altísima dignidad del sacerdocio, y siendo su principal oficio el ofrecer el Cordero Inmaculado en el altar, quiso su Divina Providencia darle un grande mar tirio en esta dignidad y fue que padeciese unas grandes congojas con pensamientos de si acaso decía las misas en desgracia de Dios. Lo que hacía en este conflicto era nunca dejar de decir misa, previniéndose primero para ella con la confesión, con muchos actos de contrición y dolor de sus culpas. Nunca la dijo sin haber rezado primero las oraciones que pone el misal romano para preparación de la misa, que añadía otras muchas oraciones vocales. Después de haber celebrado con muchas tribulaciones de escrúpulos asistía devoto a otra misa, y si no la había, gastaba media hora en dar gracias reconocido a tan soberano beneficio; y porque todo agradecimiento es corto, proseguía en su aposento con otras muchas devociones las gracias que debía dar.

En la oración, que es el arcaduz por donde la divina liberalidad comunica sus dones al alma puso especialísimo cuidado. Un cuarto de hora muy cumplido gastaba en prevenir la materia de que había de tener oración. Lo menos que ocupaba cada día en ella era más de una hora por la mañana y otra por la tarde a que añadía otros muy largos ratos cuando la santa obediencia y las otras ocupaciones forzosas le daban lugar. Cuidadosísimo examinaba siempre el modo con que había tenido su oración. Para hallarse en ella con la devoción que deseaba, solía valerse solícitamente de sus medios que conducen a ese fin. El primero guardaba el recogimiento de su celda y el silencio con tanta exacción que jamás perdió tiempo por la casa ni se puso a hablar con ninguno si no era en lo necesario. El segundo, en la celda tenía distribuido el tiempo, ya en el estudio de casos morales, ya en otros ejercicios espirituales de suerte que jamás le hallaban ocioso sino bien ocupado y santamente entretenido.

Quiso Dios que el padre Miguel Jerónimo fuese un mártir en el oficio de confesor, pues siempre que se ponía a administrar el sacramento de la



penitencia le congojaba el corazón y atormentaba el alma un pensamiento de si acaso había incurrido en alguna censura por la cual estaba inepto para confesar, pero para vencer esta diabólica sugestión le concedía el Señor mucha fortaleza, y con ella atropellaba estos escrúpulos y no sólo acudía a las confesiones que le llamaban sin rehusarlas sino que también se convidaba a hacerlas. Esmerose en ser excelente confesor, especialmente de los indios cuya lengua sabía con eminencia y fuera lástima que por los escrúpulos dejara de aprovechar con ella a los miserables indios, y así el padre no se dejó llevar de los escrúpulos sino de su fervoroso celo en aprovecharlos.

No contento con andar siempre hecho un mártir de congojas trató de hacerse un mártir con penitencias. Con tres disciplinas en sus días señalados y con tres cilicios atormentaba cada semana su cuerpo y también con ayunos que le causaban molestia. Y por no ser solamente mártir en el cuerpo procuraba ser mártir en el alma con un martirio voluntario (además del involuntario de los escrúpulos) que era mortificar las interiores pasiones del alma, sus querer, sus apetitos sujetándolos a la razón y a la voluntad de Dios. En esto empleó todo el conato y la mayor fuerza de su espíritu fervoroso.

Para esto se valió con destreza de las armas singulares que nos dio nuestro padre San Ignacio cuales son los exámenes particulares. De este ejercicio o juego de armas provechosísimo, se le hallaron después de muerto tres cartapacios en octavo que tenían más de mano y media de papel. Daba principio al particular certamen apuntando el día en que comenzaba; luego ponía por escrito la virtud que deseaba alcanzar o el vicio contra quien valerosamente había de pelear ayudado del divino socorro. Establecía cuantos actos de virtud había de hacer hasta el mediodía y cuantos por la tarde hasta el tiempo de dormir. Era menudísimo y puntualísimo también en apuntar los descuidos que en la falta de sus propósitos había tenido, y era muy justiciero en darse penitencias por ellos. Demás de esta cotidiana solicitud tenía señalado un día de cada semana, que era el sábado, en el cual gastaba dos horas por la tarde en conferir unos días con otros para ver si había medra o desmedra en ellos. Cada mes tomaba también un día entero para hacer el mismo cotejo con el mes pasado advirtiendo las mejoras o daños de su espíritu, reparando cómo habían sido sus propósitos, examinando cómo había sido la ejecución de ellos. De esta suerte reconocía el paraje y estado en que se hallaba su alma en el camino de la virtud y trataba de ir adelante para no volver atrás.

En los tres cartapacios de sus exámenes particulares pone muchos y muy diferentes en que con diligente vigilancia se solía ejercitar, pero en lo que más se esmeró su solicitud (según lo que por ellos parece) fue en estas cuatro cosas. La primera la exacta ejecución y cuidadosa observancia de la regla undécima de nuestra sagrada religión. La segunda la humildad tan contraria a la altivez de nuestra naturaleza. La tercera la obediencia perfecta porque como hijo tan queredor de nuestro padre San Ignacio quería esmerarse en la virtud en que él quiere que sus hijos se esmeren más. La cuarta la conformidad total con la voluntad de Dios. Este examen y cuidado particular estableció en los postreros años de su vida, porque como soldado más experimentado que había alcanzado muchas victorias de sus enemigos, quiso encaminar su particular estudio a lo más acendrado de la

perfección que consiste en la entera conformidad y unión con Dios; y así poniéndose delante este divino blanco adonde había de tirar su mayor cuidado, escribe unas palabras que quiero poner aquí formadas de sus propio estilo para que se vea el que tenía en las otras materias. Examen particular (dice) comenzado día de San Joan Crisóstomo de la entera conformidad con la voluntad de Dios, la cual he de procurar en todas las cosas, así interiores como exteriores de gusto o de pesar, recebiéndolas y abrazándolas con mucha voluntad como venidas o permitidas de su santísima voluntad.

También ponía por escrito los ejercicios espirituales de nuestro padre San Ignacio que cada año hacía con grande espíritu, y para que pueda imitarlo el lector lo pondré aquí. Lo primero ponía ante los ojos cómo a objeto principal el fruto y provecho que pretendía sacar de aquellos ejercicios y a este fin los encaminaba todos. Apuntaba cada día las horas de oración y el fruto y propósito que de cada una de ellas sacaba. Al fin de los ejercicios notaba con mucha especialidad la resolución con que de ellos salía para observarla todo el año siguiente. Cuando se llegaba en el año que se seguía el tiempo diputado para volver a tener ejercicios, lo primero que cuidadoso examinaba era si había cumplido fielmente los propósitos que había hecho en los pasados, y era tal el cuidado que tenía en cumplirlos, que en muchos de los apuntamientos que escribió les da las gracias y la gloria a Dios de haber cumplido lo que había propuesto.

Después de haber tenido unos fervorosos ejercicios de nuestro padre San Ignacio, cumplió a los diez y seis años de religión el voto que hizo a los dos años de recibido en la Compañía, de entrar en ella al grado en que le admitiesen y fue admitido al de profeso de cuatro votos que hizo con grande devoción y observó exactamente por tiempo de treinta y nueve años como quien tan perfectamente se había ensayado observando los tres votos simples por espacio de diez y seis años. Y no contento con estos votos propios de su estado religioso, tenía otros de supererogación cuales eran los de ayunar los viernes y sábados, las vigiliias de la Santísima Virgen, y de tomar disciplina en el refitorio en las vísperas de sus festividades. Votos que hicieron singularmente más meritorias las acciones dichas que han sido comunes entre otros siervos de Dios.

Ejercitose mucho su celo en enseñar la doctrina cristiana a los ignorantes. Y es mucho de ponderar que habiéndole traído Dios a las Indias a fin de que propagase la fe en los indios, le permitiese padecer muchas tentaciones contra la fe. Son altísimos sus juicios. El modo que tenía el padre en resistir a esas tentaciones era no atender a ellas ni meterse en dar razón al demonio sino sujetar enteramente su entendimiento a lo que Dios mandaba creer por ser infalible verdad que no puede engañarse y suma bondad que no puede engañarnos.

Cosa es sobre admirable rara, que tolerando el padre Miguel Jerónimo terribles tormentos de aflicciones y congojas, innumerables borrascas de escrúpulos y temores en lo interior de su alma, no saliesen afuera en el trato exterior con los otros. Todos le hallaban siempre con un rostro apacible. A todos hablaba con benignidad y mansedumbre, deteniendo con fortaleza de espíritu los efectos de aspereza, desabrimiento y enfado que pudieran salir afuera causados de su alma congojada. Quien no advierte que esto no pudo hallarse en el corazón flaco de un hombre si no era con

grande esfuerzo de virtud y santidad.

Ésta resplandeció tanto a los ojos del ilustrísimo señor don Fernando Arias de Ugarte, arzobispo que fue de Santa Fe, patria suya, que habiendo de visitar su arzobispado eligió prudentemente por compañero suyo al padre Miguel Jerónimo, y lo pidió al superior que se lo concedió gustosa y le mandó al padre que partiese en tan buena compañía. Obedeció ofreciéndose a Dios con grande ánimo a todas las incomodidades de los caminos. Cinco años duró la visita del señor arzobispo y en todos ellos le acompañó el padre Miguel Jerónimo y no hay duda de que su santo celo obró muchas cosas del agrado de Dios en los pueblos por donde anduvo. ¡Oh!, qué de buena gana lo refiriera yo si lo supiera, pero escribiré lo que sé con toda certidumbre, y es que el señor don Fernando Arias afirmó que muchas veces se solía levantar y llegar sin ser sentido a la puerta del aposento donde estaba el padre Miguel Jerónimo para ver lo que hacía, y le hallaba de ordinario levantadas las manos en oración ocupado en dulce comunicación con Dios. Muchas veces hablando en Lima (donde después fue arzobispo) del padre Miguel Jerónimo, al nombrarle decía siempre: Mi santo compañero. Tanta estimación y tan buen concepto había cobrado con la experiencia de las obras que le había visto ejercitar en los cinco años que le tuvo en su compañía.

En estos y otros caminos anduvo tan pobre como lo era voluntariamente dentro de casa. Iba vestido de una sotana y manteo raído porque jamás supo ni quiso pedir cosa nueva para sí. Al cuello no llevaba más relicario que una medalla de nuestro padre San Ignacio a quien traía hacia el corazón, porque era grande el amor que le tenía. El breviario y diurno en que iba cumpliendo con la obligación del rezo, no parece que podía servir ya según estaba de viejo y maltratado, pero estando así gustaba de servirse de él la virtud de su pobreza. Llevaba sus papeles de casos morales, de sermones y pláticas sin haber cuidado de encuadernarlos con curiosidad por el afecto que tuvo a la pobreza contra la cual es certísimo que ni aún venialmente pecó en todo el tiempo de su vida.

En todas las partes donde vivió tuvo grande esmero en conservarse puro y casto. Desde sus tiernos años le previno Dios el resguardo inspirándole que leyese algunos libros buenos para que supiese y conociese algunas cosas que pudieran manchar su pureza y huyese de ellas como en efecto lo hizo, porque en combates de carne el huir es vencer. Cosa es admirable y que indica bastantemente el favor que hizo Dios en esta materia a su siervo (debió de hacérselo porque desde niño fue tan hijo de María Purísima Virgen) que siendo tan escrupuloso en muchas materias nunca tuvo en la de castidad cosa que le remordiese la conciencia; dicha que alcanzó observando puntual unas leyes que a sí se impuso y las tenía por escrito, y yo quiero que las tenga aquí escritas el lector para su imitación y las pongo con sus mismas palabras.

La primera (dice en su más casto que blanco papel) no alojarme ni vivir en los caminos dentro de una casa con mujer alguna por evitar cualquier tropiezo en la castidad y honestidad, y esto no lo he de hacer por ningún título. La segunda, no visitar mujer sospechosa ni dejarme visitar de ella en cuanto fuere posible, porque casi tan dañoso es visitarlas como vivir con ellas. La tercera, por ningún pretexto, ocasión ni negocio estar con mujer alguna a solas ni

hablar con ella sino delante de testigos. La cuarta no tocar ni dejarme tocar de mujer alguna aunque sea con título de piedad. La quinta, velar con suma diligencia en reprimir y mortificar cualquiera afioncilla que se levante en el corazón a cualquiera persona, porque con cualquiera puede peligrar, la castidad, aunque sea muy parienta y parezca muy santa y aunque esté muy necesitada de nuestra ayuda o nosotros de la suya. La sexta, todo lo dicho de afición, trato, cautela y recelo con mujeres, se entiende también con gente de poca edad porque es muy verdadera aquella sentencia común que dice: Quod in mulieribus facit sexus in pueris facit etas. Y luego dice el siervo de Dios: Estas leyes y advertencias tengo de leer cada semana para ver si las guardo y tomar alguna penitencia si en algo faltare.

A estas leyes añade otras que especialmente guardaba con los indios y con las indias cuando las comunicaba y se hallaba en sus pueblos. «La primera (dice el varón de Dios) no hablar con india alguna si no es en público, en la iglesia o en la plaza y delante de testigos. La segunda no hablar con ellas si no es con conocida necesidad, y el modo de ser grave y breve ni me reiré con ellas ni les diré palabra alguna amorosa, verbigracia: os quiero mucho, sois mis hijas. La tercera, no ir a sus casas sino a confesarlas, estando enfermas y acompañado de algún buen indio al cual haré que esté siempre a la vista sin falta. La cuarta no tocar jamás, por modo de halago a los niños, ni las manos ni el rostro ni la cabeza, y cuando merecieren ser castigados lo ha de hacer otra persona. La quinta no consentir que muchacho alguno entre en mi aposento para hacerme la cama sino que la haré yo mismo, y en los caminos la podrá hacer un indio grande de confianza». De quien con ese cuidado y vigilancia vivía en la guarda de la preciosa joya de la castidad, seguramente podemos decir que nunca la perdió, y podemos también sin recelo afirmar que observó con mucha perfección la Ley de Dios, quien por no quebrantar un sólo mandamiento de ella a tantas leyes se sujetó.

Cuidadoso cerraba las puertas de sus sentidos porque no entrase vicio o culpa alguna a inquietarle el alma. Los ojos traía bajos y muy recatados, pasando por los objetos de la vista con tanta sencillez y pureza como si no los viera. Sus oídos los cerraba con espinas y se manifestaba ésta cerca en que cuando delante del padre Jerónimo se hablaba de otras personas cosa que tocase en murmuración, aunque muy liviana, se mesuraba su rostro y se recogía a su interior sin meter prenda ni responder palabra. Cosa fue esta que advirtió en algunas ocasiones un personaje grave que dijo saladamente: «El padre Miguel Jerónimo niega todo lo que está oyendo y nos dice con el rostro que no consiente en lo que se dice». A la lengua supo cerrarle las dos puertas que le puso la naturaleza, y así guardaba silencio en los tiempos convenientes. Absteníase de palabras ociosas y de murmuraciones aunque fuesen leves. Con el alma y con el cuerpo y con todos sus sentidos ejercitaba su devoción con la Virgen Santísima. El entendimiento ocupaba meditando sus sagrados misterios, sus excelencias y privilegios; la memoria acordándose

a menudo de ella; la voluntad amándola como hijo a madre y así muchas veces la llamaba Madre mía y solía decir que era hijo suyo. Servíala de ojos leyendo sus grandezas y ejemplos milagrosos para moverse a sí y a otros a su mayor devoción cumpliendo el propósito que tenía hecho de saber muchos ejemplos suyos y contarlos. Servíala con el sentido del gusto amargándolo con el ayuno los sábados y las viglias de sus fiestas. Servíala con el tacto afligiéndolo en reverencia suya con disciplinas públicas, de lo cual tenía hecho voto como apunté arriba. La lengua era el más continuo instrumento que ejercitaba en su devoción; decíala muchas veces: «Virgen Santísima, alcanzadme gracia de mi Dios para que os ame con aquel afecto porque vos queréis, ser amada». Pedíale que con su intercesión le alcanzase las virtudes y el ser verdadero hijo de San Ignacio. Representábale de palabras sus necesidades con grandísima y fervorosa confianza como lo suele hacer un hijo con su madre y como a tal la servía con solicitud, la honraba con respeto, la reverenciaba con adoración. Rezábale cada día su rosario de rodillas y también su oficio menor.

Después de la devoción con la Virgen su Madre, la tuvo muy substancial y tierna también con su padre San Ignacio. En todas las resoluciones que tomaba y en las inspiraciones que le daba Dios ponía después de la Virgen por patrón suyo a San Ignacio, para que como tan buen intercesor le alcanzase auxilio eficaz para la ejecución, y así le favorecía el santo, pues el padre Miguel Jerónimo hallaba por su cuenta que había ejecutado todo lo que en servicio de Dios había propuesto. Al principio de cada uno de los exámenes particulares que emprendía, solía escribir estas palabras: «Patroni huius examinis sunt Puer Jesus, beata Virgo et Sanctus Pater Ignatius». Preparaba para el día de su fiesta con varias devociones, con recogimiento más que el ordinario, con algunos ratos de más oración y lición espiritual, con más penitencia corporal y con una total mortificación en cuanto se le ofrecía y podía mortificarse.

Cordialísimamente amaba a San Ignacio y acudía a él en todas sus cosas como suele un hijo acudir a su padre. Para prueba de esto se podrían escribir aquí muchas cosas; pero contentareme en poder de intento una oración suya del tenor siguiente: Padre mío San Ignacio, yo bien veo que por ser mal hijo no merezco vuestro favor; pero pues los padres suelen favorecer a los hijos ruines para hacerlos buenos, os suplico que me amparéis para que con vuestra intercesión me haga Dios bueno y fiel hijo vuestro y de la Compañía.

Habiendo vivido el padre Miguel Jerónimo en la ciudad de Mérida diez años, y habiendo gobernado los siete como rector aquel colegio, le escribió el padre provincial Gaspar Sobrino llamándole para que tuviese el oficio de compañero suyo que como había sido su connovicio y tenía conocimiento de su grande virtud apeteció santamente el tenerlo en su compañía. Trató el padre Miguel como puntual obediente de hacer su viaje, y luego que lo supo la ciudad, así los eclesiásticos como los seculares escribieron al padre provincial una carta con más de cuarenta firmas pidiéndole con grande instancia que no les quitase el amparo y consuelo de aquella tierra, diciéndole tantos y tan singulares elogios de su ejemplar vida que manifestaban el tenerlo por santo. Al punto que el padre Miguel Jerónimo tuvo noticias de esta carta, escribió otra al padre provincial haciéndole

saber las diligencias que la ciudad hacía, en las cuales dijo que él no tenía voluntad sino de sólo obedecer, y que no reparase en la petición y gusto de los seglares porque él facilitaría cualquiera dificultad, pues nunca la había tenido para hacer la voluntad de la obediencia. Esto escribió no obstante que en la ciudad de Mérida estaba con mucho gusto. Salió en fin como obediente religioso que ponía especial esmero en la obediencia a título de ser hijo tan queredor de San Ignacio. Hizo el oficio de compañero del padre provincial Gaspar Sobrino sólo siete meses y algunos días en que certifica que reparó en el padre Miguel Jerónimo muchos resplandores de santidad, muchos ejemplos de virtud de los cuales pondré algunos por haberlos certificado una persona de señalada virtud.

En la comida (dice) fue grande su templanza y advertí en el padre Miguel Jerónimo tres cosas muy particulares. La primera que al punto que se asentaba a la mesa componía su cuerpo y rostro de manera que más parecía que se sentaba a orar que a comer; la segunda, que en los caminos que anduvo conmigo rara o ninguna vez habló en la mesa (como si estuviera en un colegio) si no es que yo le preguntase algo y muchas veces le dije: «¿Es posible padre Miguel que yo lo he de hablar todo?» La tercera, que siendo así que caminando se permite más licencia en la mesa que en el refitorio jamás pidió cosa alguna sino que tomaba con humildad y agradecimiento lo que le daban. En esto reparé con grande advertencia y colijo de aquí que sus propósitos no eran a lo hablado porque entre ellos hallé este de nunca pedir cosa alguna para su comodidad y regalo, contentándose con lo que le diesen. Hasta aquí el padre Gaspar Sobrino.

Después de haber celebrado en el año de mil y seiscientos y cuarenta la fiesta de nuestro padre San Ignacio con la preparación arriba dicha, se puso a considerar que a veinte y ocho de agosto del año dicho cumplía treinta y nueve años de Compañía, y dice de sí mismo las palabras siguientes llenas de un espíritu humilde: «Confundime mucho de ver tanto tiempo tan mal empleado sin haber alcanzado alguna virtud ni algún grado de perfección. Humílleme a mi Dios y me hallé digno de cualquier penitencia que fuese servido darme, y yo la aceptaría de muy buena gana. Yo ofrecí hacer algunas y con su gracia las cumplí. Examinando las causas de mi desmedro espiritual hallé que eran dos: la una el dejarme llevar de escrúpulos que me traen inquieto y me quitan la paz y tranquilidad del alma. La otra, la inquietud que siento en la administración de los Sacramentos con la congoja y aflicción de si estoy en gracia de Dios». En todo esto que apuntó este siervo de Dios se descubre con claridad el cuidado que tenía con su alma la excelencia de sus virtudes, pues quien no halló otras causas para su desmedro espiritual sino las que refiere, muy vencidas tenía sus pasiones y muy adquiridos tenía otros grados de perfección.

No me parece lícito dejar en blanco sin trasladar unas palabras de oro que el padre Miguel Jerónimo tenía escritas acerca de la excelentísima virtud de la obediencia. «Tengo de obedecer (dice) en todo sin excepción de cosas

altas o bajas de tal manera que en mandándome alguna cosa la he de ejecutar sin hacer más discursos, ahora sea ponerme en una cocina, ahora sea mandarme algo con lo cual quedé arrinconado de suerte que no tengan los hombres memoria de mí. Esto tengo de hacer con sumo gusto pues con esto lo daré a mi buen Dios cuyo gusto he venido a hacer en la Compañía. Daré gusto a la Virgen Santísima Madre, Reina y Señora mía, cuyo gusto tengo de buscar en todas. Daré gusto a mi glorioso padre san Ignacio que tan encarecidamente y con tan paternales entrañas y con palabras tan amorosas me exhorta a obedecer. Lo cual como hijo que debe dar gusto a su padre y a tan buen padre, tengo de cumplir a mayor gloria divina». Esto fue lo que escribió y esto lo que perfectísimamente ponía en ejecución. Ocupado estaba en obedecer ejercitando el oficio de compañero del padre provincial en la ciudad de Cartagena, cuando le tocó Dios con un mortal achaque a que le obedeciese en el morir conformándose con su santísima voluntad. Así lo hizo y las postreras palabras que le dijo al padre provincial hallándose cuidadoso de su salvación fueron estas: «Dios es mi Padre y yo soy su hijo, arrojareme en sus brazos y confiaré mucho en su amorosa Providencia». Él que toda su vida la había pasado en continuas aflicciones, congojas y escrúpulos, se halló en catorce días de enfermedad tan favorecido del Señor que le dio tan gran sosiego y tranquilidad de espíritu que ni un sólo pensamiento se le atravesó para inquietarle el alma, y así murió con singular paz a diez y nueve de octubre de mil y seiscientos y cuarenta a los cincuenta y cinco años de su edad. Murió teniendo al cuello la medalla de San Ignacio nuestro padre, que en lugar de relicario había traído siempre en su vida. Murió con Cristo Sacramentado en el pecho habiéndole recibido dos veces en su enfermedad. Murió con la Unción extrema en los cinco sentidos de su cuerpo. Murió (como juzgamos) con la divina gracia en el alma.

#### Vida del padre Sebastián de Murillo

En el Reino de Extremadura hay un pueblo que se nombra Benalcázar. En él nació el padre Sebastián de Murillo de padres bien nacidos que le enviaron a la ciudad de Córdoba para que se criase en virtud y letras en casa de un tío suyo deán de aquella santa iglesia. Estudió la gramática en nuestro colegio, y como en él no sólo se enseñaba ésta sino con mayor cuidado las virtudes, tuvo muy buenos logros su estudio en éstas y en aquélla. Tuvo desde niño ternísimo amor a la castidad, de tal suerte que el deseo grande de conservarla le avivó y apresuró la pretensión de entrar en la Compañía por un caso que le sucedió en esta materia, y es el siguiente: Fue a visitar a una tía suya y pasando por un aposento vio a una criada que estaba en él con cuya vista tocó el arma el enemigo con el inocente y virtuoso mancebo con un escuadrón de pensamientos e imaginaciones tan nuevas en él que como dijo él mismo, las extrañó tanto más cuanto menos había sentido movimientos semejantes. Opúsose al contraste fiado en la divina gracia, y saliendo con ella victorioso de este combate se hizo

luego un discreto discurso. Éste es el mundo. Esto es vivir en continuado peligro y más siendo la pureza un cristal tan delicado y fino que una respiración sola basta, sino para ennegrecerlo, por lo menos para empañarlo. Menester es huir a puerto seguro para asegurar más el remedio contra tan peligroso enemigo, y de hecho trató luego de entrarse en la Compañía. Propuso sus fervorosos deseos, los cuales acompañados de su buena inclinación y prendas naturales motivaron a los superiores a recibirle, como lo hicieron y luego le enviaron a tener su noviciado al Colegio de Montilla.

Para ponderar bien cuán bien procedió en su noviciado no es necesario decir más sino que logró la enseñanza del magisterio del venerable padre Alonso Rodríguez, cuyo espíritu fervoroso y tierno parece que le bebió desde sus principios y conservó hasta sus fines. Tan ansiada fue su virtud aún en este tiempo, que en él y lo demás que estuvo en Europa fue muy amado y estimado de los padres más graves y santos de su provincia y del señor don Francisco de Reinoso, de buena memoria, sólo por la gran fama que tenía de virtuoso.

Acabado su noviciado, o por mejor decir cumplidos sus dos años (que el noviciado parece que no le acabó jamás) hizo los votos y volvió al Colegio de Córdoba en donde leyó gramática y oyó el curso de artes, éste con grande aprovechamiento suyo, y aquella con lucido logro de sus discípulos a quienes no sólo sacó entendidos, sino virtuosos. Dábanse las manos la ciencia y la virtud con que vino su celo a enseñar no menos que al entendimiento a la voluntad enamorando a los estudiantes a la virtud más que ordinariamente como se vía en la frecuencia de sacramentos y buenas costumbres de casi todos.

Habiendo acabado de oír artes envió nuestro padre general Claudio Aquaviva, de santa memoria, algunos sujetos de Europa a esta provincia para fundarla. Solicitó con ansias el padre Sebastián de Murillo ser asignado para esta empresa a que fervorosamente convidaba su espíritu y le daba voces interiores el deseo de ganar almas. Cumplióle Dios sus deseos, pues consiguió su pretensión, y arrojándose a las aguas su ardiente caridad desahogó sus ansias algún tanto en el navío donde no perdía las ocasiones de hacer fruto en los marineros y en los demás navegantes con tal agrado y modo que hacían gustosas las cosas que les aconsejaba en orden al bien de sus almas.

Tomó feliz puerto en Cartagena y de allí le mandaron pasar a la ciudad de Lima para que acabase lo que le faltaba de estudios. En ejecución de la obediencia se partió a Portobelo y en el camino que hay por tierra desde allí a Panamá le sucedió un caso notable, y fue que un día de los del viaje se le descaminó la mula y lo metió en un paraje muy montuoso donde estando solo y afligido, lo que halló por alivio fue un ferocísimo toro que le salió al encuentro y se le encaró con braveza demostrando que le quería embestir. Entonces el padre, que estaba acostumbrado a recurrir en todas sus necesidades y trabajos por medio de la oración a Dios, hizo lo mismo en este peligro de perder la vida, y hablando como quien tenía la muerte prorrumpió en estas palabras: «¿Qué es esto, Señor? ¿Habéisme librado de tantos peligros del mar y ahora he de morir en las astas de un toro? No permitáis tal muerte; mas si es vuestra voluntad, aquí estoy». Así imitó en el monte la oración que Cristo hizo en el huerto y se la



premió el Padre Celestial disponiendo que el toro que con ferocidad se le había encarado volviese el cuerpo por otra parte y se fuese dejando libre al padre que agradecido dio muchas gracias al Conservador de su vida. Luego empezó a dar voces para ver si lo oían compañeros y le buscaban; oyéronlas, y acudiendo por los ecos al lugar donde estaba le pusieron en el camino y prosiguieron juntos el viaje dando repetidos agradecimientos a Dios.

Llegó al Colegio de Lima donde prosiguió y acabó felizmente lo que le faltaba de estudios de teología; quien después de ellos le vio sacerdote juzgaría que había nacido para el sacerdocio según hacía de bien el oficio. Preparábase para decir misa con oración y de ella salía muy fervoroso para ofrecer este santo sacrificio. Derramaba copiosas lágrimas doliéndose compasivo de las penas de Nuestro Redentor representadas en el santo sacrificio de la misa, y como gustaba las delicias que tan abundantemente suele comunicar el Señor en la mesa del altar, deseaba que las gozasen todos y que a este fin sacudiesen de sí el descuido y la pereza previniendo sus almas con diligencia y cuidado para recibir este sacramento.

El padre Gonzalo de Lira, habiendo de obedecer a la patente en que nuestro padre general le señalaba por provincial del Nuevo Reino de Granada, donde lo fue por espacio de nueve años, sacó de Lima al padre Sebastián de Murillo para que fuese su compañero ejercitando su oficio con la fidelidad, prudencia y demás virtudes que en él había reconocido, y verdaderamente acertó porque vio a la ocupación el padre Murillo el lleno que el padre provincial había deseado.

Experimentadas ya sus excelentes prendas y más conocidos sus buenos talentos le enviaron al Colegio de Tunja con el oficio de rector y maestro de novicios. Allí tuvo dos géneros de fábricas y dos suertes de edificios en que por algunos años felizmente se ocupó. El uno espiritual de los novicios procurando fabricar en ellos unos templos para Dios según la prudencia y discreción que había experimentado y aprendido del venerable padre Alonso Rodríguez; maestro de su espíritu en el noviciado. El otro edificio el material de nuestra iglesia de Tunja en que sacó los cimientos y levantó las paredes de la capilla mayor.

La buena cuenta que dio en este oficio obligó a los superiores a que le diesen el de rector de Santa Fe y lo ejercitó por tiempo de cuatro años, y también fue viceprovincial por haber hecho ausencia de esta provincia a España el padre provincial Baltasar Mas. Gobernó en uno y otro oficio como amante verdadero de la religión, diligenciando que no descaeciese el espíritu primitivo de sus fundadores santos. Desvelábase en que se observasen las reglas. Ponía los medios convenientes para que se conservase en sus súbditos el fervor de los padres antiguos. Si reconocía alguna falta en algún sujeto, se la advertía con discreción y prudencia y con tan amable dulzura que sólo su buen modo cautivaba para la enmienda. Solía decirles a sus súbditos: «Dejemos las cosas como las hallamos; no se pierda por nosotros aquel primer resplandor de nuestra sagrada religión». Cuando se cometían algunas faltas tiraba a enmendarlas como padre y no castigarlas como juez; pero si era necesario el castigo lo aplicaba con clemencia. En la corrección de culpas secretas procedía con sumo secreto, de suerte que parecía un mudo en esas materias mirando

siempre por el crédito ajeno. Cualquiera cosa que había de hacer la consultaba primero con Dios en la oración para acertarla, y así en sus resoluciones solía decir: «Esto se ha de hacer porque es a gloria de Dios».

Trabajaba en los ministerios de las almas todo el tiempo que le permitían sus oficios y cuidaba de que los padres súbditos suyos se ocupasen celosamente en salvar las almas, y cuando vía a los operarios empleados fervorosamente en los ministerios, se lo agradecía afectuosísimamente, y eran las que se siguen palabras suyas: «Dios se lo pague, Padre mío, que acude a estos pobres. Ayudemos a las almas, pues Dios se quiere servir de nosotros en tan gloriosos empleos».

Siendo el padre Sebastián de Murillo rector en el Colegio de Santa Fe, se representaron en un templo finas comedias menos decentes, y carcomiéndole al padre el celo de la casa de Dios como a David, reprendió la irreverencia que se había tenido contra el Señor. Retornáronle palabras afrentosas y vejaciones muy de marca y de mucho peso. Llevolas con gran paciencia, conociendo como humilde que merecían más sus culpas, y a este conocimiento añadió una grande serenidad. Regocijándose de tener a Dios en estas tribulaciones y gloriándose de padecer por haber celado el honor de Dios. Con un corazón verdaderamente ajustado muy a los moldes del espíritu de los de la Compañía solía decir en los lances penosos que en esta materia se le ofrecieron: «Hágase la causa de Dios y más que padezcamos». Otras veces solía decir: «No nos quiten a Dios y venga lo que viniere». Del Colegio de Santa Fe pasó al de Cartagena donde santamente vivió el resto de su vida, ocupada unas veces con el cargo de rector, otras con la conveniencia segura de súbdito y siempre con el loabilísimo y santísimo ministerio del Santo Tribunal de la Inquisición siendo su calificador, consultor ordinario de dos arzobispos y de dos obispos, y haciendo algunas veces oficio de inquisidor por haber faltado los señores inquisidores del Santo Tribunal de Cartagena.

En estas ocupaciones tiró siempre su rectísima intención al blanco excelentísimo de la mayor gloria de Dios y exaltación de la fe católica revistiéndose de un celo sagrado para enderezar todas las cosas y causas a su servicio. Era amante verdadero de Dios y este amor le obligaba a abrasarse en volcanes celosos de su honra y gloria deseando con veras que se empleasen en servirle todos. Era propio para ministro de la Santa Inquisición, porque además de ser muy católico y muy deseoso de la propagación de la fe católica era hombre de muy gran secreto. Muchas veces preguntándole algunos al padre casos y cosas sucedidas en varios tiempos, aún de sujetos que estaban ya despedidos de la Compañía, respondía con un mudo silencio. Supo hermanar su ardiente celo de la honra de Dios con una caritativa piedad para con los reos. En las hondas materias del Santo Tribunal testificó en su muerte un señor inquisidor el bueno y piadoso juicio del padre Sebastián y dijo que siempre se inclinaba a buscar razones favorables a los reos, y era su ordinario decir en estas ocasiones: «Somos hombres, no hay que espantarnos que si Dios no nos tuviera de su mano fuéramos peores».

En las consultas decía su parecer, su sentimiento y resoluciones con entereza grande y con fortaleza tanta que no le torcieran de la justificación (que entendía haber en la causa propuesta) los respetos o

dependencias de las mayores altezas o soberanías de los hombres. Pero no por esto le faltaba el venerar los pareceres de los otros hombres doctos (aunque fuesen contrarios al suyo) diciendo humilde que no sería mucho que él errase y diesen los demás en el punto de acierto. Este dicho era originado de una verdadera humildad, porque habiendo ahondado mucho en su propio conocimiento se tenía por inferior a todos en todo.

Fue gran menospreciador de las cosas de esta vida, que tanto apetece el mundo. Tenía bien profundo el conocimiento de su engaño, lo aparente de su ser y hablaba de este punto con sublimidad de espíritu, aunque más bien lo obraba que lo hablaba. Nada le agradaba de la tierra porque juzgaba que era sólo de iluminación su hermosura y era que como la cotejaba a la luz del espíritu con los bienes verdaderos del cielo, le parecía, y bien acertadamente, que era todo basura. Algunas veces que oía hablar de algunas tierras, de sus calidades y frutos que unos alababan más y otros apetecían otras, decía: «No daría yo un bledo ni haría diligencia alguna por una ni otra tierra, que al fin, toda es tierra»; por el cielo sí que son bien logradas cualesquiera diligencias porque son sus bienes de tan noble calidad que ni se acaban ni envejecen. Todo lo terreno estimaba por estiércol como otro San Pablo, viviendo sólo aficionado de veras de Jesús, y así no estimaba nada fuera de Jesús. Como era tan menospreciador de las cosas del mundo tomaba sólo para sí las precisas, para pasar la vida y celaba siendo rector lo mismo en los otros. En una ocasión hizo que a un padre de mucha gravedad y ancianidad le quitasen algunas halajillas porque juzgó que eran superfluas.

También menospreciaba de que tanta estimación hacen los mundanos que cuando se las quitan lo sienten a par de muerte, y apetecía las afrentas que ellos no pueden sufrir. De esto puede ser prueba un caso que le sucedió en el religiosísimo convento de monjas descalzas de Santa Teresa. Habían convidado a la comunidad de la Compañía para las vísperas y fiesta de la Santa. Acudió a las vísperas algo temprano el padre Sebastián de Murillo, y como quien apetecía lo humilde y lo inferior se asentó abajo en un escaño. Entró después el arcediano que había de cantar las vísperas y misa de la fiesta, y extrañado el ver tan abajo a un hombre tan grave, anciano y benemérito, le hizo cortésmente fuerza para que subiese arriba a las sillas que estaban prevenidas para semejantes sujetos y para los prelados de las religiones, y le hizo sentar junto a sí. Fueron entrando las demás comunidades convidadas, y en una de ellas venía un religioso y que no había mucho tiempo que le habían enseñado la gramática en nuestro colegio y era en su religión muy moderno; éste llegándose hacia la silla en que estaba el padre Murillo, sin hablarle nada, casi se iba a sentar encima del padre, el cual viendo esta demostración no hizo caso del género de desprecio que le hacía, y enmudeciendo dejó la silla y se fue al lugar más bajo como a su centro. Reparó el arcediano y los demás que allí estaban la acción y empezaron a engrandecer con elogios la serenidad humilde y la modestia serena del padre Murillo en una tan irreverente desatención y en una descortesía tan manifiesta. Quizás por este heroico acto de humildad que ejercitó un varón tan venerable como el padre Murillo en el convento del Carmen, quiso Dios honrarle tomando por instrumento fidedigno a una religiosa del mismo convento, la cual era tenida por sus esclarecidas virtudes en opinión de santa, y hablando de

cosas de espíritu con uno de la Compañía le afirmó que el padre Sebastián de Murillo gozaba de muchos regalos del cielo cuando celebraba el santo sacrificio de la misa. Preguntóle el religioso que cómo lo sabía. Y que si acaso le había descubierto y comunicado algo de esto el mismo padre Murillo. Respondió ella: «No; pero yo lo sé con toda certidumbre y de muy buen original». Replicóle el religioso pidiéndole encarecidamente que le dijese para su consuelo y edificación ¿cuál era el original? Ella respondió: «No lo puedo decir, pero es muy cierto lo que he dicho». Jamás se le oyó al humilde padre hablar de esta ni de otras materias que pudiesen mover los labios de otros en alabanzas suyas. Estando en una religiosa recreación algunos de los nuestros, trataban de las almas del purgatorio que solían pedir sufragios a los vivos, y con esta ocasión contó el padre Sebastián de Murillo que estando en oración una mañana sintió que le daban golpes y conoció que una voz interior y un soberano impulso más que ordinario le inducían a que luego al punto dijese misa para socorro de un alma, y así lo ejecutó. Entonces algunos de los circunstantes, que sería el ángel custodio de aquella alma; oyendo esto el padre se recobró y haciendo reparo en lo que había contado le procuró desvanecer con una profunda humildad diciendo: «Sería imaginación mía porque soy un simple». Tenía el padre Sebastián un vivo conocimiento de que la oración mental es necesaria especialmente en la Compañía, así para el aumento como para el resguardo de la perfección que profesa, y así este conocimiento le hacía gastar en este santo ejercicio no sólo el tiempo que señala la regla sino muchas más horas. En los últimos años de su vida le sucedía un engaño muy sabroso a su espíritu; y era, que como se le había acrecentado el achaque de la sordera no oía el reloj y solía despertar a media noche o algo después, y pareciéndole que era ya hora de levantar vestíase y poníase en oración hasta la mañana. Comunicábale en la oración nuestro liberalísimo Dios muy regaladas ternuras, y así le servía este ejercicio de consuelo en sus males, de alivio en sus aflicciones y de armería en los asaltos del demonio.

Fue devotísimo de la pasión de Cristo nuestro Redentor, y como en la Semana Santa se representan con demostraciones exteriores las memorias de lo que por nosotros padeció, así crecían, más en aquel tiempo sus ternuras (dando al tiempo lo que era suyo) y se agrandaban sus cristianas compasiones. Deshacíase en lágrimas cuando hacía los oficios el Jueves y Viernes Santo, y era esto con tal extremo que iban de propósito algunos seglares a verlo celebrar edificándose de tal devoción y afervorizándose con tal ejemplo. Ardía el fuego en su pecho y así no dejaba de encender a los que se ponían cerca de su fuego.

Con el mismo espíritu y ternuras acostumbraba hacer entre días sus visitas a aquel Señor Sacramentado que quiso tener por nuestro amor casa de vivienda en las iglesias. Tenía grande estimación de este soberano beneficio. Exclamaba engrandeciendo el prodigo y finezas del amor de Cristo que se quiso quedar disfrazado sólo porque le gozase el hombre. Dolíase del ingrato desconocimiento, del dejamiento perezoso y del descuido intolerable de los hombres en aprovecharse de esta dicha y en gozar de este soberano bien.

Para gozar las dulzuras de este soberano Pan usaba de lo amargo de la mortificación interior de sus pasiones, y también de las penitencias

exteriores y de la abnegación de los sentidos corporales. Y ya que me dejó algunas mortificaciones de estos, no dejaré una de los ojos significada en una respuesta que dio en una ocasión con espiritual donaire. Había llegado a Cartagena una señora de título muy espiritual y fuele forzoso al padre Sebastián por su oficio el irle a visitar, y volviendo a casa después de la visita le preguntaron algunos qué traza tenía la señora. Respondió el padre con sazónada llaneza: «En verdad que no le vi la cara porque como soy corcovado no puedo alzar los ojos y no me pesa de este embarazo». Para ver las cosas necesarias usaba de unos anteojos porque sin ellos no vía, y con todo eso le pesaba tan poco de no ver que se hallaba su espíritu tan mortificado que en una ocasión que fue muy a propósito dijo dando a entender que no era bueno tener cosas superfluas: «Yo solamente tengo unos anteojos y si me los quieren quitar de ninguna manera lo resistiré». La propia voluntad y el propio juicio los tenía sujetos y rendidos a los órdenes y mandatos de los superiores mayores que fiando de su obediencia y celo, discreción y extremada virtud le remitían las disposiciones graves y de importancia para que su obediencia las ejecutase y su prudencia las hiciese ejecutar. Así lo hacía, aunque se atravesasen contradicciones y repugnancias de pareceres contrarios. Siempre deseaba que resplandeciese la obediencia en los de la Compañía. Hablaba de ella con fervor y tanta estimación, que enamoraba los corazones de los que le oían. En la observancia de las reglas fue muy puntual; en la inteligencia de las constituciones muy sabio; en la aceptación de cánones, decretos y ordenaciones muy observante; en las disposiciones de nuestros padres generales muy obediente.

Su voluntad era de sus prójimos porque por amor de Dios ejercitaba la caridad con ellos. Fue muy caritativo en volver por el crédito y buena opinión de los otros. En una ocasión le dio una persona grave muchas quejas de uno de la Compañía; y oyéndole el padre le satisfizo co[mo] si él mismo fuera el capitulado, y volvió por el sujeto más bien y con más veras que pudiera él mismo contra quien se daban las quejas. Fue muy caritativo con los afligidos revistiéndose de sus aflicciones por consolarlos. Tuvo noticia en cierta ocasión de que un padre padecía algunas congojas de corazón con recias melancolías. Fuese a su celda el padre Murillo y díjole al enfermo: «Padre, muy afligido estoy y tengo el corazón muy desconsolado». Preguntóle el padre achacoso, «¿pues qué tiene vuestra reverencia?» Respondió él: «No tengo más que haber sabido que vuestra reverencia está melancólico y desconsolado». ¡Oh! espíritu imitador de un religioso de la primitiva Compañía de Jesús que decía con verdadera caridad: «Quis infirmatur et ego non infirmor?». La misma caridad ejercitaba con los otros afligidos y enfermos, sintiendo sus achaques, compadeciéndose de sus penas, solicitándoles ansioso los consuelos, buscándoles alivios, consolándolos frecuentemente con visitas. Fue caritativo en los castigos. Había en su tiempo algunos esclavos cuyas acciones forzosamente pedían ser corregidas, corregidas con rigor por no ser de provecho la blandura, y en estos casos el corazón compasivo del padre Sebastián procuraba que no fuese demasiado el castigo sino que se templase con misericordia. Bien conocían esto los pobres esclavos, y así en sus aflicciones recurrían al padre que caritativo los consolaba. Habiendo llegado el padre Sebastián de Murillo con el ejercicio de estas y

otras virtudes a los ochenta y cuatro años de su edad, se le cumplió el último plazo y se le llegó el último día de su vida; pero no le cogió descuidado ni desprevenido la hora de la muerte porque su buena vida era prevención cuidadosa para morir bien. No le encontró la muerte cuando estaba olvidado de ella, pues solía decir muchas veces, ya yo me voy acercando a la muerte, ya me llaman a las puertas, poco puede ya durar mi vida, no puede tardar la muerte. Ocasionáronse unas calenturas malignas que parece tuvieron su origen de la asistencia que tuvo el día en que adoleció (que fue viernes once de mayo) en el Santo Tribunal de la Inquisición para los despachos y dependencias de aquel santo oficio. Salió de allí y fuese al colegio muy dolorido, y a la noche le salteó una gran calentura de que le resultó una erisipela en una pierna. Agravósele la enfermedad con unos dolores cólicos que le afligían mucho. Reconocióse el peligro, y tratando de acudirle con los Santos Sacramentos se lo manifestó un religioso de la sagrada orden de San Benito que juntamente con un médico le curaba. Oyole el padre con agradecimiento y ternura gozándose en el alma de que le diesen los sacramentos. Recebiolos, y el de la Eucaristía repetidas veces con gran devoción, con muchas lágrimas, con edificación y ternura de los circunstantes. Asistíanle los de casa sin interrupción, y diciéndole repetidas veces cosas espirituales propias de aquella hora, decía el venerable padre ya casi falto del habla: «Díganme de eso, díganme de eso». Oía y repetía con mucho espíritu, con lágrimas y con ansias aquellas palabras dulcísimas de invocación a la Santísima Virgen: «Et mortis hora suscipe», en que daba bien entender que deseaba ser recibido en brazos de la Santísima Virgen María, a quien toda su vida había amado con filial ternura. Oyole su petición y pagó su filial amor alcanzando su intercesión que muriese felizmente a veinte y seis de mayo del año de 1657, en día de sábado y víspera de la Santísima Trinidad. En sábado, en señal de que la Virgen Santísima recibía su alma: «Et hora mortis suscipe», en premio de la devoción con que en su vida la había celebrado. En víspera de la Santísima Trinidad, en galardón de haber celado su católica fe en el Tribunal Santo de la Inquisición, en cuyo ejercicio le cogió también el último achaque que le ocasionó la dichosa muerte.

Lo que se le halló después de muerto al padre Sebastián, fueron las riquezas de su pobreza de espíritu, como se verá por el inventario siguiente: Una sotana vieja, un manteo de la misma calidad, un bonete y sombrero maltratados. Los vestidos interiores muy propios de un religioso pobre. Las alhajas de su aposento muy ordinarias y ningunas superfluas. No dejó láminas ni rosario de precio ni otras cosas que por devotas suelen estimarse y pueden permitirse; solamente se le hallaron unas estampas de papel y algunos pedazos de agnus; y es cosa muy digna de reparo, que pudiendo tener muchas cosas curiosas de España y de Roma, jamás las quiso poseer su grandioso espíritu despegado de todas las cosas de este mundo. Enterraron su cuerpo en nuestra iglesia de Cartagena con grande solemnidad funeral, con asistencia de los ministros del Santo Tribunal, con grande concurso de gente noble y plebeya. Logrósele bien al difunto venerable el intento santo de guardar castidad con que entró en la Compañía de Jesús, porque entró en el sepulcro de edad de ochenta y cuatro años tan virgen como había salido del vientre de su madre; pero con esta diferencia, que

del vientre de su dichosa madre (por haberlo sido de tal hijo) salió sin méritos, pero entró con abundancia de méritos en el sepulcro cumpliéndose lo que dice el Santo Job en el capítulo 5: «Ingredieris in abundancia sepulcrum».

Copia de las censuras de los revisores de la Historia de la Provincia del Nuevo Reino de la Compañía de Jesús, compuesta por el padre Pedro de Mercado de la misma Compañía

### Censura primera

De orden del padre Francisco Morejón, provincial de la Compañía de Jesús de esta provincia de Toledo, he visto con toda atención un libro intitulado: Historia del Nuevo Reino y Quito de la Compañía de Jesús, y sobre no tener cosa alguna contra nuestra santa fe y buenas costumbres, juzgo que este libro será de gran lustre de nuestra Compañía por contener la vida de muchos varones insignes en religión, letras y celo de la conversión de las almas, así de infieles como cristianos y muy provechoso a los que le leyeren, pues con tantos y tan ilustres ejemplos de todas las virtudes, se moverán poderosamente a su imitación. El estilo no es igual y tiene algunos vocablos que causarán disonancia a los bien entendidos en la lengua española y algunos equívocos y modos de hablar poco dignos de tan grave Historia, y así quitando o mudando las cosas que se irán apuntando, juzgó se le debe dar la licencia que pide.

Folio 2 Doctitud en lugar de sabiduría.

Folio 3 Donde no hay fe, es poco grave; como también al dar de pie al mundo, abrió la mano y dio una gruesa limosna.

Folio 4 Columna 4 Almácigo de árboles, en lugar de plantel.

Folio 5 Columna 2 Lo mismo.

Folio 5 Columna 3 Traspuesto y también puesto mitras, fueron elegidos por obispos.

Folio 6 Columna 3 Volvió en lugar de volvieron.

Folio 16 Fresada en lugar de frazada.

Folio 16 Rehuyose en lugar de resolviose.

Folio 28 Doctitud en lugar de sabiduría o doctrina.

Folio 31 Columna 3 Atendendas en lugar de atenciones.

Folio 34 Olaje en lugar de olas.

Folio 34 Columna 3 Aserías dos veces en lugar de pérdidas.

Folio 39 Columna 3 Catear en lugar de trepar.

Folio 60 Y en otras partes, queredor en lugar de amante.

Folio 61 Este servicio en lugar de obsequio porque es equívoco poco grave.

Folio 64 Alterada.

Folio 71 Contageados por tocados del contagio.

Folio 76 Sobrado en lugar de con abundancia.

Folio 75 Tomaba tres disciplinas a la semana es poca penitencia para escrita.

Folio 102 Columna última Fineza por firmeza.

Folio 111 Columna tercera Tripuló por dejó.

Folio 114 Lo de atender a la lección y el equívoco de paciencia deben quitarse.

Folio 117 Columna 4 Desbarrancarsen en lugar de cayesen o se precipitasen.

Folio 117 Ligeros falta allí vueltas.

Folio 117 Columna 3 Andaryas en lugar de jornadas.

Folio 118 Columna 3 Su no poder en lugar de su falta.

Folio 119. Borrar lo de Joseph.

Folio 121 Quitar el retruécano de las Dominicas en la columna cuarta la comparación del carro mudarla o quitarla.

Folio 123 Columna 2 Casi al medio, borrar ejercitaba sus guías.

Folio 124 Bergando en lugar de bregando y columna 3, quitar el caso de su hermano.

Folio 125 La última línea quitar pegado el corazón.

Folio 128 Mudar el título del capítulo y referir el caso sencillamente.

Folio 130 Borrar el título del capítulo poniendo otro y la palabra dregredo dos veces.

Folio 137 Borrar lo del Papa y el paréntesis del fin de la primera columna.

Folio 141 Borrar lo de el no dejarse abrazar de mujeres.

Folio 150 Amamantar en lugar de dar el pecho.

Folio 153 Quitar el caso de la columna segunda y la palabra senos y poner otra.

Folio 159 Columna 3 En solás en lugar de redujo a los edificios.

Folio 164 Columna 3 Borrar lo de los lugares inmundos.

Folio 187 Queredor en lugar de amante o afecto.

Folio 219 Columna 1.ª Explicarla porque no se entiende.

Folio 194 Columna 2 Quitar los retruécanos.

Folio 196 Columna 2 Quitar otro.

Folio 202 Columna 2 Otro.

Folio 204 Columna 2 Otro.

Folio 245 Otro.

Folio 252 Columna última Borrar lo que cuenta que no es de la historia.

Folio 299 El caso del testimonio parece superfluo.

Folio 311 Columna 3 El estilo de recibir los Sacramentos y quitar el paréntesis de la lengua india.

Folio 326 Columna 3 Quitar el equívoco de Juan.

Folio 319 Borrar dos veces almácigo y poner otra palabra que signifique lo que quiere decir, y columna 4.ª, mudar el retruécano, buen caudal de ducados y mala copia de pecados.

Folio 325 Quitar el retruécano de sueltos y presos con que comienza



el capítulo 28 y columna 4 el retruécano con que comienza el capítulo 19.

Folio 328 Otro de nombre de Dios.

Folio 344 Al fin desacatos en lugar de riesgos.

Folio 346 Borrar el artículo del capítulo 2.º y poner otro.

Folio 351 Borrar trasunta.

Folio 363 Columna 2 Borrar traje.

Folio 368 Columna 1.ª A la mitad quitar el retruécano de oía.

Folio 385 Amasijo en lugar de oficio de hornero.

Folio 390 Columna 3 Borrar caballero del Tusón.

Folio 410 Columna 1.ª Borrar sañudos.

Folio 412 Columna 2 Planta de palma en lugar de ramos.

Folio 110 Columna 3 Hízole tal amor en lugar de faltole voz.

Folio 123 Columna 3 Aversible en lugar de aborrecible.

Folio 435 Columna 1.ª Flojera en lugar de flojedad.

Folio 436 Columna 1.ª Borrar en la ciencia de San Gaspar.

Demás de lo dicho echo menos en esta Historia la vida del varón ilustre el padre Pedro Claver y algún otro sujeto que pertenecen a esta provincia y su historia, que pueden ponerse con alguna brevedad aunque estén escritas difusamente por el padre Eusebio u otro autor, y lo firmé en este Colegio imperial de Madrid a veinte de... 89.

### Censura segunda

Por orden del padre Ignacio Francisco Peinado, etc., y en ella he notado las cosas siguientes: la primera que sobre ser desigual y desaliñado el estilo, abunda de voces y términos que afean y manchan lo puro y terso del idioma castellano en que según leyes de historia se debe poner el primer cuidado; los términos siguientes servirán de ejemplo.

Por seminario, almácigo. Por cobertor o manta, cuja. Por descanso dice posa. Por sabiduría, doctitud. Por abundancia, a rodo. Por amante, queredor. Por zapatillas jervillas. Por olas dice olaje. Por techo de paja buhío. Por denigrar, degredar. Por género o especie, de otra laya. Por título, sin obras. Título sin la s. Y a este modo son tan frecuentes otros muchos que apenas hay hoja que no se halle, algunos de estos términos. La segunda que entre las apostólicas empresas que escribe de ilustres misioneros de infatigables operarios y de conquistadores evangélicos, ingiere otros algunos sujetos de tan cortas y ordinarias operaciones que sirven más de abultar que de ilustrar la historia con ellos; tales son los cuatro sujetos del Colegio de Santa Fe que ponen a los folios 58, 59. Lo mismo sucede en los cinco u seis sujetos del Colegio de Cartagena que pone a folio 66 de quienes no dice cosa que sobresalga habiendo prometido mucho en el capítulo 12 donde los menciona. Lo mismo se hallará al folio 182 vuelto donde sólo dice de otro sujeto que murió

ayudando a los apestados. Lo mismo acontece con otros dos sujetos del Colegio de Honda al folio 159; y a este modo se hallarán otros. La tercera, que en este libro se ponen varias cosas y casos que propriamente no tocan ni pertenecen a historia de la provincia de la Compañía como se podrá reconocer en las citas siguientes que se ponen por regla al folio 128 capítulo 6, refiere un ejemplo de que las Tres Divinas Personas castigaron a tres juradores. Al folio mismo, capítulo 7 refiere otro ejemplo de las maldiciones. Al folio 129, capítulo 11 refiere otros ejemplos, uno de una muchacha a quien se le volvieron carbón los cuartos que había hurtado. Otro de un sujeto que fue castigado porque no cumplió el ayuno prometido. Al folio 168 con ocasión de escrebir la vida del padre Juan de la Peña escribe la vida de su madre ex profeso y muy a la larga. Al folio 184 vuelta escribe un ejemplo de San Miguel y a este modo se hallan otros esparcidos por toda la obra que son tan propios del espejo de ejemplos u de otro libro, como de la historia del Nuevo Reino. La 4.<sup>a</sup>, que siendo la historia como ramillete que recoge en sí toda la variedad de hechos y sucesos de grandes varones, y teniendo de cosecha propia los admirables hechos del padre Claver y los grandes ejemplos del hermano Bobadilla con que pudiera hermohear el autor su historia, ilustrar su provincia y engrandecer el Nuevo Reino, se los deja en blanco con el pretexto de que los escribió el padre Andrade. Por todo lo cual juzgo que dicha historia no es digna como está de que salga a luz pública sin que primero se corrija, de suerte que de ella se haga una como fundición nueva. Madrid y noviembre 20 de 1692.

#### Censura tercera

De orden del padre Francisco Ignacio Peinado, etc., he visto la Historia del Nuevo Reino y Quito que escribió el padre Pedro de Mercado de la misma Compañía, y juzgo que aun después de quitados los equívocos y retruécanos inútiles frequentísimos en dicha Historia y muchas palabras y frases extrañas del castellano, necesita de obra de nueva mano para que pueda salir con lustre de la Compañía, por ser ut implurimy humilde el estilo en todo el contexto; y porque aunque tiene muchos materiales buenos de los apostólicos empleos de los nuestros en las misiones y fundaciones de los colegios, será como una 3.<sup>a</sup> parte de la historia la que gasta hablando mucho y diciendo poco, ya en los discursos que hace el autor hiriendo en cosas de poca substancia, ya escribiendo algunas vidas sin que haya en ellas singularidad alguna ni con tener más de lo común de una carta de difunto escrita más por cumplir con la costumbre que por especiales méritos del sujeto. Por todo lo cual me parece que si no es enmendada y corregida de propósito no conseguirá estimación en la imprenta. Así lo siento. Madrid y junio 9 de 1692. Copia de un párrafo de una (carta) de nuestro padre escrita en 20 de diciembre de 92 al padre Ignacio Francisco Peinado provincial de esta provincia de Toledo y es como se sigue:

Los reparos todos que hacen los revisores en la Historia del Nuevo Reino son muy graves y dignos de hacerse y se debe corregir todo lo que se nota, así añadiendo todo lo que falta; como quitando todo lo que no es tan propio de esta Historia. Recurrir al autor para la enmienda es cosa muy larga, y así el medio que se me ofrece es que vuestra reverencia elija aquel sujeto de su satisfacción a quien se entregue el manuscrito de la Historia y también copia de todos los reparos que le encargue, que la firme y perficione. Este es el caso en que es indispensable el darle un amanuense si le pidiere. Y así vuestra reverencia dándole aviso de esta mi determinación al padre Calderón, etc.

Una y otra copia concuerdan con sus originales, lo que doy fe, que lo firmé en Madrid a 26 de abril de 1693.

Juan Bautista Lanciego<sup>4</sup>.

#### Vida del venerable padre Damián de Buitrago

Nació el venerable padre Damián de Buitrago en la ciudad de Toledo de padres conocidamente nobles; pero aunque a entrambos les acompañaba la calidad de la sangre con el realce de la virtud, nació de más noble madre, doña Beatriz de Rivera por su ejemplar vida y aún bien conocida santidad; tan en tanto grado, que por obediencia de sus confesores escribió su misma vida, cuyo libro guardaba el padre Damián para imprimir en su alma las virtudes de la madre y para no degenerar de tal hijo, apeteciendo siempre, aunque tan crecido y grande en la Compañía como recién nacido infante, aquella primera leche y enseñanza. Solía fervorosa la madre pedirle a Dios en sus oraciones le quitara los hilos si no habían de acertar a serlo suyos; porque como tan ilustrada de Dios más los quería para Dios que para sí. Y fue tan fervorosa su oración, que habiéndosele muerto algunos hijos de tierna edad, dos se consagraron a Dios en la Compañía, que lo fueron el padre Gonzalo Buitrago y nuestro padre Damián, tan parecidos entrambos en la virtud como en el hábito; y unos y otros todos se lograron porque los pequeños no los quiso para sí, y a los grandes sólo los quiso para Dios. De este árbol tan bueno y fructuoso nació fruto de tan buena calidad como el padre Damián; pero para que llegara a perfecta sazón muy en breve dispuso la Altísima Providencia entrara en la Compañía de Jesús en sus primeros años, y que acabados los tres cursos de filosofía pasara a este Nuevo Reino de Granada dando pasos de gigante, así por lo distante de las tierras, como en los fervores para dejar las propias y vivir en las extrañas.

Llegó con otros misioneros de la Compañía al puerto de Cartagena de las

Indias, y caminando todos a la ciudad de Santa Fe se perdió el padre Damián en una dilatada montaña por espacio de tres días; o ya porque empezaba Dios a experimentar su fortaleza con los trabajos, o porque quitándole la vida quisiera el común enemigo estorbarle otros mayores en servicio de las almas.

Bien se deja entender la suspensión y pena que tendrían los misioneros con la pérdida de tan amable compañero. Suspendieron asimismo su viaje hasta que Dios fuera servido consolarlos hallándolo vivo o tener más que sentir si lo descubrían muerto. Al cabo de tres días repararon que venía un perrillo a tiempo de comer, y que habiendo comido se volvía a ausentar; conque acabada la mesa se determinaron a seguirlo; así lo hicieron a ligeros pasos sin concebir estorbo en lo fragoso de la montaña por igualarlos casi con los del perrillo que los guiaba. Y casi a un tiempo con guía tan leal dieron con el padre Damián los que la seguían así los pasos, como la lealtad. Halláronlo como se deja ver exhausto de la necesidad, combatido de las inclemencias y consumido de los mosquitos. Lleváronlo con igual gozo de todos adonde estaba el resto de los compañeros. Conque ya convalecido pudieron proseguir su viaje hasta llegar al colegio de estudios que tiene la Compañía en la ciudad de Santa Fe. Estudió en él la teología sagrada y la acabó con pública aclamación de sus aventajadas letras y señalado ingenio teniendo por maestro entre otros, que lo fueron insignes en este Nuevo Reino el padre Francisco de Lugo bien conocido por sus escritos. De estos padres maestros salió tan aventajado hijo y discípulo en las letras, como de tan santa madre, como vimos tan señalado en la virtud.

Y en fin tan subido el caudal de su sabiduría como lucido en lustre de sus ejemplos y santidad, que ordenado de sacerdote lo enviaron los superiores por cura del pueblo de Duitama en la jurisdicción de la ciudad de Tunja. Porque a la verdad es necesaria tanta luz al paso que son tantas las tinieblas de la ignorancia de los indios. Y a un tiempo maestro y discípulo se aplicó con cuidado tanto a la lengua de los naturales que llegó a aprenderla con tanta eminencia, que componía poemas y versos en la misma lengua de los indios. Porque aunque era tan subido teólogo y tan eminente, así en la lengua latina como en la griega, era mayor donaire en el ingenio de águila tan caudal a batir el vuelo por poder hablar también en el bárbaro idioma de los indios. Bien se deja entender el cuidado que tendría en doctrinarlos, la frecuencia y fervor en sus sermones; el socorro en sus necesidades; el consuelo en sus penas y el amparo en sus persecuciones. Pero lo que es digno de admirar en el padre Damián es que después de los muchos cuidados que lleva consigo la obligación de cura para administrar los sacramentos y predicación, como la de sacerdote para la misa y oficio divino y la de fervoroso religioso para la oración y trato con Dios; le sobrara tiempo también para cavar personalmente la huerta que tenía en su casa componiendo las eras y sembrando la hortaliza con todo aseo y curiosidad porque apreciaba más sustentarse con el sudor de su rostro que aun con el mismo estipendio de cura de los indios.

En estos ejercicios, así de caridad como de tanta humildad se hallaba cuando le ordenó la obediencia volviera al Colegio de Santa Fe para emplearse en la cátedra de teología moral; levantando de esta suerte Dios

al humilde y pobre de entre el estiércol para colocarlo con los primeros de su pueblo. Porque tal era el concepto que tenía de sí por su humildad, y tal era el que tenían todos de él por sus prendas y virtud.

Ésta fue la causa también para que los superiores le pidieran mucho más al paso que lo dotó Dios con tantos y tan crecidos talentos. Y así le ordenaron fuera rector del Colegio Seminario de San Bartolomé que tiene a su cargo la Compañía en esta ciudad, y que al mismo tiempo leyera la cátedra de prima en que se ejercitó por espacio de nueve años tan celoso del aprovechamiento de sus discípulos que en un año leyó a un tiempo demás de la de prima la de moral, y con tanta expedición y abundancia en las materias, que en un año sólo les leyó toda la materia de matrimonio. Un hombre muy grande era necesario para tan grandes empleos. Pero siendo nuestro padre Damián mucho mayor, todo era poco para sus muchos y grandes talentos. Hallábase rector de los colegiales de San Bartolomé, bien ocupado en su gobierno, benigno y celoso en criar la juventud; atendiendo no menos a su aprovechamiento en el vivir como a sus logros en el saber; atendiendo en el colegio a su gobierno y en las cátedras a su enseñanza. Y todo le parecía poco, porque como un sol a todos quisiera alumbrar. Juzgaba por necesario ocuparse en los empleos a que le obligaba la obediencia y juzgaba por necesario no omitir los ministerios de la Compañía. Tenía lugar y tiempo para su fervorosa predicación, y aun le sobraba para coger el fruto en las confesiones. Acudía a los conventos de las religiosas haciendo las pláticas espirituales desde la silla y afervorizando sus almas en el confesonario, porque a todos alcanzaba su luz y nadie se escondía de su calor.

Sobrevino en este tiempo por el año de mil y seiscientos y treinta y tres en esta ciudad de Santa Fe una rigurosa peste de que en breves días murieron hasta quinientas personas. Y siendo tan general en toda la ciudad se apoderó ni más ni menos el mal del Colegio de San Bartolomé. Aquí fue en donde insigne resplandeció la caridad de tan ilustre varón asistiendo a sus colegiales enfermos de día y de noche; curándolos y regalándolos con tanto cuidado que a muchos parecía nimia su caridad. Tenía prevenidas personas en los caminos que embargaran los pollos y gallinas y demás regalo de frutas para los suyos. Todo le parecía poco a la conmiseración de sus enfermos. Y cuando más fervoroso, habiendo sido tan crecidos los gastos así en medicinas como en el regalo, se halló sin dinero para poder proseguir con ejercicio de tanta misericordia. Volvía los ojos a las paredes de su colegio a ver si encontraban alhaja que se pudiera vender. Y por último se determinó a vender unas rejas de hierro para poder proseguir con la curación de los colegiales enfermos, de donde tomaron ocasión algunos para apodarlo pródigo y perdido. Pero si tanto pudo que pudo arrancar las rejas de hierro para con su valor socorrer a los enfermos, con propiedad debió nombrarse valentía la caridad.

Muy de su parte tuvo con tan buenos ejemplos el padre Damián a sus colegiales para que siguieran la virtud, principal fin de nuestra Compañía en semejantes colegios adonde se realza la nobleza y letras con el esmalte de las buenas costumbres. Como bien experimenta todo este Nuevo Reino con tanto crédito de la Compañía con las muchas mitras, dignidades, canonjías y curatos que comúnmente siguen y al presente gozan tantos hijos de este Colegio de San Bartolomé. Y aunque en los colegiales de más crecida edad,

era tanto el séquito a los ejemplos de su rector; solía el padre Damián juntar a los más pequeños y tiernos colegiales en la capilla cantando alabanzas al Niño Jesús, para que de la boca de los pequeños tuvieran el punto de perfección las alabanzas de su Dios. Todos quisieran gozar de las realizadas prendas, ejemplar vida y maduro consejo del padre Damián, y así llegando de la provincia de la Andalucía el padre Rodrigo de Figueroa por visitador de la de este Nuevo Reino, puso al punto los ojos en él escogiéndolo entre muchos muy escogidos por compañero y secretario suyo, oficio que ejerció con la caridad que de costumbre tuvo en los demás. Conociendo pues el padre visitador tanto caudal de virtud y prudencia, lo nombró por rector y maestro de novicios del colegio y casa de probación de la ciudad de Tunja. Aquí fue en donde resplandeció el gran colmo de sus virtudes; el celo con la discreción, con todos la mansedumbre; consigo las penitencias; consigo gran pobreza, con los suyos gran liberalidad. Porque como era naturalmente generoso, de entrañas compasivas y amorosas, no sólo atendía al riego que por su delicadeza piden aquellas tiernas plantas, sino que sobrando las aguas con tan buena disposición de su economía, tenía muy sobradamente para dentro de su casa y redundaban para afuera. Eran tantas las limosnas que se repartían a los pobres en nuestra portería, que con demasiada sinceridad un hermano coadjutor se opuso a su rector no dando el lleno y cumplimiento que ordenaba su caridad y negando algunas limosnas que debiera hacer por orden de su superior. Caso en la verdad dificultoso para no apasionarse por desobedecido y para que no dejando de dar las limosnas que mandaba no se inficionase con los motivos la virtud y obrara siempre con motivos de perfecta caridad. A todo hizo la gran prudencia de nuestro superior, pues supo corregir al súbdito acá adentro para que no faltara el remedio de sus prójimos afuera. Y así con toda sagacidad y prudencia dispuso el bien espiritual en su súbdito para que no faltara el temporal a los pobres mandole que por algunos días dijera con voz clara en la mesa la regla 31 del sumario de nuestro padre San Ignacio, que dice así: «es muy expediente para aprovecharse en espíritu, y muy necesario que se den todos a la entera obediencia», haciendo a un tiempo por el remedio de los pobres, y aprovechamiento de su súbdito. No obstante tan discreta corrección lo quisiera tener de él todo contento, porque como era tan benigno y apacible, sobremanera atendía al consuelo de sus súbditos y mucho más en el caso presente por pedirlo así la mucha sinceridad o menos capacidad del hermano. Y así sucedía tal vez enviarle algún regalo personas de afuera; y partiendo de él, le enviaba diciendo que le habían traído aquel regalo de afuera, y que por estar bueno y haberle sabido, le enviaba de él. Juntando en estos casos lo útil de la corrección con lo dulce del amor y cariño con los suyos. Acabó el rectorado de Tunja con universal aplauso, estimación y aprecio de su persona. Sólo el padre Damián quedó mal satisfecho de sí, y así le obligó su mucha humildad a pedir perdón a todos, así de los de casa como de los de fuera. Y para dar satisfacción a toda la comunidad de las muchas faltas que a su juicio tenía hechas durante su rectorado, se puso de rodillas en medio del refitorio confesándolas delante de todos y pidiendo perdón a toda la comunidad con grande edificación al paso que admiraban aún al presente sus grandes ejemplos, acabando acto de tanta humildad con

una rigurosa disciplina que se dio por espacio de un miserere leyendo el salmo el que leía en la mesa.

Celebrábase en la ocasión en el Colegio de la ciudad de Santa Fe la congregación provincial en que se había de elegir procurador a Roma; conque le fue preciso siendo uno de los vocales, salir de la ciudad de Tunja a la de Santa Fe, la cual celebrada y elegido por procurador de ella el padre Juan de Toro, bien conocido por sus escogidos talentos; pareció necesaria a los superiores la asistencia del padre Damián en el mismo Colegio de Tunja por criarse en ella los novicios para resolutor de casos, para padre espiritual y confesor, y en fin para ejemplo de todo aquel colegio y casa de novicios.

En estos buenos y domésticos empleos se hallaba en Tunja cuando le fue mandado saliera a misión a la ciudad de Vélez y toda su jurisdicción. Mucho fue lo que en ella obró el ardiente celo y fervoroso espíritu del padre Damián; remedió muchas almas perdidas; quitó abusos; impuso de nuevo cristianas y loables costumbres. Hizo que las iglesias y sus altares tuvieran el adorno competente y necesario; quedó establecido que los días de trabajo se tocara también a misa, cosa que de antes no se usaba. Y fueron tantos los casos de edificación y el fruto de tan fervoroso predicador, que llegando a la ciudad de Tunja los ecos, se escribieron muchos cuadernos de sucesos varios y reformation de costumbres en la ciudad de Vélez y su jurisdicción, que a no haberse perdido con el curso del tiempo, se pudiera sacar un dechado de misioneros. Lo cierto es que el nuestro lo fue grande y con tanto aprecio de aquella jurisdicción, que desde entonces se conservan unas casas que dieron para que funde colegio en ella la Compañía.

Tan saboreado quedó nuestro misionero con el fruto de la misión de Vélez, que se determinó a emprender la misión de los llanos, adonde no tenía entabladas la Compañía las que al presente tiene para reducción de los gentiles. Y aunque de la misma suerte nos desfavorece la distancia del tiempo o el descuido o el olvido. Sólo podré decir que a imitación de las turbas que seguían la predicación del Salvador o la voz del Baptista que clamaba en el desierto, era tanto el séquito de la predicación del padre Damián, que muchas leguas le seguían los pueblos enteros dejando las conveniencias de sus casas por alimentar sus almas con el pasto de su doctrina. Tan clara era su luz, que aún indios y españoles ofuscados en las tinieblas de sus vicios la veían y la deseaban. Tanta la eficaz virtud de sus razones y atractivo imán de sus palabras, que hasta los corazones más duros le seguían para descubrirle a sus pies muchos yerros. Y tan gustosa la reprehensión en sus malas vidas, que los arrastraba el gusto que sentían, y así aunque con incomodidades y a pie lo seguían leguas enteras gustosos en su trabajo, movidos en sus sermones y arrepentidos a sus pies. Todos los puestos quisieran honrarse con el caudal y prendas del padre Damián, y así lo llamó la obediencia para prefecto de estudios mayores que tiene el Colegio de Santa Fe y para padre de la congregación de la Asunción de Nuestra Señora. Y apenas estuvo dos años en estos ministerios. Pareció al padre Rodrigo de Barnuevo, provincial de esta provincia necesaria la asistencia del padre Damián en la ciudad de Cartagena para consultor del Santo Oficio. Y por último ofreciéndose hacer una misión el año 48 a la Isla de Santo Domingo a ruego y súplica del capitán don Juan

de Quesada y Rivera, hubieron de salvarse los superiores del padre Damián de Buitrago, y por compañero suyo del padre Andrés de Solís para que dieran a conocer la Compañía y para que por todas partes alumbrara la luz de tan apostólico varón, en donde murieron entrambos el año 50 de la peste general que infestó la costa de Cartagena e Islas de Barlovento. Y últimamente, aunque después de muerto vino patente de nuestro padre general en que nombraba al padre Damián provincial de esta provincia del Nuevo Reino y Quito tan satisfecho de sus aventajadas prendas. Éste fue el glorioso fin del padre Damián después de sus muchas peregrinaciones, conservándose en todas hijo verdadero de San Ignacio de Loyola por el grande colmo de virtudes que le acompañaba. Fue hombre de mucha oración y trato con la Majestad Divina; tan metido en Dios y contemplativo que admiraba a todos el sumo silencio en casa y en sus caminos. Tenía de costumbre levantarse a las dos de la mañana a tener oración en la capilla interior de los colegios, y aún siendo rector, y apenas asomaba la primera luz del día se recogía a su aposento disimulando tan religioso ejercicio; y por no faltar a los que pudieran buscarlo en su aposento como a superior de la casa buscando su mucha discreción tiempo para Dios y tiempo para los hombres. Solía gastar diez y a las veces quince días para los ejercicios de nuestro padre San Ignacio con admirable retiro y recogimiento en su celda. Tal vez le sucedió visitando a unos caballeros en la Isla de Santo Domingo ver en su casa algún aposento retirado y escondido y decir como naturalmente: es muy a propósito la pieza para tener oración. Porque aun cuando comunicaba con los hombres, pensaba del modo que había de comunicar con Dios. Al paso que era tan devoto en su interior era grande la compostura en lo exterior atendiendo al respeto con que debemos hablar con la suma majestad de un Dios. Y esto le obligaba a rezar constantemente todo el oficio divino de rodillas. Estando enfermo y tan afligido de la enfermedad de que murió, lo halló un hermano nuestro sentado en la cama y puesta la sotana. Y queriendo el hermano que se desnudara y recostara del todo, le rogó lo dejara así, dando por razón porque quería hablar con Nuestro Señor. Tenía copioso don de lágrimas que derramaba en la oración y que dulcemente, hilo a hilo le salían diciendo misa, cosa que movía a singular devoción. En el púlpito predicaba con ellas y con ellas confesando movía a los penitentes a contrición. Eran las lágrimas sus discursos para los que le oían y eran las reprensiones a los que confesaba, y al paso de tanto riego era copioso su fruto. Su mortificación, penitencias y disciplinas fueron rigurosas. Bien lo clamaba la sangre del inocente Abel en las paredes de los aposentos que habitaba. Su primer ejercicio a las dos de la mañana era con rigor la disciplina, cosa que admiraban los soldados de guarda de la ciudad de Cartagena; y hasta los mismos de la Compañía en todos los colegios, así por su rigor como por tanta continuación de todos los días, solía al mismo tiempo que se disciplinaba cantar, aunque con voz muy baja, clara señal del gozo de su alma, pues servía a Dios con alegría. Era voz común que usaba de un cruel cilicio a modo de estola que le cogía desde el cuello hasta casi todo el cuerpo. Eran muy ordinarios en el padre Damián los ayunos de pan y agua, pero más principalmente en los días de los ejercicios espirituales de nuestro padre



San Ignacio. Y haciendo oficio de rector, mirando a la mortificación propia y a la caridad con los pobres (a quienes fue siempre tan inclinado) solía tener un pobre en la portería, a quien enviaba con el que servía a la mesa la mayor parte de la comida. Era declarado enemigo del regalo consigo y en su persona con extremo pobre, pero con sus súbditos sobremanera liberal.

La caridad para con sus súbditos admirable porque era el consuelo de todos los de la casa tratándolos a todos con amor, aprecio y estimación, acudiendo a todos en lo espiritual y temporal con entrañas de amoroso padre, de que Dios le dotó para robarse los corazones y ganarse las voluntades. Pero si caían enfermos allí eran los desvelos de su cuidado el asistirlos personalmente de día y visitarlos de noche, el encargarlos a los enfermeros y solicitarles todo regalo.

La pureza de su alma y cuerpo fue de un ángel, como bien se deja entender como de varón tan dado a la oración y mortificación. Su exacta obediencia se reconoce en este breve epílogo de su vida, pues como ángel veloz al mandato de la obediencia corría a centenares las leguas para tanto útil y provecho de las almas. Y así fueron tan varios sus ministerios, pues siendo sujeto tan cabal que lo era para todos juntos, en atravesándose la voluntad del superior, parece que lo era sólo para el ejercicio que le mandaban. Puesto en el púlpito parecía un Elías, y tan fervoroso, que parecía a los oyentes que arrojaba fuego por la boca y por los ojos; y al paso que parecía en el púlpito un león, era en el confesonario un cordero; en las misiones un apóstol y en las cátedras un sapientísimo doctor, y en el mando era padre de sus súbditos, y así en todas partes dejaba tan buen olor de sí.

En los colegios y tierras en que vivió era ejemplo de todos, y tanto, que el venerable padre Jerónimo de Escobar, que tanto honró la Compañía en esta provincia del Nuevo Reino con su santidad, letras y muerte de tanta edificación y aclamación de toda la ciudad junta de Santa Fe solía decir que para la edificación de un colegio era muy a propósito el padre Damián. Y aunque no tuviéramos tan claro testimonio, es muy cierto que lo era. Pero sirva para serlo de tan relevante virtud del padre Damián.

Era especialmente devoto de Santa Lugarda y una imagen suya que tenía no sabía que hacerse con ella. Unas veces la tenía en la pared, otras en la cabecera, otras en el estante de los libros, porque era tan tierno con esta admirable santa que al paso que la tenía en su corazón quisiera siendo lo menos no apartarla de sus ojos.

Pero sobre todo fue ternísimo amante de la Reina de los Ángeles María Santísima y así le rezaba el rosario muy despacio con rara devoción y atención admirable. Reconocíase el entrañable amor que tenía a esta divina Señora, principalmente en la salutación de sus sermones, encendiendo su rostro al saludarla el ferviente afecto que la tenía, como si arrojara fuego por la boca y por los ojos pronunciando el dulcísimo nombre de María.

Éste es un breve rasgo de las virtudes del padre Damián de Buitrago, que para que no quedara del todo olvidado, nos concedió la distancia del tiempo que sin duda a no haber ocultado tanto su humildad, sus buenos ejemplos y habernos, o borrado o perdido el tiempo algunos escritos se

podiera hacer un largo libro de su santidad y vida. Y baste esta pequeña muestra índice de sus virtudes para que se infiera cuán gigante era su virtud que Dios que la ha de premiar tiene muy presentes sus bien empleados trabajos dándole por ellos corona de justicia en el cielo.

### Libro tercero

#### Del Colegio de Tunda

##### Capítulo I

Disposición que precedió para introducir la forma de Colegio de la Compañía de Jesús en la ciudad de Tunja

Deseando el padre Gonzalo de Lira, provincial de esta provincia del Nuevo Reino, que para gloria de Dios y bien de las almas se introdujese Colegio de la Compañía en la ciudad de Tunja, advirtió como prudente, que era necesario disponer la materia para introducir esta forma, y juzgando que la disposición mejor era que los de la Compañía se diesen a conocer a los vecinos en una de las misiones que suele hacer, envió a esta ciudad por misioneros en el adviento del año mil y seiscientos y siete a su compañero el padre Luis de Santillán y al padre Gonzalo Núñez, dos sujetos de buen espíritu, y para lograrlo, luego que llegaron a la ciudad escogieron por posada suya la casa de los pobres cual es el hospital, y comenzaron sus ministerios por el que parece más humilde yendo por las calles en procesión con los niños della cantando las oraciones. A estas voces de tanta novedad que jamás las habían oído despertaron algunos que aún de día vivían dormidos y siguiendo las voces se fueron a la plaza donde habiendo precedido la enseñanza de la doctrina cristiana a los niños predicó uno de los dos misioneros con celo fervoroso la materia del juicio para que tratasen de dar buena cuenta y después fueron tratando en los sermones siguientes de los otros novísimos.

Estos sermones fueron haciendo gente y provecho no poco, pues comenzaron a mudarse los ánimos y a revolverse las conciencias de los que las tenían estragadas con vicios y enredadas con pecados. Levantaban la casa desde el púlpito con la divina palabra y en viéndola ya rendida se sentaban a cogerla para Dios tan de propósito en el confesonario que gastaban en él

muchas horas de la mañana y tarde y tan gran espacio de la noche, que a las veces eran las once y no habían cesado de confesar.

Cobráronles a los dos predicadores tan grande afecto que les fueron convidando con sermones, ya en la iglesia mayor, ya en los conventos de monjas, ya en otras partes donde predicaban de día a hombres y mujeres y de noche ejemplos a sólo hombres y se vio más claro que el día que siendo luz la divina palabra alumbró muchos entendimientos para que conociesen la ceguedad con que vivían; y siendo también fuego ablandó y derritió corazones moviéndolos a que dejaran los caminos de muchos géneros de vicios y las sendas de varios pecados que los llevaban al infierno.

Para el cuarto domingo de adviento publicaron el jubileo de las misiones, y para que lo ganasen se dedicaron ocho días antes a trabajar no por dos confesores sino por muchos a cuyos pies se llegaban los pecadores como siervos heridos a beber las saludables aguas del sacramento de la penitencia, y para que no les faltase el Pan sacramentado se señalaron en la iglesia mayor tres altares donde algunos sacerdotes dieron la comunión a tanto número de personas que pareció tiempo de Semana Santa, y aún más porque los que en ella no habían comulgado recibieron al Señor en este domingo. Las acciones de gracias que se oían eran las siguientes palabras de algunos vecinos: bien haya tales padres; estos son el remedio de nuestras almas; vivíamos engañados cuando nos decían que se espantaban de oír pecados y que luego los echaban al infierno. Mentira fue y el demonio sembró en nuestros corazones estos temores para coger el fruto de nuestra perdición. Desde este tiempo por la vista de ojos y experiencia de su bien comenzaron a amar a los de la Compañía a quienes antes habían aborrecido de oídas por falsos dichos que esparcían algunos hombres instigados del demonio.

Entraron en cabildo la justicia y regidores de la ciudad y en su junta comunicaron unos con otros cuánto importaba al bien común de su república el tener de asiento en ella a los religiosos de la Compañía y así determinaron no dejar salir a los dos padres de quien habían recibido tanto bien y resolvieron que se fundase colegio. Esta determinación y resolución nació de ver los frutos del trabajo de los misioneros, con que se prueba con claridad que la misión fue para introducción de la forma de colegio, disposición requisita. Despacharon un proprio al padre provincial Gonzalo de Lira, escribiéndole que se sirviese de fundar colegio en su ciudad, y que para comprar casa le enviaban la memoria de las mandas que habían hecho los vecinos y llegaban a más de cuatro mil pesos, y que estaban con voluntad y ánimo de sustentar a los religiosos que viviesen en ella, y que corriendo los tiempos iría Nuestro Señor moviendo a algunas personas para que diesen más cantidades y fuesen fundadores del colegio. Respondió cortés y agradecido el padre provincial diciéndoles juntamente que por entonces no podía disponer que se quedasen los padres a ser fundadores porque para eso era necesario licencia del preposito general de la religión y que entretanto que enviaba a pedir la licencia y volvía la respuesta de su paternidad continuaría el servir a la ciudad enviándole sujetos que en ella ejercitasen los ministerios con que la había empezado a servir con el fruto que con el favor divino se había visto. Agradecieron esta respuesta los regidores, y aunque lo repugnaba su voluntad y las de otros muchos vecinos, dejaron ir a los padres de Santa

Fe por enero del año de seiscientos y ocho, pero consolaban su pena con las esperanzas de que nuestro padre general concedería la licencia y últimamente se fundaría el colegio.

## Capítulo II

Precede a la fundación del colegio la segunda misión en que trabajó el padre Luis de Frías

Dos años que corrieron después de la misión pasada se halló tan falto de sujetos el Colegio de Santa Fe, que no le fue posible al padre rector enviar obreros a la viña de Tunja; mas al fin de ellos envió al padre Luis de Frías con un hermano coadjutor para que por espacio de quince o veinte días trabajasen en ella y luego se volviesen para el tiempo de cuaresma a su colegio donde eran bien necesarios por haber pocos obreros. Entró el padre a hospedarse en el hospital, y viendo que era corto y muy limitado el tiempo que le habían concedido, se dio prisa en trabajar obrando no como uno solo sino como muchos. Quince días arreó, predicó por las mañanas y algunos de ellos, por las tardes. Confesaba con tanta continuación, que para subir al púlpito se levantaba inmediatamente del confesonario. Tres días en la semana predicaba el padre en la plaza y antes de los sermones se hacía la procesión con los niños de la escuela, y el hermano su compañero se ocupaba en enseñar la doctrina cristiana y en ensayarlos en las preguntas y respuestas del catecismo para que cuando saliesen a plaza no se errasen en lo público. De aquí nació que a los hombres que se hallaban presentes a la doctrina causaban admiración los niños, el uno de tres años y el otro de cuatro que sabiendo apenas hablar habían aprendido a responder y preguntar excelentemente con su media lengua en las materias del catecismo y lo decían de memoria. Oyendo estas cosas la gente crecida formaba quejas de que la Compañía no acabase de fundar en Tunja y luego se echaban a sí mismos la culpa diciendo que no merecían tanto bien y que por su demérito perdían sus hijos tan santa crianza como tuvieran con los padres de la Compañía.

Predicaba el padre Luis de Frías con tan fogoso espíritu y con tan ardiente celo, que muchos de sus oyentes casándose salieron del mal estado en que estaban; otros se apartaban de las ocasiones de pecado en que vivían, y generalmente hizo en mucho grande fruto apartándolos de todo género de pecados, y fue tanta la moción, que sin ser cuaresma hubo disciplinas de sangre por las calles como las suele hacer en tiempo de Semana Santa. Es cosa admirable que predicando el padre con tanta continuación no se enfadaba la gente de oírle, antes bien le oían con tanta afición que dejaban sus ocupaciones aunque fuesen de gusto y de interés.

En un sermón publicó el padre el jubileo de las misiones señalando la iglesia mayor para que en ella se ganase de allí a ocho días. En todos ellos se descubrió el Señor con mucho número de luces, se cantó una misa y

a ella predicaba sin dejar día ninguno el fervoroso padre Luis de Frías, el cual también dispuso que alrededor de la iglesia se llevase el Señor Sacramentado en procesión, y se hacía con tan grande concurso de gente y con tanta música y solemnidad, que cada uno de estos tres días pareció el solemnísimos de Corpus Cristi. Llegó el día señalado para el jubileo y fueron muchísimos los que para ganarle recibieron en sus pechos al Señor. Concluidas las cosas dichas trató el padre de dejar a Tunja y partirse a Santa Fe donde hacía mucha falta su ausencia. No lo permitió la ciudad porque sentía mucho que la dejase (como dicen) con la miel en los labios; escondieronle las mulas para imposibilitarlo a que hiciese viaje, y entretanto despacharon un correo al padre rector rogándole que por aquella cuaresma les dejase al padre y al hermano, y lo concedió sin embargo de lo que los había menester en su colegio. Con esto quedaron muy contentos los vecinos y el padre comenzó de nuevo a trabajar en la viña del Señor y el hermano comenzó también con la enseñanza de los niños haciéndolos acudir a la explicación de la doctrina cristiana.

El afecto de los vecinos, el séquito de los auditorios se los llevaba tras sí el padre Frías y esto ocasionó en otros predicadores envidias que se manifestaban en murmuraciones y dichos contra la Compañía; pero el padre Frías procedía como helado en las injurias sin permitir que se le encendiese la cólera, ni llevado de ella respondía palabra en su defensa. Predicador hubo que dijo en el púlpito, hablando mal del padre Frías el símil siguiente: «A vosotros os sucede lo que al cazador que ha tenido unos perros que han sido buenos para la caza, y en siendo ya viejos o nos les dan de comer o les dan el más ruin bocado, y en trayéndole un gozquillo de nuevo a su casa lo cuida y lo regala; así vosotros habéis tenido unos predicadores viejos que os han estado sirviendo y les dais un hueso que roer; pero al que de nuevo ha venido como gozquillo goloso le dais el mejor bocado. No seáis noveleros que yo os aseguro que os ha de cobrar muy bien la demora y el alcabala. Bien oía estas y otras cosas el padre, pero hacía el sordo y también el mudo y así admiraba su modestia, y por él tanto crecía más el séquito y el amor de los ciudadanos viendo a un hombre sufrido en sus agravios y callado en sus persecuciones. Aún el mismo predicador se mudó tocado de Nuestro Señor, y subiéndose en otra ocasión al púlpito, dijo muchas alabanzas de los religiosos de la Compañía de Jesús, y entre otras cosas afirmó que no tenía buen concepto de los que huían de los padres y no se confesaban con ellos.

Acabada la cuaresma volvieron el padre y su compañero al Colegio de Santa Fe gozosos con muchos manojos de frutos que habían cogido después de haber sembrado con lágrimas y perseverancia la divina palabra. Los de Tunja quedaron con más deseo y con igual determinación de que se fundase el colegio por tener para su bien por moradores y vecinos a los hijos de ella.

### Capítulo III

Tercera misión que precedió a la fundación del Colegio de Tunja

El padre provincial Gonzalo de Lira, teniendo ya licencia de nuestro padre general para fundar colegio en Tunja, no tenía sujetos con qué fundarlo, y entretanto que venían los que esperaban de Europa se resolvió a ir en persona a la ciudad de Tunja a conservar las voluntades de los vecinos y para esto llevó consigo al padre Gonzalo Núñez que ya las tenía ganadas porque como ya le habían conocido le tenían amor y no lo habían olvidado con la ausencia. Llegaron a esta ciudad el año de seiscientos y once en el día de la Purificación de Nuestra Señora a quien devotos tomaron por patrona (no les pudo suceder mal) de los ministerios que en provecho de las almas iban a ejercitar. La posada fue el hospital en que la ciudad había prevenido un cuarto con todo aliño y autoridad de colgaduras y otros aparatos a que se mostró agradecido el padre provincial, y dentro de dos horas se mostró religiosamente modesto rogando con muy buen modo que le quitasen del cuarto aquellos aparatos sin los cuales quedó gustoso de verse en un hospital y todo el lugar edificado de ver su modestia. Allí se sustentaron a costa de la ciudad y a expensas de las religiosas de Santa Clara que desde entonces para provecho de sus espíritus concibieron grande estima y afición a los hijos de San Ignacio.

Comenzaron los dos padres la misión por el Santísimo Sacramento del Altar el domingo de la quincuagésima pidiendo a las religiosas de Santa Clara que le tuviesen descubierto en su templo para que en él se ganase el jubileo de las cuarenta horas. A la súplica correspondió la concesión de la prelada, y se puede pensar que quiso Dios que así como la custodia del Santísimo es insignia y blasón de sus hijas, el haber puesto descubierto y patente el Señor Sacramentado en la primer fiesta de cuarenta horas que los de su Compañía celebraban en la ciudad de Tunja. Fue mucha la gente que comulgó en todas las misas que se dijeron; pero todas las religiosas detuvieron la comunión hasta después del sermón y de la misa mayor, conque dieron muy buen ejemplo y edificaron no poco a los seglares. A la tarde hubo también sermón, estando patente el Señor a quien cortejaban sus esposas con sonora música desde su coro.

Desde el miércoles de ceniza fueron cumpliendo los dos insignes padres Gonzalos la distribución de sermones y ejemplos que tenían hecha para cada uno de los días de la semana en cuatro puestos de la ciudad, que fueron la iglesia mayor y el convento de Santa Clara, el hospital y la plaza. Todos sus sermones iban muy al alma y así convirtieron a Dios muchas y yo sólo referiré aquí la de una mujer por tener algo de particularidad. En esta ciudad se hallaba una mujer que había tenido una muy mala y prolongada amistad con un eclesiástico, el cual estando ausente le escribió una carta en que continuaba su torpe amistad y trataba de proseguir prolongadamente con sus lascivos amores, pero ésta que ya tenía el de Cristo en su corazón le respondió que bien se echaba de ver no estaba en la ciudad en este tiempo ni oía los sermones, pues perseveraba en sus pecados que ya para ella habían acabado sus malos tratos, que viniese a oír los sermones y remediaría su alma como ella lo había hecho.

Grande fue el número de personas que convirtiendo sus corazones a Dios confesaron generalmente sus culpas, no sólo en el hospital a los dos

padres dichos, sino también en otros conventos a sus religiosos, en tanto grado que ellos con admiraciones notables lo contaban a los seculares. Un eclesiástico de ejemplar vida y venerado por él en la ciudad decía que en aquella cuaresma se había hecho gran guerra al infierno y triunfado muchos de los ardidés del demonio, porque era grande el número de españoles y de indios que con grandes muestras de arrepentimiento y penitencia verdadera se habían llegado a sus pies a confesarse.

Entre otros penitentes llegó a confesarse uno de respeto en la república, el cual con aseveración contó que un mes antes que los padres llegasen a Tunja; solía de noche oír muchas veces con distinción y claridad estas voces: Levántate y habla. Andaba espantado y confuso porque no entendía la significación de las voces que oía, pero después oyendo los sermones que fervorosamente predicaban los apostólicos padres exhortando a que se levantasen de los pecados mortales en que estaban caídos y que venciendo dificultades de empacho con que el demonio estorba la entera confesión entendió el significado de las palabras que solía oír, conque obedeciendo a la divina voz se confesó generalmente y quedó tan gustosa como le suele suceder al que habiendo criado una apostema la arroja con felicidad.

A los oídos de muchas personas que estaban ausentes en sus estancias llegaron los ecos de la moción espiritual que había en Tunja, y por gozar de ella se venían desalados a la ciudad, y habiendo oído algunos sermones y confesándose volvían gustosos a sus estancias.

Gustosos estaban y mucho los ciudadanos que por querer bien a su república deseaban que la Compañía estuviese de asiento en ella. Este buen deseo estimulaba principalmente a los que en junta de cabildo representan toda la ciudad, y así reparando que en las misiones pasadas en acabándose la cuaresma se habían vuelto a Santa Fe los misioneros, temieron no les sucediese en esta lo mismo y para atajar esta vuelta no aguardaron a que se pasase la Semana Santa, sino que en un día de ella se convocaron a su sala la justicia y regidores y después de haber tratado entre sí cuánto convenía hacer de esta vez todo esfuerzo para que la Compañía tuviese casa propia y no saliese de la ciudad, enviaron al padre provincial cuatro personas de las más principales del cabildo para que de su parte le pidiesen que se hallase presente en la sala del cabildo donde le estaban esperando.

Entró por las puertas de la sala el padre provincial Gonzalo de Lira, y habiéndole los regidores recibido cortesés le propusieron cómo habiéndole escrito carta a nuestro padre general en nombre de toda la ciudad para que se sirviese de dar licencia para la fundación, había respondido que la remitía al padre provincial del Nuevo Reino y que por tanto ansiosamente le suplicaba que pusiese en ejecución la facultad que tenía de su general y que admitiese para comprar casa las mandas que tenían, que eran de más de cuatro mil pesos, y la voluntad que sin duda era mayor que la dádiva, que en adelante ayudarían y servirían a la Compañía cuanto les fuese posible. Agradecido respondió el padre provincial a la ciudad, y dijo que luego sin dilación alguna fundaría el colegio atropellando con la dificultad de falta de sujetos y que los quitaría de otros puestos para ponerlos allí mientras llegaban los que aguardaban de Europa. Con esta respuesta se regocijó el cabildo y en medio de este regocijo avisaron que

ciertos personajes pedían audiencia, y entendiendo que venían de lengua armada para contradecir la fundación, le dijo el regimiento al padre provincial que se detuviese para responder, pero juzgando que era más conveniente el irse pidió cortésmente licencia a su señoría y se salió de la sala. Entraron en ella los contradictores y fueron poniendo sus objeciones; mas como a todas diese bastantísimas el cabildo, se dieron por convencidos y las hojas de sus lenguas que antes herían, se trocaron en hojas de libro que contenían alabanzas de la Compañía y de sus ministerios.

#### Capítulo IV

##### Introducción a la forma de colegio con un milagroso suceso

Como el corregidor de Tunja amaba mucho a la Compañía, quiso darle casas de morada en un sitio tan bueno que era como el corazón en el cuerpo de la ciudad. Trató de compra de las casas con el dueño que era hijo de uno de los conquistadores de aquella tierra, y aunque tuvo repugnancia en venderlas por haber sido de sus padres y haber nacido en ellas se resolvió a darlas vendidas y acertó en la resolución, porque si sus padres las habían adquirido exponiéndose a derramar su sangre en la conquista, se mejoraban con la sangre de Jesucristo que había de estar sacramentada en ellas. Trató de la venta con su madre y con sus deudos que lo resistieron fuertemente. El dueño disgustado de ver que no podía unir tantas voluntades a lo que era razón, mandó ensillar una mula y acompañado de sus criados se partió para el pueblo de su encomienda de indios juzgando que con esa urgencia se excusaría lo uno del enojo de su madre y deudos, y lo otro se libraría de las importunaciones del corregidor en materia de la venta. Ya había caminado una legua cuando se hizo inmóvil la mula, valíase de las espuelas para hacerla andar, pero no daba un paso adelante. Apeose y mandó que la tirasen de la rienda pero ni esto valía para que caminase. Extrañó el caso el caballero y los criados admiraron el suceso, el cual le aprovechó (como al profeta Balaam) para abrir los ojos y ver que iba contra la voluntad de Dios, y así volvió las riendas hacia la ciudad con ánimo de hacer esta buena obra aunque fuese atropellando con el gusto de su madre y deudos. Llegó a buen paso a su casa donde halló trocados los corazones de los suyos con inclinación de que se vendiesen las casas. Compráronse y tomó la Compañía posesión de ellas a los quince días de abril del año de once. Compúsose un altar en una sala capaz donde se celebró la primera misa y en ella predicó el padre provincial tomando por asunto las gracias que debían dar a Nuestro Señor por la gracia eficaz que les había dado para que consagrasen a su Divina Majestad un templo más en su república. La forma de colegio la introdujo en esta casa el padre provincial poniendo en ella tres padres y dos hermanos quitándolos de otras ocupaciones a que



hacían mucha falta; pero ellos vio hacían ninguna a lo mucho que había que trabajar en la ciudad, porque aunque eran muy pocos su fervor los multiplicaba en muchos. Fueron entablando desde luego todos nuestros ministerios de enseñar la doctrina a los niños, de predicar, de acudir a confesiones dentro y fuera de casa, de ir a la cárcel para consuelo de los pobres y al hospital para alivio de los enfermos.

Luego comenzó a trastocarse la ciudad con la mudanza de muchos que antes no habían vivido bien en ella. Los que primero temían mucho confesarse con los de la Compañía los elegían por sus confesores y se confesaban con ellos a menudo. Penitente hubo que habiendo vivido muy mal, mudó de suerte la vida, que por no pasar la noche con un pecado venial se iba a nuestro colegio a confesarse aunque fuese a deshoras. Muchos preguntándoles en las confesiones si habían cometido algunas especies de pecados, respondieron que desde que oyeron que nuestros predicadores las afeaban y reprendían desde el púlpito, no habían cometido tales culpas. Unos dejaron sus torpes y antiguas amistades, otros que no cumplían palabras de casamiento con grande perjuicio las cumplieron por exhortación de los nuestros. No pocos que vivían en estas partes apartados de sus mujeres, como si no estuvieran unidos con el vínculo del matrimonio teniendo a sus mujeres en España se han vuelto allá a persuasiones de los nuestros. Otros salieron de muchas ignorancias en que solían caer con alguna malicia. Hombres y mujeres caminaban por la vía purgativa derramando muchas lágrimas por las culpas pasadas y macerando sus cuerpos con cilicios de hierro y de cerdas; de suerte que era necesario moderarles el rigor según las reglas de la prudencia. Era tanta la obediencia que tenían a la dirección de sus confesores, que no hacían cosa de importancia sin haberla primero comunicado con ellos y luego ejecutaban lo que les habían dicho; que cedería en mayor gloria de Dios.

## Capítulo V

Muestra Dios en forma de palomitas blancas los novicios que había de criar la Compañía en Tunja

Grandemente deseó el padre provincial Gonzalo de Lira, que esta provincia del Nuevo Reino tuviese casa propia de probación donde los novicios se criasen al estilo de la Compañía, y cumplió su deseo poniendo el noviciado en esta casa de Tunja el mismo año en que en ella se fundó el colegio.

Antes que los novicios entrasen en él reveló Nuestro Señor lo que habían de ser los novicios. El caso sucedió del modo siguiente:

Estaba una persona (de cuyo espíritu hablaré después) más había de doce días en la cama que le servía de potro de dar tormentos, muy apretada de los dolores con que Nuestro Señor ejercitaba su paciencia, y reparando que era víspera de la fiesta con que nuestros religiosos celebraban el octavario de Corpus, le vino un ansioso deseo de hallarse en la celebrad y hacer ella también la fiesta confesándose y recibiendo en su pecho al

Señor Sacramentado. Pidióselo con mucho afecto, y al tiempo de la petición le mostró la iglesia de la Compañía hecha toda una ascua de oro y el Santísimo Sacramento en lugar eminente y a muchas palomitas blancas que revoloteaban hacia el sagrario y se llegaban a hacer reverencia y adorar a su Criador Sacramentado. Con esta celestial visión se sintió tan notablemente confortada, que el día siguiente tuvo aliento para levantarse de la cama y partirse con grande aliento a la iglesia de la Compañía; donde viendo el sagrario (que hasta entonces no había visto porque no lo había en nuestro templo y se había puesto para la fiesta) reconoció que era el mismo que Dios le había mostrado. Confesose y dando cuenta al confesor de la visión que había tenido; le dijo que aquella multitud de palomitas blancas anunciaba y representaba a los novicios que presto vendrían a poblar esta casa; y que también significaba a los pocos religiosos que había en ella.

La probabilidad de que esta revelación haya sido verdadera, se colige, lo uno de la perfección con que resplandeció la persona que tuvo la revelación dicha, y lo otro de las virtudes con que florecieron los novicios y otros religiosos que han vivido santamente en esta casa probación. De estos y de aquella apuntaré algo en este capítulo. La persona que tuvo la visión referida era muy devota, ejercitábala Nuestro Señor con muchas enfermedades y con falta de lo temporal, de suerte que con ser en esta tierra muy barato se lo daba tanto supliéndolo con visitas y regalos espirituales que le concedía a la medida de las tribulaciones. Llevábalas con alegría y conformidad con la voluntad de Dios. Nunca pedía la salud, y si tal vez pedía alivio, era para tener oración y comulgar suspirando por este Señor Sacramentado. Criaba caritativa, con ser tan pobre, algunos niños huérfanos. Si le enviaban algún pan o alguna otra cosa de limosna, se mostraba tan agradecida que parecía que no había de acabar en engrandecer la Providencia Divina que cuidaba de mantenerla a ella y a sus huérfanos. Tenían de su virtud satisfacción muy grande los nuestros, y cuando tal vez la visitaban como a enferma salían muy devotos y consolados con lo que la habían oído decir, porque siempre hablaba cosas de edificación.

A muchos de los que han sido novicios en esta casa y a otros que han vivido en ella, los representaron muy altivo las palomitas blancas dichas por la persona dicha para que tuvieren propiedades de palomas, han volado con las dos alas de oración y mortificación; no han tenido hiel de discordias aun cuando les daban pesadumbres, ni sabían morder a los que les hacían mal, sabían hacer sus nidos criando y alimentando sus hijos espirituales, lo cual especialmente ha competido a los maestros de novicios; han volado unos con otros a la par en el fervor; han vivido con la concordia de la caridad; han observado con unanimidad las reglas, y cuando como hombres han cometido algunos defectos, han tenido por su causa el gemido y el arrepentimiento; han acudido a sus maestros con una claridad de conciencia como el agua para ver en ella las asechanzas del milano infernal y huir de ellas volando; hanse ofrecido muchos como palomas a Dios con el holocausto de los votos religiosos y precediendo la blancura de la pureza de sus conciencias se han sustentado con el cuerpo de Cristo escondido debajo de los granos de trigo molidos, y han acostumbrado andar revoloteando cerca del sagrario haciendo frecuentes

visitas cerca del Santísimo Sacramento.

Estas y otras propiedades de palomas han tenido con el favor de Dios muchos de los que han vivido y se han criado en la de probación de Tunja, y por decir algo en particular contaré tal o tal ejemplo de los que están en memoria sin haber escrito los nombres de los que vieron sus ejemplos. Fueron un día los novicios a servir (como era de costumbre) y consolar a los pobres del hospital y viendo uno de los fervorosos novicios a un enfermo de cuya cabeza manaba mucha podre, se abalanzó a lamerle muy despacio y chuparle muy de propósito las llagas, y así venció con los labios y lengua el asco notable que le había causado sola la vista de los ojos. Otro novicio hubo que por vencer su repugnancia y triunfar valerosamente de sí mismo, se echó un vaso inmundo a pechos y no sólo una sino dos veces.

A otro novicio le mandó como a prima noche el superior que no se acostase sin que le avisase otra cosa y era una ocupación que le quería dar antes de dormir. Fuéle de la memoria al superior lo que había de mandar al novicio y acordándose a la media noche de lo que le había dicho sospechó de su virtud lo que habría sucedido y yéndose al aposento del novicio le halló vestido y supo que aunque había tenido recios combates para echarse a dormir no había querido dejarse vencer y que estaba con firmes propósitos de pasar así la noche hasta que amaneciese el día.

Un hermano antiguo a quien habían dado alguna superioridad sobre los novicios solía mandarles algunas cosas de suyo difíciles cuales eran beber el agua con que habían fregado los platos, barrer el suelo por gran rato con la lengua y otras cosas que mostraban bien el rendimiento de juicio, la puntualidad de la obediencia, y el amor a la mortificación (no han tenido hiel de discordias aun cuando les daban pesadumbres) que tenían los novicios, pues ninguno de estos dejaba de hacer estas cosas aunque la naturaleza sintiese su repugnancia.

También han acostumbrado los novicios el salir fuera de casa a hacer mortificaciones públicas con que venciendo a sí mismos y hollando con sus pasos el mundo que habían dejado, edificaban la ciudad, y viéndolos tan modestos en ojos y tan compuestos en el andar se aficionaban de su virtud todos aquellos a quienes aunque no tengan virtud les parece bien su hermosura.

## Capítulo VI

Ábrese escuela de gramática en nuestro colegio en día del doctor Angélico Santo Tomás

Mucho deseaban los vecinos de Tunja que en ella abriese la Compañía escuela donde tuviese maestro que instruyese a sus hijos en virtud y letras; pero aunque habían corrido más de diez meses desde la fundación del colegio no se había podido cumplirles estos deseos por falta que había

de sujetos; mas el padre provincial Gonzalo de Lira, por pagar las finezas que debía a la ciudad nuestra religión, rompió con esta dificultad sacando a un padre estudiante del aula de teología para que leyese en la de gramática, mientras Dios proveía otro sujeto. Hizo la estrena de maestro en buen día, pues fue el que nuestra madre la iglesia tiene dedicado al doctor Angélico Santo Tomás de Aquino. El concurso del pueblo a la primera lición fue mucho y también fue grande la estimación que hizo la ciudad y su regimiento de que la Compañía empezase a ejercitar este su ministerio y en agradecimiento de este beneficio común a su república hizo dos decretos, el uno en que se obligaba a dar cada semana cierta limosna de carne al colegio; el otro de que en la ciudad no leyesen gramática otros preceptores porque los estudiantes no tuviesen recurso a ellos cuando por defectos de virtud o de letras se sintiesen apretados de los maestros de la Compañía.

Hízose de los estudiantes una congregación semejante a la anunciada de Roma, así en los privilegios como en los ejercicios de pláticas y frecuencia de sacramentos de que se siguieron los frutos espirituales de las virtudes que iré aquí apuntando. En la oración se esmeraban de suerte algunos que gastaban en ella hora y media. Muchos en cada una de las semanas del año tomaban tres disciplinas, poníanse algunas veces cilicios y ayunaban los sábados a devoción de la Virgen a quien están dedicados. A un estudiante de hasta trece años de edad le halló su madre con un áspero cilicio a raíz de las carnes, de que quedó tan edificada como agradecida a los padres de la Compañía que habían impuesto a su hijo en tal virtud de penitencia en lo tierno de su edad. Muchos de los estudiantes comulgaban cada ocho días y casi todos cada quince con mucha devoción, y de esta soberana mesa tomaban sin duda el cuchillo con que muchos de ellos cortaban los apetitos de su carne sin consentir a sus halagos; y estos estudiantes eran conocidos y notados en toda la ciudad con grande edificación suya y estimación del maestro que los instruía en esta virtud angélica, por la cual con mucha propiedad a los niños llamaban angelitos. Algunos había tan recatados que de ninguna manera consentían que alguna criada entrase en sus aposentos ni aún para hacerles las camas. A un estudiante le conteció que llegando una india a darle un recado a su puerta salió con un palo tras ella porque no debía de ser muy limpio el recado. Viniendo otro del aula a su casa entró en su aposento, y viendo que una criada le estaba haciendo la cama, salió apriesa llorando por no estar al lado de una mujer.

Otros semejantes ejemplos de castidad se miraron en nuestros estudiantes de Tunja, y aunque los dejo por sinónimos no dejaré uno por ser en alguna manera parecido al del patriarca Josef. Atreviéronse algunos mozos distraídos a solicitar porfiadamente con un estudiante para llevarlo a que cometiese una ofensa torpe contra Dios, y teniéndole ellos asido de la capa, se la dejó en las manos y valiéndose de los pies se fue sin ella huyendo a su casa no haciendo caso de lo que dirían los que le viesan ir de aquella manera por la calle. ¿Quién sabiendo estos sucesos no dirá que en el aula que se abrió el día de Santo Tomás el Angélico se anidaron mancebos angélicos? Sepa pues también que algunos aprovecharon tanto en letras que habiendo salido gramáticos de esta aula y habiendo estudiado artes y teología en Santa Fe se han graduado de maestros y doctores, y

habiendo quien entrándose en la religión de Santo Domingo haya imitado a Santo Tomás leyendo artes y teología; y también se ha visto en Tunja un clérigo de nuestra virtud y de muchas letras (nómbrolo porque ya es difunto) el maestro Antonio Manuel Manuel, que habiendo sido discípulo en esta aula fue después en esta ciudad eminente lector de las artes y al presente hay muchos tan doctos que aunque no han oído facultad pudieran regentar cátedras en cualquiera de las mejores del mundo.

## Capítulo VII

Pacifica el padre rector un disturbio nacido de un libelo infamatorio

Poco tiempo después de la fundación del colegio se empezó a verificar la revelación dicha en el capítulo V de que sus moradores eran palomas sin hiel, pues a uno de ellos que era el superior de todos llamado el padre Gonzalo Núñez, como pacífico procuró ofrecer una paloma a Dios; que eso es concorda a otros con el vínculo de la paz en sentir de Laureto en sus alegorías: «Columban offerre est alios ad pacem reducere». El caso fue que unos hombres mal hablados tuvieron atrevimiento para poner por escrito falsedades en un libelo infamatorio contra el corregidor, el cual sentido de su injuria, no sabiendo quién era la causa de su agravio prendió a muchos y entre ellos a algunos de los regidores de la ciudad; mas viendo que no sacaba cosa ninguna a luz alcanzó de la Real Audiencia que volviese a Tunja un oidor para la averiguación del delito. Muy ensangrentadas andaban las cosas, y sintiendo el padre rector lo sangriento, se fue a casa del corregidor suplicándole que perdonase a los que le hubiesen ofendido desistiendo en la prosecución de la causa, y aunque tuvo muchas dificultades en concederle lo que el padre le pedía, le concedió al fin presentando petición de que se desistía de la causa comenzada. Muy gustoso el padre se fue a recabar este mismo con el señor oidor, el cual volviendo a muchos que estaban presentes les dijo que estos eran los buenos pasos en que andaban los de la Compañía, y que estos eran los medios que solían buscar para conseguir el fin de la paz en las repúblicas y que Dios les había hecho gran beneficio en traerlos a la de Tunja, y añadió que no tenía por buen cristiano al que no era bien afecto a esta sagrada religión; y él mostró su buen afecto haciendo cuanto el padre rector le dijo, en orden a la unión de las voluntades discordes. Quedaron todos amigos después de tantos disturbios y después de algunos días se fueron a confesar con el mismo padre rector los que habían fijado el libelo infamatorio y eran muy diferentes de los que habían sido presos y maltratados, sucediendo entonces lo que suele acontecer muchas veces en el mundo que es pagar los inocentes por los culpados. Los que lo eran en esta causa le rogaron al padre para descargo de sus conciencias que desde el púlpito dijese a toda la ciudad en nombre de ellos (sin nombrarlos) que era falso cuanto habían escrito contra el señor corregidor, y que ninguno

de los que habían sido presos habían tenido culpa; que a todos les volvían sus honras y a todos pedían perdón. Todo esto dijo el padre en un sermón de mucho concurso, con que el señor corregidor ofendido quedó desagraviado, los que injustamente habían padecido quedaron bien opinados, y el predicador quedó muy contento de haber sacado de su sermón este fruto entre los otros muchos que solía coger su celo fervoroso entre los otros sermones.

### Capítulo VIII

Hace la Compañía una muy solemne fiesta de Carnestolendas con la nueva introducción de santas reliquias

Cuando la Compañía de Jesús entró en Tunja estaba esta ciudad tan pobre de reliquias de santos, que no tenía más que una colocada en la iglesia mayor, pero después que en ella se fundó nuestro colegio lo enriqueció a él y a la ciudad el padre Gonzalo de Lira haciéndole un inestimable presente de reliquias de santos que de Roma trajo el padre procurador de esta provincia. Recibidas con sumo gozo el padre rector y ejecutando la virtud de la religión con los santos trató de colocarlos con respeto y de festejarlos con veneración. Para esto hizo, según su posible que se labrase un tabernáculo de tres varas en alto con sus columnas y nichos dorados que se cerraban con dos puertas hermosamente doradas y pintadas curiosamente con tarjas y en ellas retratados a San Victorino y a San Vital, mártires, y por haber recibido del santo el cuerpo y del otro la cabeza. El tiempo que escogió para el festejo el padre rector fue el de las Carnestolendas para expeler lo profano de ellas con lo devoto de las reliquias. Enviolas muy con tiempo al religiosísimo convento de Santa Clara, donde se aliñaron diez andas con muchas joyas de oro y esmeraldas para que en ellas colocasen y trajesen en procesión las reliquias de los santos al templo de Jesús, por quien dieron sus vidas con valor en sus martirios. La procesión se hizo del modo siguiente:

El domingo de la quincuagésima fueron todos los clérigos religiosos y ciudadanos al convento de Santa Clara y de allí salió la procesión acompañada de mucha y muy buena música y con muchas danzas de indios. La señal de la santa cruz iba por capitana, que como los celebrados eran santos que con su martirio habían llevado la cruz era bien que esta los honrase yendo delante de todos. Tras la cruz se seguía un medio cuerpo dorado en las primeras andas con una reliquia grande en el pecho de Santa Sinia, virgen y mártir. En las segundas andas iba un brazo dorado con sola reliquia de brazo de Santa Quitilina, virgen y mártir. En las terceras se seguía un relicario de madera dorado de vara y media de alto con ángeles plateados con sus encasamentos grandes en que iban las siguientes reliquias de mártires de razonable tamaño. Un pedazo de casco de San Saturnino, otro de San Crescencio, otro de San Justo, otro de la de

San Probo, otro del casco de San Floro, otro de San Segundino, tres huesos de San Vital, de San Liberato, una muela de Santa Valeria, huesos de Santa Adria, tres muelas, un diente y huesos de las once mil Vírgenes, hueso de San Liberato, de San Anatolio, hueso de los cuarenta mártires y de San Plácido, San Gaudioso, San Basilio y San Vicente, todos mártires. En las cuartas andas iba otro medio cuerpo dorado de Santa Beatriz, virgen y mártir con reliquia en el pecho de la misma santa. En las quintas andas iban en dos cálices dorados una costilla y un pedazo de casco de San Eugenio, mártir, y en medio de estos cálices un relicario dorado con reliquia del beato Stanislao y pendiente de las andas una redoma de sangre y huesos de San Sabino, mártir. En las sextas andas iba otro relicario de vara y media de largo y llevaba un buen pedazo de casco de San Constantino, costilla de San Vitarino, costilla de San Valentín con otros huesos suyos y un dedo de San Emerentino, todos estos mártires; iba también reliquia del vestido de nuestro padre San Ignacio, canilla de San Fronosimo, encaje de la barba de San Eugenio, canilla de San León, canilla de San Feliciano, de San Largo, de San Sereno, hueso de Santa Bibiana, de San Erasmo, de San Casiano, mártires. Las séptimas andas llevaban tres cálices de plata, en el uno dorado con una salvilla encima iba la cabeza de San Vital, a los dos lados iban una canilla de San Vicente y otra de San Máximo y pendiente un pomo grande de vidrio con reliquia de Santa Reparta, mártires. En las octavas andas iban las reliquias de los siguientes mártires: un brazo dorado en que iba una hermosa canilla de una de las once mil Vírgenes y a sus dos lados en los dos cálices una costilla de San Anastasio y una canilla de San Florencio; iban estas andas riquísimamente aderezadas de personas devotas de las once mil Vírgenes. En las andas nonas iba en un cofrecito de terciopelo carmesí con ferramenta y guarniciones doradas el cuerpo de San Víctor, mártir, y encima de él un cáliz y salvilla dorados con la cabeza del mismo santo. Después destas andas se seguía el guión que llevaba el alguacil mayor de la ciudad y después de él iba el diácono con la figura y sudario de Visanzón de Alemania en que está impreso el rostro de Cristo Señor Nuestro después de muerto tocado a la Santa Sábana, llevábalo también como guión y luego se seguían las andas del Santo Lignum Crucis, pieza mucho de estimar que envió a esta provincia el padre Jacobo Domenech, rector del Colegio Romano; iba en un relicario de plata sobredorado con muchos engastes; de esmeraldas que vale más de doscientos pesos, el cual dio una señora muy principal devota de la Compañía.

Estas andas valdrían más de seis mil pesos de joyas y piezas de oro. Iban en hombros de sacerdotes y religiosos con estolas: al cuello y debajo de palio, cuyas varas llevaban los regidores, y las demás andas iban también en hombros de religiosos y clérigos y personas de la congregación. De esta manera llegaron a nuestra iglesia que estaba muy bien aderezada de sedas y cuadros y el Santísimo Sacramento estaba descubierto para recibir las reliquias, y por el jubileo de las cuarenta horas hubo misa y sermón muy a propósito de la fiesta y a la tarde se representó un excelente coloquio del martirio. El segundo día fue también célebre con misa y sermón del Santísimo Sacramento a que dio fin por la tarde un coloquio de este soberano misterio. En el martes se concluyó la solemnidad con otra misa solemne y un sermón muy a propósito del tiempo, porque trató el predicador

del modo con que las carnestolendas se habían de mudar del todo en espirituales; después a la tarde se divirtió a la gente de otros entretenimientos con el de un santo coloquio. En estos tres días fue grande el concurso de confesiones y comuniones y comenzó fervorosa la devoción con las santas reliquias y se continuó acudiendo algunos en sus necesidades a la invocación de los santos encendiendo cera en el altar de las reliquias y asistiendo todo el día en oración delante de ellas.

## Capítulo IX

Institúyese congregación de indios y negros con la advocación del Niño Jesús

Mucho cuidado daba al padre provincial Gonzalo de Lira, el ver que había llegado el año de seiscientos y trece sin haber podido poner en la casa de Tunja un operario de indios que entablase la Congregación del Niño Jesús que la deseaba mucho por el copioso fruto que esperaba de su institución en indios y negros, y con haber falta de sujetos le dio tanta priesa el celo, que aún con incomodidad de otro puesto sacó de él un operario para este ministerio.

Cúpole la dicha de entablar esta congregación al insigne padre Juan Manuel, el cual con su gran capacidad y con su fervoroso celo entabló de suerte que ni había más que pedir ni más que desear en ella. Impúsolos en que acudiesen todos los domingos a aprender la doctrina cristiana y a oír las pláticas que les hacía con mucho espíritu acomodadas a sus capacidades cortas.

Confesaba a los indios y negros a menudo y estableció que por lo menos comulgasen los congregantes por modo de comunidad cinco veces al año en los días que tenía señalados. En estos se les cantaba una misa con mucha solemnidad y luego se les hacía una plática acerca de la comunión sacramental. Después de la misa iban llegando a comulgar de dos en dos con sus velas encendidas en las manos tan modestos y devotos, que causaban devoción a las personas españolas que ponían en ellos los ojos y de ellos les salían lágrimas nacidas de lo que miraban. A estas comuniones generales acudían no sólo los indios y las indias que vivían en la misma ciudad de Tunja sino también los que moraban en los pueblos circunvecinos. Esta introducción fue tanto más digna de loa cuanto era más vituperable el abuso que antes estaba introducido, porque cual y cual era el indio a quien daban la comunión en el artículo de muerte y era rarísimo el indio que cumplía con el precepto de comulgar por Pascua Florida porque erróneamente juzgaba que los indios eran por su rudeza incapaces de la



comuni3n, y a la verdad ha mostrado la experiencia que se hacen muy capaces si el celo trabaja en ense1arlos.

Con estas confesiones y comuniones se ha visto una gran reformaci3n de costumbres en los indios y en los negros. Antes en los indios era vicio como natural la embriaguez y en algunos se ha experimentado que despu3s que confiesan y comulgan se han corregido de suerte que ya no se embriagan. Muchas indias se han conocido que siendo de poca edad han tenido valor para resistir a las sollicitaciones de personas espa1olas que combatían su castidad. Ya se recataban de cometer los pecados que antes solían hacer sin recato. Era esto de manera que extrañaban cualquiera culpa que vían en un cofrade del Ni1o Jesú s pareciéndoles que siendo de la cofradía habían de evitar toda culpa, y por eso cuando vían alguna en alguno de los congregantes le decían: «C3mo haces esto siendo hermano de la Cofradía del Ni1o Jesú s». Para conservar a los indios y negros en virtud y para corregirles en los defectos segú n las reglas que dicta la prudencia, tenía el padre fiscales fidedignos que le avisasen.

Tambi3n tenía misericordiosa providencia para con los enfermos se1alando congregantes que tuviesen por oficio darle noticias de los que enfermaban. En dándoselas iba a visitarlos, procuraba que se les socorriese con lo necesario de medicinas y sustento. En lo que ponía más sollicitud era en el bien de las almas procurando que las tuviesen limpias por medio de la confesi3n y que ninguna se le fuese a la otra vida sin haber primero recibido el sagrado Viático y sin haberse fortalecido con la Extremaunci3n.

Para que las almas de los indios desvalidos y de los pobres negros no fuesen (como suelen decir) á nimas solas, disponía que entre a1o se juntase limosna para que los cl3rigos y los religiosos que la pueden recibir dijese n misas por los difuntos de la Cofradía del Ni1o Jesú s. Y despu3s del día que la iglesia tiene dedicado para todos los finados se ordenó que en nuestro templo se hiciese cada a1o un solemne funeral con su túmulo, muchas velas, misas y con las demás cosas que se acostumbran en los Quizás porque con estas y con otras obras ayudó el padre Juan Manuel a los miserables indios y negros de Tunja, dispuso Dios que al cabo de muchos a1os de ausencia se fuese a morir a Tunja. Allí le dio la última enfermedad y en todos los días que le duró le iban a asistir algunos de estos pobres, y por no a1adir desconsuelo a su aflicci3n se les permitía que tambi3n de noche le asistiesen. Allí muri3, y el padre Julio Ledi, que entonces era actual rector le besó los pies con lágrimas en los ojos y abri3 los labios diciendo: «A este santo var3n no le han conocido; a sus pies habían de estar las coronas y bocas de muchos». A donde él misericordiosamente enterraba a los pobres está sepultado, y es cierto que fue un mont3n de escogido trigo porque cuando vivía aú n estando ausente de Tunja, sustentaba en espí rito con cartas y otras diligencias a sus congregados, y despu3s de enterrado como trigo o alcanzado de Dios que haya multiplicos espirituales en esta pobre gente.

## Baptismos de algunos indios

Cazadores de Jesús han sido los operarios de la Compañía, pero muy diferentes de los cazadores del mundo, porque estos andan en busca de las fieras para darles la muerte con el fuego de la pólvora; mas aquellos andan buscando los brutos gentiles para darles la vida con el agua del bautismo. El año de veinte y ocho pasaban de tres mil los que se habían bautizado en la comarca de Tunja por mano de nuestros operarios, y es el caso que se encontraban muchas veces con indios ya viejos que por haberlos bautizado no sé quién sin haberlos catequizado ni haber entendido ellos lo que era bautismo, ni para qué lo recibían era preciso el catequizarlos y hacer todas las demás cosas que deben preceder al bautismo de los adultos, y así habiendo hecho esto los bautizaban.

La primera cosa con que se encontraron en el año de once fue con la de cinco infieles de los llanos, en cuyo catecismo era preciso el valerse de intérprete que supiese su lengua y entendiese la nuestra. Andaban ansiosos en busca de él por no perder la presa y a este tiempo proveyó el Señor de un indio que pasaba por esta ciudad a la de Santa Fe, y tan de paso que no estuvo en Tunja más tiempo del que fue necesario para catequizarlos, de suerte que después de bautizados yendo a buscar al intérprete para que los hablase ya se había ido. Dos de ellos murieron felizmente tres días después que fueron bañados con aquellas aguas que les dieron la vida. Referiré aquí dos casos en particular para que se vean y se alabe a Dios Nuestro Señor por los efectos de su divina predestinación. Pasaba a media legua de esta ciudad en lo riguroso del sol de mediodía una india muy cristiana de la Cofradía del Niño Jesús, el cual la movió a que se apartase del camino a buscar algunos palos de leña para que hallase a uno de sus predestinados. Vio tendido en medio de un cieno a un indio viejo que según el aspecto pasaba de noventa años su edad; estaba desarrapado, ciego, y pisado de los gallinazos, y según eran las pocas fuerzas con que el miserable podía defenderse de aquellas aves voraces le hubieran maltratado mas si no hubiera tenido a su lado un perrillo que había criado el cual con ladridos espantaba de cuando en cuando a los gallinazos para que no hiciesen mal al indio que dándole un hueso le había a él hecho mucho bien. Enterneciöse la buena india con la vista de aquel espectáculo miserable, y dándole priesa la compasión se fue corriendo a nuestro colegio y dio aviso de lo que había visto al padre cofradía el cual salió al punto en busca de cabalgadura y de gente que trajese al indio, y todo parece lo tenía Dios a punto para remedio y salvación de aquel pobre. Trajéronle y llegó tal que no parecía hombre vivo sino un cuerpo muerto porque la hambre, la vejez y el desabrigo del campo lo habían puesto en tal estado que no oía ni hablaba. Trató el padre de que reviviese y para este efecto le fue dando unos bizcochuelos remojados en vino con que fue volviendo en sí y estuvo para dar cuenta de cómo no estaba solo bautizado mostrando grandes deseos del bautismo. No lo dejó el padre hasta tenerlo muy bien catequizado; baptizole y lleváronle al

hospital donde quiso Dios que le durase tres días la vida para que hubiese muchos testigos oculares de la piedad que su divina misericordia había usado con aquella alma tan olvidada de los hombres como preciosa en su divino acatamiento.

Hubo en esta ciudad un negro de Guinea que casi llegó a vivir cien años y lo más de ellos había estado entre cristianos y era tan ladino como cualquier español. Habiéndole examinado los nuestros algunas veces para conocer si había sido válido su bautismo no había querido descubrir la duda que le causaban las preguntas que en el examen le hacían los padres porque temía que harían burla de él si públicamente lo bautizaban. Al fin estimulado de su conciencia y tocado de Dios habiendo estado algunos años antes tan enfermo que no se podía menear en la cama hizo que le subiesen a caballo y se entró un día en nuestra casa en busca del padre de la cofradía el cual, cuando vio al viejo con grandes ansias de bautizarse y con muchas lágrimas de pesar por no haber sido bautizado antes se enterneció con él y habiéndole dispuesto le bautizó y dentro de pocos días murió habiendo recibido todos los sacramentos con grandísimo consuelo suyo dejando a muchos envidiosos de ver el fervor con que dio su alma al que la crió.

## Capítulo XI

Llevan dos de la Compañía a un enfermo en sus hombros al hospital

Muchos motivos hay por los cuales deben con especial cariño mirar los de la Compañía al hospital de Tunja. El primero no es particular sino común a todos los hospitales y es porque en ellos se curan unos hombres enfermos que representan a un Dios Hombre dolorido que recibe los obsequios que se hacen a los enfermos como si se hiciesen a su misma persona dolorida. El segundo motivo y especial para los de esta provincia es porque el hospital de esta ciudad caritativamente recibía por huéspedes a los de la Compañía cuando no tenían colegio propio donde vivir, y así es forzoso que viva en nuestros pechos una amorosa gratitud. El tercer motivo es el saber que desde que se fundó la casa de probación y no viciado en esta ciudad ha sido el hospital un lugar donde así los padres de tercera probación como los hermanos novicios han adquirido muchos méritos de humildad y caridad sirviendo en sus días señalados a los pobres enfermos, aunque ha habido tiempos en que algunos padres priores de la hospitalidad de San Juan de Dios eran tan fervorosos que se la querían hacer todo y no querían admitir a los de la Compañía para que los ayudasen en los ministerios humildes y sólo se holgaban de que fuesen a limpiar las almas de los enfermos con el sacramento de la penitencia.

Ya en el capítulo V toqué algo de lo que algunos novicios hicieron en este hospital, y ahora referiré un caso singular que mereció ser título deste capítulo. Dieron noticia en la Compañía de que estaba enfermo un indio y de que por su pobreza necesitaba de que en el hospital le diesen medicinas

para recobrar la salud y el manjar para sustentar la vida. Con esta noticia se movieron fervorosamente un padre de tercera probación y un novicio a querer llevar al pobre enfermo al hospital, y así le pidieron la licencia para hacerlo al superior. Diola y ellos le llevaron en medio de suerte que cada uno le iba ayudando a andar por su lado; mas como ya le faltase el vigor para proseguir el viaje acaeció el desfallecer en una de las calles más principales y más frecuentada de los vecinos. El desfallecimiento le causó compasión al padre y su humildad y caridad le movieron los dos brazos para que cogiéndolo en ellos lo llevase cargado en sus hombros a imitación de su Buen Pastor Jesús. Admiráronse de ver este espectáculo los que estaban en la calle, y uno de ellos llamando a un criado suyo le mandó que quitándole al padre la carga la llevase a cuestras, y otras personas hubo también que quisieron cargar al pobre movidas con el buen ejemplo del padre pero él no quiso dar a otro el honroso cargo que para sí había tomado ni dar a nadie su preciosa carga, y así la llevó hasta que le faltaron los bríos con el cansancio, y entonces el hermano novicio imitó al padre llevando el peso a cuestras hasta el hospital. Allí si hubieran podido le hubieran dado la salud, pero esta solamente la puede dar Dios y la da milagrosamente cuando quiere como se verá en el capítulo siguiente.

## Capítulo XII

Da Dios la salud a una enferma por medio de las imágenes de santos de la Compañía

Porque no podían mucho a mucho iban poco a poco los padres rectores ejercitando la virtud de la religión con los actos de aderezo y aliño del templo de la Compañía. Para este efecto dispuso uno de los rectores que un escultor labrase en Santa Fe 3 imágenes de bulto, la primera de nuestro primer padre y fundador San Ignacio, la segunda del hijo de su espíritu San Javier y la tercera del beato Luis Gonzaga. Cuando ya los santos bultos estaban acabados y cerca de la ciudad de Tunja se trató de que toda la ciudad saliese a recibirlos con reverencia religiosa y traerlos con procesión solemne a la iglesia de la Compañía. Llegó el rumor desta acción a los oídos de una mujer tan impedida de un brazo, que había siete meses que no era señora para poderlo mandar ni hacerlo que se menease para cosa alguna; y aunque le habían aplicado muchos medicamentos ninguno le había aprovechado. Había oído decir esta afligida mujer que cuando entraban de nuevo algunos santos en las ciudades solían hacer milagros, y así deseosa de recobrar por milagro la salud que no había podido cobrar por la medicina, salió con los demás de la ciudad al recebimiento de las tres imágenes de nuestros santos a quienes pidió con todo afecto la sanidad de su brazo, pero no sintió luego el poder de Dios ni vio luego la mano que con su Majestad tenían los tres santos como privados suyos y así se

volvió a su casa y preguntándole cómo le había ido respondió que estaba muy desconsolada porque se volvía tan mala como había ido; pero de ahí un rato se consoló cuanto se puede pensar, pues pidió un hueso y teniéndolo en la mano se halló con el brazo bueno y se puso a hilar sin dolor alguno y con mucha agilidad. No retardó los agradecimientos para otro día; en el mismo de la bienvenida de los santos se partió a darles los agradecimientos por el beneficio y a ofrecerse para servirles devotamente todo el resto de su vida. Este caso se autenticó tomándolo por fe y testimonio y causó gran devoción a los santos en algunas personas de la ciudad.

Celebraron devotamente a los tres santos recién venidos con religioso culto en nuestra iglesia. Colocáronlos en el altar mayor, pero no en nichos porque no hubo retablo en muchos años por no tener la casa caudal con qué hacerlo hasta que el padre Francisco de Ellauri, que fue fervoroso novicio en ella, siendo después su rector, puso todo su conato en solicitar limosnas, y a costa de muchos trabajos y desvelos hizo un muy excelente y muy vistoso retablo con sus nichos, donde con excelente disposición se pusieron los tres santos y otros muchos juntamente con ellos. La capilla mayor donde están se debe a la arquitectura del insigne hermano padre Pedro Pérez que la labró y es una de las mejores que hay en este Reino. No puedo dejar de decir aquí lo que sucedió con el cuerpo difunto de este su arquitecto. Al cabo de más de ocho años después de enterrado trataron de trasladar su cadáver a la capilla mayor que había fabricado, y certifican personas de toda autoridad que estando comidas de la tierra las carnes, los huesos estaban con su trabazón y el vientre sin corrupción ninguna, y que para juntar unos huesos con otros doblaron el cuerpo y entonces vieron que vertió del lado del vientre mucha sangre tan fresca como si estuviera vivo, y que tenía tan buen olor que no se podía mejorar en este mundo.

### Capítulo XIII

Festejan la beatificación de San Francisco de Borja y lo eligen por patrón contra los temblores

Llegó desde Roma a Tunja la sagrada Bula de la beatificación del gran general de la Compañía San Francisco de Borja, y habiéndose recibido con mucho aplauso dispuso la devoción hacerle muchos festejos, así en lo secular como en lo eclesiástico, conque la celebridad correspondió a la una y otra vida del santo a lo que tuvo secular y a lo que profesó eclesiástico. En lo eclesiástico hubo en la duración de nueve días solemnes vísperas, misas celebradas con mucha armonía de músicas, sermones predicados con grande ingenio y una procesión de mucho concurso que con velas encendidas en las manos acompañaba la imagen de este grande de entrambas cortes de la de Madrid y de la del cielo. En lo secular le festejó todo lo noble de Tunja que era mucho y no poco ilustre. De noche

hicieron fuegos artificiales, encendieron luminarias, pasearon la plaza y calles con vistosas máscaras. De día jugaron toros, corrieron a caballo y mostrando su destreza muchos jinetes que entonces se preciaban de saber picar y correr a caballo y estaba la caballería muy en su punto.

Para que no se arruinasen los altos edificios de la ciudad con los temblores, y para que con sus ruinas no pudiesen algunos de los vecinos, trataron de tomar por su patrón y abogado contra los temblores a este gran santo que de humilde mientras vivió en la tierra daba cada día ósculos a la tierra, y de temeroso temblaba de los juicios de Dios. Hicieron voto de hacerle fiesta y de guardarla todos los años en reconocimiento de que para el dicho efecto lo elegían por su abogado. Desde entonces el milagro continuo de su abogacía y patrocinio ha sido detener la justicia divina para que no castigue con terremotos a los pecadores de esta tierra, pero en verdad que si le faltan al culto que le tienen prometido sabe hacer que haya temblores como se verá por el caso siguiente:

Víspera del día del santo sucedió que a un nuevo cura que había venido a la ciudad le dijeron que había de ir en procesión a la iglesia de la Compañía por ser San Francisco de Borja votado por patrón de la ciudad. Rehusó el ir a la procesión y en aquella noche hubo un terrible temblor y el cura cayendo en la cuenta porque no se le cayese la casa (que era muy alta) encima, prorrumpió en voces altas diciendo: «Ah santo mío San Francisco de Borja, perdonadme que no sólo iré a la procesión sino que cantaré la misa y haré cuanto fuéredes servido». Cumpliolo yendo el día siguiente a la Compañía y haciendo las demostraciones que supo y pudo en honor de este gran santo que quiere que le cumplan fielmente la palabra que le tienen ofrecida.

En un pueblo llamado Siachoque, distante de Tunja dos leguas, se conmovió la tierra y hubo un grande temblor y asustados el corregidor y su consorte se arrodillaron ante una imagen de San Francisco de Borja, y pidiéndole favor prometieron mandar decir una misa en su honor el día siguiente. Cesó al punto el terremoto y al amanecer llevaron al altar de la iglesia un cuadro del santo. Cantó la misa el cura y al tiempo de la consagración afirmó que había sentido tan celestial fragancia que juzgó no podía ser de la tierra. Advirtió también el cura que salía un sudor de la mano en que tenía el santo la imagen del Crucifijo y que de las gotas del sudor se formaba una cruz; llamó al corregidor para que la viese, viola él y otros muchos españoles que estaban presentes y el pueblo todo de los indios; duró este milagroso sudor hasta las cuatro de la tarde y con él se movieron a festejar el santo en el domingo siguiente y le hicieron una fiesta muy ostentosa.

Como San Francisco de Borja fue tan grande imitador de su padre San Ignacio en la tierra, ha querido también ser imitador en el cielo de sus milagros, y así en las Annuas del año de seis cientos y quince se escribe que estando tres mujeres apretadas con muy dificultosos partos y con mucho riesgo de perder las vidas les dio un padre de la Compañía una firma de San Francisco de Borja después de haberlas confesado encargándoles que se encomendasen mucho a él y que dentro de poco tiempo parieron con felicidad. Donde más resplandeció el milagroso poder de este humildísimo grande, fue en el parto de una mujer que estuvo cuatro días en el potro de los dolores con el niño ya muerto en el vientre y desesperando todos de su

vida llamaron a un padre devoto de San Francisco de Borja el cual muy confiado dio su firma y aplicándola a la paciente, el niño que había veinticuatro horas que tenía un brazo solo afuera, salió del todo afuera dejando a su madre con la vida.

#### Capítulo XIV

Desde el pueblo de Chitagoto se traslada a la ciudad de Tunja una imagen de San Francisco de Borja

Un caballero de Tunja llamado de Moxica, encomendero de Chitagoto hizo colgar con singular piedad un lienzo de San Francisco de Borja en la iglesia de su encomienda. Allí se fomentó mucho la devoción del santo padre porque obró muchos milagros que están examinados y aprobados con informaciones jurídicas hechas por orden de los señores arzobispos. Lo admirable de aquella imagen era que frecuentemente sudaba, y habiéndose hecho no pocas experiencias siempre se reconoció que era milagroso el sudor y se vía en los efectos, pues los recogían en algodones y aplicándolos a varias enfermedades cobraban los dolientes la salud. En Chitagoto fundaron una cofradía con el título deste grande de la corte del cielo, y como eran labradores los cofrades acudían en tiempo de secas a pedirle el agua y les daba las lluvias en la ocasión oportuna.

Estas cosas iban aconteciendo cuando adoleció de muerte el caballero Moxica, y testando declaró que era su última voluntad que su imagen de San Francisco de Borja se llevase a nuestro Colegio de Tunja. Empezó esta ciudad a arder en deseos de traerla, y así convocándose unos a otros partieron al pueblo donde estaba la imagen juntamente con el padre rector de nuestro colegio. Cantáronse dos misas en reverencia del santo a la solemnidad de su partida. En la que cantó el padre doctrinero de Sátiva empezó a variar colores la imagen destilando gran copia de sudor y por dos veces interrumpió la misa porque asombrado con lo que vía no acertaba a pasar adelante y tomó por medio el cubrir la imagen con su velo para poder acabar el sacrificio.

Acabado éste sacaron la santa imagen con llantos y con júbilos; los llantos eran del pueblo que dejaba que le llevasen su querido santo; los júbilos eran de los que lo llevaban. Cuando llegaron cerca de Duitama salió a recibirle el pueblo con sus imágenes, pendones y chirimías y colocándole en su altar mayor le festejaron por espacio de tres días con grandísima solemnidad. De allí sacaron la imagen con acompañamiento copioso de españoles y de indios. Los de Tunja alcanzaron con ruegos que entrase de camino la santa imagen en la iglesia, y en verdad que les entró el bien a su tierra porque estaba muy seca y casi perdidas las sementeras por falta de agua. Supieron pedirle como debían y por eso el santo con su intercesión hizo que las nubes les diesen toda el agua necesaria. Por este beneficio se aficionaron más a San Francisco de Borja y rogaron al padre rector que dejase su imagen en Tunja prometiendo que a su costa le

labrarían una capilla y que con el trabajo y sudor de sus rostros comprarían adornos para un santo que tan milagrosamente sudaba. De más a más prometieron en retorno deste beneficio cien pesos de limosna al Colegio de Tunja.

No tuvo efecto su petición porque era preciso cumplir la voluntad del testador llevando la imagen a Tunja. Toda ella salió al recibimiento yendo unos a caballo y otros a pie. A una legua de distancia pusieron los alcaldes y personas de más estimación la imagen sobre sus hombros y caminaban así hasta los umbrales de Tunja. Aquí hallaron unas andas ricamente aderezadas con joyas en que pusieron al santo, y tomándole en hombros los sacerdotes lo llevaron a boca de noche con gran copia de luces que la esclarecían al convento del seráfico padre por cuya devoción le habían puesto el nombre de Francisco. Recebieron el padre provincial que a la sazón estaba allí con todos los religiosos de su comunidad, que colocándole en un rico altar religiosamente le dieron la bienvenida con sonora música. Lo mismo hicieron las religiosas de Santa Clara, a cuyo convento inmediatamente llevaron la imagen porque después de la celebridad que hizo el convento de religiosos del patriarca Francisco era conforme a buen orden que se siguiese el convento de sus religiosas hijas en festejar a este otro Francisco, y lo hicieron pidiendo con instancia que les dejasen por toda la noche el lienzo del santo, en cuya presencia se estuvieron velando con oraciones y con músicas angélicas.

El día siguiente que fue víspera de la fiesta del mismo San Francisco de Borja se llevó su imagen con solemnísimas procesión a la iglesia mayor donde el vicario y el cabildo secular gustaron de que se celebrase la fiesta del santo como de patrón. Cantó las vísperas de este Francisco grande el padre provincial de San Francisco con gran solemnidad, y el siguiente día cantó la misa y predicó a ella un padre de los nuestros los elogios del santo festejado con grande concurso de lo noble y de lo plebeyo.

A la tarde por petición piadosa de las monjas de la Purísima Concepción de la Virgen Santísima se llevó la imagen a su convento donde la pusieron en un altar con grande copia de luces y le cantaron angélicamente muchos motetes, y después de este festejo, caminando con religiosa procesión entró el santo en su propia casa de la Compañía y lo colocaron en un altar de prestado hasta que andando el tiempo le hicieron tabernáculo en que está al presente, teniendo a sus dos lados a los dos angélicos mancebos San Luis Gonzaga y San Estanislao. La imagen de San Francisco de Borja es muy venerable, tiene el rostro señalado con los hilos y listas del sudor, reconcilia devoción en los que lo miran. Muchos han visitado devotamente esta imagen mandando decir misas, encendido luces, hecho novenas y ofrecido votos. El que la ciudad le consagró para que la patrocinase en los temblores, lo cumple inviolablemente en los meses de octubre, y el santo cumple en el cielo eficazmente con su patronato alcanzando de la divina justicia que no castigue esta tierra con la ruina de los temblores.



Muéstrase algo del fruto que se ha cogido con los ejercicios espirituales de nuestro padre San Ignacio

Nuestra casa de Tunja por ser de probación y de noviciado ha excedido a los demás colegios en la repetición de los ejercicios de nuestro padre San Ignacio porque en los otros colegios se retiran a hacerlos una vez al año, pero los que están en el de la tercera probación los hacen más veces, y cada uno de los novicios se ocupan en hacerlos dos veces cada año. Los operarios de este colegio, como tan prácticos han dado estos ejercicios a las religiosas de los dos conventos que hay en esta ciudad y han sacado mucho fruto de ellos y quedado algunas con tanta afición que tienen trasladados los ejercicios y devotamente los practican de cuando en cuando. También los han dado nuestros operarios a algunos seglares en nuestra casa, y de algo de los frutos que han cogido hablará este capítulo sin prolijidad.

Fue el doctor don Juan González un eclesiástico de grande capacidad pero empleábala mal en divertimento. Quiso Dios convertirlo a sí, y para este fin le movió a que tomase el medio de hacer en el noviciado los ejercicios que tantas almas han convertido. Correspondió a la divina inspiración y de tal suerte se ilustró su buen entendimiento con las meditaciones, que se trocó del todo su voluntad y se mudó en otro hombre muy diferente del que había sido, y sin duda hubiera entrado a ser novicio nuestro si las obligaciones de pariente[s] pobres no le hubieran cerrado la puerta. Salió de la de los ejercicios tan otro que los muchos que antes le buscaban para los placeres y entretenimientos ya huían de su comunicación y sólo se le llegaban los que apetecían ir a la senda derecha por donde él caminaba. Entregose mucho a la oración y mortificación y con estas dos alas dio tales vuelos de espíritu que los que miraban sus ejemplares obras decían que el doctor Juan González era un santo. Escribió sobre los ejercicios de nuestro padre San Ignacio las ponderaciones que le habían hecho fuerza para su desengaño y para desengañar con ellas a otros las comunicó primero manuscritas a las monjas del convento de Santa Clara de Tunja y después las imprimió con título de Semana Espiritual. Dio en predicar con mucho espíritu no parando en las vivezas de su ingenio sino pasando a mover las voluntades de sus oyentes a toda virtud empleando bien el gran talento de púlpito que su Señor le había entregado. Diéronle bien en qué entender los escrúpulos de su propria conciencia, y siendo tan capaz doctor que era el desahogo de pecadores que con él se confesaban, no acertaba a ser doctor para sí, y por eso acudiendo todos los días a nuestra casa se hacía discípulo de los que allí estaban de la Compañía tomando sus consejos y siguiendo sus pareceres. Sus comunicaciones eran todas de cosas de Dios y su ejercicio era llorar los pecados de la vida pasada. Con este tenor de vida perseveró hasta la muerte que le salteó siendo cura rector de la catedral.

Otro sacerdote hubo en Tunja que por su modo de proceder le llamaban Roberto el diablo, siendo su proprio nombre Vasco de Figueroa, y era de lo noble de Tunja. Resolviose a entrar en unos ejercicios por motivo de

curiosidad, no por deseo de su desengaño. Viendo esto el padre que le daba los ejercicios, cogió un Santo Cristo, y llevándolo debajo la sobre ropa entró en su aposento preguntándole cómo le iba, y respondiéndole que le iba mal por el desabrimiento con que estaba, descubrió la imagen diciéndole: «considere quién ha puesto a Jesucristo de esta manera tan sangriento y tan llagado sino sus pecados, y dejándole la santa imagen se salió fuera del aposento. Quedó atónito el eclesiástico con la acción, comenzó a desengañarse y a llorar con tanto arrepentimiento que determinó evitar en adelante los pecados con tanta verdad y firmeza, que en más de diez años que vivió después de los ejercicios en el siglo, no cometió pecado mortal. Resolviose a apartarse del mundo y a dejar las comodidades de las rentas que gozaba; pero no ejecutó tan presto esta resolución porque dispuso la Divina Providencia que viviendo en su casa y en su patria edificase con su buen ejemplo a los mismos que había desedificado con su mal proceder. Retirose del mundo en el mismo mundo, entregose a la oración y acompañábala con mortificaciones que hacía. Íbasele el alma en hablar de cosas de Dios cuya honra celaba mucho procurando que ninguno le ofendiese. A los pocos que había en este colegio los ayudaba confesando, diciendo misas y dando comuniones como si fuera uno de la Compañía y entró en ella dejando todas las comodidades que poseía y perseveró hasta la muerte en nuestra religión con edificación grande de los que lo conocían.

Un hombre secular entró a tener los ejercicios y salió de ellos tan aprovechado que se apartó de todas las ocasiones de divertimento en que antes mortalmente se había entretenido y para más seguridad de su conciencia se enlazó con el santo matrimonio y vivió con su mujer tan lealmente, que no la hizo agravio con otra mujer, para lo cual le ayudó no poco el confesar y comulgar continuamente en nuestro colegio; y como de sus sujetos recibía tanto bien les pagaba y agradecido con sus demostraciones grandes de amor.

En Tunja nació Diego de Páez, que parece que nació para contrario de la Compañía porque era el que murmuraba de nosotros, el que nos tenía por invencioneros, el que solía motejar a los que nos querían bien y seguían nuestros consejos. Sin embargo de esto siguió la inspiración de entrar por ocho días en nuestra casa para practicar los ejercicios de nuestro padre San Ignacio, que lo mudaron del todo en otro hombre. Fuese a su casa y en ella vivía como un religioso, tenía todos los días muchas horas de oración; aunque se vestía de galas muy ajustadas al uso, ajustaba en lo interior el cilicio; fuera del uso común mortificaba su carne con disciplinas, y el regalo que antes había tenido en lo aliñado y compuesto de la cama lo cambió con dormir unas veces en el suelo y otras sobre una caja.

Seguíanle y perseguíanle los amigos y amigas que antes había tenido en el mundo. Poníanse como espías en las esquinas de las calles para atajarle los buenos pasos y volverlo a los divertimientos estragados, pero él tomaba el medio mejor que era huir para escaparse de sus asechanzas, y así muchas veces se encerraba en su casa echando a su puerta la llave por la parte de adentro. Cuando había de salir fuera para ir a la Compañía le acometía el demonio con una gran vergüenza de que le viesen entrar en ella y así andaba por rodeos de distintas calles para entrar en nuestras

puertas, y también se valía de la capa de las tinieblas de la noche para entrar escondido y desta suerte tenía la oración en el noviciado y tomaba disciplina en la capilla juntamente con los novicios. Al fin se resolvió a entrar en la Compañía para servir a Dios sin rebozos, y ejecutando su resolución vivió en ella con perseverancia en el estado de hermano coadjutor edificando a todos con su buen modo de proceder en la puntual observancia de sus reglas. Cuando siendo portero llegaban algunos seculares a la puerta, les decía muchos desengaños para que no siguiesen engañados a los enemigos del alma sino al que los redimió con su preciosísima sangre. No sabía qué hacerse de amor que tenía a nuestra religión con que les quitaba el desamor que antes había mostrado y al fin en todo mostraba ser buen hijo de San Ignacio.

## Capítulo XVI

Sucesos de algunos que dejando el noviciado han salido al siglo

No todas las aves que guareció Noé en el arca fueron palomas, otras muchas aves hubo de otras especies. Lo mismo podemos decir de los que se han acogido a la casa del noviciado de Tunja para no padecer en los diluvios de las culpas del mundo. No todos han sido palomas conforme a la revelación referida en el capítulo V; otros ha habido que se pueden comparar a otras diferentes aves, y cuáles sean estas yo no me atrevo a decirlo porque soy ignorante y así dejo la comparación a Dios Trino y Uno que es infinitamente sabio y sólo pondré aquí los que no me han parecido palomas.

Entró un hombre en el noviciado con designio de servir a Dios en el dichoso estado de hermano coadjutor y estuvo tan lejos de ayudar a la religión y cumplir con el buen designio de servir a Dios, que dio bastantísima causa para el efecto de su expulsión. Salió fuera, y para poder vivir le pareció oficio acomodado el ser alcaide de la cárcel de esta ciudad, y en ella como a delincuente le condenó a cuatrocientos azotes un señor oidor y fue deshonrado por las calles públicas el que en lo secreto y público estuviera muy honrado si hubiera perseverado en la religión. No sé en qué vino últimamente a parar, sólo sé que quien le conoció decía que tenía muy poca seguridad en el vivir y que traía el sobre escrito de expulso de la Compañía.

Un novicio había ya casi dos años que estaba en la casa de probación, y estando tan cercano a profesar en la Compañía se salió a hacer profesión de secular en el mundo y también salió de esta ciudad de Tunja, y tuvo tan mal viaje que dentro de poco tiempo le hallaron ahogado sin entender cómo ni de qué manera le había sucedido esta desgracia; sólo se entendió que con ella castigó la divina justicia al que se atrevió a caminar dejando la casa de Dios, que si hubiera perseverado lo tratara en ella como padre de misericordias. Otro novicio estando en la primera probación

se arrepintió de haber entrado en ella como si fuera de algún delito, y lo corrigió saliéndose fuera, y dentro de tres días se murió sin confesión. Plegue a Dios que haya sido con arrepentimiento de sus pecados y del desacuerdo de no haber perseverado en lo bueno que comenzó. Estudiaba en el Colegio de San Bartolomé un convictor de buen ingenio con muestras de que había de ser gran letrado, y para tener la mejor sabiduría que es salvarse, tomó resolución de entrar en la Compañía y lo consiguió partiéndose al noviciado de Tunja. Sintiólo mucho su padre debiendo tener mucho gusto e hizo para que el hijo dejase lo comenzado sus diligencias, pero a todas ellas estuvo constante por más de un año en su vocación, habiendo de ser por toda la vida para bien ser. Después del año trató de volver las espaldas a Dios y de ir a ver la cara de su padre. Recebóle en su casa gustoso, mas sabiendo después su mal proceder tenía mucho disgusto y dejándose llevar de la ira le dio tantos azotes que de ellos o de la enfermedad que le causaron perdió la vida cuando se cumplía un año de su salida del noviciado; así el padre fue dos veces filicida de este miserable privando a su hijo, lo uno de la vida espiritual que tuviera en la Compañía, y lo otro de la vida corporal que pretendió conservarse en su casa.

Convirtiose a Dios un sacerdote de Tunja y para que fuese más estable su conversión pidió ser recibido en la Compañía. A los principios estuvo muy estimador de su vocación pero poco a poco se fue entibiando para no conservarla. Llegose al padre rector que era el maestro de su espíritu y díjole que mandase darle su ropa porque estaba determinado a irse a vivir a su casa. Para que no lo hiciese le propuso muchas razones el padre rector y le ordenó que las meditase despacio para que no se perdiese su alma. O no las meditaba o era floja la meditación pues volvió muchas veces con su demanda, y así viendo el padre rector que los golpes de las razones daban en hierro frío le envió a su casa. En ella y en su patria lo pasaba tan pobremente en el comer y vestir como el hijo pródigo en la tierra extraña. Esto le obligó a pedir dimisorias para dejar su domicilio como las había procurado para irse del noviciado. Llegó a Santa Marta donde el señor obispo le acomodó en un curato, pero él no se acomodaba al oficio, y por eso dejándole se partió a Cartagena donde se empleó en dar músicas y en darse asimismo a los vicios de la lujuria y embriaguez con que anduvo despreciado rodando por las tierras de esos dos obispados. Llegó a la villa de Mompós donde como otros suelen morir hidrópicos de agua fresca, murió hidrópico de agua ardiente y tan pobre que fue necesario pedir limosna para enterrarlo.

## Capítulo XVII

Cómo celebran los indios al Niño Jesús y un prodigio que obró la invocación de este dulcísimo nombre

Desde el principio de la fundación de la Cofradía del Niño Jesús han dado

los indios muy buen principio a los años celebrando al Niño Jesús en el día de su Circuncisión. Ha sido para alabar a Dios el ver que los que antes eran gentiles y festejaban falsos dioses, ya convertidos a la católica fe se ocupen en ejercitar la virtud de la religión celebrando, adorando y reverenciando al Niño Dios. Eran y son de ver los aseos con que adornan nuestra iglesia de Tunja para la fiesta del día de Año Nuevo, la curiosidad con que adornan la calle por donde anda la procesión entre arcos vistosos de ramas y flores llenos de varios géneros de frutas y de diversos géneros de aves y de otros animales, el regocijo de danzas con que llevan la imagen del Niño Jesús y el júbilo con que acompañan la misma persona de Cristo escondida debajo del velo de los accidentes blancos del pan. A trechos de la calle levantan ricos altares y en cada uno de ellos hacen pausa poniendo la custodia sobre el ara y allí cantan villancicos en su honor, motetes en su alabanza, y luego después de haber entonado el versículo y responsorio canta el preste la oración del Santísimo Sacramento, y en metiéndolo en su sagrario y echándole la llave se da el fin a la fiesta.

Ya que he dicho con brevedad el modo con que festejan al Niño Jesús no será bien que calle un prodigio de la invocación deste dulcísimo nombre. Había ofrecido un mozo que tenía a su cargo un trapiche una limosna de miel de caña para socorro de nuestro colegio. Para hacernos este beneficio se puso a beneficiar la caña; ató al mayal un caballo que herido de un muchacho con el azote iba dando vueltas a las mazas que oprimiendo las cañas las dejaban molidas sacándoles todo el fuego; íbalas metiendo el mozo entre las mazas y descuidado metió la mano entre ellas y sintiendo la opresión y sabiendo que en semejantes casos se han quedado algunos sin manos y sin brazos por habérselos molido como se muele la caña, invocó el nombre dulcísimo de Jesús y luego al punto (¡oh prodigio!) paró el caballo no obstante que lo hería el muchacho para que pasase adelante, conque sacó las manos de entre las mazas con unas heridas muy pequeñas en dos dedos, y cuando había de experimentar la amargura de los dolores y del verse sin mano experimentó que en la boca es maravillosa la pronunciación del nombre de Jesús y que éste en los labios es una sabrosísima miel: «In ora mel mirifitum».

## Capítulo XVIII

Castigo de uno que zahería la esclavitud del Santísimo Sacramento

No satisfecho el celo de los padres del Colegio de Tunja con haber persuadido la frecuencia de la sagrada comunión ni con haber entablado el jubileo de cada mes juntamente con otros en algunas festividades del año, se determinó a entablar una esclavitud del Santísimo Sacramento en el cual está realmente la preciosísima sangre con que fuimos redimidos del captiverio eterno de las culpas.

Comenzaron esta dichosa esclavitud a los doce de julio del año de seiscientos y quince. Mistáronse en ella pocas personas al principio, pero poco a poco fue creciendo mucho el número de los esclavos. Entre ellos hubo un sacerdote de los más principales de esta ciudad, hombre de muy buena vida y de igual fama que trató de que esta esclavitud se fundase en la iglesia parroquial y se uniese a la cofradía del Santísimo pero no prevaleció su dictamen, y viendo la devoción afectuosa con que los esclavos estaban orando una tarde en nuestra iglesia rogó con esclarecidas palabras al padre que había tomado a su cargo la esclavitud que le pusiese en el catálogo de los esclavos y él mismo dictó la fórmula con que había de ser escrito diciendo que se constituía por esclavo de los esclavos del Santísimo Sacramento, y con ser persona muy embarazada con muchas ocupaciones las dejaba todas las tardes y acudía con los otros esclavos a oír el punto y tener su oración.

En lo dicho se ha dado a entender que cada tarde se les daban puntos de meditación que tenían su oración mental, y era cosa de mucha edificación ver la gustosa puntualidad con que acudían, pues en oyendo la señal de la campana que se hacía a las cinco y media de la tarde dejaban las conversaciones y corrillos los que se hallaban en la plaza y los mercaderes y tratantes que estaban en sus tiendas las cerraban, y los oficiales mecánicos alzaban la obra para ocuparse en oír los puntos y meditarlos. Experimentose gran provecho con esta esclavitud. Algunos que eran jugadores y de vida perdida dejaron esa vida y esos juegos y con su buen ejemplo y exhortaciones ganaron a otros para esclavos del Señor. Algunos mejoraron de suerte sus conciencias que sólo tenían faltas pequeñas que confesar.

Entre los hombres se matricularon también muchas mujeres por esclavas y tenían la oración en sus casas porque no era conveniente que la tuviesen en nuestra iglesia a la hora en que la tenían los hombres. Entre las otras esclavas se matriculó una matrona que era mujer de un hombre noble, el cual poco devoto y menos aficionado a esta santa esclavitud, viendo que la señora se recogía todas las noches en su aposento a tener su rato de oración mental, la maltrataba de palabra, la zahería y reñía mucho y murmuraba de los de la Compañía diciendo que eran invencioneros, y con estos malos tratos y malos dichos se hallaba muy afligida la devota mujer. No quiso Dios que lo fuese a pagar el hombre en la otra vida, y así en la que tenía de muy sana y robusta salud, le dio una tan recia y aguda enfermedad que le puso en gran peligro de morir. Abrió los ojos con el tormento y vio que era castigo que Dios le daba porque zahería y maltrataba a su mujer, y haciéndose cuerdo con la pena se enmendó de suerte que empezó a tener gusto de que su mujer lo hubiese tenido tan bueno que se hubiese hecho esclava de tan buen Señor y trató de imitarla, y así entrándole por las puertas de su casa la buena ocasión en que el padre que cuidaba de la esclavitud le fue a visitar como a enfermo, le rogó por amor de Dios que le recibiese a él y a un hijo suyo por esclavos del Santísimo Sacramento.

## Capítulo XIX

Cómo manifestó el Señor que no quiere que maltraten a los ministros de su altar

Llegó a la ciudad de Tunja un sacerdote religioso que desatento a las obligaciones de su hábito andaba apóstata en traje de secular.

Descompúsose con un hombre honrado por verse sacerdote siendo así que por serlo debía ser más compuesto y más cortés; hiriole con la espada de su lengua diciéndole muchas palabras afrentosas, y como si esto fuera poco, echó mano a la espada para darle de espaldarazos con ella. El secular procedió tan remirado que poniéndose de rodillas le dijo que no quería pelear con un sacerdote y más siendo religioso, y le rogó que se fuese con Dios. No condescendió al ruego sino que colérico proseguía pertinazmente con el litigio, y entonces no queriendo sufrirle más el secular echó mano de otra espada con determinado intento de matar al sacerdote; pero aunque hizo mucha fuerza para sacarla de la vaina no pudo desenvainarla, siendo así que antes de este lance había tenido mucha facilidad en sacar la misma espada de su vaina las veces que quería. Con esta novedad advirtió que Dios no quería que tocasen a sus sacerdotes; desistió de su mal intento, huyó del sacerdote y arrepentido de su culpa se fue a confesar con un padre de nuestro Colegio de Tunja.

## Capítulo XX

No le molestó a un confesor la hediondez de una enferma mientras la confesaba

Los padres deste colegio han mostrado en varias ocasiones que son de una de las religiones mendicantes saliendo a las estancias a pedir limosnas cuando les obligaba la necesidad; pero en esas ocasiones no se han contentado con mendigar, sino que han añadido el ejercitar sus ministerios confesando y predicando, de que pondré aquí alguno o algunos casos. Llegó un padre de estos mendicantes a un campo lleno de arboleda y entre ella había una casa donde halló alguna gente que le recibió con muestras de caridad. Allí yacía doliente de lamparones una mujer y los dolores la hacían aullar a manera de perro, y el padre entendió que lo era, pero los dueños de la casa le dijeron que era una enferma. Apenas oyó esto el padre cuando caritativo entró a consolarla en sus penas. Como era buen médico en lo espiritual trató de curarle el alma con la sangre de Cristo que se aplica en el sacramento de la penitencia que es el todo lo sana. Malísimo era el olor que exhalaban las llagas de los lamparones que la afligían y por eso entrando el dueño de la casa en el aposento le dijo al padre con

voz baja que saliese afuera porque el pestilente olor que salía de aquellas llagas se le entraría en el cuerpo y le quitaría la vida. Respondióle como fervoroso ministro de Jesús: «en esto está mi ganancia. Quiero servir a Nuestro Señor en medio deste mal olor y con peligro de mi vida». Procuró consolar el afligido corazón de la doliente y exhortóla también a que examinase su conciencia para echar por la boca con las palabras de la confesión la podre de los pecados que son de más mal olor para los espíritus angélicos que el hedor de las llagas corporales para los hombres. Tomó el consuelo y el consejo la doliente, y avisando que estaba ya examinada entró el padre a confesarla y afirmó con la verdad que profesa decir como religioso, que en todo el tiempo que gastó en confesarla (que fue mucho porque había muchos años que no se confesaba) no sintió ningún mal olor y estuvo tan sin pesadumbre como si de ninguna manera exhalaran hedor los lamparones. Lo que no supo el padre decir fue si aquel efecto había sido sobrenatural o si lo había causado la grande atención que había puesto en el negocio de su salvación de aquella alma y de otras quince que en el mismo aposento confesó. Séase lo que se fuere, lo cierto es que es cosa admirable el haber sentido insufrible olor antes de la confesión y el no haber sentido ninguno mientras ésta duró.

## Capítulo XXI

Propósito firme de la enmienda de una india penitente

Bien pudiera prolongar el antecedente capítulo con el siguiente suceso: lo uno por ser de la misma materia de la confesión, lo otro por haberle acontecido al mismo confesor, pero juzgando que poco importa que los capítulos sean breves y que importa más que los sucesos se escriban con títulos distintos para que pueda hallarlos con más facilidad el que celoso quisiera referirlos a provecho de las almas, me he resuelto a multiplicar títulos aunque abrevie los capítulos.

Llegose a confesar con el dicho padre una india que se hallaba en el miserable estado de amistad torpemente con un mal hombre, y deseando ponerla en el buen estado de la gracia y amistad con Dios la halló indispuerta, y para ayudar a su disposición la dijo muchas cosas para que tuviese un eficaz propósito de romper el lazo de la lascivia unión y tomó por medio para este fin el dilatarle la absolución. Y en verdad que le aprovechó porque empezó a compungirse y a resolverse con propósitos tan firmes que los cumplió. Fue a buscarla el mal hombre para reiterar en su antigua maldad, pero hallóla tan determinada a ser en adelante buena que le desechó de sí como a enemigo que había quitado la vida a su alma. El hombre dándose por ofendido empezó a maltratarla con golpes pretendiendo quizás alcanzar por fuerza lo que no podía de grado. Defendióse ella como mujer con las armas de las mujeres que son las voces, a las cuales acudió la gente de la vecindad, y poniéndose al lado de la pobre injustamente acometida la defendieron y libraron del agresor. Habiendo sucedido esta



batalla se fue la penitente india y se postró rendida a los pies del confesor que sabiendo la victoria que había alcanzado y viendo que proponía pelear varonilmente en adelante para conseguir otras semejantes victorias, le concedió en nombre de Dios el beneficio de la absolución sacramental.

## Capítulo XXII

Da un buen consejo el ángel custodio a un hombre mal aconsejado del demonio

Con el ángel de la guarda (a lo que claramente se deja entender) y con el demonio de la perdición le sucedió un notable caso a un hombre el cual lo contó a un religioso de nuestro Colegio de Tunja y yo lo referiré aquí con puntual verdad para causarle al lector amor y obediencia al ángel de su guarda; odio y desvío al demonio de su perdición.

Haciendo un hombre viaje a cierto lugar se encontró en el camino con un hombre vestido de negro y a caballo que empezó a trabar pláticas con él preguntándole dónde iba, y luego prosiguió con la conversación ofreciéndole que lo casaría con muy buen dote y que esto le estaría mejor para pasar la vida que cumplir un voto que había hecho. Con esta comunicación de tal compañero se le entristeció y alborotó el corazón al hombre y aun el caballo en que iba se le alborotó, de suerte que no le pudo sosegar en todo el tiempo que duró aquella mala compañía del demonio vestido de negro, el cual se despidió concertándose con el hombre que el día siguiente se verían en un lugar que señalaron para concluir el negocio que habían comenzado a tratar. Empezó a caminar solo y fuese hallando mejor que cuando estaba mal acompañado, y de ahí a un buen trecho encontró por su dicha con otro hombre que vestido de verde iba en un caballo blanco, y aunque nunca le había visto lo saludó como si de antes se hubieran tratado y se hubieran conocido y le preguntó con apacibilidad si había encontrado en el camino con un hombre de tales y tales señas vestido de negro. Respondió que sí y a esta respuesta le replicó diciéndole que no hiciese lo que aquel hombre le había aconsejado porque era cierto que

le quería engañar y derribarlo en un precipicio, y añadió que tomase su consejo y era que yéndose al colegio de la Compañía refiriese a un padre de ella todo lo que le había pasado y que puntualmente ejecutase lo que él le dijese. Al oír todas estas palabras sintió el hombre tanto regocijo que le parecía estar en la gloria, y así deseoso de pagarle este beneficio con el reconocimiento debido se apeó del caballo para besarle los pies mas él no consintió que se los tocase y poniendo espuelas al caballo blanco se fue por otro camino y se le desapareció de los ojos con pena suya porque quisiera estarle mirando siempre. Quedole en lo íntimo del alma impreso el consejo que su ángel en figura de hombre le había dado; escudriñó todos los rincones de su conciencia y todos los pasos de

su vida y yéndose a la Compañía buscó a un padre con quien se confesó generalmente con dolor y contrición de sus culpas. De más a más le contó el caso ya referido, y aconsejándole que cumplierse el voto que a Dios había ofrecido, tomó el consejo y le dio puntual cumplimiento con que tuvo segura esa prenda de la salvación de su alma.

### Capítulo XXIII

Socorro ordinario que el Colegio de Tunja da a la cárcel de esta ciudad

Los demás colegios desta provincia socorren de cuando en cuando a los pobres oprimidos en las cárceles llevándoles de limosna el mantenimiento corporal, pero el Colegio de Tunja se ha singularizado entre todos desde que se fundó hasta ahora haciéndoles a los encarcelados el mediodía.

Cuando llega esta hora, sin faltarles día alguno les llevan el pan cotidiano y la olla de carne o de víveres, según que la pide el tiempo. El sustento le ha valido a la cárcel la cercanía y vecindad que tiene con nuestro colegio, pues así los superiores como los inferiores que han vivido en él se han ejercitado en salir en cuerpo a servirles la comida dando ejemplo a la ciudad con su caridad y mortificación.

El extraordinario socorro que tiene en los de la Compañía la cárcel de Tunja es el ayudar a los condenados a muerte para que la tengan buena.

Desde que la Compañía se fundó en Tunja hasta ahora no ha salido preso ninguno desde la cárcel para el suplicio que no lo hayan ayudado los de la Compañía esforzando su flaqueza con razones; limpiando sus conciencias con la confesión sacramental; dándoles aliento con la administración del Pan celestial, procurando que tengan buen pasaje desta vida a la otra con dictarles muchos actos de paciencia, de resignación, de fe y de otras virtudes que abren el camino para la vida eterna. El año de cuarenta y ocho sucedió un fracaso y fue que un preso por huir de la cárcel que le afligía y de la sentencia de muerte que le esperaba, mató una noche al alcaide de la cárcel, y quitándole las llaves abrió las puertas para salirse con otros presos. Al ruido dio gritos uno de ellos, y para que callase le rompió todo el vientre con una espada y con ella hirió a otro y se huyó acompañado de otros delincuentes. A más de las doce de la noche

llegó uno de los heridos con las tripas en la mano pidiendo confesión a voces. Oyó un padre que estaba muy enfermo en la cama y sin reparar en su mal se cubrió con la sotana a toda priesa y pidiendo las llaves se fue a confesarlo en la portería, y en acabando la confesión se fue a la cárcel con otros de la Compañía a ayudar a los otros dos heridos, al uno lo hallaron ya muerto, al otro lo confesó y le dieron el Viático llevándolo de nuestra casa porque la priesa no dio lugar a que este oficio lo hiciese el cura y la caridad obligó a que lo ejercitasen los de la Compañía. Al amanecer llevaron a los dos heridos al hospital donde los ayudaron caritativamente a bien morir los padres de la Compañía, y al uno de ellos lo pusieron en el estado del matrimonio con una mujer con quien

antes había vivido en mal estado.

Tiempo es ya de que el lector salga de esta ciudad partiéndose a recrear (si gusta) al campo o pueblo de Duitama que doctrinaron los religiosos de la Compañía sujetos al padre rector del Colegio de Tunja por estar a ella tan cercano este pueblo que se llega a él desde esta ciudad en día y medio de camino.

#### Capítulo XXIV

Mal estado en que halló la Compañía a Duitama, y cómo la puso en estado

Tiempos había que los caciques y capitanes de Duitama acompañados de más de treinta indios habían ido a la ciudad de Santa Fe y suplicado al señor presidente don Joan de Borja y al padre provincial Gonzalo de Lira que les diesen padres de la Compañía, que como párrocos los doctrinasen. Mucho desearon entrambos darles gusto porque se les siguiese provecho, pero no pusieron la proa en ponerla en buen estado valiéndose para este tiempo se determinaron a que dejando la doctrina de Caxicá por estar ya bien enseñada se partiesen dos padres a la de Duitama. Llegaron a ella y la hallaron en el mal estado de la idolatría, de los amancebamientos, de la embriaguez y de otros vicios, y así pusieron la proa en ponerla en buen estado valiéndose para este fin de los medios acostumbrados en otras partes cuales eran los catecismos en su lengua, los sermones, las cofradías, las confesiones y comuniones sin dejar piedra espiritual que no moviesen y no asentasen en este paraje para edificar un pueblo que todo fuese de Dios. Referiré en esta materia algunos casos particulares. Adoraban en su gentilidad estos indios duitamas a dos demonios que visiblemente los gobernaban y capitaneaban en sus batallas y aún después que los conquistaron los españoles no cesaron de reverenciarlos en estampa ya que les había faltado su corporal vista. Noticiados desta idolatría los padres predicaron fuertemente contra ella diciéndoles quiénes eran aquellos dos a quien veneraban en sus ídolos. De aquí nació el convertirse un gran número de idólatras, los cuales trajeron a su párroco dos ídolos que eran estampas representativas de los dos demonios que visibles habían gobernado el pueblo con el ánimo que el párroco les introdujo en los corazones levantaron los pies y los acocearon, abrieron las bocas y los escupieron y valiéndose de las manos los —405&#8594; hicieron pedazos sin recelo de que los demonios tuviesen manos para vengarse porque se las ataría el verdadero Dios a quien empezaban a adorar y reverenciar de todo su corazón.

Había en este pueblo una casa grande de un indio capitán donde secretamente así él como otros muchos indios idolatraban. Había más de sesenta años que este capitán estaba amancebado con doce indias, madres e hijas y otras parientes muy cercanas. Los otros indios, como soldados, seguían a éste su capitán y en su misma casa hallaban acogida para

semejantes incestos, idolatrías y abominaciones. Algo de esto supieron los padres, y porque la noticia no fuese en vano, empezaron a pelear con la espada de la palabra divina en los sermones contra el mal capitán y sus perversos soldados. En una ocasión le hirieron tan fuertemente al capitán en el corazón, que le dieron la vida (que con estas heridas no se da la muerte) pues moviéndose su voluntad se fue bañado en lágrimas a los pies del padre predicador y se confesó muy despacio y luego se casó con una de las mujeres echando de su casa a todas las demás. Al ejemplo del capitán se dieron por vencidos los soldados y en menos de un mes se hicieron más de cien confesiones de a veinte, treinta y cincuenta años, con que totalmente se destruyó la casa ya dicha de la idolatría y la lujuria. Llevado de la Divina Providencia salió de su retiro uno de los dos padres sin saber a dónde ni a qué iba; pero sabíalo bien la divina piedad que lo llevaba a salvar una alma que tenía predestinada para su cielo. Entrose por un bosquecillo que estaba muy lejos del pueblo, a pocos pasos descubrió un rancho pequeño, dióle deseo de ver quién vivía en él, y entrando adentro halló un indio tan viejo que al parecer tenía más de noventa años; saludole en su lengua, y al cabo de un rato que estuvo amigablemente hablando con él descubrió que era mohán y guarda de un santuario de ídolos y que nunca había entrado en el pueblo para aprender los artículos de nuestra santa fe. Dio el padre muchas gracias a Dios por haberlo llevado a aquel lugar, y empezó con gran celo a declararle al mohán su engaño. Desengañoso y pidióle al padre con gran fervor que lo hiciese llevar a la iglesia porque quería aprender a salvarse. Hízole llevar en una silla porque no podía ir por su pie. Empezó a catequizarle, pero su mucha vejez le tenía tan rudo que percibía poco de la enseñanza, pero la gotera continua de un mes entero cavó aquella piedra y estuvo bien catequizado y dispuesto para recibir el santo bautismo. Recebiolo con júbilos de su alma y parece que sólo esto aguardaba la Divina Providencia para sacarle de esta vida en su gracia, pues con la baptismal murió aquel mismo día. Con el desengaño y conversión de este mohán se convirtieron y desengañaron otros muchos indios de dentro y fuera del pueblo que solían consultarle, porque juzgaron que habiendo sido engañoso el maestro, sin duda ellos habían sido discípulos engañados. Entre estos indios había algunos devotos del demonio que no contentándose con tenerlo en figura de ídolo en sus santuarios le traían consigo al modo que los buenos cristianos suelen santamente traer en el pecho relicarios con medallas entre las cuentas del rosario. Encontró un padre desta provincia yendo de camino de un lugar a otro a una india que iba sola y sin guarda desde Duitama a las minas de Mariquita donde a la sazón trabajan sus parientes. Admirado el padre la preguntó cómo se iba sola y tan sin resguardo en camino tan largo como de sesenta leguas. Ella haciendo donaire de la pregunta respondió que no tenía qué temer. «¿Cómo no? (replicó el padre) ¿No ves que hay gente perversa por estos caminos que roba a los pasajeros? ¿No adviertes que hay ríos y malos pasos donde es necesaria ayuda de compañeros?». «Yo llevo (dijo la india) conmigo quién me libraré de todo mal». Preguntóle quién era, pero ella no quería responder a la pregunta. Con esta negación se incitó más el apetito del padre entendiendo que había misterio y no divino en la negación, y así le hizo tantas instancias que vino a confesarle que traía en el seno un

grande dios con su mujer la diosa de los maíces, la cual en los caminos le deparaba la comida y su marido el dios grande le defendía de todo mal. Estaba tan obstinada en esto que en más de cuatro horas que el apostólico ministro estuvo batallando con ella dándole a entender el engaño con que el demonio la llevaba errada, apenas pudo convencerla; pero al fin perseverando con las razones que le decía se dio por convencida, y sacando del seno los dos idolillos se los entregó al padre para que los quemase. Con esto despidió del padre y prosiguió su viaje llevando los consejos que le había dado y después volvió a su pueblo y en él vivió perseverando en la cristiandad y buenas obras.

## Capítulo XXV

Aparece el demonio a algunos indios duitamas en figura de sus antepasados

A tal bajeza ha llegado la altivez del demonio, que a las veces se ha transfigurado y aparecido en forma de varios brutos animales y por eso no me maravillo de que en algunas veces haya tomado la forma de hombres aunque sean tan abjetos y abatidos como los indios. Aquí en Duitama se apareció el demonio a una india con la figura y máscara de su madre, la cual había años que por instigación de Satanás se había ahorcado. Empezola a reñir diciéndola que por qué no se iba adonde ella estaba ahorrada de trabajos, libre de españoles y llena de gustos. Aconsejola que no oyese atenta lo que decían los padres, pues ella que era su madre y por amarla como tal le decía lo que le estaba bien; que tomase su consejo y también su ejemplo ahorcándose como ella lo había hecho y que para ese efecto le traía una faja. Recebiola neciamente la hija engañada, púsolela al cuello, suspendiose de un palo de su casa, y antes que se ahogase dispuso Dios misericordioso que llegase un padre de los nuestros a su puerta acompañado de unos indios. Llamola por su nombre diciéndola que por qué el día antecedente que había sido domingo no había acudido a cumplir con el precepto de oír misa? Vieron que no respondía y por eso entraron dentro de la choza para saber la causa del no responder y hallaron que era el estarse ahogando suspensa con la faja en el aire. Mandola cortar el padre bien compadecido del fracaso y bien ahogado con el recelo de que aquella miserable alma saliese del cuerpo y se fuese al infierno; mas Dios le libró a él del ahogo espiritual y a ella del corporal, pues habiéndola echado de su camilla estando como muerta, al cabo de gran rato volvió en sí, abrió los ojos y la boca contando todo lo referido. El padre obró como tal procurando que aquella alma se desengañase y adquiriese la gracia de Dios confesando sus culpas y lo consiguió a pedida de su pretensión.

Convertido un indio llevó a los pies de su párroco unos idolillos que adoraba, y fue tal su enmienda, que mostró haber sido verdadero su arrepentimiento; vivió como cristiano mucho tiempo frecuentando los Santos

Sacramentos, acudiendo a oír misa, y a obrar las demás acciones de virtud a que los padres incitaban a los indios. Por ver a este tan en pie se enfureció el demonio y para derribarle en lo espiritual le causó una enfermedad corporal que le postró en la cama, estando doliente en ella se le apareció en figura de un viejo ya difunto que había sido tan idólatra y capitán suyo; hablóle con mucho amor diciéndole que no temiese porque venía a darle la salud y que para recobrarla se fuese a su sepulcro y le ofreció alguna plata que con eso quedaría sano. El deseo de la salud le hizo al enfermo que creyese al demonio y le obedeciese apostatando de la verdadera fe. Levantose como pudo y fue a ofrecer su sacrificio y no fue tan en secreto que no lo supiesen algunos; pero callándolos ellos aconteció que predicando uno de los nuestros les dijo que tenían obligación de avisarle si había alguna idolatría para remediarla. El fruto que un indio sacó del sermón fue irse al padre avisándole que pasaba y señalando el lugar donde había hecho un santuario nuevo el dicho enfermo al cual dijo el demonio que mudase a otra parte el santuario porque ya el padre tenía noticia de él y había de procurar quitárselo. Mudolo, y así yendo los fiscales por orden del padre al puesto señalado no hallaron más que un rastro de haber estado allí el santuario. El mejor medio era negociar con el mismo delincuente, llamolo el padre y con razones vivas y eficaces le dijo cuán importante era para la salvación de su alma el confesar su delito y enmendarse como lo había hecho antes de su apostasía. Moviósele con razones el corazón de suerte que confesó de plano con toda verdad lo que había sucedido; llevó al padre al sepulcro del indio en cuya figura se le apareció el demonio, desenterraron el cuerpo y lo quemaron como también el santuario que había fabricado nuevo y en adelante el apóstata vivió muy arrepentido de su delito con muestras de muy buen cristiano.

Otras muchas veces solía el demonio transfigurarse con la apariencia de los antepasados ya difuntos de los indios que habían quedado vivos, y solía aparecérselos unas veces para engañarlos, otras para causarles espanto. Todo lo remediaron los padres yéndose por las casas bendiciéndolas de una en una y dejando en ellas cruces y agua bendita, porque entre esta y aquella no quiere andar el demonio porque las cruces le atormentaban y el agua no le apaga el fuego que padece.

No en figura de los antepasados sino en la forma de un horrible negro se le apareció a un indio el demonio. Estaba éste torpemente amistado con una india, y tan pertinaz en su amistad, que no había medio ni modo con qué apartarlo de ella aunque más lo procuraban los castísimos padres que tenían a su cargo su alma y la de su amiga. Hallábase ésta sirviendo a escondidas en una estancia de un español que estaba distante del pueblo de Duitama como medio cuarto de legua. Quiso ir a visitarla y llevo por presente un cántaro de chicha (que para los indios no hay mejor presente que esta bebida) y estando ya cercano a la estancia donde la gente que había en ella le alcanzaba a conocer, volvió despavorido la cabeza como quien siente algún ruido a sus espaldas y de improviso cayó en el suelo. Llegaron corriendo unos pastores que estaban más cerca y hallándole sin sentido y despidiendo espumarajos por la boca le llevaron en peso a la estancia donde salió al ruido la manceba y la demás gente que allí estaba, y a voces le preguntaron qué era lo que tenía. Respondió que había visto

un negro feroz que con el golpe de un palo que traía en las manos lo derribó en el suelo. Dicho esto enmudeció, y echando espumarajos no daba otras muestras de vida que una dificultosa respiración. Fueron a llamar al padre que estaba en la iglesia oyendo una confesión y la dejó por acudir con toda priesa pero sin provecho porque murió sin dar siquiera alguna muestra de arrepentimiento de sus culpas. Deste fracaso sacó la manceba su escarmiento mudando de vida y ajustándola en adelante con los preceptos de la divina ley.

## Capítulo XXVI

Favorece el santo patrón del mes a una india en peligro de muerte temporal y la Virgen a un indio en el riesgo de eterna muerte

Los indios duitamas que antes gentilmente traían al pecho idolillos y acostumbraban recibir por suertes los santos que los padres les repartían para que en cada uno de los meses del año se encomendasen a ellos y los tuviesen por patronos en las contingencias de cada mes. Recebíanlos con devoción venerando los nombres que estaban en los papelitos, los ponían en unas bolsitas y los traían colgados al pecho con mucha fe. Creció esta religiosa devoción en los indios con el caso que ahora referiré. Cúpole en suerte a una india San Isidoro, arzobispo de Sevilla, a quien cobró grande afecto y mostrábalo trayendo su nombre al pecho hacia el lado del corazón, y rezándole cada día con certidumbre de que en todos los lances de peligro la había de socorrer como lo había dicho el padre cuando les repartió los santos, cayó enferma y estando un día en su cama hubo una espantosa tempestad de truenos y relámpagos que la atemorizaron, y entonces ella invocó a San Isidoro diciéndole: «Santo mío, guardadme que así lo mande (hablaba a su modo) el padre nuestro cura». Dentro de breve rato cayó un rayo y entrando por entre la cama y la pared que estaban muy juntas no la hizo mal alguno. Los que vieron la casa de la enferma cercada de fuego acudieron con presteza pensando que estaría convertida en ceniza, pero halláronla viva sin que le hubiese tocado la llama y preguntándole cómo le había ido, respondió que había visto junto a sí a su patrón San Isidoro y que la había librado de la muerte que pudo causarle la herida del rayo. Saliendo de Duitama uno de nuestros operarios para otro pueblo cercano donde estaba gravemente enfermo un indio, el cual luego que supo de su llegada le envió a llamar (sin embargo de que de mano de su cura había recibido el Viático y la Extremaunción) diciendo que (quería) tratar con él cosas de su alma. A este recaudo se halló presente el cura y le dijo al padre que no tenía a qué ir, que ya había hecho con el indio todo lo que se había de hacer, y que serían impertinencias las que el enfermo quería. Entonces nuestro operario cortésmente le dijo que le dejase ir porque podría ser que quisiese reconciliarse o recibir algún otro consuelo. Apenas llegó a carearse con el enfermo cuando le dijo:

«Baptíceme padre, porque no estoy bautizado». Averiguando el padre el porqué, respondió: «porque cuando nací me ocultó mi madre porque no escribiesen mi nombre en la descripción de los que pagan requinto y demora. Llamaron a la madre para que contestase con su hijo, pero ella preguntada, temiendo algún castigo (como ella dijo después) respondió que no era verdad lo que su hijo decía porque estaba bautizado. En medio de estos dos dichos encontrados se halló perplejo el padre y entonces el enfermo, inspirándole Dios las razones se las dijo tan eficaces a su madre que al fin confesó la verdad que negaba. Con esto salió el padre de su perplejidad, bautizole y al punto expiro diciendo que se iba al cielo con la Virgen María. El fundamento que tuvo para decir esto fue que poco antes que llegase nuestro religioso al pueblo se le apareció la Virgen al indio y le dijo que no podía ir con ella al cielo por no estar bautizado, y que para ir allá pidiese el bautismo. La causa porque esta gran Señora le hizo este favor a este indio, fue porque le era muy devoto y ejercitaba su devoción cuidando de su altar, barriendo su capilla y haciendo a costa de las ganancias de su trabajo una lámpara de plata para que alumbrase en su presencia y una corona con que adornó la cabeza de la imagen de esta Reina de entrambos orbes, la cual llevó a este indio para que eternamente reinase con ella.

## Capítulo XXVII

Permútase la doctrina de Duitama con la de Tópaga y lo que en ella se obró

Habiendo los de la Compañía doctrinado por algunos años apostólicamente el pueblo de Duitama, juzgó el padre visitador Rodrigo de Figueroa que era de gloria divina el permutar con la doctrina de Tópaga. Era encomendero de este pueblo don Pedro Bravo de Becerra, caballero muy ejemplar que pretendió entrar en la Compañía, y ya que por sus justos respetos no llevó a ejecución su deseo, ayudó con crecidas limosnas al Colegio de Tunja y procuró que los padres de la Compañía fuesen párrocos de los indios de su encomienda de Tópaga para que estos estuviesen cultura y también para tenerlos cerca de sí en los tiempos del año en que asistía en sus haciendas de campo.

Entraron los nuestros en Tópaga y la hallaron casi sin iglesia porque una muy capaz que se había comenzado más había de veinte años no se había acabado y así estaba el templo en una casita de paja y toda ella para dar en tierra, y luego la solicitud del que entró por párroco se empleó en hacer casa para Dios, de suerte que en poco tiempo fabricó, ayudado con las limosnas del encomendero y del trabajo de los indios una iglesia de las más curiosas, capaces y alegres que tiene toda esta comarca en pueblos de indios. No es ponderable porque es indecible lo que adelantó el culto divino. Puso un rico sagrario en el altar mayor para que allí estuviese encerrado con decencia el Pan del cielo para repartirlo a sus feligreses y



darlo por Viático a los moribundos. Adornó la iglesia con muy buenos cuadros, colocó una bellísima escultura de la Virgen de la Concepción y otra del Niño Jesús que representaba al que nació de sus purísimas entrañas. Abrió dos tribunas, la una que se mandaba por lo exterior de la casa para el recurso de los nuestros a Dios; otra para los cantores en la frecuente celebración de las misas. No contentos los padres con los aliños de la iglesia hicieron en partes proporcionadamente distantes cinco ermitas de teja que sirven para hacer estaciones devotas. La sacristía la alhajaron con ornamentos de casullas, albas y otras cosas que sirven para el culto divino. Fuera de lo dicho se dispuso un coro que a mucha costa tenía todo género de instrumentos músicos que tocaban diestramente los indios por haber cuidado el padre de que aprendiesen, y salieron tan diestros y aventajados en la música, que los pueblos vecinos los convidaban para la celebración de sus fiestas.

Por el mes de marzo de cuarenta y dos se hizo la dedicación de la iglesia con ocasión de una imagen de bulto que se llevó al pueblo, y su recibimiento fue muy solemne porque se hallaron en él veinticuatro sacerdotes, más doscientos españoles y todo lo ilustre de la ciudad de Tunja y un vulgo innumerable de indios que concurrieron a la voz de las fiestas. Por espacio de ocho días duraron y en todos ellos se cantaron solemnemente misas que los indios de Tópaga administraron desde el coro con muy sonora música porque estaban ya muy diestros en este arte con el cuidado que los padres tuvieron de que los indiezuelos la aprendiesen. En todos ocho días se predicaron muy escogidos sermones. El altar mayor se estrenó con un cielo de ricos adornos en el cual lucían como estrellas muchas velas de cera blanca.

En un domingo que hubo en el octavario se hizo una devotísima procesión en que salió el Santísimo Sacramento y anduvo por la plaza pasando por debajo de arcos triunfales llenos de flores y de mucha diversidad de pájaros y de otros animales que habían cazado para el efecto. A la noche se encendió un castillo de fuego y hubo muchas ruedas y montantes de pólvora que ocasionaban regocijos a la vista.

En cada uno de los ocho días (porque no se diese vaco en ninguno) se hicieron los festejos que iré refiriendo. Hubo un sarao de diez y seis indiecitos naturales del pueblo que hermosamente vestidos danzaban cantando al sonido de instrumentos que ellos mismos tocaban. Los que estaban presentes hacían admiraciones por ser cosa que en aquella tierra jamás se había visto en indios. Corrieron un cartel de sortija con buenas invenciones y premios costosos para los que acertaban. Representáronse tres coloquios y entre ellos el de San Patricio. También hubo su día de conclusiones de gramática de unos niños estudiantes a quienes enseñó el padre Francisco de Ellauri, y entre ellos a un indiezuelo a quien por sus raras habilidades pusieron el nombre de Salomón.

En este pueblo se introdujo el jubileo del mes y acudían a él los indios y los españoles caminando muchas leguas desde los retiros del valle de Sogamoso desde las estancias vecinas y de otras partes de la comarca, y lo que causaba grande edificación era que acudían en tiempo de lluvias vadeando quebradas crecidas y caminando por pantanos por gozar de la comodidad saludable para sus almas aunque fuese con incomodidad de sus cuerpos. La fiesta del jubileo porque no se hiciese cargosa se repartía

por meses entre los naturales del pueblo y entre otros estancieros cercanos que aliñaban la iglesia con muchos adornos para que se cantase la misa y se anduviese la procesión del Santísimo que se hacía en lo interior del templo.

En la Semana Santa se celebraban los divinos oficios, con grande piedad cantábanse los maitines de las tinieblas con excelente música; predicábase la pasión y el mandato y se hacían disciplinas de sangre entre devotísimas procesiones. Acudía mucha gente de las estancias y pueblos vecinos, y por no ir y venir a sus casas se estaban más de ocho días con todas sus familias en Tópaga gozando de la palabra divina y de los sacramentos con el sosiego y devoción necesaria. Edificábanse mucho viendo a los indios y las indias que comulgaban para cumplir con el precepto eclesiástico porque antiguamente raro o ninguno comulgaba, no por falta de capacidad sino por abuso introducido en este Reino y en sus pueblos el cual destruyeron los de la Compañía como fuertes soldados de San Ignacio con balas de razones eficaces.

Todos los días a mañana y a tarde se juntaban a toque de campana los niños y niñas, los viejos y las viejas del pueblo y se les enseñaba los misterios de nuestra santa fe en su lengua materna y también en la española para que en una y en otra los aprendiesen y supiesen. Hacían tres fiestas al año con mucho concurso de los pueblos circunvecinos. La primera del Corpus Christi, la segunda de la Purísima Concepción de la Virgen, la tercera de nuestro padre San Ignacio al cual tomaron los indios por patrón y abogado para que alcanzase de Dios las aguas para sus sementeras, y han experimentado con evidencia en varias ocasiones de necesidad de buenos temporales lo eficaz de su intercesión. En estas fiestas tomaban los padres el trabajo de velar en que no hubiese juntas para embriagueces, porque como los indios son muy inclinados a ellas es necesarísimo el estorbarles este vicio.

Algunos años vivieron los de la Compañía teniendo en cada uno de ellos muchos agostos de cosechas espirituales en el monte donde está fundado el Colegio de Tópaga y después permutaron esta doctrina con la del pueblo de Pauto que está situada en los llanos. Hicieron esta permuta por estar ya tan cabalmente enseñados los tópagas que no necesitarían tanto de su enseñanza, de la cual tenían más necesidad los pautos. Además de que era conveniente que los padres de la Compañía residiesen en Pauto para que desde allí pudiesen socorrer a los misioneros que iban entrando la tierra adentro de los llanos con los fines católicos de convertir la multitud de infieles que viven en ellos sentados a la sombra de la muerte eterna por carecer del conocimiento del verdadero Dios y de su santísima Ley. Baste lo que de Tópaga hemos visto en este papel y volvámonos a la ciudad de Tunja para ver en ella un ameno jardín de virtudes.

## Capítulo XXVIII

Florece en la ciudad de Tunja doña Antonia de Cabañas

Por nacida en Tunja y por criada a riesgos de la Compañía tiene aquí su lugar un florido jardín de virtudes, cual fue doña Antonia de Cabañas. Por el pie comenzó a mostrar cómo había de andar por el campo de la pureza, y fue el caso que siendo niña que hacía peninos y gustaban sus padres después de haber comido de ponerla sobre la mesa y hacer algún sonecillo, y en una destas ocasiones le descubrieron un piecico alzándole la mantilla, y entonces la niña mesuró el rostro sonrosando las mejillas con el empacho y se puso a llorar. Acción fue ésta que admiró a los que la vieron y de ella coligieron cuán honesta había de ser cuando mayor, y la experiencia mostró que no se habían engañado en el pensamiento. Por el pie mostró los buenos pasos de mortificación en que había de andar, pues no teniendo más que cinco años, habiendo de ir con su madre un Jueves Santo en la noche a andar las estaciones, se descalzó secretamente para ir sintiendo el dolor que le habían de causar los empedrados. Por el pie se conoció su mortificación cuando fue de edad mayor, pues solía echar garbanzos en las zapatillas para lastimarse con ellos andando de día y aun a las veces se acostaba de noche sin descalzarse para tener este tormento aun en el tiempo del descanso.

No gastó en las comunes niñerías el tiempo de la niñez. Entreteníala haciendo altaricos y formando cruces, que fue como pronóstico de que en la adulta edad había de abrazarse con las cruces de las mortificaciones y frecuentar los altares con las oraciones que aprendió con facilidad, aunque por la niñez las pronunciaba con lengua balbuciente. Aprendió a labrar y otras curiosidades de manos, que es la teología de las mujeres, y aprendió otra que es de pocas y fue leer con esmero dando con buena pronunciación y buenos acentos el alma del sentido a lo que leía. Hacía el oficio de lectora para con las personas de sus casas leyéndoles cosas espirituales mientras estaban ocupadas en las labores y otros oficios manuales. De esta gracia de leer se le originó la gloria del darse del todo a Dios. Llegó a sus enanos el libro de la diferencia entre lo temporal y eterno, que escribió el padre Juan Eusebio; empezó a leerlo y juntamente empezó a tener temores y tedios con que el demonio la tentaba para que no emplease el tiempo en aquella lectura, pero Dios le daba inspiraciones para que leyese y así venciendo las tentaciones con el divino auxilio leyó atenta y espaciosa el libro de donde se originó llenarse su alma de desengaños y aviciarse de los afectos de lo temporal con grandes resoluciones de servir con perfección a Nuestro Eterno Dios. Algún tiempo se entregó solamente a la lección espiritual sin acompañarla con la oración mental que es hija de la lección. Viendo esto el padre Diego Solano, maestro que guiaba su espíritu a la perfección la enseñó el modo con que ejercitando las tres potencias del alma había de tener oración mental y la industrió en los ejercicios espirituales de nuestro padre San Ignacio de los cuales (habiéndolos tenido por algunos días) sacó no veleidades en sus propósitos sino unas resoluciones tan verdaderas que siempre las puso en ejecución. Quedó tan aficionada a estos ejercicios que cada año se retiraba a tenerlos como lo hacen los de la Compañía. También hizo de la oración un ejercicio cotidiano, pues todos los días se levantaba antes de amanecer y meditaba los puntos que había prevenido y salía de su meditación a las seis de la mañana. Por las tardes puesta en

cruz oraba otra hora, y luego al anochecer principiando su oración la continuaba hasta las nueve de la noche. Esta con su oscuridad suele causar temores y así el ángel de las tinieblas los avivó para sacar a esta devota virgen de la oración. Salió de ella erizado el cabello, trasudado de congoja el cuerpo, y encontrando con gente de su casa que le hizo compañía se recobró y reconociendo que se había dejado vencer de la pasión natural del miedo por astucia del demonio, se determinó tener en adelante valor para no huir del puesto donde estaba tratando con Dios, y lo cumplió de suerte que perseveraba inmóvil aunque el enemigo de su alma, por estorbarle la oración procuraba asombrarla con estruendos, ya abriéndole la puerta con ímpetu, ya dando en ella desmedidos golpes, ya haciendo ruido con pasos descompasados, ya entrando en su oratorio en figura de gato prorrumpiendo en importunos aullidos. Nada de esto la atemorizaba y era de maravillar porque antes había sido de natural tan medroso que en empezando a anochecer no tenía ánimo para salir sin compañía ni aún a la puerta de la sala.

Al estado de religiosa inclinó desde niña su buen natural y dio bien a entender esta su inclinación cuando al despedirse con ternura de una hermana suya melliza a quien su marido llevaba al campo, la dijo: «Andad con Dios hermana, que si yo puedo he de tener un esposo que no me lleve al campo sino al cielo». No consiguió el ser religiosa porque a sus padres les faltó la hacienda con qué dotarla, y quiso Dios que les faltase para que se viese que esta doncella hacía de su casa un voluntario monasterio observando recogida las tres virtudes que esencialmente constituyen religión como después veremos. No faltó un caballero que aficionado a las prendas de su virtud pretendió casarse con ella. Propusieronlo al padre Diego Solano, su confesor, el cual respondió que según el conocimiento que tenía de doña Antonia era imposible el casamiento; mas sin embargo un día que se llegó a confesar le preguntó con prudente cautela si se casaría de buena gana. Respondió: «si me hiciera reina porque me casara, lo despreciaría como a un muladar; y yo venía ahora con resolución de pedir a vuestra paternidad licencia para escoger por mi Esposo a Cristo, haciendo desde hoy voto de castidad». Dióle su confesor la licencia, y habiendo comulgado festejó al Cordero que tenía en su pecho ofreciéndole con voto el armiño de su castidad. Llenola el Señor de una gran dulzura y desde este día le concedió que ni aún por el pensamiento se le pasase cosa que pudiese amancillar el candor de la virginidad ni movimiento menos puro que la inquietase.

Porque no se afease la cándida tez de su castidad con el más mínimo tizne de la lujuria usaba mucho el mirarse en el espejo del conocimiento de la fragilidad de la carne, y por eso se tenía a sí misma desconfianza de sí y ponía toda su confianza en los auxilios divinos. Mirándose en este espejo no miraba fijamente a los rostros de los hombres y practicaba esto con tal estrechez que aun a los deudos muy cercanos y aun a sus mismos hermanos no los vio con fijeza en los rostros porque al mirarlos trastocaba las líneas rectas visuales para no percibir los sujetos que se miraban. No podía haber en los domésticos sirvientes cosa que pudiese tener viso de lascivia y siendo una paloma sin hiel en las otras cosas en tocando en esta materia se había de huir de doña Antonia como de paloma con ira: Afacie irg columg. Salió de su casa una criada a ejecutar un

mandado necesario y volviendo después de haber anochecido pagó la criada de contado la vuelta tardía con la que le mandó dar de azotes su señora, y siendo así que en otros defectos de la criada solía ser doña Antonia la paloma medianera para que no se castigasen, mostró su ira en esta ocasión y agradeció a una hermana suya el haber hecho castigar la criada.

Su virginidad castidad se crió con el alimento áspero de sus mortificaciones como se cría la rosa entre las puntas de las espinas. Con las de los cilicios, ya de cerdas, ya de hierro y ya de rayos punzaba los miembros de su cuerpo y ni a su cabeza perdonaba. Todos los días sobre tarde se retiraba a tener oración en su oratorio. La materia en que meditaba su entendimiento era la pasión de Cristo, y por parecerse a Él se ponía en la cabeza un cilicio de puntas de hierro agudas hecho en forma de corona; tendía los brazos en forma de cruz sufriendo los dolores de la postura y así se estaba de rodillas pensando en su Esposo y cuidando de hacerse un retrato suyo. Las disciplinas con que maceraba su cuerpo eran tan fuertes que le sacaban la sangre; y aunque para macerarse se retiraba a lo más oculto de la casa y de la noche, descubrían su penitencia los ruidos que resultaban de los azotes. A las veces eran dos los tiempos que tenía diputados para la disciplina y ésta la tomaba con tres instrumentos diferentes parecidos a aquellos con que fue azotado su querido Esposo y Redentor de su alma a quien procuraba parecerse en esto como en lo demás. En la mortificación de los sentidos corporales andaba tan cuidadosa, que se puede decir que estaba ocupada en ella con todos sus cinco sentidos. Los ojos los mortificaba no viendo y haciendo de la que vía. Asistiendo en algunas festividades de la iglesia, le decía una hermana suya que mirase los adornos del altar y ella entonces levantaba el rostro y trastocaba las líneas visuales para quedarse sin mirar. Al ir y volver de la iglesia sólo miraba hacia el suelo por donde había de caminar; el manto lo llevaba sobre el rostro, de suerte que por él ninguno la podía conocer, solamente la conocería cualquiera por su rara modestia y compostura. A su olfato no le faltaba su mortificación, y así cuando por estar enferma le daban para oler alguna cosa o algún clavel, no lo aplicaba la respiración para percibir la fragancia sino que haciendo de la que olía pasaba por la boca la flor. Con muro y ante muro guardaba su lengua; primero que pronunciaba alguna palabra examinaba si convenía decirla o no. Palabras que pudieran picar no se le oyeron, y esto no era poco porque era en ocasiones que le decían palabras picantes y ella reprimía lo agudo de su ingenio por no herir con otras tales. A veces oía muchas palabras que le sacaban lágrimas por los ojos, pero ninguna palabra por los labios. El silencio que guardó esta virgen fue raro porque sólo hablaba cuando le preguntaban y cuando era necesario el decir algo. En las ocasiones que algunas personas iban a visitar a su madre y la llamaban para que asistiese a la visita, saludaba cortés y agradable a las personas y luego callaba en lo exterior para hablar interiormente con Dios. El modo con que lo hacía era pasando al disimulo las cuentas de una camándula, y haciendo en ellas actos interiores con tal intención que no escuchaba la conversación de las otras ni sabía lo que se había hablado.

En la mortificación del sentido del gusto fue insigne. Antes de resolverse a andar por el camino de la perfección solía tener tanto horror a cosas de botica que en los días antecedentes a la purga que le habían de dar por

sus achaques le desvelaba la congoja que había de tener al tiempo de beberla, pero después que trató de ser perfecta venció varonilmente este horror natural de que muchas veces fue vencida. Valióle para esta victoria la consideración de la hiel y vinagre que bebió Cristo Nuestro Señor por nuestro amor, y así por corresponderle bebía las purgas a sorbos saboreándose en sus amarguras. Entre año algunas veces, y más continuamente en el tiempo de la cuaresma solía traer en la boca una yerba amarguísima.

Los banquetes con que celebraba las fiestas de Cristo su Esposo, de la Virgen su madre y de sus santos devotos, eran unos ayunos de pan y agua. En los otros días del año mortificaba muy bien el sentido del gusto, y porque no lo reparasen su madre, tías y hermanos que estaban con ella en la mesa, se estaba revolviendo lo que le ponían en el plato haciendo de la que comía, siendo así que se quedaba casi, casi sin comer; y cuando más comía no pasaba de dos onzas de comida. Cuidaba una hermana suya de que le diesen la bebida del chocolate por las mañanas, pero ella metiendo muchas veces la cuchara en jícara, la sacaba vacía y la metía en la boca para que se entendiese que lo bebía. Con esta traza mortificaba el gusto que podía tener en beber el chocolate, hasta que la cogieron con el hurto de la mortificación en las manos, y por sus enfermedades a que lo bebiese; mas bebiéndolo mortificaba su apetito, pues en sintiendo que se iba saboreando el gusto luego lo mortificaba dejando de beberlo. Una vez reparó su hermana que había bebido más que otras veces y la dijo: «Parece Antonia, que está bueno el chocolate, dadme un poco de él». Dioselo y en probándolo le supo a una amarga purga porque la criada no le había echado azúcar y así se edificó de su hermana viendo que había bebido más de lo ordinario, era porque estaba amarga la bebida.

Para que se oiga lo que se mortificaba en el sentido del oír, diré lo que ha llegado a mi noticia. Aunque estuviese congojada y triste huía de las conversaciones por no oír palabras que le pudiesen causar alivio. Excusaba el oír donaires que solía hablar un deudo suyo delante de madre y de las demás parientas, y la causa de excusarlos era por mortificar el oído en lo que podía alegrarle el corazón. Éste, como tan espiritual, se regocijaba con la armonía de la música eclesiástica y se privaba de ella no quedándose a oír las misas solemnes que se cantaban en días festivos en que iba a confesar y comulgar para adquirir el tesoro de los jubileos. Quien así se ensordecía a lo lícito claro está que no había de dar oídos a lo ilícito. En una ocasión contó una persona delante de doña Antonia y de otras un chiste con algunas palabras sino indecentes menos recatadas de lo que pedía la castidad y pureza de las oyentes; pero doña Antonia con la modestia de los ojos y ceño del rostro dio muestras de lo que le había ofendido el chiste.

Con las mortificaciones dichas perseveró hasta la muerte en el estado de virgen y ya que no pudo alcanzar el de religiosa hizo religión su casa guardando en ella además de la castidad la obediencia y la pobreza voluntaria. Desposeyose de las galas y joyas de que antes había usado y también de algunos juguetes engastados en oro y esmeraldas. Sólo reservó para salir de casa un vestido pobre y un manto honesto, una arquilla pequeña para ocultar los registros de los de su casa los cilicios y disciplinas y también para guardar los lienzos que curiosamente labraba

para adornar los altares. Las demás alhajas que tuvo las repartió entre los pobres para hacerse pobre por Cristo. Desde que se resolvió a servir con voluntaria pobreza a su Esposo desnudo en la cruz, hizo punta contra la costumbre mujeril no poniendo puntas ni labores en su ropa interior. Porque de lo exterior del cuello se había quitado tiempos había una gargantilla de cuentas de oro le dijo una señora que por lo menos se pusiese gargantilla de cuentas de azabache, y entonces como azarada respondió: «Señora, para qué he de volver a esas cosas».

Viendo el maestro Esteban de Cabañas, clérigo virtuoso, que su hermana doña Antonia tenía roto el vestido le dio uno de seda negro decente a su estado y calidad. Recebiolo como de limosna por haberse hecho pobre. No quiso ponérselo pareciéndole que era más rico de lo que deseaba el efecto de su pobreza; mandole su hermano que se lo vistiese, hízolo con gran repugnancia por obedecerlo y luego se fue al padre Diego Solano, su confesor, y le preguntó cuál sería mayor perfección, obedecer a su hermano poniéndose el vestido o dejarle de hacer por afecto de la pobreza, porque ella quería obrar lo más perfecto, y juntamente le rogó que le pidiese a su hermano que no le mandase poner otra vez aquel vestido. El padre se olvidó de hacer esta petición porque otras ocupaciones se la quitaron de la memoria, mas ella con su oración lo alcanzó de su Esposo y así no se volvió a poner otra vez el vestido. El manto que entre sus alhajas había reservado para salir a misa, se le envejeció y entonces se lo ponía con más gusto porque se vía en traje de pobre aunque le costaba el oír reprensiones que por el manto le daban su hermana y tías, pero ella no abría la boca para responder, y entrándosele por ella un día Cristo sacramentado le recompensó la amargura de las reprensiones comunicándole tales dulzuras cuales no había probado en otras comuniones y este regalo sabroso le duró por muchos días. Después del manto es memorable el caso de una mantellina que le mandó hacer su hermano y ella no consintió que la adornasen con guarnición ni con vueltas de tafetán y sintiendo sobre sí gran peso con la mantellina porque su pobreza no quería ponerse cosa nueva, deseó dársela a una señora que habiendo sido antes muy rica estaba muy pobre. Cumpliolo Dios su deseo, pues dentro de breves días murió doña Antonia y a aquella señora le dio el maestro Esteban de Cabañas la mantellina de su hermana sin haber tenido noticia de los deseos que ella había tenido de dársela.

Tanto era el amor que tenía a la pobreza santa, que no quería tener propiedad en nada. Si le daban algunas cosas de regalo las daba luego a su hermana sin reservar nada para sí. Cuando quería dar algo de limosna a algún pobre, se lo pedía a su hermana y lo daba solamente con su licencia. Como pobre voluntaria amaba a los que eran necesariamente pobres, y como en ellos se le representaba Cristo desnudo los socorría dándoles lo que granjeaba con las obras de labores curiosas que hacía con sus manos a tiempos que para esto tenía señalados.

A la obediencia como a virtud esencial de religión la introdujo para sí misma en su casa haciendo de ella monasterio. Su más cotidiano obedecer era a su madre. Llamábala señora, llamábala madre y su respeto no era sólo de vocablos sino también de obras, pues la obedecía como a madre y señora haciendo, no solamente lo que le mandaba sino también lo que adivinaba que le querría mandar. En una ocasión determinó la madre que sus dos hijas

fuesen a una visita, sentía el dejar su retiro doña Antonia, y viendo su hermana esto la dijo que no se afligiese porque ella iría a negociar que se dejase la visita. Respondiolo doña Antonia: «hermana, no hagáis tal que eso es contra el gusto de señora». Por acudir a obedecer a su madre acudía a su llamada aun cuando estaba en su retiro entregada a la oración porque sabía que eso era dejar a Dios por Dios.

A su confesor y padre espiritual obedecía con gran prontitud negando su propio parecer y rindiéndole su propia voluntad. No le pasaba cosa ninguna en su alma que no le diese clara noticia para que en todo la gobernase y la encaminase al cielo. Unas veces le daba cuenta de su conciencia por su propia persona, otras veces por escrito y a su respuesta hacía eco obedeciendo puntualmente a lo que le mandaba. Como súbdita suya le pedía las licencias para las mortificaciones y para los demás ejercicios y prontamente dejaba de hacer lo que quería cuando le negaba la licencia, y con igual prontitud hacía las cosas cuando le daba facultad para ellas, de suerte que parecía que no tenía más voluntad que la de su padre espiritual.

A su hermano mayor el maestro Esteban de Cabañas y aun a sus hermanas menores miraba como a preladas y las obedecía como súbdita, de lo cual sólo referiré un caso particular. En una ocasión estaba doña Antonia sacando miel de una canoa y se le cayó en ella la escudilla con que la sacaba. Entonces una hermana suya le dijo por entretenimiento: «en verdad Antonia, que la habéis de sacar con la mano». Al punto que esto oyó metió todo el brazo sin el reparo de ensuciarse en la canoa de miel y sacó la escudilla caída. Díjole su hermana: «¿para qué habéis hecho esto?». Entonces respondió sonriéndose: «No habéis oído decir que se ha de obedecer a ciegas».

A más subió la obediencia de doña Antonia. Era señora de las criadas de su casa, y ella las obedecía como si fuera criada haciendo lo que ellas querían ya que no se lo podían mandar. Desde que se determinó a ser esposa de Cristo no quiso tener criada propia sino servirse a sí misma y obedecer a todos como sierva. Cuando había menester que alguna criada hiciera alguna cosa en su servicio la pedía con ruegos como si fuera su igual y no la mandaba como señora.

## Capítulo XXIX

De las devociones que tuvo doña Antonia habiendo hecho de su casa monasterio

Habiéndose hecho doña Antonia casi monja en su casa ejercitando las virtudes religiosas, tuvo sus devociones muy útiles. En su retiro tenía su locutorio y en él hablaba todos los días con las Tres Divinas Personas diciendo el oficio de la Santísima Trinidad. También rezaba un rosario que había compuesto en esta forma: en lugar del Pater Noster decía: «Alabada



sea la Santísima Trinidad». En lugar del Avemaría decía: «Alabado sea el Padre, alabado sea el Hijo, alabado sea el Espíritu Santo». Con estos afectos fervorosamente repetidos se le abrasaba el corazón de suerte que necesitaba desembarazarlo de la ropa. Con este ejercicio se le solía poner el rostro encendido como unas ascuas de fuego. Esto era lo de cada día; lo de cada semana era distribuirla de este modo: El domingo lo ofrecía a la Santísima Trinidad haciendo actos de deseos de verla en el cielo. El lunes al Padre Eterno con actos de contrición. El martes al Hijo con actos de agradecimiento. El miércoles al Espíritu Santo con actos de amor. El jueves al Santísimo Sacramento con actos de imitación de Cristo Señor Nuestro. El viernes a la pasión de Cristo Señor Nuestro, con afectos de derramar por su amor su propia sangre. El sábado a la Virgen Santísima imitándola con actos de resignación en la divina voluntad.

Amaba a Dios Trino y Uno con todo su corazón, y como su forma es triangulada repartía los ángulos entre las Tres Divinas Personas. A estas como a sus queridas hacía dos presentes de valor y precio grande. El uno era de omisiones procurando no sólo no cometer pecado mortal ni venial con plena advertencia, sino también procurando evitar cualquiera imperfección. De sólo oír el nombre de pecado mortal temblaba y daría mil vidas antes de cometerlo por no dar disgusto a sus Tres queridas Personas. Para evitar las culpas leves y las imperfecciones examinaba cada día dos veces su conciencia. El otro presente que hacía a la Santísima Trinidad era de buenas obras, en las cuales su intención era tirar a su agrado y a su mayor honra y gloria.

A las Tres Divinas Personas presentaba también las tres potencias de su alma y en estos tres presentes se mostraba muy finamente. Su memoria estaba tan lejos de olvidarse de Dios que no le perdía de vista ni aún en las acciones exteriores en que se ocupaba. Su entendimiento se empleaba en pensar los atributos de Dios Trino y Uno y esto hacía con especialidad desde el día festivo de la Santísima Trinidad hasta su octava. Su voluntad se empleaba toda en andar haciendo actos de temor de Dios y de conformidad con el querer santísimo de las Tres Divinas Personas. Como los ayunos del cuerpo son regalos para Dios, se los presentaba en muchas ocasiones y con especialidad en la víspera de la fiesta de la Trinidad Santísima, en cuyo honor usaba de tres diferentes géneros de cilicios y de tres instrumentos de azotes.

Trabó una muy constante sobre muy estrecha devoción con un hombre que es juntamente Dios y está encubierto con el velo de los accidentes de pan y vino. No se daba por satisfecha mirándole presente por las celosías ni se contentaba solamente con hablarle por aquellos enrejados y por eso le recibía frecuentemente dentro de sí para comunicar con él más íntimamente teniéndolo dentro de su pecho. En los últimos años de su vida alcanzó licencia de su padre espiritual para tener esta comunicación cada día por medio de la comunión sacramental, y se disponía para ella con una hora de meditación del divino sacramento, y en habiendo recibido a su Señor en el pecho echaba sobre el rostro el manto para tener más recogidos los sentidos de los ojos, oídos y lengua y se ponía a mirar, oír y hablar con el Señor que había venido a visitarla, y aunque con el manto quería encubrir las lágrimas de dulzura que derramaba, el mismo manto, estando mojado, las descubría, y era tanto el gusto que tenía en esta

comunicación, que gastando en ella cada día más de dos horas le parecía muy poco el tiempo cuando le avisaban que ya era hora de volverse a casa. Tan embebida solía estar en las pláticas con aquel Señor que le visitaba, que no le servía de estorbo el ruido que había en la iglesia, en festividades de mucho concurso. Y hubo ocasiones en que estando ella sola en la iglesia ocupada en esta celestial conversación, le hurtaron de su lado el sombrero sin sentir al ladrón que llegó a hurtárselo.

Cuando acontecía el estar enferma en la cama sentía más que la enfermedad el no poder salir para recibir la visita que deseaba le hiciese su Esposo entrándosele por las puertas de la boca a lo íntimo del corazón. El mismo día en que la hirió cruelmente el mal que le quitó la vida, sin embargo de hallarse con fiebre ardiente y con otros dolores, le dijo fervorosa a su hermana que la acompañase porque quería ir a oír misa y a comulgar, y su hermana no se atrevió a hacer resistencia viendo el fervoroso espíritu con que se lo pedía. A las misas (en que se consagra la hostia y se pone presente en ella Cristo) asistía con devoción interior y con exterior reverencia. En lo interior meditaba los puntos que tenía prevenidos de la vida y muerte de Cristo para cada parte de este santo sacrificio. En lo exterior estaba siempre de rodillas y con mucha modestia y solía asistir no a una sola sino a cuantas misas podía.

La inclinación natural que suelen tener las mujeres a criar niños la convirtió en una espiritual profesión de tener un Niño Jesús dormidito en una cuna dorada. Para darle cada año las buenas pascuas en el día de su Navidad ayunaba rigurosamente en el adviento, sustentándose sólo con pan y agua en tres días de cada semana a que añadía ásperos cilicios y rigurosas disciplinas. En los nueve días antecedentes al del nacimiento del Niño Dios, hacía que le dijese las misas que llaman de aguinaldo para las cuales daba la limosna de dinero que había adquirido con la labor de sus manos. En todo este tiempo procuraba encender más el fuego de amor que para con el Niño Jesús ardía en su pecho avivando con largas meditaciones del misterio de su nacimiento, daba soplos a las llamas con tiernas jaculatorias de sus labios.

El encendido amor que tenía al Niño se le vio en las manos y también se le conocía en los labios. En las manos porque con ellas le labraba camisitas de oro y seda para su cuerpecito para colocarlo en la cuna le hacía sabanitas y almohadas con primor y curiosidad. Adornaba su amor la cuna con variedad de dijes preciosos en la materia aunque pequeños en el tamaño. En un dedito del Niño tenía puesta una sortija de oro con el engaste de una esmeralda en señal de su desposorio y en significación de la esperanza con que vivía de ir a celebrar las bodas en el cielo.

En su cabeza le tenía puesta una cabellerita que hizo de sus propios cabellos en muestra de que no había de tener pensamiento que no fuese dirigido a Jesús. En los labios también se le conocía el amor que redundaba del corazón. Retirábase a su oratorio huyendo de los registros de los ojos humanos para entretenerse en vestir y adornar amorosamente a su Niño; pero acechándola algunas veces su hermana oía las palabras amorosas y veía los ósculos de amor que le daba al Niño cuando lo vestía. Pondré aquí algunos requiebros suyos para el que quisiere imitarla. Es posible (le decía derramando lágrimas de sus ojos y teniéndolo en sus

brazos) ¿que hay quien os ofenda? ¿Quién habrá que no se muera por Vos? Oh, si yo, vida mía, muriera porque ninguno os ofendiese. ¿Es posible que haya quién se olvide de Vos? Oh, Esposo de mi alma, no me hubieras hecho reina y señora del mundo para que yo con afecto hubiera dejado por vuestro amor lo que con todo mi corazón y potencias tengo despreciado otra vez y mil veces me vuelvo, querido mío a ofrecer a Vos. Toda soy vuestra pues Vos sois todo mío. Muchas veces requebraba al Niño Jesús diciéndole tierna y amorosamente: Oh, vida mía; y tenía razón en decirlo porque todo su vivir era Jesús y así con frecuencia repetía este dulcísimo nombre todos los días en la camándula que en sus cuentas contiene el número de los años que vivió Nuestro Salvador en este mundo. En la última enfermedad que para morir, padeció esta virgen, advirtieron que nombraba a Jesús cuantas veces respiraba. Jesús era su vida y así no es mucho que su respiración fuera Jesús.

La devoción con este Señor considerándole Niño era devoción tierna; pero meditándole ya Hombre en los dolores de su pasión era devoción fuerte porque de la flaqueza mujeril sacaba fuerzas su amor para martirizarse y padecer por su amado. Dejó los ayunos a pan y agua con que los viernes de cuaresma mortificaba su cuerpo procurando parecerse a Cristo en el ayuno del desierto. Dejó las disciplinas con que se le asemejaba derramando la sangre de sus venas. Dejó el cilicio que se ponía en la cabeza para imitar a su Esposo coronado y el ponerse en cruz para ser un retrato suyo, y solamente refiero lo que le aconteció en un día viernes. Estaba meditando devota a Cristo Señor Nuestro dolorido en la cruz, y entonces este Señor la inspiró que procurase parecerse en tener cinco llagas en su propio cuerpo. Obedeció al soberano impulso y cogiendo unas tijeras de su costura cortó por cinco partes la delicada piel que le cubría su amoroso corazón. Con esto quedó su alma anegada en dulzuras, su cuerpo doliente con las heridas y su corazón con cinco respiraderos para desahogar las llamas del volcán de amor en que se estaba abrasando.

A esta devota virgen, siendo del número de las prudentes no le había de faltar la devoción con la Reina de las Vírgenes y así tuvo para con ella desde niña una muy cordial devoción. Visitábala cada día de rodillas poniéndose en la presencia de su imagen; saludábala por las cuentas de su rosario. En sus festividades le hacía presentes de buenas obras y le ofrecía regalos de ayunos y de otras mortificaciones. Los sábados daba por amor de la Virgen a unos pobres vergonzantes lo que con el trabajo de sus manos había adquirido en los otros días de la semana. Imitando las virtudes de la Virgen procuraba como hija asemejarse a tan excelente Madre. También tenía singular devoción por San José, esposo de María y padre putativo de Jesús. Cada día le hablaba con las oraciones y letanías que de este glorioso patriarca corren impresas. La víspera de su día festivo le ofrecía un regalo de ayuno de pan y agua, de cilicio y disciplina. En su día festivo presentaba a Dios el santo sacrificio de la misa que se decía del Santo Patriarca, para la cual daba su limosna y juntamente recibía en su pecho al que muchas veces había tenido en sus brazos San José.

### Capítulo XXX

Que doña Antonia se cuajó como flor de frutos de otras virtudes

Siendo doña Antonia la flor de Tunja y siendo una no se cuajó en uno sino en muchos frutos de virtudes como consta de lo que con verdad se ha escrito en los dos capítulos antecedentes y también constará de lo que con certidumbre se dirá en los renglones siguientes:

En las hojas de sus labios y lengua se formó siempre la verdad, aunque por decirla se hubiese de seguir alguna pesadumbre. Háblele mandado su hermano mayor (a quien tenía en lugar de padre) que hiciera cierta diligencia, y quiso Dios que se le olvidase la ejecución para que se viese en sus labios la verdad sin temor de padecer por decirla. Preguntóle su hermano si había hecho lo que le había encargado. No quiso excusarse con su natural olvido, y solamente dijo que no la había hecho. Riñola su hermano con el descuido y después de la riña y el enojo le dijo una persona a doña Antonia que para qué le había dado aquella respuesta a su hermano, y ella respondió que el dársela le fue forzoso para no mentir. Como no tenía labios para decir mal de otros, tampoco quería dar oídos a los que murmuraban de sus prójimos, y así le aconteció que conociendo que un pobre solía ir a su casa a pedir limosna tenía costumbre de dar quejas y hablar mal de los que no le socorrían; por no oírle tenía dispuesto que al punto que llegase a pedir le diesen el socorro de la limosna y lo despidiesen con Dios. Los ausentes tenían en doña Antonia seguras las espaldas porque sabía diestramente volver por ellos. Tenía tal donaire y sal en mudar las pláticas de murmuración, que el ausente quedaba defendido y el que las hablaba edificado.

Como doña Antonia era semejante a la flor cuyas hojas son tiernas y blandas, produjo frutos de una caridad suave y de una misericordia tierna y compasiva como se verá por los casos siguientes: Tomó para sí el cuidado de llamar a los niños y niñas de su casa para repartirles el almuerzo y la merienda porque no padeciesen la molestia de la hambre, y para juntar el socorro del cuerpo con el mantenimiento del alma los convocaba a sus tiempos y les enseñaba las oraciones y el catecismo con mucho amor y con grande suavidad. Ella era la que convocaba a sus iguales para rezarle el rosario a la Santísima Virgen. Ella era la que celosamente caritativa avisaba en vísperas de comuniones a las otras para que se previniesen para recibir al Señor.

Parecía la madre de los pobres según trabajaba para tener dinero con qué socorrerlos. Cuando de noche tocaban a la puerta de su casa pidiendo limosna, acontecía que se asomaba a la ventana para darla siendo así que jamás supo qué cosa era ventana de día para asomarse a mirar por ella; pero de noche sí porque en el pobre tocaba su Esposo a la puerta, y mirando por las celosías de la ventana, recibía lo que le daban de limosna. Llegó una mujer vergonzante a pedir limosna y reparando doña Antonia que traía descalzos los pies, se quitó modestamente sus propias xervillas y se las dio a la mujer diciéndole que se las pusiese porque no

le lastimasen las piedras. En una ocasión se entró por las puertas de la casa de sus padres una pobre enferma con muchos asquerosos achaques y doña Antonia como humilde se prefirió a su madre, hermana y tías diciendo que ella era la que como sierva había de cuidar de la enferma. Visitábala muchas veces asistiéndola de día, y de noche componíale la cama, abrazábale para levantarla sacando por despojos las sabandijillas que criaba el cuerpo de la doliente, curábale puesta de rodillas las llagas que tenía muy asquerosas con que vino a vencer el natural que tenía tan asqueroso que cualquiera cosa inmundada la provocaba a penosas arcadas y a crueles bascas. Con agradables palabras alentaba a la enferma a que tuviese paciencia. Ella por sus mismas manos le daba la comida con tanto agrado, que cuando alguna otra de la casa le quería dar a la enferma de comer, no lo admitía, diciendo: «ahora vendrá la caridad y ella lo hará». Caridad llamaba a doña Antonia y todos los que la vieran misericordiosa servir entre muchos ascos a la enferma no errarían dándole en abstracto este epíteto de caridad.

En esta misma virtud parece que se había transformado doña Antonia usando de misericordia con los pobres indios del pueblo de Soracá donde era cura su hermano y la solía llevar ella por estar bien acompañado. En sabiendo que había enfermos se iba a visitarlos de choza en choza y los socorría con la comida y cena, aplicábalos por sus mismas manos los remedios para que recuperasen la salud corporal y para que mereciesen la eterna les enseñaba el modo con que se habían de disponer para recibir los Santos Sacramentos. Cuando algunos se morían, usaba de misericordia ayudándolos con sus oraciones para que saliesen de las penas del purgatorio. Lo heroico de su caritativa misericordia pasó la raya de su propia vida llegando hasta su muerte como se verá en este caso. Cayó en la cama enfermo su hermano con un achaque arriesgado a morir, y ella empezó a compadecerse de su madre viuda, de sus tías pobres y de sus hermanas que quedarían como huérfanas si se les muriese su hermano que con todas ellas hacía oficio de padre. Con esta compasión se fue a la presencia de Cristo Sacramentado y allí venciendo la misericordia al temor natural que tenía a la muerte, le pidió a su querido Esposo que si ella de gloria suya le quitase a ella la vida y se la alargase a su hermano para el amparo de todos los de su casa. Otorgósele la petición con el afecto deseado, pues ella murió en breve y su hermano sobrevivió muchos años prosiguiendo en mostrarse con las obras padre cuidadoso de su madre propia y de las demás personas de su casa.

Aunque doña Antonia era como una flor delicada por su naturaleza, se cuajó con la divina gracia en los frutos de unas virtudes vigorosas cuales son la fortaleza para vencer al demonio, la constancia para perseverar en lo bien comenzado y la paciencia para tolerar sus males hasta morir en el Señor y Esposo de su alma como lo irá viendo el lector. Bramaba el infierno viendo que esta alma se le iba al cielo y salíale al encuentro con muchos géneros de tentaciones en el camino. Para que dejase el de perfección que había comenzado le oponía que estaba en la flor de su edad y que era malograrla el tratarse con el rigor de la penitencia; decíala que bien se podía salvar sin tanta estrechura; que podía servir a Dios con un modo llano dejando el singular y raro que había emprendido. Con estas y otras semejantes sugerencias le hacía guerra el demonio para que volviese

atrás, pero ella daba tantos más pasos adelante cuantos eran los actos de fortaleza con que le resistía; y para resistirle desconfiaba de sus fuerzas y para tener a su lado quien la defendiese se metía en la llaga del costado de Cristo que es muy valerosa contra todas las huestes del infierno. Para apartarla de la oración mental la combatía el demonio al tiempo que la tenía poniéndole en el entendimiento innumerables pensamientos, ya contra la fe, ya contra la esperanza con horribles dudas de su salvación, ya con una mortal tristeza y con unos tedios grandes a las cosas espirituales; y viendo el demonio que se afligía con estos pensamientos procuró falsamente entablarle que ponerse a tener oración era ofender a Dios. Pero sabiendo que esta era falsedad, no dejaba la oración perseverando en ella como un fuerte peñasco, rebatiendo como tal los olajes de las tentaciones diabólicas. Varias veces el ángel del infierno se revistió sin vergüenza del traje y con la figura de una señora muy virtuosa y amiga de doña Antonia y la decía muchos oprobios tratándola de embustera, hipócrita y sucia; contradecía a sus palabras y vituperaba sus acciones virtuosas, pero doña Antonia callaba como humilde y sólo hablaba con Dios llamándolo suyo con estas palabras: ¡Oh Dios mío!, y estando cierta que no le ofendía porque no le daba ocasión culpable a aquella señora fingida, y verdaderamente demonio, se consolaba mucho porque todo su deseo era no ofender a Dios. Como el demonio es tan malo, castigó algunas veces con golpes a doña Antonia por sus buenas obras; pero ella en medio de los castigos no hacía propósito de la enmienda, porque todos sus propósitos eran de agradar más y más a su Esposo Jesús.

Para refinar la virtud de esta alma le dio Nuestro Señor muchas enfermedades a su cuerpo. Padeció continuos corrimientos al rostro y ella los recibía con un semblante conforme y resignado a la Divina Voluntad. Tuvo agudísimos dolores de costado y quizás por eso tuvo tanta devoción con la llaga del costado de Cristo, en la cual (como dijo a su confesor) tenía todo su consuelo para pasar la aflicción que le causaba el haber de morir. Atormentáronla unas apostemas malignas que tuvo debajo de los brazos y le atormentó no poco el haberlos de descubrir y mostrar al médico para que la curase; y fue tanta su honestidad, que para que lo hiciese fue necesario que se lo mandase su confesor. Jaquecas frecuentes de cabeza le aquejaban, y viendo que en ellas sentía alivio peinándose el cabello, dejó el uso del peine los siete años últimos de su vida, pero no dejó el cilicio con que martirizaba su cabeza. En estas y otras enfermedades le combatía el demonio unas veces con tristeza proponiéndole lo doloroso de su vida, otras veces la provocaba a iras contra las criadas por las faltas que cometían en su servicio, pero doña Antonia salía victoriosa haciendo los actos contrarios de alegría en el padecer y de mansedumbre en el sufrir. No dio jamás muestras de sentimiento impaciente ni con palabra, ni con acción ni con ceño del rostro. Todo lo que hacían con ella en sus achaques lo agradecía como si no tuvieran obligación de hacerlo. Dejaba de llamar a sus criadas para su alivio por no hacer incomodidad de noche a su descanso. Pasaba sus males con mucha serenidad por no dar pena a los que supiesen lo que padecía. En los tormentos de sus achaques era su ejercicio ofrecerlos a Cristo dolorido, repetir a menudo los dulcísimos nombres de Jesús, María y José y también el decir estas palabras: «Sea por vuestro amor Dios mío».

El dolor de costado fue últimamente el mal por cuyo medio quiso Dios darle a doña Antonia el bien de la muerte que le había pedido por la vida de su hermano. El mismo día en que se le acometió el dolor se fue (como tengo ya dicho) a comulgar a la iglesia, y habiendo vuelto de ella le acometió el mal y la derribó en la cama, que su mortificación y pobreza voluntaria había escogido, que constaba de un pobre colchoncillo y de una pobre frazada basta, sin sábanas que podía tener para regalo de su cuerpo, y por ocultar su mortificación solía decir que no ponía sábanas en la cama porque se enredaban. Fue apretándole con crecimientos el dolor de costado. Pidió que le diesen el soberano Viático, para hacer el viaje que tenía por cierto. Díjole una hermana suya que permitiese le pusiesen unas sábanas, ¿qué diría la gente que entraba viendo que estaba en la cama sin ellas? Respondiola sonriéndose. ¿Qué importa qué digan? Y consintió que superficialmente pusieran una sábana para el tiempo en que había de recibir el Viático sagrado. Después pidió que le entregasen la imagen de su Niño Jesús, recebióle con júbilos entre sus brazos y con variedad de afectos se despidió de Él diciéndole que por su pasión y muerte esperaba que le había de ir a ver cara a cara en el cielo. Llegose el tiempo de recibir la Extremaunción y como en el pie que le descubrieron cuando niña dio demostración de cuán honesta había de ser cuando grande, así también mostró a lo último su honestidad diciendo que no le ungiesen los pies; pero viendo que el sacerdote que la había de ungir no seguía su deseo ni opinión se volvió a su hermana y a otra mujer que le acudía diciéndoles: «Tengan cuenta de no descubrirme todo el pie». Después le rogó a una mujer que amortajase su cuerpo de suerte que no lo mirasen. Mientras se detenía la muerte iba gastando el tiempo doña Antonia en fervorosos actos de fe, esperanza y caridad, conque aconteció hallarla su Esposo como a virgen prudente con lámpara encendida en las manos y la introdujo al regalo de las bodas eternas a los 28 de marzo del año de 1667 teniendo ella 38 no cumplidos. Con mucha honestidad sin mirar parte de su cuerpo y con mucha facilidad lo amortajó la enfermera, porque estaba tan flexible y tratable como si estuviera vivo. Vistiola con el sagrado hábito de San Agustín a devoción de la difunta, y enterrose en su convento en sepultura propia que en él tenían sus padres. Todo lo que aquí he escrito es un resumen o compendio de la vida de esta sierva de Dios que latamente escribió el padre Diego Solano como testigo que fue de la conciencia y padre espiritual de la difunta.

#### Vida del padre Josef de Tobalina

En la ciudad de Oñate, términos de Vizcaya, nació el padre Josef de Tobalina, y entre todos sus hermanos fue el más querido y estimado de su madre, la cual puso especial cuidado en su educación; pero él desde niño escogió otra madre que fue la Virgen Santísima inclinándose a servirla y quererla con amor filial. Aprendió los primeros rudimentos de la latinidad en la disciplina de un buen sacerdote siervo de Dios a quien ayudaba a misa y de quien era instruido en las cosas de su salvación. Para que se aprovechase su espíritu con el trato y comunicación del venerable padre

Gaspar Sánchez, y para que por su dirección entrase en la Compañía dispuso la paternal providencia de Dios que sus padres sin embargo de haber Universidad en Oñate y poderle allí sustentar con menos gastos y más conveniencias le envasen a estudiar facultad a la Universidad de Alcalá. Allí estando ocupado en sus estudios, el primero de la Compañía con quien se encontró, fue el venerable padre Gaspar Sánchez y fue su primera felicidad y su más principal dicha porque de este maestro aprendía virtud cuando los otros de la Universidad le enseñaban letras. Encendiósele el corazón con deseos de ser religioso de la Compañía de Jesús, y alimentándolos el maestro de su espíritu, entró en nuestra sagrada religión a treinta de marzo del año de mil seiscientos y doce, teniendo diez y nueve de edad. Este día de su entrada por ser para el padre Josef tan feliz y dichoso, lo tuvo anotado, si no con piedra blanca (como hacían los antiguos) con letra de su mano, diciendo que fue sábado cuatro días después de la Anunciación de Nuestra Señora. De ingratos es olvidar el beneficio, y el padre por no olvidar el que había recibido de la mano de Dios en día dedicado a la Santísima Virgen, lo quiso tener siempre en la memoria para agradecerlo a Jesús y a su Madre, que sin duda fue su intercesora, para que tuviese la dicha de no quedarse en el mundo entrando en la religión de su Hijo. Del tiempo del noviciado sólo hay noticia de que se esmeró en la virtud de la obediencia y así le hallaban los superiores siempre pronto y sin repugnancia a las cosas que le mandaban. En esto, aunque parece poco, se dice mucho porque la obediencia es una virtud que ingiere en el alma las otras virtudes, y así ejercitando puntual la obediencia adquirió otras muchas virtudes en que se ocupaba por mandado de los superiores.

Acabó su noviciado consagrándose a Dios con los votos, cuya fórmula firmada de su nombre tuvo por registro siempre en su breviario para que la vista frecuente de lo que había ofrecido refrescase su memoria y le estimulase la voluntad a su observancia. Lo que aprovechó en sus estudios bien se conoció en estas partes, pues en las ocasiones que se ofrecieron, dio muestras de que era excelente escolástico y aventajado moralista, resolviendo casos con eminencia. Pero la ciencia que a otros suele hinchar, no le desvaneció al padre Josef como se leía en unas cartas que a veces solía escribir llenas de confusión tratándose en ellas de ignorante. Y así por letrado humilde mereció en la Compañía el supremo grado de profeso, que obtuvo por cinco años.

Después que recibió en el alma el carácter del sacerdocio, decía la misa con singular prevención y rezaba el oficio divino de rodillas. Añadía otros oficios de supererogación aun estando engolfado en otras ocupaciones. El domingo rezaba el oficio del Espíritu Santo. El lunes el de los difuntos. El martes el de los ángeles o sus letanías. El miércoles el oficio de San José. El jueves la letanía del Santísimo Sacramento y de la preciosa sangre de Nuestro Redentor. El viernes el oficio de la santa cruz y oraciones de la pasión. El sábado la letanía de Nuestra Señora. Y si algún día no le era posible cumplir con alguna de estas devociones, no la dilataba más que hasta el siguiente día. Gastaba muchos ratos de noche en oración y de día en medio de las ocupaciones no perdía a Dios de vista. Sabía de memoria muchas oraciones vocales y actos de amor a Dios que usaron los santos, y él para serlo los imitaba.



Haciendo el padre Josef el oficio de superior en Belmonte a doce de diciembre del año de mil seiscientos y veinte y seis, le dieron cartas de nuestro padre general en que le mandaba que se partiese a las Indias, y aunque nunca había tenido tal deseo; trató de poner luego en ejecución el mandato. Cuando los vecinos de aquel lugar supieron su determinación trataron luego de escribir a nuestro padre general pidiéndole apretadamente que no les privase de un hombre tan docto y tan santo que era el consuelo de todos los vecinos; pero el padre Josef hizo grande esfuerzo con ellos para que no intentasen estorbar la ejecución de lo que Dios por medio de su superior le ordenaba, y así lo consiguió. El motivo que tuvieron para amar mucho al padre Josef y no querer que los dejase, fue el haber hecho un gran concepto de que era santo, no sólo por el ejemplo de las virtudes que le vían ejercitar, sino también por un caso que en Belmonte le sucedió; y fue que el demonio se entró en el cuerpo de una mujer que había levantado un falso testimonio a ciertas personas. Lleváronla a varias partes para que lo lanzasen hombres que tenían nombre de santos, mas no pudieron desencastillar al demonio. Recurrieron al padre Josef el cual libró a la mujer del demonio que la atormentaba. Embarcose en Cádiz a tres de mayo, día de la invención de la santa cruz y tomola por patrona de su viaje, que en todos los que hacía era santa costumbre suya anotar el santo del día en que empezaba a caminar y tomarlo por patrón de sus jornadas. No quiso recibir muchas cosas que le daban para el camino por no agraviar a su madre la pobreza voluntaria, antes bien, repartió entre otros hasta los papeles que tenía. Trajo por compañeros suyos un crucifijo pequeño y una imagen de Nuestra Señora. Embarcado se mareó como suelen los otros y entre sus bascas y congojas se portaba con sumo silencio y con grande conformidad con la voluntad de Dios sin dar en que entender ni atender al que hacía oficio de enfermero. Habiendo sanado del mareo se empleó celoso en enseñar muchas veces la doctrina cristiana y en confesar a los que en su compañía navegaban. Tomó puerto en Cartagena en el día de San Luis Gonzaga del año de mil seiscientos y veinte y siete, y de allí a algunos días se embarcó para la ciudad de Santa Fe en el río grande de la Magdalena, y en todo el tiempo que duró el viaje, que es penosísimo por el calor y mosquitos que martirizan a los pasajeros no se vio en el padre Josef la más leve señal de inmortificación o poca paciencia. Cuando se desembarcaba en los parajes donde habían de hacer noche, en vez de descansar andaba buscando gente con quien ocuparse en el trabajo de confesarla y enseñar la doctrina cristiana.

Llegó al Colegio de Santa Fe, y a pocos días después de su llegada se puso de rodillas en la quiete pública y pidió al padre provincial le enviase a la misión de los Llanos, y habiéndolo alcanzado se dispuso para ir a ella con grande espíritu y con ardiente fervor de aprovechar las almas de los pobres indios. Cuando llegaba a algún paraje poblado tocaba o hacía tocar una campanilla para convocar la gente, como lo hacía San Francisco Javier, diciendo: «Fieles cristianos, venid a oír la palabra de Dios». Llegó a Támara donde gastó un año haciendo todos sus posibles con grande celo para salvar las almas de los pobres indios. Con la novedad del temple rigoroso por el calor y con la extrañeza de los mantenimientos por no acostumbrados le vinieron al padre muchas menguas de salud y se le recrecieron muchos

achaques, y en especial unas llagas en las piernas que le dieron grande materia para la paciencia y conformidad con la voluntad divina. Para que recobrase la salud le sacaron los superiores del pueblo de Támara, y conociendo su prudencia y demás talentos necesarios para regir a otros, le constituyeron rector del Colegio de Pamplona, pero el padre Josef era tan humilde que llegó a juzgar que se escandalizarían de que siendo él tan malo le hiciesen superior de súbditos tan buenos; pero hubo de aceptar el mando por no faltar a la obediencia de sus prelados, los cuales viendo que había gobernado aquel colegio con grande acierto le dieron el rectorado de Tunja donde acabó su vida, siendo actualmente rector, como diré después.

No se contentó su religioso espíritu de haber tratado toda su vida de edificar en su alma un templo para Dios con el adorno de las virtudes en que se ejercitó, sino que también intentó edificar para el culto divino un templo material en el Colegio de Tunja. Con esta intención se puso en camino para ir a los lugares circunvecinos y pedir en ellos limosna para la fábrica. Juntó las que pudo, pero no pudo ponerle la última mano acabándola; mas no por eso le habrá faltado el premio en el cielo, como no le faltó a David el galardón por haber juntado materiales y haber intentado con ellos el edificarle un grandioso templo a Dios porque es un Señor tan magnífico que no sólo paga las ejecuciones sino que también remunera los deseos. Y aun por eso el padre Josef visitándole el albañil el mismo día en que se partió de esta vida a la otra le dijo (como quien sabía bien las pagas que Dios suele hacer) que estimase y apreciase en mucho la merced que Dios le hacía en que pusiese sus manos en la iglesia donde tantos servicios se habían de hacer y tantos cultos se habían de dar a la Divina Majestad.

Quien así cuidó de edificar templo para Dios procuró siempre no desedificar a sus prójimos por amor del mismo Dios. Colgáronle en su aposento un relicario de bronce para que excitase su devoción y le sirviese de consuelo estando enfermo en la cama. Reparó que estaba pendiente de un cordón de seda muy maltratado por haber servido, y entonces hizo grande instancia para que quitasen aquel cordón y pusiesen una cinta de hilo porque no se desedificasen los que entraban viendo el cordón de seda. Oh, válgame Dios, qué delicados que son los que tratan de ser santos; en un hilo, en una hebra y en otra cualquier menudencia reparan cuando los otros no se les da nada de escandalizar con muy malos ejemplos. Tan lejos estaba el padre Josef de desedificar con su modo de proceder que antes edificaba a todos los que miraban, no sólo sus acciones, sino también su persona. La compostura modesta y apacible de su rostro hermanada con virtuosa severidad obligaba a que le reverenciasen como a santo y le amasen como a padre. Sus acciones eran tan conformes a las reglas de la Compañía que hubo algunos que no pocas veces y de propósito procuraban ver si cometía algún defecto contra alguna regla y no pudieron notarle alguna imperfección que pudiese desedificarlos, antes bien muchos ejemplos de religiosa observancia con que quedaban edificados.

El celoso cuidado del padre Josef era derribar y destruir la perversa fábrica que hacían con sus pecados los hombres y las mujeres. El instrumento de que usaba para la destrucción desta fábrica perversa era la

administración del Santo Sacramento de la penitencia. Siendo rector de Tunja y hallándose notablemente ocupado en el avío de las haciendas, en la resolución de casos que venían a consultarle y otros embarazos no se excusaba de acudir a confesiones. Cuando llegaban de noche a pedir confesores no señalaba a otros sino él mismo salía a confesar. Si le llamaban para que confesase, se acordaba del grande amor que tuvo Jesús a aquella alma, y consideraba que el llamarle a él para tal o tal persona no era acaso sino por especial providencia de Dios, el cual le había de tomar cuenta de aquella alma que se la enviaba para que la juzgase con rectitud, sanase con diligencia y remediase con caridad. Acudía con mucha puntualidad cuando le llamaban a ejercitar este ministerio. No mostraba dificultad ni repugnancia al acudir a la voz del que le llamaba, porque la repugnancia si la mostrase podía obligar a que no le llamasen. Puesto en el confesonario no atendía a otra cosa que al remedio del penitente sin hacer reflexión ni reparo en si era hombre o mujer, hermoso o feo. Mostraba mucho agrado a los penitentes, porque juzgaba y bien, que con el cebo del agrado se pescan las almas para Dios, pues ellas de ordinario se vienen adonde ven apacibilidad y por ella vencen el empacho, dejan sus negocios y acuden al confesor. Para avivar y atizar el celo de la salvación de las almas, tenía en su breviario por registro un papel lleno de razones y autoridades de santos que incitaban a este santo celo así no es maravilla que con haberle sido tan penosa, como arriba dijimos, la vida que tuvo en la misión de Támara, la tenía por buena vida y decía que la vida de las misiones era apetecible y apostólica; y por eso cada vez que se trataba de ellas, era el padre Tobalina el primero que se ofrecía para la empresa deseando que le encontrase la muerte en una de las misiones. Ya he dicho el modo con que el padre Josef se portaba con los penitentes que confesaba, será bien que escriba las penitencias; que él mismo hacía. Andaba casi siempre armado de cilicios contra los asaltos del común enemigo; castigaba su cuerpo como a enemigo del espíritu con frecuentes disciplinas. El sueño que tomaba era poquísimo, trasnochando mucho por estar desembarazado en el día para oír las confesiones. Nunca dormía en sábanas; el poco reposo que tomaba era entre unas mantas que podían servir de cilicio. Tan parco como era en el sueño lo fue en la comida, muy templado y ayunaba los sábados y las vigiliass de Nuestra Señora; no admitía cuando predicaba un trago de vino ni cuando hacía pláticas permitía que se le diese alguna cosa extraordinaria. Pasaba los caminos con un avío muy moderado y en todo esto que pertenece a comodidades no ponía su cuidado ni gastaba, su solicitud.

El padre Tobalina desde niño fue muy devoto de la esposa del santo de su nombre propio; pero creció su devoción con la familiaridad que tuvo con el padre Lucas Esquex, gran amante de esta Señora, que es cosa bien importante una brasa llegarse a una ascua muy encendida para encenderse más, y experimentó esta importancia el padre Josef con la comunicación del padre Lucas, el cual le dio en España una imagen de la Virgen, y la estimó en tanto, que la trajo consigo a las Indias, y en todos sus caminos y en todas sus misiones la tuvo por su consorte y la veneró por su compañera. Preparábase con singular cuidado para celebrar sus fiestas, y aunque le acometiese un gran tropel de ocupaciones las vencía no dejando las devociones que tenía señaladas para hablar con su Madre y negociar con su

Señora, porque esta era la más importante de las ocupaciones. Tenía para esto varias oraciones compuestas por sí mismo en que se divisa el abrasado afecto con que amaba a esta Señora y las grandes esperanzas que tenía fundadas en su maternal clemencia. No dejaré de escribir aquí la fórmula con que daba gracias a Dios por los beneficios que hizo a la Virgen, para que el lector se ejercite en esta devoción.

Gracias os doy Beatísima Trinidad, lo primero porque le disteis la dignidad de Madre de Dios a la Virgen, que es la cosa más sublime entre las cosas criadas.

Lo segundo porque le disteis la pureza de Virgen juntamente con la fecundidad de madre, de suerte que ni la virginidad quitase la fecundidad ni la fecundidad introdujese la concepción.

Lo tercero porque la librasteis de todo pecado, así del original como del actual.

Lo cuarto porque le concedisteis mayor gracia, más virtudes, más crecidos dones y prerrogativas que a todos los ángeles y a todos los santos.

Lo quinto porque le disteis la continuación de los méritos de suerte que ni velando ni durmiendo dejase de merecer.

Lo sexto porque le concedisteis que viviese en compañía del Hijo de Dios, ya albergándolo en su vientre, ya teniéndolo en sus brazos, ya sustentándolo con la leche de sus milagrosos pechos.

Lo séptimo porque le pusisteis en la cabeza las aureolas de Virgen, mártir y doctora. De Virgen porque dispusisteis que fuese la primera que hizo voto de virginidad, de mártir porque le traspasó el alma el cuchillo de dolor por la pasión de su Hijo, de doctora porque enseñó muchas cosas a los apóstoles.

Lo octavo porque la exaltasteis a gloria mayor de alma y cuerpo que a todos los coros de ángeles y órdenes de los hombres bienaventurados.

No satisfecho este Josef con la dulzura de su devoción procuraba regalar con ella a los otros y la persuadía a sus prójimos. Encendióse este Nuevo Reino de Granada con una furiosísima peste que echó muchas almas al otro mundo. Para su remedio llevaron a la ciudad de Tunja una milagrosa imagen de Nuestra Señora que es venerada con frecuencia de peregrinos en un pueblo llamado Chiquinquirá. Colocáronla en la iglesia mayor para invocar su patrocinio con un novenario. Fue a visitarla el padre Josef una tarde y estuvo la mayor parte de ella de rodillas ante sus ojos, y fue tan espacioso el tiempo que el hermano que le acompañaba no pudo llenarlo en la oración porque se desmayó y le fue necesario el sentarse mientras el padre proseguía con la petición que estaba haciendo a su querida Madre. Los otros le pedían que los librase con su poderosa intercesión de lo riguroso de la peste y los escapase de lo horrible de la muerte. Pero el padre Josef le rogaba ansiosamente que le alcanzase de su amado Hijo una buena muerte y que fuese luego para que no viviese en un mundo en que no hay otra cosa sino pecados. Otorgole la Virgen su petición con un modo (como de su mano) muy glorioso, y haciéndole mártir de caridad y víctima de amor del prójimo como se verá en lo que en adelante diré.

Solía decir el padre Josef que si supiese de cierto que por confesar a un pobre indio se había de morir, no dudaba de irlo a confesar con mucho gusto. No fueron estas palabras que contravinieron a las obras.

Llamáronle para que confesase a un pobre apestado, fue con el amor y celo

con que acostumbraba acudir a semejantes llamados y estando en el ejercicio de la confesión librando al enfermo del mal de sus pecados, se sintió herido del mal de la peste; volvióse a casa con la fatiga que se puede colegir y rindióse en la cama.

Cuarenta y nueve días le duró el martirio de la enfermedad y en ellos dio muchos ejemplos de virtud su santidad, y todos eran como unas llamaradas que suele dar una vela cuando se va apagando. Irelos apuntando brevemente para la imitación de los que desean morir bien. Lo primero, después de haberse reconciliado, recibió, para hacer un feliz viaje, el soberano Viático; luego pidió que le diesen la Extremaunción, y reparando los otros que no había para qué dársela tan presto, el padre hizo instancia en que se la diesen, aseverando que era cierto que se había de morir como quien tenía por cierto que su Madre, la Santísima Virgen le había alcanzado el favor de la muerte que le había pedido.

Aplicábanle los médicos con estudiosa solicitud los medicamentos que juzgaban le habían de restituir la salud, pero el doliente los recibía sólo por no faltar a la obediencia, porque tenía por cierto que no la había de recuperar. Para que tomase cualquier cosa, por desabrida que fuese, no era menester más que decirle que aquello era para gloria y honra de Dios y de su Madre Santísima, porque en oyendo esto luego al punto la recibía y se la echaba a pechos.

Postráronsele totalmente las ganas del comer y para que venciese la repugnancia le decían los que le llevaban la comida que el padre ministro decía que comiese y el padre Josef como si no fuera su rector sino súbdito suyo le obedecía respondiendo: basta que lo diga, y comía lo que le traían. Otras veces cuando le persuadían que comiese, respondía caritativo: «por el consuelo y gusto de los presentes comeré, pero bien sé que no me ha de aprovechar la comida».

Ocho días antes de su muerte se le agravaron muchos los dolores de la cabeza, las angustias del corazón sin darle treguas de día ni de noche un vehementísimo dolor en la vía de la orina, y en medio de estas congojas no cesaba de alabar a Dios y de invocar los dulcísimos nombres de Jesús y de María.

Ningún tiempo es para perdido y mucho más aquel en que uno está cercano a partirse para la eternidad, y como el padre estaba cierto de su partida no quería que las visitas le hiciesen perder el tiempo y lo gastaba en oír leer la pasión de Cristo Señor Nuestro, que era muy buena traza para padecer sus dolores y sufrir sus propios tormentos con paciencia, resignación y conformidad con la voluntad divina a imitación de este pacientísimo Señor. No contento con tener al oído su santísima pasión hizo que le pusiesen a los ojos un Cristo crucificado y una imagen de la Santísima Virgen, y de noche y de día en medio de sus dolores invocaba a Cristo Jesús y a su amantísima Madre; y como no los apartaba de los labios tampoco del corazón que se abrasaba en sus amores.

En la noche del veinte y uno de su enfermedad, cuando pensaron que era la última de su vida, le acometió una tropa de congojas de espíritu. Apenas se sintió combatido cuando pidió al hermano enfermero que le pusiese más cerca de sí la imagen de la piadosísima Virgen; hízolo así el hermano y luego el padre se estuvo hablando con ella un buen rato, y en él se ahuyentaron las congojas que le habían acometido, y está claro que no

habían de durar siendo su protectora la que es terrible como un ejército de escuadrones bien ordenados.

Un sacerdote nuestro que le asistía a la cabecera le pidió que antes de morir echase su bendición a los de la casa, pero no pudo recabarlo porque reconociendo el humilde enfermo que el bendecir es acción de superior a inferiores, no quiso hacerlo juzgando que aunque le habían hecho superior por el oficio era inferior a todos sus súbditos por el defecto de las virtudes y de la perfección.

En medio de los mayores combates de su enfermedad, cuando apenas podía formar las palabras, hizo como de milagro un excelente razonamiento a los de su comunidad exhortándolos a la observancia perfecta de nuestras reglas y a la grande estimación que habían de tener de la religión santísima a que Dios les había llamado, y esto con tal energía de palabras y con tal fuerza de razones, que parecía que no hablaba enfermo sino robusto y sano. En aquel artículo de amarguras experimentó el gusto que causa a los de la Compañía el haberle cumplido la palabra que cada uno de ellos le da de perseverar en ella hasta la muerte: «Vt in ea perpetuo degam». Y no cabiéndole el gozo en el corazón rebosó por los labios a los circunstantes que moría sumamente consolado y gozoso porque moría en la Compañía de Jesús.

Amaneció el alegre día de Todos los Santos primero de noviembre del año de mil seiscientos y treinta y tres en que se cumplieron cuarenta y nueve días de su enfermedad, la cual por haberse minorado daba esperanzas de vida; pero el padre Josef estaba certísimo de su muerte. Aquel día por la tarde le visitaron algunos de casa y él les respondió con grande entereza de juicio dándoles consejos saludables. Después que las campanas tocaron a saludar a la Virgen con las Avemarías (esa fue la hora señalada para este Josef tan devoto de María) sin ruido, sin acciones ni movimientos se fue su alma con todos los santos (como esperamos) al cielo habiendo vivido sólo cuarenta años en el suelo. Al cuerpo, se le hizo un solemne entierro a que concurrió lo mejor de la ciudad con universal sentimiento de la muerte de un padre que lo era de chicos y de grandes, porque su gran caridad los trataba a todos como a hijos.

#### Vida del hermano Pedro Pérez

El hermano Pedro Pérez nació en España en un lugar corto cerca de Murcia. Fue su ocupación secular la arquitectura en que fue insigne y por eso estimado de muchos, pero estimando él más la edificación de su alma con el adorno de las virtudes, dio de mano al siglo y a las esperanzas que él le

prometía por medio de su arte, y queriendo estudiar solamente el de servir a Dios, siendo de veinte y cinco o veinte y seis años procuró le abriesen las puertas de la Compañía para entrar en ella. Antes que le diesen la sotana, conociendo los superiores lo lozano de su edad, lo industrioso de su arte, lo vigoroso de su natural y lo recio y mal sufrido de su condición lo probaron ejercitándole por muchos meses en oficios humildes, en ocupaciones ajenas a su inclinación con trajes desusados y en otras mortificaciones que hicieran blandear a otro que no estuviese tan desengañado y bien fundamentado como lo estaba él.

Bien probada su vocación, y ejercitado su proceder fue admitido al noviciado de la provincia de Andalucía, donde por lo que se vio en estas partes se colige que trató mucho de edificar en sí un templo de virtudes sólidas con el ejemplo de los otros connovicios, y él que en materia de edificios corporales fue maestro se hizo muy discípulo del padre y era maestro del noviciado. Al fin de los dos años fue admitido a los votos religiosos y después a su tiempo a la profesión de coadjutor temporal, viviendo hasta ella de manera que la mereció; y después de ella procedió, con tanto fervor como si la estuviese pretendiendo.

Anduvo todo el tiempo que vivió en España por el Andalucía atendiendo a la fábrica de muchos colegios e iglesias de las que estaban fundadas o se fundaban de nuevo, edificando así lo material de la fábrica por medio de su industria y trabajo personal, como lo formal con su modesto y religioso proceder por el cual más que por su oficio fue muy estimado, así de los de la Compañía como de los de fuera y entre ellos de muchas personas de cuenta y señores de título en cuyas casas y mesas asistía con frecuencia, no tanto por su gusto, cuanto por el de los superiores que satisfechos de su mucha religión, sin recelar altiveces en su mucha humildad sin temer resabios cortesanos en su llaneza ni desedificación en su proceder, le permitieron muchos días en los palacios de los señores condes de Pliego y de otros con agrado de todos que lo tenían mucho si de lo provechoso de su oficio, mucho más de la llaneza de sus palabras toscas en la corteza pero hijas de un ingenio más capaz de manera que han juzgado muchos que era cuidado advertido el disfrazar con llaneza de estilo más profundidad de ingenio de la que otros tienen afectando palabras y pudiendo el estilo por afectar con él la cortedad grosera de sus naturalezas no teniendo humildad para que los estimen en lo que son. Pero este siervo de Dios solicitaba siempre que le tuviesen todos en menos de lo que en sí era, pues aún de lo esencial se quitaba la parte principal que es lo racional llamándose muy de ordinario jumentillo vil y perro viejo. Tan profundos abrió los cimientos de la humildad.

En dichos y hechos parecía emular la puridad angélica. Siempre en sus palabras fue purísimo sin dar la menor muestra de lo contrario. En la vista modesto por extremo, porque no quería que hubiese ventanas abiertas por donde entrasen feas imaginaciones a lo interior de su alma.

Siendo así que en su trato con hombres era muy jovial y apacible, fue por extremo escabroso o lo parecía con mujeres y aún con muchachos de manera que aquellas le juzgaron siempre por mal acondicionado, y estos en su presencia se modestaban de suerte que no se atrevían a cosa que oliese a desmesura porque al punto los reprendía con severidad.

Fue hijo de la Compañía y como tal muy amante de tan buena madre; de este

amor se originaba que la mayor lisonja que le podían hacer así los de casa como los de fuera de ella en alabar las cosas y usos de su religión. En ninguna cosa mostraba mayor sentimiento que cuando oía o entendía de alguno cosa menos decente al proceder de la religión o que oliese a alguna desedificación. En esta materia de mirar por la honra de su Madre no se ahorraba con nadie ni atendía a cortesía por declarar su sentimiento, ni dejaba de dar aviso a los superiores de lo que juzgaba digno de reparo y esto con extraña modestia; y si ellos le satisfacían quedaba muy contento y decía que le perdonasen si había errado. Este amor le obligaba a no querer apartarse jamás de su Compañía ni faltar de su regazo saliéndose de ella. Y como éste es gran beneficio de Dios y sin sus auxilios no se puede conseguir, le pedía a Dios la perseverancia en la Compañía hasta la muerte, sin dar en ella qué hacer ni en qué entender a nadie. Con esto procuró ser una columna inmóvil y firme en la religión.

Tuvo gran aprecio del humilde estado de coadjutor temporal, y en sesenta años que lo fue se le oyó decir que no había tenido tentación contra su vocación ni arrepentimiento de haber entrado en la Compañía, pero sí mucho sentimiento de los que teniendo este estado no se ajustan a la humildad de él. En esto el hermano Pedro no fue reprehensible, pues en todo se ajustó al estado de hermano coadjutor sin desdecir en nada de su profesión.

Tenía grande reverencia y respeto a los sacerdotes; hablábales siempre con el bonete en la mano, y si en quieto o en otra parte adonde estaba sentado se ofrecía proponer alguna cosa, aún de las que él mismo bien sabía, se levantaba en pie y tratándose de bestia decía: «Esto se le ofrece al viejo; vean vuestras reverencias si les parece así o digan su sentimiento que será en todo más acertado; sentía hasta derramar lágrimas cualquier menos cortesía o desaire que advertía en cualquiera de los hermanos para con los sacerdotes diciendo que la falta de subordinación a estos era poco conocimiento de la diferencia de estados, y en esta parte hablaba tan claro, que en muchas ocasiones eran admitidas sus razones con desagrado de los que tal vez sentían o hacían lo contrario; mas con la razón delante no se le daba nada de que lo llevasen mal, afirmando que en esto se había criado y juzgaba que era lo derecho.

Al nivel y regla de la obediencia atendía cuidadoso. Mirábala como a principal constitutivo de la religión de la Compañía donde siempre se ocupó por obediencia sin resistir a ninguna ocupación, y siendo así que la principal suya fue la arquitectura, en muchas ocasiones la tripuló por gusto de los superiores que lo ocupaban en otros ejercicios, y era tan dado a ellos, como si nunca entendiera aquel, y con ser cierto que lo entendía con muchas ventajas a otros, no disponía de cosa sin comunicarla, y si comunicada le decía el superior en contra, de lo que él juzgaba, lo proponía con notable modestia diciendo esto juzgaba yo por esta y esta razón, no obstante haré de esa suerte que más quiero errar obediente y acertar caprichoso. La puntualidad en lo que se le ordenaba era sin réplica, cuando podía tener muchas bien fundadas. Si tal vez le cogía la voz de la campana en lo alto de la obra adonde subía con grande trabajo por tener una pierna enferma, se bajaba al punto por no faltar a la comunidad que siguió sin remisión hasta que murió sin hacer falta de día ni de noche.

Tal vez le sucedía deseoso de aciertos el porfiar cierto de su parecer



acertado en lo que defendía y después pesarle, de suerte que a la noche se iba al aposento del superior y sin dejar que advirtiese su pretensión se le acercaba y se le echaba a los pies pidiéndole perdón y diciendo que era un ignorante viejo, que era una bestia imperfecta, que le perdonase su mala condición, y eran testigos de la verdad que decía las lágrimas que en abundancia derramaba.

Fue un mármol en el sufrimiento con que toleró muchos achaques sin hacer cama aun con sobrada necesidad. Repetía a menudo un dicho de la Santa Madre Teresa de Jesús: «o morir o padecer». Siendo así que para los demás era muy caritativo y les aconsejaba por cualquier indisposición se recogiesen y acostasen, en sí no lo ejecutaba. Visitaba a los achacosos con amor fraterno y muchas veces por su mano les aplicaba las medicinas que juzgaba a propósito siendo esto en el de más estima que lo fuera en otro por el trabajo que forzosamente le costaba cualquier paso que había de dar fuera de su aposento, érale en muchas ocasiones forzoso subir las escaleras con notable incomodidad particularmente de noche, tiempo en que le cargaban más los achaques siendo fácil el quedarse en el aposento, y aún diciéndole que allá le llevarían de cenar, jamás lo permitió, antes bien, por llegar a tiempo a la letanía salía al coro al prevenir la hora haciendo pausa en cada escalón sin más ayuda que la de su báculo, y afligiéndole los dolores decía con graciosa paciencia: a perro viejo, arriba bestia, ea no te caigas.

Su traje fue siempre el más vil de la casa, si es vileza el ser pobre, que en la religión es la mayor grandeza. En el aposento no tenía sino una imagen de papel muy pequeña. Su candelero era un asiento de barro con un pabilo que hacía, gastaba pedacillos de sebo trayéndolos donde los hallaba porque no se perdiesen, y si alguna vez llevaba a su aposento alguna vela le duraba quince o veinte días. La cama era un lecho de hospital necesitado sin permitir en ella blandura ni comodidad en que se la hiciesen como pedían sus achaques, flaqueza e impedimento de poderla hacer. Su comida era la de la comunidad sin admitir particular ninguno pidiendo muchos la frecuencia de sus males. Hasta en un bordón que usaba por la quiebra que padecía de una pierna, era tan pobre, que siendo una caña ordinaria, la traía atada por diferentes partes y así le sirvió muchos años hasta que murió.

Con Dios negociaba muy frecuente y trataba no sólo en los tiempos determinados según nuestro uso sino en casi todas las horas que se hallaba desobligado de otras externas ocupaciones y aun en ellas mismas hacía con frecuencia muchos actos y repetía diferentes jaculatorias que mostraban lo que vivía en su pecho. Si algunos llegaban a su aposento (que por estar a la puerta era frecuentado de muchas personas principales y de todos estados que le respetaban como a santo) les hablaba ordinariamente de Dios conque los dejaba muy edificados y aficionados a volverle a hablar. Entrándole a hablar un caballero en una enfermedad grave le halló solo y pensativo y le preguntó, «¿qué hace usted reverendo padre Pedro Pérez?» A que respondió: «señor, hago rodeo de mi vida para dar cuenta a Dios y bendito sea el que no hallo cosa de cuidado que me agrave el alma. Y desto no hay que dudar, pues vivió en la Compañía sesenta años tan ajustado en su proceder que se le oía decir varias veces que por la gracia de Dios en todos ellos no le acusaba la conciencia de cosa grave que

hubiese cometido.

Fue Nuestro Señor servido de que se deshiciese por medio de la muerte del hermano Pedro que era el edificio que por tantos años virtuosamente se había fabricado. Ya era tiempo de que diese en tierra el cuerpo y volase a mejor esfera el alma. Cumpliéronse sus deseos y fueron de morir sin achaque que molestase a nadie, pues cogiéndole dispuesto en la confesión y comunión que hizo en pie el día de la Concepción, de cuyo misterio fue singularmente devoto, el día siguiente a las ocho le dio un vagido estándose calentando a la lumbre, y trayéndole a su aposento dio el alma a Dios a las diez del día el año de mil seiscientos y treinta y ocho cargado de ochenta y seis años y de muchos méritos adquiridos en sesenta de vida regular, con tanto sosiego como si no fuese más que un leve sueño, y con tan poca ocupación de nadie, que aún en amortajarle no hubo que hacer. Conservose el cuerpo hasta el día siguiente que a la misma hora lo enterraron sin demostración de muerto ni más mudanza que si no lo estuviera con reparo de muchos que a porfía se convocaron a verlo con sentimiento de su pérdida el cual fue general en Tunja adonde todos le veneraban y adonde se esmeraron en honrarle nobles y plebeyos, religiosos y eclesiásticos. Asistieron todos a su entierro y las religiones mostraban lo que lo estimaban, pues no quedó comunidad que no fuese a cantarle vigilia y misa ni religioso que no se la dijese rezada, que juntas con las de muchos clérigos fue buena cantidad la que se le dijo. Todos le aclamaron por santo y juzgaron que gozaba de eminentes grados de gloria.

#### Vida del padre Joan Manuel

No es éste aquel padre Joan Manuel cuya vida escribió el padre Juan Eusebio; otro padre Joan Manuel es. Un mismo nombre tuvieron pero son diferentes las personas. Ambos se parecieron en algunas cosas, pero se diferenciaron en otras como lo verá el que cotejare las vidas. La de nuestro Joan Manuel tuvo su principio en la célebre villa de Madrid porque nació en ella, pero se crió en la ciudad de Granada con la educación cuidadosa de sus padres (que fueron de calificada nobleza) y con la saludable leche de la doctrina de los padres de la Compañía; e hízole tan buen provecho, que no probó ni gustó de los platos venenosos que ofrecen los tres enemigos del alma.

Siendo de catorce a quince años fue recibido en nuestra sagrada religión y entró en ella con tan buen pie que no cayó en pecado ninguno mortal en cuarenta y cinco años que vivió en ella, andando santamente en todos los ministerios en que le ocupó la santa obediencia. Puso su primer cuidado en evitar aún las más mínimas culpas y en corregir cualesquiera siniestros. Fue a visitarle un hermano suyo al noviciado y le desconoció, no por el rostro sino por la habla, porque le había conocido tan apresurado en las palabras antes de entrar en la Compañía, que casi no se le entendían, y luego le vio tan sosegado en sus razones y en su modo de decir que le juzgó mudado no sólo en el traje sino también en las costumbres. Su

segundo cuidado fue ejercitarse con esmero fervoroso en las obras santas de humildad, mortificación, obediencia y de las demás virtudes que enseñan los maestros de espíritu a los novicios.

Bien mostró lo bien que había aprovechado en el curso de espíritu de los dos años del noviciado, pues habiéndose consagrado a Dios por los votos religiosos solicitó pasar a las Indias a la gloriosa empresa de la conversión de las almas y a la espiritual conquista de los infieles, que éste es el tesoro de las Indias a que anhelan codiciosos a lo divino los sujetos grandes de la Compañía, como lo fue el padre Joan Manuel. Dejó a Granada y a todos los suyos por Dios y cúpole la dicha de tenerlo por suyo a esta provincia del Nuevo Reino de Granada a quien edificó con el ejemplo de sus virtudes y alumbró con las luces de su sabiduría.

Acabó los cursos de los estudios en el Colegio de Santa Fe, pero no acabó sus estudios. La virtud de la estudiosidad a que se entregó desde sus tiernos años no la dejó ni aún en el último de su vida, y así tuvo grande sabiduría, hija de su virtuosísima estudiosidad. Siempre estuvo estudiando y siempre estuvo sabiendo, con que no se le pudo reparar la tacha que en otros notó el Apóstol: «semper discentes, et nunquam ad scientiam veritatis pervenientes». No había ciencia ni facultad en que no fuese eminente, porque a todo lo que era útil aplicaba su estudio a gloria de Dios y bien de las almas.

Siendo tan estudioso y tan sabio el padre Joan Manuel nunca le ocuparon los superiores en el oficio de maestro de artes o de teología, y le emplearon algunos años en el oficio de maestro de novicios sin duda porque aunque sabía mucho de letras sabía mucho más de virtud. Hizo este tan importante oficio de enseñar novicios con el cuidado y vigilancia que pide nuestra sagrada religión. Tan exacto era en sus obras, que juzgaba que si a uno le encomendaban por una hora un oficio (séase el que se fuese) lo había de hacer con tanta exacción como si hubiese de durar mucho tiempo. Guiado de este prudentísimo dictamen no había cosa que no hiciese con perfección y la tuvo muy grande en el magisterio de los novicios.

El celo de la salvación de las almas de los indios le obligó a que aún siendo estudiante aprendiese su difícilísima lengua, y habiéndola sabido con perfección la tuvo muy grande en ser operario de los indios en el Colegio de Tunja. Fundó la Congregación del Niño Jesús y alistó en ella cuantas almas pudo atrayendo amorosamente, no sólo a los indios de Tunja, sino a los otros de los pueblos comarcanos. Catequizábalos con gran cuidado, dábales a entender los misterios de nuestra santa fe; procuraba hacerlos capaces de la comunión sacramental y consiguíolo con tal felicidad que cada mes tenía su día diputado para la comunión general a que acudían los indios de Tunja y los circunvecinos, y comulgaban con tanto fervor que viéndolo los de casa lloraban a veces de puro gusto admirándose de ver lo que el Señor Sacramentado fructificaba en aquellas almas tomando por instrumento al apostólico celo del padre Joan Manuel. En tal punto puso este ministerio que llegó a ser uno de los mayores y mejores ministerios del Colegio de Tunja, y para conservarlo y llevarlo adelante (cuando fue forzoso ocupar al padre Joan Manuel en otras cosas) era necesario que los superiores señalasen a los operarios más fervorosos y a los sujetos más apostólicos.

Del ejemplar de la congregación que fundó el padre Joan Manuel y de los

ejercicios santos de comuniones y confesiones que en ella entabló, tuvo su principio el confesar y comulgar los indios de otros pueblos por el tiempo de Pascua, y otras veces entre año, cosa que antes no se solía hacer y ha sido muy provechosa y muy necesaria para desterrar la idolatría de sus antepasados y para sepultar los abominables ritos de la antigua gentilidad. Para convertir los indios a nuestra santa fe y para conservarlos en ella con obras de cristianos hizo el padre Joan Manuel cuanto supo y pudo, no sólo por sí mismo, sino también por medio de otros operarios y de los señores arzobispos porque a la verdad el amor que tenía al prójimo era tan ardiente, que se le iba el corazón tras la salvación eterna de cada uno de los miserables indios. Siendo hombre tan grande se hacía pequeño y se humillaba poniéndose a hablar con los indiecitos diciéndoles cosas de su provecho. A un hermano le dio el modo con que los había de industrial para que se confesasen, y que industrialos se los fuesen remitiendo, y así los iba confesando con mucho agrado.

El talento que tuvo de gobierno fue tan excelente, que el padre Pedro Varaiz con la verdad que solía, dijo muchas veces (y así lo juzgaban otros muchos) que el padre Joan Manuel podía ser con eminencia general de la Compañía de Jesús, y así no fue mucho que lo ocupasen varias veces en los rectorados de los Colegios de Tunja, Cartagena y Santa Fe, en los cuales gobernó con gran prudencia, celo de la disciplina religiosa, ejemplo de perfección, cuidado de lo temporal, solicitud de lo espiritual y con las demás cosas que se requieren en un religioso superior de la Compañía. Fue su vida un libro escrito de leyes digeridas y hechas sustancia en obras cuya práctica las declaraba y daba a entender. La regla escrita la convirtió en regla viva y todo el padre Joan Manuel era como un instituto vivo donde se podía leer todo lo que está escrito en el libro de nuestras reglas y constituciones de donde con una santa observancia las trasladó en su modo de vivir, y así procuraba que lo hiciesen sus súbditos siendo muy observantes de sus reglas. Raras veces le vían fuera de su aposento y allí tenía noticias de todo lo que en casa sucedía para no faltar en cosa ninguna al gobierno de ella.

Con un suceso milagroso quiso Dios dar a entender lo que le desagradaba la poca puntualidad en obedecer al padre Joan Manuel por la formalidad que tenía de superior. El caso fue que siendo rector del Colegio de Tunja mandó un lunes de cuaresma diez y seis de marzo del año de mil seiscientos y veinte y seis que llamasen para cuidar de la portería a un hermano donado llamado Ignacio Jacinto. Al tiempo que le llamaron estaba ocupado en labrar unas disciplinas y hacía los canelones de pita sobre otros de una disciplina usada que le parecían algo delgados; pero los que iba renovando quedaban tan gruesos y tan fuertes, que moralmente parecía imposible poderlos quebrar tirando aposta de una y de otra parte dos hombres de fuerzas más que medianas. Iba el donado dando fin a su canelón, y habiendo el portero dándole el recado de parte del padre rector Joan Manuel de que fuese luego a la portería, respondió el donado que luego iría; y apretándole el portero a que fuese, respondió: «¿Válgame Dios, no me dejará acabar este canelón que no falta sino un poco?» «Pues hermano (dijo el portero) no dice la regla que se ha de acudir a la obediencia dejando la letra comenzada?» Respondió el donado con llaneza y sencillez: «esta no es letra sino canelón». Dejole con esto el portero y al punto que

volvió las espaldas, a la primera vuelta, o lazada que fue a dar el donado prosiguiendo su disciplina sin hacer más fuerza con el cuerpo que hasta allí había hecho, se le quebró por medio el canelón como si lo hubieran cortado con un cuchillo quedándose con la mitad en la cinta o cingulo y la otra mitad en las manos, y espantado se fue luego tras el portero que apenas había llegado a la portería.

Supo el padre rector Joan Manuel este caso de boca del mismo hermano Jacinto, y díjole: «ya ve cómo Dios nos ha enseñado lo que gusta de la puntualidad en la obediencia; muy buena disciplina le ha dado su Majestad, y porque lo juzgo por conveniente me ha de responder la verdad debajo de juramento». Díjole que de muy buena gana, y habiendo jurado de decir la verdad le preguntó lo primero si se acordaba de haber reparado en el canelón viejo sobre el cual iba haciendo el otro estaba quebrado o algo sentido o más flaco por algún lado, y él juró que no había reparado en tal cosa y que le parecía estaba tan bueno y entero como los demás, y que tenía por sin duda que si tuviera alguna de estas faltas la hubiera reparado y fuera con algún recelo. La segunda pregunta fue si antes que se le quebrara tuvo algún temor de si se le había de quebrar, y respondió que no. La última pregunta fue si el hermano portero le había dicho que fuese luego, y que decía la regla que se había de dejar la letra comenzada, y que luego en yéndose el portero, habiendo él respondido aquellas palabras (esta no es letra sino canelón), a la primera lazada se le quebró, y debajo del mismo juramento respondió que sí.

Han ponderado los que saben hacer disciplinas la poca fuerza que se hace en la parte por donde se quebró, y que la mayor es donde se aprietan los nudos y lazadas y que se había de quebrar el cordón (cuando se hiciera mucha fuerza) o un hilito en que estaba asido el canelón al cingulo del hermano y no por medio del canelón que era lo más fuerte.

El padre Joan Manuel, como tan espiritual, lo que ponderó fue que habiendo Dios de hacer esta demostración; la guardó para cuando fuesen los canelones de la disciplina extraordinarios y dobles, pues estaban fundados unos sobre otros. Y que para que el argumento de obediencia en la Compañía tuviese más fuerza a minori ad maius, quiso Dios que sucediese en un hermano donado que no tiene obligación de ajustarse a todas las reglas ni de observar la perfección de la obediencia que en ellas se pide.

Al padre Florián de Ayerbe, que a la sazón era provincial, le envió el padre rector Joan Manuel la relación del caso y la disciplina con el canelón quebrado, y los enteros que ya estaban acabados y otros de los que no estaban a cubrir o labrar de nuevo. Entonces el padre provincial hizo una plática en el Colegio de Santa Fe en materia de obediencia y les contó a todos el caso y mostró la disciplina, y queriéndose quedar con ella y llevarla a Nueva España, le hizo instancia el padre Joan Manuel para que se la volviese y se quedase en Tunja como se quedó para perpetua memoria del suceso. Hízolo examinar a cinco personas muy doctas doce años después el padre Luis de Santillán, provincial entonces de esta provincia del Nuevo Reino, y todas calificaron el caso por milagroso como consta por papeles auténticos que hallé en el archivo de Santa Fe.

Vista la inobediencia del hermano donado, bien será que pongamos los ojos en la perfecta obediencia del padre Joan Manuel. Su obediencia era como la de la pluma que tanto ejercitó en escribir a gloria de Dios y bien de las

almas. La pluma tiene tanta puntualidad en el escribir cuanta quiere que tenga el que la gobierna con los dedos, y este siervo de Dios tenía tanta puntualidad en ejecutar los mandatos, cuanta querían que tuviese los a que en nombre y lugar de Dios le gobernaban. La pluma escribe las letras grandes o las pequeñas, según la voluntad del escritor; y este obedientísimo sujeto hacía los oficios grandes y los pequeños conformándose con la voluntad de su superior. La pluma no escribe lo que ella discurre porque no tiene discurso; sólo escribe lo que discurre el que la mueve, así este entendisísimo padre no obraba según su juicio y discurso, porque negando su discurso y juicio hacía lo que juzgaba y discurría su superior porque para ser más acertado era obediente ciego y así se dejaba guiar por camino derecho para llegar al cielo. Sobrepujaba a la pluma en que ésta no tiene voluntad de escribir, pero este varón insigne de buena voluntad la tenía muy pronta para hacer cuanto le mandaban sin resistir a cosa por dificultosa que fuese.

Las veces que le llamaba el hermano sacristán para que fuese a confesar o decir misa, le miraba como si fuese superior suyo y acudía a su llamado con voluntad y dejaba sin acabar cualquiera cosa que estuviese haciendo. Y una vez que estaba ocupado en una cosa precisa, que no se podía dejar, le pidió licencia al hermano para detenerse un rato. Esta es verdad que me la refirió el mismo religioso con quien le sucedió, y es hombre a quien se le puede dar todo crédito. Mire el lector si se opone, la obediencia del padre Joan Manuel a la inobediencia del hermano donado y colija también cuán puntual fue en obedecer a sus superiores el que tan puntualmente obedecía al hermano que no era su superior.

Estando el padre Joan Manuel en el Colegio de Santa Fe, le mandó el padre provincial que se partiese al de Tunja, y como era tan obediente trató al punto del viaje, y llegando éste a noticia de los señores de la Real Audiencia se fueron a la celda del padre provincial y le pidieron que les dejase al padre Joan Manuel en Santa Fe porque se valían de su doctísimo parecer en muchos casos, y no era bien que los privase de un hombre de tanta importancia. El padre provincial se vio atajado con la petición y tomó por expediente al responder a los señores oidores, que no podía negarles lo que le mandaban y que la resolución del irse o quedarse la dejaba en la voluntad del padre Joan Manuel para que hiciese lo que fuese de su gusto. Fueron con esta respuesta los dichos señores a visitar al padre Joan Manuel y con grandes instancias le rogaron que tomase la mano del quedarse en Santa Fe, pues se la daba su superior, y que correspondiese con su quedada al amor que ellos le tenían. No hubo razones que convenciesen su entendimiento porque su voluntad era de obedecer y así procuró ganar la de aquellos señores con muchas y muy discretas razones para que le dejaran cumplir con la ejecución del voto que tan gustoso tenía hecho de obediencia. Así lo ejecutó partiéndose luego al Colegio de Tunja donde le esperaba la dicha de partirse a la gloria, que ésa es la que merece el que es verdadero obediente.

Tuvo una humilde sujeción a los superiores, aun en cosas muy mínimas, y por este camino como por otros llegó a ser muy grande porque el que no repara en lo pequeño se queda siempre en ser de pequeño y nunca llega a ser grande. Una vez tuvo necesidad de clavar un clavo en la pared de su aposento y no se atrevió a hacerlo sin pedir primero licencia al superior.

En otra ocasión que hubo una gran calamidad de pulgas que le quitaban el sosiego para poder ocuparse en sus ejercicios espirituales y en otras cosas de importancia le dieron por remedio el echar un poco de trébol en el aposento, y no quiso echarlo sin que le diese licencia alguno de los superiores. Dejo otras cosas mínimas (por bastar las dichas) que hicieron gran sujeto al padre Joan Manuel y mostraron la grande perfección que practicaba su atildado y fervoroso espíritu.

La ociosidad nunca tuvo lugar en su espíritu, porque estaba siempre muy bien ocupado, ya en ejercicios espirituales con que atendía a Dios, ya en estudios que le daban en qué entender y con qué atender a la enseñanza de los que le consultaban. Fueron muchos y muy doctos los libros que escribió resolviendo muchos casos que hubieran sido muy útiles si se hubieran dado a la estampa. Tuvo opinión todo el Reino de que era el hombre más docto que había en toda la provincia y aun fuera de ella, y así le enviaban de muy lejas tierras casos muy graves y enmarañados para que los desatase con su sabiduría; y así lo ejecutaba con una estudiosa caridad y con un caritativo estudio. Los moradores de este Reino y también los sujetos de la Compañía, así superiores como inferiores, no se tenían ni daban por contentos ni satisfechos si no oían la resolución de este doctísimo padre, y así acudían a él en cualquiera materia que se dificultaba por ser universal en todas las facultades y ser como un archivo de todas las ciencias, las cuales comunicaba de suerte a todos, que podía decir con el sapientísimo Salomón: «Sine fictione didici et sine invidia communico, et honestatem illius non abscondo».

El que tanto sabía no ignoraba cuál era su mano derecha para hacer bien a los pobres. Siendo rector de Santa Fe se le llegó un pobre español a pedirle una camisa por amor de Dios, y no estando el ropero a mano para que la diese, quiso el padre caritativo dar dos veces dando presto, sin decirle al pobre que esperase, y así entrándose en su alcoba se quitó la que tenía en el cuerpo y se la dio, y para disimular la falta que le podían reparar se puso un pañuelo de narices alrededor del cuello con que parecía traer camisa; pero a la verdad se anduvo sin ella hasta que se llegó el tiempo de que el ropero le diese una limpia. Sentía mucho que se fuese algún pobre de la portería desconsolado sin limosna y su mayor gusto era cuando iban consolados con lo que habían menester. Cuando por algún pretexto de perfecto de los estudios mayores o de maestro de novicios iba al asueto o recreación del campo, recibía su merienda como cualquiera de los otros y luego la daba a alguno de los pobrecitos que suelen acudir entre su asueto en lo que les dan. Y como procurador solícito de los pobres andaba viendo lo que sobraba y lo repartía entre ellos imitando de esta suerte a los apóstoles que en el campo recogieron las sobras de la comida con que Cristo sustentó a cinco mil hombres para que no se perdiese siquiera un pedazo de pan.

La misericordia del padre Joan Manuel era muy notoria por lo mucho que la practicaba. Cuando alguno de sus religiosos hermanos estaba enfermo, cuidaba de visitarlo y de darle consuelos en su achaque con discretas y caritativas razones, procuraba que no hubiese descuido (principalmente cuando era superior) en lo que tocaba a la medicina y en lo que pertenecía a su regla. Muchas veces el mismo padre les aderezaba las camas y les mullía los colchones a los enfermos para que tuviesen algún alivio en sus

males, y no pocas veces les servía haciendo oficio de caritativo enfermero. Su misericordia no se estaba siempre encerrada, muchas veces salía fuera de casa y se iba a visitar a los indios de su cofradía como a enfermos más necesitados procurando siempre llevarles algún regalo y cuidando otras veces de enviarles algún refrigerio; y esta misericordia le costaba su humillación y mortificación; porque cuando no era superior se humillaba y se mortificaba en pedir para dar a los pobres. Cuando era maestro de novicios gustaba de ir con ellos todos los sábados al hospital por consolar a los dolientes con la visita, por servirlos con humildad, por aliviarlos con el regalo y así lo ejecutaba diciéndoles razones de consuelo, haciéndoles las camas y barriéndoles los aposentos, llevándoles algunos dulces. Otra cosa solía hacer más importante, y era procurar la cura espiritual de sus almas con la confesión sacramental. Siendo un hombre en todos talentos singular, nunca quiso faltar a lo común de los ejercicios de la religión, porque sabía que con estos bien hechos se hace uno singularmente santo y que para serlo no son necesarias otras cosas extravagantes. A todos los ejercicios de la comunidad acudía muy puntual, tanto, que en todo procuraba ser el primero. En ninguna cosa quería excepción y mostrolo bien una vez que dejando de ser superior en Tunja, recelando que por respeto o por empacho podría ser que los novicios dejasen de visitarle y ver si estaba haciendo los ejercicios en que manda visitar y ver la religión, los llamó a todos y les dijo que de allí adelante los que tuviesen oficios de visitar le visitasen siempre como a cualquiera de los de casa. Así lo hacían y siempre le hallaban de rodillas en la oración y exámenes puesto en medio del aposento. Por muchas ocupaciones que le embarazasen nunca permitió la excepción de que algún hermano le barriese el aposento ni le limpiase el candelero ni le hiciese la cama, sino que él mismo barría su aposento cada tercero día y se servía a sí mismo con la perfección de gran siervo de Dios que no quiere dejarse servir de otros por servir más al Señor.

Algunos ratos de tiempo empleó en estudiar la ciencia de astrología que mira al cielo y a las estrellas y la supo con eminencia; pero en el estudio de otra espiritual astrología cual es la oración gastó muchas horas en cada uno de los días de su vida y no contento con ocuparse en esta celestial astrología se hizo también como un astro o estrella del cielo enseñando a otros según la sentencia del profeta Daniel. En esta astrología de la oración gastaba su entendimiento una hora por la mañana y otra hora a primera noche. Sus labios se ocupaban en rezar de rodillas las horas canónicas levantando con devoción la mente al cielo. También miraba a las estrellas, que eran los santos sus devotos, a quienes se encomendaba con especial afecto y entre ellos daba la primacía al Sol de justicia Jesús, y el segundo lugar a la hermosísima luna María.

Su penitencia era como de pecador; siendo así que era inculpable su vida. Rigurosamente maltrataba su cuerpo con las disciplinas que en toda su vida fueron cotidianas, y en algunas ocasiones se azotaba dos veces al día, una cuando se levantaba de la cama y otra antes de acostarse en ella. Nunca permitía a su cuerpo estar sin el cilicio, ni aun cuando enfermo se lo quitaba sino era mudando uno para ponerse otro. Una vez que fue necesario sangrarle, hubo de quitarse dos cilicios que tenía atados en los brazos. Con otras mortificaciones solía maltratar su cuerpo, y una de



ellas era el ir muy de mañana a lavarse el rostro y las manos en tiempo de grandísimos fríos.

En el refitorio diputado para el mantenimiento corporal tenía su refección espiritual atendiendo a la lección cuyas erratas corregía cuando le tocaba como a perfecto de los estudios mayores. También tomaba por refección de su espíritu, lo uno el tener mucha templanza en la comida y bebida; lo otro ejercitarse en la virtud de la mortificación dejando de comer lo que más bien le sabía. Solía tener días señalados para el ayuno, pero día ninguno permitía se le pasase sin comer el Pan de los Ángeles (que en esto ni quería ni sabía ayunar), y no queriendo comerlo solo, andaba convidando a otros para que también le comiesen y gustaba mucho de repartirles este soberano Pan. No contento con esto los jueves eran los días en que daba de comer a los de casa sirviéndoles los platos en el refitorio y quizás sería por agradecer con este humilde servicio de la mesa el habérsenos dado Cristo en manjar. Fue devotísimo del Señor Sacramentado e hizo muestra de su devoción en la instrucción religiosa, que escribía en Tunja para la Hermandad del Santísimo y la hizo imprimir aunque no en su nombre; mas si lo encubrió humilde el padre Joan Manuel, yo le descubro y afirmo que fue el que entabló la hermandad y el que hizo la instrucción.

Un hombre tan docto no había de ignorar la ciencia de la paz, que es la paciencia. Desde que fue admitido a la Compañía en Granada empezó a estudiar esta ciencia haciéndose de colérico muy flemático, y la prosiguió toda su vida en este Nuevo Reino de Granada y la hubo bien menester, porque según los sucesos parece que le dijo Jesús lo que a San Joan de Dios: Granada será tu cruz. Lances le sucedieron no pocos en que le dijeron palabras indignas de decirse aun a personas de menor esfera que la del padre Joan Manuel, el cual las oía con un mudo silencio como si no las oyera o como si no le tocaran. No hay cosa que tanto llegue al alma ni que tan cruelmente hiera el corazón ni que tan prestamente irrite la cólera como oír una mala palabra; y el padre Joan Manuel oyendo muchas y en muchas ocasiones callaba sin hacer acción de ira ni dar demostración de cólera. Ésta era la causa por que todos los de la Compañía que le conocieron le juzgaban por flemático, siendo así que algunos médicos afirmaron que su complexión era sanguínea y colérica; pero la corrigió y domó de suerte con el continuo ejercicio de la virtud, que a los ojos de los hombres parecía flemático el que era colérico.

No quiso Dios que le faltase peso alguno al padre Joan Manuel en la balanza de la cruz para que subiese tanto la balanza de su paciencia, cuanto bajaba la de su trabajo. Hiciéronle una vez un notabilísimo desaire. Sintieronlo mucho los de casa y los de fuera, pero el padre estuvo con tanta ciencia de paz, con tanta paciencia, con igualdad de ánimo tanta, como si no hubiera sido el desairado sin hablar una palabra de queja para desahogar el sentimiento, o porque no le tenía, ya de puro mortificado en sus pasiones, o porque de nuevo reprimía los asaltos de los sentimientos. Tan sólida, tan maciza era su perfección. Esta rayaba luciente aun de las puertas afuera de casa, y así un eclesiástico de autoridad dijo a uno de los de la Compañía el día de su entierro, que a veces cuando se aceleraba con sus criados en su casa y prorrumpía en palabras desmedidas, se volvía a Dios diciendo: ¿Señor, no me haréis tan impecable y sosegado como el padre Joan Manuel?

Enseñose este doctísimo y espiritualísimo varón a no defenderse ni volver por sí en algunas cosillas que le achacaban, y cuando llegaban a su noticia, pudiendo muy fácilmente descargarse y satisfacer, no lo hacía. De esta humilde y santa costumbre nació que viendo que le habían levantado un falso testimonio no sé quién en una cosa gravísima, determinó él no defenderse, pero viniéndole algún escrúpulo o duda de si tenía obligación de volver por sí lo consultó con el padre Gaspar Lucero, el cual se encogió respondiéndole que su reverencia sabía mejor lo que en el caso debía hacer, y que así no tenía qué responderle; pero instándole el padre Joan Manuel a que le diese su parecer, respondió el padre Lucero que sería mayor gloria de Dios el no hablar en su defensa y así siguiendo este dictamen enmudeció.

Con las virtudes dichas y con otras muchas subió el padre Joan Manuel al estado de perfecto, y llegando a la víspera de la Ascensión de Nuestro Señor en el año de mil seiscientos y cuarenta y siete se sintió notablemente agravado de calentura. Conoció que su mal era de muerte, y aunque poco tiempo antes estando en ejercicios había hecho una confesión general con el padre Julio Ledí, rector que entonces era del Colegio de Tunja, la repitió con el mismo al segundo día de su achaque de que quedó el confesor muy edificado porque conoció la rara pureza de su alma y testificó que el penitente padre le dijo en aquella hora de decir verdades que no le remordía la conciencia de culpa mortal que hubiese cometido en cuarenta y cinco años que vivió en la religión. Pidió luego los demás sacramentos, temiendo como cuerdo no le privase de juicio la fiebre que iba mostrando grande malicia por ser de un furioso tabardillo que dio las muestras en unas pintas muy menudas de color leonado. Recibió el Viático sagrado con lágrimas tan devotas que humedecieran y enternecieran a los más duros y secos corazones.

Hasta el onceno día estuvo casi siempre en su entero juicio, y si alguna vez desvariaba era en cosas y en materias de mucha edificación como de persona tan espiritual y tan habituada en todo género de virtud. Al tiempo de recibir el Santo Óleo estuvo tan atento, que fuera de responder Amén, iba ofreciendo la parte que se había de ungir como si él no fuera el moribundo. Cuando más se le iba acercando el fin de la vida, parecía que se le iba aclarando y despejando más las potencias de su alma, y esto era muy de reparar porque el mal era de tabardillo que suele hacer tiro en todas las potencias del alma y en todos los sentidos del cuerpo. Iban leyéndole algunas cosas para ayudarle a bien morir, y si cometían alguna errada la corregía y mandaba repetir aquello que más le ayudaba a su espíritu. Los que le estaban leyendo por no fatigarle demasiado hacían algunas pausas en la lectura pero el padre no perdía momento de tiempo, y se conoció en una respuesta que dio a su lector el cual después de haber cesado un breve rato de leer le preguntó si quería que le leyese el acto de contrición. A que respondió: «Ahora lo acabo de hacer».

Al hermano enfermero que le rogó que cuando se hallase delante de Dios se acordase de él, respondió: «esto, hermano mío, se puede pedir a los perfectos y no a mí que voy como reo a ser presentado ante el tribunal de la Divina Justicia»; y después de esta respuesta con un afecto tierno se puso a hablar con Dios diciéndole: «Ingemisco tan quam reus culpa rubet vultus meus supplicanti parce Deus». Y luego fue prosiguiendo con actos

varios de fe, de esperanza y de caridad. En todas estas cosas estaba con tanto sosiego, con tanta paz y con quietud tanta de cuerpo y mente como si no tuviera enfermedad o como si no estuviera para morir.

Amaneció el oncenno día de su mal que fue víspera de la Pascua del Espíritu Santo, y a las once, poco más o menos, que fue la hora en que había caído enfermo, puso los ojos en una imagen de un santo Cristo que tenía delante y luego le dio el último paraismo en que cesó de hablar, y durando la agonía de la muerte el tiempo tasadamente ajustado para la recomendación del alma, entregó la suya a Dios para que le diese buenas Pascuas de Espíritu Santo en la corte celestial. El padre Julio Ledí, movido de la caridad, había dispuesto que un padre que estuviese sin decir misa hasta la hora en que este gran varón expirase, y así luego que de su cuerpo salió el alma no sólo se doblaron las campanas sino también salió a decir por ella misa de réquiem el padre señalado y le aplicó una indulgencia plenaria. Acompañaron al doble de nuestras campanas los dobles de todas las iglesias de Tunja. Luego fueron por la tarde al entierro (que se dispuso a hora competente) el clero y todas las religiones y cada una de ellas le cantó su vigilia y responso lastimándose de haber perdido (como decían) un varón de los más cabales en santidad y letras que habían conocido. Habiéndose hecho aquella tarde por los muy reverendos padres de San Agustín el más solemne entierro que según el parecer de todos se había hecho en Tunja, aguardaron a que pasasen los tres días de Pascua y luego cada una de las sagradas religiones le fueron cantando vigilia y misas de cuerpo presente, honrando caritativamente al difunto como si fuera religioso de cada una de ellas y yo lo refiero aquí agradecido al favor que hicieron a mi sagrada religión.

#### Vida del padre Francisco de Ellauri

En la villa de Leiva del arzobispado de Santa Fe y gobierno de Tunja nació el padre Francisco de Ellauri. Fueron sus padres notoriamente nobles, y aunque virtuosos ambos y de loables costumbres; pero sin comparación fue singular la virtud de su madre, su espíritu, su piedad grande, y la compasión de los pobres suprema siendo una limosnera continua y verdadera madre de los desamparados. De árboles tan virtuosos nacieron los grandes frutos que en toda perfección y virtud logró muy sazonados el padre Francisco de Ellauri toda su vida. Desde los principios de su niñez fue muy inclinado a entrarse religioso del gran patriarca y seráfico padre San Francisco, sin haberle pasado ni aún por el pensamiento el ser de la Compañía; antes teniendo noticias que se había entrado en ella un hermano menor suyo que era colegial en nuestro seminario de Santa Fe, se partió a dicha ciudad con presteza y con la vivacidad ardiente de su natural, con designio y firme determinación de sacar de la religión a su hermano y volvérselo a su tierra; mas como los consejos divinos son tan diferentes de las determinaciones humanas y quería honrar esta provincia con las virtudes y prendas del padre Francisco, en viendo a su hermano fue a

breves lances cogido del divino cazador con los lazos de vivas inspiraciones a que correspondió también que fue recibido en la Compañía cuando pensó sacar a su hermano de ella.

No se tardó mucho en comenzar a servir a la religión, pues apenas había cumplido un año de noviciado (con la satisfacción que se deja entender de la acción misma) cuando le señalaron por compañero de un padre que el año de veinte y dos iba a hacer misión a Pamplona, en donde procedió con tan grandes empeños del espíritu, que mostró bien lo mucho que había de ser en adelante.

Acabado el noviciado y hechos los votos le ocuparon luego en leer gramática fiando de su mucho cuidado y buen celo la buena educación de los estudiantes que habían de entrar al curso de artes que oyó él también.

Después le interrumpieron los estudios mandándole volver a leer gramática, y enseñó en esta ocasión tres años enteros; ocupación tan de gusto y agrado, que de muy buena gana se hubiera empleado en ella toda su vida por el conocimiento verdadero que tenía de los grandes provechos que se siguen de la buena enseñanza de estas letras primeras porque bebe en ellas la juventud los buenos alientos y costumbres para la mayor edad. Con tanto espíritu, con tanto celo y aplicación tanta la leyó el padre, como mostró el efecto, pues sus discípulos poblaron gloriosamente las sagradas religiones saliendo en ellas sujetos eminentes en letras y virtud que les merecieron cátedras y prelacías y se preciaban mucho con estimación y alabanza del magisterio de nuestro padre San Francisco.

Tuvo tanto amor a este glorioso ministerio de leer gramática y enseñar niños, que después en la doctrina de Tópaga (de que diremos luego) tuvo siempre algunos pobres a quienes enseñaba gramática y letras humanas y no con menor cuidado la sabiduría divina que en los tiernos años les introducía con más facilidad en el alma. Aún allí ganó algunos para Dios y dio a esta provincia dos sujetos mozos de muy buenas prendas que salieran para ella de la escuela de Tópaga abrasados en el espíritu de su maestro. Acabó su teología con tal aprovechamiento, que en los últimos años de su vida replicaba en los actos y conclusiones públicas con tanta doctitud, que parecía estaba actualmente leyendo las facultades. Ordenose de sacerdote y empleó toda su vida en servir gloriosamente a Dios y a su religión en Tunja y en la doctrina de indios de Tópaga, en la cual desató los raudales de su caudaloso celo y en sus corrientes lavó y purificó innumerables almas perdidas haciendo varias estratagemas para enamorarlas de Dios y de las cosas espirituales, para lo cual procuró con todas sus fuerzas promover el culto divino. Halló una iglesia de paja y con poco o ningún aseo y con su grande actividad, desvelo y muchos trabajos sacó desde sus cimientos y perficionó una iglesia de cal y canto y la cubrió de teja. Hizo en ella tres tabernáculos hermosamente dorados; enriqueciola con preciosos ornamentos, devotas imágenes de bulto que llevó de Santa Fe, con ciriales e incensarios de plata, lámparas y candeleros de lo mismo y hermosteó la iglesia con ricas colgaduras.

Lo que más admira es que a costa de su estipendio y solícito cuidado llevó maestro de música que enseñase a cantar; y habiendo comprado órgano y chirimías y otros muchos instrumentos de todo género de música parecía aquella iglesia en sus festividades una catedral, y era nuestro gran Dios servido en aquellos montes con tanta reverencia y devoción, que

los vecinos de aquel valle para tener un buen día de Corpus Christi, una devota Semana Santa, unas alegres fiestas de la Inmaculada Concepción y otras celebridades se recogían al pueblo de Tópaga. Para que las procesiones del Corpus y las que hacía todos los domingos primeros del mes en honra del divinísimo Sacramento del Altar se celebrasen con la autoridad y decencia posible, levantó y fabricó en las cuatro esquinas de la plaza cuatro ermitas o capillas hermosas que cubrió de teja; industrias con que movía mucho los ánimos a la frecuencia de sacramentos que se introdujo en aquel valle a desvelos de este celoso operario. Las procesiones de Semana Santa se hacían con tanto lucimiento, devoción, ternura y penitencias, que parecía el pueblo de indios una ciudad de españoles.

No cuidaba poco del buen andar y del ajustado proceder que debían tener sus feligreses, y así cuidaba de que no se apartasen del camino del cielo; y a este fin, acompañado del fiscal del pueblo rondaba de noche las casas y estorbaba cualquier pecado en que podían precipitarse y los detenía para que no se desbarrancasen los que Dios le tenía encomendados.

En todas materias daba a sus feligreses muy buen ejemplo, y el que más resplandecía a sus ojos era el de una castidad de ángel porque le vían purísimo, porque cuidaba de serlo. Cuando salía a oír confesiones de los indios enfermos, ora fuese de día, ora de noche, siempre llevaba algún compañero que fuese testigo de sus acciones y decía que aquel era el ángel visible de su guarda, y lo llevaba además del invisible que le acompañaba. Cuando salía a las confesiones de muchos vecinos de aquel valle, aunque fuese muy tarde, y a deshoras de la noche, no se quería quedar a dormir en casa ajena, con que no pocas veces le sucedió volver a casa mojado todo y subir a pie entre las tinieblas de la noche la empinada cuesta de Tópaga. Muchos años gastó entre estos indios ejercitándose en tan santas ocupaciones, hasta que para ocuparle en el gobierno le sacó de ellas la obediencia, que esta sola pudiera desprenderle de prendas tan queridas como eran para su ardiente caridad aquellos indios pobres. Las grandes prendas, prudencia rara y madurísimo juicio del padre Francisco de Ellauri juntas con el colmo de todas las virtudes le hacían muy digno de superiores ocupaciones, y por eso le hicieron rector y maestro de novicios, el cual oficio ejerció por espacio de tres trienios en nuestro Colegio de Tunja, en donde dio tan grandes ejemplos de virtud y actividad que sólo este tiempo pudo calificar de ilustre y grande su vida.

Viniendo primeramente a lo temporal no se puede fácilmente decir lo mucho que incansablemente trabajó siendo rector allí y no lo siendo; todo a fin de que los sujetos tuvieran lo que habían menester y de librar a la casa del grave peso de los censos de que se hallaba oprimida, y tuvo tanto cuidado y buena disposición que la desahogó mucho redimiendo no pocos. Este mismo cuidado le hacía dar ligeras por las haciendas visitando a los mayordomos y dándoles órdenes convenientes para los buenos progresos y aumento de las haciendas. Fundó de nuevo algunas con grandísimas dificultades y trabajos y aun con algunas contradicciones que suelen originarse de la diferencia de dictámenes; pero el padre ardía en tanto celo del bien y comodidades de sus hermanos y súbditos, que intentaba imposibles y trabajaba personalmente; y era tan raro el amor que tenía a los de la Compañía, que solía decir: «¡Ah! Quién pudiera servir mucho a

estos padres que tanto trabajan en ganar almas a Dios, y servir a la Compañía. Quien pudiera regalarlos como merecen sus gloriosos desvelos». Otras palabras semejantes solía también decir llenas de caridad y espíritu.

Cuidó mucho del culto divino en el Colegio de Tunja. Compró órgano para nuestra iglesia. Hizo tabernáculo para el altar mayor y sagrario muy lucidos y los doró y perfiló, procediendo en esto con aliento tan fervoroso que él mismo se fue a los arcabucos y montes de Vélez (muchas leguas distantes de Tunja) a sacar los cedros y maderos de que se habían de hacer el tabernáculo y sagrario.

En el oficio de rector y maestro de novicios que ejerció fue verdaderamente exacto. Su entereza fue grande con mansedumbre; su eficacia en la ejecución sin violencia; su prudencia vencía imposibles y de tal suerte mandaba con tales agrados y cortesías y con dominio tan humilde que facilitaba las cosas más arduas. Amorosísima madre parecía con los novicios a quienes criaba con solidez de virtudes, desterrando de ellos toda afectación y entrañándoles la virtud principalmente con su santo ejemplo con que los alumbraba con una hacha encendida. Industriábalos con pláticas particulares, con instrucciones privadas, y en las públicas y comunes (que eran muy fervorosas) les platicaba la dicha del empleo en las virtudes religiosas y la grande estimación que debían tener del estado de la Compañía. En tocando esta materia se encendía extraordinariamente y derritiéndose en lágrimas decía a sus novicios que estimaba más aquella sobre ropa pobre que mitras y capelos de cardenales y con estos incendios los afervorizaba grandemente.

Movíales vivamente a la devoción con la Santísima Virgen María, cordialísima y muy singular en el padre. Celebraba con ellos fervoroso los novenarios en sus festividades, devoción que promovía con muchas penitencias y mortificaciones en honra de esta gran Señora. Toda su vida acostumbró salir los sábados con disciplina pública al refitorio. Ayunaba siempre estos días y también las vísperas de las festividades de la Santísima Virgen, unas veces de pan y agua y otras a lo que llaman traspaso sin comer ni beber dos días antes.

Reguló siempre su vida (por eso fue tan medida) con la oración y trato con Dios que fue continua y entrañable. A todas horas de la noche le hallaban velando y orando. No tenían trabajo los porteros en el despacho de confesiones que a deshoras de la noche se ofrecían, porque su rector estaba pronto al primer toque de la campanilla y enviaba confesor; y muchas veces cuando no pedían sujeto señalado los enfermos, iba él mismo por no dar aquel desvelo y trabajo a sus súbditos, y cuando no era superior, se convidaba para ir diciendo: «Yo iré, que los padres han trabajado y están cansados».

Continuamente andaba cargado de cilicios. Hacía frecuentes ayunos con sólo el sustento de pan y agua. Tomaba tan rigurosas disciplinas que hacía estremecer los cuartos, y las que se daba en las espaldas eran tan continuas y recias, que de ellas le resultó el grave achaque de pulmones que padeció muchos años. Su cama era un jergón grosero con una frazada, sin sábanas ni otra cosa alguna; pero para lo que el padre dormía no sólo bastaba sino aún sobraba. En los caminos y andanzas continuas no llevó cama jamás, ni regalo ni matalotajes, y si le hacían llevar algunos panes

y queso, lo volvía como se los ponían. Lo más que prevenía su extremada mortificación y pobreza rara era un poco de maíz o trigo de las Indias tostado. Con éste caminaba tan contento como si llevara los mayores regalos del mundo.

El vestido y ropa que usaba era como de un pobre mendigo sin poderse recabar del que la dejase mejorar, pareciéndole a su profunda humildad que era todo perdido lo que en su persona se empleaba. Queriendo una persona que le estimaba mucho darle un manteo y sombrero bueno, nunca lo quiso admitir. Para el vestir de sus súbditos procuraba el mejor lienzo de Castilla, pero su propia camisa fue siempre de lienzo grosero de la tierra, y como no la mudaba ni se desnudaba porque solía dormir vestido, criaba en ella muchos animalillos que le causaban un continuo martirio. El jubón que traía era roto y apedazado; los calzones de un pañete muy grosero y tosco que se labra en las Indias; las medias maltratadas y los zapatos de baqueta. Dio raros y continuos ejemplos en esta materia y su desasimiento de las cosas de la tierra fue singular.

En la humildad fue tan profundo como constante y paciente en sufrir contradicciones y aun muchas veces palabras muy pesadas. En una ocasión le dijeron que desacreditaba la religión, a que respondió el mansísimo padre: «pésame en extremo; cuanto puedo hago por acreditarla». Otra vez le dijo una persona que era un ignorante que no sabía sino de enjalmas. Aludía esta calumnia a los viajes continuos que hacía en servicio de la religión, para cuyo efecto tenía algunas enjalmas en su aposento. Respondió el padre Ellauri con humildad graciosa: «Estos son mis libros y los estimo mucho, pues en ellos aprendo humildad y sirvo a mi religión. Acción y respuesta que aunque en materia distinta se refiere con admiración del venerable Titelman, el cual siendo hombre de tantas letras las dejó y se aplicó a servir a los enfermos, y señalándolos con el dedo, decía: «Este es mi Jerónimo, este es mi Agustino, este mi Tomás, este mi Gregorio». A este modo nuestro padre Francisco de Ellauri, siendo hombre de tan buenas letras y que pudo con grande satisfacción regentar cátedras, decía de instrumentos tan humildes como enjalmas: «estos son mis libros»; humildad que era más estimable en persona de tantas obligaciones y prendas naturales de tan crecidos talentos y de tan eminentes virtudes; pero cuanto era más grande, tanto más se apocaba y sentía bajamente de sí como verdadero humilde de corazón.

Una vez predicando en nuestra iglesia, día de Carnestolendas, comenzó a introducir su sermón diciendo que él no sabía para predicar a españoles, que sólo se entendía su ignorancia con indios, que era corto de letras. ¡Oh ignorancia sabia! ¡Oh sabiduría humilde! Hallose presente un eclesiástico que había sido condiscípulo suyo y muy edificado dijo que aquella era más que humildad porque había sido el padre Ellauri uno de los mejores teólogos que salieron en sus tiempos. Pudiéranse traer ejemplos innumerables (porque fueron de toda su vida) de este desprecio de sí mismo y de esta humildad grande del padre Francisco.

Dio a todos raros ejemplos de su fervoroso celo con que anhelaba a la enmienda de las costumbres y salvación de las almas de sus prójimos. Cuando el deseo de servir a su religión le sacaba fuera de casa y le obligaba a andar caminos no le permitía su celosa caridad emplearse sólo en solicitar el bien corporal de la Compañía sino que también se

ejercitaba en el provecho espiritual de las almas haciendo muchas confesiones que causaban grande edificación. Era gustosísima cosa para el padre Ellauri que le llamasen para las confesiones más apartadas aunque fuesen fuera de la ciudad a los pueblos circunvecinos. Oía de penitencia con mucho agrado a las personas pobres que acudían a nuestra casa porque decía que a los ricos y a las señoras no les faltaban confesores. Cuando habiendo confesado a algunas mujeres enfermas y dádoles por medio de la absolución la salud del alma, le pedían que para conseguir la del cuerpo les dijese un Evangelio, lo hacía de buena gana su misericordiosa piedad, pero con tal recato que no les tocaba a la cabeza ni permitía que le besasen la mano porque ponía de por medio el manteo.

Yendo en una ocasión de Santa Fe a Tunja le llovió un aguacero que habiendo sido de agua se puede intitular de la divina misericordia, porque le obligó a que juntamente con el compañero se guareciese en un bohío en el cual halló a un pobre indio moribundo que para alcanzar el perdón de la divina misericordia necesitaba del sacramento de la penitencia. Confesolo con agrado; dispúsole para morir con actos de virtudes que le hizo ejercitar. Morir el enfermo y cesar el aguacero fue todo uno conque el padre prosiguió su viaje bañándose de puro gusto en el agua del agradecimiento por la misericordia que Dios había usado con aquel difunto. En otra ocasión salió dos veces a confesar a una mujer que estaba para morir; había vivido esta algún tiempo en mal estado y todavía tenía la ocasión y tan obstinadamente que no pudo el padre convertirla. Afligióse su espíritu, congojose su celo, y clamando a Dios con oración y ayuno para lanzar aquel demonio se le ofreció una industria rara. Tomó un santo crucifijo debajo del manteo diciéndole afectuosamente: «a la tercera, Señor, va la vencida». Partiose tercera vez a la casa de la enferma; comenzole a hablar de su remedio y ella prosiguió en su dureza obstinada; mas como el padre tuviese el jubón abierto por las espaldas por la dolencia de pulmones, se dispuso con facilidad, y tomando en la una mano el santo Cristo que había llevado, y en la otra la disciplina, empezó a descargar sobre sus inocentes espaldas crueles azotes que acompañaba con estas fervorosas palabras: «No os tengo de dejar, Señor si no me dais esta alma». Acción por cierto digna de apostólico espíritu de los hijos de la Compañía de Jesús y en que imitó el padre Francisco de Ellauri lo que en semejante ocasión hizo el apóstol de la India San Francisco Javier. A espectáculo tan prodigioso y a fuego de caridad tan ardiente se derretió y movió el corazón endurecido de aquella mujer, y deshaciéndose en lágrimas de arrepentimiento y dolor se puso totalmente en las manos del padre para que la dirigiese y gobernase en el servicio de Dios. Hízolo con tantas veras y con tan extraña emoción de ambos, que se conoce bien haber sido aquella obra del que tiene poder sobre los corazones de todos. Después murió la dichosa mujer con muy claras muestras de su salvación. En el Colegio de Tunja llevó adelante con fervoroso espíritu la congregación de indios que había fundado el padre Joan Manuel con título del Niño Jesús. Hacía la fiesta de la Circuncisión en que le pusieron este soberano nombre procurando que se celebrase con aparato de arcos, música, misa y sermón. Confesaba de ordinario a los indios en nuestra iglesia. Hacíales pláticas fervorosas todos los domingos, y cuando por impedimento forzoso no podía platicar, hacía que otro supliese su no poder. Cuidaba



celoso que se hiciesen las comuniones generales de indios en las dos Pascuas (para que así las tuviesen buenas) de los Reyes y del Espíritu Santo.

Con este tenor de vida religiosa y apostólica había vivido el padre Francisco de Ellauri cuarenta y cuatro años en la Compañía, cuando quiso Dios que tuviese un muy precioso realce llevándole a la inculta provincia de La Guayana. Las noticias que tuvo el padre de la gran necesidad de pasto espiritual que ha padecido siempre aquel país, la fama de la muchedumbre de indios desamparados, así de los ya conquistados como de los gentiles que hay en aquellos territorios encendió de suerte sus deseos que le obligaron a ofrecerse para aquella empresa tan retirada y dificultosa. Esta determinación causó gran pesar a todo Tunja y a toda su comarca, y en su ejecución se opusieron grandes dificultades y contradicciones, pero conociendo los superiores y el señor presidente actual don Diego de Egües que para tal empresa era menester un hombre tal y de virtud tan maciza, se vencieron todas las dificultades y fue enviado el padre Francisco de Ellauri llevando por su compañero al padre Julián de Vergara, el cual, en menos de siete meses que le conoció y acompañó afirma que reparó en el padre Francisco un grande amor a los trabajos nacido del grande amor de Dios que ardía en su alma; una caridad encendida para con los prójimos; un trato continuo que tenía con Dios en la oración; una humildad profunda; un grande aprecio de la más mínima regla; una grande devoción con el sacrificio de la misa y con la Santísima Virgen.

Muy a los principios de su llegada a La Guayana le asaltó una enfermedad que le duró por espacio de mes y medio, y conociendo que era mortal se dispuso de próximo con todos los tres sacramentos de la iglesia con que acabó la carrera de su vida; parando en la muerte a los sesenta y tres años de su edad, cuarenta y cuatro de Compañía y veinte y cinco de profeso de cuatro votos. Fue su fallecimiento a los doce de febrero de mil seiscientos y sesenta y cinco. Y es de reparar, que quiso Dios que el padre Francisco de Ellauri se pareciese en la muerte a San Francisco Javier, porque así como éste murió en la Isla de Sanchón sin haber trabajado en la China, recebiéndole Dios (para premiarle) los deseos de trabajar en aquella inculta gentilidad, así aquel murió en La Guayana casi sin haber echado la hoz en la copiosa mies que hay en aquella tierra, aceptándole Dios las ansias de ser su evangélico operario en aquel inculto gentío para galardonárselas por una eternidad.

Enterraron su cuerpo en La Guayana donde expiró, conque parece que se falsificaba lo que el padre Francisco solía decirles a los indios de su congregación, y era que con ellos le habían de enterrar en nuestra iglesia de Tunja; pero quiso Dios que se verificase su dicho, y para esto movió el corazón del padre Julián de Vergara a que a la vuelta de Guayana trajese consigo los huesos del padre en un cajoncillo que remitió al Colegio de Tunja, en el cual don Francisco Niño de Alvarado a su costa, reconociendo agradecido la leche de la doctrina que en su niñez había recibido del padre Ellauri le hizo las honras funerales, y el padre rector que entonces era de aquel colegio dio sepultura al cajoncillo de los huesos en la peaña misma del altar del Niño Jesús donde el padre Francisco cuando vivió solía devotamente celebrar.

## Vida del hermano Salvador Sánchez

Murió el hermano Salvador Sánchez en la ciudad de Tunja donde nació. Vivió en el siglo treinta años y en esta edad le llamó Jesús a su Compañía, y correspondiendo a su vocación tuvo otros treinta y cinco años de vida bien empleada en el estado de hermano coadjutor. El medio que Nuestro Señor tomó para llamarle a esta celestial soldadesca, fue el siguiente: sacó Salvador la espada contra un enemigo suyo para quitarle la vida; pero el contrario le dio tantas estocadas, que lo puso a pique de morir. Amó el peligro y hubiera perecido en él a no haberle favorecido y salvado Dios. Estuvo algunos días desahuciado de los médicos y ya los otros lo contaban entre los muertos; pero mejoró nuestro piadoso Dios sus horas para que por tantos años con muchos servicios le agradeciese el hermano Salvador el beneficio de haber escapado de las garras de la muerte. Sanó de las heridas, y no queriendo ya venganzas de pasados agravios sino de perdonar injurias, se resolvió de entrar en la Compañía para solicitar penitente el perdón de las ofensas que en el siglo había cometido contra su Criador. Entró en el noviciado con grandes desengaños suyos y así vivió todo el resto de su vida con tanta virtud, que era un vivo ejemplar para los otros. No tuvo con ociosidades vacío el nombre que le impusieron de Salvador, pues siempre en la religión se ocupó en obras que de suyo tiraban a la salvación de su alma. No se contentaba con desayunar su espíritu por las mañanas con la oración mental de la comunidad, sino que también por las noches hurtaba algunas horas al sueño contra la voluntad del descanso y las empleaba en oración con su Dios. En las ocupaciones corporales en que hacendoso se ocupaba con obediencia entre día andaba despidiendo fervorosas jaculatorias de su corazón y ardientes suspiros de su pecho con que parecía que nunca cesaba de orar, y con este orar juntaba el mortificar su cuerpo. No buscando para él comodidad alguna sino solamente la penitencia y mortificación. No admiraban los cilicios y disciplinas con que se maceraba en su mocedad. Lo que admiraron muchos fue su penitencia cuando estaba en anciana edad, en la cual tomaba cada día dos disciplinas y hacía otras mortificaciones.

Quiso Nuestro Señor que a este siervo de Dios le cuadrase con propiedad el nombre de Salvador que puso el rey Faraón a Josef, y así dispuso que el padre rector de Tunja en tiempo de carestía y necesidad le enviase a buscar de limosna los mantenimientos necesarios para la casa. Obedeció el hermano con gran rendimiento y ejecutó este oficio con mucha caridad proveyendo a sus hermanos del sustento. Pedía como pobre de espíritu la limosna a los seglares y complacía en Dios de las limosnas que le daban porque vía que no le faltaba lo que había menester para el socorro de sus hermanos en el tiempo de mayor pobreza. También dispuso Nuestro Señor que por espacio de siete años sustentase a los del colegio no a la manera de Josef, virrey de Egipto, sino al modo de hermano humilde de la Compañía. Este modo fue haciendo el oficio de cocinero por el tiempo de los siete años dichos, y no lo hacía como quiera sino con un encendido amor y con un

ardiente deseo de ejercitar la caridad con sus hermanos.

Es motivo para no abstenerse de alabanzas divinas el saber cómo se trataba en materia de la comida, el que cuidaba de darla muy sazónada a los siervos de Dios. Tan pobre era de espíritu y tan mortificado que asistiendo en una hacienda del Colegio de Tunja, llamada Tuta, no permitió en todo el tiempo que allí estuvo se matase para sustento suyo siquiera un cordero contentándose con los que de enfermos se morían en las manadas de ovejas. Reparo fue éste que hizo un hombre secular que lo vio con sus ojos y lo contó derramando lágrimas por ellos. En el refectorio de casa rehusaba tomar un poco de vino aun cuando sus achaques y edad anciana lo pedían, porque decía que era medicamento costoso para un pobre hermano lego.

El regalo que buscaba hambriento era el de su espíritu y lo hallaba en el Pan y vino del altar. Fue singularmente devoto de este divinísimo sacramento y se deliciaba en él con la frecuencia que ordena la regla de nuestro santo padre. Gastaba largos ratos en prevenir su corazón para el hospedaje, y muchas horas en el agradecimiento por el amor con que se le había entrado por las puertas de la boca al pecho. Cuán bien premiaba su devoción este generosísimo Señor; lo veremos en la muerte de este venturoso hermano.

Con la virtuosa moderación del estado de hermano de la Compañía procuraba ser salvador de sus prójimos. De su oración mental sacaba desengaños con que atravesaba los corazones de los hombres distraídos con quienes hablaba deseoso de que alcanzasen la eterna salud. Cuando le acontecía estar entre seculares cuidaba de que no le notasen de menos ajustado al proceder que se requiere en los hijos de San Ignacio, y así ellos públicamente le aplaudían por un grande religioso, y por eso sólo el verle solía componer a los más divertidos. Con ellos sólo hablaba de cosas de Dios, y si ellos decían palabras impertinentes haciéndose del sordo no las atendía.

El cuidado que tuvo nuestro buen hermano de valerse de los auxilios divinos para ser salvador de su propia alma se conocía en que ninguno le vio quebrantar alguna de las reglas; ser sí una viva regla de religión; un ejemplar de modestia, un dechado de pobreza, un espejo de caridad, un modelo de obediencia sin repugnancia, una pureza tal como la que pide nuestro padre San Ignacio. No sólo no mostraba en ocupaciones fuera de casa liviandad alguna, sino cautela rara y angelical recato.

Muy pocos días antes que le asaltase la enfermedad que le acabó la vida entró a unos ejercicios, y teniendo actualmente entre manos los cuidados de una hacienda, los dejó todos a la puerta (como otro San Bernardo) por atender a la única hacienda de la salvación de su alma. En estos ejercicios le comunicó Nuestro Señor tantos desengaños de esta presente vida y tan profundos conocimientos de la futura; que repetidamente le decía a su padre espiritual: «¡Ah!, qué de otra manera había Dios en los ejercicios. Qué ciegos viven los hombres que no se retiran a oír lo que Dios les dice». En el mal último que le acometió de hijada y de la orina ocasionándole terribles dolores y causándole mortales congojas, dio grandes muestras de paciencia y de conformidad con el divino querer. Eran tiernos los coloquios que hacía con Dios, y tan tiernos que movía a derramar lágrimas a los que se los oían. Continuamente los nuestros no sólo movidos de la caridad sino también atraídos de los buenos ejemplos de

sufrimiento, resignación y oraciones que miraban en el doliente. Recibió algunos días antes de salir del borrascoso mar de esta vida el Viático sagrado con que se llega a salvamento, y estando ya a las orillas del otro mundo le preguntaron viéndole muy desasosegado si tenía algo que reconciliarse, a que respondió con mucho sosiego que no tenía cosa ninguna porque ya en el tiempo de los últimos ejercicios se había confesado generalmente y reconciliándose muchas veces con Dios por medio de la contrición. Tres días antes de su fallecimiento juzgaron que se moría y se pusieron caritativos los religiosos a recomendarle el alma a Dios, pero el hermano Salvador les dijo que no había de morir hasta el jueves. Cumpliose puntualmente su profecía y el misterio que se conoció en ella; fue que como Cristo Señor Nuestro instituyó este misterio de fe en el día del jueves y el hermano Salvador tenía tanta devoción con este día por este misterio dispuso la Divina Providencia que muriese en jueves para premiar su devoción y que de antemano supiese el día de su muerte tan incierto a los otros mortales. Este día fue veinte y ocho de enero en el año de mil seiscientos y cuarenta y nueve. Cuando el alma salió de su cuerpo juzgaron los que le conocieron, que daría muy buena cuenta en el divino tribunal porque le tenían por siervo fiel que había doblado los talentos que había recibido para negociar diligente y que no los había enterrado ocioso. A su cuerpo le sirvió de mortaja la misma sotana que cuando vivo traía así en la ciudad como en el campo. No fue necesario ponerle una sotana vieja para el entierro dejando la nueva para el uso de otros, porque no era hombre que tenía dos túnicas y se contentaba con sólo una, y aunque estuviese muy raída.

#### Vida del hermano Juan de la Peña

Aunque el hermano Juan de la Peña murió en el Colegio de Quito, nació en la ciudad de Tunja, y por eso escribo su vida en este lugar porque con ella se ilustre honrosamente su patria, que los solares nativos se honran más con las buenas vidas que con las riquezas. De éstas carecía el padre de nuestro Juan, de suerte que por pobre apenas podía alimentarle hasta los años de la pubertad. Vio el cielo como abierto cuando vio que se le venía a las manos la ocasión de dar a su hijo por paje de un señor que de la ciudad de Santa Fe pasaba por oidor a la de Quito. Ya que al tiempo de la partida no tuvo dineros que darle le dio muy buenos consejos exhortándole a que en el servicio de su amo procediese humilde, fiel y obediente. Con el ejercicio cotidiano de la humildad, fidelidad y obediencia, que son virtudes propias de un buen criado, ganó de suerte la voluntad de su amo que le hizo como dueño de cuanto tenía porque le amaba como a hijo, mas como Juan se vía criado de Dios y por eso hijo suyo, procuraba vivir en su gracia y atesorar en el cielo acudiendo a las iglesias, llegándose al sacramento de la penitencia y sustentándose frecuentemente con el Pan de los ángeles. Desta suerte vivía en Quito como en su centro y daba gracias a su criador de haber hallado modo de

conservar su vida temporal sin faltar al cuidado de adquirir la eterna agradando a Dios de quien esperaba que se la había de dar. Sirviendo a su amo determinaba pasar el resto de su vida sin mudar de estado porque le parecía que sería ingratitud el dejar de servir a quien le daba de comer y no quería incurrir en la ingratitud. Mas al cabo de algún tiempo el oidor le mandó con el imperio que pudiera a un esclavo que fuese desde Quito a Lima sirviendo de paje a un caballero; y entonces Juan que en su concepto se tenía por menor que un negro esclavo obedeció con humildad y resignación como si fuera un esclavo negro. Así fue asistiendo al servicio del segundo amo hasta llegar a Lima donde el pago que le dio fue entregarlo a un capitán que estaba alistando soldados para Chile con intento de que asentase plaza tan forzado como contra su voluntad. No la tuvo de ir a la milicia de Chile porque Jesús le tenía escogido para voluntario soldado de su Compañía.

Lleváronlo al puerto del Callao, y mientras se aprestaba la gente para darse a la vela que los había de conducir a los presidios de Chile le encerraron en un camarote de navío. Viéndose allí afligido con todas las puertas humanas cerradas a su consuelo, recurrió a la divina puerta de María para su alivio; y pidiéndole con el fervor que le daba la angustia que le libraba de aquella prisión. ¡Cosa rara! Sin saber quién ni cómo le había abierto la puerta se halló fuera del camarote; mas como el haber salido desta prisión y estarse solamente en el navío era lo mismo que tener aquella casa por cárcel, le inspiró la Virgen con una eficaz vehemencia que se arrojase a salir a nado por las aguas del mar sin temor del peligro de ahogarse en ellas. Así lo ejecutó sin que hubiese quien en la fuga le atajase ni prendiese. Retrájole el temor de ser preso y por ventura la devoción de la Virgen al convento de Nuestra Señora del Rosario de Lima que es habitación de los religiosos dominicos que tan gloriosamente han introducido las tres partes de su devotísimo rezo en las cuatro partes del mundo.

Dentro de pocos días de retraído salió fugitivo para la ciudad de Quito y en ella se entró en la casa de su antiguo amo el oidor. Éste le recibió con cariño, y por darle buen pago de sus servicios le metió en el colegio seminario de San Luis para que estudiase la gramática en él a que se entregó tan cuidadoso que en breve tiempo la supo medianamente, y así para saber más letras y lo que es mucho mejor, para saber salvar su alma pretendió ser recibido en la Compañía de Jesús. Los superiores del colegio hicieron varias pruebas para experimentar si era de Dios la vocación, y habiendo juzgado que lo era, le dijeron que sería recibido para estudiante y para sacerdote, pero en el mismo día aplazado para su recibo le llamó el venerable padre Juan Pedro Severino y le dijo que sería más acertado que entrase para hermano coadjutor. Entonces el humilde Juan sin replicar con palabra alguna se conformó con el dictamen del padre que era tenido por santo y al instante se fue al padre provincial y le pidió que sin embargo de lo que le había prometido de recibirlo para estudiante le admitiese por coadjutor porque parecía que este era el gusto de Dios declarado por los labios de su siervo el padre Severino.

Tan a lo fervoroso procedió en su noviciado que afirmaron algunos padres de los que le conocieron que se adelantaba a todos sus connovicios en la común observancia de las reglas que hacen religioso a un hombre. Su

maestro de novicios, que era el más continuo testigo de sus acciones, decía que el hermano Juan no solamente corría, sino que volaba en el camino de la perfección. Lástima es que ni él ni otros vivan ahora para que nos dijeran algunos casos especiales de sus virtudes. Lo que ahora podemos decir es una cosa que le oyeron al mismo hermano Juan, y fue que en el bienio de su noviciado solía ser la materia de su oración la humildad (buen fundamento tomó) buscando modos y trazas para abatirse y humillarse más que todos y que para esto le servía de estímulo el acordarse de la sujeción humilde con que había servido a los hombres, y que deste recuerdo se valía para servir a Dios con mayor humildad. No es esta pequeña loa de la virtud del hermano Juan, cuando otros en la religión se suelen olvidar de lo que fueron en el siglo y quieren tener en la casa de Dios, que es de humillaciones más estimaciones y otras más cosas que no tuvieran en el mundo.

Acabado el tiempo de la probación se llegó el día de hacer los votos que habían de constituir religioso al hermano Juan de la Peña, y aunque había levantado el edificio de su perfección fundándole sobre lo sólido de sus humillaciones, quiso Dios que se entendiese que no hay penas firmes ni edificios estables que no puedan caer sin la manutención del Señor. Estando actualmente oyendo la misa en que había de darse del todo a Dios por medio de los votos y en que había de recibir al mismo Dios en la hostia consagrada, dio el demonio a esta peña humana tales vuelcos con sus tentaciones que se vieron vaivenes en ella, y a la verdad cayó de su firmeza. Saliose de la capilla interior y enderezó (o por mejor decir) torció el paso hacia la ropería para dejar en ella los vestidos de religioso y tomar los de secular. En esta coyuntura dispuso misericordioso Nuestro Señor que le encontrase el venerable padre Juan Pedro Severino y que le preguntase ¿dónde iba? Oyó su respuesta el padre y díjole: «Vaya hermano que su salvación depende de hacer sus votos y de vivir y morir en la Compañía de Jesús». Con estas palabras se le quitó la tentación y el que había caído en ella se volvió a poner en pie. Volviose a la capilla, sacrificose a Dios con los votos derramando copiosas lágrimas de arrepentimiento que le duraron toda la vida, por haber admitido el defecto de la inconstancia en vez de haber sido una peña muy firme como lo fue en lo restante de su vida.

Atado ya fijamente al carro de la Compañía con las tres cuerdas de los votos de pobreza, castidad y obediencia y también con el cuarto de perseverar en el estado de hermano coadjutor hasta la muerte; comenzó a tirar el carro, no como uno sino como los cuatro animales que tiraban del carro de la gloria de Dios, según lo vio Ezequiel y lo irá viendo el lector en la vida deste buen hermano que imitó al águila, al buey, al hombre y al león.

Un Juan o una águila parecía en hacer con puntual velocidad cuanto le mandaba Dios por medio de sus superiores. Mandáronle a los principios que se ocupase en algunos oficios de humildad domésticos, y los que se los mandaron vieron que era el obediente hermano su total descanso, porque no tenían que cuidar de las cosas en que él ponía la mano y que no era necesario más cuidado que mandárselo. Con esta satisfacción, nacida de la experiencia le enviaron por portero al colegio seminario para que con su buen ejemplo promoviese en los colegios la virtud. Aceptó su obediencia

esta ocupación con agilidad de águila y con reconocimiento de hombre agradecido, y así daba gracias a Dios y al superior de que le hubiese dado a la mano un oficio con que sirviendo al colegio podía mostrarle su agradecimiento por haberle criado, enseñado y sustentado. No se contentó su fervor con hacer solamente el oficio de portero, otros muchos eran los oficios que ejecutara porque era hombre para mucho. Hízose cocinero humilde yendo por lo menos a sazonar lo que habían de comer los del colegio, y todo el día se estuviera en aquella oficina a no impedirlo su principal cargo de la portería. Cuando había enfermos tomaba para sí el caritativo cuidado de enfermero; él mismo les guisaba los pucheros, les mullía las camas, les limpiaba los vasos de las inmundicias y en todo les servía de consuelo acudiéndoles aún a deshoras de la noche porque para su caridad no había deshora por incómoda que pareciese.

Con estos beneficios que tocan al cuerpo tenía ganadas las voluntades de los colegiales para las cosas que tocan a sus almas, y así les persuadía no sólo con la predicación de su buen modo de vivir sino también con las conversaciones santas que con ellos tenía, tratando con cada uno de la materia de que le juzgaba más necesitado. Componía con suma facilidad las riñas que suelen acontecer entre mozos, y como lo estimaban por santo, se rendían a su consejo. Viendo que muchos colegiales por pobres no podían proseguir sin limosna con sus estudios, la pedía a los colegiales ricos, pero no quería que entrasen en su poder las cosas que daban, y así procuraba que la limosna pasase de la mano del rico a la del pobre. Solía decir con sumo y eficaz agrado: «Señor, mire que fulano tiene necesidad de tal cosa, désela por amor de Dios». Con este modo de pedir socorrió a muchos colegiales por mano ajena.

Lo que daba por su propia mano era lo que recibían los pobres que llegaban a su portería. En ella el hermano Juan parecía un retrato de San Juan Limosnero. Andaba juntando los pedazos de pan que los colegiales sobraban, y como ellos vían este cuidado se comedían algunas veces a juntarlos y llevárselos y él los recibía alegre retornándoles el agradecimiento. La hora del mediodía era la de repartir la limosna, y siendo así que el hermano Juan necesitaba de ir a desayunarse, nunca quiso hacerlo sin haber dado dos comidas primero a sus mendigos, la una espiritual enseñándoles la doctrina cristiana, la otra corporal repartiéndoles la vianda. Hecho esto les iba besando los pies y por pobre los exhortaba a que sirviesen al Señor que les daba de comer; esto sin duda era aconsejar lo que el mismo hermano sabía muy bien hacer.

Después de haberse servido Dios del hermano Juan por algún tiempo en el colegio, quiso que se fuese a trabajar como buey racional por espacio de cuarenta años en el campo. En el que llaman de Pimampiro y de La Caldera por sumamente cálido emprendió con infatigable tesón el trabajo. Daba a los indios y negros la tarea de las ocupaciones y luego se ponía en compañía de ellos a hacer lo mismo que les mandaba; ya cavando la tierra ya ejercitándose en los otros ministerios y en ellos llevaba la ventaja a todos los sirvientes porque era el primero que comenzaba la función y el último que la dejaba, con que se vía que haciendo el hermano y mandando estaba muy bien servida su religión sagrada.

Como este angélico buey era racional, después de haber gastado el día en la labor de su campo empleaba por lo menos una hora en la noche en rumiar

con la meditación algunos puntos espirituales. Lo mismo hacía todos los días antes que amaneciese la luz previniéndola con su oración mental. No por el cultivo de las haciendas dejaba uno siquiera de los ejercicios que se practican en los colegios. El que de día parecía un buey en el trabajo parece que se transformaba en querubín sabio en el tiempo del descanso de la noche y en los días festivos, porque a esos tiempos les enseñaba a los indios y negros la doctrina cristiana con grande eminencia en lo claro y en lo breve, y así los indios que le habían asistido en la hacienda de Pimampiro sabían el catecismo y las oraciones con tal perfección, que los curas de aquel partido entendían que descargaban sus conciencias poniendo en su lugar a alguno de los discípulos del hermano Juan para que enseñase a los otros indios.

En aquellos desiertos de Pimampiro juntaba la vida de jesuita observante con la de ermitaño penitente. Fue un león de las selvas en maltratar su cuerpo y fue en alguna manera un retrato de San Juan Bautista en el desierto como se verá en la rigurosa aspereza con que se trataba en vestido, comida y en otras cosas. Fue en el tiempo de cuarenta años de campo su abstinencia que jamás probó carne de vaca ni de carnero y mucho menos de aves; sólo comía carne mortecina, de cabra y de las carnes de osos que mataba. Rara vez fue la que comió pan, porque como si fuera indio se contentaba con sustentarse con el maíz. Admirado un sacerdote de ver esto le preguntó ¿por qué se daba tan mal trato? Y respondió con una rarísima humildad: «si no cumpliera con el dictamen de su conciencia, si le hiciera a la religión más gusto del que le hacía un indio porque él no lo servía más que el indio, debía recibir menos». Añadió que cada grano de trigo era una gota de sangre de un indio, y que no se atrevía a gastar consigo cosa de tanto precio. No hacía estas consideraciones para con los otros, pues cuando iba a la hacienda de que cuidaba no les escatimaba nada y les daba todos los regalos que le eran posibles de suerte que volvían a sus casas admirados de la caritativa liberalidad del hermano Juan de la Peña. Sólo una vez en cuarenta años comió de las uvas de una viña que tuvo a su cargo, y fue como comer por fuerza; y fue el caso que habiendo salido a hacer un rodeo de ganado en los campos se le acabó la provisión de la comida, de suerte que se pasaron tres días sin comer un bocado, y así desfallecido le pidió al negro viñatero como de limosna unas uvas, siendo así que a sus tiempos las podía tomar y comer como dueño todos los días. La túnica que traía a raíz de las carnes su mortificado espíritu no era de pelos de camellos sino de corderillos de cabuyas. Cuando se quitaba esta túnica se vestía inmediatamente sobre el cuerpo su pobre sotana. Viviendo en La Caldera donde por los sudores que causa lo fogoso de su clima son necesarias muchas camisas, no tuvo siquiera una en más de veinte años, y sí después tuvo algunas con la ocasión que adelante referiré. En más de treinta años no tuvo para dormir más cama que el duro suelo y por almohada una piedra para la cabeza, y los demás miembros del cuerpo los cubría no con frazada, sino con un pedazo de manteo raído. Las disciplinas con que maceraba sus carnes tan secretas eran como hechas en el desierto; pero el reverendo padre fray Pedro de Molledo, religioso mercenario, publicó que algún tiempo que estuvo por huésped con el hermano Juan, oía, estando bien distante, los crueles golpes de los azotes, y que compadecido se había levantado algunas veces de su cama y estorbándole aquel rigor



haciendo mucha violencia a su espíritu ansioso de asperezas.

Todo lo dicho es demostración de que el hermano Juan era como un león bravo contra sí mismo; y también lo era en oposición de los osos y leones de aquellos bosques. Juzgaba su humildad que era menos que una bestia y así lo solía decir, y por eso le hizo Dios como un león que es el más fuerte entre las bestias, según afirma el sabio en los proverbios. Tenía el hermano Juan a su cuidado una cría de mulas y en ellas hacían con matanza gran menoscabo los osos y leones; procuraba estorbar estos daños el hermano, y viendo que no le valían sus diligencias se iba al monte a esperar a los leones y los osos, peleaba con ellos, y dándole fortaleza contra ellos el Todopoderoso como se la dio a David mataba a los osos y a los leones.

Como hombre se portaba para atraer hacia sí mismo la pureza de ángel. Conocía que como hombre podía dar en flaquezas de carne, y el que no huía de las bestias fieras, huía de las ocasiones blandas de la carne. Eran sus delicias acudir personalmente a los indios y negros enfermos de la hacienda como un San Juan de Dios, y con todo eso no quería ir personalmente a servir a las negras y a las indias; y para que en sus males no quedasen defraudadas de su misericordiosa caridad las acudía con medicinas y regalos por medio de una de las negras que tenía constituida por enfermera. Este recato observó para guarda de la castidad en otras muchas cosas como son la modestia grandísima en los ojos y en la lectura de libros. Uno espiritual le pidió prestado a un hombre secular y por inadvertencia le dio otro libro que no era muy honesto. Comenzó a leer el castísimo religioso, y al punto le dieron en rostro las hojas, reprendió al secular porque las tenía, y él se compungió de suerte que en presencia del mismo hermano quemó el libro y luego se recogió a nuestra casa para leer en el de los ejercicios de nuestro padre San Ignacio, y los practicó según la dirección que le dieron. No sólo en sí mismo celaba la castidad; también la celaba en toda la gente de la hacienda, y además de darles el honestísimo ejemplo de su vida los rondaba todas las noches yendo a las casas en compañía del mayordomo, con la cual diligencia toda la gente vivía casta.

El que es soberano es cierto que o no es casto o está muy cerca de ser lascivo, y así estuvo muy lejos de serlo nuestro hermano Juan porque fue hombre humilde de corazón su humildad fue un abismo sin suelo porque se abatía hasta lo más profundo. Toda su vida fue un continuo ejercicio desta virtud, y en lo que queda escrito se pueden reparar muchas humillaciones suyas; pero sin embargo referiré aquí algunos actos suyos. Estando en cierta ocasión con el hermano un padre le dijo que mirase un gusanillo que iba caminando por el suelo. Obedeció en mirarle y al instante se humilló diciendo: «Yo merezco andar rodando por el suelo con más razón que este gusanillo porque no sabe qué es ofender a Dios y yo sí que le he ofendido». El padre levantó el pie para pisar el gusanillo y el hermano se lo estorbó hincándose de rodillas y diciendo: «Píseme a mí que lo merezco más que ese animalito». El padre admirado levantó del suelo al hermano y éste alzó del suelo al gusanillo y lo metió en el pecho afirmando que merecía mejor lugar que el hermano Peña.

Su humildad compasiva del gusanillo no fue menor con los perros. Encontró en una ocasión con uno que tenía en la garganta una asquerosísima llaga

llena de gusanos, y enternecido su corazón que no era de peña sino de un hombre humilde y compasivo, se determinó de servir de enfermero al perro; cavábale con vino la llaga; quitábale los gusanos que le roían la carne continuando esta cura hasta que lo vio totalmente sano. A otro perro le quebraron los pies de suerte que por sí mismo no podía andar en busca de su sustento, y el humilde y misericordioso hermano ejercitaba sus pies llevándole todos los días dos veces la comida hasta que no la hubo menester porque se murió. Quien así humildemente acariciaba a los perros y los servía, qué maravilla es que misericordioso, humilde y caritativo acudiese a los pobres indios y miserables negros a quienes aperrean y aporrean crueles los que abusan de sus labios y manos aporreándolos con estas y llamándolos perros con aquéllos. No así el hermano Peña que los trataba muy bien de palabra y de obras haciéndoles todo el bien que podía, y cuando estaban enfermos les hacía y aderezaba las camas, les aplicaba con sus mismas manos las medicinas, les servía manjares de regalo y limpiaba los vasos de sus inmundicias. Como juzgaba por humilde que merecía andar rodando por el suelo, no quería levantarse del suelo ni subirse a mayor esfera de la que tenía en su dichoso estado de hermano coadjutor de la Compañía. Cuando supo que se había determinado que los hermanos coadjutores no se pusiesen en adelante bonetes, porque ese era traje de sacerdotes, se resolvió a no ponérselo jamás en la cabeza y lo ejecutó en el resto de su vida sin querer valerse de la concesión de ponerse bonetes los que eran antiguos en la religión, como él lo era. Las veces que los indios y otros seculares le daban el título de padre y le hablaban con ese epíteto honroso, lo sentía mucho y decía que no le hablasen ni le llamasen con ese nombre. Preguntábanle cómo le habían de llamar, y respondía que le habían de llamar viejo pecador. Cuando los indios y negros de la hacienda le llamaban hermano Juan, se hacía desentendido y no respondía; pero en llamándole viejo pecador, respondía al punto porque hacía sabroso eco a su humildad el apodo. En una ocasión le fue a visitar un religioso de San Francisco y le saludó llamándole padre. Sintió el humilde hermano que le hiciese aquesta honra el religioso y pidióle que lo llamase viejo pecador. Rehusóle mucho el religioso, pero al fin lo consiguió la porfía humilde del hermano Juan, el cual al tiempo de despedirse se hincó de rodillas y se abalanzó a besarle los pies. Estorbóselo el religioso levantándolo del suelo hasta lo alto, y contando este caso afirmó que pareció que el hermano Peña se había físicamente anonadado con lo moral de su humildad, porque al levantarlo no sintió más peso que si levantara una pluma porque de verdad los humildes no son pesados.

Habiendo sido el hermano Juan como los cuatro animales que vio Ezequiel se pareció a ellos en ir y caminar adonde le llevaba el ímpetu del divino espíritu. Para prueba de esto pondré aquí algunos casos que le sucedieron en los caminos, así en el agua como en la tierra. Llevado del espíritu de oír misa y comulgar, solía muchas veces arrojarse a pasar un caudaloso río sin recelos de ahogarse aun cuando estaba crecido, siendo así que sabía que muchos se habían ahogado en sus corrientes y que él mismo había reconocido el peligro en su persona porque había caído de la mula en las aguas y librándose milagrosamente de la muerte; y en dos ocasiones se le habían ahogado las cabalgaduras en que se había arrojado a

pasar por las aguas. Supo esto el padre Hernando Cabero siendo provincial, y conociendo que al hermano Juan sólo la obediencia le había de contener para que no se pusiese en semejantes riesgos, le mandó que en estando crecido no lo pasase aunque fuese día de fiesta, pues entonces no le obligaba el precepto de oír misa, y para que ejecutase este mandato le dejó prudentemente una vara con una señal ordenándole que en llegando a ella el agua no pasase por el río. El hermano Juan que en todas las cosas practicaba el obedecer a la señal de la voluntad del superior, también lo hacía en este pasaje, cuando se le ofrecía. Cuando se le ofrecía vadear el río, llevaba consigo la vara, sondaba con ella la hondura, y en viendo que el agua llegaba a la señal se volvía a su posada. Aquellos cuatro animales de Ezequiel cuando caminaban no volvían atrás, porque el espíritu que los regía no los movía sino adelante, pero el hermano Juan se volvía hacia atrás porque le impedía el espíritu de la obediencia. Sabía que era mejor la obediencia que el sacrificio, y así por la obediencia dejaba de asistir al sacrificio de la misa y dejaba el regalo de la comunión aunque le costaba a su devoto espíritu una grande mortificación.

En una ocasión le llevó el celo de la salvación de una alma a llamar al cura para confesar a un indio enfermo que necesitaba del sacramento de la penitencia. Cuando llegaron a las orillas del río, rehuyó pasar el cura porque estaba muy crecido; pero el hermano Juan (era antes del mandato de su provincial) le instó con humildad que se animase al peligro por el que tenía el enfermo de morir sin confesión y le aseguró de parte de Dios que no se ahogaría. Echose al agua el cura y al poco tiempo cayó de la mula y se lo llevaba la corriente. Entonces el hermano clamó a Dios, en cuyo nombre le había asegurado que no le quitaría la vida el agua.

¡Caso maravilloso! Al instante se halló el sacerdote llevado de las aguas a la orilla al lado del hermano que había orado por su vida. Luego que lo vio libre de la muerte se arrodilló a sus pies y le pidió perdón de haberle obligado con sus instancias a que se arrojase a las aguas, y juntamente le rogó le diese muchas bofetadas. Levantándose del suelo después deste acto heroico de humildad, se partió de carrera a la casa del cura y le trajo ropa seca para que se quitase la que tenía mojada, conque desnudándose la una y vistiéndose la otra, dieron entrambos gracias al Señor por lo feliz del caso.

Más frecuentes que por el agua fueron los caminos que este siervo de Dios hizo por tierra, y cederá en gloria suya la narración de algunos casos que le acontecieron en estos caminos. A la media noche le sacó de su casa al hermano Juan el celo de la honra de Dios y el amor a la angélica virtud de la castidad; y fue el caso que en aquella hora de la media noche supo que un mestizo a quien había hecho el bien de hospedarle en su rancho de la hacienda había dado el mal pago de hurtar la mujer de un indio que servía en ella. Peligro había en la dilación de ir tras el delincuente para quitarle la presa, y así en aquella misma hora quitándole al sueño lo que había menester para el descanso de lo que había trabajado todo el día, se subió a caballo echándose al cuello una imagen de Cristo crucificado que tenía en la capilla, y llevando consigo al marido de la india hurtada se fue en busca del mestizo que era temido y tenido por valiente, pero el hermano no le temía porque temía a Dios. Alcanzó al malhechor lascivo, predicole con lágrimas en los ojos y con el santo Cristo en la mano

asentándose la fuertemente porque se había atrevido a cometer el delito, y al fin le obligó a que allí le restituyese la mujer a su marido.

El cuidado de que no se disminuyese el número de la cría de mulas que estaba a su cargo le llevaba a contarlas de cuando en cuando. Iba una vez repechando por una altura y llegando a un paso estrecho y tan peligroso que era horror aún el andarlo a pie, perdió el suyo la mula y se murió despeñándose; pero el hermano Peña que iba en ella se asió de las ramas de un árbol y milagrosamente escapó con la vida. Así lo contó un hermano que entonces lo acompañaba, y añadió que entrambos se pusieron a dar gracias por el milagroso suceso y que después para proseguir el viaje hubo una caritativa contienda sobre querer cada uno que el otro fuese el resto del viaje en la mula que había quedado, pero venció la humildad del hermano Peña saliendo con la suya de caminar a pie como bestia.

Otra vez saliendo de casa al campo para marcar con el hierro al ganado, le salió al encuentro en el camino un toro ferocísimo; para escapar de su furia huyendo, le aplicó las espuelas a la mula, pero fue en vano porque ella de cansada no pudo darse prisa corriendo, y entonces el hermano viendo su manifiesto peligro de perder la vida levantó los ojos y la voz haciendo oración y pidiendo favor al autor de ella. Inspirole que apeándose de la mula se pusiese en aquel estrecho lance de pelear con aquel animal, porque el que le había dado valor para triunfar de los leones y osos le daría también esfuerzo de león fortísimo contra el furor del toro. Así sucedió que asiéndole el hermano Juan de las dos astas estuvo algún tiempo bregando con él, y por último le derribó en el suelo y allí le hizo perder la vida con los filos de un cuchillo.

Para el trajín destes caminos, ya con las personas de servicio, ya con las cargas de la hacienda, se dedicó a domar cuantos potros cerreros y cuantas mulas chúcaras se le ofrecieron en el largo tiempo de cuarenta años; y aunque podía pasar a otros para que se hiciesen este oficio, quiso, a costa de su trabajo ahorrar deste costo a la religión. Muchas fueron las caídas que dio en este humilde ejercicio, muchas las coces que llevó, pero todas las pasaba, aunque con dolores, sin medicinas. No pocas veces después de las coces y caídas le vieron que se iba a cortar en el monte leña y que la traía cargada en sus espaldas para el servicio de casa. ¡Oh rara fortaleza! ¡Oh insigne humildad! Ejercitábala teniendo muchos inferiores a quienes podía mandar que rajasen los palos y trajesen a casa la leña.

Del campo de Pimampiro se iba algunas veces al Colegio de Quito, o ya obligado de algunas agencias que pedía su ministerio, o ya llamado de los superiores. En estas ocasiones le notaron varios actos de virtudes que yo ataré sin orden en este escrito haciendo como un ramillete de flores espirituales que serán vistosas a los ojos del lector. Comienzo por un acto de misericordia que ejercitó yendo a la ciudad de Quito. Vio cerca de la villa de San Miguel de Ibarra un cuarto de un delincuente a quien la justicia había mandado ahorcar y descuartizar. Comenzó a enternecerse su corazón considerando que aquel cuarto de cuerpo humano carecía de eclesiástica sepultura, y queriendo dársela como misericordioso, lo descolgó del palo y lo envolvió en su manteo, y entrando sin éste por las calles de Quito, le preguntaron algunos de los nuestros ¿por qué venía en cuerpo? Respondió que porque traía en el manteo

el cuerpo del ajusticiado; que hiciesen oraciones a Dios por su alma, y que caritativamente le diesen sepultura en nuestra iglesia. Así se hizo como lo pidió el hermano, de cuya boca supieron que el tiempo que duró el camino iba rezando tercios de rosario para sacar aquella alma de las penas del purgatorio. De la piedad del hermano Peña entiendo que todos los días hacía estos y otros buenos tercios con el Supremo Juez en favor de las almas que eran castigadas con aquellas penas.

En una destas sus entradas a la ciudad tuvo noticia de que un sobrino suyo estaba preso en la cárcel por un delito que merecía castigo de muerte.

Esta nueva, que en cuanto presuponía pecado, era mala, la tuvo por buena y le causó gusto en cuanto juzgó que muriendo ahorcado su sobrino moriría bien dispuesto y se salvaría. Era mucha la estimación que el presidente y oidores hacían de la santidad del hermano Peña, era mucho el respeto que le tenían, y por su respeto, habiendo sabido que el delincuente era su sobrino, le querían librar de la muerte. Supo esto el hermano Juan y al instante se fue a casa de un oidor, y con lágrimas en los ojos le rogó que no arriesgase el alma de su sobrino con el perdón, que lo mandase ahorcar para que muriese como cristiano. Pudo más la veneración que aquellos señores tenían al hermano Juan que sus ruegos, y así dieron traza para que el preso se escapase de la muerte huyéndose de la cárcel.

En cierto día en que llegó de Pimampiro a nuestro colegio fue caritativo el hermano ropero a su aposento, y sin admitirle réplicas lo llevó a su oficina y lo vistió decentemente haciéndole que dejase en ella todo lo que traía sobre su cuerpo. Agradeció este agasajo el hermano Juan con muestras humildes de no merecerlo, y despidiéndose entró en su aposento y gastó una tarde en sentir y llorar la violencia con que le habían quitado sus vestidos. Púsose a examinarlos el hermano ropero y halló que por camisa tenía un saco de cabuya. Vio que los calzones se componían de tantos remiendos que no pudo conocer cuál había sido su primer materia porque el mismo hermano Juan, llevado de su pobreza de espíritu los solía remendar, unas veces con pedazos de piel de perro sin curtir, otras con cordobán, otras con jerga y con cuantos trapos hallaba por los suelos, y el hilo con que los cosía era de acarreto o de cabuya que él mismo torcía; a esta traza era lo demás del vestuario. Ya se había determinado a quemarlo todo el hermano ropero; pero advirtió que se lo había de volver a pedir y que había de sentir mucho que no le volviese a dar sus trapos, y por eso dilató el quemarlos hasta el día siguiente. Aún no había amanecido cuando ya había madrugado el hermano Peña y le estaba pidiendo la restitución de sus vestidos, y viendo la repugnancia que mostraba en la restitución, se hincó de rodillas y le afirmó que no se levantaría del suelo hasta que le hubiese vuelto su ropa. Volviósela el ropero por verlo tan afligido, y luego el hermano Juan muy alegre se desnudó de la ropa nueva que le habían dado y se vistió de los andrajos con que antes se solía cubrir.

Cuando en nuestro colegio se sentaba a la mesa (que hallá en el campo ni la tenía ni la aliñaba cuando había de comer él solo) echaba mano de los mendrugos de pan que los otros sobaban para comer de ellos como pobre, y para los otros pobres de afuera recogía las sobras con licencia de los superiores. No es esto lo que admiraba a los de casa; lo que causaba admiración y juntamente edificación grande, era que teniendo en Quito una

hermana tan pobre que sustentaba su vida mendigando, la socorría con algunos pedazos de pan, y no se pudo recabar con él que le diese algún socorro considerable valiéndose de lo mucho que con su trabajosa solicitud adquiriría para el sustento de sus hermanos religiosos de la Compañía. Tan muerto estaba a la hermandad de carne y sangre y tan vivo a la hermandad de espíritu y religión.

Todas las veces que vi al hermano Juan de la Peña en el Colegio de Quito, me edificaba el mirarlo porque siendo un hermano tan lleno de ojos de advertencias para las cosas de espíritu como los cuatro animales de Ezequiel a quienes se asemejó, parece que procuraba no tener ojos corporales para mirar. Tan bajos los traía cuando más antiguo, que parecía que comenzaba a ser novicio, y que aprendía el ABC del noviciado que es la modestia en la vista y el silencio en la boca.

El tiempo que se detenía en el Colegio de Quito no solamente lo empleaba en negociar las cosas que eran necesarias para su ministerio del campo, sino también en otros ministerios que se ofrecían. Acompañaba con gran celo de la salvación de sus prójimos a los sacerdotes que salían a confesarlos. En casa enseñaba la doctrina cristiana a los indios cocineros y panaderos en la lengua del inga que quiso Dios que la aprendiese para hacer este bien a los indios, que aunque el hermano Juan era de Tunja que es lugar de las Indias, no se habla en él ni se entiende el lenguaje de Quito. Tuvo dicha de que a esta ciudad trajesen al tiempo que estaba en ella algunos indios gentiles que catequizó como un querubín, y en breve tiempo los tuvo dispuestos para recibir el santo bautismo. Íbase a la iglesia a oír los sermones que se predicaban a los indios, y después, en un libro que tenía de su mano apuntaba algunas cosas y las lograba en la esperanza de sus indios.

La última ida que hizo a Quito, para no volver más al campo, se originó de una enfermedad; no de cuartanas que pudiera parecer como hombre parecido al león, sino de unas tercianas que le dio el Señor por intercesión de la Virgen. El caso pasó desta suerte. Mandole su confesor que no hiciese penitencias corporales porque juzgó que era necesario jubilarle de ellas por muchas causas. Con este mandato se fue afligido el hermano Juan a su Madre la Virgen Santísima y fervoroso le dijo que supuesto que a la ley de obediente no podía hacer penitencias por sus propias manos, le diese de la suya algo en qué padecer. ¡Cosa notable! Desde el instante en que presentó esta petición le comenzó a herir el mal de las tercianas y le duró seis años que fueron los que le restaban de vida.

Esta enfermedad le sacó del campo al colegio y habiendo manejado mucho salió voluntariamente pobre y tanto, que no sacó de toda la hacienda más alhajas que las que había poseído en Pimampiro. Éstas eran el pobrísimo vestido con que cubría su cuerpo, el rosario de la Virgen en el cingulo, un relicario (después diré qué tal era) en el cuello, y un libro en que de su mano escribía algunas cosas espirituales para el provecho de su alma y para utilidad de sus prójimos. No llevó este religioso caminante petacas de cama, porque no la quería tener. Mandó caritativo el superior que le pusieran colchón, sábanas y almohadas y que durmiese en ella, pero el espíritu que tenía de mortificación el hermano Juan le movió a que pusiese muchas piedrecillas entre el colchón y un palo debajo de la almohada y con este descanso se acostaba en la cama y le duró hasta que

murió en ella. Dióle el hermano ropero una camisa de ruán y avergonzose de recibirla juzgándose por indigno de ponérsela, y así lo rehusó con muchas instancias y por vía de convenio consiguió que le diesen camisa de tocuyo (llámase con este nombre un lienzo de algodón que tejen en estas partes), y que esa fuese de las que por viejas desechaban los indios donados que había en nuestro colegio. Cuando el hermano ropero le ponía en el aposento la camisa del lienzo ya pactado, si vía que no tenía remiendos se iba al aposento de los hermanos donados y la trocaba por la peor camisa que hallaba entre ellas.

Tenía un día de terrible frío y calentura y otro de descanso. En el día de la calentura llegaba a delirar y sus delirios eran santos en la sustancia aunque desbaratados en las circunstancias del tiempo como se vía en que a deshoras de la noche se levantaba de la cama y porfiaba en ir a buscar a los indios de servicio para enseñarles las oraciones y para instruirlos en los misterios que debían creer. En el día del descanso era grande edificación lo que trabajaba. Levantábase a las cuatro de la mañana a tener su oración. Acabada ésta se iba a oír misa y comulgar, conque al paso de sus tercianas eran sus comuniones un día sí y otro no; pero en estas no tenía frío ni tibieza, sino mayor fervor en el alma que había sido la calentura en el cuerpo. De que es bastante prueba el ser certísimo que en los días en que comulgaba recibía muchas ilustraciones su entendimiento y su voluntad se inflamaba con intenso dolor y contrición de sus pecados y con deseos grandes de ir a ver a Dios en el cielo. Era indecible el fervor con que hablaba del beneficio de dársenos Cristo en manjar, y a todos cuantos encontraba después de haber comulgado procuraba persuadirles la frecuente comunión.

Con este bocado divino en la boca se subía a dar las gracias en una tribuna y desde ella oía cuantas misas se celebraban en el altar mayor hasta las diez y media. A su hora bajaba al refectorio llevando consigo un tiesto de barro para que en él le diesen la comida, alegando que podía pegar sus calenturas a los otros si comía en los platos de la comunidad, y por esta causa bebía en el mismo tiesto diciendo que le servía como si fuera de cristal. Esto decía cuando se lo querían quitar y con esto parecía un cristal en que se miraba su humildad y su mortificación rarísima.

A las dos de la tarde, habiendo ya leído un rato lición espiritual y otra alguna vida de un santo en el Flos Sanctorum, se ponía en su aposento de rodillas a tener oración y perseveraba en ella hasta las seis y media de la tarde. Cuatro sujetos de la Compañía testificaron que entrando a su aposento varias veces a buscarlo le hallaron absorto y transportado en éxtasis, de suerte que ni llamándole a voces ni tirándole de la ropa ni haciendo otras diligencias lo vieron volver en sí y por eso lo dejaron, y uno de los sujetos dijo que de pura veneración (antes de irse) le había besado los pies. Estos arrobos vieron en nuestra casa. ¿Cuántos no se verían porque los tuvo en el desierto de Pimampiro?

El amor que nuestro hermano Juan tuvo a Dios (a semejanza del amor del Evangelista San Juan) encerrado estuvo en su pecho. Pero quiso su Majestad que algunas veces se manifestase saliendo afuera en jaculatorias que le nacían del fuego del corazón, y también en las palabras con que hablaba a Dios, porque cada uno habla con gusto de lo que quiere bien. Manifestose

también en una ocasión en unas respuestas que dio. Preguntáronle ¿qué cosa hiciera por Dios? Y respondió que hiciera imposibles. Que si fuera del agrado divino el irse al infierno, se fuera de buena gana. Que lo menos que hiciera por Dios era derramar su sangre y dar su vida. En otra ocasión le preguntaron si sentía que los pecadores ofendiesen a Dios. «¡Ay de mí (respondió), ay de mí pecador miserable!» «Tanto lo siento, que si yo pudiera me saldría dando gritos por las calles de dolor de haber ofendido a Dios». «¿Qué es lo que mi hermano hace (le preguntaron segunda vez) por los pecadores?» «Ruego (respondió) a Dios por ellos teniéndolos presentes en cuanto hago, y si pudiera conseguir a costa de mi vida el evitar siquiera una ofensa a Dios, me dejara meter y quemar vivo en el fuego». Tal era el que ardía de amor divino en su corazón.

Seis años le duraron las calenturas de las tercianas y le ocasionaron un dolor de costado para que se reclinase en el de Cristo y allí durmiese el sueño de la muerte. Mandole sangrar el médico y luego dijo el enfermo: eso es lo mismo que degollarme, pero yo he de obedecer hasta la muerte y desde luego sacrifico mi vida a Dios en la sangría. Sangráronlo y al instante se descaeció de muerte y recibió los sacramentos de la penitencia y el supremo del Viático. Determinaban dejar la Extremaunción para después, pero el buen enfermo pidió que se la diesen luego y se hizo así. Hizo muchos actos de contrición y amor de Dios y diciendo: «Misericordias Domini in aeternum cantabo», expiró a 27 de septiembre de 1675. Concurrieron muchos a venerar su cuerpo y cortaban de sus vestidos y cabellos para guardarlas por reliquias. Colocose su cuerpo en una urna de piedra que había quedado vacía por haber sacado de ella el cuerpo de la virgen doña Mariana de Paredes para colocarlo en otro lugar. El relicario que el hermano Juan traía al pecho se guarda hoy en Quito por reliquia. Compónese de una cruz pequeña de palo y de dos medallas pequeñas en una bolsica de piel de perro sin curtir, y como esta alhaja parecía la virtud de la pobreza, tenía a ella el hermano Juan pegado su corazón como a tesoro de su alma.

(Esta vida es muy ilustre para esta Historia).

FIN DEL TOMO PRIMERO



2006 - Reservados todos los derechos

Permitido el uso sin fines comerciales

Sútese como [voluntario](#) o [donante](#) , para promover el crecimiento y la difusión de la [Biblioteca Virtual Universal](#) [www.biblioteca.org.ar](http://www.biblioteca.org.ar)

Si se advierte algún tipo de error, o desea realizar alguna sugerencia le solicitamos visite el siguiente [enlace](#). [www.biblioteca.org.ar/comentario](http://www.biblioteca.org.ar/comentario)

